



# Los días de Alejandría

Dimitris Stefanakis

Lumen

Dimitris Stefanakis

# **LOS DÍAS DE ALEJANDRÍA**



Lumen

---

*narrativa*

*Traducción de MARÍA MÉNDEZ*

*A Nikitas Vostanis, con cuyo recuerdo viajé,  
pedaleando con vigor;  
por los años de la imaginación.*

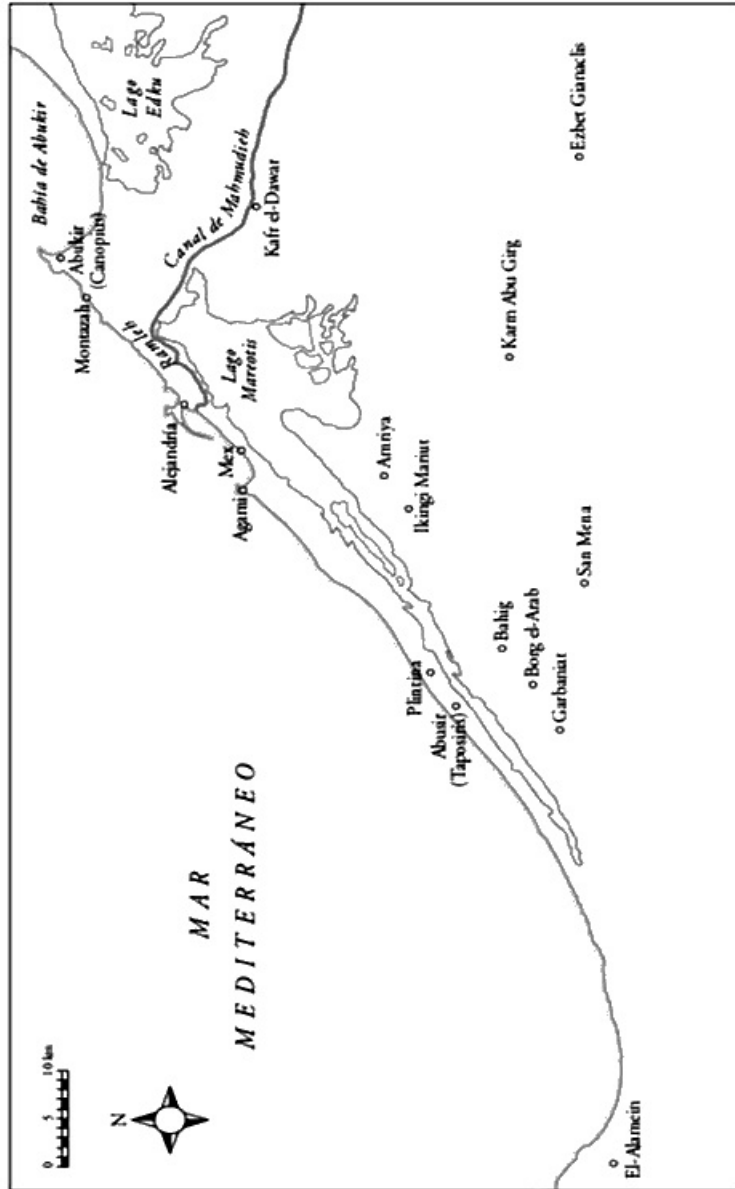
*A Maria, por su paciencia  
y su infalible discernimiento.*

... Y lo actual es actual  
solo en un tiempo  
y solo en un lugar.

**T. S. Eliot, «Miércoles de ceniza»**







Alejandría, de el-Alamein a Abukir

## Primera parte

... *Educados como invitados.*  
**LAO-TSÉ**



-La guerra y el comercio son los dos pilares de nuestra civilización. A veces me pregunto cuántos de nosotros estaríamos aquí sin esos pilares —observó Elias Juri, por decir algo, mientras esperaban al consejero especial del alto comisionado.

La reflexión sacó a Andonis Járamis de su letargo. Minutos antes se preguntaba cómo se las había arreglado Juri para estar presente en una reunión como aquella. Ni la guerra ni el comercio tenían una relación directa con las actividades de aquel hombre enigmático. No obstante, al reflexionar sobre ello cayó en la cuenta de que ninguno de los grandes tratos cerrados en los dos o tres últimos años se había llevado a cabo sin la mediación del Libanés, como habían dado en llamarlo. Casi todos los días, en las inmediaciones de Sherif Pashá, se veía su piel clara nimbando su alta y delgada silueta yendo de una boutique a otra, elegantemente vestido con trajes y sombreros carísimos, como si estuviera olfateando el torbellino del comercio incesante de la ciudad.

Había propuesto la *brasserie* Daniele (en la que según él se bebía auténtica cerveza alemana y no aguachirle) para la entrevista entre el dignatario británico y Andonis, que ya no solía ir a ese tipo de locales; Járamis posó la mirada en el pesado revestimiento de madera, los amplios espejos y apliques voluminosos que decoraban las paredes. Desde su asiento apenas distinguía al *maître*, que, detrás de un mostrador de madera al fondo de la sala, coordinaba el servicio. Veía únicamente cómo rebotaba su vientre abultado cuando frotaba la barra con una servilleta blanca y



le divertía la manera en que, con su acento italiano cantarín, mezclaba indistintamente cuatro idiomas.

—Daniele constituye la atracción del lugar. Es *il protagonista*, una especie de comediante que ejecuta su representación cotidiana tras el mostrador —dijo Juri.

Y, en efecto, la iluminación discreta y el cielo de cristal que formaban las jarras de cerveza gigantes colgadas en ganchos invisibles recordaban unas candilejas.

—¿Para quién? —le preguntó Andonis.

—En cuanto cierra la Bolsa llegan los *jobbers*. Una cerveza fría es un bálsamo para esos pobres diablos. ¿Los has visto desgañitarse a lo largo de toda la mañana, recorrer a zancadas la gradería de madera, correr tras los precios del algodón escritos en la pizarra? Para la Bolsa hay que tener los riñones bien cubiertos, amigo mío, *un point, c'est tout*. Acaban con las camisas de seda mojadas. Después viene el turno de los abogados y los banqueros. *Ya du monde, je vous assure*.

Andonis pensó que Elias se preparaba para su propia representación ante aquella gente de la buena sociedad. De hecho, habría preferido que toda aquella historia se desarrollara sin bombo y platillos, en la tranquilidad de un despacho, lejos de la multitud, y la insistencia de Elias en organizar la reunión en un lugar tan concurrido había acabado por incomodarlo, como, por otra parte, el retraso del dignatario británico. El Libanés percibía ese malestar y sus esfuerzos por disculpar la descortesía del personaje lo exasperaban aún más cuando formulaba frases como: «*En tout cas*, es al consejero del alto comisionado en persona a quien estamos esperando, no a un cualquiera».

—Al consejero en persona, pues no —masculló Andonis fuera de sí—. Estamos esperando a un guía que no ha aprendido a ser puntual. Y, por favor, deja de toquetear ese reloj que tienes en el bolsillo, me pone nervioso.

Elias, sorprendido, se apresuró a ocultar el reloj que llevaba en el bolsillo del chaleco.

Andonis se estiró las solapas de la chaqueta con gesto decidido y cruzó los brazos.

El verdadero motivo de su enfado era otro. Elias lo había utilizado para dejar pasmada a la galería, esa era su intuición. Cuando habían entrado juntos, Elias le había hecho una señal a Daniele, que se había inclinado como un auténtico protagonista ataviado con camisa blanca, tirantes y pajarita. Estaba seguro de que el gigante italiano divulgaría la reunión del industrial del tabaco Andonis Járamis y el consejero del alto comisionado en su establecimiento.

El encuentro lo designaría definitivamente como proveedor oficial de cigarrillos del ejército británico —y lo convertiría al mismo tiempo en uno de los griegos más ricos de Egipto—; los detalles quedarían resueltos por medio de sus abogados. No es que Andonis no se contara ya entre los cresos de Alejandría. Desde principios de siglo, las famosas cajetillas JÁRAMIS CIGARRILLOS EGIPCIOS, decoradas con el emblema de Alejandría —las agujas de Cleopatra— se encontraban ya en Gran Bretaña, Alemania, Holanda y hasta en Suecia y Noruega. El señor consejero se habría informado sin duda y no podía ignorar que, entre otras cosas, Járamis había sido el proveedor de Su Alteza el sultán de Egipto y de Constantino, el príncipe de Grecia. Por eso, Andonis solo había llevado la fotografía dedicada de Sarah Bernhardt, que cinco años antes había visitado su nueva fábrica en Moharram Bey y se había manifestado muy *impressionnée* por el lugar y la infraestructura. La anécdota era muy conocida en los ambientes de fumadores inveterados. Y de eso habló en primer lugar el Libanés cuando se vieron.

—*Et la photo, tu l'as apportée?*

Elias Juri era un ciudadano francés de origen libanés, nacido en Beirut y de confesión maronita. Eso explicaba lo cuidado de su atuendo. «Siempre de punta en blanco» era la primera apreciación que corría sobre él en la ciudad. Andonis lo encontraba tan simpático como antipático, y por las mismas razones. Cómo no experimentar simpatía por un individuo con una risa tan sana y comunicativa; su juventud, sin embargo, constituía un serio motivo de antipatía para Andonis, quien, lo quisiera o no, navegaba ya por las aguas de los cincuenta. Por otro lado, Elias no le inspiraba una confianza completa. Cada vez que sentía ganas de lanzarle a la cara un insulto, como era el caso en ese momento, se daba cuenta de que lo necesitaba demasiado para permitírsele y, además, ¿cómo escupir a la cara a un muchacho de aspecto tan suave e inocente? No por eso dejaba de tener la impresión de que el Libanés hacía de él lo que quería, cuando era él quien lo utilizaba para promover sus intereses.

¡Y esa obsesión tan irritante por el detalle! No obstante, su sentido de la observación reveló dos ínfimas negligencias que le dieron una pequeña victoria. Elias, por supuesto, había dominado la masa espesa de su cabello a golpe de brillantina y la pequeña cadena de plata colgaba de su chaleco. Sin embargo, en el bigote, unos cuantos pelillos rebeldes se curvaban sobre su azulado labio superior y obligaba al labio inferior a rechazarlos; y, elemento inexcusable para un libanés *comme il faut*, el pañuelo del bolsillo superior que debía servir para enjugar el sudor de su frente estaba deplorablemente ausente. Se veía obligado a utilizar su blanca servilleta, *Quelle chaleur!* Hacía un calor inhabitual para el mes de mayo. La semana anterior había llovido sin interrupción, fenómeno bastante frecuente en Alejandría.

Andonis se había despertado más temprano que de costumbre; a diferencia de Elias, había recurrido a Kikinos, el barbero cefalonio, que antes de abrir la peluquería situada en Soter, detrás de los jardines de Shallalat, había subido muy de mañana al Barrio Griego equipado con sus accesorios. Por último, esperando que eso le traería suerte, Andonis había confiado el brillo de sus zapatos a un limpiabotas armenio de la plaza Mohamed Ali.

Sentado enfrente de Juri, se miró en uno de los espejos de la brasserie y comprobó con satisfacción que el barbero, además del bigote, no había olvidado las patillas. Sonó la campanilla de la puerta, pero no era quien ellos esperaban. Aturdido por un perfume embriagador, se volvió. Una mujer impresionante, con una capelina, entraba en ese momento. Un bolero le cubría los hombros y el vestido plisado le llegaba apenas más abajo de la rodilla, dejando al descubierto unas piernas sublimes. Se detuvo un instante para que el *sisbis*, el muchachito negro que bizqueaba, le cogiera el sombrero mientras Fauzi, el camarero, con gesto teatral le indicaba la mesa contigua. Ligera, bailando sobre los tacones, se sentó. Se quitó los guantes despacio, deslizándolos, los dobló y los guardó en el bolso. Después abrió el abanico y balanceó con un movimiento impecablemente estudiado el cabello ondulado. Andonis creyó que le sonreía y se apresuró a responder levantando el vaso en dirección a ella. Impresionado por el aspecto europeo de la joven, solo tenía un pensamiento: *Quelle jolie femme!*

—Yvette Santon —dejó caer Elias, que había notado su interés—. Franco-suiza. Quién de ellos, el padre o la madre, era francés y quién suizo, no sabría decirlo. —Y añadió en un susurro—: Al parecer fue Philippe Jacquot quien la trajo aquí. Ella se hace pasar por su mujer legítima, pero es público y notorio que Jacquot tiene mujer e hijos. Un viejo crápula, *mon ami*.

Járamis conocía bien a Jacquot, otro Juri que, en los cinco últimos años que llevaba en Egipto,

se había metido en negocios turbios. Ni peor ni mejor que el Libanés. En cuanto a la supuesta compañera, se proponía conocerla, pero en otra ocasión. Por el momento le bastaba con imaginar que la tenía entre sus brazos a orillas del lago Mareotis o en una suite del Shepheard, en El Cairo, lejos de las miradas indiscretas de los alejandrinos.

La llegada del dignatario británico lo devolvió a la realidad. No estaba solo. Le acompañaba un hombre un poco más alto que él, pelirrojo y con la piel salpicada de pecas. Se presentó como consejero especial del ministro para Oriente ante el alto comisionado. Su presencia molestó al Libanés, que renegó entre dientes. Andonis, en cambio, encontró del todo natural que el hombre estuviera acompañado, aunque tan solo fuera en razón de su rango. Ignoraba si debía dirigirse a él utilizando algún título, de modo que se atuvo a «míster Koshner». Era una combinación de la cortesía del *gentleman* inglés y la compunción del imperialismo británico. En cuanto se sentó se puso a tronar contra Alejandría y sus tormentas primaverales, encantado como estaba del excelente invierno que acababa de pasar en El Cairo. Había llegado hacía dos días de la capital y lo único que encontraba agradable eran las magníficas vistas que se divisaban desde lo alto de la colina del palacio de gobierno. Por lo demás, Alejandría le parecía una ciudad de provincias que reflejaba aburrimiento, disponía de muy pocas distracciones y ofrecía un interés arqueológico muy escaso en comparación con El Cairo. Indiscutiblemente, ignoraba por completo la historia de la ciudad y más aún su evolución contemporánea. Una reflexión referente al primer ministro copto, Butros Ghali Pashá, dio lugar a que Andonis comprendiera que Koshner no sabía ni la fecha ni las circunstancias exactas de su asesinato. En cuanto al pelirrojo, no estaba seguro de que hubiera pronunciado una sola palabra en toda la comida. En fin, era muy posible que ya desde el principio, cuando, Dios sabe por qué, Koshner había pedido que la conversación se desarrollara en francés, el consejero del ministro para Oriente no hubiera comprendido ni una palabra de lo que se decía.

Pero eso apenas tenía importancia. Lo que importaba era sellar los acuerdos que, en opinión del industrial griego, en el fondo estaban aprobados. El almuerzo en la brasserie de Sherif Pashá no era sino un *working lunch* puramente formal, con el objeto de garantizar la comisión de Elias Juri. El señor Koshner pidió simplemente fumar unos cigarrillos Járamis en lugar de su pipa preferida. Cuando Andonis comprendió de qué se trataba, ni siquiera se molestó en sacar la fotografía del bolsillo interior de la chaqueta. Se permitió relajarse, se instaló confortablemente en su asiento y apreció sin reservas los platos que les servía Fauzi. Observó la decoración muy contorneada de la brasserie. La monotonía de la madera oscura era felizmente interrumpida por la camisa blanca de Daniele, el bigote claro cortado a cepillo de Koshner, como habría dicho Kikinos, la cerveza rubia y la presencia refinada de la señorita Santon —a quien había visto durante un instante retocarse el maquillaje con el espejito de mano—. Según decía Juri, dentro de poco la brasserie estaría atestada. Así que, esperando a los especuladores de Bolsa, abogados y banqueros, se dijo *in petto*. De pronto encontró muy divertida la idea de una reunión como aquella en un ambiente tan agradable. En el futuro, los negocios y los flirteos se tratarían en ese tipo de lugares. Tal vez con la única diferencia de que los clientes irían vestidos con menos rigor. Habría siempre un Juri muy inteligente y una espléndida Yvette para hacer burbujear la imaginación. Este pensamiento le llevó a levantar su copa a modo de saludo en dirección a la amante de Jacquot, que le respondió de inmediato. Un minuto antes había murmurado al oído de Fauzi algo fácil de adivinar y el camarero de gandura verde con bordados dorados informó diligentemente a la

señorita de que el señor de aspecto esmerado, de cabellos grises y espléndido bigote, consideraría un placer invitarla. Con toda probabilidad, el resultado de su cortejo iba a coronar muy pronto el mejor acuerdo comercial que hubiera concluido nunca y, por si fuera poco, con gran facilidad.

La cerveza rubia destellaba en los bocks cuando brindaban. Fuera se desplegaba la actividad febril de la ciudad, que se encaminaba hacia su renovación económica. Los coches tirados por un caballo competían con los escasos automóviles, mientras que a su alrededor se apretujaba un enjambre de todas las edades y todas las razas ofreciendo su piadoso sacrificio al dios Dinero. En la parte trasera de la brasserie se abría una puerta a una callejuela en la que Egipto y su pueblo hacían un malicioso guiño al visitante. La entrada principal, en cambio, llevaba directamente a Europa —allí se exhibía la elegancia del traje occidental y predominaban los idiomas inglés y francés—. Andonis vio a uno de sus empleados griegos que volvía a grandes pasos por la calle Sherif Pashá, con un fajo de papeles bajo el brazo. Parecía dirigirse con buen ánimo al trabajo, lo cual llenó al empresario de confianza y tranquilidad.

De hecho, a Andonis le gustaba vivir en esa ciudad en la que las razas, las lenguas y los dogmas campanilleaban en concierto, como en un festival. Sin duda no debía existir ningún otro rincón del mundo en el que aventureros como él, Elias Juri o Yvette Santon pudieran florecer mejor. El gran reloj de pared señalaba la una y media.

No son solo la guerra y el comercio lo que nos ha traído aquí, pensaba Andonis mientras descubría el cuerpo de Yvette. Cuando la penetró se olvidó de dónde estaba, el lujoso piso de Elias Juri, en Ruchdi, al igual que olvidó el gran lecho de metal en el que estrechaba a la mujer que había encendido su imaginación. Los pequeños gritos ahogados que lanzó su compañera intensificados con un *Encore!*, *encore!* lo llevaron a una percepción más clara de la voluptuosa realidad: los senos, firmes como limones, el cabello, con largos mechones ondulados que se entrelazaban con los barrotos de la cama y el triángulo del pubis que le hacía cosquillas en el vientre. Llegó el orgasmo, poderoso, irresistible, que acompañó vigorosamente con la voz, casi un rugido, mientras su amante abría los ojos de asombro.

No había duda, la feliz conclusión de su flirteo con Yvette llevaba también la marca de Juri. El Libanés había hecho todo lo posible para que su idilio culminara, tal vez con el deseo de dar el golpe de gracia a su *concurrent*, como había calificado en una ocasión a Philippe Jacquot. Poner su piso a disposición de los nuevos amantes era lo mínimo que podía hacer en consideración a la bonita suma que le había entregado Járamis.

Andonis estaba impresionado por la elegancia de la vivienda, a pesar de que él mismo vivía en un verdadero palacio y conocía las más hermosas residencias de Alejandría. Un apartamento convencional en Ruchdi no le impresionaba. Pero en este había muchos elementos de valor que a un experto en arte le habría gustado tasar. Obras de arte árabe junto a cuadros impresionistas y muebles franceses que se integraban con los mosaicos orientales; por obra y gracia de un gusto delicado, el arte de Oriente y de Occidente armonizaban en un equilibrio perfecto. No obstante, el dormitorio era decepcionante; además del mobiliario pesado y voluminoso, todas las paredes, y hasta el techo, estaban cubiertos de espejos. Sin duda Elias aumentaba su placer haciéndose también *voyeur*.

Andonis no se sintió a gusto, al menos al principio. Tenía la impresión de que lo vigilaban.

Con torpeza se esforzaba por desabrochar los botones del vestido de Yvette y su confusión aumentó mientras buscaba en su espalda dos corchetes invisibles, como un amante turbado por los más sencillos ademanes. Maldijo para sí las prendas femeninas y la moda a la que obedecían. Por último, cuando cedieron las últimas corazas, la juventud de su amante resplandeció en los numerosos espejos y toda la estancia quedó inundada con los múltiples reflejos de su piel blanca que envolvía unas formas cinceladas de manera exquisita. El cuerpo soberbio se entregaba para que gozara de él y explorara sus misterios. Si la experiencia amorosa se midiera por la rapidez con que se despoja de sus ropas al amante, la señorita Santon habría recibido el premio extraordinario; en un santiamén, sin darse cuenta, Andonis se encontró en cueros vivos a su lado. Y un cuerpo menos joven y suave vino a enturbiar los espejos.

Arrastrándose del valle de los senos a la llanura del vientre, llegó allí donde todo hombre supone que se concentra el deseo de la mujer. Apoyó la nariz en el pubis. La vulva le pareció asombrosamente frondosa, oscura y casi sintió espanto. Pensó en Bir Massud, el «pozo del Diablo», en la costa de Sidi Bishr, una abertura en la roca en la que se precipitaban las aguas del mar. Quien se bañaba en ellas debía sumergirse profundamente al pie de la roca y nadar bajo el agua para salir a la superficie lejos de la costa. En más de una ocasión, las olas continuas habían atrapado a submarinistas ambiciosos y algunos habían desaparecido en el cementerio marino de Sidi Bishr.

Por un instante, Andonis tuvo miedo de dar un salto tan temerario. Retrasó el momento de la unión, esperó a que Yvette lo guiara. Cuando sus largas piernas lo estrecharon, ya no fueron sino uno solo y él trató de permanecer dentro de ella el mayor tiempo posible. No era fácil. Su deseo había ido en aumento con el correr de los días. Para retrasar el temido orgasmo, empezó a frotar con las rodillas las sábanas, una técnica que le irritaba los músculos y la piel, y que le causaría molestias durante varios días, pero era el único modo de reprimir el avance del gozo. Trató de pensar en otra cosa. En esas situaciones, recordaba la historia de Zanasis tal como se la había contado su mujer. Recordaba su evasión de Mitilene con todo detalle, seguía sus peregrinaciones hasta Egipto y así retrasaba la eyaculación durante dos horas. Una noche, en El Cairo, hasta lo había dejado plantado una joven prostituta. Después pensó que al desmenuzarse de este modo la epopeya del primo Zanasis había torturado a la pobre muchacha cerca de dos horas. No obstante la aventura de Zanasis no era del todo ajena al tema. Era, ante todo, una historia de amor.

El 4 de agosto de 1914, día en que Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania, Andonis se encontraba en El Cairo a fin de firmar el «contrato» para proveer de cigarrillos al ejército británico. Esa misma mañana había adquirido un billete de primera clase en el expreso de Alejandría a El Cairo. Su preocupación por los rumores que corrían a propósito de la sustitución del alto comisionado le había inspirado la valiente decisión de viajar en compañía de su abogado, Stratís Mijelís, pariente lejano de su mujer que llevaba sus asuntos desde hacía dos años. Mijelís, conocido como «el zorro de los tribunales mixtos», tenía fama de ser un excelente jurista, al mismo tiempo que un fanático monárquico que no perdía ocasión de cantar las alabanzas de Su Majestad el rey de Grecia, la reina y toda la sangre azul; tal vez consideraba que Járamis compartía sus opiniones, en la medida en que era el proveedor de cigarrillos oficial de la familia real. Andonis no tenía ningunas ganas de oírlo vilipendiar a Veniselos y la entente. Cuando su compañero de viaje se pasaba de la raya, se volvía hacia él y decía: «Stratís, *c'est bien assez!*».

El abogado enrojecía y se hundía en su asiento hasta que, como si de pronto se acordara de algo importante, volvía a su eterna cantinela:

—Están calumniando al rey y llevan al país al desastre. Ese fantoche de Veniselos está dispuesto incluso a hundir la nación con tal de alcanzar sus fines —se indignó. Como Andonis no reaccionaba, farfulló—: Entre nosotros, no creo una palabra de lo que dicen los periódicos. Ahora los británicos van a imponer una censura total. Usted sabe que no llega de Atenas ni un solo periódico, ni ninguna otra información procedente de fuentes que se opongan a la entente. *Oui, c'est vrai!*

Tomó la mirada inexpresiva de Járamis por una señal de asentimiento y prosiguió con el mismo furor:

—¿Es justo que nuestra comunidad y el consulado estén divididos y se ataquen mutuamente hasta ese punto? Insultan al cónsul y lo tratan de germanófilo. Van a exigir a las autoridades británicas que envíen a Malta a todos los empleados del consulado.

Que los envíen y que al fin nos dejen tranquilos, pensó Andonis. Pero no dijo una palabra. Stratís había trabajado con notable acierto durante los dos años que llevaba encargándose de sus asuntos y le había facilitado ahorros sustanciales. Las pretensiones en materia de honorarios de los abogados de derecho mercantil eran excesivas en los últimos tiempos, y Mijelís brindaba una solución fiable y a buen precio. Conocía el tema a la perfección y, al pertenecer a la familia, trataba de manera inmejorable todo lo que se presentaba, sin pedir la luna. Por otro lado, no hace falta ser adivino para comprender hasta qué punto utilizaba el título favorecedor de «abogado de Járamis». Los dos hombres habían llegado a una especie de acuerdo tácito según el cual la compensación económica era menor que el beneficio moral. En el caso de Mijelís, se traducían en reconocimiento profesional y social. Evidentemente, este era el punto de vista del hombre de negocios, ya que a cada momento el abogado se prodigaba en insinuaciones sobre su tacañería proverbial, lo cual el industrial ignoraba o fingía ignorar. Andonis sentía que se atenía a un grado bastante alto de tolerancia con respecto a la molesta palabrería de Mijelís, que alcanzaba lo intolerable cuando trataba de política. Y todo tiene un límite, hasta la tolerancia.

Durante un momento, Andonis volvió la espalda a su compañero de asiento y observó la inmensidad monótona del paisaje agrícola, que, en combinación con el continuo balanceo del tren, lo amodorraba. Los campesinos inclinados sobre la tierra, las resplandecientes flores amarillas de los campos de algodón que sucedían a las largas extensiones de maizales, caña de azúcar y árboles frutales parecían surgir de un sueño. Las palmeras que salpicaban el paisaje cargadas de frutos aún verdes les añadían una pincelada onírica. En todas direcciones atravesaban la llanura canales que llevaban agua lodosa y las carretas de madera de los campesinos, tiradas por búfalos, bueyes, camellos o caballos, labraban una tierra negruzca. Por una parte, nunca había comprendido por qué la explotación del tabaco no había prosperado en la tierra bendita de Egipto y, por otra, daba gracias a quienes, en 1883, habían prohibido su cultivo. Esta ley había favorecido el comercio y permitido a los mercaderes griegos apoderarse de él.

Una mula con los ojos vendados daba vueltas alrededor de un pozo con la precisión de un juguete mecánico. Mujeres campesinas se balanceaban como haciendo cola, con sus cántaros en la cabeza.

—¿Por qué le vendan los ojos al animal? —le preguntó a Mijelís.

—Para que no se maree.

La explicación le pareció improbable. Ignoraba que también las mulas podían tener vértigo. Cuanto más se penetraba en tierra africana, más se notaba el aliento ardiente del desierto que en Alejandría atenuaba la brisa del Mediterráneo.

Cuando al fin el tren llegó a la estación de El Cairo notó que el calor lo asfixiaba, le picaban los ojos, se le secaba la nariz. ¡La capital os la regalo!, dijo para sus adentros, sintiendo al mismo tiempo un alivio real ante la idea de separarse, aunque fuera momentáneamente, de Mijelís. El vestíbulo inmenso anunciaba la inmensidad de la ciudad.

La llegada del tren puso en movimiento a una multitud de mozos de cuerda y gente humilde que se precipitó hacia las puertas dispuesta a recibir y asediar a los pobres viajeros. Hombres con traje esgrimiendo rutilantes maletas y portafolios se abrían paso en medio de chilabas y pollos aterrorizados que batían las alas apretujados en cestos. En esta marea humana surgían a veces uniformes de soldados británicos y policías egipcios, mientras que chiquillos intrépidos recorrían el andén a grandes zancadas voceando la palabra «¡guerra!» en todas las lenguas y enarbolando las últimas ediciones de los periódicos en árabe, inglés y francés. Durante unos segundos Andonis tuvo miedo y se detuvo para localizar al Libanés entre la multitud. Lo distinguió junto al director de su filial de El Cairo, Andreas Sistanis, que había engordado mucho desde la última vez que habían coincidido. En cuanto vio a su jefe, el buen hombre juzgó conveniente enviar en su dirección a dos mozos de cuerda egipcios vestidos con gandura blanca y tarbush. Espantado, Andonis, levantó el maletín de cuero en señal de rechazo y Sistanis reaccionó con extraordinaria rapidez; con sus enormes manos atrapó por la chilaba a los mozos —que aún siguieron corriendo en volandas unos segundos—, les dio una propina y los despidió sin más explicación. Era originario de Epiro y uno de los griegos más competentes de El Cairo. Andonis le hizo un guiño señalando discretamente a Mijelís y Sistanis comprendió que, por el momento, debía liberarlo de su compañía. Se apoderó de la maleta del abogado y le invitó a seguirlo.

Sorprendido, Stratís se volvió hacia Andonis, que se apresuró a tranquilizarlo:

—Nos vemos dentro de media hora.

Cuando les vio alejarse suspiró de alivio y se volvió hacia Elias:

—Ahora podemos irnos también.

Señalando a los chicos que vendían periódicos, el Libanés respondió:

—La suerte está echada, amigo mío.

—Entonces tenías razón en todo —añadió Járamis sin ocultar su admiración.

Juri lo había previsto todo. Desde la primavera, hablaba de asesinato político en Europa. Sabía que los alemanes estaban presionando a los austríacos y, cuando fue cosa hecha, anunció que a finales de verano Gran Bretaña entraría en el baile también.

A la salida de la estación les esperaban una limusina negra y un soldado inglés que fumaba con indolencia acodado en el cristal. En cuanto los vio arrojó el cigarrillo y se apresuró a abrirles la portezuela. No tenía vello en las piernas; menos mal, observó Andonis, el cabello ralo y rojizo que rodeaba su cráneo como una tonsura habría producido un efecto de lo más repugnante de haberse extendido a las piernas.

Su próxima etapa era la calle Nubar Pashá, donde les esperaba el apoderado del ejército británico, el teniente coronel Macvel. A pesar del calor asfixiante, el tráfico era intenso. Simones, carretas, automóviles, vehículos de toda clase circulaban entre la masa de gente a pie —europeos, egipcios y militares británicos—. El recorrido era agradable y Elias hacía mal al intentar que

fueran más deprisa, con el riesgo de atropellar a los peatones. A las alamedas con árboles sin fin les sucedían plazas floridas, jardines públicos, más alamedas con árboles que se transformaban en vergeles. La ropa multicolor de los egipcios añadía una nota alegre al espectáculo de la calle y Andonis pensaba a menudo que los europeos se privaban de un placer al obstinarse en ir vestidos exclusivamente de negro, beis o gris.

Elias sacó del bolsillo el paquete de Járamis, le ofreció un cigarrillo a Andonis y bromeó:

—Pruébalo, por favor, y dime qué te parece.

Le ofreció otro al conductor. Los tres los encendieron con el mechero de plata maciza de Juri, grabado con sus iniciales.

Andonis se sintió halagado y el Libanés se sorprendió:

—*Qu'est-ce qui se passe?* ¿Es la primera vez que me ves fumar tus cigarrillos?

—Tenía la impresión de que fumabas lo que te caía en las manos.

—Cambiar de marca de cigarrillos es un puro placer. Además, en Egipto hay muchos fabricantes de buenos cigarrillos. Pero la cuestión sigue siendo: ¿quién hace los mejores?

—Así que por eso tratas conmigo.

—Me gusta trabajar con los que triunfan.

—No me considero un triunfador, Elias; estoy en plena cincuentena y sigo trabajando duro, como una mula. *Tu vois le genre?* Preferiría estar gozando de los frutos de mi trabajo del pasado. Esta obligación de venir a El Cairo para la entrega de la partida es una prueba para mí. Vivo y trabajo dentro de una comunidad cerrada, en una ciudad egipcia de provincias que no tiene nada que ofrecerme más que sus cotilleos. *Les ragots m'énervent, le sais-tu?* Sus chismorreos incluyen hasta a mi hijo. Un niño... Con quién sale, con quién no... *C'est dégoûtant!*

Más tarde circulaban por el «largo», la espaciosa avenida a orillas del Nilo que, sin duda alguna, llevaba a uno de sus mayores logros comerciales. Las aguas del río se volvían rojizas en esa época del año. En el centro, la isla verdeante de Guesira evocaba a un enorme mamífero dándose un chapuzón, que las aguas del río no conseguían mover ni una pulgada. A lo largo de los muelles poblados de árboles se apiñaban cantidades de caicos y de *dahabiehs*, las casas flotantes del Nilo. Muchos *richards* preferían vivir allí en verano, ya que el río llevaba brisas frescas procedentes del mar. Pero él había preferido el Shepherd.

—Y a Yvette, ¿qué le ha parecido el Shepherd? —preguntó, seguro de que Elias iba a transmitirle su entusiasmo.

Pero el Libanés le salió al paso.

—No es momento de pensar en Yvette. El trabajo ante todo. *Business first.*

El tono contrarió a Andonis. No aceptaba la menor reprimenda de ese joven bandido, y así se lo hizo saber.

—Yo pienso en quien quiero. Supongo que no vas a decirme lo que tengo que hacer.

El Libanés se apresuró a presentar sus disculpas, añadiendo que no era en absoluto su intención.

—Estás perdonado. Vamos, dime, imagino que a Yvette la habrá vuelto loca, ¿no?

—*Tu sais?* He pensado que, en lugar del Shepherd, donde siempre existe el peligro de miradas indiscretas, era mejor instalarla en casa de un amigo en Heliópolis. No te preocupes, es un compatriota. No lo conoces y él tampoco te conoce a ti. Es mejor así, *je t'assure.*

—¿Qué más? *Une surprise?* Has de saber que no me gustan las sorpresas.



—Admite que tienes una fijación con el Sheppard. Con todos los hoteles suntuosos que existen en El Cairo... Si quieres mi parecer, la próxima vez deberías probar la nueva joya de la ciudad, el Heliopolis Palace, un verdadero diamante en pleno desierto. Lujo y grandeza. Uno no sabe qué admirar en primer lugar. ¿El peristilo de mármol? ¿Los corredores sin fin? Por las tardes sirven el té en salas inmensas en las que grandes orquestas de música clásica divierten a una clientela muy escogida. Es extraordinario, te lo digo.

—A mí me gusta el Sheppard. ¿Hay algún problema?

—*Pas de problème, pas de problème, mon ami* —reconoció Juri.

Se cruzaron con una gran caravana de camellos —un destacamento de caballería británica—. Encima de cada camello, colocados en horizontal, había dos pequeños depósitos cilíndricos que contenían agua. Algunas bestias rezagadas trataban de alcanzar a las otras. Separaban mucho las patas para dar pasos largos. Resultaba cómico.

—¿Crees que debo dejar de ver a Yvette? —prosiguió Andonis tras una vacilación.

—¿Quieres saber lo que pienso?

—Sí, así es, dime...

—*It's up to you.*

—Eso no es una opinión y, si no voy con cuidado, los comentarios pronto llegarán a buen paso a Alejandría.

—De todas maneras, siempre se están contando historias en Alejandría; así, al menos, estarán justificadas.

—Sin ti, Elias, creo que esta relación no tenía la menor posibilidad. Quiero decir, sin tu ayuda. Lo sabes, *n'est-ce pas*? Aunque...

Su automóvil pasaba en ese preciso instante delante del primer camello del destacamento y el soldado a caballo saludó al chófer, que le respondió sacando la cabeza por la ventanilla. Andonis observó en su nuca rojiza una profunda cicatriz oculta por el cuello de la camisa.

—¿Aunque?

—Pues que no me habías dicho que Philippe Jacquot había abandonado ya la ciudad cuando conocí a Yvette.

—Sí, es verdad que nuestro amigo había exagerado un poco. Ahora, no creo que vuelva a poner los pies en Egipto tan pronto.

—Y la esposa legítima había aparecido ya con los dos niños.

—*C'est bien probable.*

—Lo cual significa que Yvette se encontraba sola y sin sostén alguno, como una caña al viento.

—*Ah, mon ami!*, ¿no sabes que nunca hay que confiar en nosotros, los samlis, los libaneses cristianos? —replicó riendo Juri—. ¿No has oído decir nunca a los egipcios que los libaneses son como el *fahm*, el carbón? Y el carbón no hay que tocarlo: si no está encendido deja los dedos negros, y si lo está, quema.

Andonis sonrió y dos surcos profundos rodearon su boca. En el fondo, sabía que el samlis tenía razón. Con respecto a su historia de amor con Yvette, reconocía que, aunque había pagado caros los servicios del Libanés, no había sido en vano, ya que ahora disfrutaba de ellos plenamente.

Se encontraba en la capital de Egipto —bajo dominio británico—, en un vehículo conducido por un soldado británico y hablaba con un libanés expresándose ahora en griego, ahora en francés,

ahora en árabe, a propósito de una franco-suiza. Recordó que, según Juri, el comercio y la guerra eran las únicas actividades humanas que podían explicar ese milagro multirracial. Decidió empezar por lo segundo.

—¿Qué piensas de la guerra?

—Ο πόλεμος..., *the war...*, *la guerre*, la guerra. Llámala como quieras. ¿Acaso cambia algo? La guerra es un camino, una feria como Jan Jalil. Unos comercian con vidas, otros con dinero, como tú. Creo que no hay que preocuparse, amigo mío. Son fuegos artificiales que van a estallar a lo lejos. Obviamente, no te negaré que para nosotros, los árabes de fuera de Egipto, es la oportunidad de liberarnos al fin del yugo otomano.

—La idea de sacar partido de la catástrofe para enriquecerme no me seduce. *Ça m'ennuie un peu, tu sais.*

—No sabía que fueras pacifista.

—Soy simplemente un industrial del tabaco al que le gustaría vivir tranquilo.

—Aquí en la tierra, mal que bien, la felicidad se compra. Con las desgracias de otra gente.

¿Debía tomar este aforismo como la expresión de un cinismo absoluto o la del alma tierna de un humanista?

—Basta ya de filosofía barata. Dímelo todo a propósito de Kitchener. Se rumorea que se va a marchar.

—*C'est bien probable.* Parece que lo destinan al Ministerio del Ejército. Él, por supuesto, preferiría seguir en Egipto como alto comisionado. Pero ya sabes cómo son las cosas...

—¿Y el nuestro..., Koshner?

—El nuestro... se podría imaginar que va a ser su sucesor, pero no. En buena lógica, no se puede nombrar para el puesto de alto comisionado a alguien que no consigue controlar siquiera un poco su pasión por los muchachos. ¿Te acuerdas del pelirrojo de nuestra anterior entrevista, en la calle Sherif Pashá? En El Cairo lo conocen como la señorita Koshner. En política, analfabeto. Pero si te quedas dormido y te despiertas en los brazos de un Koshner, todo se vuelve posible.

—Eso me preocupa. ¿No habremos elegido a la persona inadecuada?

—Mí querido Andonis, los acuerdos son los acuerdos. Las personas se van, los acuerdos quedan. Además, los británicos no han elegido al azar a Andonis Járamis como colaborador, en un país en el que hay multitud de fábricas de tabaco que elaboran cigarrillos de excelente calidad. Tú no solo garantizas la calidad; ante todo, garantizas la cantidad.

—*À propos*, traigo conmigo los planos de la ampliación de fábrica de Moharram Bey.

—*Wonderful!* Quizá no necesitemos la fotografía de Sarah Bernhardt, pero querrán ver los planos, *j'en suis sûr.*

Habían dejado atrás el Nilo para internarse por una calle estrecha, a la izquierda. Sintieron una fuerte sacudida y el claxon emitió un aullido histérico. Una carreta había derrapado y su cargamento de higos chumbos estaba aplastado en el adoquinado. El británico sacó la cabeza por la ventanilla e injurió groseramente al carretero, el hombre curtido y desdentado que hacía unos instantes había tratado de cruzar cortándoles el paso. El otro escupió en el suelo y la tomó con el caballo. Su mujer, sentada a su lado, chillaba y se golpeaba con violencia las mejillas. La calle se llenó de inmediato de chilabas y tarbushes. Un policía egipcio prometió restablecer el orden, pero su vehículo estaba inesperadamente atrapado.

Cuando al fin llegaron a la calle Nubar Pashá, se detuvieron ante un edificio de tres plantas en el que ondeaba la bandera británica. Un suboficial inglés se encargó de conducirlos ante el teniente coronel Macvel, apoderado del ejército británico, y los pasos de los tres hombres resonaron por la gran escalera de madera como un irregular redoble de tambor. Los sombreros de Sistanis y Mijelís estaban ya colgados en el vestíbulo. Un oficial gigante se encontraba junto a Mijelís y ambos sostenían una animada conversación. Cerca de ellos, Koshner los escuchaba, dejando escapar volutas de una pipa que sostenía entre los labios. En el techo un ventilador removía el aire caliente y el humo espeso. Los dedos de Macvel exhibían el número tres, al mismo tiempo que subrayaba: *Three days at the most*, mientras el índice de Mijelís le oponía una respuesta negativa y precisaba: *One week, sir, one week at the least*.

—¿Qué sucede, Andreas? —le susurró Járamis a Sistanis.

—Un problema con las cláusulas, señor Járamis; Mijelís está tratando de aclararlo —le respondió Sistanis en el mismo tono.

En ese mismo instante, el abogado se volvió hacia él y lo llevó un poco aparte.

—Nos dejan tres días de margen; después, cada día de retraso, nos costará una fortuna. *Pas question!* No firme, señor Járamis. Sería un suicidio.

El rostro de Mijelís se había vuelto rojo. No había duda de que se tomaba muy en serio su misión. Járamis, que sabía mejor que nadie desacreditar a sus colaboradores en cualquier situación, decidió ocuparse personalmente del problema. Apartó ligeramente a Mijelís, se acercó al oficial y declaró en un inglés impecable:

—Le ruego que perdone a mi abogado, señor, *he acted on his own accord...* Calculamos que es necesario un plazo mínimo de quince días. Dos semanas de retraso me parece razonable en tiempos de guerra. Pasado ese plazo, pueden aplicarnos la penalización que consideren oportuna, pero solo por la mitad de la suma. Si nuestra propuesta les conviene, estamos dispuestos a firmar; de lo contrario, le rogaré que se dirija a otro proveedor. Desearía que el asunto quedara zanjado antes del atardecer. Quizá deba pedir el parecer de sus superiores y ya volveremos a hablar de ello.

Le pareció ver cómo el aglomerado de músculos y grasa se derrumbaba cual castillo de naipes. En el rostro de Macvel permanecía una sonrisa incómoda, mientras que Koshner, desconcertado, mordisqueaba su pipa y Juri cambiaba diez veces de color. Sistanis y Mijelís intercambiaron sonrisas de triunfo.

Su jefe había dado mate en un solo movimiento sobre el tablero de las negociaciones y se disponía a abandonar el lugar cogido del brazo del Libanés, literalmente fulminado.

Antes, dio instrucciones a Andreas Sistanis.

—Te confío a Stratís. No quiero que tenga queja de tu acogida. Nos volvemos a reunir los cuatro aquí esta tarde.

El soldado británico condujo la limusina hasta el hotel Shepheard. Andonis y Elias se instalaron en el salón del restaurante, donde los camareros se afanaban al acecho de sus menores deseos. Debajo de arañas suntuosas que recordaban racimos de uvas, les sirvieron el plato principal en una vajilla de plata que dos camareros, cual ilusionistas, descubrieron a la vez para mostrar los manjares. A los postres, Elias sacó dos puros entre los más prestigiosos de su colección; se deleitaron con ellos mientras hablaban de las probables consecuencias de la declaración de guerra. El tiempo transcurría deprisa y Juri tuvo que recordar a Andonis que tenían

un negocio en suspenso en la calle Nubar Pashá. Cuando volvían, el Libanés, deseando anticipar la evolución de la situación, le dijo a quemarropa:

—*Bien joué, Andonis, you are a real businessman after all.*

El griego había comprendido que el apoderado británico, al poner condiciones tan drásticas actuaba por propia iniciativa. También sabía lo que debía esperar de la reunión de la tarde. Por eso, cuando Macvel anunció las nuevas condiciones —diez días de gracia y disminución de la cláusula penal—, comprendió que no debía poner a prueba la paciencia del británico. Era un acuerdo entre *gentlemen* y la buena fe de Macvel se había consolidado con los «medios colaterales» de Koshner, obviamente al precio de una bonita suma en libras esterlinas *under the table*, según la oferta que le hizo Andreas Sistanis siguiendo instrucciones de su patrón —pero esto era un pequeño detalle que ni Juri ni Koshner tenían necesidad de saber—. La señorita Grace, la joven secretaria del teniente coronel Macvel, de piernas un poco rechonchas, estaba ya ante su máquina y empezaba a escribir el acuerdo adicional. Todos parecían contentos del desenlace. Macvel, porque pensaba con espanto en las complicaciones que habría podido acarrear su iniciativa de la mañana, Koshner porque había llevado al consejero pelirrojo del ministro para Oriente, Mijelis por haberse opuesto con firmeza a las condiciones iniciales, Sistanis por haber liberado a su patrón durante todo el día de la presencia del abogado y Juri porque había conseguido una comisión colosal, pero era Járamis quien más merecía estar satisfecho de sí mismo. Mientras tomaba el té que le habían ofrecido, escuchaba casi con placer el tecleo enfebrecido de la máquina de escribir. Lo único que lo separaba de su amante era un paso rápido por la expendeduría de tabaco de la calle Abd el-Aziz, una tienda larga y estrecha que iba de una calle a otra, en la que, durante la visita relámpago que había hecho, creyó haber entrado por un lado y salido inmediatamente por el otro. En el momento en que mojaba la pluma en el tintero y estampaba su amplia firma en el documento, era como si acabara de depositar un primer beso en el cuerpo de alabastro de Yvette.

Sin embargo, cuando salieron para Heliópolis ya era de noche y las luces de El Cairo, que se iban encendiendo progresivamente, se reflejaban en las aguas tranquilas del río formando largas colas temblorosas. El vehículo avanzaba deprisa por la amplia vía asfaltada y Andonis, que siempre se dejaba impresionar por la trama rebosante de actividades y la profusión de mercancías que ofrecían la capital y sus alrededores, no podía evitar pensar en el violento contraste que mostraba esa opulencia comparada con la condición miserable de los campesinos. Si había un barrio que simbolizaba ostensiblemente el arte de vivir de los cairotas, era Heliópolis, esa ciudad nueva que los acogía con sus construcciones de estilo árabe bizantino erigidas sobre dunas, en el lindero del desierto.

Con una voz ronca y fatigada por el día intenso y el sinnúmero de cigarrillos, Elias comentó el espectáculo impresionante de la ciudad iluminada:

—Hay que admitir que este milagro se lo debemos a los británicos. Su espíritu organizativo permite grandes obras. Digan lo que digan, ellos son los mejores gendarmes del mundo.

Andonis, que no quería oír hablar más de los británicos, lo interrumpió de forma abrupta.

—Dime, la casa adonde me llevas, ¿es bonita, al menos, o...?

—*Fais-moi confiance*, Andonis. ¿Acaso te he decepcionado alguna vez?

—E Yvette, ¿me decías que me espera en algún sitio por aquí? —prosiguió fingiendo desconfianza.

—Más hermosa que nunca.

Yvette lo recibió vestida con un salto de cama de seda color crema y un cigarrillo plantado al final de una larga boquilla, en un piso curiosamente parecido al de Elias en Ruchdi; Andonis habría jurado que su misterioso propietario era Juri en persona. El mismo equilibrio entre arte oriental y occidental, con la única diferencia de que las paredes de la habitación no estaban cubiertas de espejos sino de escenas eróticas procedentes del antiguo Egipto, como las que había visto hacía unos años en una casa de tolerancia de Alejandría, y un majestuoso falo erecto de metal pulido coronaba los barrotes del lecho.

Cenaron a la luz de las velas, desnudos, indiferentes a las miradas indiscretas de la criada egipcia que se encargaba del servicio, y bebieron vino hasta la saciedad.

Apreciaron un buen narguile a modo de postre. Yvette sacó su álbum de «encartes» —como los llamaban—, de aquellos que se insertaban en las cajetillas de cigarrillos para excitar ligeramente la imaginación del fumador.

—Como ves, soy una *collectionneuse* escrupulosa, una consumidora inveterada de tus cigarrillos. Ya he completado un álbum y me pregunto qué voy a ganar.

Lo hojearon juntos; Yvette pensaba que él se sentiría excitado por esas imágenes licenciosas de lolitas desnudas, cuyas poses y aire de entendidas manifestaban un completo desprecio por las costumbres de la época. Señaló una con el dedo y le preguntó con voz temblorosa si la conocía.

—¿Cómo iba a conocerla? Estas fotos nos llegan del extranjero, modelos de desnudos, bailarinas, supuestas actrices..., vete a saber.

La sentía muy excitada. Tenía los pómulos sonrosados, el vello sobre el labio superior estaba húmedo y lo provocaba haciendo vibrar la lengua dentro de su boca, señal irrefutable de que él debía hacer avanzar la situación.

Desde la primera vez habían aprendido a conocerse, y Andonis se sentía ahora tan bien con ella que le confesó la historia de Zanasis de Mitilene y el papel que desempeñaba durante sus juegos amorosos. A Yvette le resultó tan divertida que le obligó a contarla en francés, en voz alta, mientras hacían el amor. Al cabo de dos meses la magia seguía actuando entre ellos. Ella lo recibía, suavemente perfumada, con un deseo intacto y sus ligeros gemidos: *Encore!, encore!*; en él no decaía el ardor, y ella se sorprendía cada vez: *Cinquante ans? Tu as vraiment plus de cinquante ans? Je n'y crois pas!*

Entonces, en ese nirvana aparentemente ideal, con ella dormida a su lado, ¿qué es lo que lo mantenía despierto con un cigarrillo en los labios? Era al alba del miércoles 5 de agosto de 1914. La voz del muecín resonaba desde el minarete, lúgubre y cargada de malos augurios. La humanidad acababa de entrar en el torbellino de una guerra mundial; él se sentía lejos de todo aquello, más rico y más feliz que nunca, y, sin embargo, Andonis Járamis experimentaba un vago desasosiego.

Como una broma, Yvette calificó su regreso a Alejandría de «regreso al cautiverio». En apariencia, no se sentía verdaderamente a gusto en su jaula de oro, el piso que Járamis le había puesto en la calle Sultán Hussein. Los muebles lujosos, las compras en las boutiques más caras de la ciudad y su carísimo guardarropa no bastaban para disipar su malestar.

Por su parte, Andonis deseaba compensarla por el tiempo que pasaba esperándolo y, para eso, contaba con la discreción de un joyero armenio de la calle de Francia; Kevorghian quizá no estaba

establecido en la calle más cotizada de Sherif, pero sabía hacerse digno de la confianza que le manifestaban sus clientes adinerados. Realizaba piezas únicas de rara belleza y les garantizaba un silencio no menos digno de aprecio. Yvette aceptaba esos regalos inesperados fingiendo sorpresa con cloqueos parecidos a los que amenizaban sus momentos de intimidad, lo cual dejaba a Andonis con una ligera duda sobre la sinceridad de los sentimientos de su amante. Evidentemente, nunca dejaba de repetir que ninguna de esos *bijoux* tenía valor alguno comparado con su bien máspreciado, su tierno e insustituible amante. Volvía a sus recriminaciones por las innumerables horas que pasaba lejos de ella, sin ninguna razón válida. Él reconocía que sus reproches eran justos, pero no era más que un ser humano y a veces se sentía agobiado por su doble vida. De modo que se concedía una tregua evadiéndose de la oposición magnética esposa-amante. Además estaba seguro de que Yvette comprendía lo incómodo de la situación para él. Se sorprendió desagradablemente el día que, tras una breve interrupción de su relación, fue a la calle Sultán Hussein y no la encontró. Por suerte, gran parte de su guardarropa seguía en el armario de madera. Al menos, tenía la intención de volver. Se había llevado las dos maletas de cuero grandes que habían comprado en El Cairo llenas con algunos de los vestidos y zapatos más bonitos, una colección de ropa interior, productos de cosmética, joyas y adornos que constituyen los complementos clásicos de una mujer de buen gusto. Indudablemente, la señorita Yvette había emprendido el vuelo desde su jaula y el único medio de saber algo más consistía en interrogar a Ramzi, el portero, el *bauab* a quien Andonis gratificaba con generosas propinas para vigilar sus idas y venidas. El hombre declaró que él mismo la había acompañado a la estación de El Cairo y había cargado su equipaje en el tren de Suez. Si sabía su destino era porque en el camino la señorita Yvette le había preguntado: «Dime, *bauab*, ¿has estado alguna vez en Suez?». Al parecer una de sus viejas amigas, casada con un empleado de la compañía del Canal, vivía allí. La joven sabía perfectamente que a Ramzi le pagaban para espiarla, de modo que Andonis analizó la conversación como un mensaje destinado a tenerlo informado, lo cual lo tranquilizó durante un tiempo.

La ausencia simultánea de Juri fue lo que le puso la mosca detrás de la oreja. No lo encontró ni en las tiendas de la zona de Sherif Pashá, ni en el club Mohamed Ali, ni en la playa de Stanley Bay, ni en el Sporting club ni en su piso de Ruchdi y ni siquiera en casa del judío Samuel Agiman, donde tenían por costumbre jugar a las cartas *à jour fixe* los miércoles. El Libanés había desaparecido por completo de aquella Alejandría que en los primeros días de guerra reaccionaba sin vigor, condenada a la expectativa. Los había más preocupados por su veraneo que por las consecuencias inminentes del conflicto, pese a que, al ser Egipto un protectorado británico, bastaba con analizar el siniestro presagio que suponía la presencia de la imponente flota de guerra británica anclada en el puerto Oeste para darse cuenta de la gravedad de la situación. En lugar de ocuparme de Juri y de Yvette, más me valdría reflexionar sobre la manera de procurarme papel de fumar para mis cigarrillos durante la penuria que con toda seguridad llegará, así como en las condiciones de transporte del tabaco, pensó Andonis.

Habían transcurrido veinte días de malestar, dudas y humor cambiante, que ni él mismo ni sus allegados lograban explicarse, cuando recibió esta nota de Juri:

«*Rendez-vous chez Daniele demain matin à onze heures.* Tengo muchas cosas que decirte».

Al día siguiente a las once el Libanés le esperaba en su mesa habitual en la brasserie Daniele. Al entrar, Andonis comprobó sorprendido que los turistas no se decidían a hacerse a la mar. El dueño le dirigió una señal de disculpa, una manera de decir que él nada tenía que ver en aquel desorden. Las costas del Mediterráneo no solo estaban invadidas por los empleados y hombres de negocios de El Cairo, sino también por aquellos a quienes la declaración de guerra había disuadido de una escapada a Europa. Esa multitud bulliciosa le convenía a Andonis, que en la medida de lo posible deseaba pasar desapercibido.

No le entregó el sombrero, como de costumbre, al pequeño *sisbis*, sino a una joven de cabellos claros peinados en un moño, que llevaba un traje egipcio y se parecía mucho a Fauzi. Elias le informó de que era su hermana. Sus rasgos manifestaban la huella europea que habían dejado las tropas napoleónicas entre la población autóctona de la región de Rosetta. Una encantadora vienesa con perfume de flores le sirvió la cerveza que había pedido. Renato, el vivaracho retoño de Daniele, se ponía en acción en la otra ala de la brasserie; cada vez que se acercaba a la barra le gritaba a su padre frases en italiano. Elias sacó un gran rosario de ámbar y oro, destinado a adaptarse con exactitud a las dimensiones del escritorio de Andonis, e intentó convencerlo de que se lo había traído de Constantinopla.

—Pero ¿por qué no me crees? —exclamó el Libanés con voz de niño.

—Dime, Elias, ¿cómo has ido a Constantinopla? ¿Volando? ¿No han prohibido zarpar a los barcos? ¿Me tomas por un *rigolo*? —replicó Andonis, pronunciando la última palabra al estilo de Juri.

—Conseguí marcharme un día antes —insistió Elias, y llamó a Daniele.

Tras unos comentarios sobre la clientela *che infastidice* —la clientela molesta—, el mesonero examinó cuidadosamente el rosario: *Che bello, che enorme, fantastico!* No había visto nada igual en Alejandría; según él, no había duda sobre su procedencia. Con toda seguridad, el señor Juri lo había traído de Estambul.

—Tenía que ir, Andonis, antes de que Turquía entrara a su vez en la danza. *Je perdrais au change. Tu vois le genre?*

Járamis deseaba creerlo más que ninguna otra cosa. Cuando Juri le mostró los billetes sin que nadie se los pidiera, tuvo la impresión de abrir un compás sobre un mapa imaginario. Calculó la distancia de Suez a Constantinopla y experimentó un inexplicable alivio.

—No tenías necesidad de mostrarnos los billetes. Te creo. *D'ailleurs*, no tienes por qué justificar todos tus movimientos.

En su mente surgió la imagen de Yvette, pero prefirió no mencionar su desaparición, ya que el Libanés no parecía estar enterado.

—¿Y dices que ibas a perder mucho dinero?

—Mucho, Andonis, de verdad. *Ç'aurait été une catastrophe!* No hay que invertir en la Ciudad en los tiempos que corren. A no ser que se tenga dinero para perder.

—¿Es seguro que los turcos van a entrar en la guerra?

—Malditos sean Enver Pashá y los neoturcos. *Fils de pute!*

Desde la barra les llegó la voz estentórea de Renato que bromeaba con Daniele. Los diálogos de comediantes de padre e hijo los convertían en solistas en medio de la polifonía anárquica de la clientela matinal.

Yvette había soñado con un primer verano en Alejandría totalmente distinto. Al principio, su descenso al país del Nilo evocó para ella una quimera de juventud. Ella misma no sabía si había llegado allí siguiendo a Philippe Jacquot o la voluntad de Elias Juri y de los servicios secretos británicos. Normalmente, la ruptura con Jacquot debería haber anunciado su regreso a Europa. En cualquier caso, nunca habría pensado en sustituirlo por un Járamis ni, menos aún, vivir encerrada entre cuatro paredes. Como en otras ocasiones, los planes del Libanés fueron los que decidieron; ahora, cada vez que pasaba la puerta en ojiva de su casa, sabía que abandonaba tras ella el sueño de regresar, la perspectiva de instalarse de verdad en París o en cualquier otro lugar de Europa y reemprender su vida allí donde la había dejado. Esta perspectiva estaba condicionada por una independencia que había perdido en contacto con hombres ricos como Jacquot y ahora Járamis. Apenas se consideraba diferente de los *objets d'art* que decoraban las horas de soledad interminables que pasaba en el piso de la calle Sultán Hussein esperando las visitas de Andonis —o Antoine, como le gustaba llamarlo—. Sus expediciones intempestivas a las boutiques más lujosas —de los grandes almacenes Hanneaux y Stein's, al Bazar Lyonnais o al Salon Vert, según los casos— le servían de venganza, y volvía a casa cargada de una cantidad inverosímil de paquetes amontonados en dos tálburis que se seguían el uno al otro. Este frenesí de compras se traducían en un montón de facturas tan impresionantes por su cantidad como por su importe, que ella colocaba a la vista en el velador del vestíbulo para que Antoine tomara nota de su existencia, y él —tenía que reconocerle esa virtud— las observaba siempre divertido. El bauab, sin aliento, llevaba los paquetes, mientras Yvette se frotaba las manos, contenta. Pero la satisfacción duraba poco, ya que muy pronto se encerraba de nuevo en la espera solitaria, presa de pensamientos absurdos y de acritud.

Con Philippe era distinto. Sabía que también estaba casado y cargado de hijos, pero su familia se encontraba lejos, no sabía muy bien dónde, y cuando vivieron juntos Yvette se comportaba como su compañera habitual. Él la llevaba a todas partes, juntos hacían las locuras más inimaginables, no tenían que rendir cuentas a nadie y vivían a su antojo. Pero en el momento en que el señor Járamis entró en su vida, sintió el ojo ciclópeo de la ciudad apuntando hacia ella permanentemente y prefirió permanecer encerrada antes que suscitar cotilleos y comprometer así a su generoso amante. Se podían contar con los dedos de una mano las ocasiones en que había ido a bañarse a San Stefano, a Stanley Bay o a Glimenópulo. Habría podido alquilar una habitación en el hotel casino San Stefano o, mejor aún, un chalet de madera en cualquier playa de Alejandría, que, en espera de la nueva Corniche, parecía un pintoresco pueblo de pescadores. De hecho, se había quedado enclaustrada durante todo el verano. No era vida. Estaba harta de la enorme cabeza cuadrada del bauab, de los ojos astutos y los enormes pendientes de su mujer regordeta. Para ver a personas conocidas, llamaba con cierta frecuencia a Verónica —quien cosía vestidos que encontraba colgados en su guardarropa, en espera de que algún día se los pusiera—, y eso para estar segura de tener compañía durante dos o tres días seguidos, pese a que la maltesa se afanaba de la mañana al anochecer para terminar lo antes posible con la ayuda de su aprendiz. No era la solución. Ella quería que se admirara su belleza, exhibirla por las calles y las tiendas, impresionar a los hombres y a las mujeres, recibir halagos, provocar la admiración de los machos que tenía hechizados y verlos dedicados a tratarla con mil delicadezas. Ahora solo cosechaba los halagos de su modista. No podía soportar mucho tiempo más ese cautiverio y así se lo había advertido a Elias.



—¿Te molesta que Antoine sea mayor de lo que habrías deseado? —preguntó.

Yvette pudo discernir en esa pregunta una complacencia que le disgustó y se encargó de deslizar una firme alusión al vigor del quincuagenario:

—Antoine no aparenta su edad en absoluto. Da muestras de un temperamento imponente y mucho más, si es eso lo que quieres decir.

—No quería dar a entender nada semejante —protestó enérgicamente. De hecho, quería estar seguro de seguir controlando su vida, lo cual la sacó de sus casillas.

Como si todos los problemas con los que la había agobiado no bastaran, además tenía que alimentar su egoísmo de macho. Dos veces estuvo a punto de dejarlo en la estacada y volver a Europa, dos veces. Elías la retuvo en el último momento, apelando a la guerra que se anunciaba. Y cuando estalló el conflicto, el Libanés decidió de pronto que tenían que hacer un viaje a Constantinopla.

—¿No puede esperar ese viaje?

—¿Bromeas? Pueden prohibir que los barcos zarpen de la noche a la mañana. Dudo que tengamos mucho tiempo.

—¿Y Antoine? Eso es ridículo.

—Le dejas una nota diciéndole que vas a pasar unos días en Suez, en casa de tu amiga, *c'est tout*.

—¿Y él se lo va a tragar?

—Te lo aseguro.

La brecha que había tenido el cuidado de conservar para evadirse de su relación con Járamis le iba a servir para algo al fin. Su vieja amiga que vivía en Suez la habría recibido encantada si un grave accidente que había sufrido su marido no les hubiera obligado a volver a Francia. Pero nadie tenía por qué conocer ese detalle, ni siquiera Juri.

—¿Y para qué es ese viaje, Elías, sería una luna de miel? —bromeó ella.

—Tomémoslo así, si eso te ayuda a sentirte mejor.

Si ese viaje no era más que una agradable escapada, Juri había tomado una decisión más bien maliciosa al llevarla con él, aunque su presencia en la Ciudad no pareciera imprescindible en ningún caso.

Todo había sucedido tan deprisa que Yvette, entre sábanas de lino y sobre almohadones de pluma en una de las habitaciones de techos altos del Pera Palace, tuvo la sensación de quedarse dormida en Alejandría y despertar en Constantinopla. Al incorporarse en el lecho majestuoso de caoba vio su reflejo en el espejo del armario de una sola puerta y descubrió, casi sorprendida, la presencia de Elías a su lado, beatíficamente dormido. Entre sueño y realidad rememoró las etapas del viaje, comenzando por el jadeo característico de Ramzi, el bauab, en el momento en que cargaba sus maletas en el tren de Suez. Segundos más tarde, un mozo que estaba en el secreto las descargaba mientras ella entraba por una portezuela y salía por la del lado opuesto. Allí la esperaba un coche de punto que la llevó sin demora a la aduana. El encuentro con Juri y el embarque en el navío de la línea de Constantinopla se produjeron en condiciones tan secretas que alejó de la mente hasta la idea misma del viaje. Una oportuna llamada a la oficina del puerto había cuando menos acelerado las formalidades sanitarias. El aislamiento en un camarote de primera clase y el mareo —al prolongarse los temporales de verano en el mar de Libia y el mar Egeo— le

dieron la impresión de no haber salido de la tierra hospitalaria de Egipto y que había avanzado con lentitud a lo largo de la costa hasta Suez. Desde el ojo de buey no percibía más que las oleadas de agua burbujeante de espuma y solo el cabeceo del barco le recordaba del modo más desagradable que navegaban en alta mar. A veces el mareo la removía por completo, como una cerveza agria en una jarra, y sentía que la espuma se dilataba hasta casi desbordarse. Se sentaba con las piernas cruzadas y las rodillas separadas, cerraba los ojos y parecía que rezaba. Elías le ponía delante una bolsa de papel y le acariciaba el cabello, impasible a pesar del oleaje. Una pesadilla que duró tres días. En la escala, se negó a oír hablar del Pireo.

Tras muchas peripecias, cuando el barco pasó los Dardanelos y echó el ancla a la entrada del golfo de Keratios, la vista mágica de la Ciudad, en la que surgían el palacio de Topkapi, Santa Sofía y las mezquitas musulmanas a un lado y la torre Gálata al otro, fue para ella como las imágenes de los libros infantiles. Después, al arrullo del golpeteo de los cascos de los caballos en el empedrado de las callejuelas de Pera, estuvo a punto de dormirse apoyada en el hombro de su compañero. Hipnotizada, cruzó la entrada imponente del Pera Palace sin prestar atención a la fachada de la época barroca turca, de amplias ventanas y adornos de estuco; ignoró las arañas de cristal de Murano y las escaleras de mármol y se deslizó en uno de los canapés de la entrada. Desde allí veía a Juri, erguido, imperturbable, con la palma apoyada en el mostrador de la recepción, ocuparse de los detalles de su estancia. Hablaba con un hombre vestido a la europea pero con un tarbush en la cabeza. Al observar la escena no tuvo realmente la impresión de haber salido de Egipto. Además, durante el trayecto había oído los cantos quejumbrosos de los muecines que surgían de los minaretes.

Se acordó del ligero balanceo del ascensor *art déco* trepando por los pisos del hotel y del instante bendito en que al fin se había tumbado en la cama y se había abandonado encantada en los brazos de Morfeo, fingiendo ignorar los reclamos lánguidos de Juri, que, al cabo de un rato, decepcionado, se volvió hacia el otro lado y se quedó dormido.

La vuelta a la realidad fue dolorosa también. Por un instante, tuvo la impresión de que la puerta cristalera y las vistas del golfo Keratios eran un ojo de buey, y el Pera Palace, un lujoso paquebote que iniciaba su periplo hacia tierras lejanas. De pronto, la idea de que se encontraba a cientos de leguas de la calle Sultán Hussein la asustó y la sumió en una doble sensación de inseguridad y de culpabilidad inexplicable para con Antoine, algo que nunca había sentido en Alejandría. Y tal vez fuera esa la razón —aparte de las consecuencias de las náuseas— que le impidió ceder a los deseos de Juri, que acababa de despertarse. Él se incorporó y encendió un cigarrillo; tuvo la suficiente delicadeza para evitar que fueran Járamis. Le ofreció uno, pero ella no soportaba el olor del tabaco. El rechazo de esta segunda proposición no pareció molestarle.

—*Prépare-toi vite, Yvette, il y a des choses à faire* —dijo sencillamente.

En efecto, les esperaba una semana difícil en la capital del Imperio otomano.

Juri había declarado un día: «A los aristócratas y a los espías se los reconoce fácilmente por su propensión a susurrar». Yvette lo recordó al cruzar la sala del restaurante del Pera Palace, en la que el grosor de las alfombras silenciaba por completo el ruido de los pasos. El camarero que la condujo a la mesa llevaba redingote y pajarita, no obstante, su fez le indicaba que se encontraba en Turquía.

Esperaba encontrar a Elías en compañía de otro hombre, pero lo descubrió hablando en voz

baja con un muchacho muy joven. Las presentaciones acentuaron su sorpresa.

—¿De verdad es usted Panayotis Arapidis?

Yvette había bajado el tono al mínimo y sin embargo tuvo la impresión de que todo el mundo la había oído. Se equivocaba; ningún comensal se volvió.

—Sí, señorita Yvette.

—Le ruego que me disculpe, pero esperaba a alguien..., ¿cómo decirlo?

—De más edad, quizá.

—En cierto modo, sí.

Seguían aún de pie.

—Sentémonos —propuso Elias.

La ausencia de ruido en un espacio tan grande se volvía molesta. Los camareros, silenciosos, correteaban en todas direcciones. En las mesas, hombres y mujeres de mundo comían sin dejar que se filtrara nada de lo que decían, ni siquiera del manejo de los cubiertos, cuando cortaban los manjares con precisión quirúrgica. Ella llegó a la conclusión de que debía redoblar la atención, moverse con parsimonia y tener cuidado de hablar en voz muy baja.

—Sabe, ya tengo veintiún años —dijo Arapidis en una tentativa de impresionarla.

—Verdaderamente, no los aparenta. De todos modos, es muy joven. No quiero decepcionarlo pero, habida cuenta de sus responsabilidades, esperaba encontrar a alguien al menos veinte años mayor que usted.

—Pero ¿por qué los años cuentan tanto? ¿Qué dice usted, Elias? ¿Acaso tiene la edad tanta importancia? —prosiguió Arapidis, visiblemente decepcionado y con la esperanza de que Juri acudiera en su ayuda.

—Un hombre adquiere experiencia, lo que constituye un precioso instrumento en esta clase de empleo, se lo aseguro —insistió Yvette.

—No hemos empezado con buen pie —intervino Elias, cuya voz amplia y profunda casaba perfectamente con el tono sigiloso de la conversación—. No estamos aquí para hablar de quién ni por qué ha nombrado a Panayotis para este puesto.

Desde su llegada, Yvette se había puesto a hacer comparaciones entre Constantinopla y Alejandría. No veía más que tapetes: sobre las columnas, las mesas, los respaldos de los asientos. Los únicos detalles que rompían esa geometría glacial de ángulos rectos eran las bombillas de las grandes arañas con motivos vegetales, así como los pomos de las puertas y los pilones de plantas lujuriosas que, diseminados por la sala, hacían de biombos.

Arapidis se fijó en su ojeada circular.

—Seguramente habrá algo aquí que le recuerde Alejandría, mademoiselle.

—*Pas du tout. Au contraire. C'est tout à fait différent.*

—Qué decepción. Y yo que creía que Alejandría era la hermanita gemela de la ciudad. Por decirlo todo, pensaba que podría constituir el marco ideal de una nueva vida, si me decidiera a ir a vivir bajo otros cielos...

Parecía realmente decepcionado y Elias trató de salvar la situación:

—Exageras un poco, *ma chérie*, no son tan diferentes las dos ciudades.

Los dos hombres parecían conversar en serio sobre una posible expatriación de Arapidis a Alejandría. En un breve instante Yvette tuvo una fuerte sensación de peligro ante la idea de que alguien, además de Elias, pudiera un día dar testimonio de su viaje a la ciudad.

—¿Tiene acaso *l'intention d'abandonner Constantinople*? —preguntó sin rodeos.

Debió de elevar la voz de forma involuntaria, ya que él le asió de manera instintiva la mano y le rogó encarecidamente:

—Hable más bajo, señorita Santon. En estos tiempos Turquía no es un lugar propicio para este tipo de conversaciones. Ha de saber que en este mismo instante estamos siendo vigilados.

—Creo que ahora eres tú quien exagera, Panayotis.

Panayotis esperó a que se alejara el camarero y tomándolos a ambos de la mano, dejó caer en tono confidencial:

—Amigos, les confieso que estoy entre la espada y la pared. Como si no bastara con que los soplones aumentaran últimamente como la espuma, hay que añadir, en este contexto tan inestable, un problema rigurosamente personal. Mi vida está gravemente amenazada.

—¿Qué ocurre?

—¡Ah! Elias, tú que eres un hombre me comprenderás mejor —suspiró Arapidis, tuteándolo de pronto con su voz delicada, que parecía transformarse en la de un chiquillo de diez años—. He cometido el error de tener relaciones amorosas con la hija de una familia turca muy conocida.

—¿Y eso está mal? —se sorprendió Yvette.

—¿Qué dice usted, señorita Yvette! Es un crimen. Y si eso fuera todo... Esa mujer... —No completó la frase.

—¿Sí? —respondió Elias para animarlo a seguir.

—Ya sé, van a decirme que es una tontería enamorarse de una turca, y más aún... si está casada.

La última palabra se le escapó en un suspiro tan débil que ni él mismo debió de oírlo.

—¡Ah, vaya! —balbuceó Yvette, sorprendida.

Observó con atención al joven de ojos de un color verde muy suave y rostro redondo. ¿Qué puede hacer una mujer con semejante caramelo? No pudo disimular la ironía de su sonrisa, lo cual le valió un abierto fruncimiento de entrecejo de Elias.

Sin embargo, Arapidis no le prestó atención y continuó:

—Crecimos juntos, nos conocemos desde muy niños. Ya saben cómo suceden estas cosas. Pero dejemos a un lado mis asuntos personales y volvamos a los temas que nos interesan. Dentro de poco, el individuo que lleva monóculo y tiene una raya en medio de la frente, el que ocupa la tercera mesa a la izquierda, pues bien, ese señor provocará un incidente. No pasarán más de diez minutos hasta que se ponga fin al malentendido. Entonces, escúchenme bien y, por favor, no me interrumpen.

El incidente anunciado no se produjo en medio de gritos y furor. El personaje, irritado, con toda evidencia, golpeó simplemente tres veces el plato con su tenedor y monopolizó la atención del personal y los clientes. Acudieron los camareros y la manera en que se desarrolló la situación parecía más una conspiración que un malentendido.

Arapidis aprovechó para soltar una avalancha de frases en francés.

—Primero hay que coordinar sus movimientos en la ciudad —dijo abriendo su flamante servilleta—. Elias, esta es tu acreditación para el club helénico, el Círculo de Oriente. Allí conocerás a muchos dignatarios, desde el visir hasta el último de los diplomáticos, pero también a banqueros, grandes comerciantes, la flor y nata de Pera. Bajo la capa de club social, es un círculo de juego y un lugar de intercambio de información. Estarás en tu elemento. —Juri sonrió

complacido—. Te doy también una invitación para el baile de la embajada de Francia, pasado mañana. Las delegaciones diplomáticas europeas se han entregado a una competición de velocidad para asegurarse el apoyo de Turquía en el conflicto. En la gran sala tendrán la oportunidad de admirar los adornos de pan de oro reflejándose en innumerables espejos. ¡Ah! Antes de que me olvide, la pequeña Roxana y su hermana bailarían en honor de los invitados. Son antiguas alumnas de Zappio, zapidas, como se las llama aquí, en la Ciudad, artistas, desde ahora. A la muerte del padre, su madre se convirtió al islam (como ven, a fin de cuentas, yo no soy una rara excepción) y esa es su manera de vengarse. Hacen furor en los cafés concierto. Tenemos bonitas muchachas en la Ciudad. Lo comprenderán en cuanto las vean. Roxana trabaja para nosotros. La recepción es una excelente ocasión para que se conozcan, Yvette. Ella le confiará lo que no haya aprendido por mediación mía. Entretanto, no estaría mal que paseara su belleza por las calles de la ciudad. Una vuelta por la calle principal de Pera la transportará a algún lugar entre París, Londres y Viena. Le he traído una lista de los sitios más chic. Merece la pena visitarlos. Me traerá noticias de los *five o'clock tea* en Lebon. En una semana estoy seguro de que tendrá una opinión bien distinta de nuestra ciudad. En los tiempos que corren todo el mundo recluta espías, de modo que no se sorprenda si no la abordan solo para hacerle la corte. Una *si belle femme*, sola por añadidura, seguro que atraerá muchas miradas.

*Belle femme* sonó a hueco en su boca: como si hubiera estado hablando de Yvette Santon sin tenerla frente a él en carne y hueso.

—No nos has dicho lo más importante, Panayotis. ¿Turquía entra en guerra, *oui ou non*? —le interrumpió Elias.

—Es una pregunta que nos hacemos todos. En este momento, en la ciudad, todas las miradas se vuelven hacia «el palacio de los pájaros». Cuando Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania todo el mundo estaba aterrado. Pero al cruzar los Dardanelos seguro que han visto los dos buques de guerra, el *Goeben* y el *Breslau*. Los alemanes piensan vendérselos a los turcos a precio de amigo. Una especie de regalo para una futura alianza. Hay que destacar que británicos y franceses están haciendo esfuerzos desesperados para hacer fracasar el plan que, sin duda alguna, nos arrastraría a aventuras interminables.

Arapidis había conseguido decírselo todo antes de que el montaje quedara zanjado. Se lanzó sobre el plato con un apetito feroz; probablemente su prolijidad le había exacerbado el apetito.

Yvette pensó una vez más: «No es más que un niño». Pero tal vez era solo una tapadera para que nadie sospechara de él.

Más tarde, cuando ya estuvieron solos, Elias comentó:

—¿Qué te había dicho? Un Philippe Jacquot al estilo de Constantinopla.

Ella no estaba de acuerdo. Si Philippe Jacquot distaba de ser perfecto cuando se conocieron, al menos era un hombre y no un niño. Pero prefirió guardarse esta opinión para sí misma, ya que Juri no la habría apreciado demasiado.

Se limitó a responder:

—Sí, pero ¿no es demasiado joven para nuestro asunto?

—*Ma chérie*, en asuntos como este más vale ser un jovencuelo que da la impresión de no valer gran cosa. Así no se es consciente del peligro. ¿Te imaginas a nuestro amigo con veinte años más?

—¿Y qué es exactamente el «palacio de los pájaros» que está monopolizando todas las

miradas en estos últimos tiempos?

—La embajada de Alemania.

La primera vez que Yvette paseó su gracia inimitable por la Grand Rue de Pera fue todo un acontecimiento. Envuelta en un vestido de seda viva, con la cabeza cubierta con una capelina que le daba un aspecto soberano, a los hombres se les salía el corazón del pecho al ritmo del taconeo de sus escaarpines de combadura perfecta. La ondulación de sus caderas suscitó un eco que se prolongó desde el pasaje de Europa hasta la joyería Pagonis, pasando por la sombrerería de madame Trophe y la zapatería de Muriadis, prosiguió por el pasaje Romylie, en la entrada del Cité de Pera, en las inmediaciones de las embajadas, los grandes almacenes Karlman y las perfumerías, y alcanzó su apoteosis en los salones de té de moda. Actuó de modo que los embajadores, ministros plenipotenciarios y banqueros buscaran información sobre ella, que jóvenes lechuguinos intentaran atraer su atención, que aguerridos seductores siguieran sus huellas, que austeros monóculos abandonaran su órbita, bigotes alisados temblaran descomedidos y hasta que labios inmóviles se fruncieran con aire entendido y que imaginaciones enfebrecidas caracolearan sin pudor por su intimidad. Su resplandor, e incluso su sombra, alteraron las costumbres de la Ciudad, que se parecían tanto a las de una subprefectura como a las de una metrópoli. En Lebon, donde tomó el té sola, sentada a una mesa, cuellos duros, chalecos asedados, bastones de empuñadura dorada y sombreros con su cinta convergieron en dirección a ella. Su presencia eclipsó la angustia de una guerra inminente, mientras que las damas de la buena sociedad destilaban con envidia acerbadas alusiones: «¿Cuándo se ha visto a una modelo en Lebon?».

Incómoda por estas reacciones excesivas, se esforzaba por ignorarlas en la medida de lo posible, ya que sospechaba que le sería sumamente difícil volver a su celda de lujo en la calle Sultán Hussein.

El día en que Yvette y Elias cruzaron el umbral de arcos con molduras de la embajada de Francia, donde resplandecía la decoración *art nouveau*, estuvieron en el centro de todas las conversaciones de la buena sociedad de Pera.

Si Yvette, la sublime, atraía como un imán a los invitados, Elias, esbelto, de ojos oscuros, era el hombre de modales exquisitos, tanto en sociedad como en el Círculo de Oriente; el alejandrino cosmopolita capaz de captar el más mínimo fragmento de información que se expresara en alguno de los seis idiomas que dirigían el mundo. Había llegado a la Ciudad para atender asuntos de su negocio de algodón en relación con Panayotis Arapidis —el hijo de Pandelís Arapidis, el comerciante de aceites griego—, un joven mimado, con prisa por crecer y ocupar el puesto de su padre al mando de la empresa familiar. Pero, de momento, sus calaveradas escandalizaban a la sociedad conservadora de Pera. La presencia de la pareja en la recepción avivó el interés y disipó el fastidio de las interminables presentaciones y frases convencionales vacías de sentido. Comentaron el porte impecable y la soltura con que Elias llevaba el frac y su facilidad para pasar de un idioma a otro prácticamente cada dos frases. Yvette, con igual soltura, sabía recibir las galanterías de los hombres sin herirlos ni alentarlos. La suave seda que le caía desde los hombros moldeaba sus formas, brillaba en cada uno de sus movimientos que discretamente daban pie a intuir sus proporciones divinas. En medio de tanta conversación ruidosa recuperaba el gracejo mundano, los chorros de luz, el destello de las copas de cristal al entrechocarse, la alegre pequeña

melodía alejandrina recuperada y trasladada por la música almibarada de la orquesta. Los músicos, vestidos con frac y tocados con un fez, de pie sobre un podio, se movían despacio y parecían personajes inanimados de una caja de música. A Yvette la invitaron a bailar sin cesar y, como no habría quedado muy chic defraudar a sus admiradores, no se acordaba ya de cuántos brazos la habían hecho girar en la pista. Un intermedio en mi cautiverio alejandrino, se decía una y otra vez, y es seguro que habría sido la atracción de la velada si la pequeña Roxane, *la danseuse* de los cafés concierto, llegado el momento, no le hubiera arrebatado el papel protagonista al bailar en la sala de los cien espejos y desencadenar aplausos entusiastas. Pero Yvette no estaba celosa. Observó con mucha atención los movimientos de la danza oriental y quedó encantada. Dejándose llevar por los reflejos difractados en múltiples ídolos, como si cada movimiento se imprimiera en un espejo distinto, fue transportada a la habitación de Elias en Ruchdi y por primera vez fue consciente del dolor que experimentaba cuando Elias o Andonis la penetraban. Se dejó llevar y siguió la huella de la carne rosada de Roxane, que en absoluto le parecía amenazadora en los espejos de marcos dorados. La invadió un deseo indolente, que no intentó comprender ni combatir, hasta que la joven bailarina se detuvo en medio de la sala y saludó al público delirante. Al levantar los párpados, Yvette, muy turbada, reconoció a la pequeña Roxane, que por otra parte no era tan pequeña; se trataba de la joven que posaba para los encartes que había en las cajetillas de cigarrillos Járamis. Cuando la bailarina, inmóvil en medio de la sala, saludaba al público, Yvette tuvo la sensación de que la sala daba vueltas a su alrededor. Pero enseguida se dijo que era muy improbable que algún mecanismo pudiera imprimir una rotación de esa amplitud a un espacio semejante y en ese preciso instante se encontró en el barco que la había traído de Alejandría. Sintió náuseas casi imposibles de controlar y estuvo a punto de gritar: *Arrêtez!* ¡Dejad de hacer girar la sala!

Corrió a refugiarse a la salida. Nunca supo cómo se encontró en el patio y en el coche que la llevó al Pera Palace. Sin duda ella misma había dado la dirección al cochero, pero cuando se lo preguntaba no era capaz de responder.

Durante toda la noche trató de esconderse de un bosque de espejos. Por la mañana, al levantarse, no vio más que los del armario y el lavabo. Elias estaba inclinado sobre ella y le acariciaba el cabello.

—¿Te encuentras bien? —Ella asintió con la cabeza y el Libanés prosiguió—: Hubo algo que te alteró anoche, confíesalo. ¿Fue el champán, los innumerables bailes que concediste a esos señores o Roxane que te arrebató el puesto de vedette? —Si lo que pretendía era divertirla, lo cierto es que ella no se encontraba ni con fuerzas para contestar. Elias insistió—: Por mi parte, me inclino a pensar que fue Roxane. No estás acostumbrada a los papeles secundarios, mi amor, pero no estaría mal que empezaras a hacerte a la idea, no serás siempre la más joven.

Ella no le hizo caso alguno. Lo conocía muy bien. El Libanés era rencoroso como un camello africano. Había que evitar pincharle donde más le dolía, pues no lo olvidaba y sabía cómo hacérselo pagar a la primera ocasión.

Ella lo miró sin hablar y le hizo sitio a su lado, dando una palmada en el colchón con la mano derecha. Él dudó y luego se tumbó despacio, muy tranquilo. Apenas despierta, ella lo cogió desprevenido arrojándose sobre él cual felino. Él fingió que quería desprenderse, luego estalló en una carcajada y todo su cuerpo se estremeció. Yvette, sin pestañear, lo estrechó violentamente y

dejó a Elias sumergido en la confusión. A ningún hombre le gusta verse reducido a la condición de objeto sexual. Lo que siguió semejaba más una lucha que una escena de amor; con los enloquecidos galopes de Yvette estuvieron a punto de caer rodando al suelo una y otra vez, y las manos de la joven rodeando el cuello del amante más parecían estrangular que estrechar. Cuando ella se calmó, súbitamente, dejó escapar un largo grito. Se volvió de costado sobre el lecho como una amazona caída del caballo y estalló en sollozos.

Juri nunca la había visto en ese estado y tuvo miedo.

—¿Qué te pasa? —murmuró, inquieto.

—Vayámonos de aquí, Elias, *je t'en supplie*, vayámonos hoy mismo. No deberíamos haber venido nunca. Tenemos que irnos. Quiero irme.

—*Du calme, mon amour*, sabes que no podemos, no todavía. Serénate, ¿qué te ocurre?

—Quiero que nos marchemos —aulló Yvette, sacudiéndolo por los hombros.

Elias le pasó la palma de la mano por los labios, le sonrió y le susurró al oído:

—Nos marcharemos. Dentro de unos días estaremos otra vez en Alejandría.

—Quiero que me lleves lejos de todo. Vámonos a Beirut, a París, a cualquier sitio. ¿Recuerdas lo felices que fuimos allí, en otros tiempos?

Más le hubiera valido morderse la lengua. Tenía ante ella a un macho que se engallaba y creía tenerla en sus manos, que adoptaba un aire de superioridad que ella misma había suscitado.

—Hay ciertas cosas que no vuelven, *ma petite*, ya lo sabes, ¿verdad? *Patience, alors*. ¿Qué debería decir yo, obligado a estar aquí, a soportarlo todo de todos? Tu única tarea es ir de tiendas y tomar cafés en el centro de la ciudad. Por favor, cálmate y no pienses en nada. Alejandría es el lugar más seguro del mundo en este momento. Tienes que pensar en eso. Y, además, cuando estés mejor, te organizaremos un encuentro con Roxane. *D'accord?*

Ella estuvo a punto de lanzarle un derechazo en la nariz. ¿Quién se creía que era ese cabrón del Libanés? No soportaba que triunfara así a costa suya y lo atacó por la retaguardia:

—Me parece que no has comprendido lo que quiero decir. Tengo miedo, sencillamente. Puedes creerme, hasta anteayer creía que sería la más guapa de la calle Sultán Hussein, pero hoy me doy cuenta de lo valiosa que es para mí la sensación de seguridad que me proporciona Antoine. Es la primera vez en mi vida que me siento tan confiada. Sin duda me he vuelto loca por completo al abandonar mi confort para seguirte. Te recuerdo que estamos a punto de entrar en una guerra y tú me has traído a un país que de un momento a otro estallará en llamas. ¿Qué sucederá si no tenemos tiempo para volver, si no podemos regresar, si se cierran las fronteras? ¿Puedes decírmelo? —Él trató de responder, pero ella no le dio tiempo—. De verdad, debo de estar loca.

Fue a refrescarse la cara para darle tiempo a recomponer su ego herido y eso la ayudó a ver más claro. Elias tenía razón. La época en que habían vivido en París como enamorados le parecía tan lejana... Formaba parte de otra existencia. Ante sus ojos pasaban sucesivos velos: Jacquot, Járamis y esta súbita atracción por Roxane. Tenía razón, aquel pasado había muerto.

—Me habían dicho que nos conoceríamos en el baile de la embajada de Francia —le confió Roxane mientras hundía una cuchara de plata brillante en el disco oscuro de una tarta de chocolate.

Yvette apreció la pronunciación y el nivel de francés.

—Una pequeña indisposición. Siempre hay imprevistos —respondió observándola mientras



levantaba la taza.

El vestido de seda que llegaba púdicamente hasta el cuello y el sombrero de paja adornado con flores, ¿eran parte de un disfraz?

—Si me lo hubiera preguntado, le habría propuesto que nos viéramos en Moulatie. Tienen unos pasteles incomparables.

—¿Te gusta *le chocolat*, pequeña?

—Me vuelve loca —dijo riendo ahogadamente como si estuviera a punto de desmayarse.

Yvette sonrió al ver su expresión inocente, pero recuperó pronto la seriedad.

—Primero, quisiera que me dijeras si has posado desnuda para fotografías.

—A menudo, ¿por qué?

—¿Tienes la menor idea de para qué sirven los clichés?

—Pero ¿qué pasa? ¿Hay algún problema que no he captado?

—Contesta a mi pregunta, por favor.

—*Non, j'en sais rien*. Yo poso, me pagan y me voy. Eso es todo. No tengo la menor idea de para qué sirven las fotos.

Un islote rosado asomó a sus finas mejillas. La pequeña era realmente encantadora.

Sintió que la había espantado y sonrió para tranquilizarla.

—No te preocupes, es solo curiosidad. Nada más. ¿De qué hablabas? ¡Ah, sí! Moulatie. A mí me gusta lo que tienen en Lebon. Es la pastelería con más fama de la Ciudad, ¿no?

—Una de las más conocidas. Pero no es oro todo lo que reluce; no crea a pie juntillas la propaganda *Chez Lebon, tout est bon* —replicó, ligeramente intrigada la joven habitante de Constantinopla.

—*En tout cas*, aquí podemos hablar con libertad. Entra y sale mucha gente y, gracias a Dios, aquí se habla normalmente. Imagínate que en el restaurante del Pera Palace la gente apenas se atreve a hablar cuchicheando.

Roxane no hizo ningún comentario. Yvette prosiguió:

—Tu forma de bailar es muy bonita, ¿sabes?

—¿*Vraiment*, le ha gustado mi baile? —exclamó, recuperando la espontaneidad.

—*Oui*, pero ¿dónde has aprendido a bailar así?

—Algunas cosas son innatas, ¿no lo cree usted también?

—Probablemente. Al parecer tienes una hermana.

—¡Ah, Danae! Si la viera bailar a ella comprendería lo que es la danza. Además canta divinamente. Y, con seguridad, es mucho más bonita que yo —dijo echándose a reír.

—¿Más bonita? Me cuesta imaginar una mujer más guapa que tú —señaló Yvette bajando la voz como si sintiera vergüenza de su reflexión.

—Pues sí, se lo aseguro, es más bonita. Digamos que yo soy Alejandría y ella la Ciudad.

—Ese ejemplo no es muy acertado, hija mía. Escúchame. Conozco las dos. Pera es maravillosa, no digo que no, el puente de Gálata, las mezquitas, Topkapi y Santa Sofía, la magia del Bósforo... y todo lo demás. Pero créeme, no hay nada comparable al cielo de Alejandría... Alejandría es París, Viena, Londres y Roma, todo a la vez. Es imposible describirlo. Hay que haber vivido allí.

Roxane tragó el último bocado de pastel de chocolate y con voz vacilante añadió:

—Cuando era más joven afirmaba que nunca me iría de la Ciudad. En esa época, claro,

mamá...

—¿Mamá?

—Hoy, quisiera viajar, lejos, muy lejos. Y, además, me horroriza la guerra. Por otro lado, ya me he hecho con la situación aquí. Las noches en los cafés concierto son mágicas. Me encantaría invitarla, pero lamentablemente a esos lugares solo van los hombres. En este momento, bailo en el Cosmopolitan —concluyó antes de relamer la cuchara.

Una pizca de chocolate seguía pegada en la comisura de los labios. Yvette la limpió con su pañuelo. Roxane tomó el cuadrante de tela blanca entre sus manos y aspiró el aroma.

—¡Huele de maravilla!

—*Un morceau encore?* —preguntó Yvette sin prestar atención.

—¡Ah! Me va a hacer engordar.

—Vamos, un poquito más, *un tout petit morceau*.

—A decir verdad, en Moulatie siempre como tres pedazos. Pero solo en Moulatie. Dígame, ¿tienen buenos pasteles de chocolate en Alejandría?

—No puedes ni imaginártelo. Si probaras el *chocolat* de Baudrot serías capaz de olvidar tu país de nacimiento.

Roxane rió, pero se puso seria otra vez para anunciar en tono grave:

—*Attention*, tiene que decirme la verdad. *Le chocolat* es para mí una condición muy importante para emigrar. —Y se echó a reír de nuevo.

Yvette le tomó la mano y añadió con voz temblorosa:

—Lo que te puedo asegurar es que en Alejandría todo el mundo tiene su oportunidad. —Como se sentía ligeramente ridícula al entusiasmarse así, rió a su vez—. Y lo que es seguro es que allí se encuentran los mejores chocolates.

Su voz resonó en la sala cuando llamó:

—*Garçon, s'il vous plaît...*

Y para refrenar su excitación, sacó el abanico del bolso y lo agitó frente a su rostro, posando una mirada elocuente en los ojos de la pequeña bailarina.

Yvette se despidió de Roxane tras haber obtenido la información que interesaba a los servicios secretos británicos y, sobre todo, con la vaga promesa de que la pequeña la seguiría a Alejandría. Caminaba distraídamente por el centro de la Grand Rue y pensaba en su estancia en la Ciudad, que adoptaba un giro muy agradable; notó que se aproximaba un caballo a gran galope. Como buena seductora que era, no se tomó la molestia de volverse, y solo Dios sabe qué habría sucedido si Arapidis no le hubiera gritado desde la esquina:

—Yvette, *attention, fais attention!*

Instintivamente, saltó hacia un lado y se agarró a la farola como se hubiera aferrado a un hombre. Cerró los ojos y sintió cómo su piel se cubría de gotas de sudor frío. Cuando el peligro y el ruido de los cascos se alejaron, no sabía a ciencia cierta si estaba sana y salva. No abrió los ojos y recitó una plegaria; por último, miró a su alrededor y vio la capota de una calesa de lujo alejándose a gran velocidad. No comprendió lo que había pasado. Por eso, cuando distinguió a Arapidis, blanco como el papel, el pánico se apoderó de ella. Solo quedaba un tacón roto para recordarle el incidente y dio gracias a Dios, sobre todo cuando oyó a dos mujeres elegantes hablar entre ellas:

—La pobre, podría haber muerto ahí mismo.

Más tarde, en el salón del Pera Palace, Arapidis también daba gracias a Dios por haber estado allí en ese preciso instante, pues no estaba seguro de que fuera únicamente el azar la causa del incidente. Elías, que no había asistido a la escena, no compartía su inquietud y se burlaba de ella afectuosamente:

—Vaya, uno que ha despreciado tus encantos, *ma chérie*.

Pero tal vez se inquietaba más de lo que demostraba. A partir de ese momento no la dejaron volver a salir sola.

La mañana del día siguiente empezó de una manera que le recordó los primeros tiempos, cuando conoció a Elías en París. Juri estaba cómodamente sentado ante el lavabo, con una gran toalla blanca alrededor del cuello, y ella le había extendido una espesa capa de jabón de afeitar sobre las mejillas y bajo la barbilla. En aquella época, la operación formaba parte de un ritual que terminaba invariablemente en fogosos juegos amorosos. Pero Elías no intentó sacar partido de la situación, solo se abandonó en sus manos. Ella aprovechó la oportunidad para hablarle de Roxane. Seguro que Juri la reñiría por haber tomado la iniciativa de proponer a las dos muchachas que se reunieran con ellos en Alejandría, pero él la sorprendió al resucitar su antiguo proyecto de abrir un burdel de lujo.

—*Quelle bonne idée*. Tener a las dos hermanas en nuestro *bordel*, sería ideal, ¿no crees?

—Tienes un curioso concepto de las chicas —replicó Yvette, ofendida.

Imaginó a Roxane en brazos de un hombre y sintió una punzada de celos. Inconscientemente, dejó resbalar la hoja por el rostro de Elías, que gritó:

—*Doucement!*

Poco faltó para que le cortara. Para hacerse perdonar lo besó fraternalmente en la frente.

—Pero ¿por qué? ¿Piensas que su vida será mejor en los cafés concierto? —insistió.

—No lo sé. Nunca he ido a los famosos cafés concierto de la Ciudad, no tengo opinión. Deberías pedirle su parecer a Arapidis. No puedes traer y llevar a la gente a tu antojo.

Extendió espuma fresca sobre su rostro y le depositó riendo una perlita blanca en la punta de la nariz.

—Te diré que Arapidis será el primero en salir de aquí... —Elías se detuvo en seco, como si hubiera hablado demasiado.

—Sin embargo, es curioso... —Yvette empezó a retirar la espuma de sus mejillas con la hoja de la navaja.

—¿Qué es lo que te resulta curioso?

—Antoine me ha contado una historia parecida. La diferencia es que la suya transcurría en Aivali.

—¿Sabes que tu Járamis vivió en Estambul antes de establecerse en Alejandría?

—*C'est pas vrai!*

—Claro que es verdad. Me contó su vida el día que fuimos a El Cairo para firmar el contrato con los británicos.

—¿Vivía aquí, en una de las mansiones de Pera?

—¿Qué dices! Era un chiquillo de la calle..., un muerto de hambre. Si te lo digo es para que sepas con quién te relacionas.

La maldad de su voz la embargó.

—Sin embargo, él me dijo que venía de una ciudad de Grecia, ¿cómo decías que se llama?...  
—insistió Yvette como si no notara sus celos.

—¿Kavala?

—*Oui, c'est ça.*

—Es una larga historia. Dile que te la cuente un día de estos. Por cierto, nunca me has dicho cómo es...

—¿Qué quieres decir con «cómo es»?

—Cómo es con hombres como Jacquot o Andonis.

Ella movió la cabeza en señal de desaprobación. Sentía que lo tenía de nuevo en sus manos.

—Los hombres..., todos sois iguales, en definitiva.

Yvette experimentó una sensación extraña cuando le tocó hacer el papel de hombre. Prisionera en la armadura del traje, con los hombros estrechos perdidos entre los pliegues de la tela y el amplio pantalón ondeando como un estandarte alrededor de las piernas, intentaba en vano ocultar su torpeza. Además, el cuello de la camisa no casaba a la perfección con la línea de su cuello; y la corbata, que antaño anudaba con mano maestra alrededor del cuello de Elias, ahora le daba la sensación de que iba a desanudársele y deslizarse a sus pies. Lograba con bastante éxito colgar el pulgar de la mano derecha en el bolsillo del chaleco, un gesto típicamente masculino, acariciando un reloj que llevaba en él para engañar a la gente. En cuanto a la manera de andar, tuvo que aprender a llevar unos zapatos de al menos dos números mayores que el suyo y, cuando por primera vez sostuvo un cigarrillo entre los dedos, tuvo la impresión de no haber fumado nunca en su vida. Por no hablar del vaso que había que vaciar de un trago. Si bien conseguía que su abundante cabello no se soltara bajo el fez y se le esparciera por la espalda cuando echaba la cabeza hacia atrás, el alcohol le quemaba la garganta. El bigote que le habían puesto le irritaba la piel y al pasar las cuentas del rosario, este se enredaba y la enojaba. Por último, su voz no engañaría a nadie, aunque hablara bisbiseando, de modo que sería preferible que se abstuviera de hablar y se contentara con carraspear de vez en cuando. A pesar de esos obstáculos, cuando Elias le preguntó si sería capaz de lograrlo ella asintió con la cabeza y no quiso que la ayudaran a subir a la calesa. El cochero emprendió la marcha por un camino adoquinado, desembocó junto al edificio de correos y a continuación siguió cuesta abajo por la colina hacia Gálata y los muelles. Arapidis, sentado frente a ella se reía; ¿le estaba dando ánimos o se burlaba de su deplorable presentación ante el público? Pasaron por delante de los cafés concierto más famosos del barrio, el América y el Europa, donde cantaban Efsalía, la celeberrima «sirena», y Virginia de Gálata, y se detuvieron ante el Cosmopolitan, donde las dos hermanas, Roxane y Danae, eran la atracción principal. Con la complicidad de la noche no debería de haber ninguna dificultad, pensó, y avanzó con paso decidido. El lugar estaba lleno de polites o ciudadanos de Constantinopla barrigones, armenios, turcos, griegos y judíos que fumaban en narguile con aires de gran señor. Al parecer, Arapidis era un cliente habitual, ya que les dieron muy buenos sitios. La decoración era horrorosa. Se percibía la reconstrucción de un ambiente de cabaret parisino, elaborada siguiendo instrucciones muy imprecisas. Saltaba a la vista que era la imitación fallida de un supuesto lujo, desde los manteles y las pantallas de las lámparas de mesa baratos hasta los espejos y apliques en las paredes. Sobre la tarima, un quinteto —violín, clarinete, trombón, trompeta y tambor— tocaba música de baile europea, polcas y valsos. Los músicos llevaban traje y pajarita y el cabello

engominado, y estaban serios como estatuas, con ese aire cómico que da el exceso de solemnidad. El *maître*, un grandullón de la misma condición con una cicatriz en el pómulo, los recibió con una sonrisa que dejaba ver unos dientes tan blancos y grandes como peladillas. Un camarero distribuyó los narguiles y Arapidis, atónito, tuvo la oportunidad de ver fumar a Yvette como una drogadicta. En eso no tenía nada que envidiar a los demás clientes. Después les llevaron las bebidas en vasos decorados de forma rebuscada; curiosamente, el contenido, coñac, era sin duda digno de apreciar. ¿La estaba mareando el narguile? Dos cantantes con vestidos de estilo *belle époque* y grandes sombreros que entonaban un dúo ocupaban ahora el lugar de la orquesta. Al no comprender la letra —una mezcla de griego y turco—, no pudo compartir la alegría de la clientela; no obstante, adivinó que se trataba de una de esas canciones «de revista» en las que se reunían costumbres de la época con ilusiones de amor.

Roxane y Danae hicieron su aparición. Todos los barrigudos en bloque se pusieron de pie, aplaudieron, silbaron; era imposible describir el guirigay. Algunos daban saltitos de entusiasmo o hacían intentos de bailar a la turca, agitando sus pletóricas panzas. Las dos hermanas llevaban vestidos cortos, sin mangas, adornados con abalorios y lentejuelas en el pecho. Al ver a Danae, Yvette comprendió por qué su hermana se extasiaba de ese modo ante su belleza. Ligeramente más menuda que Roxane, con un cabello que ondeaba como el mar, un cuerpo encantador y llenito, tenía todo lo que, para los finos conocedores de la Ciudad, definía la belleza de la mujer. El tumulto se interrumpió bruscamente cuando su voz se elevó adoptando el tono de los *maqam* de los muecines. Los narguiles se encendieron y toda la melancolía de Oriente ensombreció los semblantes. Roxane, un poco aparte, esperó a que su hermana hubiera terminado el amané, la salmodia oriental, y luego la orquesta dio el la y ellas iniciaron juntas la danza que la acompaña y que inflamó a la clientela. Cerca de ellos, un regordete subido en su silla trataba de imitar las ondulaciones de caderas de las zapidas, pero más bien se parecía a un tonel rodando por una pendiente. Otro golpeaba las manos y silbaba sin parar. En un momento dado, Yvette se volvió y distinguió a un individuo que le miraba con picardía. En calidad de «macho», no podía tolerar semejante comportamiento y le lanzó una mirada asesina mientras se alisaba el bigote, como había visto que hacía Járamis cuando se enfadaba. Elias y Arapidis estaban subyugados por la danza de Roxane, que, con un tamboril, marcaba graciosamente el compás golpeándose las nalgas. Sus movimientos oscilaban entre *El lago de los cisnes* y la danza del vientre, que nada tenían en común con las danzas de las prostitutas de los cabarets de Alejandría. Tal vez fuera ridículo oír aullar a aquellos opiómanos excitados «¡zapidas, zapidas!», pero, paradójicamente, parecía que incluso en el ambiente disoluto de los cafés concierto las dos hermanas conseguían conservar la impronta de buena crianza que correspondía a unas antiguas alumnas de Zappio, una institución para jóvenes bien educadas. Y además no estaban emperifolladas con esos perendengues que tintinean en cada movimiento. ¿Estaría Yvette haciéndose ilusiones? En uno de los movimientos de remolino, tuvo la impresión de que Roxane le dedicaba una mirada muy elocuente. Se estremeció. En el Cosmopolitan la situación había escapado a todo control, pero se anunciaba mucho peor en el cafetín de Pipina de Artaki, al que Arapidis pensaba llevarlos a continuación para escuchar *rebetika*, canciones populares.

—Entonces, ¿su marido está enfermo? ¡Qué pena! Y yo que lo esperaba hoy para la firma de unos documentos. Pero no importa. Mañana será otro día. Además, me alegra la idea de cuidar

personalmente de usted —declaró Arapidis padre tomando de manos de su empleado la bandejita plateada en la cual había una botella de licor oscuro y dos copas.

Un fuerte olor a rancio llenaba el ambiente, e Yvette supuso que venía del entresuelo apenas iluminado, lleno a rebosar de un sinnúmero de bidones. Por eso el buen hombre, que afectaba un comportamiento de barón, iba y venía rociándose constantemente las manos y las mejillas con un agua de colonia de limón, que ofrecía asimismo a sus clientes. Sobre el parquet se extendían manchas de aceite; en el fondo habían puesto periódicos que, bajo las pisadas, hacían un ruido como de ramitas ardiendo. Se sirvió, hizo lo mismo con Yvette e interpeló a su hijo, que estaba a su lado:

—¿Y tú, qué haces aquí, junto a mí, plantado como un poste? Si quieres ser útil, ve a echar una mano en el almacén.

Panayotis, con un aspecto más joven y torpe que nunca, enrojeció, tragó saliva sin decir nada, pero no se movió ni un centímetro.

—¿Qué pasa dentro de la cabeza de este muchacho? Desde la muerte de su madre no logro comprenderlo —se quejó el padre, y cambió de tema de inmediato—. Su marido se pregunta qué va a ser de la semilla de algodón. Se preocupa sobre todo de la importancia de las cantidades. Le da mucho miedo la guerra. Pero, en el peor de los casos, yo daría salida al algodón vendiéndolo al ejército turco. Le garantizo que haremos negocios de oro.

Él no sospechaba que ella se encontraba a cien leguas de esa preocupación y, como no quería decepcionarlo, Yvette le sonrió de modo enigmático. La tienda no tenía un aspecto halagador. En el barrio de Pera, hasta ese momento no había visto más que puertas de cristal imponentes y espacios cómodos y cuidados. Dicho esto, una aceitería no necesitaba verdaderamente ser atractiva para la clientela.

—¿Así que es usted francesa? —Él hablaba en un francés correcto—. ¡Ah, París! Las mujeres más hermosas, las fiestas más hermosas.

A ella le costaba imaginarlo divirtiéndose en el París del siglo XIX. No debía de ser mayor que Antoine; sin embargo, con su barriga, sus mofletes y sus escasos cabellos peinados de una manera curiosa para hacer que le cubrieran parcialmente el cráneo calvo, aparentaba la misma edad que los clientes del Cosmopolitan.

El licor le dejó un fuerte sabor a canela en la boca. Las perlas ambarinas del rosario se entrechocaban suavemente. El blanco de los ojos estaba ligeramente amarillo; sus pupilas brillaban y se inflamaban con su presencia bajo el efecto del deseo. Le besó dos veces la mano murmurando *enchanté*, e insistió en invitarla a comer. Por suerte, Panayotis tuvo bastante valor para sacarla del apuro pretextando que el plan previsto era que él la llevaría a visitar la Ciudad. A pesar de su desconocimiento del griego, Yvette comprendió que el hijo trataba de usted a su padre, quien le dirigía una constante mirada severa que significaba: «¡Mucho cuidado con lo que llegue a mis oídos!». Elias tenía razón al decir que el comerciante de aceite oprimía a su hijo. En cambio, con ella fue meloso, dulzón. La ayudó a subir al vehículo y le sostuvo la mano hasta que se puso en marcha, y se acordó de formular votos por el pronto restablecimiento de su marido. A Yvette le habría gustado confesarle que pasar una noche en blanco bebiendo y fumando drogas no es lo mejor para que alguien esté dispuesto a saltar de la cama a la mañana siguiente, y que es fácil que finja estar enfermo para escapar a Arapidis hijo, que, fiel a la cita, ha ido a buscarle al hotel para que conozca la Ciudad. Pero se calló y se limitó a los saludos de rigor.

—¿Era necesario decirle que estábamos casados?

—¿Estás loca? ¿No has visto al viejo? Imagínate, si hubiera pensado que no lo estáis —dijo él tuteándola.

—Le temes, ¿verdad?

—¿Quién ha dicho eso? No me da miedo —replicó el joven, ofendido—. Lo respeto, como todo hijo debe respetar a su padre —añadió y, satisfecho de su respuesta, se cubrió con el canotier que había colgado del farol de la calesa.

—Muy bien, no le tienes miedo —replicó ella, convencida de que, con su prisa por crecer, Panayotis confundía miedo y respeto—. ¿Sabes al menos adónde me llevas?

Yvette tenía ya una primera impresión de la Ciudad, de los tranvías tirados por caballos y las suntuosas calesas. Impaciente, ahora deseaba penetrar de lleno en la maravilla de cúpulas y minaretes puntiagudos destacándose sobre los púrpuras del sol poniente que la habían encantado las tardes de agosto. La siguiente etapa era el puente nuevo de Gálata. Elías pretendía que el barrio se parecía mucho a Suez, y le daría una idea de su destino ficticio. A lo largo de las aceras, las cargas se bamboleaban sobre las espaldas de los porteadores, paralelas a los mástiles de las embarcaciones situadas más abajo. Con la luz cegadora del verano, el puente, monumental, transformó la marea humana que fluía frente a ellos en un ejército de hormigas.

El paseo empezó por el mercado egipcio, un compendio de todo Oriente, una orgía de especias y plantas aromáticas; prosiguió con un deambular poco agradable por las estrechas callejuelas de la ciudad turca, donde el joven Panayotis, con un talante sobreprotector desde el incidente de la Grand Rue de Pera, se creyó en la obligación de luchar solo con sus manos contra la caterva de vendedores ambulantes que se agarraban al simón para ofrecer sus baratijas, mientras que los comerciantes de las tiendas esperaban la llegada del parroquiano. Como bestias de carga, los porteadores vacilaban con el peso, mientras una caterva de ociosos, extasiados de placer, tomaban el sol sentados en aceras y escalones. Los pregoneros se desgañitaban sin que nadie supiera por qué. Entre dos reverencias, el vendedor ambulante de *salep* servía la bebida a unos hombres que pasaban las cuentas del rosario y mostraban un gesto de enfado bajo el fez. Un verdulero ambulante azotaba brutalmente a su mula, que se negaba a avanzar ni una sola pulgada. El animal se decidió al fin y el carro reemprendió su camino chirriando sobre los adoquines. Entretanto, Yvette había aprovechado para observar a una pareja de europeos que regateaban el precio de una alfombra. A cada nueva oferta hacían como si se marcharan, y el vendedor los retenía con muchas súplicas. Todo ello se desarrollaba en un ambiente miserable de piedra enmohecida, puertas combadas, chapa y tela burda, hasta que llegaron al gran bazar donde, en el sector de Bezesteni, se vendían, entre otras cosas, antigüedades al peso, monedas, ofrendas funerarias y otros pequeños objetos.

—La mayor parte son *des faux* —comentó Arapidis—, pero a veces se encuentran piezas de gran valor.

—¿Y cómo puedo saberlo? —la pregunta le salió lógicamente de los labios.

A modo de respuesta, él le señaló con el dedo el Dios de los cielos.

Tuvieron que deshacerse constantemente de racimos de inoportunos dispuestos a venderles hasta el alma. Oriente es Oriente, pensó Yvette recordando Jan Jalil en El Cairo. Oriente regatea, te engaña, le engañas, das y tomas, pero siempre sales perdiendo. ¿Por qué los grandes bazares están situados en callejuelas? Esa sensación de agobio pretende quizá recordarte la estrechez de

los márgenes. Miradas astutas en las que brilla la fascinación por el dinero. El bazar oriental es un campo de batalla; uno tiene la impresión de que en ellos ha luchado contra vampiros y dragones y se siente satisfecho de haber salido sin heridas visibles.

Ella se libró, indemne. ¿Y Arapidis? Lo vio presionar la nariz con un pañuelo. En la tela blanca se iba extendiendo una mancha roja.

—¿Qué ocurre?

—*Ne t'inquiète pas* —la tranquilizó—. Sencillamente, sangro por la nariz.

—¿Te sucede a menudo?

—Sí, no tiene importancia.

—*Tu ne crois pas que tu devrais aller voir un toubib?*

—*Un toubib?* —repitió sorprendido.

—Quiero decir un doctor, Panayotis.

—¡Ah!, un médico. No creo que sea nada grave. Me pasa desde mi más tierna infancia.

—No quiero asustarte, pero creo que deberías ir a que te vea.

—*Eh bien*, ya que lo dices, encontraré un momento para hacerlo.

Desembocaron en las murallas de la Ciudad de los Reyes por la Corniche. En Santa Sofía, Arapidis le susurró al oído:

—Aquí es donde puedes comprender el daño que estos demonios han causado a mi civilización y a mi raza.

La mezquita Azul le dio una idea del arte arquitectónico de quienes tienen una religión diferente. Al terminar el periplo, ella volvió al hotel con una caja de *lukums* Hayi Bekir a la que Elias, que entretanto se había despertado y los esperaba, hizo honor, y aún algo más.

Tiempo después, en la envoltura protectora de su piso de Alejandría, al evocar ese viaje a Constantinopla, y gracias a la memoria selectiva, Yvette lograba ocultar la pesadilla de las náuseas que tanto la habían hecho sufrir cuando navegaban con el viento en contra por el mar Egeo. No conservaba sino los momentos agradables. Era capaz de recuperar sus sensaciones, pero también de percibir el hilo conductor que vinculaba su estancia en la Ciudad con los cambios importantes que se produjeron después.

Si rememoraba el momento en que entraron, en un caico, en el golfo de Terapia, experimentaba indefectiblemente el alivio que había sentido cuando se había calmado el vientecillo del norte que llegaba del mar Negro, que alborotaba las aguas y despeinaba los pinos y cipreses del Bósforo. Los chalets a orillas del mar, una tras otra, que pertenecían a los miembros de la alta burguesía — los famosos *yali*—, le habían recordado el barrio de Mustafá Pashá, en Alejandría, y el jardín de la casa de campo de Arapidis, que verdaderamente se apartaba de lo común. Los recuerdos de infancia de Panayotis en compañía de Nehir eran aún tan cercanos, igual que su amor que había crecido en medio de un paraíso de flores, que él quiso leerles la carta de su amada:

*Te debo y tú me debes un amor eterno. Un puente misterioso hace que se encuentren las dos orillas del Bósforo que son nuestras almas. Y nada podemos hacer sino unirnos en algún lugar de su centro.*



Yvette sintió una punzada de envidia pensando en esa mujer que aún no tenía veinte años y lograba expresar así su amor. Debería haberse dado cuenta de que la mirada de Arapidis que esa misma tarde se detenía en el Bósforo era un adiós. No había imaginado que ese joven de rostro sonrosado tendría agallas para abandonar, sin pensarlo siquiera, una existencia envidiable en una de las más hermosas ciudades del mundo para rehacer su vida como extranjero en tierra extraña. Del mismo modo que tampoco había comprendido que su propio disfraz de circunstancias, en los cafés concierto de Gálata, preparaba el secuestro de Nehir. Si se lo hubieran dicho, nunca se habría prestado a semejante mascarada, que los ponía en peligro a ellos y su misión. Pero aparentemente todo se había hecho con la bendición de los servicios secretos británicos, ya que Nehir logró pasar con un falso pasaporte ante las narices de los turcos y embarcarse con su enamorado. Antes había cambiado de sexo. Aceptó sin rechistar que cortaran sus cabellos negros, se puso un bigote postizo y ropa masculina, se roció con un agua de colonia barata en boga en las barberías de los barrios pobres y no se quejó más que cuando hubo que comprimir con gasa su opulento pecho. Una verdadera locura. Dejaba tras de sí a un marido, que desde ese mismo día esperaba su regreso, abandonaba una religión, una nación y una cultura, todo ello en nombre del amor. Pero estaba firmemente decidida. Se notaba en su paso resuelto en los muelles de madera de Gálata. Si hubiera experimentado la más pequeña duda, se habría detectado una vacilación en la cadencia de sus zapatos brillantes, demasiado grandes para sus pies.

Ese viaje del amor casi santificado fue bendecido por los espíritus que soplan sobre los mares y retuvieron a Eolo y Neptuno. La pareja se encerró en un camarote de primera clase, cuyo revestimiento de caoba, así como los pesados apliques, los cuadros y el lecho suntuoso desprendían lujo. En el camarote contiguo, Yvette aguzaba el oído para captar una pizca de intimidad: una risa súbita, un dulce suspiro, el chasquido de un beso. Atribuyó a la actividad sexual de los jóvenes —que hicieron caso omiso de las escalas en el Pireo y en Janiá— el crujido natural del barco, que hacía vibrar en la pared los apliques y los cuadros.

La travesía se llevó a cabo en un mar en calma, al principio de la Primera Guerra Mundial, arrullada únicamente por el grito de las gaviotas. Yvette vivió esos momentos dentro del pequeño mundo cerrado y despreocupado de su camarote, el puente y el salón de primera clase, en compañía de viajeros que deseaban sobre todo no pensar en nada. En Janiá, unos soldados musculosos se bañaban en el mar, debajo del antiguo bastión veneciano. ¿Quién pensaba en la guerra en ese momento? En ese ambiente de indiferencia, ella misma se negaba a anticipar lo que la esperaba en Alejandría: su piso en Sultán Hussein, Andonis, Elias y los servicios secretos. Abrió en varias ocasiones la carta de Roxane para releerla:

*Iremos a su encuentro..., mi hermana y yo iremos a reunirnos con ustedes en Alejandría en los próximos días. Sueño con una vida nueva y apasionante.*

Esta promesa la hacía sonreír cuando se admiraba en el espejo del camarote. Detectaba en él un curioso brillo reverberante semejante a los juegos del sol en la superficie del mar. La invadía una excitación inexplicable, como aquella tarde en el café Lebon junto a Roxane. Para calmarla, se refrescaba los senos con agua de rosas, desplegaba el abanico y se miraba en el espejo. ¿Era la aparición de Roxane lo que creía contemplar o simplemente su propia imagen que reverenciaba?

—¡Al fin ha vuelto el pájaro a su jaula! —murmuró Andonis al oído de Yvette, y se apresuró a depositar besos en su espalda desnuda, como tenía por costumbre después de hacer el amor.

Acostada sobre el vientre, con los ojos cerrados, ella apreciaba sus caricias y se preguntaba si sus violentos asaltos sexuales de hacía unos instantes pretendían castigarla por su desaparición imprevista. Entre bromas y veras, Andonis le preguntó en varias ocasiones si había pasado algo desde su último encuentro; Yvette le hizo callar interrogándolo para saber si él se había consolado en los brazos de la señora Járamis durante su ausencia. Por lo demás, cada cual se dedicó a expresar sus quejas y su descontento con ligeros pellizcos y pequeños mordiscos.

Agotados por la lucha entre las sábanas de lino perfumadas, recuperaban sus buenos modales y prodigaban tiernas atenciones a sus cuerpos cansados. Andonis evitó las preguntas e Yvette se liberó de la pesadilla de las explicaciones. Se alegraba de volver a ver el cielo de Alejandría y encontró el medio de calmar provisionalmente, en los brazos del industrial, su pasión reprimida por Roxane. En el fondo, los dos se sentían apaciguados; se había restablecido el orden y cada uno podía pensar en el mañana contando con el otro.

—Ayer me encontré con el cortejo fúnebre de un egipcio.

—Mala suerte, pequeña. Imagino que tuviste que esperar mucho tiempo.

—¿Es necesario que cada vez corten la calle y lloren a lágrima viva? Me partió el corazón.

—*Je sais*. Pero no tienes que olvidar que en Egipto pagan a las plañideras; de modo que hacen bien su trabajo.

—*Ce n'est pas vrai!*

—Asombroso, *n'est-ce pas?* —dijo Andonis mientras seguía depositando pequeños besos sonoros en la espalda de su amante.

—Me vi obligada a dejar el coche de tiro y volver a casa a pie.

—Si fueras una egipcia muerta te llevarían a pie a tu última morada. En este caso, has sufrido un poco, pero eres europea y estás viva.

—¡Gracias a Dios!

—El muerto ¿era un hombre o una mujer?

—¿Cómo quieres que lo sepa? El ataúd iba cubierto con una sábana.

—¿Así que no te fijaste en una réplica de la cabeza que sobresalía?

—¿Vendada como una momia?

—Exactamente. ¿Te fijaste en lo que llevaba?

—Un tarbush, me parece.

—Entonces era un hombre.

—¿Por qué los féretros son como barreños?

—No bajan el féretro a la tumba, ¿no lo sabías? Con ese barreño, como tú lo llamas, escoltan a centenares de muertos. Envuelven los cadáveres en sudarios y los depositan directamente en la tierra.

—¡Qué suerte tienen! En cuanto tomé conciencia de que un día moriría, la idea de estar encerrada en una caja de madera me aterrorizó. —Recordó la aventura de la calesa en Constantinopla—. Dime, Antoine, si muriera mañana, ¿qué harías concretamente por mí?

—Alquilaría la mejor calesa de seis caballos de fabricación francesa para que transportaran tu cuerpo. Funerales cristianos, *comme il faut*.

—Preferiría que encendieras una hoguera y me incineraras, cariño.

—Nuestra conversación se está volviendo macabra. ¿Qué te parece si encendemos un cigarrillo?

Sintió la plata fría de la cajita en el vientre. El humo espeso y perfumado le acarició la nariz. Abrió los ojos y observó a su amante. Tenía aspecto de estar tan seguro de sí mismo que parecía provocador. ¿Cómo se podía estar tan seguro de sí mismo en semejantes circunstancias?

—¿Que pasará a partir de ahora?

—¿Te refieres a la guerra?

—¿A qué otra cosa iba a referirme?

—No te preocupes. La guerra, sabes, es como el cigarrillo. Si está encendida, se apagará.

«Una filosofía barata, idéntica a la de Elias», pensó Yvette.

—En todo caso, nada cambia —intentó tranquilizarla.

—¿Cómo que no! ¡Muchas cosas han cambiado! La Bolsa ha cerrado, los productos de alimentación están controlados, los bancos se niegan a dar crédito, los barcos se quedan en puerto.

—Tantos cambios, pues —ironizó Andonis, abriendo desmesuradamente los ojos para reírse de ella—. Pero tú no juegas a la Bolsa; en cuanto a comer y tener dinero, Antoine está aquí, y de la prohibición de zarpar ¿qué te preocupa? A no ser que, apenas de regreso, desees abandonarme ya.

—No se trata de eso.

—Entonces, no hay necesidad de preocuparse. Por nada. —Aplastó el cigarrillo contra el cenicero y añadió—: Ves, un día la guerra también se apagará, poco más o menos así.

La instalación de Arapidis en Alejandría no podría haber salido mejor. Era como si una mano invisible le abriera todas las puertas de golpe, y su gracia tuviera entrada libre en los clubes aristocráticos, las mansiones patricias, la Bolsa del algodón y en cualquier lugar que diera fe de la supremacía del poder y el dinero. Con el tiempo, el joven Panayotis se consagró entre la gente de mundo que llevaba una vida por todo lo alto gracias a la discreción de sus rentas en una ciudad que nunca le gustó de verdad. Cuando hablaba de Alejandría, siempre recordaba el olor acre de un cargamento de guayabas el día de su llegada, como el de las chinches.

Un observador benevolente no habría encontrado enormes diferencias entre las dos ciudades. Desde lo alto de los minaretes, los muecines usaban el mismo talento para cantar la grandeza de Alá. Simplemente, el fez se llamaba de otra manera. Igual que en otros lugares, los autóctonos no omitían al hablar entre sí expresiones como *Allahu Akbar* y *Masha'Allah*. En los barrios populares había un agradable olor a especias, exactamente igual que en Constantinopla, las mujeres ocultaban bajo el velo su belleza a los ojos de Dios y de los hombres. Las carretas, los porteadores, la anarquía, el bazar, el Bayram, el ramadán eran elementos comunes que fascinaban a los europeos de ambas ciudades. Sin embargo, Panayotis echaba de menos los tejados de tejas de Constantinopla y su rigor invernal.

Yvette, que tenía interés en mantener secreto su viaje, evitaba los encuentros frecuentes con la pareja y, cuando por azar coincidieron en el Grand Trianon, estuvo a punto de no reconocer a Nehir, con su capelina, el largo vestido blanco, el perfume francés refinado, los guantes y el velo. Su sorpresa aumentó cuando Arapidis la presentó como Marianzi. El rostro de grandes ojos verdes, de piel clara y cabellos color azabache —que aún no habían vuelto a crecer tanto como

ella desearía— había liquidado definitivamente su pasado, y su facilidad para hablar el griego no dejaba lugar a duda. La pareja se había instalado en un elegante piso de la calle Missala, en la estación de Ramleh, cerca del centro de la ciudad; a sus pies se extendían el mercado y los lugares de encuentro del todo Alejandría, como el café Trianon. Más tarde, y con ayuda de Juri, Panayotis conseguiría que bautizaran a Nehir en la capilla de Saint Nicolas, en Ibrahimia, y casarse con ella. Yvette tenía la impresión de que el Libanés veía en la persona del joven griego una especie de delfín en la escena alejandrina —era incontestable que había contribuido a la rápida inserción de Arapidis—, pero no intentó saber más, apreciando que Elias guardara silencio con relación a unos y otros, lo que para ella, entre otras cosas, constituía una protección.

La metamorfosis de Nehir en Marianzi formaba parte del plan de adaptación a las costumbres locales, y esto picaba la curiosidad de Yvette, que esperaba explorar el caso a fondo. Pero en el otoño de 1914 su vida había cambiado bastante. La época de «cautiverio» en la calle Sultán Hussein había quedado definitivamente atrás y ahora compartía el tiempo libre entre su amante suspicaz y Roxane y Danae, las hermanas exigentes que, una vez llegaron a Alejandría, esperaban que ella cumpliera sus promesas de instalarlas tan bien como Elias había hecho con Arapidis. A pesar de todo, aceptó la invitación de la señora Arapidis a pasar la tarde en su casa, a la hora en que Panayotis solía ir al club helénico y ella se quedaba sola. Acudió una tarde fresca de septiembre, cargada con dulces de la casa Baudrot; había olvidado que acababan de instalarse. Fue al ver a los cargadores subir la amplia escalera oscura del *okela*, el edificio, agobiados por el peso de un mueble voluminoso, cuando comprendió que la carreta de alquiler estacionada delante de la *buapa*, la entrada, estaba allí para la joven pareja. De inmediato, giró sobre sus talones; pero muy pronto se dijo que si había alguien que debería sentirse incómoda era, por cierto, el ama de casa. De modo que tomó el ascensor bajo la mirada indiscreta del bauab, el indolente guardián del inmueble, y se encontró ante la puerta al mismo tiempo que los mozos de la mudanza. Una sirvienta egipcia apareció, con unos pendientes clásicos en forma de media luna y, tras ella, su ama, elegante y jovial, demostrando así que, a pesar de su edad, era perfectamente capaz de dominar la situación.

—*Quelle surprise! Mais entrez, madame Yvette. Ne vous dérangez pas. C'est tout à fait normal!* —exclamó la mujer de Panayotis.

Por fortuna, el francés brinda siempre la posibilidad de salir del apuro gracias a unos giros muy chic.

Al principio, Yvette se sintió incómoda al llamarla Marianzi, pero cuando, en dos ocasiones, estuvo a punto de escapársele el nombre de Nehir y la joven la corrigió con tanta naturalidad como le había servido té y no café, se preguntó si no se trataba de un malentendido y si aquella «turquería» no era más que un hallazgo de su marido. La señora Arapidis parecía encontrarse muy a gusto, aun cuando daba la impresión de que estaba ensayando el papel de una alejandrina instalada en un interior en el que Oriente y Occidente se disputaban milímetros cuadrados de muebles o decoración, creando así conjuntos mal combinados en los que dibujos orientales casi cómicos fagocitaban la pompa propia de los muebles Luis XVI. Hablaba un francés afectado, y se llevaba la taza a los labios con frecuencia por el placer de oír el tintineo de la taza de porcelana sobre el platillo. Su mirada brillaba de relumbrón como las joyas de fantasía.

Yvette le tomó la mano.

—Puedes confiar en mí, Marianzi.

—Pues claro que confío, señorita Yvette. Además, usted sabe tantas cosas de mí.

—Mi pobre muchacha. Debe de ser tan difícil para una joven como tú cambiar de manera tan brusca de país y de religión.

—*Mais non!* Amo de verdad a Panayotis. Haría cualquier cosa por él.

«¿Hay algo que no hayas hecho aún por él?»

—Para serle sincera, señorita Yvette, el amor ha sido siempre un dios en nuestra familia. Le voy a confiar un secreto que hasta Panayotis ignora. Mi madre comprendió lo que sucedía hace tiempo. Pero nunca ha dejado escapar nada. Yo diría incluso que, a su manera, me incitó a partir.

—¿Qué me dices? Es muy conmovedor. *Maman* tiene que quererte mucho.

—No es tanto su amor por mí lo que ha determinado su actitud. Tengo la impresión de que ella misma oculta un secreto. A veces me decía: «Si un día tienes que hacer algo por amor, no dudes, aun cuando tuvieras que elegir entre él y Alá». Ella nunca ha amado a mi padre, eso se nota. Si es verdad que sus hermanos la casaron para que se fuera de Aivali lo más pronto posible y olvidara al *maudit* griego de la isla vecina que le había hecho perder la cabeza, entonces es posible que en la familia haya una especie de virus.

«Quizá», había contestado Yvette, impresionada por la confidencia. Ah, si la joven turca pudiera imaginar que la persona con quien hablaba conocía la historia de amor de su madre de principio a fin a través de un pariente lejano del «maldito» griego, que persistía en contársela en detalle cuando quería prolongar su placer.

El mundo era ridículamente pequeño. Tomó la mano diáfana de Marianzi-Nehir y murmuró, emocionada:

—Quiero que seamos buenas amigas, mi querida Marianzi.

—Yo también lo deseo, señorita Yvette —respondió con inocencia la joven.

«¿Será posible que esta ciudad no brinde oportunidades más que a los *vagabonds?*», monologaba Dafni Járamis antes de dejarse caer en uno de los sofás estilo Luis Felipe que ocupaban la inmensa sala de recepción de la casa. Acababa de leer la carta de su hermano, Lukás Sengos; desde un pueblo al otro lado del Nilo le dirigía una última llamada de socorro que concluía con esta conmovedora declaración: «No llores por mí. En las actuales circunstancias, el suicidio me parece la única manera elegante de dejar esta vida».

Unos años antes, el buen hombre se había ido a vivir a Kafr al-Zayat, donde había invertido lo que quedaba de su dinero en la construcción de una fábrica de aceite; después había requisado todas las plantaciones pertenecientes a la familia para producir aceite de algodón. En aquella época había prometido salvar la fortuna familiar, pero era evidente que se había equivocado, ya que desde entonces no había cesado de enviar cartas desesperadas a parientes y amigos para reclamar apoyos financieros. A decir verdad, el único que se había llevado la mano al bolsillo era Andonis. Pero ¿cuánto tiempo seguirían así?

Dafni se había fijado en que la mejor manera de sacarle dinero a su marido era esperar al cambio de temporada, cuando a Andonis le confeccionaban los trajes y las camisas nuevos. Durante las pruebas, que le resultaban cansadas y aburridas, ella aprovechaba la ocasión para arrancarle con maña una promesa. No obstante, era consciente de que en este caso exageraba y que por esa razón su marido evitaba a veces las pruebas, con el riesgo de no renovar su guardarropa; después emprendía una carrera contrarreloj para recuperar el tiempo perdido. Pero

ella reconocía que, de todos modos, era algo fastidioso para un hombre, aunque todo sucediera dentro de casa. Andonis reñía una y otra vez con Pierre, su sastre, por la entrepierna del pantalón, se enfadaba porque sus trajes de lino no estaban lo bastante ajustados al cuerpo, pero por nada del mundo habría querido cambiarlo por otro; lo mismo sucedía con Anestis, su camisero, que perpetuaba en Alejandría el arte de los hermanos Lasaridis, de la Grand Rue de Constantinopla y al que consideraban el genio de las camisas de seda. La presencia de Dafni era imprescindible para calmarlo y arbitrar sus desacuerdos con los sastres. De lo contrario, el chaleco del que se quejaba durante la prueba porque le apretaba —«cómo te lo diría yo, *ça me serre*»— puesto en él habría parecido un saco, y una docena de camisas habría sido imposible ponérselas si ella no hubiera convencido a Anestis para que moderara sus exigencias y flexibilizara los cuellos y aflojara los puños. Pero Andonis tenía también otros caprichos. Aceptaba probarse los trajes delante de cualquier espejo grande de la planta baja, pero era intransigente con las camisas. Para decidirse a elegir de manera definitiva, tenía que probárselas exclusivamente ante el espejo del dormitorio. Teniendo en cuenta todo en conjunto, resultaba fácil entender que Járamis necesitara el triple de tiempo que un cliente normal; pero ¿por qué diablos se quejaba? Eso seguía siendo un misterio. Después de todo lo que Dafni había soportado una vez más, consideraba que su marido era ingrato al mostrarse tan indiferente con respecto al drama que estaba viviendo Lukás.

—Andonis, hay que hacer algo por Lukás, a fin de cuentas es mi hermano.

Él hizo oídos sordos y la emprendió con el aprendiz de Pierre:

—Cuidado, muchacho, ¿qué te pasa? ¿Quieres ahogarme? ¡No tan apretado! ¡Eh! ¡Dafni, díselo, por favor!

—Andonis, el chaleco está perfecto. ¿Qué hacemos con Lukás?

—¿Qué quieres que hagamos? He salvado a tu hermano no sé cuántas veces. Ya es hora de que tus tíos lo salven también. Es de su misma sangre, vaya —respondió volviéndose hacia la causa de sus problemas—. ¡Y tú, cuidado, mira dónde pinchas los alfileres! ¿Quieres ensartarme?

—¡Pero se trata de los bienes de nuestra familia! —exclamó Dafni. Y su voz se mezcló con el tintineo de las tazas de porcelana sobre la bandeja de Fawzia, que había recogido del jardín los restos del desayuno.

Andonis estaba descontento, pues a su entender el chaleco le quedaba ancho y la chaqueta no tenía una buena caída.

—Mi pequeña Dafni, por favor, hazlo por mí, presta atención y que terminen. ¿Y de qué bienes familiares me hablas? Cuando me casé contigo, no recibí más que una vajilla de calidad discutible y una niñera coja de la que me cuesta mucho deshacerme.

Dafni hizo un esfuerzo para mostrarse hiriente a su vez.

—¿Qué podemos hacer cuando esta ciudad no brinda oportunidades más que a los *vagabonds*!

—Ya te he dicho que cuando quieras ofenderme, hazlo al menos en nuestro idioma materno. Así me gusta más. ¿Qué quiere decir *vagabond*? En griego hay una palabra equivalente.

—No la tengo en la punta de la lengua, querido.

—¿Ves? Es lo que te digo a veces. Quisiera que fuera dos o tres centímetros más largo. ¿Qué te parece?

—Qué le vamos a hacer. En casa, las niñeras nos hablaban en francés y en inglés. Son los idiomas que habla la buena sociedad de Alejandría.

Esta vez Andonis innovó con una propuesta seductora:

—Escucha, dime esa palabra y haré lo que quieres. Solo esa palabra, Dafni. No me llames *vagabond*.

—*Dis donc, c'est bien ridicule, tu es pénible, tu sais.* Y sin embargo, señor, durante los años de nuestra supremacía...

—Ya sé. Quieres volver a hablar de tu padre, que subía a vuestra lujosa calesa contigo a su lado, una tierna niñita de apenas seis años. Ibais por las calles adoquinadas. El cochero llevaba chistera y el *seyis*, el palafrenero, redingote con botones dorados y pantalón blanco. Un desharrapado abría la marcha y gritaba al correr el nombre de su amo: «¡Kalímajos Sengos! ¡Kalímajos Sengos!». ¡Muy conmovedor. Como lo que escribieron en el *Tajidromos, le Courier*, que ya sé de memoria: «Ayer, 28 de noviembre de 1898, por la tarde, se celebró con gran pompa el matrimonio de la señorita Dafni Sengos, atractiva joven provista de todas las cualidades, hija de la muy agradable familia del conocido industrial del algodón Kalímajos Sengos, etcétera». No me digas que no es conmovedor... Se me pone la carne de gallina.

—Sí, señor. Y para que lo sepas, nuestro hotelito en Salahedín ganaba la partida a todas las casas hermosas del *Quartier. La crème de la crème!*

Cada alusión de Dafni a la famosa mansión familiar en Salahedín suscitaba de inmediato la misma pregunta:

—¿Y por qué no nos fuimos a vivir allí, con *la crème de la crème*? ¿Quieres decirme por qué? Porque vuestra mansión, cuyo arquitecto (como insistes en recordarnos cada vez) ganó un premio al construirla, estaba hipotecada, pobrecita mía.

—*Don't be so coarse* —replicó Dafni tragándose la ira de verse rebajada.

—¡En griego, por favor, en griego! —soltó Andonis, fuera de sí, con el bigote temblando de la emoción.

—Pero Andonis mío, Lukás..., sabes cuánto te aprecia Lukás.

—Yo no sé nada. No para de tratarme de Mohamed Ali a mi espalda.

Mohamed Ali era el sobrenombre de Andonis Járamis en Alejandría en 1880, en los tiempos en que el pequeño obrero de tabaco de cavala vendía cigarrillos y tabaco. Se sujetaba a la cintura el cofrecito con la estampa de un Mohamed Ali a caballo y se afanaba recorriendo los barrios griegos de la Antigua Aduana a la calle de la Resurrección, de Gabarie a Laban, de Attarine a Bab Sidra y de Michala a Mazarita.

—El pobre Lukás ha hecho esfuerzos titánicos durante estos últimos años para salvar lo que aún se puede salvar. Al menos eso hay que reconocérselo —insistió Dafni, y le ayudó a deshacerse de la chaqueta que se estaba probando.

—Lukás es un perfecto imbécil que se permite chupar hasta el último céntimo a sus parientes y amigos, en nombre de la famosa fortuna familiar. ¡Ese es tu Lukás!

Una de las mangas de la chaqueta se le quedó en la mano, y se deshizo de ella con un gesto torpe.

—Pero, señor Járamis, tenemos que probar la chaqueta —lloriqueó Pierre.

—No tienes más que probársela a ella. Me estáis dando la lata, los dos.

Al cabo de cinco minutos Andonis se había marchado a su trabajo y Pierre y el aprendiz se habían retirado, esperando que al día siguiente todo fuera mejor. Dafni se quedó paralizada, con una sensación de profunda humillación; necesitó cierto tiempo para reponerse y recuperar su orgullo. Siempre se revelaba necesario un retorno al pasado para que el mundo volviera a su

lugar. Habría podido inspeccionar minuciosamente las salas de recepción y sacar a la luz el polvo de los rincones, los ángulos de los muebles, las molduras de los revestimientos, anidado dentro de los marcos de los espejos, allí donde la mirada negligente de los sirvientes no desalojaban la odiosa suciedad. Eso le habría permitido descargar los nervios en alguien, emprendiéndola con Fawzia, Fátima o a quien se hubiera ocupado de la limpieza.

Pero la verdad es que no tenía ganas, y se dejó caer en un sillón para evocar recuerdos reconfortantes, contenta de poder disfrutar de su propia estima.

Tal como acostumbraba, empezó por el baile de Filótojos, la asociación de beneficencia, al que Andonis la había acompañado por primera vez la velada del Corso, en pleno carnaval de 1897. ¿Quién era entonces Andonis? Ya había entrado en la treintena y era incapaz de poner correctamente un pie delante del otro. Ella veía a un hombre bailar como un pato mareado, algo que jamás había visto. Y por si eso no bastara, la había acompañado a casa antes de medianoche. «A partir de esta hora, no es *comme il faut* para una antigua alumna del liceo de señoritas», había añadido. Pero ¿qué se creía, realmente? Ella tenía veinticuatro años, era una mujer y quería vivir, divertirse, bailar, estar rodeada de la multitud, hacer el amor. La única voluptuosidad que había experimentado se reducía a las caricias que de pequeña le prodigaban las sirvientas egipcias, y los relatos de aventuras que se contaban entre ellas, historias en árabe que evocaban hermosos egipcios de resplandeciente virilidad —o al menos eso comprendía, teniendo en cuenta su conocimiento imperfecto del idioma—. Al ir creciendo, buscaba entre la multitud a los lugareños esbeltos, morenos, de labios carnosos y ojos grandes, que la naturaleza había dotado generosamente, como ella imaginaba bajo sus amplias chilabas. Soñaba que un día uno de ellos la arrastraría hasta su cama y la poseería de una manera imposible de imaginar para esos europeos insípidos. Poco faltó para que así fuera, cuando el hijo de un pashá egipcio, Mustafá, un muchacho vestido a la europea, le dio el «beso de final de estudios», como lo llamaban entonces. Pero ella no cedió y se limitó a palpar por encima del pantalón «el objeto de la disputa», para estar segura de que estaba palpando una dura virilidad.

Después de esas grandes esperanzas, la llegada de Andonis fue, indudablemente, una pequeña decepción. ¿Por qué se había casado con él, entonces? Porque lo había mirado con los ojos de su padre, que al borde de la quiebra tenía la suficiente experiencia para decir: «Ese joven llegará lejos». Y, además, el pobre Andonis no era un bribón. Simplemente era menos refinado y ardiente de lo que ella hubiera deseado. Un hijo del pueblo que deseaba tratarla como una puta pero que tenía vergüenza de confesárselo. Por su parte, ella no lograba apartar de la imaginación a los árabes vigorosos y experimentaba una enorme culpabilidad. Como si hubiera vivido ya un pasado que la deshonrara y siguiera viviendo en la vergüenza. Hasta el día en que todo su ser se paralizó y siguió como una espectadora los encuentros conyugales, en los que cada cual buscaba una cosa distinta y cerraba los ojos para alcanzarlo.

Ella seguía viviendo fuera de sí misma, fuera de lo que la rodeaba, sobre todo fuera de la casa en que vivían. Cuando Andonis cedió a su insistencia y compró el palacete de un comerciante padre de familia que se había arruinado, se enfrentó a ella y rugió señalando el caos:

—¿Estás loca? Dime..., ¿qué vamos a hacer los dos en este caserón?

—Haremos muchos hijos.

Pero no pudo ir más allá de dos.

Hoy Andonis continúa refunfuñando; lamenta haber hecho lo que ella quiso y asegura que



quiere vender la casa. Se ahoga en el Barrio Griego. Cuando ella le oye insultar a los vecinos «pretenciosos», una sonrisa sarcástica se dibuja en la comisura de sus labios: no das la talla, Andonis Járamis, *insuffisant*, eso es lo que eres, puedes ganar tanto dinero como quieras, pero no das la talla.

Y vuelve al lado del hombre con el que se casó sin amor, hacia quien siente un vago reconocimiento porque asegura a sus hijos un nivel de vida idéntico al que le ofrecía a ella su padre.

Yvette bajó a menudo a San Stefano aquel verano. Cuando se sentía aplastada por el calor que se abatía sobre su casa, buscaba un poco de frescor en las playas de Alejandría, y el casino San Stefano se convirtió en su lugar favorito. Vestida con ropa ligera de colores claros y un sombrero de paja, con el *costume de bain* en el bolso, subía al tren en el frontón rojo de Mazarita, contaba quince paradas y bajaba inmediatamente después de Zizinia. Le gustaba viajar en primera, en el vagón de dos plantas. Llegaba a la imperial y elegía un asiento de respaldo adaptable que le permitía cambiar el punto de vista. Allí, admiraba el paisaje o bien observaba al agente egipcio ceñido en su uniforme caqui con botones dorados; con su tarbush en la cabeza iba de un pasajero a otro, y en la cartera de cuero gastado que llevaba en bandolera se adivinaban los pequeños bolsillos en los que guardaba los billetes.

Al viajar cada día a las mismas horas se estaba seguro de encontrar al mismo revisor; la mayoría se mostraban muy vigilantes con los que querían colarse; sin embargo, soportaban estoicamente a los pillos que se plantaban en la puerta delantera, dispuestos a bajar cuando ellos se acercaran para volver a subir por la puerta trasera en la siguiente estación. El espectáculo de los jóvenes egipcios que hacían *saabata* apiñándose en la parte de atrás del vagón para que los transportaran no molestaba a nadie, y menos aún a los cobradores.

Según el humor del día, Yvette acertaba a veces el viaje bajándose en la duodécima parada, en Glimenópulo, o también, al contrario —aunque esto sucedía rara vez—, lo prolongaba hasta la decimonovena estación para llegar a la playa de Sidi Bishr. No obstante, esa vez bajó en San Stefano; tenía motivos para hacerlo.

Desde el día en que habían ido a recibir a Roxane y Danae en la aduana, se las había arreglado para instalarlas en el hotel casino de San Stefano, a pesar de las protestas de Elias, horrorizado por los precios. Era imprescindible que la primera impresión que las jóvenes tuvieran de Alejandría fuera excelente, aun cuando el Libanés opinara que no había por qué mimarlas tanto. Era necesario que comprendiera que las dos jóvenes no estaban en comisión de servicio sino que los habían seguido por su propia voluntad, fiándose sobre todo de las promesas de Yvette, que por eso se sentía responsable de su suerte.

Hacía dos semanas que Yvette repartía su tiempo entre Mustafá Pashá y San Stefano, ocupándose al mismo tiempo de la gran casa que albergaría sus grandiosos proyectos y de las disposiciones necesarias para las muchachas llamadas a brindar sus servicios a la flor y nata de la sociedad alejandrina. La idea de Elias era simple, pero genial: el cosmopolitismo necesitaba un entorno refinado en el que pashás egipcios, dignatarios británicos, hombres de negocios extranjeros y peces gordos de la ciudad pudieran saborear con total intimidad y discreción, los placeres prohibidos. Ese *bordel de luxe*, de hecho, estaba destinado a convertirse en un cuartel general en miniatura de contraespionaje, y las dos hermanas originarias de la Ciudad constituían el

germen ideal. Los más exigentes encontrarían en sus brazos lo que venían a buscar: la sensualidad que libera la carne y divierte el espíritu. Roxane, de una elegancia más a la europea, de piel más clara, parecía haberse familiarizado con la idea, al considerar que continuaba lo que ya estaba haciendo en la Ciudad. Danae sin duda habría idealizado su carrera en los cafés concierto y no dejaba de refunfuñar que el giro que tomaba su existencia echaba por tierra su carrera de *chanteuse*.

Cada vez que Yvette se encontraba ante la suntuosa entrada del hotel, cuyas esquinas sobrealzadas formaban una especie de torre, el humor sombrío de Danae la desalentaba. Casi siempre la encontraba en la playa, echada en una tumbona, contemplando el mar; silenciosa, apenas respondía a su saludo. Roxane, por su parte, se esforzaba en salvar las apariencias y repetía una y otra vez qué buena era la vida en San Stefano y que estaba deseosa de experimentar nuevas presentaciones ante el público en Alejandría. Después ambas se sumergían en las aguas profundas y se abandonaban a juegos sensuales. Yvette acariciaba el cuerpo liso y firme de Roxane y estallaba en risas, añadiendo así un toque de excitación a los mediodías de Alejandría llameantes de luz, burlándose de la guerra y de las costumbres austeras de los residentes.

A continuación se sentaban a la mesa ante una opípara comida en el club de San Stefano, donde Yvette había logrado soslayar la lista de espera de los miembros. El menú se componía generalmente de especialidades europeas, seguidas de ensaladas de temporada y una ronda de postres para sibaritas. Las dos jóvenes se divertían discutiendo sobre lo elegido y cambiando de parecer en el último momento, sometiendo a una dura prueba los nervios de los camareros sudaneses, hieráticos en sus chilabas blancas con cinturones rojos. Bajo el turbante immaculado parecían indios, y Roxane estaba muy intrigada por los cortes en sus mejillas que formaban el número 111. Yvette los llamaba los «ciento once» y les había contado que esos rituales determinaban su tribu de origen y que se las habían hecho cuando eran recién nacidos en una ceremonia iniciática. En el ambiente de alegría favorecido por los gustos y coloridos de los distintos platos, Yvette siempre encontraba el modo de mencionar su nueva vida de forma bastante vaga. Ese día atacó el punto central del tema.

—Chicas, dentro de unos días os trasladáis. Además, el tiempo ya no es el ideal para permanecer en San Stefano.

—Pero estamos muy a gusto en San Stefano... ¡Ah! Yvette, no puedes imaginar lo agradable que es disfrutar del mar hasta finales de septiembre. *Magnifique!* —protestó Roxane, tuteándola.

—*Je sais, ma chérie*, pero no os dejéis engañar por el tiempo. Dentro de pocos días la alegre multitud habrá desaparecido, el agua será sensiblemente más fría, la playa estará desierta y el paisaje se cubrirán con un velo de melancolía.

—¿Qué será de nosotras? —intervino Danae, dejando caer el tenedor.

—De eso deseaba que habláramos hoy. Las obras en la casa de Mustafá Pashá pronto estarán terminadas y podréis instalaros en ella. Es una de las casas más bonitas de Alejandría, en el barrio más elegante. Está cerca del centro de la ciudad, a diez minutos en tranvía. Muchas personas os envidiarán.

—¿Y el cabaret? ¿Qué hay del trabajo en el cabaret? —insistió Danae.

—Todo eso es asunto de Elias. No se trata de abrir un establecimiento de segunda clase —la tranquilizó Yvette.

—Pero yo trabajaré, ¿verdad?

—Claro que sí, ya que lo deseas, ¿podría yo negarte algo? Pero debéis saber que se os está preparando un porvenir sin preocupaciones.

—¿Quién puede garantizar un futuro sin preocupaciones en momentos como este? —intervino Roxane con un deje de melancolía en la voz y tragando distraída un bocado.

—No te preocupes, pequeña —dijo Yvette, solícita. La guerra siempre ha sido una fuerza motriz aquí. Y es poco probable que nos encontremos implicados en ella. Lo único que hay que hacer es aprovechar este conflicto mundial.

—Me pregunto qué bando elegiré mamá —dijo Danae, irritada.

Yvette evitó cualquier comentario a propósito de su madre musulmana.

—Os lo prometo, chicas. En lo que dependa de mí, no os faltará nada.

Se volvió hacia la playa. El mar estaba agitado y habían izado la bandera negra como señal de prohibición de bañarse. Las olas espumeantes amenazaban a dos pequeños ingleses con sombreros de paja, que construían un castillo de arena mientras el ama recogía los juguetes diseminados por la orilla.

Roxane invitó a Yvette a descansar un momento y le propuso que se tumbara a su lado sobre la cama. Danae observaba con malos ojos sus cosquillas y caricias y por la tarde, al marcharse de la habitación, Yvette, un poco molesta, la oyó reñir a su hermana en la lengua materna de ambas; estaba claro que no aprobaba aquella relación poco ortodoxa.

Había mucha gente en la estación. Yvette se consideró afortunada de encontrar un asiento en la planta de arriba, en primera clase. Hizo el trayecto con la cabeza descubierta, disfrutando del aire fresco que hacía volar sus cabellos. De vez en cuando apoyaba los labios en el dorso de la mano para sentir el sabor de la sal que permanecía en la piel y saborear los efluvios del Mediterráneo. Si tenía que preocuparse, no era tanto por Danae, la arisca, sino de la paciente y demasiado complaciente Roxane, que la arrastraba a una pasión de consecuencias imprevisibles.

El curso 1914-1915 no empezó con buenos auspicios para Kostís Járamis, alumno de penúltimo año de bachillerato en la escuela Averofio. Su profesor de letras, Yorgos Milarinós, pidió ver al abogado de la familia, Stratís Mijelís, con el fin de participarle sus apreciaciones negativas referentes a su alumno. El abogado interpretó la invitación como un reconocimiento de sus relaciones personales y profesionales con los Járamis y se apresuró a responder.

Arrostró los torrentes de lluvia que octubre estaba derramando sobre Alejandría y a la hora indicada atravesó el portón del complejo escolar de Chatby. Si alguien lo hubiera visto penetrar en el edificio, habría creído que el amplio paraguas con mango de madera del que sacudía el agua era un instrumento de prestidigitación, ya que el buen hombre de grandes ojos castaños y mostacho belicoso no presentaba ni un solo centímetro de tela mojada. Visitante considerado, se secó los zapatos en el felpudo. El edificio gigantesco de techos altos, ventanas inmensas y vestíbulo interminable con una sucesión de puertas idénticas no facilitaba la orientación. Una mujer egipcia de trasero voluminoso se aplicaba a limpiar refunfuñando las huellas de cientos de pasos que ensuciaban el suelo. No quiso perturbar las clases y avanzó de puntillas dejándose guiar por las baldosas del suelo, algo que le encantaba hacer desde que era un niño. Saludó al vigilante egipcio que acudió para recogerle el paraguas y la gabardina, y susurró en árabe para saber dónde se encontraba la sala de profesores. El hombre negro le indicó la gran escalera de mármol que llevaba a la primera planta. Se ajustó la corbata, inspiró profundamente y emprendió el ascenso.

A medio camino se dio de narices con dos alumnos que, Dios sabe por qué, se apresuraron a desaparecer. En la primera planta avanzó solo por el pasillo hasta la sala en la que Milarinós corregía ejercicios. Se acercaba a la cincuentena. Tenía bigote con muescas, orejas de soplillo, mirada austera protegida por lentes, todo rematado por un cabello ralo. Mijelís no necesitó presentarse. De entrada, el profesor ceñudo lo sorprendió:

—Pase y siéntese, señor Mijelís. Su reputación le precede. He sabido hace poco que usted es antiguo alumno de la escuela Tositsea. Es para nosotros un inmenso honor.

Visiblemente, la conversación empezaba bajo la égida de cierto formalismo y el abogado no tenía ninguna razón para ir por otros caminos, del mismo modo que no rehusó el té que le ofrecía. El «Es para nosotros un inmenso honor» manifestaba de entrada que el profesor pertenecía a una hermandad de la que el abogado también formaba parte. No había duda: Milarinós era masón o monárquico, o ambas cosas a la vez.

Sea como fuere, enseguida fue al grano, abrió un cajón de su escritorio y sacó una hoja que miró con atención al mismo tiempo que hablaba con Mijelís:

—Usted representa los intereses de los Járamis. Vínculos familiares y profesionales le unen a esa familia que goza de una excelente reputación en la comunidad. Por eso recurro a usted.

Mijelís sacó pecho.

—Así es. Me atrevo a decir que la familia tiene total confianza en mí. Puede usted hablarme con libertad, señor profesor. ¿De qué se trata?

—¿Podría usted leer este texto y darme su parecer, señor Mijelís? Se trata de la disertación de examen del alumno Konstandinos Járamis. Lea, por favor, y dígame qué le parece.

Stratís leyó solo el primer párrafo; no necesitó más para darse cuenta del sacrilegio cometido por el adolescente. De inmediato expresó su asombro y de modo especialmente melodramático, y dijo entrecortadamente:

—Pero, bueno, este texto ha sido redactado... ¡en demótico!

—¡Espantoso escándalo, señor Mijelís, un escándalo de los más espantosos! —tronó Milarinós.

—Sinceramente, no sé qué decir, señor profesor, estoy estupefacto.

—Tiene usted motivos para estarlo, señor Mijelís. Nosotros no escribimos «a toda ocasión» sino «en toda ocasión»; ni «se precisará» sino «precisaremos», y claro está...

Tomó tanto impulso que el abogado se sintió fulminado y espontáneamente lanzó a su vez:

—Ya sé, señor profesor.

—...y, sobre todo, no escribimos, a propósito del mar, que «espumea y ondula». Dígame, por favor, en nombre de Dios, en quien usted cree, lo que significa «espumea y ondula».

—¿Dónde se lee ese horror?

Al parecer, el docente, que conocía de memoria el texto del joven alumno, le replicó con desarmante certeza:

—¿Dónde? Tercer párrafo, cuarta línea. —Tras este golpe de gracia, Mijelís dejó caer el papel sobre la mesa, pero el otro, sin piedad continuaba recalando sin tregua—: Nosotros, hijos de Alejandro Magno, residimos en tierra extranjera, entonces, ¿qué nos queda sino conservar intactas la fe y las leyes de nuestra madre patria, la religión, el idioma, nuestras costumbres? Se lo pregunto, ¿qué otra cosa nos queda? Hoy, cuando nuestra nación es atacada, atacado nuestro rey..., estoy diciendo hoy, señor Mijelís...

Ay, amigo, de modo que eres de los nuestros, pensó Stratís *in petto*, y aunque hasta ese momento no había hecho más que inclinar la cabeza y soportar la tormenta, como fulminado, decidió contraatacar. Igual que el abogado de la defensa ante el tribunal, lanzó con voz estentórea:

—¿Qué espera usted exactamente de mí, señor profesor? Le escucho.

El cambio de actitud sorprendió al docente, que comprendió que había tirado demasiado de la cuerda; el tono se volvió mucho más ameno.

—Solo poner al corriente a los padres, eso es todo lo que deseo. Konstandinos es una mente brillante. Podría aprobar con facilidad. Es injusto que un obstáculo como este le impida progresar, ¿no cree usted? Como sin duda imaginará, si no se tratara de un hijo de la familia Járamis, habría podido expulsarlo definitivamente de la escuela.

Mijelís sonrió y dijo sin vacilar:

—Vamos, señor profesor. Solo un verbo auxiliar marca la diferencia entre «habrían podido» y «podrían». No vamos a decapitar a una mente brillante, usted mismo lo ha dicho, por una simple debilidad venial. De hecho, sabemos que todo puede corregirse. Por otra parte, ¿para qué viene Kostís a esta escuela sino para aprender a escribir una lengua correcta? *N'est-ce pas?*

El profesor cayó en la cuenta de que con ese abogado del diablo el control de la conversación se le había escapado por completo; hizo un esfuerzo por defender sus opiniones, pero el jurista no le dio la oportunidad.

—Vamos, vamos, hablaré de ello con sus padres, le tiraremos un poco de las orejas y le reñirán. Todo volverá al orden, ya lo verá. Además, somos todos «hijos de Alejandro Magno», ¿verdad? —A la mención de Alejandro Magno, vio, o le pareció ver, una sonrisa de complicidad apuntando en la mirada severa del profesor—. Bien, es hora de que me marche —añadió levantándose y cogiendo su sombrero.

—Un segundo, señor Mijelís, la situación no es tan sencilla como usted imagina. Temo que esa «debilidad venial», como tan elegantemente la ha llamado, esté ligada a un comportamiento más general del chico y, entiendo, principalmente, fuera de la escuela. ¿Sabe usted que ciertas personas de su vecindario le llaman «la fiera del Barrio Griego»?

—Y usted, ¿cómo sabe eso? —preguntó Mijelís como si le arrojara a la cara: «¿Cómo es posible que alguien tan calamitoso como tú sepa lo que se dice y lo que no se dice en el barrio de los ricos?».

—Todo tiene su importancia, señor Mijelís. Medidas, hay que tomar medidas, se lo ruego, de lo contrario tendré que intervenir y actuar con rigor, de manera desagradable. No será con agrado, se lo aseguro, pero...

—Sí, sí, señor profesor. Todo volverá a su cauce —soltó Mijelís con desdén—. Parece que ha escampado. Es el momento propicio para que me vaya. Hemos dicho... Milarinós, ¿verdad? —se dignó concederle, como si la discusión no se hubiera producido más que para su propio gobierno.

Cuando llegaron las primeras lluvias de octubre, Yvette evitó ir andando hasta Mazarita para coger el tranvía; prefería ir hasta la estación de Ramleh, más cerca de su casa. Allí estaba siempre, como si la estuviera esperando, el tren especial a Alejandría, con un vagón de primera clase de dos plantas que remolcaba un «hermano menor» de una sola planta, un espectáculo que la divertía mucho. Cuando iba a subir, oía al empleado gritar: «Ahí para Mustafá Pashá, aquí para Sidi Bishr», como recordándole que ya no tenía ningún motivo para bajar en San Stefano, ya que

la casa de Mustafá Pashá estaba lista, y las dos hermanas ya instaladas en ella. Ella había añadido apenas unos toques personales a la decoración interior y los últimos muebles que llevaban los mozos de mudanzas completarían el conjunto, que no carecía de fantasía.

La casa seguía siendo para ella un enigma cuya clave aún no había encontrado. La opción de Elias por ese barrio en concreto reforzaba su idea de que formaba parte de sus planes desde hacía tiempo. Pero ¿por qué guardar en secreto el nombre del propietario? ¿Y el presupuesto de funcionamiento? Yvette ignoraba si esto tenía relación con la fuerte presencia británica —el acantonamiento inglés y la mansión consular se encontraban en la cercana colina del gobierno.

Trató de adivinar esa identidad a partir de la arquitectura y la decoración, pero no le dieron ninguna pista. Los elementos *art nouveau* —decoración figurando plantas, conchas marinas y raíces de árboles—, los falsos frontones y los revestimientos de madera labrada se adornaban con matices anaranjados en contradicción «festiva» con el carácter tradicional del edificio; su construcción en piedra sencilla, con columnas cuadradas y ventanas a la francesa dejaba traslucir la angustia del arquitecto, que había utilizado todos los medios para escapar a las austeras convenciones del neoclasicismo. El resultado final producía una impresión híbrida; de hecho, esta licencia arquitectónica era una manera de ayudar al visitante a comprender dónde se encontraba.

En el interior nada encajaba. Una yuxtaposición de estilos de lo más diverso y un fárrago de objetos daban pie a suponer que habían abandonado en el lugar, en desorden y sin seleccionar lo más mínimo, muebles carísimos, alfombras, tapices, pantallas, pequeños objetos artísticos, cuadros espejos... Yvette tuvo la intuición de que lo único que se podía hacer era poner orden en aquella leonera, conservando únicamente las piezas que resaltarán la función del lugar. Por lo demás, la distribución del espacio era perfecta; era como si el maestro de obras conociera de antemano el uso al que estaba destinado el lugar. Había optado por una división en tres partes y distribuido las puertas en los cuatro puntos cardinales. Tres escaleras interiores independientes conducían a la primera planta. La entrada principal, orientada al norte, daba al mar. La entrada sur correspondía a la tercera ala, que seguramente habían construido al final, lo que explicaba la ornamentación claramente más sugestiva que la de la fachada principal. Daba a la colina del gobierno y conducía a un jardín exuberante por el que era posible pasear sin ser visto. La división en tres alas garantizaba la discreción para la clientela distinguida, pero igualmente una división estanca entre la vida y las actividades de las chicas que después debían trabajar en la casa de tolerancia. El funcionamiento se le había confiado a un personal de servicio que Juri había contratado con especial atención. Un nubio inmenso, Gaafar, de sólida constitución, era el ojo que lo vigilaba todo. Su chilaba blanca con cinturón rojo y los tres cortes que exhibía en cada mejilla recordaban al camarero del casino de San Stefano. Dos antiguas prostitutas de la calle des Sept Filles, encargadas de cuidar de la casa —la egipcia Soher y la sirio-libanesa Antoinette—, subían y bajaban las escaleras paseando sus kilos de más. Yvette sospechaba que eran, sobre todo, las soplonas de Elias.

Por otro lado, la actitud del Libanés había cambiado desde el viaje a Constantinopla. Se veía distante, misterioso y contestaba a sus preguntas con medias palabras. Había recurrido a colaboradores «atípicos» que ella veía por primera vez. Admitiendo que Farid, el *bishbashi* —inspector de policía—, representaba una protección contra los asaltos de la policía egipcia, y que Petros Zemistokléus —yóquey chipriota y destacado proxeneta— hubiera recomendado a Soher y Antoinette, el papel de Massimo, el sombrerero italiano, continuaba siendo un enigma. ¿Qué tenía

que ver un sombrerero de renombre, con una boutique en la calle Sherif y proveedor de la alta sociedad de Alejandría, con una casa de tolerancia? Entre los tres completaban probablemente el póquer que Juri había mencionado en forma de epigrama: «Un libanés, un policía egipcio, un asiduo de los hipódromos chipriota, un hombre de negocios italiano». Al disponer de una gran capacidad para movilizar a sus amigos y conocidos, Elias había decidido sin duda utilizar sus competencias atribuyendo a Yvette un papel menos importante que de costumbre. Cuando intentaba saber más, si algo sonaba raro o no estaba claro entre ellos, él la tranquilizaba exhibiendo la sonrisa diplomática que ella conocía bien, y afirmaba que era una manera de protegerla. Protegerla, pero ¿de quién?

Ciertamente, no de Farid, el policía regordete de bigote con puntas retorcidas y ojillos minúsculos en perpetuo movimiento, con quien se cruzó un día en la calle, en uniforme de verano y tarbush; él la saludó respetuoso y sincero, indiscutiblemente subyugado por su aura europea. Menos aún de Massimo, cliché del amante latino, guapo italiano algo maduro, que no obstante seguía eligiendo a sus amantes entre su distinguida clientela. Yvette solía comprar en su tienda, incluso había conocido a su mujer, de origen griego, pero ignoraba que el sombrerero jugaba tan a menudo con Elias. Tal vez sería de Petros Zemistokléus, un canijo cuya carrera de yóquey había quedado truncada por un accidente en el hipódromo, sin gloria alguna, y que ahora, a los treinta y cinco años, llevaba a costas su cuerpo descarnado cojeando del pie derecho. Su triste aspecto no le había impedido ascender de categoría como chulo; en un momento determinado, podría mostrarse muy violento con una mujer sola e indefensa. Pero nunca se atrevería a hacer daño, ni siquiera a tocar, a la amante del industrial del tabaco más importante de Egipto. ¿Cuál era entonces el peligro que la amenazaba? Yvette estaba convencida de que si Juri no tenía quejas personales, el peligro no podía venir más que de los servicios secretos británicos. Se sentía superada por ese clima de disimulo y estaba dispuesta a abandonar la casa de Mustafá Pashá. Sin embargo, había dos cosas que justificaban su interés en el asunto: la promesa de Elias de que se repartirían los beneficios y, por supuesto, la presencia de Roxane, a quien quería proteger como Juri hacía con ella.

—Así pues, Gaby —recalcó Dafni Jámamis, volviendo la espalda a la joven alta con sombrero en campana del que escapaban bucles de un rubio dorado.

—*Yes, madam* —asintió con un acento que hizo que Dafni repitiera la pregunta.

—¿Y eres inglesa?

—*But of course!*

—Pues sí. Yo había pedido una inglesa, de modo que debes ser inglesa —insistió, consultando una vez más las cartas de recomendación que había recibido de manos de Gaby.

—*I see!*

—Y Gaby... ¿Gabrielle?

—*That's right, Gabrielle.*

Dafni llamó a Fawzia y le pidió que avisara a sus hijos.

Los dos muchachos bajaban por la gran escalera de mármol y Gaby, que había empezado a inspeccionar la casa, impresionada por el lujo suntuoso, se volvió, considerando que tendría el tiempo suficiente para observar a gusto la casa y los muebles. De momento, seguía de pie, con la

maleta en la mano, tras haber superado con éxito el interrogatorio de la madre.

—Mis hijos —anunció pomposamente Dafni. Y señalando al más joven, añadió—: Majos, el benjamín, un cosmopolita nato.

El niño, de unos diez años, se acercó y dobló las rodillas en una reverencia más bien ridícula. Vestido como un lord en miniatura, se quitó el sombrero que llevaba en señal de respeto. «Será probablemente un hombre muy guapo —pensó Gaby—, aunque ahora tenga aires de niña.» Parecía tímido, impresionado por su llegada a la casa, al contrario que su hermano que, golfillo desenvuelto —con pantalón azul y jersey marino con las mangas remangadas—, se asomaba por encima de la barandilla dorada. La madre se apresuró a completar la presentación:

—Y este es Kostís. *Malheureusement*, tendremos que volverlo cosmopolita. Chicos, saludad a vuestra nueva..., ¿cómo debo llamarte, querida? «Niñera» sería exagerado por lo que respecta a este grandote que baja por la escalera, ¿no crees?

La reflexión justificada de la madre hizo reír a la joven, que lanzó al mismo tiempo una mirada amenazadora en dirección al adolescente rebelde vestido de azul.

—Puede que creas que con el mayor será fácil —prosiguió Dafni—. *But I'm warning you*. Tienes ante ti a la *notorious* fiera del Barrio Griego, Kostís Járamis. Tu trabajo no consistirá solamente en hablarle en francés y sobre todo en inglés. Antes de nada tendrás que domesticarlo. Tenemos una necesidad urgente de una mademoiselle joven y dinámica. Espero haber elegido bien.

—No se preocupe, señora. He resuelto con éxito casos similares.

Y su voz resonó amenazadora por el lado de la escalera.

—Esperemos que sí. El curso escolar ha empezado ya, como sabes, y los cambios frecuentes de personas podrían tener un efecto negativo en los resultados escolares.

—*I'll do my best*.

—Bien. Fawzia te enseñará tu habitación. El resto, *in due course*. Puedes empezar de inmediato. Por ahora no puedo decirte más. Espero a nuestro abogado de un momento a otro para un asunto muy importante.

Cada vez que Stratis Mijelis subía al Barrio Griego, le parecía acceder al cenit del cosmopolitismo que Alejandría representaba en las últimas décadas para todo el Mediterráneo. Aunque era una amalgama de varios elementos, lo fundamental eran los hombres que encontraban sentido al espíritu internacionalista y a la superación de las fronteras nacionales. Sus hábitos, pensamientos y acciones, quintaesencia de la vida cosmopolita, dejaban su sello en cada una de las casas aristocráticas que iba admirando a lo largo del camino. No había necesidad de imaginación para penetrar en ellas: en la calle de los Abasíes, una de ellas, cuyo portón estaba adornado con escudos de armas a imitación de los de Versalles, se encontraba permanentemente abierta para él.

Andonis y Dafni vivían desde hacía diez años en «el chalet de las once habitaciones». Esta denominación estaba asociada a la casa de un gran comerciante franco-levantino que súbitamente se había declarado en quiebra, de la misma manera y con la misma facilidad con que todo el mundo podía enriquecerse o arruinarse en esa ciudad.

Con el fin de subrayar el carácter griego de su residencia, Járamis había hecho que añadieran un tejadillo sostenido por columnas jónicas. Era lo primero que se veía al entrar. También había



deseado aguilones arqueados en las ventanas. Por lo demás, había respetado la fachada y no había tocado la arquitectura del gran jardín con estatuas, cuyo centro ocupaba una palmera; dos eucaliptos —se decía que alejaban los mosquitos— enmarcaban la casa. En los arriates, jazmines, lirios, azaleas, rosas y claveles de las Indias exhalaban su perfume de la primavera al otoño. En lugar destacado, las buganvillas y, un poco más lejos, extendían su sombra dos acacias. El conjunto estaba vivo y prosperaba gracias a Mohamed, el jardinero egipcio de humor huraño que Járamis había comprado, literalmente, con la casa. Mijelís lo saludaba siempre con cordialidad, pero Mohamed rara vez le concedía algo más que un gesto con la cabeza. En general se lo encontraba inclinado sobre algún rincón del jardín, con excepción de la época del ramadán, en la que dormitaba agotado por la falta de agua y comida en su caseta situada en la parte de atrás.

El anterior propietario no habría encontrado cambios significativos en el interior. Andonis y Dafni, satisfechos de la disposición, habían dejado igual la inmensa sala de recepción para instalar en ella un salón de estilo Renacimiento, impresionante por sus sillones de altos respaldos; habían prolongado el dintel de la puerta de entrada con una decoración en relieve que continuaba hasta el techo, que una mirada poco sensible difícilmente alcanzaba a identificar. Por último, como en cada mansión digna de respeto, el mobiliario monumental y sobrecargado dejaba el sitio de honor al comedor de estilo imperial, al que todos los notables de la ciudad habían sido invitados —pero no solo ellos.

La estética antigua se manifestaba igualmente en los vitrales rojo granada —que representaban a Afrodita y Eros niño— que dominaban la escalera decorada con una artesanía de hierro chapado en oro que llevaba a los dormitorios del primer piso, al despacho de Andonis y a la sala de lectura en la que Dafni pasaba algunas horas sola, bordando o leyendo libros de historia. En cambio, los Járamis habían encontrado más práctico reunir las dependencias del sótano —lavandería, cuarto de plancha, cocina y habitaciones de las sirvientas— que comunicaban por una sola puerta con el exterior, desde donde, según su hijo Kostís, «llegaba el bullicio de la verdadera vida, con el labane, el zabaleya y el robabekas», es decir, con el lechero, la mujer que se encargaba de la basura, los revendedores y con todos los actores de la vida cotidiana alejandrina.

Alguien que conociera la casa vecina de los Benakis y hubiera podido apreciar su esplendor digno de un museo —joyas, armas, medallas, bordados, telas tejidas a mano—, sin duda habría encontrado demasiado modesto el fasto de la casa Járamis. Pero el gusto de Dafni, heredado de su familia, quedaba de manifiesto de modo nada desdeñable por las alfombras de Bujará, los tapices de los Gobelinos, y más aún por piezas de cristal y de plata carísimas dignas de las mejores casas. Sin olvidar algunos objetos capaces de conmover a los aficionados más exigentes, como las dos estatuillas originales de Giuseppe Arcimboldo, pintor del siglo XVI en la corte de los Habsburgo.

En los primeros tiempos, para convencer a Andonis de que la idea de comprar la casa no había sido una locura, Dafni organizaba constantes recepciones. Té a media tarde, exposiciones, conferencias, conciertos, actuaciones teatrales, *tea parties* y bailes. Sin embargo, al cabo de quince años de vida mundana desenfundada, se aisló y se limitó a recibir únicamente a sus buenos amigos.

A principios de la década de 1910, la casa, mucho menos frecuentada, parecía todavía más vasta. Los gritos, las risas, músicas y bromas, los sonidos del pasado cercano resonaban aún en las estancias vacías que los dos muchachos, Majos y Kostís, trataban de animar con sus voces y

persecuciones. Iban creciendo y reivindicaban un espacio que fuera suyo en una amplia vivienda que Dafni se había prometido llenar de muchos más niños. Pero el parto difícil del más pequeño y el carácter rebelde del primogénito la asustaban tanto que dejó de planteárselo. Kostís estaba a punto de cumplir quince años y su madre se acordaba con nostalgia de la época en que sus diabluras se limitaban a trepar a los árboles, propinar unos cuantos golpes a su hermano menor, utilizar el pasamanos de la escalera como tobogán o, tras haber jugado en la calle o en el patio de una casa vecina, entrar con los pantalones desgarrados y las rodillas ensangrentadas. Muy pronto le atribuyeron el sobrenombre muy sentido de fiera del Barrio Griego, y se diría que para el muchacho era una cuestión de pundonor defender dicho título acumulando travesuras.

Por si esto fuera poco, su virilidad había despertado y no dejaba tranquila a ninguna sirvienta. Dafni se vio obligada a despedir a varias jóvenes egipcias por temor a que los ardores del adolescente les ocasionaran pronto muchos disgustos. Una y otra vez hablaba de ello con Andonis, pero a él le importaba un comino. Debería haberle reñido, como debe hacer un padre, pero se conformaba con llamarlo y lanzarle un: «¡Esto no puede seguir así!». ¡Vaya amenaza! Andonis se reía por dentro y Kostís, que se daba cuenta, bajaba la cabeza con una sonrisa cómplice. Padre e hijo habían establecido un código propio y, cuando Dafni exageraba, él enviaba siempre la misma respuesta estereotipada: «No estás educando a chicas, Dafni».

A las preocupaciones que causaba Kostís, añadió una nueva su primo Stratís.

Ella lo recibió en salto de cama y con el cabello suelto, con una familiaridad que, desde un tiempo atrás, Mijelís malinterpretaba. A veces, en tono picaresco, utilizaba expresiones ambiguas que ella fingía no oír. Pero tuvo cuidado de que sirvieran el té en el juego de porcelana pintado a mano y los pasteles en piezas de cristal Lalique.

—¿Qué está pasando con la guerra, *cousin*?

En realidad, Dafni no se interesaba por un conflicto cuyos nubarrones no parecía que fueran a oscurecer el cielo alejandrino. Pero había dos cosas que la fascinaban: las historias de guerra y las personalidades fuertes. Era de esas mujeres que se instruyen en las reuniones mundanas al escuchar atentamente a quienes hacen alarde del ingenio que les sobra. Conocía a fondo la historia de Egipto y la de Alejandría. Clasificaba los rostros, las épocas y los acontecimientos en pequeñas cajitas, en orden dentro de su cabeza, a las que iba a extraer cualquier información. Sentía desazón ante la idea de estar viviendo en una época en que una guerra mundial causaba estragos y algunos escribían una nueva página de la historia.

—Es un tema que conoces mejor que yo, prima —respondió Mijelís mientras dejaba que una galleta se le deshiciera despacio en la boca.

Apreciaba en todo su valor que Dafni no disimulara su belleza bajo el estorbo de los adornos que eran el secreto de las mujeres. Adivinaba bajo la ropa sus muslos cortos pero firmes e imaginaba con frecuencia el pecho generoso que sus escotes encuadraban con dificultad. Dafni nunca había sido una belleza —pequeña y llenita, de ojos pequeños y nariz más bien graciosa—, pero desde que había cumplido los cuarenta se mostraba endiabladamente exaltada. La feminidad le brotaba por todos los poros, se manifestaba por medio de risas y carantoñas que dejaban traslucir la falta de amor. Mijelís se había dado cuenta y acariciaba la idea de poder colmar ese vacío algún día. Pero, de momento, tenía que ponerla al corriente de algo, y cuando Dafni le preguntó sobre el motivo de su visita, fue directamente al grano.

—Nuestro Kostís, Dafni.

—¿Qué ha hecho ahora nuestro Kostís? —se inquietó, como si su querido hijito hiciera algo peor de lo que ya había hecho.

Mijelis prosiguió en primera persona del plural:

—Me temo que tenemos problemas en el colegio.

—*C'est-à-dire*?

—*C'est-à-dire*, al chico se le ha metido en la cabeza dinamitar el sistema de enseñanza de la comunidad.

Delante del profesor había minimizado el problema; aquí lo exageraba al referírselo a Dafni, de modo que destacara su papel en los asuntos de la familia.

—Una sola cosa: «El mar que espumea y ondula».

—¿Cómo dices?

—Sí, Dafni, «el mar que espumea y ondula», lo he leído con mis propios ojos. Una disertación en griego demótico. Una vergüenza de texto. Sus profesores ya no saben qué hacer con él. No excluyen la posibilidad de expulsarlo.

—¿Expulsarlo?

—Expulsarlo del colegio.

—¿Expulsarlo del colegio?

—¡Ah, querida Dafni! Hace tiempo que quería hablarte de esto. ¿No sería preferible que Kostís estuviera interno durante un tiempo? Si no fuera por la guerra, te propondría Europa, Francia o Gran Bretaña... Pero en Egipto, piénsalo, hay excelentes colegios privados que conseguirían disciplinar a nuestra pequeña fiera. Deberías hablar con Andonis de esto.

—¡«El mar que espumea y ondula», entonces, y expulsión del colegio! —exclamó Dafni en voz alta.

En ese preciso instante resonó un ruido sordo, como de una bofetada.

—¡Kostís, Majos, ya está bien, calmaos!

El eco de su voz chocó contra la altura de los techos, llegó sin duda hasta la habitación de los chicos, pero no hubo ninguna respuesta. En el primer piso reinaba un silencio de muerte.



—*Tu es folle ou quoi?* Sabes de sobra que es una locura venir aquí, y en plena noche. El viejo *despotrica* sin parar contra ti. ¿De verdad quieres crearnos problemas sin ningún motivo? —gruñó Elias.

Cuando Yvette penetró en su casa a las tres de la mañana, con su aire de *belle femme*, estuvo a punto de darle un ataque. Se quedó sorprendida. En la entrada del edificio evitó por los pelos una colisión con la gran barriga de Farid, el policía, que salía y se disponía a subir al vehículo de servicio. El obeso se apartó y ordenó al bauab que la acompañara hasta arriba. Necesitó un momento para recuperarse del espectáculo que se ofrecía a sus ojos: el *séjour* de Juri, el elegante pequeño museo en el que a veces había cenado con Elias, y más a menudo con Járamis (el Libanés había empezado a llamarlo «el viejo», movido seguramente por un estúpido arranque de celos), se había transformado en burdel por obra y gracia de un puñado de jugadores de los que apuestan fuerte, que estaban levantándose de la mesa grande. Yvette tuvo la sensación de rozar lo obsceno. En el ambiente delicado del piso, esa gente dejaba tras de sí el olor de aliento avinado y una nube espesa de humo de cigarros y narguiles. La mesa desaparecía bajo las cajetillas vacías, las copas de coñac, las fichas, los mazos de cartas y los ceniceros desbordantes de colillas. Zemistokléus, esa basura, tumbado en el canapé estilo Luis Felipe. Sintió deseos de abalanzarse sobre él y mandarlo rodando al suelo, y hacer lo mismo con la mujerzuela vulgar que lo mimaba y con quien compartía un tubo de narguile. Massimo, el sombrerero, sentado aún a la mesa, torturaba unas cartas pegajosas de sudor de tan usadas. Dos desconocidos estaban frente a ella; uno debía de ser un comerciante judío, futuro cliente de la casa de Mustafá Pashá, del que Elias le había hablado en varias ocasiones. Sus manos esqueléticas contaban nerviosamente unos billetes arrugados, bajo la mirada indiferente de un joven tipo cuyo cuello de la camisa formaba un pliegue curioso sobre su cuello y con un bigote de puntas retorcidas que parecía aplicado a un rostro tan suave como la seda. Se diría que esos hombres se habían pegado sin saber por qué durante la noche, igual que esos mozos que deciden pelearse y pueden estar peleándose durante mucho tiempo en la calle, como traperos, sin dar ni recibir verdaderamente golpes serios. ¿En nombre de qué un individuo podía derrochar así una noche si no tenía que perder ni que ganar?

Pero el peor era el mismo Juri —hirsuto, con la corbata suelta, el cuello de la camisa arrugado y un cigarrillo entre los labios—, que la había atrapado y llevado a un rincón para echarle una bronca. Ella lo había observado en varias ocasiones jugar o apostar en casas o en clubes de Alejandría, París o Beirut, y conservaba la imagen de un *gentleman* altivo, que vivía para el *jeu*, y no de un tipo nervioso, agotado, que descargaba su rabia en ella y le hacía daño apretándole el

brazo.

—¡Suéltame! —gritó. Y él retiró la mano.

—Espero que tengas una razón válida para venir aquí esta noche —insistió.

Le apestaba el aliento a coñac y el humo de su cigarrillo la incomodaba. Por primera vez la estaba tratando mal. Impulsivamente, ella le dio una sonora bofetada. Él apoyó la palma de la mano en la mejilla, como para palpar la marca, y sacudió la cabeza. Después, sonrió.

—Discúlpame, si estás aquí es porque sucede algo grave. No sé qué me pasa esta noche.

Ella extendió la mano, esta vez para pasársela furtivamente por el cabello.

—*Il y a quelque chose de grave*, Elías, Danae ha intentado suicidarse.

—¡Intentado suicidarse! ¡Eso es muy grave!

—Quería cortarse las venas. Han intervenido, poco ha faltado. Un acontecimiento así habría trastocado todos nuestros planes, como comprenderás.

—¿Estás de broma? Sería un desastre. ¿Crees que aún se puede confiar en ella?

—Debemos tener los ojos bien abiertos. Pero creo que podemos confiar en ella. La chica está embarazada, eso es todo. Sin duda lo había presentado ya antes de salir de la Ciudad junto con su hermana. Luego se instaló aquí, en tierra extranjera, sin marido, sin parientes. Ya sabes cómo son esas cosas. He hablado un poco con Roxane. Ella también se siente confusa.

—¿No deberíamos replantearnos la cuestión de nuestra colaboración? ¿Qué piensas?

—*Pas question!* Las chicas han venido aquí; las he animado a hacerlo. No puedo abandonarlas.

—Sin embargo, ¿te das cuenta de la responsabilidad que supone para nosotros?

—Claro que sí. Solo necesitamos una sirvienta y una comadrona muy discreta.

—De eso me encargo yo. ¿Quieres que haga algo más esta noche?

—Pensaba que en el peor de los casos tendría que arrancarte de los brazos de una belleza. No esperaba encontrarte en un estado tan lamentable. Lo mejor que se puede hacer es ir a dormir, cuando esta chusma se haya largado. Mañana será un día difícil.

—Alguien tiene que acompañarte a casa, de todos modos.

—No te preocupes. No iré a Sultán Hussein. Sería una locura a la hora que es. Mi *arabaghis*, el cochero, me está esperando fuera. No sería prudente dejar a las chicas solas. *Bonne nuit*.

Cuando Dafni le contó a su marido la nueva hazaña de Kostís, esperaba más apoyo de su parte. De hecho, Andonis la emprendió con su primo:

—¿Y quién es Mijelís, si puede saberse? ¿Con qué derecho propone que enviemos a Kostís a un internado? Mis hijos crecerán a nuestro lado, con nosotros. No quiero volver a oír a tu primo decir semejantes tonterías. Le voy a echar una bronca.

Por su parte, Dafni y Stratís habían decidido echar una bronca ellos mismos, de común acuerdo, a quien consideraban el principal responsable de la «caída» de Kostís: Zanasis, el «tendero» de Siuf.

Zanasis, cuya historia desgranaba Andonis cada vez que poseía a su amante, era un pariente lejano de Dafni y Stratís. Los dos primos tenían cuentas que ajustar tras la discordia entre partidarios de Veniselos y monárquicos, que en los últimos tiempos se había intensificado entre los griegos de Egipto. Cada reunión de la asociación Esquilo-Arión, donde habían coincidido, había sido ocasión de encendidas disputas. A pesar de todo, Zanasis había mostrado ser un gran

señor al oponerse, en calidad de miembro importante de la Unión de Liberales de Alejandría, al exilio de Mijelís, cuyo nombre encabezaba la lista de los odiados monárquicos. Stratís, muy humillado por esta generosidad familiar, se cuidó de ocultar su rencor tras una máscara de agradecimiento, pero tenía la firme intención de vengarse. Por su parte, Dafni tenía sus razones para encontrar antipático al primo tendero de ultramarinos: su manera altiva de burlarse de su esnobismo y de recordar que en Mitilene, mucho tiempo atrás, su familia tenía, según él, un claro predominio económico y social.

Obviamente, una vez establecido en Alejandría, Zanasis había tenido que empezar de nuevo y adquirir una pequeña tienda en la que vendía, entre otras cosas, productos de su isla. Los negocios iban bien y su matrimonio con Maria, una muchacha jovial de Simi, le proporcionó una vida de familia sin sombras y tres hijos: Nikolas, Olimpía y Nikitas.

No obstante, a veces una terrible pesadilla venía a perturbar su sueño; se ponía a gritar, a transpirar, se ahogaba y, según los médicos, había que despertarlo; de lo contrario, podía morir allí mismo. No tenía nada que ver con la joven turca que en vano trataba de olvidar, sino con los kilos de más que había acumulado durante esos años. Cada vez que Dafni lo encontraba se preguntaba adónde había ido a parar el dandi de gran corazón que volvía locas a las mujeres de los barrios populares de Alejandría en las décadas de 1880-1890, impresionadas por su prestancia y la franqueza de su mirada. Y ahora se decía que había cedido su lugar a ese buen hombre regordete de mediana edad, una especie de tonto feliz que sonreía como un santurrón. Cuando Dafni lo invitó, cruzó por primera vez el imponente portalón de la casa, cargado con dos bolsas, y ella lo recibió bajo el tejadillo de la entrada.

—Vaya, primo, así que al fin te dignas hacernos el honor de una visita, después de tantos años. ¡Eres muy difícil, lo sabes!

El rostro se le hendió con una amplia sonrisa, y él respondió de inmediato en los mismos términos.

—El Barrio Griego está demasiado lejos para nosotros, prima. No queda de camino.

—Tú verás. ¿Y por qué vienes tan cargado?

—Pues... Es la primera vez. No quería venir con las manos vacías.

—¡Chist! ¡Chist! *Il ne fallait pas. Il ne fallait pas.*

Detrás de ella apareció Stratís, y los dos hombres se saludaron fríamente. Las sirvientas de piel oscura lo liberaron de las bolsas y Zanasis los siguió, ya sin nada que transportar, a no ser sus kilos de más.

—Querías verme, Dafni. ¿Hay algún problema?

Era evidente que la presencia inesperada de Stratís Mijelís hacía que se sintiera incómodo.

—Hay un problema —le respondió.

Del brazo de los dos hombres, cruzó el umbral de la casa. A Zanasis no le impresionó en absoluto la decoración, como ella esperaba. Bebió el té servido en tazas de un precio exorbitante sin pestañear. Su indiferencia pasó por incorrección y la anfitriona, humillada, decidió acabar lo antes posible.

—Bueno, basta de palabrería. *Jawaga* Zanasis, era necesario que vinieras para que comprendieras exactamente lo que abandona mi hijo cada vez que va a dormir a tu casa con sus primos.

La apelación elegida no se debía en absoluto al azar; el tío sabía a la perfección que la familia

se burlaba de la fila que los mendigos formaban delante de su establecimiento todos los viernes. Los pobres diablos de la región recibían un pequeño peculio para la semana y le besaban las manos, con el más auténtico reconocimiento. *Shukran, jawaga Zanasis!* Esa mala intención le disgustó, y le echó a su prima una mirada que le recordó aquella otra, franca y audaz, del hombre de antaño.

*Tant mieux*, muchacho, pensó Dafni. Ya es hora de que te enfades un poco tú también.

—¿No dices nada, Zanasis? —intervino Stratís, acariciándose el bigote.

—¿Qué quieres que te diga, Stratís? No comprendo vuestra manera de ver las cosas.

—Hemos decidido que la situación con Kostís no tiene salida —prosiguió Dafni—. *Un point, c'est tout.*

—¿Significa eso que tú y él lo habéis decidido? —interrogó Zanasis señalándolos con el dedo.

—Digamos que soy yo quien lo ha decidido. ¿Te parece bien?

—Puedes continuar.

—¿Cómo, continuar? Ya te lo he dicho, es muy sencillo, Kostís debe dejar de ir a veros a ti y a tu familia. Pertenece a mundos distintos, Zanasis; es posible que Kostís no lo comprenda todavía. Pero tú sí lo comprendes, ¿verdad?

Una sombra le nubló la mirada. Sus ojos verdes cambiaron al gris, igual que las aguas lodosas del lago Mareotis. Su cuerpo obeso se levantó con un movimiento increíblemente vivo. Los otros dos no tuvieron tiempo de reaccionar.

—Pero ¿adónde vas? —se sorprendió Dafni.

Zanasis no volvió a sentarse. Movi6 un dedo reprobador en dirección a su sobrina.

—Tu abuelo era el que vigilaba nuestras tierras en la isla. —Después se volvió hacia Stratís —: Y tú, tu abuela nos lavaba la ropa. No porque uno viva en el extranjero el respeto tiene que desaparecer.

Se dirigió hacia la salida; a medio camino, se dio cuenta de que aún tenía la taza de té en la mano. La posó sobre el primer velador que encontró. Les dio con sequedad las buenas tardes en el momento en que la criada acudía a abrir la puerta, y desapareció.

Nada más inexacto que ese término de tendero de ultramarinos de Siuf que Dafni utilizaba cada vez que hablaba del tío Zanasis, y esto intrigaba a Kostís. Las mentes perezosas se apresuran a catalogar a los individuos y después son reticentes para integrar los cambios que sobrevienen con los años. La madre de Kostís recordaba que, cuando era una joven alumna, había ido con su madre a visitar a su primo en una modesta tienda de ultramarinos en Victoria. Se trataba de la primera tienda que había abierto Zanasis. Dafni se acordaba de la gran palmera que se erigía en medio de la calle —si así se podía llamar al río arenoso que pasaba por delante de las casuchas — e igualmente que, a la pregunta de su madre: «Y tú, Zanasis, ¿dónde vives?», él había respondido: «Un poco más allá, por allí, tía, en Siuf». Ahí tenía su origen el sobrenombre de «tendero de ultramarinos de Siuf».

Sin embargo, entretanto Zanasis había cerrado la tienda y se había establecido en Bab Sidra, el centro comercial de la ciudad, donde se dedicaba al comercio al por mayor. Cuando se casó con Maria dejó su casa de Siuf y se fue a vivir a uno de los edificios de la calle Bab Sidra, que albergaban los sueños y la labor de los trabajadores griegos. Pero no contaba con quedarse allí

eternamente. Los negocios iban de maravilla. Le estaban construyendo una magnífica casa en Victoria, a cien metros de la gran palmera que recordaba Dafni, y estaba impaciente por ver llegar el momento en que de nuevo se mudaría a los arrabales y para trasladarse utilizaría el tren todos los días. Pero de momento seguía viviendo en Bab Sidra; cuando algunas noches Kostís dormía en su casa, al despertarse podía admirar la columna de Pompeyo y el panorama antiguo que se perfilaba sobre un fondo de carretas desmanteladas, chilabas polvorientas, mujeres campesinas llevando cestos en la cabeza, jornaleros, cocheras, almacenes, mercaderes ambulantes, una fantástica orgía de transacciones cotidianas.

Su madre le hacía creer que el universo de los griegos de Alejandría se limitaba a las estrechas fronteras del Barrio Griego, incluidos el esnobismo y la megalomanía de sus habitantes, lo cual tiempo después él no le perdonaría nunca. Desde muy joven, había observado las mansiones aristocráticas y sus particularidades arquitectónicas. Contaba las escocias en las paredes, las torrecillas abovedadas, los aguilonos de las ventanas donde se refugiaban las palomas, las escaleras labradas, los jardines verdeantes y las estatuas; analizaba a las personas que salían de ellos, vestidas de manera rebuscada, como actores, y subían a lujosas calesas; sus gestos, marcados por la molicie, le parecían de una solemnidad rígida, y sus movimientos parecían dictados por una etiqueta. Escuchaba los ruidos de sus vidas, al margen de las reuniones de la tarde y las recepciones de la noche: cuchicheos, discusiones en voz baja, zumbidos discretos y músicas siniestras de piano e instrumentos de cuerda. De vez en cuando, voces infantiles rompían esa monotonía lúgubre. Por lo demás, el ambiente iba como anillo al dedo a la atmósfera pesada de las novelas que les leía la vieja niñera de sus primeros años a él y a su hermano, pues no relataban sino amores desgraciados de señoritas marchitas. Era un ambiente asfixiante. Su madre, ansiosa, le preguntaba: «¿Qué te pasa, Kostís?». En los grandes espejos dorados del salón, se cruzaba siempre con un chiquillo ceñudo y envidiaba al feliz Majos y su ingenuidad arrogante. Su hermano pequeño, de modales delicados, soñaba con conquistar un día el mundo con la bendición de *maman*.

Kostís, en cambio, tenía otros proyectos. Había comprendido muy pronto que había otra vida que vibraba, que él buscaba inocentemente bajo las gruesas alfombras y los muebles imponentes, tras las pesadas cortinas, los tapices y los espejos, bajo las mesas, bajo las camas, en los rincones ocultos del jardín. En sus sueños, se daba cuenta de que, en el seno de su casa, que a pesar de todo él conocía bien, se encontraban otros lugares, prolongaciones inexploradas del espacio.

Su instinto no le engañaba. Era imposible. Existía otra vida y los mayores se la ocultaban. Esa vida aparecía en las miradas reprobadoras de su padre cada vez que su madre manifestaba un acceso de megalomanía. Sentía que apuntaba en las risas y bromas del personal de la casa. Era imposible que el cielo claro y el mar turbulento no estuvieran hechos más que para un mundo limitado por las calles Rosetta, Sherif Pashá, los jardines municipales y el Barrio Griego. Y así fue como inventó la «vida de la puerta de atrás». Su cerebro, en ebullición permanente, le sugería que quienes conversaban con el personal venían, por cierto, de alguna parte. El robabekas pasaba cada día con su carreta y recogía los trastos viejos que había por ahí. La zabaleya, la anciana egipcia, se presentaba casi todos los días con su nieto para recoger la basura. Cada mañana, el labane, el lechero, cabalgando sobre su vieja bicicleta tambaleante, repartía la leche de búfala en recipientes metálicos colgados en ganchos. Detrás aparecía el vendedor de hielo. Y además, ¡se desplegaban tantas actividades! Una vez al año acudía un buen hombre con habilidad para dar una



segunda juventud a los colchones, gracias a un curioso instrumento que lo dejaba impresionado y que era capaz de describir con mucha precisión. Y el que restañaba los recipientes de hierro, y el barbero, Kikinos, que iba a afeitarse a su padre. ¿De dónde salían todos aquellos seres, para desaparecer a continuación como fantasmas? Procedían de las calles y los barrios que se extendían mucho más allá de su mundo estrecho —sobre eso no había ninguna duda— y, ávido de vida, Kostís soñaba con explorar esos mundos múltiples, el universo «de la puerta de atrás».

A los doce años su curiosidad se exacerbó. Los goznes de su alma chirriaron, el instinto sexual derribó las barreras de la infancia. Palpaba la carne tierna y morena que adivinaba bajo la ropa de las criadas y que agujoneaba su imaginación. Ese comportamiento pernicioso suscitaba gestos y risas burlonas, pero también las severas reconvenciones de su madre que, sin descanso, estaba sobre aviso.

*Ça t'apprendra*, gruñó la joven niñera dirigiéndose a Majos, al mismo tiempo que le daba una bofetada; lo había sorprendido espiando por el ojo de la cerradura de su cuarto. El pequeño no dijo palabra y bajó los ojos verdes; se habría quedado paralizado de vergüenza si su hermano, testigo de la escena, no lo hubiera llevado a su habitación lanzando una mirada rencorosa a miss Gaby. Mientras tanto, en la planta baja, Dafni conversaba con Mijelís; oyó la bofetada, reconoció su sonido familiar —acostumbrada como estaba a las peleas de los chicos—, se acercó al pie de la escalera y lanzó un grito. Cuando el tío se hubo marchado, llamó al mayor y, tras haberle echado un rapapolvo como es debido con motivo de sus hazañas escolares, le tiró de la oreja poniéndole los puntos sobre las íes:

—*Tu es pénible*, Kostís. Os he repetido mil veces que exijo un comportamiento irreprochable cuando hay invitados.

El chico no rehusó; en cuanto le dieron permiso para hacerlo, volvió a subir la escalera y desapareció. Su madre oyó durante un buen rato sus sandalias martilleando el parquet sobre su cabeza, y eso le recordó que sus pies habían crecido. Pronto llevaría el mismo número de calzado que su padre. Pero, por cierto, ¿dónde estaba el pequeño? A esa hora, solía pasear por el salón y las salas de recepción admirando en los espejos su traje de gala y un bigote puntiagudo al estilo de Andonis Benakis que se había dibujado por encima del labio superior; a continuación, en el comedor, se sentaba en el sitio del anfitrión e imitaba lo que hacía al recibir a los invitados.

En lugar de Majos, se topó con la niñera. Se sobresaltó, pues miss Gaby, que había bajado sin hacer un solo ruido, igual que un gato, se encontraba en el rellano, sabe Dios desde cuándo, y no se atrevía a interrumpir la ensoñación del ama de casa.

—¿Hay algún problema? —le preguntó, visiblemente incómoda.

—*No, madam, nothing at all. I'd just like to know when my day off is.*

¡Vaya! ¡Apenas ha empezado a trabajar y ya pregunta cuál es su día libre!

—Este no es el momento, querida. *Everything in due course* —respondió cogiendo un pastelillo preparado para su primo, para evitar decir más.

La joven, decepcionada, giró sobre sus talones; Dafni se fijó entonces en el vestido oscuro con cuello severo, el moño y las sandalias de caucho.

—Miss Gaby...

—*Yes, madam.*

—Escucha, querida, creo que ya lo has comprendido; vives en una casa cosmopolita y

elegante de Alejandría y no en un convento. Me gustaría que tu vestimenta fuera de un estilo acorde con las circunstancias, un poco *d'élégance* y de gracia no harán ningún daño. Por supuesto, sin olvidar la decencia. Aquí hay hombres de todas las edades. *Is that clear?*

—*Quite clear, madam.*

Dafni la siguió con la mirada mientras subía los peldaños; satisfecha, constató que el balanceo de las caderas no era en absoluto provocador.

Kostís también lo había notado; desde su llegada, estudiaba con ojo vigilante a esa mujer que aseguraba ser inglesa pero que se expresaba en francés en cuanto se enfadaba.

Esbelta, con una piel tan clara y transparente como las porcelanas de su madre, tenía el cabello rubio como el trigo; cuando se inclinaba sobre el canapé de la biblioteca, su melena formaba una sola cosa con el tapizado claro. Dafni pensaba que era una «mujer impresionante», pero Kostís no lo entendía así; no le despertaba suficiente deseo para masturbarse pensando en ella, y eso era bastante para verla con malos ojos. Cuando se ponía las gafas de miope para las revisiones, él veía en ella a la Foca, la vigilante de la escuela Averofio, una solterona que lo había expulsado dos veces por haber olvidado de ponerse la insignia de la escuela. Sus dedos finos danzaban como duendes sobre las teclas del piano, y el ejército de notas bien disciplinadas que salían de ellos parecían carecer de alma. Se volatilizaban sin conmovir al oyente, lo que horrorizaba a Kostís; miss Gaby era una muñeca sin alma. A veces lo espantaba, especialmente cuando trataba de engatusar a su hermano para que la acompañara a los jardines de Nouzha: *Come on, Majos, let's go to the gardens*. Pero el niño no estaba de acuerdo, harto de hacer siempre lo mismo. Sin embargo, ella insistía: «*Come on along*, verás a Jean-Claude; es un buen amigo, Jean-Claude, ¿verdad, Majos?». Lo que era seguro es que la niñera tenía una mala influencia sobre su hermano. Desde que ella estaba allí, Majos había cambiado. Se encerraba en su habitación durante horas y había renunciado a correr detrás de Kostís para magrear a las sirvientas egipcias, que después los perseguían cloqueando. ¿Quién era, en realidad, esa miss Gaby misteriosa que tenía tanto dominio sobre Majos? Kostís empezaba a creer que la inglesa —si de verdad era inglesa— ocultaba un secreto; sin saber muy bien por qué, adivinaba que tenía que ver con «el mundo de la puerta de atrás».

Quienquiera que pertenezca a una diáspora es tributario de su historia, que siempre está dispuesto a contar, pero omitiendo a veces ciertos episodios. Romina, la comadrona, había llegado de Odessa inmediatamente después del motín del acorazado *Potemkin* y se había establecido en Alejandría en 1905. Contaba a quien quisiera escucharla que su padre formaba parte de la tripulación que se había rebelado y había arrojado por la borda a los oficiales. En realidad, su padre era un comerciante de halva griego casado con una rusa. Si su familia tenía algo que ver con el *Potemkin* era por su tío, el hermano de su madre, que era oficial. Supuestamente ginecóloga, tal vez seguiría ejerciendo en Ucrania si una desgraciada intervención, que había costado la vida a una joven, no la hubiera obligado a huir de su patria para escapar a un arresto y una inevitable condena.

En Egipto, se había adaptado al oficio de comadrona y forjado una excelente reputación; practicaba abortos y había ayudado a varias mujeres a liberarse del peso de un embarazo no deseado, sin tomar en consideración su condición moral o social.

Petros Zemistoklésus se la había recomendado a Juri, y Romina llegó el día y a la hora

convenidos a la casa de Mustafá Pashá, provista de un gran bolso de cuero.

—*Je cherche madame Yvette* —le dijo a Gaafar, que la recibió y se apresuró a guiarla.

Yvette descubrió a una mujer robusta, de mediana edad, con unos ojos grandes y nobles que iluminaban un ancho rostro.

—*Je cherche madame Yvette* —volvió a decir.

—*C'est moi.*

—Perdóneme, pero según lo que me había dicho Petros Zemistokléus, la imaginaba mayor.

—¿Qué dijo exactamente?

—No tiene importancia. Es usted, pues, la señora Yvette, *n'est-ce pas?*

—¿Aún tiene dudas?

—¡Santo cielo, no! ¿Y la interesada?

Una manera muy conveniente de mencionar un caso muy delicado, apreció Yvette.

—La está esperando arriba.

—Arriba, claro —repitió la comadrona, y observó la distribución complicada del lugar preguntándose cómo se llegaba al piso superior.

Dejó el bolso sobre una mesita de la entrada admirando las lámparas holandesas.

—Ante todo, necesitare dos cosas.

—Dígame.

—Desearía dar yo misma las instrucciones al personal de servicio, si usted está de acuerdo. Naturalmente, hay personal de servicio, ¿no?

—Claro que sí. —E Yvette le indicó al nubio que hiciera venir a Soher o Antoinette de la cocina.

—Es mejor que vaya yo misma a la cocina —intervino Romina.

—¿Secretos del oficio?

—En absoluto. Necesitamos agua hirviendo y toallas limpias. Es muy sencillo. No se preocupe. Su amiga está en buenas manos.

—No estoy preocupada. Si Petros le ha hablado de mí, también me ha hablado de usted. *Il m'a dit beaucoup de bien de vous.*

—*C'est gentil de sa part.*

Volvió de la cocina con una taza de té en la que echó cuatro azucarillos, y los removió despacio con la cucharilla.

—¿Va a durar mucho?

—Un cuarto de hora, poco más o menos.

—¿Solo?

—Pero ¿qué creía? No vamos a pasar todo el día.

Hablaba muy bien francés con un *accent* que tenía que ver con su origen. En cuanto había traspasado el umbral, había analizado sus más mínimos gestos y palabras. Parecía conocer bien su trabajo, practicarlo de manera confidencial y, visiblemente, no tenía tiempo que perder. Cuando consideró que el azúcar se había deshecho, se tomó el té a grandes sorbos. Sin volver la cabeza, tendió la taza vacía a Antoinette; la criada samli dio un gran salto para atraparla al vuelo.

—Y ahora, a trabajar.

Se remangó y señaló con el dedo hacia una de las dos escaleras. Yvette asintió.

El nubio cogió la bolsa de cuero y siguió a las dos mujeres. Se encontraron con Roxane.

—¿Mi hermana va a sufrir?

En su pregunta se percibía ansiedad.

—Un poco —respondió secamente.

El grupo prosiguió su ascenso; la comadrona, delante, después Yvette, Gaafar, Roxane y Antoinette, que llevaba una pila de toallas sobre su generoso pecho.

La habitación se encontraba en el ala derecha. Acostada en la gran cama con baldaquino, Danae había corrido el mosquitero, una manera de escenificar la «gravedad» de la situación, y esperaba, angustiada.

—Entonces, aquí es donde se oculta la muchacha —exclamó alegremente la comadrona, juntando las manos.

—¿Duele? —murmuró tras el mosquitero una vocecita aterrorizada.

—Nada, en absoluto —la tranquilizó Romina como si se dirigiera a un niño.

—Roxane, ven aquí conmigo —volvió a decir la vocecita.

Roxane levantó el mosquitero y se inclinó sobre su hermana, que le susurró algo al oído.

—¿Estás loca? Todo va a ir bien.

—Vamos, acabemos ya —anunció la comadrona, y dio una palmada para poner orden. Descorrió el mosquitero immaculado y exclamó:

—*Quelle belle fille!*

Al mismo tiempo les indicaba al nubio y a Yvette con un gesto que se situaran a la derecha y a la izquierda de Danae.

Antoinette entró con una bandeja de vasos limpios. Soher y ella misma parecían estar familiarizadas con la situación.

—En mi país, en ocasiones como esta, nos divertimos; entonces bebamos —declaró la comadrona dirigiendo un guiño malicioso a la concurrencia.

De este modo preparaba a Danae para tomarse un vaso de excelente vodka que llevaba en el bolso. Se sirvió un gran trago, lo cual no pasó desapercibido a Yvette; luego se lavó detenidamente las manos, antes de extender los instrumentos en una toalla blanca desdoblada sobre la cómoda.

Soher apareció con el agua hirviendo en la *tisti*, la jofaina. Todo fue muy deprisa, a partir del momento en que la comadrona, astuta, cogió las bujías Hager, los famosos pequeños hierros de diámetro creciente para conseguir la dilatación de la matriz. Quince minutos que a Danae, que se retorció de dolor, le parecieron una eternidad. A Gaafar, un mocetón fuerte, le costaba inmovilizarla. Roxane no aguantó más y salió de la habitación llorando. Romina avanzaba muy despacio, por temor a perforar el útero de la muchacha y provocar una hemorragia incontrolable. Cuando al fin obtuvo la dilatación deseada, sopló con alivio y pasó la mano sobre las tres legras. Cogió la del medio, un instrumento con la punta cortada en forma de rombo para retirar el feto de manera casi indolora. Después limpió la sangre con toallas húmedas. Media hora más tarde, estaba lista para abandonar el lugar.

—Pero ¿adónde va usted? ¿Y si hay una complicación? —preguntó Roxane, aterrorizada.

—No le pasará nada, créeme.

La comadrona contó con destreza los billetes que le tendió Yvette.

—Un mes de abstinencia y todo irá bien. *Bonjour à tous!*

Saludó y sonrió al sol alejandrino, que irrumpió por la gran puerta de entrada.

«No, no al jardín de Nouzha, Gaby... Allí está Jean-Claude, no al jardín de Nouzha», gritaba Majos en sueños, y la niñera acudía de inmediato para calmarlo. Desde la habitación contigua, Kostís oía el tamborileo ligero de sus pies descalzos sobre el parquet del vestíbulo y la imaginaba en su camisón blanco, elfa en la oscuridad. Se volvía a dormir casi enseguida, pero estaba seguro de que ella se tendía a menudo cerca del pequeño, pues al despertarse percibía el olor de su perfume en su hermano. Curiosamente, Gaby no le mencionaba nada de eso a su madre. Él se hacía preguntas sobre la abnegación de la joven. Parecía decidida a calmar sola las pesadillas de Majos, y sobre todo a ocultar que tenían que ver con los jardines de Nouzha. Cada vez reaccionaba como el rayo. Al primer grito se encontraba al lado del niño, como si se quedara despierta toda la noche, o estuviera al acecho detrás de la puerta para ahogar el «No, no al jardín de Nouzha...». Al día siguiente se comprobaban las consecuencias de su noche en blanco. Tenía los ojos enrojecidos y bostezaba sin parar. A veces, cuando los estaba preparando para el colegio, se quedaba dormida en la silla y los dos hermanos se reían por lo bajo burlándose de ella.

Por las tardes la situación se complicaba, ya que se suponía que ella tenía que ayudarles a progresar en lenguas extranjeras y supervisar los ejercicios de piano. A veces, incluso a Kostís le daba pena la joven. Pero eso no le impedía jugar con su cansancio, en las clases de piano sobre todo: su dedo se deslizaba intencionadamente y rompía la perfección de la escala menor en el momento en que miss Gaby dormitaba en la silla. Era divertido verla, como si fuera un cíclope, abrir un ojo y repetir: *This is not right, Kostís, one more time.*

Ponía furiosamente en marcha el metrónomo y volvía a cerrar los ojos hasta el error siguiente. Andonis la sorprendía a veces en ese estado y la emprendía con Dafni: «¿Por qué estamos cargando con una holgazana?».

Su esposa, en cambio, encontraba a la joven cada vez más simpática; consideraba señales de desvelo las ojeras que Gaby intentaba disimular multiplicando las capas de polvos. Los paseos frecuentes a los jardines de Nouzha no podían ser más que beneficiosos para Majos, cuya salud era frágil, y ella apoyaba a la niñera obligándolo a ir cuando se mostraba reticente. Pero miss Gaby sabía cómo hacerlo. Juntos elegían ropa bonita, le mojaba los cabellos y los separaba con una raya impecable trazada a la derecha. Muy coqueto, el chico sucumbía bajo el hechizo. A continuación, recorría la casa, se detenía delante de todos los espejos y le llovían cumplidos. Gaby vestía siempre de manera muy estricta. Sus vestidos de volantes se enredaban en sus escaarpines cuando subía al coche de tiro y llevaba un sombrero bastante ridículo para su edad. Majos se sentaba a su lado y manifestaba poco entusiasmo en el momento en que su madre agitaba la mano y el cochero daba un latigazo al caballo para que echara a trotar.

Kostís no lo aprobaba, pero cada vez que intentaba sacar información obtenía la misma respuesta:

—No te diré nada. Miss Gaby dice que soy lo bastante mayor para tener secretos.

En todo caso, había comprendido por medias palabras que acudían a los jardines de Nouzha principalmente para encontrarse con el misterioso Jean-Claude y una dama de cierta edad que lo acompañaba. Según su declaración, ese tal Jean-Claude debía de tener poco más o menos su edad y más parecía una chica que un chico.

El invierno no dura demasiado en Alejandría; tal vez no llega nunca de verdad al centro de la

ciudad. Las altas olas que lamen las paredes de las primeras casas a orillas del mar y las lluvias frecuentes no bastan para dar a los alejandrinos la sensación de un invierno riguroso. Durante todos aquellos años, Járamis no guardaba un único recuerdo de nieve espesa y pesada en los sicomoros de Mamudieh; sus conciudadanos consideraban los copos blancos un capricho divino, un error de la naturaleza que ya se sospechaba que no volverían a aparecer tan pronto.

Sea como fuere, el invierno de 1914-1915 pasó como una nube por el cielo de Alejandría. Pronto llegó la Navidad, con los abetos, los nacimientos y sus figuras, los regalos, las recepciones, las filas delante de los almacenes y las iglesias cristianas. Por las tardes, Elias y Arapidis tomaban una copa en la terraza del club Mohamed Ali, conversaban con banqueros y comerciantes de algodón y admiraban a las mujeres elegantes que iban de compras a las boutiques de Sherif Pashá. En el club, el Libanés jugaba y perdía mucho, mientras Yvette echaba pestes viendo los beneficios del burdel desaparecer como el humo. La sombra de la guerra en Europa no empañaba el ambiente de fiesta que reinaba en las calles. En los cafés de los barrios populares de Attarine y de la calle de Anastassi, los griegos jugaban a las cartas y se emborrachaban en las tascas. En las residencias acomodadas del Barrio Griego las recepciones estaban en pleno apogeo. No era raro que recibieran dos o tres invitaciones al día, lo que les permitía elegir la velada. Andonis celebró los Reyes en su casa el día de Año Nuevo —Kostís obtuvo la moneda de oro— y en la fábrica tres días más tarde. A mediados de enero hizo lo mismo con el personal de la sucursal de El Cairo; en esa ocasión, rompió la monotonía de sus amores clandestinos en Sultán Hussein y pasó una noche entera en una suite de lujo del Shepheard, en los brazos de Yvette. A principios de febrero, entregó la primera parte del pedido de cigarrillos al ejército británico y puso en marcha la construcción de una nueva ala en su fábrica. Había obtenido un préstamo bancario muy decente del banco Land, gracias a su director, Kiriakos Asprakis, hermano de la mujer de Zanasís. Las dos familias habían vuelto a establecer relaciones y Kostís había reemprendido tímidamente sus visitas a Bab Sidra. Los acontecimientos mundiales no hacían mella en Alejandría. La rigurosa censura impuesta por los británicos detenía como un dique las noticias de los frentes de guerra. Los que sabían exactamente lo que estaba pasando en el mundo exterior —entre ellos Elias— eran muy pocos. El ataque de Yamal Pashá contra los británicos en el canal de Suez llegó a la ciudad como un eco lejano.

Sin embargo, en las fiestas de carnaval no hubo desfile de carrozas. Fue triste para Majos, a quien le volvían loco, al igual que las pequeñas peladillas de yeso envueltas en papel de colores, las *carnandoli*. La artillería pesada de los que participaban en la «batalla del carnaval» se redujo a simples habichuelas. Los célebres bailes de Esquilo y de Alhambra no se llevaron a cabo. A modo de premio de consolación, los niños se conformaron con los numerosos bailes de disfraces que dieron las familias.

En la primavera de 1915, la visita inminente de Veniselos a Egipto era el centro de todas las conversaciones. Un domingo de marzo, en el club náutico helénico, Andonis se encontró inmerso en un bosque de sombreros masculinos y femeninos, sobre un fondo de barcos de vela. Por así decirlo, había olvidado que la gente acudía al lugar en gran número durante las mañanas dominicales soleadas para intercambiar ideas. El ambiente alegre, el clima de despreocupación, ¿quién podría sospechar que se estaba desarrollando una guerra en alguna parte del mundo? En cuanto entró, lo acaparó una mujer de mundo, la señora Tsalapetinú, que había adaptado a la perfección las plumas del sombrero a su nariz aguileña.

—¡Señor Járamis, qué sorpresa! Nos tenía abandonados por completo.

Pasó el relevo a Dafni para ir al encuentro de un grupo de amigos —hombres de negocios— en el otro extremo de la terraza, pero se topó con un hombre de lentes redondos sobre un rostro curioso y con la cabeza descubierta. Iba a pedirle disculpas pero le tomaron la delantera.

—Señor Járamis, lo siento, *c'est ma faute*, tenía que haberme fijado.

—¿Nos conocemos?

—Claro que sí, me llamo Andreas Markidis. Le he visto con frecuencia en las oficinas de la comunidad.

—¿De verdad? Lo siento muchísimo, pero no puedo decir lo mismo, señor Markidis.

—*Ce n'est pas grave*, señor Járamis, no tiene importancia. Su actividad le da la oportunidad de que le conozcan personas que usted no conoce.

—No lo crea. No siempre es así.

—*À propos*, ha tardado en volver al club, pero ha elegido el día adecuado para hacerlo.

—¡Ah! ¿Y por qué?

—Pues bien, hoy casi todos los miembros del consejo de la comunidad están presentes. Esperamos al presidente de un momento a otro. Se han previsto unas instrucciones informales con ocasión de la visita de Veniselos. Creí que estaba usted al corriente.

—Le aseguro que no sabía nada.

—Sin embargo es usted partidario de Veniselos, señor Járamis, ¿no es así? —se atrevió a decir Markidis.

—Nunca lo he ocultado —replicó, molesto por la indiscreción del joven. Y en un aparte—: Pronto dejaremos de ser griegos. Una mitad se llamará «los veniselistas» y la otra «los monárquicos».

Su interlocutor enrojeció de pies a cabeza pero, a pesar de todo, lo retuvo por el brazo. Insistía, le suplicaba:

—Señor Járamis, tiene que ayudarnos para la visita del etnarca. Los cairotas tratarán de eclipsar a todo el mundo. Los comerciantes de algodón no tienen nada que temer, pero la competencia es dura en la industria del tabaco. Tienen a Tsanaklís de su lado. *Il faut nous aider*, señor Járamis. ¿Por qué se ha alejado de la comunidad últimamente?

—Es cierto. Trabajo. Negocios. Muchísimos asuntos, *très occupé*, como dicen los franceses —replicó Andonis esbozando una sonrisa incómoda.

—¿Tan *occupé* que no ha tenido ni un momento para pasar por el club helénico? El presidente se queja, sabe usted, cree que tiene algo contra él.

—Mikés no tiene que tomárselo como algo personal. Él sabe a ciencia cierta que lo tengo en gran estima. No obstante, en los últimos tiempos estoy literalmente desbordado.

—Usted es griego en un país extranjero. Necesita a sus compatriotas. Todos nos necesitamos unos a otros, señor Járamis.

—Nunca he dicho lo contrario, pero actualmente tengo otras prioridades.

—No insistiré, señor Járamis. Sabemos que usted lo comprenderá, es muy inteligente. Considere mi interés como una señal de amistad.

—Eso es exactamente lo que estoy haciendo, amigo mío. Que tenga un buen día.

Andonis se tocó el ala del sombrero. Le habría gustado preguntarle a Markidis: ¿Qué quiere decir «sabemos»? ¿Quiénes son exactamente los que saben? Lo buscó en vano. No volvió a

encontrarlo entre la concurrencia.

Entretanto lo esperaba otra prueba. Una prima de Dafni, de soltera Sengos, dos años mayor que ella, lo tomó del brazo y lo llevó hasta el final de la terraza, exclamando:

—Ven a animar a tu hijo en los ocho metros.

En ese momento en que acababa de deshacerse de un inoportuno, Járamis comprendió que la prima deseaba ante todo que admirara el barco, y que Kostís era la excusa.

—Lo ves, ¿verdad? ¿Lo ves? Míralo allí, detrás de la caña del timón. —Con una mano apuntaba en la dirección y con la otra le apretaba el brazo—. Será un buen navegador de vela, este querido muchacho.

La prima se puso a gritar: «¡Kostís! ¡Kostís!». Él se dignó escucharlos y se levantó para saludar.

—Está de pie. Espero que la masa no le caiga sobre la cabeza.

Andonis parecía preocupado.

—Tranquilízate. La verdad es que tu muchacho tiene prisa. Si ya desde ahora quiere llevar el timón y jugar con la cuerda de la vela mayor, ¿qué querrá hacer cuando tenga más edad?

La observación le pareció muy exacta, curiosamente. Los hijos crecen deprisa y reivindican su espacio. A veces los consideraba peligrosos competidores y luchaba por ocultar sus sentimientos detrás del amor, en principio desinteresado, de un padre.

El velero de ocho metros de la familia Sengos se acercaba al fondeadero; Kostís se mantenía orgulloso y recto en su traje de marino, posando para las fotografías bajo la vela mayor. En ese momento se unió a ellos Dafni.

En la calle, Yvette no acostumbraba a reaccionar a las llamadas, como tampoco a los piropos, pero la voz que le llegó esa tarde de la terraza del club Mohamed Ali le pareció tan familiar que no dudó en levantar la cabeza. Salía de Baudrot, cargada con una caja de dulces, y estaba pensando en el camino más corto para llegar a casa de Marianzi. Por una feliz coincidencia, era precisamente Panayotis Arapidis quien la llamaba. Había reconocido su voz, pero, al verlo, se dio cuenta de que no tenía nada en común con aquel bisoño que había conocido en Constantinopla. Recordó con una pizca de nostalgia su mirada espantada aquel día en que la calesa había estado a punto de atropellarla en la Grand Rue de Pera. Los mismos ojos, agrandados por la inocencia, parecían hoy asombrosamente pequeños. Tal ver era por el sol poniente... Asimismo sus movimientos habían perdido la cándida torpeza. La señal que le dirigía desde lo alto del balcón era impecable, digna de un *gentleman* miembro del club más cosmopolita de la ciudad.

—Voy de visita *chez vous*, y me preguntaba cuál era el camino más corto.

—Por ahí, creo.

Y le señaló la dirección con el dedo.

—¿Cómo estás?

—No me quejo.

Y se detuvo en esto, pues Arapidis estaba rodeado de un grupo de hombres cuyos comentarios ya se estaban animando.

Entre ellos, Yvette vio a Samuel Agiman, un judío amigo de Elías a quien él llamaba familiarmente Sami. El riquísimo marchante de arte —según los rumores, el hombre más rico de Alejandría— fumaba con elegancia un puro y esbozó una sonrisa en su honor, bajo sus pequeños



lentes redondos. Sus ojos no podían apartarse del escote de su vestido color champán que se prolongaba hacia abajo. La mirada glacial de Yvette, mujer de mundo, mantuvo la distancia entre ellos. El gran judío se inclinó hacia Arapidis.

—¿Quién es esa mujer, Panayotis?

Arapidis, que intentaba desde hacía tiempo atraer su atención, atrapó la ocasión al vuelo.

—Yvette Santon, una amiga de mi mujer.

No había perdido el arte del disimulo. Había ocultado lo principal.

—¿La he visto ya en alguna parte? —le preguntó Agiman, como si Arapidis tuviera la obligación de acordarse por él.

—Es posible. Forma parte de las mujeres que se ven mucho en Alejandría, yo diría *une femme du monde*.

—Bien —dejó caer, y se detuvo ahí.

Panayotis siguió sonriendo y se sintió estúpido por haber respondido tan prontamente a la arrogante curiosidad de su interlocutor. Samuel Agiman era así. Despreciaba profundamente a quienes, como Arapidis, se le acercaban, llenos de segundas intenciones, y no dudaba en mostrarlo. El único a quien tenía en alta estima era a Elías Juri; sin duda el Libanés había comprendido su carácter y no le concedía nunca más importancia que la que podía tolerar su egoísmo. Lo cual no le impedía expresar una viva admiración por él en su ausencia.

Para Elías, Sami poseía el genio del coleccionista; pasaba con igual facilidad del arte budista chino al arte islámico español, y del arte del antiguo reino egipcio al rococó francés; podía recitar himnos homéricos del mismo modo que pasajes de la Biblia. En los últimos años se había vuelto muy influyente en los círculos de la *haute société*. Muchos alejandrinos, no necesariamente interesados por el arte, lo consideraban una bolsa móvil de valores artísticos en la cual tenían ardientes deseos de invertir. El conocedor de arte, que percibía ese interés, se reía de todo el mundo; a veces caminaba acentuando ligeramente la forma abovedada de su espalda para intensificar su extraño perfil, que recordaba una media luna. Las malas lenguas decían que era el cerebro de una red internacional de tráfico de antigüedades, lo que podría explicar su fulminante éxito financiero.

Él permanecía indiferente a los cotilleos, reservando su atención para cosas más sencillas, por ejemplo, «ser sustituto en el póquer de Juri» —¡el colmo del honor!—. Y, si bien era fácil suponer lo que justificaba unas relaciones muy amistosas con el policía Farid, el *bishbashi* Farid, y por qué coqueteaba con Petros Zemistokléus (si no, ¿cómo podría satisfacer su legendaria pasión por las mujeres?), su adhesión sincera al Libanés continuaba siendo inexplicable. Sami había declarado un día: «Elías es un objeto de arte viviente. Un marchante de arte difícilmente puede pasar sin verlo». Pero esta frase ingeniosa no explicaba el hecho de que un hombre que hablaba ocho idiomas, que había viajado por todo el mundo y que, por añadidura, cenaba con el sultán, el alto comisionado y los hombres más ricos de Egipto, se pusiera a dar saltitos de alegría cuando le anunciaron que pronto ocuparía el sitio de Massimo, el sombrerero, y se convertiría en miembro de pleno derecho del grupo de jugadores.

Su casa en Ruchdí, cerca de la mansión de verano del alto comisionado, parecía un palacio imperial, e Yvette no dejaba de admirarla cada vez que el tren pasaba cerca de ella. La planta baja recordaba a la *maison carrée* de Nimes, a diferencia del primer piso, que lucía torretas y almenas multicolores terminadas en inesperadas cúpulas cuyo interior, como decían, era una copia fiel de

la del *mihrab* de la gran mezquita de Córdoba. Esta planta no estaba abierta a los visitantes y, según un rumor, si la policía hubiera llegado hasta allí, habría descubierto algunas de las obras de arte que Agiman guardaba de modo ilegal y a las que dio salida a precio de oro hacia museos y coleccionistas de todo el mundo hasta la Segunda Guerra Mundial, con lo que continuó aumentando su fortuna.

Entre los policías egipcios, solo el *bishbashi* Farid cruzaba una vez por semana el umbral de la imponente puerta de entrada con frontón en forma de ojiva, infaliblemente fiel al *jour fixe*, el miércoles. Yvette sabía que el piso de Heliópolis, en El Cairo, en el que había pasado una noche con Járamis, pertenecía al muy distinguido aficionado al arte, y reconocía su gusto en la decoración del piso de Juri.

Por su parte, en cierto modo, Sami la conocía, en la medida en que había sido uno de los primeros en atravesar el umbral de la casa de Mustafá Pashá. Su cosmopolitismo exacerbado no soportaba ya las noches en la calle de las Sept Filles ni los cabarets de mala fama, ni los burdeles ocultos en el barrio de Attarine. Estaba harto de las circasianas, sirias, libanesas, etíopes, francesas, italianas..., de Didi, Doudou, Sissi, Lola... Su refinamiento de artista buscaba ingredientes más raros. Trataba de encontrar el apogeo del amor venal.

Una vez más, acudió a Petros Zemistokléus, el «proveedor del deleite». No lo decepcionó.

La información según la cual la casa de Mustafá Pashá estaba secretamente regentada por una dama de la *haute société* —y constituía un verdadero museo de la prostitución— inflamó su imaginación hastiada. Desde las primeras visitas, saboreó la piel de Roxane, tan acidulada como un melocotón verde, sin descuidar la dulzura de la piel de Danae, tan mullida como la manteca campesina. La decoración aristocrática no tenía nada que envidiar a la de las grandes mansiones de la burguesía de Alejandría y colmaba su exigencia estética, a diferencia de los burdeles y cabarets de la ciudad. A menudo experimentaba la sensación de encontrarse en un pasadizo secreto que lo conducía instantáneamente de las veladas alejandrinas a los brazos de las muchachas de Mustafá Pashá; así se vengaba de la intransigencia de ciertas damas de la buena sociedad que se negaban a ceder a sus requerimientos. Estaba convencido de que solo una de esas grandes damas de sensualidad refrenada era capaz de imaginar algo parecido. En su honor creó el mito de la *unseen lady*, y estaba dispuesto a darlo todo por desenmascararla y poseerla. A pesar de la amplitud de su imaginación, estaba a cien leguas de pensar que la encargada de Mustafá Pashá y la joven cuya voluptuosa silueta había divisado contoneándose bajo el balcón del club eran una misma y única persona.

Para Kostís, Camp César era simplemente un punto en el trayecto de tranvía entre Ibrahimia y Chatby; un error histórico, según su madre, «ya que César nunca había levantado su campamento en ese lugar». Si bien todo el barrio para él formaba parte del «mundo de la puerta de atrás», que contaba con explorar cuando llegara el momento, el edificio tenebroso de la calle Elefsina, en la que aterrizó una tarde en compañía de Nikitas, era indiscutiblemente el lugar ideal para vivir las peores pesadillas.

Frente a él se encontraba el bauab Omar, un egipcio moreno, muy astuto; barajaba un juego de cartas muy sucias, mirándolo fijamente con sus ojos de brasa. Detrás de él se desplegaba la perspectiva de una escalera estrecha que se hundía en los abismos de una bodega que llevaba a Dios sabe dónde.

Nikitas le dio un codazo.

—Vamos, primo. ¿A qué esperas? No vamos a pasar la noche aquí. Omar y yo estaremos en el café de enfrente. Te esperamos. Tienes todo el tiempo. Dale los plátanos al bauab y... con Aziza, sigilosamente. Omar protesta.

Intercambió una sonrisa cómplice con el egipcio de tez curtida.

Por un instante Kostís tuvo miedo, pero su orgullo le impidió desinflarse. Ablandó a Omar ofreciéndole los plátanos que acababan de comprar en el mercado de Shedia y bajó por una escalera.

Aziza estaba al acecho. Su carne blanca resplandecía en la penumbra. La había imaginado parecida a las pequeñas sirvientas egipcias, redonda y pulposa; ningún punto de comparación: era esbelta, una sílfide. Se roció los senos con perfume de limón y se lo hizo aspirar. Él los tocó, pero la carne firme e inmóvil lo sorprendió y retiró la mano precipitadamente. Ella rió y le acarició el cabello, luego lo atrajo hacia la puerta abierta. El balanceo de su silueta medio desnuda suscitó un deseo impetuoso. En cuanto pasó la puerta un ligero empujón lo envió sobre el colchón duro, en medio de unas sábanas ásperas y almidonadas que olían a limpio. Tenía la impresión de ser un actor que alguien arroja a escena para interpretar un papel que no ha tenido tiempo de aprender. ¡Pánico! ¿Qué hacer? ¿Rechazar esa carne cálida que se ofrecía, salir de la habitación y subir las escaleras de cuatro en cuatro? Prefirió esperar. Su ropa formaba un montoncito sobre el suelo. En cueros vivos, tenía que realizar lo que esperaban de él. La misma mano que lo había conducido le acariciaba el sexo. Y todo se encadenó sin que él se diera cuenta. Tiró del fino tirante de la chambre de Aziza y su falo erecto encontró la vagina húmeda, profunda, confortable: un mar. El viaje del amor por los sótanos de Camp César y los suspiros de Aziza, sinceros o simulados, consumieron el deseo de Kostís hasta su último espasmo. Una deliciosa quemazón en la frente, un sabor de menta en la boca y un grito, que escapó como un chirrido de freno de su cuerpo adolescente, significaron el final. Se hizo el silencio. Su corazón galopaba y Aziza jugaba con sus cabellos.

Más tarde, en el tren de vuelta, Camp César, la casa de la calle Elefsina y la mujer del bauab le parecían irreales.

—Entonces, primo, ¿Aziza te ha gustado? —inquirió Nikitas.

Kostís hubiera querido preguntar: «¿Cuándo volvemos?», pero, vergonzoso, no contestó. Se preocupó por saber si el dinero había sido suficiente.

—Nos han devuelto cambio —respondió Nikitas riendo. Estaba imaginando lo que haría con las monedas que tintineaban en su mano en cuanto bajaran del tranvía—. Bajaremos en Ramleh. Probarás la *assaleia* y te chuparás los dedos. Se parecen a nuestros *pasteli*. —Y se lanzó a una descripción—: En una carreta hay un caldero en el que hierve una mezcla a base de *assal*, la miel. La cuelgan en un clavo, la estiran para adelgazarla y luego la cortan en pedazos. ¿No te apetece una golosina? Pues entonces podemos comer un *sudani*, un cacahuete, o comprar boniatos al vendedor ambulante.

El tranvía llegó a la estación y Nikitas aún seguía jugando con las monedas. Tenía dos años más que su primo, pero parecía haber ganado una segunda vida en las calles del centro de la ciudad.

—Si quieres recuperar fuerzas, harás bien en tomar un zumo de mango o de plátano, o incluso de fresa —le aconsejó a Kostís, quien le aseguró que no lo necesitaba.

—Entonces, camarada, te reservo algo *très bon*. —El entusiasmo hizo brillar sus ojos azul verdoso de hijo del Mediterráneo—. ¡*Arguissus!* Una bebida ligeramente amarga para tíos de verdad que saben qué hacer con las mujeres de los bauab. Si vieras cómo brota del caldero rutilante... ¡Un auténtico ritual!

—¿Qué acabas de decir, primo? —chilló Kostís.

—¿Que qué he dicho?

—¿Quieres decir que Aziza es la mujer de Omar?

—Y si así fuera, ¿qué importa?

—¿No se te ha ocurrido que el bauab podía ponerse furioso, bajar y degollarme con su alfanje?

—Calma, calma. ¿De verdad tienes miedo de ese árabe imbécil?

—Podrías habérmelo dicho —insistió Kostís, muy enfadado.

—Si te lo hubiera dicho, no te habrías acercado a Camp César, ni siquiera en el tranvía. ¿Y sabes por qué? Porque no eres más que un rajado.

—¡Yo no soy un rajado!

—¡Lo eres! ¿Por qué los otros chicos que follan con Aziza nunca tienen problemas?

—No soy un rajado. Pero no olvidaré la faena de hoy, *cousin*. *C'est promis!*

—Prometido o no, te ayudo a hacerte un hombre y tú me haces cargar con todo lo que está mal. Olvida lo que te he dicho del *arguissus*. Un arroz con leche o una *arissa*, un pastelillo con nata, y ya tienes de sobras.

—No me saques de mis casillas, Nikitas. ¿Buscas pelea?

—Espacio, fierecilla del barrio, acabamos de volver a encontrarnos. ¿Ya quieres que empecemos a picarnos otra vez?

Es verdad que había echado de menos a Nikitas durante el invierno. Y la casa de Bab Sidra, la tía Maria, sus platos de Simi, la marmita calentándose sobre el fuego. Y la cometa, la *tayara*, que hacían volar desde las terrazas de las casas, y también las «ladronas», las palomas amaestradas de Nikitas que enviaban a buscar los pichones de las casas vecinas. Pero sobre todo sentía nostalgia de los paseos en bicicleta y en tranvía. El *cousin* tenía razón. No debía echarle toda la culpa.

—¿Kostís? —dijo Nikitas fingiendo terror.

—Sí.

—Omar está allí; corre, te persigue con el alfanje.

—Ahora sí que te pones insoportable —gruñó Kostís, y se lanzó a perseguirlo.

Pero era imposible atraparlo. ¿Cómo echarle la mano encima al «demonio rubio»? Galopaban al unísono, como caballos desbocados. Atropellaban a la gente elegante, que murmuraba, ofendida: «¡Sucios granujas!». Sin darse cuenta, llegaron a un barrio de mala fama. Atravesaron la calle de Rosetta y la carrera prosiguió por callejuelas donde la cultura europea era desconocida. Había incontables chilabas y tarbushes. Porteadores, carretas y mulas se mezclaban en una masa compacta.

—¡Detente ya! —gritó Kostís sin aliento.

—No pienso detenerme hasta estar lejos de aquí —repuso Nikitas.

Obedeció. Tuvo miedo de perderlo en las estrechas callejuelas y sintió un escalofrío ante la idea de lo que podría sucederle entonces...

Desembocaron en la calle Attarine. Kostís comprendió por qué su madre pronunciaba ese nombre con espanto.

Un diluvio de hombres, de bestias y de mercancías amenazaba con aplastarlos al pasar. La mezquita dominaba, imponente, amenazadora, coronada por su minarete, obra maestra del arte árabe. Desde allá arriba, Alá bendecía a la multitud. Nikitas señaló una *arabia*, un coche de caballos que circulaba vacío. Dos pequeños árabes se habían enganchado en la parte de atrás sin hacer ruido. Unos transeúntes alertaron al cochero, que no se había dado cuenta de nada.

—*Kurbag uara yaosta*, dales con el látigo detrás, patrón —gritaron.

—Mira lo que va a pasar ahora —le avisó, y se puso a gritar a su vez.

El cochero se volvió y golpeó con el látigo, que dibujó un surco en la frente de uno de los pequeños. La sangre brotó. Asustados, los chiquillos saltaron de la arabia y el cochero continuó su camino como si nada, silbando un estribillo animado.

—¡Uf! Tendría que haber estado yo en el lugar del chiquillo. Habría tirado del látigo y echado abajo al hombre —declaró Nikitas lleno de desprecio.

A la vista de la vena azul que se hinchaba en su cuello, se diría que para él era de verdad un asunto personal. Miró hacia el sol y añadió:

—Es casi mediodía. ¿Y si volviéramos a Bab Sidra? ¿Qué dices, *mon cousin*?

Kostís estaba de acuerdo, literalmente agotado de haber corrido tanto; además, tenía sed y hambre. Ya era hora de volver a casa del tío Zanasis. Pero una visión en la acera opuesta hizo que cambiara de parecer.

—¡Miss Gaby! —tartamudeó.

—¿Quién?

—Miss Gaby, nuestra niñera. De punta en blanco. Capelina, velo...

—¿Qué hace aquí, sobre todo vestida así?

—¡Y yo qué sé!

—Hay que seguirla.

Y sin dejar que Kostís reflexionara ni un segundo, Nikitas se lanzó en su persecución.

Parecía que un instinto la hubiera alertado. Gaby apretó el paso y los obligó a correr.

¡Otra vez a la carrera!, pensó Kostís, en el momento en que ella giraba en Abn el-Menahem.

Al llegar a la esquina se detuvieron; estaban peligrosamente cerca, se arriesgaban a que los viera.

—¿Qué diablos! ¿Mandáis a vuestra niñera a buscar el carbón? —murmuró el primo.

—¿Por qué dices eso?

—Es la calle de los carboneros. Mira.

En efecto, el lugar y los hombres estaban cubiertos de hollín. En medio de la calzada, negros cargados con sacos se derrumbaban bajo su peso. Miss Gaby, vestida de blanco, destacaba, igual que una figura dibujada con tiza sobre un cuadro. Durante un instante, dejaron de verla y creyeron que la habían perdido; había entrado en un edificio color ceniza. Nikitas no vaciló y le pisó los talones; cuando cayó sobre un hosco bauab que manejaba un pesado rosario, se acordó de las monedas que tintineaban en su bolsillo. Ellas consiguieron el silencio del moreno. Después de intercambiar unas cuantas frases en árabe, se volvió hacia Kostís.

—Vámonos, primo. Ya sabemos lo que hay que saber.

—¿Qué te ha dicho el bauab?

—Tu niñera viene aquí a menudo a ver a una señora y a su hijo.

—¿Nada más?

—Nada más. ¿Qué más quieres?

—¿No te ha dicho quién es la señora, cómo se llama, en qué trabaja?

—Para saber eso tendríamos que haber tenido los bolsillos más llenos. —Y se sacó el forro de los bolsillos vacíos—. En Egipto, cada secreto tiene su precio, *cousin*, ¿aún no lo has comprendido?

Kostís dejó la calle Abn el-Menahem muy contrariado. Habría dado todo el oro del mundo a cambio del secreto de miss Gaby.

—Si viene aquí, debe de ser algo turbio.

—Seguramente tienes razón.

«No hay trabajo agradable, pero hay lugares agradables para trabajar.» A Járamis le gustaba repetir esta frase.

Para aplicar ese principio, convirtió su nueva fábrica de Moharram Bey en una joya sobre el canal de Mahmudieh, cerca de los viejos depósitos y campamentos de barracas.

Repartió en dos plantas el inmenso espacio de trabajo y puso especial cuidado en la fachada que daba al canal, exigiendo al arquitecto un respeto total por las reglas del neoclasicismo. Grandes ventanas alineadas dejaban entrar la luz a raudales. La magia de la distancia transformaba los cruceros de las vidrieras en obras maestras de arte árabe; el balcón labrado de su despacho desde el que contemplaba las falúas bogando por el canal fue la única fantasía que concedió. Los ángulos de los edificios, sobrealzados, formaban torres imponentes coronadas por las iniciales A. J. La entrada principal, situada en un lado del edificio, estaba protegida por una pequeña galería sin columnas que resguardaba el portal de doble hoja de miradas indiscretas. En la parte de atrás ya habían empezado las obras de ampliación —la construcción de un ala nueva—; una vez terminado, el conjunto debía formar una gigantesca T. Serviría para albergar las máquinas de producción automatizada.

Esbeltas palmeras y algarrobos gigantes de más de diez metros de altura circundaban toda la construcción. El terreno estaba rodeado por rejas con escudos que recordaban los de Versalles, y llegaban a una puerta doble con claraboya. La mañana del 16 de abril, Járamis descubrió, encima de la puerta, en el lugar destinado a un escudo, la corona real subrayada por la inscripción:

PROVEEDOR OFICIAL DE SU MAJESTAD EL REY DE GRECIA.

Venise los tenía que llegar de un día para otro. Los ánimos se acaloraban. La víspera, grupos de monárquicos habían cometido actos de vandalismo en varios cafés donde solían reunirse sus partidarios y que habían engalanado para desear la bienvenida al ex ministro. El etnarca había alborotado a la comunidad, pero la ira de los oponentes estaba lejos de apaciguarse. Estallaban enfrentamientos por todos los rincones, incluidas las calles de Attarine y de Ibrahimia y en la Antigua Aduana. La diáspora estaba en ebullición. El virus de la discordia alcanzaba Egipto y los griegos parecían haber perdido la razón, atrapados en el torbellino de las pasiones políticas.

A pesar de ese clima de intolerancia, Andonis no comprendía las motivaciones de quienes

habían izado el emblema real sobre la puerta de su fábrica. Él no negaba haber sido el proveedor del rey Jorge, antes de que fuera asesinado; pero desde el momento en que la sucesión pasó a Constantino, la calidad de sus cigarrillos estaba en consonancia con sus sentimientos por Veniselos.

Perros monárquicos —pensó—, si creéis que aquí estáis en vuestra casa, os equivocáis. Entró con paso decidido. Cada vez que entraba en el espacio de recepción de la fábrica, en el que no había entresuelo, alzaba los ojos por encima de los algarrobos gigantes y recuperaba su vértigo familiar. Has llegado muy lejos, Andonis —pensó esa mañana—. No dejes que nadie te derribe. Se dirigió hacia la gran escalera de mármol. Sus empleados se inclinaban, ofreciendo el cráneo descubierto a su jefe. Subió los peldaños tan deprisa que el eco de sus pasos se confundió con los pasos mismos. Frente a la puerta oval de su despacho se volvió bruscamente.

—¡Papafigos!

Golpeó la puerta tras de sí. No esperó mucho tiempo. Anastasios Papafigos, el obeso jefe de personal, alias Cohecito, se presentó volando. Cada vez que entraba, parecía cubrir los quince metros que lo separaban del escritorio de Járamis rodando, en vez de andando. Andonis nunca había visto unas mejillas temblar tanto de terror, y le costaba contener la risa. El pobre Papafigos ni se daba cuenta, impresionado por su mirada severa.

—Papafigos, encuéntrame a los cabezotas que han colgado la corona real sobre el portal y mándalos a casa. *Tout de suite*.

El jefe de personal sacó un pañuelo y se enjugó.

—Señor Járamis, si me permite...

—Papafigos, no te permito. He dicho que se los despidas. *Un point, c'est tout!*

—Muy bien, señor Járamis. *Bien entendu*, señor Járamis.

Y fiel a su costumbre, se retiró andando de espaldas hasta el momento en que, seguro de que el industrial había pasado a otra cosa, se volvió para salir. Papafigos había repetido seguramente en muchas ocasiones ese movimiento de repliegue, en un espacio sembrado de obstáculos —alfombras, sillas, velador, divanes— para poder andar hacia atrás sin acabar cayendo patas arriba. Andonis se decía, divertido, que si un día cambiara sin avisar la disposición de los muebles en los doscientos metros cuadrados de su despacho, Papafigos pasaría un terrible cuarto de hora.

Su presencia en el despacho esa mañana era una grave alteración de un protocolo estricto aplicado desde hacía mucho tiempo. Todo el mundo sabía que estaba formalmente prohibido molestar al patrón durante la primera media hora después de su llegada. Se veía a Iulía, su secretaria particular, llevarle el café en una bandeja y se suponía que el industrial, bastante original, deseaba estar tranquilo para saborear un placer que apreciaba mucho. De hecho, ese ritual representaba más que beber un café fumando un cigarrillo. Establecía un breve balance de su vida. Cuando cerraba la caja de plata en la que conservaba sus cigarrillos refinados, lo invadían mil recuerdos. Hoy trabajaba en un despacho inmenso; sin embargo, no había olvidado la ruda existencia que había llevado junto a su padre, que había rechazado la miserable condición de obrero del tabaco para sí mismo, pero había condenado a ella a su mujer y a su hijo. Andonis se veía abrumado, trabajando el día entero en un calamitoso depósito de Kavala, privado de aire y luz. El destino había sido demasiado duro con su madre, cuya salud era frágil. Él apenas tenía diez años cuando ella murió, lo cual no impidió que su padre lo enviara a casa de su cuñado, Vasilis,

un cigarrero muy conocido en Constantinopla, con la condición de que le enviaran todo lo que ganara. El tío y el sobrino trabajaron durante tres años en la fábrica de los hermanos Sosidis, en el número 38 de la calle Eski Baluk Pasar, en Gálata. En 1874, la compañía arrendataria otomana de tabacos compró la fábrica y el pequeño Andonis se encontró en una posición incómoda. Su padre amenazaba con ir a buscarlo, pues no le llegaba ningún dinero de la Ciudad. El tío Vasilis le propuso a Yanis Sosidis, que se iba a El Cairo —donde proyectaba instalar una nueva fábrica—, que llevara consigo a su sobrino; para ayudarlo a decidirse, añadió que el joven tenía dieciocho años —lo cual no era verdad—. La travesía le pareció a Andonis una eternidad; al llegar a Alejandría, en su cabeza, tenía dieciocho años.

Nunca había comprendido de verdad qué lo retenía en la ciudad de los dos puertos. En cuanto puso los pies en ella, en ningún momento pensó que seguiría el plan establecido. Un *sabarsaguis*, un chico que recogía colillas, de su misma edad, le dio la idea de recuperar el tabaco y venderlo o de fabricar cigarrillos baratos para los fumadores obsesivos. En absoluto se podría llamar a eso descanso. Durante horas, ya fuera verano o invierno, se plantaba delante de las tabernas al acecho de los fumadores. Obviamente, lo conocían y no perdían ocasión de humillarlo. Incluso llegaron a pisarle la mano en el momento en que recogía la *sabarsagueia*, la colilla. Aguantó, persistió en esa tarea agotadora y para tranquilizar a su tío, que seguía esperando su carta de El Cairo, no dudó en escribirle que le habían dado trabajo en una tienda de cigarrillos y concluir diciendo: «Querido tío Vasilis; aquí también nos pagan según el número de cigarrillos. Algunos obreros llegan a hacer hasta dos mil al día. Mi ambición es alcanzar pronto un resultado análogo...».

Nunca olvidó la crueldad del mundo hacia un niño sin familia. Como tampoco olvidó el amor que conoció en el seno de la familia de Babis Yorgás, un ayudante de cocina originario de Simi, durante los acontecimientos de 1882, cuando la mitad de Alejandría desapareció en medio de las llamas y los europeos huían en medio del clamor general de sálvese quien pueda para embarcar en buques que zarpaban hacia Europa. Se preguntaba qué habría sido de él si Yorgás y su mujer no lo hubieran acogido en su mísera casa de la calle Anastassi. Permaneció en ella a la espera de que la pasión nacionalista de Orabi decayera, y no salió de allí, ni siquiera después del desembarco de los británicos y la toma de la ciudad. Tras la ocupación de El Cairo, Egipto se convirtió en protectorado británico y los conquistadores establecieron tribunales militares al aire libre en los que juzgaban a los egipcios según procedimientos sumarios y los ejecutaban en la plaza de los Cónsules. Durante dos meses permaneció escondido en el agujero de la calle Anastassi alimentándose de gachas y pitas. Después, la familia decidió quedárselo y se convirtió en algo así como el hermano mayor de su hijo único. En esa época Yorgos tenía quince años. Por la mañana iba a la escuela Tositsea y por la noche estudiaba a la luz de una lámpara de gas, alumno y maestro a la vez: alumno para sí mismo y maestro de Andonis. Lo animó a matricularse en la escuela nocturna para aprender las lenguas extranjeras. Yorgos y sus padres hicieron mucho por el joven *sabarsaguis* de Kavala. Hasta ese momento el reconocimiento de Járamis para con la familia de Yorgás se había manifestado de manera patente; sin embargo, el futuro le reservaba una de las pruebas más duras.

No había transcurrido una hora cuando Papafigos regresó al despacho de su jefe; sus mejillas seguían temblando, pero esta vez no era de miedo sino de una triunfal alegría. Con la pompa requerida, depositó la lista negra de los monárquicos que habían conspirado en el «golpe de Estado del blasón», como él mismo lo llamó.



—Ya me he encargado personalmente de la suerte de cinco de los implicados; en cuanto al sexto, creo que usted querrá ocuparse en persona de él.

Andonis recorrió los nombres inscritos en minúsculas y detuvo la mirada en el último que, al final de la página y con mayúsculas, parecía una firma: YORGOS YORGÁS.

—Solo faltaba esto, Papafigos. Que tu señoría se encargue de esto —farfulló, abatido. Y con toda la rabia que le quedaba, completó—: Decimos, pues: Yorgos Jaritos, subdirector de ventas, Nikos Xenakis, almacenero, Stéfanos Manos, guarda nocturno, y los dos obreros que han izado la corona. Queda Yorgos Yorgás, nuestro jefe de contabilidad... Muy bien. Hazme un favor, señor Papafigos.

—A sus órdenes, señor Járamis.

—Llama a Yorgos enseguida. Y, por una vez, da media vuelta y sal normalmente de mi despacho.

—Pero, señor Járamis, usted sabe, por razones de primacía...

—Ya sé, ya sé. Haz lo que te he dicho y, te lo prometo, no miraré. Vamos, ve, amigo mío.

La entrada del jefe de contabilidad, al contrario que la de Papafigos, no obedecía a ningún ritual. Yorgos llamó a la puerta y entró. No llevaba chaqueta, tenía puestos aún los largos manguitos negros y la corbata ligeramente suelta alrededor del cuello, lo cual Andonis no estaba dispuesto a tolerarle a nadie más.

Se preguntaba si el hombre mostraba de ese modo su celo en el trabajo o si indirectamente le estaba señalando que disponía de poco tiempo.

—¿Me has pedido que venga, Andonis?

Se sentó en uno de los dos salones, no el que reunía piezas de arte árabe sino el otro, más cómodo, tapizado a la francesa, situado a la izquierda de la estancia. Se quitó los lentes redondos y los limpió con su pañuelo. Después se frotó los ojos, se los puso de nuevo y miró a Járamis.

—Puedes fumar, Yorgos.

—No me tientes, Andonis. Sabes que estoy tratando de dejarlo. Así quizá salvaré mi estómago.

—La culpa no es de los cigarrillos, Yorgos. Toma uno.

—Si tú lo dices, haré como en los viejos tiempos. Sabes, cada vez que veo estas cajetillas de cigarrillos al por menor, adornadas con el emblema de Mohamed Ali, es como si te estuviera viendo a los dieciocho años.

—Yorgos, ha llovido mucho desde entonces. ¿Por qué remover esos viejos recuerdos?

—Nadie debe olvidar de dónde viene, Andonis.

—Es cierto. Igual que nadie debe olvidar dónde está en cada instante.

Yorgás fijó en él una mirada interrogante y Andonis sintió la mirada de su madre, Faneromeni.

—Entonces, ¿he cometido un error tan grave?

—Más grave de lo que puedas imaginar.

—Creí que eso no te molestaría.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—No tengo ningún recuerdo tuyo metido en política.

—Lo cual no significa que no tenga derecho a tener mis opiniones personales.

—En modo alguno.

—¿Entonces?

—Sinceramente, no pensaba que eso te afectaría tanto.

—Dejemos a un lado el hecho de que me afecte o no. Ese acto inadmisibile habría podido causarme dificultades.

—Pero ¿qué tipo de dificultades?

—Qué sé yo. Políticas, en primer lugar. ¿No ves lo que está pasando en Alejandría? Profesionales también. No olvides que, desde hace tiempo, ya no somos los proveedores oficiales de Su Majestad. Y no olvides tampoco que ahora su proveedor oficial es uno de nuestros principales competidores aquí.

—Tienes razón. He actuado como un imbécil —farfulló Yorgás, y aplastó el cigarrillo en el cenicero.

Sentía un nudo en el estómago.

—¿Entonces? —insistió Járamis.

—No me eches, Andonis, por favor. Si recuerdas...

—Basta, por favor. ¿Cómo piensas que sería capaz de hacer algo así?

—Entonces, dime qué puedo hacer para repararlo. Haré todo lo que me pidas. ¿Quieres que firme una declaración pública...? Lo haré. Por Dios, todo lo que quieras.

Se quitaba y se ponía maquinalmente los lentes.

Yorgás se encontraba en un estado lamentable y Andonis, que no soportaba verlo así, se levantó y se situó ante la ventana de la derecha.

—Yorgos, los dos sabemos lo que cada uno ha hecho por el otro. Pero con lo que hoy sucede, creo que estamos en paz. En el futuro, ya no podré hacer borrón y cuenta nueva, y esto, sin previo aviso.

—Pero ¿qué puedo hacer? Dime, por favor, si hay algo que yo pueda hacer para arreglar la situación —insistió Yorgás.

—Creo que sería conveniente para ti que te fueras de Alejandría durante algún tiempo. Podrías encargarte de nuestros depósitos en Mansura y en Tanta, por ejemplo. ¿Qué dices?

Járamis se sentó cerca de él.

—Así que estoy desterrado. He cometido un error y lo pagaré. No tengo nada que decir.

—No te estoy echando, Yorgos. Hago exactamente lo mismo que tus padres hicieron conmigo hace más de treinta años. Te protejo. Si el anuncio de la visita de Veniselos ha encendido tanto los ánimos, puedes estar seguro de que su presencia en Egipto llevará a la radicalización. No quisiera dejarte en el ojo del huracán.

—Pero no estás pensando en mi mujer ni en mi hija...

Se había puesto a manosear los lentes y esto ponía nervioso a Andonis.

—Quizá debo hablarte de otra manera. Vamos, escúchame. Seguramente conoces a Zanasis, el primo de mi mujer.

—Por lo menos... —dijo Yorgás con una pizca de ironía.

—Pues Zanasis, que es tan conocido, me puso sobreaviso hace unos días de que los partidarios de Veniselos van a perseguir a los monárquicos con ocasión de la visita de Lefteris. A ti y a Mijelis hay que sacaros fuera de aquí. Stratís piensa poner las velas rumbo a El Cairo, durante cierto tiempo. ¿Y tú qué piensas hacer?

En los párpados arrugados aparecieron lágrimas y rodaron por las mejillas.

—Al diablo vuestra política, y vosotros con ella. ¿A qué viene tiraros de los pelos sin parar?

—farfulló Járamis, muy emocionado, y lo abrazó.

Avergonzado de haberse dejado llevar así, el empleado se enjugó el rostro con el dorso de la mano y se apresuró a salir del despacho, olvidando los lentes sobre el velador.

Andonis se hundió en su sillón y, aliviado, dejó vagar la mirada por la estancia. Desde ese lugar en el que trabajaba, apenas distinguía los detalles de la puerta maciza de madera tallada. A ese gigantesco despacho que había elegido para dirigir su empresa le correspondía un amplio espacio del cielo alejandrino repartido entre sus dos ventanas. La luz del día inundaba la sala y por eso mismo acentuaba cada detalle de la decoración. Avivaba los colores de las alfombras persas, gratificaba con un brillo especial las cuatro pinturas, obras de maestros, acentuaba las curvas del salón Luis XV y, del otro lado, se reflejaba sobre los galones de nácar del canapé que ocupaba el rincón árabe. Unos cuantos rayos indiscretos subían hasta las molduras del techo o hacían destellar los incontables cristales de la araña, mientras que un rayo de luz atravesaba su escritorio, encendiendo, como las bombillas de los apliques, cada una de las cuentas de ámbar del rosario que le había regalado Elias. Las pesadas cortinas de terciopelo habrían podido detener tal invasión de luz, pero Andonis encontraba beneficiosas esas salpicaduras cegadoras del sol.

La gran actriz trágica Sarah Bernhardt había expresado lo mismo cuando había visitado la fábrica completamente nueva para admirar de cerca el sitio «de donde parten, para esparcirse por el mundo entero, los más refinados placeres del tabaco». La gran estrella no quería irse del despacho aquel día. Lo bombardeaba a preguntas y, cuando volvió a su hotel, hizo que la fotografieran para expresar la sensualidad que exhalaban los cigarrillos Járamis. Andonis había guardado esa fotografía en el primer cajón de su escritorio, en una funda especial de tafilete. De vez en cuando la abría, para leer la inspirada dedicatoria.

*Al señor Járamis.*

*En recuerdo de mi visita a su fábrica de cigarrillos y con toda mi agradecida simpatía por el don regio de sus cigarrillos.*

*SARAH BERNHARDT*

Deseó ardientemente compartir momentos así con Yvette, percibir en sus ojos una admiración real por sus éxitos, por el lujo con el que había decorado su fábrica, pero sobre todo por su habilidad para dirigir a los hombres y las situaciones.

No son solo el comercio, la guerra y el amor lo que nos ha traído aquí. Es sobre todo la política, pensaba Andonis Járamis aquel 19 de abril de 1915 al ver a Elefterios Veniselos en un coche descapotable, dirigiéndose de la Antigua Aduana al club francés, aclamado por una multitud de griegos apiñados a lo largo de todo el trayecto.

Por su parte, ese lunes por la mañana él habría preferido estar en casa, en los brazos de Yvette, mientras que la ciudad, como una mujer galante disfrazada de azul y blanco, se pavoneaba para impresionar al etnarca griego. Sorprendido por ese recibimiento inaudito, Veniselos manifestaba una alegría no exenta de cierta inquietud; con un ramo de flores posado sobre las rodillas, agitaba el sombrero para responder al saludo de millares de sombreros de paja que flotaban bajo las banderas griegas. Una suelta de palomas se elevó desde las ventanas de Esquilo

mientras unas muchachas se entregaban a una gran batalla de flores desde la terraza del club Mohamed Ali.

En el momento en que Lefterakis exultaba en ese baño de multitudes, Andonis intentaba cruzar la marea humana que inundaba las inmediaciones del club helénico para llegar a su sitio antes que el invitado de honor. Al fin logró entrar sano y salvo en la gran sala del club, apenas unos minutos antes que Veniselos, tocado, algo importante, con su sombrero de copa, que había estado a punto de perder en medio del bullicio. Saludó solemnemente a cinco de las personas presentes, entre ellas a Andonis Benakis, su vecino. Una sonrisa amistosa iluminó el bigote impresionante de su homónimo, que levantó el puño a guisa de felicitación por su actitud enérgica ante el «golpe de Estado del blasón». Las noticias de este tipo pronto daban la vuelta completa a Alejandría.

Járamis había tenido una disputa homérica con su mujer a propósito de su sombrero. Dafni estuvo a punto de despedazarlo cuando lo vio salir, por la mañana temprano, erguido y ufano con su traje cruzado y su canotier en la mano. ¿Cómo podía alguien imaginarse recibir al gran Veniselos sin llevar, al menos, una levita y un bombín? *On ne t'a pas appris les bonnes manières?*, le soltó con desdén. Y Andonis, que se sentía ridículo con su sombrero de copa, le dijo que el sombrero no era de su medida y que la levita le tiraba en los hombros. Por suerte, la multitud había bloqueado en varias ocasiones el cortejo triunfal, pues de no haber sido así al llegar todo habría pasado ya.

El etnarca desembarcó del *Syria* a la hora prevista, entre las once y las doce del mediodía, en el puerto Oeste. Algunas personas habían fletado barcas y llegado a mar abierto frente a la costa para darle la bienvenida, aunque las autoridades militares no habían autorizado más que una sola embarcación —en la que se habían acomodado el cónsul y los miembros de la oficina de la comunidad— a acostar el flanco del navío. Parece que, desde el momento en que desembarcó, a Veniselos le fue imposible dar siquiera un paso; la policía tuvo que intervenir para que accediera al descapotable de Joremis e iniciara su marcha gloriosa hacia el club helénico. Las dificultades empezaron de verdad cuando subió al coche; la multitud, lanzada, rodeaba el vehículo y se negaba a dejar el paso libre. El chófer tocaba la bocina, fuera de sí, las sirenas del barco mugían de triunfo, muchos griegos despleaban la bandera de su país, soldados australianos, en el barco *La Grande Catherine*, agitaban sus curiosos sombreros, bordados, en su honor, para esa ocasión, con un ribete azul y blanco; en cuanto al presidente de la comunidad, en vano conjuraba a la multitud para que abriera paso al cortejo. El mismo Veniselos lo intentó sin mejores resultados. En resumidas cuentas, nadie comprendió cómo escaparon a esa horda. El cortejo, constituido por vehículos de periodistas, de Veniselos y su guardia personal se detuvo de nuevo en las calles de la Okela, de Lemune y de Francia, donde egipcios y judíos se unieron a los griegos, haciendo imposible el más mínimo avance. Las calles Sherif Pashá y Rosetta parecían imposibles de transitar. Andonis, que en aquel preciso instante trataba de cruzar en la dirección opuesta, vio de lejos el coche oficial y a su ilustre ocupante girar hacia el cuerpo de guardia militar británico, desde el que los oficiales le tomaban fotografías; hubo algunos sudores fríos.

Fue realmente afortunado al haber llegado sano y salvo e impecablemente vestido, dispuesto a celebrar la llegada del etnarca. Muy poco después se oyó decir: «¡Veniselos va a entrar!». La voz estaba conmovida, como si hubiera gritado «¡Fuego! ¡Fuego!»; sintió un nudo en el estómago y, cuando el ex primer ministro desembocó en la gran sala, vio a su alrededor a todo el mundo —o poco menos— echarse a llorar. En medio de esa oleada de fervor colectivo, experimentó un ligero

malestar antes de darse cuenta de que sus mejillas también estaban mojadas. Se acordó de Yorgás, que lloraba en su despacho; de Yvette, cuyos ojos se empañaban cada vez que pensaba en su existencia solitaria en Alejandría; e igualmente de Dafni, que utilizaba sus lágrimas en respuesta a sus disputas; sin embargo, nada logró aliviarlo. Ni siquiera Zanasis, a quien acababa de saludar y que veía derrumbarse sobre el hombro de su cuñado el banquero. Era comprensible que en un clima semejante, Mikés Sinodinós, el presidente de la comunidad, fuera incapaz de articular ni una palabra. Pero alguien tenía que pronunciar la alocución de bienvenida. Tanta emoción se volvía ridícula. Se miraban unos a otros con los ojos llenos de lágrimas. Por fortuna, Salvagos tuvo fuerzas para decir, simplemente: «Sed bienvenido». Los representantes de la comunidad francesa salieron en su rescate. Veniselos se lanzó: «Os agradezco profundamente el recibimiento que me habéis preparado...». «Pero nuestro recibimiento era espontáneo, señor presidente.» Se corrigió: «Por el recibimiento que me habéis reservado». Fuera, la multitud gritaba su nombre acompasadamente. Empezó a sentirse a disgusto. Tanta adulación le cansaba. Salió al balcón del club y pidió a la multitud que se dispersara. ¡Al fin! Era necesario poner fin a esa histeria patriótica, y nadie mejor que él estaba en condiciones de hacerlo.

—Volved a casa ya —murmuró Andonis.

Tenía prisa, pues sabía que Yvette no aceptaría la excusa de la visita de Veniselos. Para castigarlo lo retuvo más tiempo que de costumbre y llegó tarde a casa de Benakis, su vecino, para la cena oficial. Algunos ya habían dejado caer lo del «golpe de Estado del blasón» a Lefterakis, que saludó con mucha cordialidad a Andonis y añadió:

—A mi regreso de El Cairo desearía visitar su fábrica. Me dicen que es una verdadera joya.

En efecto, una semana más tarde le hizo el honor de cruzar el portal de la fábrica en compañía de su secretario, Markandonakis, y del cónsul Sajturis. Todos los trabajadores —griegos, judíos, armenios, sirios y libaneses— se apretujaron en las ventanas y le arrojaron flores, agitando banderas y gritando: «¡Viva el gran Veniselos!». Concluyó su visita con una frase sobre la fábrica de tabaco: «Me lo decían, pero no podía imaginarlo». Muy orgulloso de sí mismo, Andonis pensaba que nada de eso habría ocurrido si él no hubiera reaccionado vigorosamente ante las maniobras insidiosas de los monárquicos.

Esa misma tarde, Veniselos acudió a casa de algunos nabab de la comunidad, entre ellos Andonis Járamis.

«¡Un momento histórico!», exclamó Dafni que, sin perder un segundo, aprovechó para hacerse fotografiar junto a Lefterakis. Después expuso el cliché en un lugar visible. Su marido, que no ignoraba el fastidio que representaban esas visitas, se sentía molesto por Veniselos y también por él mismo. Se las arregló para tener a Zanasis siempre a su lado y no dejó de recomendarlo.

—Querido etnarca, le presento al más ferviente partidario de Veniselos en Alejandría, Azanasios Bostantsoglu.

El tendero de Siuf no se encuentra a menudo en situaciones de semejante esplendor, se dijo Dafni.

Zanasis estaba en la gloria por haber conversado un minuto entero con su ídolo, y le dio las gracias a Andonis.

—Andonis, es el día más hermoso de mi vida.

—*Pas de quoi*, Zanasis. Creo que si hay en Alejandría una persona digna de estrechar la mano de este hombre, sin duda eres tú.

Más allá de las reuniones sociales, misas, saludos y conversaciones huecas, Járamis recordaba más tarde el inspirado discurso que Veniselos pronunció en el club helénico a propósito del demótico. Lo publicaron en la revista *Nueva Vida*, y Andonis no perdió ocasión de ponerlo ante los ojos de Dafni.

—Lee, pues, lo que dice el etnarca a propósito del demótico. A ver si Mijelís y tú, que queréis mandar a Kostís a un internado, tomáis nota.

Pero ella tampoco daba cuartel:

—¡Y tú te atreves a hablar, tú que estabas dispuesto a ir a recibir a Veniselos con un traje cruzado y un canotier! *Ridicule!*

La supremacía británica en Alejandría dejaba bien asentada una cosa, y no era el cuartel de Mustafá Pashá ni los barcos de guerra de la Marina Real en el puerto Oeste, sino el Sporting Club. Lo había creado la élite británica en 1890 y reflejaba el espíritu deportivo de sus miembros. Por otra parte, sería inconcebible una sociedad dominada por los británicos sin pistas de tenis, campos de golf y polo; sin críquet, pero sobre todo sin carreras de caballos. ¿Con qué se habrían entretenido entonces los británicos y los otros europeos, sino en un club que representaba la faz luminosa de la civilización occidental? ¿Qué lugar mejor habrían encontrado los especuladores para consolidar sus relaciones con el mandato británico? Entre los dieciocho miembros de su comité, al lado del nombre del gobernador regional de la administración británica y de un oficial de crucero de la Marina Real, figuraban a partir de ese año los de Samuel Agiman y Elias Juri.

—Es un gran honor para mí, ¿comprendes? —declaró este último a Yvette cuando, en una invitación a tomar el té, se encontraron por azar en casa de un inglés, corredor de algodón.

—Has tomado un impulso tan grande, Elias, no imagino qué honor podría escapársete de las manos en esta ciudad.

—Adivino ironía en tus palabras, ¿o me equivoco?

—Presientes ciertas quejas que considero del todo justificadas.

—*Ça, alors!*

—*Oui*. Debo recordarte que constantemente surgen problemas en la casa de Mustafá Pashá, y que me veo obligada a resolverlos sola. Ya que nos prohíbes ir a Ruchdi, tienes que hallar el medio de que nos encontremos de vez en cuando, y no contar únicamente con el azar, como ha ocurrido hoy.

—¡Así que te molesta que no nos veamos como antes! —concluyó Elias con complacencia.

Yvette se echó a reír.

—*Chéri*, es muy sencillo: me has cargado con todos los problemas y, por tu parte, te las das de guapetón a diestra y siniestra. Eso es lo que me molesta, nada más.

—Pero tienes que saber que Elias no olvida nunca a la pequeña Yvette —dijo mientras sacaba dos tarjetas de bolsillo del chaleco.

—*Qu'est-ce que c'est?*

—Carnets de socios. A partir de hoy eres miembro del club hípico de Alejandría.

—¿Y por qué dos carnets?

—Últimamente me he enterado de que no vas a ninguna parte sin Marianzi Arapidis.

—*Dis donc*, ¿haces que me sigan?

—Escucha, querida, cuando tomáis el café en Athineos o vais de compras a Sherif Pashá, no

necesito que nadie os siga. Alejandría me pone al corriente. No tengo ningún problema con eso, al contrario; Panayotis es mi amigo y me gusta brindarle distracciones a su mujer, aunque sea indirectamente.

—¿He de suponer que te ha hecho tilín?

—¿He de suponer que, contra toda expectativa, estás celosa?

Podrían haber seguido peleándose un buen rato si el ama de casa, una mujer alta, toda huesos y con los ojos exorbitados a causa de un bocio, no se los hubiera llevado cogidos del brazo.

—¿Puedo saber de que están hablando los dos solos en su rincón? Si continúan así, mañana Alejandría no hablará más que de ustedes.

Yvette pensó que la señora que nadaba dentro de su vestido de seda suave tenía una idea elevada de su casa. Y mientras se dejaba llevar al centro del comedor, iluminada por una araña *à la hollandaise*, se preguntó cuántas serían las casas de Alejandría en las que en aquel mismo momento se estaban ofreciendo sacrificios en el ceremonial del té.

¿La invitación se había debido al azar, como ella creía? La comunidad británica de Alejandría formaba un círculo estrecho e inaccesible, en el que hombres pagados de sí mismos y unas cuantas mujeres desdeñosas se encerraban entre cuatro paredes para jugar a los jeroglíficos e intercambiar comadreos por encima de una taza de té. Yvette no tenía nada en común con ellos. ¿Quién, sino Elias, habría conseguido que la invitaran? Eso explicaba los dos carnets del club hípico, destinados a Marianzi y a ella misma. Sin duda esta era la manera que él había elegido para encontrarse con ella en lo sucesivo.

Incómoda por la luz cegadora, se retiró a un pequeño atrio en el que dos sillas trenzadas, un velador y un jarrón con volutas, envueltos en su velo violeta, absorbían, más que reflejaban, la claridad delicada del sol poniente. Instalada allí observó el rostro de Elias, aplastado sin piedad por la luz de la araña, y adivinó en él, casi imperceptibles, los primeros signos de la edad. El ligero relajamiento de los músculos faciales alteraba sus rasgos bajo la luz intensa, dibujando sombras poco agraciadas que se borraban cuando reía. Una melodía de Chopin se escapaba de un piano hasta entonces invisible, y vino a subrayar la implacable y melancólica fatalidad del envejecimiento. La mujer que tocaba parecía de pronto mucho mayor que la que, unos instantes antes, bromeaba con una taza de té en la mano. Yvette reconoció la presencia de la muerte y, sintiendo brotar la amenaza, se apresuró a apagar su cigarrillo, apenas encendido, oponiendo una resistencia simbólica a la fuerza invencible del tiempo.

La primavera era un suplicio para el pequeño Majos; el recuerdo de una antigua bronquitis se despertaba y una tos incesante amenazaba con arrancarle las entrañas durante la noche. Dafni esperaba que los paseos por los jardines de Nouzha ejercerían una influencia beneficiosa; no contaba con el enfriamiento solapado que, a principios de mayo, lo inmovilizó en la cama. Los tres primeros días fueron de pesadilla; no lograban que bajara la fiebre que consumía su cuerpo de niño. Komanós Pasás, el viejo médico, gran amigo de la familia Sengos y director del hospital griego de El Cairo, estaba de paso en Alejandría. Escuchó los ruegos de Dafni y aceptó examinar al pequeño. Con el pecho condecorado como el de un general, llegó en una calesa lujosa. La quinina que recomendó no dio resultado. Levantando los brazos al cielo, decretó que si la fiebre no disminuía en las veinticuatro horas siguientes habría que trasladar al niño a San Sofronios.

Antes de llegar a ese extremo, Dafni se acordó del joven médico provisto de diplomas,

Stéfanos Pátelos, recién llegado de Alemania. De pequeña estatura, lentes de miope y una chaqueta clara que le quedaba muy ancha en los hombros, el joven fue a visitarlo el sábado por la tarde, cuando expiraba el plazo fijado por Komanós. Su maletín color habano conservaba el olor a cuero curtido y parecía enorme en sus manos. Bastante pagado de sí mismo, su manera de rotar los hombros daba la impresión de que su cuerpo flacucho se asfixiaba dentro de la ropa. Una vez en la cabecera del enfermo, el estetoscopio auscultó cada centímetro cuadrado del cuerpo de Majos, como si estuviera escuchando detrás de las puertas. El estado general del niño no era responsable del malestar que expresaba su rostro; de hecho, los lentes le molestaban cuando se inclinaba sobre la cama. La opinión facultativa concluyó así que no había motivos para preocuparse.

—Le voy a poner una inyección y lo dejarán dormir. Mañana por la mañana volveré a pasar. Todo irá bien.

Gaby y Kostís eran los únicos que no compartían el optimismo del joven médico. Cada vez que el mayor, preocupado, se acercaba a la habitación de su hermano pequeño, asistía al mismo espectáculo: miss Gaby, como un espectro, con el cabello rubio suelto sobre un camisón de algodón blanco con florecitas que le llegaba a las rodillas, inclinada sobre el niño, mantenía con gesto afectuoso una compresa fría sobre su frente ardiendo. Parecía que un pintor quisiera hacer un croquis de la escena del pequeño enfermo cuidado por su niñera y hubiera obligado a la joven a velarlo toda la noche.

Por último —perspicacia del médico o dedicación de la niñera, que parecía haber hecho de la situación un asunto personal—, como por arte de magia la fiebre bajó. En medio del alborozo general y en un acceso de entusiasmo, Kostís besó la mano de Stéfanos Pátelos. El médico rió, halagado por el gesto, y acarició el cabello del pequeño.

—Debes de querer mucho a tu hermano, amigo mío.

Sin embargo, delante de la madre estuvo reservado en cuanto a la evolución y, antes de marcharse, rotando una vez más los hombros, precisó:

—No hemos terminado aún, señora Járamis. Seguiremos en contacto.

Dafni comprendió plenamente el sentido de sus palabras cuando, horas más tarde, la odiosa tos resonó de forma macabra en la inmensa casa, como un mal presagio. Majos tosió toda la noche. Cuando sentía acercarse un nuevo acceso, gritaba, angustiado:

—*Here it comes, miss Gaby, here it comes!*

No obstante, al día siguiente el diagnóstico del médico fue tranquilizador. Tras auscultar a Majos con su estetoscopio, declaró que ya no necesitaba más que remedios caseros.

—Pero, doctor, ¿no hay nada contra la tos? ¿Un medicamento que ponga fin a esta tortura? —preguntó Dafni—. Cada vez que le oigo toser temo que le estallen los pulmones.

—Querida señora Járamis, no quiero que se preocupe. Hay que saber que la tos constituye en sí misma el medicamento. No es prudente interrumpirla durante el período de expectoración. *Believe it or not*, en nuestro caso los remedios caseros son los más eficaces. Usted sabe, claro, lo que es un remedio casero.

—¡Sí!, ¡sí! —murmuró Dafni, demasiado avergonzada para reconocer su ignorancia.

—Me encuentro en la casa de un industrial del tabaco, en la que supongo que se fuma mucho. Es imprescindible que nadie fume aquí. *Aufwiedersehen*, quedo a su disposición.

—¡Estás hablando de un doctor! —señaló más tarde Andonis, y Dafni estuvo de acuerdo.

Kostís no dudó, al ver a su madre desorientada por los consejos muy claros del médico a



propósito de los remedios caseros.

—Mamá, creo que la tía Maria sabrá curar a nuestro Majos.

Ella hizo una mueca, pero en ausencia de otra solución consintió lo inevitable.

Esa misma tarde, la mujer del tendero se encaminó al castillo de la aristocracia y subió por la gran escalera de mármol hasta la habitación de Majos. Las caricias en el cabello y las palabras tiernas de su tía que lo veía por primera vez aparentemente formaban parte del protocolo terapéutico. Cuando Dafni la vio mojar un pedazo de papel de embalaje con petróleo flamígero y posarlo sobre la espalda del niño, murmuró algo sobre el comercio de su primo. Después, Maria colocó ordenadamente unas ventosas de vidrio sobre la cómoda; Kostís dio unos codazos a su madre.

—Mira lo que va a hacer la tía, mamá.

Enrolló un poco de algodón en el extremo de un pedazo de madera y lo encendió después de haberlo empapado en alcohol de noventa grados; a continuación, calentó el interior de cada ventosa y las hizo chasquear sobre la espalda y luego sobre el torso del enfermo, dibujando sobre la piel un mosaico de escamas redondas de un rojo intenso. Majos parecía divertirse y se echaba a reír con cada «plaf», cuando la ventosa aspiraba un pequeño montículo de carne blanda.

La tía terminó pidiendo un trapo limpio que mojó en alcohol; le prendió fuego y lo apagó casi de inmediato bajo la tapa de una olla. Con el trapo, envolvió el cuello del niño y le indicó a su madre:

—Mañana por la mañana, cuando se despierte, dele de beber esta planta medicinal.

En una bolsa de papel, unas hojas secas crujieron en la mano de Dafni, que hizo un movimiento de repulsión.

—¿Qué es, Maria?

—Una planta medicinal de Ajtaris. Muy buena contra la bronquitis. Se la preparará exactamente igual que el té y se la dará de beber hasta que la tos desaparezca por completo, así como el ruido del pecho. Si sobra, puede guardarla, no se estropea.

—Entonces, de Ajtaris... —farfulló incrédula la señora Járamis.

Todo salió del mejor modo imaginable, y de la abnegación de Gaby, la ciencia del médico y la competencia de la tía Maria, solo quedó la incredulidad de Dafni. Como precisó más tarde la mujer de Zanasis, bromeando: «Lamentablemente, Ajtaris no podía hacer gran cosa contra las pretenciosas».

Petros Zemistokléus no era precisamente bienvenido en la casa de Mustafá Pashá, sobre todo a partir del momento en que empezó a jugar al mandamás. De modo que se sorprendió agradablemente cuando una mañana recibió el mensaje de la señora Yvette en el que le pedía que fuera a verla para conversar. Astuto como un zorro, el chipriota dio cien vueltas al mensaje en su cabeza, pero no logró saber más; la manera imperiosa con que ese mismo día llamaba a la puerta daba fe de su impaciencia.

El gran Gaafar era una montaña de carne vestida de blanco, enarbolando un tarbush blanco y una gandura inmaculada, apenas moteada por el motivo blanco roto de su *cinder*, el chaleco, que se distinguía vagamente por la abertura de múltiples botones. No llevaba el cinturón rojo. Su mano ancha ocultaba la manija labrada de la puerta, y tres arrugas en cada mejilla formaban en su tenebroso rostro surcos amenazantes. El chipriota tendió los tres dedos del centro de la mano y

saludó al nubio, señalando así que conocía el ritual; el sirviente, impasible, se inclinó. «¡Sucio negro! ¡Ciento once!», pensaba cada vez, sonriendo amistosamente. Tenía que ir con mucho cuidado con un hombre tan fuerte. En cambio, Zemistoklés solía adoptar aires de patrón con Soher y Antoinette; a veces las gratificaba con un pequeño azote en el trasero y ellas sonreían o fingían sonreír a aquel flacucho que arrastraba la pierna derecha. Confundía sus nombres de pila —una manera de mostrar que no las tenía en gran estima, lo cual, por otra parte, era recíproco—, pero a ellas no les importaba demasiado.

El antiguo yóquey no necesitaba que lo condujeran hasta la señora. Se internó por el vestíbulo con una serie de arcadas a su derecha, y entró en la tercera habitación de la que procedía el tintineo de un rosario. Yvette estaba acostada en un diván lleno de cojines y pasaba con indolencia las perlas, ligeramente fosforescentes en la penumbra. Roxane estaba a sus pies, sentada con las piernas cruzadas y las rodillas separadas sobre la espesa alfombra, con los muslos torneados disimulados bajo una chambrá entreabierta. Si hubiera estirado el cuello habría divisado igualmente su pecho opulento. Un bastoncillo de incienso con un perfume embriagador se consumía en el centro de la estancia. Cuando Yvette abandonaba el rosario, acariciaba el cabello suelto de la joven prostituta.

—¿He escogido un mal momento? —Y se adivinaba la excitación en su voz.

—*Viens, Zemistoklés!*

El chipriota pensó que ningún *bordel* del mundo estaba dirigido por una encargada tan joven y guapa. Además, sabía mejor que nadie que la casa de tolerancia de Mustafá Pashá no era una casa como las demás.

—Querías verme; pues bien, aquí estoy.

—Sí, así es; siéntate.

—¿Qué pasa? —preguntó antes de sentarse frente a ellas.

—¿Quieres beber algo?

—¡Whisky!

—Soher, *s'il vous plaît*, un whisky para Zemistoklés —le ordenó a la sirvienta egipcia.

Al chapoteo del alcohol en el vaso le sucedió un borborismo ligeramente ahogado; bebía a grandes tragos.

—*J'ai des reproches à vous faire*. Las dos chicas recientemente recomendadas por ti no han causado buena impresión. Debes saberlo. Los clientes se han quejado.

—Las chicas del norte son así. Guapas, pero verdaderos bloques de hielo. —Reaccionó antes incluso de que ella formulara sus reproches, como si lo supiera ya—. Pero no creo que me hayas llamado para eso. Compruebo, además, que últimamente has comprado tú sola la mercancía y que es de primera calidad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la encargada, incómoda, y se levantó molestando a Roxane, que se había quedado medio dormida a sus pies.

—¿Qué quiero decir? Lo sabes muy bien. Esa mujer con la que tomabas el té el otro día en Athineos. Y no me digas...

—¡Pedazo de estúpido! —gruñó Yvette—. No tienes que hablar de esa mujer, ya que es una señora.

Inmediatamente se mordió los labios por miedo a haber ofendido a Roxane. Sintió un movimiento de la cabeza. Por suerte, el chipriota arregló las cosas sin querer.

—Muy bien, Yvette, y *en a marre!*, ya está bien. ¿Vas a dejarnos tocar a tus bonitas chicas, aunque solo sea una vez?

—No es para ti, Butros —declaró ella en tono de desprecio y traduciendo su nombre al árabe.

Roxane se levantó y, medio desnuda, corrió hacia la escalera. Antes de desaparecer, se volvió, riendo.

—¿Has oído, Butros? No soy para ti.

Zemistokléus sintió detrás de él la sombra amenazadora de Gaafar y prefirió cambiar de tema.

—*D'accord, d'accord*. No es para mí. ¿Podría saber ahora para qué me has hecho venir, si no para humillarme?

—Pienso ir a las carreras un día de estos. Pero, *tu sais*, si te enteras de algo en lo que se refiere a la urbanidad, yo hago lo mismo con los caballos.

—Y una afrenta más, una, *ce n'est pas vrai!*

—Vamos, no seas tan susceptible, contéstame.

Zemistokléus la midió con su ojo de yóquey que está de vuelta de todo y su sonrisa era elocuente.

—¿Quieres ir tú sola?

—¿Importa eso?

—Querida amiga, el hipódromo no es el lugar ideal para un aprendizaje rápido, seguramente no lo ignoras.

—No obstante, debe de haber ciertos consejos que podrías darme: normas, un protocolo, un *savoir faire*...

El chipriota estaba dispuesto a proporcionar algunas explicaciones pero, con franqueza, no sabía por dónde empezar: ¿el reglamento, las formalidades, la estrategia del yóquey, las apuestas, la táctica del jugador? ¿Contra qué cosas debía ponerla en guardia en primer lugar? ¿Qué tentaciones? ¿Qué trampas? Pero la empresa era vana. Y se contentó con un simple consejo:

—Ya que quieres ir cueste lo que cueste, tómallo como un espectáculo en Zizinia o en el Alhambra. Disfruta de la acción, del ambiente de una obra que ves por primera vez y deja los reglamentos y formalidades para los que piensan enriquecerse jugando en las carreras.

—*Tu as raison*. Y a juzgar por tus palabras, no vale la pena tomar en serio ni los caballos ni a los yóqueys.

—Lástima que no todo el mundo piense como tú. Imagínate, hace unos años, el Aga Jan se informó sobre un sujeto que apostaba grandes sumas en las carreras. Le dijeron que se trataba de un griego, nuevo rico. «Podéis estar tranquilos», comentó «perderá hasta la camisa.» No se equivocaba.

—¿Quién es ese Aga Jan?

—El jefe de los musulmanes. Todos los años, en el ramadán, se calcula su peso en oro.

—Bueno, y aparte de esos cuentos para niños y tus magros consejos, ¿tienes alguna otra información que darnos sobre el hipódromo de Alejandría?

—Es un lugar chic, que frecuentan hombres elegantes y mujeres de mundo. Elige preferentemente ropa de gala. Te lo vuelvo a decir, el teatro o el hipódromo, lo mismo da. Las puertas se abren temprano. Si llegas alrededor del mediodía, podrás comer allí, si lo deseas. La *royal procession* se pone en marcha hacia las dos de la tarde. La primera carrera empieza a las dos y media. A las tres y media sirven el té de la tarde. La última carrera se lleva a cabo a las

cinco y media. A continuación hay una recepción, pero hay que tener invitación. Dime, ¿tienes intención de ir sola?

—¿Y si fuera sola?

—¿Una mujer sola? Déjame acompañarte.

—¿Ves cómo te observa Gaafar? Solo espera una señal para cortarte en pedazos.

—Estoy bromeando. Sé que no irás sola, la joven con quien estabas en Athineos te acompañará. Conozco incluso su nombre: Marianzi Arapidis. Es la esposa de un hombre de negocios de la Ciudad, un amigo de Elias, ¿no es así? El Libanés me ha hablado de ella.

—Entonces, ¿por qué has soltado todas esas gansadas hace un momento?

—Me gusta cuando te enfadas. Sinceramente, si quisieras, nosotros dos... —prosiguió, dando a entender la continuación. Luego se dio prisa en desaparecer, igual que un chiquillo consciente de haber dicho una inconveniencia y merecer una sanción.

Al llegar a la puerta de entrada, gritó:

—*De toute façon*, ¡que os divirtáis!

La tienda de Zanasis Bostantsoglu, en la calle Bab Sidra, tenía fama en Alejandría. Espaciosa, situada en el cruce de tres vías, controlaba el conjunto de la zona de los parroquianos. Era el primer almacén que descubrían los ojos del cliente, con tres entradas y salidas, cada una correspondiente a una calle. Elogiaban sus escaparates de madera de nogal, que medían dos veces la estatura de un hombre. En ella ofrecía productos de excelente calidad procedentes de Mitilene. El aceite ocupaba el puesto de honor, pero había igualmente quesos, olivas conservadas en salmuera y las famosas frutas en almíbar, que la tía Maria elaboraba y que estaban expuestos en tarros de cristal sobre el enorme mostrador que ocupaba el centro de la tienda. Se vendían como rosquillas. Kostís no olvidaría nunca las combinaciones de colores. El oscuro de los higos se aclaraba al llegar a los membrillos, luego al albaricoque y después a las naranjas. Y el sabor..., el de las peras que el tío hacía traer directamente de la isla, las mejores de todo Egipto. El espacio estaba ordenado, reluciente de limpieza. Las *balatia* del suelo resplandecían y las superficies de madera respiraban, exentas de la más mínima mota de polvo; la tía era un cerbero, escoltada por sus tres dependientes, envueltos en sus delantales immaculados, mientras que el tío Zanasis, retirado en su despacho elegante, discutía precios con los clientes, como todo comerciante que se respete. «Una empresa de éxito que Dios ha bendecido con una mano y el diablo ha destruido con la otra», comentaría más tarde Nikitas, lleno de amargura, al hablar de la tienda de su padre. De hecho, el mismo Zanasis sintió soplar el aliento del destino una tarde. Con la mala suerte que solía tener, estaba probándose un nuevo traje de verano en casa del sastre Paraskevás Yadelis, su compatriota de la calle Sesostris.

Paraskevás era conocido en toda Alejandría por su talento de cortador. Llevar un traje cortado por él realizaba el prestigio de un hombre. Era casi un honor ser uno de sus clientes y poder decir: «Mis trajes son de Paraskevás».

Lo normal era encontrar al sastre de Mitilene inclinado sobre su mesa, con la cinta métrica alrededor del cuello y sus largas tijeras en la mano. Detrás de él había una escalera que llevaba al entresuelo, donde se guardaban las telas y los patrones. En el escaparate, los maniqués de madera exhibían trajes aún sin coser en la espalda y daban una idea de la amplitud del trabajo; la plancha de hierro fundido, muy pesada, esperaba, abierta delante de la sastrería, para atizar las brasas; era

la etapa en que el traje estaba listo para el toque final antes de la entrega, que se concretaba con una mesa de planchar especial. El salón de prueba se encontraba bajo la escalera. Lo demás se hacía donde estaba el maestro Paraskevás que, según las necesidades de la prenda, descosía, ponía alfileres o tomaba medidas delante de un gran espejo portátil ovalado.

Aquella tarde Zanasís se estaba probando al lado de un corredor de apuestas chipriota, Sofoklís Konstandinou, un hombre alto, elegante, con bigote y lentes, que se admiraba en el espejo. Pensando que le haría ilusión a su compatriota, Yadelis murmuró, con un par de alfileres en las comisuras de los labios:

—Oye, Sofoklís, ¿por qué no nos das un buen caballo para que apostemos por él mi compatriota y yo? Es una oportunidad, ahora que tenemos el mejor corredor de Alejandría.

Guiñó un ojo a su compatriota. Zanasís se apresuró a decir:

—Paraskevás, no entiendo ni jota en materia de caballos.

—*Pas la peine de t'en faire*, Zanasís, jugaremos solo para divertirnos, ¿de acuerdo?

—Si es para divertirnos, compatriota, estoy de acuerdo, si el señor tiene un buen caballo para recomendarnos.

—¿Bromeas? Para Paraskevás, tengo el mejor.

Dicho y hecho. En la siguiente prueba, el sastre le contó a Zanasís que el caballo por el que habían apostado juntos les había hecho ganar una suma astronómica para la época: ochenta libras.

—Ya que tienes tan buena suerte, Zanasís, ¿no quieres que nos demos una vuelta por el hipódromo un día de estos? ¿Qué dices? —le propuso.

—¡Santo cielo, no! Ya te lo he dicho, no sé nada de caballos.

—Pues entonces, ¿de qué tienes miedo? No vamos a comprar el hipódromo. Iremos una vez para jugar. Será la ocasión de estrenar tu traje nuevo.

—Ya lo pensaremos, Paraskevás.

—Para qué pensarlo, Zanasís... Digamos el domingo que viene.

—Bueno, de acuerdo, me da igual.

Yvette seguía viendo mucho a Marianzi, y no lo ocultaba. Si bien durante una temporada evitó ir a visitarla para no toparse con Arapidis, se las arreglaba para encontrarse con ella en el exterior —para *un petit gâteau* en Athineos, ir de compras por Sherif Pashá, o para el té, por la tarde—, en una casa griega o levantina o, algunas veces, en el palco de un teatro.

Junto a ella, durante los meses que siguieron, la transformación de Marianzi se hizo cada vez más evidente. La señora Arapidis solía dar la impresión de una alumna aplicada que seguía al pie de la letra el protocolo europeo —por ejemplo, nunca se habría atrevido a ir a una reunión de tarde vestida de otra manera que con un vestido largo y un bolero—. Durante el tiempo de aprendizaje, rara vez se mostraba contenta de sí misma. Se daba cuenta de que ser una dama de Alejandría requería algo más que respetar las normas de cortesía, los usos y costumbres de la sociedad. A pesar de los convencionalismos que memorizaba cada tarde, se sentía incapaz de participar en esa noble ósmosis de debilidades y pasiones que a diario se llevaban a cabo en la ciudad. Pero no estaba dispuesta a ceder a la presión del placer, y persistía en respetar escrupulosamente costumbres cómicas; eso la volvía pesada y *naïve*, con sus preguntas de niña, y provocaba en Yvette el deseo de hacerla rabiar y la desorientaba.

Al mismo tiempo, intentaba olvidar que había nacido turca, aunque a veces vacilaba al oír la

llamada del muecín, como si el sacerdote musulmán se dirigiera a ella personalmente. No obstante, se presentaba como griega de la Ciudad y, gracias a su práctica impecable del idioma (su origen justificaba un acento para cortar con cuchillo), era capaz de no desmentirse.

Yvette, que no compartía su empeño en convertirse en ciudadana de Alejandría, había notado el perfume natural que emanaba de su piel muy blanca, signo de su alma inocente, decía, y que sería criminal arrojar al purgatorio de Alejandría. Si hubiera que salvar a toda costa a una sola persona del maremoto cosmopolita de esa ciudad, sería sin duda a Marianzi, rica de su amor tan puro por Panayotis. Así se podría preservar la inocencia que el fotógrafo sorprendió en su rostro, al trabajar en su retrato en Aziz y Dorés, en el número 3 de la calle del Hospital Griego. Yvette era quizá la única en descubrir esa inocencia; la principal interesada, por su parte, no veía en ello sino el encanto estereotipado de una *femme du monde*.

Marianzi deseaba cultivar ese encanto cuando intentaba —mediante cursos intensivos— iniciarse en el ambiente particular del hipódromo; con una profesora como Yvette, lamentablemente, era en vano.

La avalancha de preguntas como: «¿En traje de vestir o no? ¿Qué apuestas hay? ¿A qué caballo apostaremos? ¿Cuál es la función del corredor de apuestas?» por parte de la joven obligó a Yvette a aceptar un encuentro nada deseable con Petros Zemistokléus. No por eso aprendió mucho más, pero logró al menos procurarse el programa encuadernado en seda, para ese domingo únicamente, de los miembros del club hípico; el chipriota se lo envió al día siguiente de su encuentro, pero eso no les aclaró mucho más. Descubrieron simplemente los nombres de los yóqueys y los caballos, empezando por la primera carrera, para decidir finalmente que pasarían una tarde tranquila en el Sporting Club.

Una vez más, se equivocaban; se referían al ambiente civilizado del teatro Zizinia o del Alhambra, en las antípodas del bullicio incontrolado que se desarrollaba en las gradas del hipódromo —que evocaba una olla en ebullición—, con los hurras de los espectadores, un sordo mugir que el viento de Alejandría hacía resonar a lo lejos en el momento en que el galope de los caballos disparaba la adrenalina. En ese preciso instante, las damas con trajes elegantes y los señores no deseaban sino una cosa —de haber sido posible—: saltar por encima de la barrera blanca de la pista y montar su caballo preferido, en lugar de seguirlo con los gemelos, impotentes, y de gritar y darles ánimos con gesticulaciones ridículas.

El día en el hipódromo empezó con un episodio desagradable: durante el entrenamiento, una montura desobedeció e hizo caer al jinete, que, más por despecho que por ira, lo golpeó con su casco de yóquey. Copiosamente abucheado, quedó descalificado.

Al final de la primera carrera, Yvette y Marianzi habían perdido su apuesta y se consolaron yendo a tomar el té de la tarde. En cambio, la suerte sonrió a Paraskevás y Zanasís, al seguir el consejo de Konstandinou y apostar por el *outsider* que les había indicado.

Podrían haberse marchado inmediatamente después del éxito, pero el sastre tenía una pasión por las carreras e insistió para que se quedaran más tiempo. Si Zanasís hubiera resistido, si no le hubiera fallado la voluntad —al contrario de lo habitual en él—, sin duda no habría permitido ese desliz del destino, a menos que todo estuviera escrito y lo superara por completo. Más adelante, él mismo declaró que aquel domingo una mano invisible lo arrastró hacia la ilusión, hacia el juego.

El fuego, aquel que nunca se había apagado, que se había mantenido suavemente, insidiosamente, en un rincón de su alma durante todos aquellos años, hizo presa en él, en una

ciudad en la que las pasiones efímeras y la inestabilidad de los hombres a menudo echaban a perder su omnipotencia.

Además, ¿no era esa misma llama la que había transformado a Nehir en Marianzi? ¿No la había llevado a renegar de su fe, su patria, sus padres y su marido, a huir de Constantinopla, a volar muy lejos, esa tarde en el hipódromo de Alejandría, toda vestida de blanco, como un pájaro transformado en aparición? Quizá la única prueba de su vuelo fabuloso hacia la costa africana fuera el copete de plumas de su impresionante sombrero.

Sin embargo, si Marianzi no se pareciera tanto a su madre y no hubiera reanimado con su presencia el inmutable secreto de Zanasis, probablemente el tío de Kostís habría seguido prosperando en Alejandría, la hospitalaria. Ese domingo por la tarde en el que la divisó en el Sporting Club y ella reavivó el recuerdo de su primer amor, podría haberlo rechazado inmediatamente, con solo una punzada en el corazón; pero no. Volver a encontrar a su amada tal como era, sin cambio alguno después de tantos años, desencadenó un cataclismo. Intentó comprender y, a su pesar, se empotró en las redes del destino. En cuanto llegó a casa le atacó un malestar, diarrea y pérdidas de sangre, los síntomas típicos de la disentería. Un mal menor, como más tarde comprendería.

En los últimos tiempos, Dafni se despertaba a menudo en plena noche —las noches calurosas y húmedas de Egipto— perseguida por un sueño confuso. Daba una recepción y la fiesta estaba en su apogeo. Todos los amigos de los viejos tiempos habían acudido al encuentro, en medio del esplendor de las luces, el bufet, la música, los bailes y las canciones. De pronto, un adolescente de pantalón corto que se parecía a Kostís se presentaba en medio del alborozo; llevaba un cofrecillo en bandolera, hacía un escándalo de todos los diablos, acosaba y exasperaba a los invitados. Ella la emprendía con la criada, que se justificaba: «Pero es Kostís. ¿Cómo iba a cerrarle la puerta en las narices?». Su comportamiento sabotaba el ambiente, sin remisión. Uno tras otro, los invitados se desvanecían, igual que hadas de polvillo de oro. Pero lo peor aún estaba por llegar; cuando la última persona desaparecía, la risa de Andonis bromeando con el muchacho se extendía por la casa mientras ella se encontraba sola en medio del salón. No podía verlos, pero escuchaba sus risotadas, que se elevaban desde los sillones de respaldo alto en los que habían estado. ¡Ahora verán!, pensaba, y se precipitaba. No encontraba más que dos sillones vacíos; solo la esperaba la cigarrera de plata de Andonis. En el preciso instante en que iba a cogerla, una mano viril asía la suya y una voz cortés decía: *It's not proper of a lady like you*. Le acariciaba los cabellos y se inclinaba muy despacio hacia ella, como para besarla.

Se despertaba, afortunadamente, antes de que mancillara sus labios y, en la oscuridad, el corazón le latía con fuerza.

No conseguía explicar ese sueño, que se repetía casi cada noche, pero hurgando en su memoria se despertaron una multitud de recuerdos de su primera juventud. Ella era un buen partido y frecuentaba los salones de la buena sociedad, iba al teatro, participaba en todos los acontecimientos mundanos de la ciudad. Se exhibía vestida con uno de sus trajes de noche, un magnífico vestido de seda de Bengala color pistacho ajustado al cuerpo, realzado con encaje y un ancho cinturón de terciopelo color reseda. Las mangas, plisadas en acordeón, mostraban el mismo encaje a la altura de los codos. Y sus amigas, Penelopi Benakis, Efyenía Andoniadis y Faní Sinadinós, en el esplendor de sus dieciocho años, le dirigían cantidad de cumplidos sobre su

vestido y su peinado, que dividía sus cabellos en ocho y los estiraba hacia atrás. El vals de moda en la época, *Carmen Sylva*, servía de fondo sonoro a su sueño. Y para colmo, la caja de cigarrillos de Andonis se transformaba en carnet de baile, su querido carnet de baile en el que anotaba las piezas que había prometido a sus galanes. Su casa se metamorfoseaba igualmente: a veces evocaba la casa de los Ménache o la casa de los Sinadinós el día de la boda de Faní, mientras uno de los ángulos se modificaba para convertirse en una copia fiel del palco que en una época su padre reservaba en el teatro Zizinia. El conjunto le resultaba familiar y caro a su corazón; sin embargo, sentía una inexplicable melancolía, tan misteriosa como el solaz experimentado junto al noble egipcio que la reprendía por una falta que no había cometido.

No la había cometido, ¿verdad? No —aún no—. Pensaba en ello con frecuencia y luchaba por no perpetrarla. Quizá su tendencia a aislarse, adoptada en los últimos años, no tenía realmente origen en el carácter asocial de su marido, sino en el miedo de sucumbir, tarde o temprano a esa atracción. Hasta entonces, su único delito había consistido en hurtar en su juventud los abanicos de sus amigas, que la consolaban: «¡Ah, la Sengos, tiene la virtud de confundir los blasones». No era nada serio, evidentemente. Una sola vez, una sola, fue incapaz de resistirse y birló una estatuilla en casa de... —quería a toda costa olvidar quién era la anfitriona—, pero, enloquecida por completo, se había precipitado al vestuario y la había deslizado en el bolsillo de otra persona. Jamás supo en qué había quedado el asunto.

Su tendencia reprimida la hacía sospechosa. Llegó a acusar a una de sus invitadas de robar un medallón, lo cual nunca se pudo probar. Al principio, no dejaba jamás que los empleados de la casa se fueran sin cachearlos a conciencia. Ya fuese que reprimiera o que proyectara en los demás su cleptomanía, le era imposible deshacerse de ella. Sabía que reincidiría en un momento u otro, en algún lugar inesperado, probablemente entre desconocidos, como fue el caso en la calle Abd el-Aziz, en un gran almacén de El Cairo situado a dos manzanas de la sucursal de su marido, cuando pasaba unos días en la capital, lo cual habría podido evitar.

En el verano de 1915, había recibido un telegrama de su hermano Lukás en el que decía: «Estoy en El Cairo. Ven a verme. Tengo buenas noticias. Tu hermano Lukás».

Se lo enseñó a Andonis.

—Voy a ir. ¿A ti qué te parece?

—Haz lo que quieras. No olvides que en esta época la capital es un horno. Si tu querido hermano piensa venir aquí para lloriquear, prefiero que seas tú quien vaya a verlo.

Al día siguiente —cuanto antes, mejor— le enviaba un telegrama: «Llego mañana».

Tomó la decisión a la carrera. Por un instante, olvidó su lentitud y su indecisión en circunstancias parecidas. Pasó la tarde probándose ropa: el vestido blanco de lino adornado con encaje rivalizaba con un vestidito de algodón o con tal otro, sencillo pero impresionante, de seda color crema. Para la noche, tenía que escoger entre un vestido rosa sin escote, otro de seda suave azul claro completamente plisado, uno rosa con cinturón de satén o uno verde de satén brillante. Andonis, que habría podido dar su parecer, había desaparecido. Fawzia y Fátima se mantenían frente a ella y la miraban con la boca abierta. Miss Gaby, solicitada en última instancia, se mostraba igual de indecisa.

—¡Dios mío, qué pesadilla los viajes! —exclamó fuera de sí.

Pero, en el fondo, estaba contenta de volver a ver a su hermano, ausente desde hacía tanto tiempo. Su indecisión estaba omnipresente. Al día siguiente, Mahmud, el chófer, esperaba con el



motor en marcha para llevarla a la estación. No acababa de atiborrar las maletas y abrazar a sus hijos.

Cuando se encontró con su hermano, en El Cairo, a mediodía comieron en el restaurante de su hotel y lo olvidó todo.

Lukás estaba irreconocible. Había ganado unos cuantos kilos que le conferían un aire aristocrático. El bigote retorcido y abundante, así como la raya en medio de la frente completaban su afán de aparentar. Además del reloj de papá, del que nunca se separaba, tenía —hacía años que no se presentaba un acontecimiento así— un gran fajo de billetes que hinchaban ostensiblemente su bolsillo.

—Me alegro de anunciarte que *depuis longtemps* las cosas me van muy bien —declaró, en su modo tan particular de mezclar la *katarevussa*, el griego culto, con lenguas extranjeras.

—*This is really good news!* —Estaba esperando la continuación.

—Debes de preguntarte, hermanita, cómo es que Lukás, el eterno pordiosero...

—Bueno..., ¡tampoco pordiosero!

—Pordiosero, sí, pordiosero. Cómo, pues, de qué manera ha podido recuperarse.

—*Alors?*

—*Alors*, el pasado glorioso es una gran fuente de riqueza, Dafni.

—No comprendo bien, hermano.

—¿Cómo? A ti siempre te ha gustado la historia, deberías saberlo. Tu hermano se enriquece gracias a la historia.

—*Comment cela se fait?*

—¿Cómo? Hago como muchos europeos y levantinos de buena reputación en Egipto. Mira, por ejemplo, el mejor, el primero de todos, el gran Samuel Agiman.

—¿El judío?

—*Tu le connais?*

—Por supuesto. ¿Quién no conoce al gran Samuel Agiman? —dijo ella imitando su acento. Pero entonces hablamos del tráfico de antig...

La palma de Lukás se posó en su boca para impedirle pronunciar la palabra tabú.

—Querida, ¿por qué eres tan estirada? Solo es cuestión de revalorización de las riquezas arqueológicas de este país.

—¡Pero eso es robar, Lukás!

—¡Robar! ¿No has pensado nunca en el carácter sagrado de esa ocupación específica cuando permite que un aristócrata conserve su rango?

—No, nunca lo he pensado.

—¿No has pensado nunca en participar en una actividad de esa índole?

—*Tu es fou!* ¿Quieres que Andonis me estrangule?

—Andonis... *Of all the nerve!* Nunca he comprendido cómo ese nuevo rico ha pasado a formar parte de nuestra familia.

—No olvides que estás hablando de mi marido.

—¡Ah, Dafni, tú no estabas hecha para él, es evidente! Entre nosotros, se merecería que le pusieras los cuernos.

—*Don't be so coarse!* —le regañó, pero en el fondo estaba contenta de que hablara sin rodeos.

—En fin, es cierto que me ha ayudado dos o tres veces; impulsado, creo yo, por su complejo de inferioridad con respecto a mí.

Lukás era único para interpretar situaciones, lo cual llenaba de satisfacción su esnobismo desmesurado.

Una vez sola, Dafni seguía intentando reponerse del shock que le había causado la revelación de Lukás.

«Traficante de antigüedades... ¡Mi hermano, traficante de antigüedades!»

Después esta constatación, que la petrificaba de horror, le hizo considerar su propia debilidad con indulgencia. «A fin de cuentas, ¿qué representa mi cleptomanía, que he conseguido controlar por completo, hasta hoy? ¿Y si esa tendencia no fuese más que un elemento hereditario que corría por nuestras venas?» Dafni se acordó de las palabras de su hermano: tal vez tuviera razón en cuanto al carácter sagrado del robo cuando permite que se mantenga la jerarquía de las clases tradicionales. Al principio de la tarde, cuando esos pensamientos se agolpaban en su mente, entró distraídamente en la gran tienda de la calle Abd el-Aziz.

No era la primera vez que entraba en ese monstruo de almenas labradas, cuya bóveda dorada ofrecía una apoteosis en forma de turbante. La afluencia tanto fuera como dentro le procuraba una sensación de libertad. Su pasión no se apoderó de ella por completo. No del todo. Luchó contra sus demonios, valientemente, antes de abandonar la mano; su vestido de lino blanco estaba empapado en sudor. El aire era pesado. Distinguió una cosa que brillaba: ¿qué era, la necesitaba, cuáles serían las consecuencias si la pillaran en el acto? Ninguna de estas preguntas la rozó. Se apoderó de ella e hizo el gesto de deslizarla en su bolsillo; en ese preciso instante sintió una mano viril apoderarse de la suya y supo —aun antes de volverse— que vería al hombre moreno de su sueño que le diría con un tono de suave reproche: *It's not proper of a lady like you.*

¡Qué pena esperar toda una vida el día en que Veniselos nos honraría con su presencia, y guardar el recuerdo para el futuro! Así eran a veces los pensamientos de Andonis cuando recordaba la visita del etnarca a la fábrica. Un extraño con el que intercambiamos unos cuantos parabienes formales —¡en el mejor de los casos!— y lo consideramos un honor insigne.

Es verdad que los años siguientes se deslizaron imperceptiblemente por los raíles del tiempo. Y aunque la Gran Guerra monopolizó el interés de la sociedad alejandrina, su evolución, tal como se perfilaba en los diversos frentes, iba a estrellarse como un eco amortiguado en las orillas del Nilo, un acontecimiento del pasado consignado ya en los libros de historia y que se podían leer sin dificultad —si se tenía curiosidad por los hechos— en las columnas de los periódicos. Ni siquiera la expedición de Gallípoli, que partió del puerto de Alejandría, consiguió sacudir la conciencia plácida de los alejandrinos. El estrecho de los Dardanelos quedaba lejos y el ruido de los cañones, el tronar de la guerra, no llegaban hasta sus oídos. La llamaban «la más terrible de las guerras»; debía de serlo, por cierto, porque los hospitales de la ciudad pronto estuvieron desbordados de heridos. El mismo casino de San Stefano había sido requisado y convertido en dispensario.

En la ciudad, todo lo que podía sorprender ya estaba hecho cuando se enteraban —consecuencia lógica de la severa censura impuesta por los británicos—. De este modo, ya nada constituyó una noticia; la existencia se parecía, en cierto sentido, al ondeo sin fin del Mediterráneo, y los hechos no dejaban más que la espuma de una estela. Los cambios confusamente perturbadores solo proporcionaban a Andonis y sus semejantes la ilusión de estar

vivos, cuando en realidad cada cual ignoraba por completo las conmociones acaecidas en las vidas de sus seres queridos, de la misma manera que olvidaban que la carrera del tiempo no se interrumpía para nadie, para ninguno de ellos, y principalmente para él, Andonis.

Así, el final de la guerra no logró alterarlo, al menos no tanto como el shock que experimentó cuando cayó en la cuenta de que Kostís había dejado de ser un niño. Sin duda porque esta toma de conciencia llegó seguida de un escándalo que hizo mucho ruido en los salones de Alejandría de la década de 1910.

Entretanto, y sin que él lo supiera, Yvette seguía dirigiendo la casa de Mustafá Pashá; nada se había filtrado de su relación singular con Roxane. Una sola vez, tumbado voluptuosamente entre sus brazos, se dignó interrogarla. «El otro día te vi por Sherif Pashá paseando con una mujer (se refería a Marianzi). ¿Es una amiga tuya?» No escuchó la respuesta, como tampoco fue consciente de la agitación que provocó. Su amante no estaba dispuesta a llevar una vida de cautiva en el microcosmos de la calle Sultán Hussein, algo de lo que no se daba cuenta, no por ingenuidad sino en razón del espíritu de economía que dirige la existencia de los hombres muy ocupados; lo cual, a los ojos de los demás pasa por indiferencia. Al igual que no prestó apenas atención a los viajes a El Cairo de Dafni, que se habían multiplicado durante una época. Es cierto que su sonrisa de completa felicidad de los últimos tiempos lo sorprendía un poco, pero sus frecuentes ausencias lo aliviaban y estaba muy lejos de imaginar nada reprensible. No obstante, lo inquietaban algunas señales en el comportamiento de Majos, pero, como en los otros temas, no estaba dispuesto a ir al fondo de las cosas. Se conformaba con manifestar su asombro: «Nuestro pequeño es tan juicioso como una niña». Por supuesto, no era más que una manera de hablar.

Y si estaba tan poco atento a los suyos, es posible imaginar cómo era con las otras personas. Por ejemplo, le prestó dinero en dos ocasiones a Zanasis Bostantsoglu, sin preguntarse nunca por qué diablos un negociante que según la opinión general prosperaba como pocos necesitaba un préstamo. Por otro lado, las relaciones especiales de Elias con la administración británica le parecían totalmente naturales, y se negaba con obstinación a tomar en serio los rumores que lo consideraban un agente de los servicios secretos. De hecho, durante esos años tenía la mente ocupada por preocupaciones sin fin; proveer cigarrillos al ejército británico de Oriente Próximo era una operación delicada que la guerra complicó añadiéndole numerosos obstáculos. El transporte marítimo se volvía cada vez más difícil y la falta de papel a menudo puso en peligro el futuro de la industria del tabaco. La ampliación de la fábrica y la automatización de la producción —una cuestión de importancia capital— se retrasaban a causa de la parsimonia con que los bancos concedían los créditos. «Somos nosotros quienes les damos, no ellos quienes nos dan», le dijo un día a Zanasis, en tono de broma, con una clara alusión a su cuñado, el director del Banco Land. Pero se daba perfecta cuenta de que él mismo no podía darle préstamos continuamente. Los cambios en la jerarquía del alto comisionado le producían una seria inquietud, a pesar de las afirmaciones del Libanés. Esto se intensificó en enero de 1917, cuando Koshner fue a visitarlo para despedirse. Del colonialista altivo de otro tiempo tan solo persistía la cortesía del *gentleman*, ahora lastimoso, envuelto en un enorme abrigo color canela. Sus esfuerzos por conseguir el puesto de alto comisionado habían fracasado una vez más, ya que finalmente el importante sir Reginald Wingate había sucedido a sir Henry Mac Mahon. *It's unfair, mister Járamis. You see, militarists monopolize all the offices at wartime.* Mientras se lamentaba, las espesas patillas, que se había dejado crecer hacía poco para ocultar sus orejas despegadas,

jugaban al yoyó y subrayaban sus palabras.

La dimisión de Koshner no fue la única espina clavada en sus negocios. Su correspondencia comercial de los años 1915-1918 resumía sus esfuerzos por superar los desafíos generados por la guerra: «Muy señor mío... Ponemos en su conocimiento que, en el tabaco que hemos recibido el .../.../1915 había nueve paquetes empapados en aceite. Hemos llamado a su representante...», o: «Por lo que respecta al precio del papel de cigarrillos dorado, espero que usted, así como su secretario, recordarán que en las últimas cuentas del mes de junio de 1916 habían aceptado concedernos un descuento adicional del cinco por ciento sobre el precio convenido. Le rogaría que...».

Y como si eso no bastara, el conflicto entre monárquicos y partidarios de Veniselos se había envenenado; Andonis Járamis, receptivo a la exhortación de Zanasis, superó a menudo los límites, sobre todo en el envío de la carta dirigida al cónsul Sajturis en la que, entre otras firmas, la suya ampliamente extendida sobre toda una línea saltaba a la vista de inmediato:

*Honorable señor cónsul en Alejandría, por la presente le rogamos que alerte a los responsables del carácter odioso de la nominación, dentro de sus servicios consulares, de Filipos Dragumis, ferviente monárquico y germanófilo. La Unión de Liberales de Alejandría se reserva el derecho de tomar cualquier iniciativa a fin de poner término a esta decisión provocadora. Con nuestros distinguidos saludos...*

Era la rutina diaria, insípida, que le quitaba todo el vigor; trabajaba duro desde su más tierna infancia y se había jurado darse a sí mismo, algún día, tiempo para disfrutar de lo que había ganado al precio de semejante labor. Sin embargo, las dificultades y los disgustos cotidianos podían siempre con su voluntad. Deseaba cambiar de vida, pero, en el fondo, lejos de sus mezclas de tabaco que él era el único en lograr de manera tan magistral se sentía mal, como un pez fuera del agua. Permanecía atado a esa excesiva actividad sin salida, agradablemente sorprendido o decepcionado, según los días, y sin ignorar que la muerte lo sorprendería en medio de sus sinsabores y angustias.

Desde la noche de los tiempos, existen en Egipto una plétora de mercaderes ambulantes que anuncian su paso por medio de un ruido característico de la práctica de su oficio. Kostís ya los reconocía. ¿Platos metálicos entrechocando como castañuelas? Ya se sabía que por la esquina de la calle surgiría el caldero plateado lleno de *arguissus*, bien sujeto a la espalda del vendedor que servía la bebida ligeramente amarga en unos vasos mejor o peor lavados. El vendedor de galletas llegaba precedido del tintineo de sus dos varillas de hierro; en cuanto al *karagueuz*, que representaba en la calle Araoz la versión árabe de su espectáculo de marionetas, utilizaba como preludeo unas notas de trompeta y tambor. En los barrios populares, mujeres egipcias entradas en carnes medían a su modo, partiendo de la nariz y estirándolas hasta la punta de la mano extendida, las piezas de ante que ofrecían a la venta. En las plazas, faquires, magos y hombres de una fuerza poco común ejecutaban números capaces de cortar el aliento. El exhibidor del oso hacía bailar un estribillo al animal encadenado para divertir a los parroquianos. Y todo el resto, los vendedores de pistachos, los hornos sobre ruedas para asar los boniatos, los asadores ambulantes que ofrecían

maíz y pescado del Nilo sobre sus chapas perforadas, los bazares y mercados cargados de mercancías... La vida de la calle, igual que una araña gigante, atrapaba en su tela la imaginación de muchachos como Kostís, que había pasado la adolescencia explorando las calles de Alejandría.

El edificio de Bab Sidra continuaba siendo su cuartel general; el tío Zanasis había pospuesto sus proyectos de construcción de un chalet, prefiriendo invertir sus ganancias en las carreras de caballos que su mujer, con mucho ingenio, comparaba a los torbellinos que se veían desde la playa de Agami. La tía Maria tenía el don de recuperar su juventud solo con una sonrisa, y mimaba sin descanso el paladar de su marido elaborando minuciosamente platos delicados de su isla, Simi; solía alternar fowl, falafel y mulujiá —una sopa de color verde oscuro— con la intención de variar sus recetas tradicionales. Cuando no iba a ordenar la tienda y correr detrás de los empleados, se quedaba en casa y la emprendía con el aprendiz que le llevaba las camisas planchadas, con una sirvienta de la que sospechaba que les robaba o con Nikitas que, al contrario que sus hermanos, no se había vuelto más juicioso con la edad.

Por consejo de su primo, Kostís iba con frecuencia de visita al edificio de Camp César, donde sacaba provecho de la bella Aziza sobre un colchón duro y unas sábanas de tela tan áspera como la lona de los barcos, que le recordaban los veleros del puerto Oeste. Olía bien, a laurel y a limón, y era incapaz de determinar si los aromas venían del cabello y los senos de la muchacha egipcia o de las hojas de laurel y cáscaras de limón que añadían a la colada. Mientras se sumergía en el cuerpo de la joven, Nikitas jugaba a las cartas con el marido, el bauab Omar, la partida del revolcón. A veces se iban sin desembolsar un céntimo; otras veces tenían que pagar el doble o el triple del precio.

El tiempo pasaba y los dos primos, sin darse cuenta, iban pasando de clase, una tras otra, en la escuela Averofio. Nikitas fue el primero en terminar, en 1916. El 26 de junio hubo una gran ceremonia en el complejo escolar de Shatby; el patriarca, en compañía del cónsul, entregó el *apolitirion*, el título de bachillerato, a los alumnos del último curso. El primo de Kostís resplandecía en su uniforme de gala. Había dominado su mechón rubio con una capa de brillantina para no provocar a los profesores. La tía Maria, embutida en un vestido azul pálido de seda ligera —«de moda hace al menos veinte años», subrayaría después Dafni—, no se separaba de su pañuelo y se enjugaba los ojos continuamente, más por aburrimiento que por necesidad.

Nikitas le pidió permiso a la tía Dafni para llevar a Kostís por la tarde al casino de San Stefano.

—¿Qué vais a hacer en el casino, vais a ver *les blessés*?

—Claro que no, tía. ¿No sabe que han renovado el casino y que ahora se dedica otra vez a su verdadera función? Quiero invitar a Kostís a una limonada para celebrar el final de mis estudios.

—¿Y qué puedo decir? —Dafni detestaba que Nikitas la llamara «tía». ¡Como si mi permiso contara para algo! Tenéis que prometerme al menos que no os quedaréis por allí hasta tarde. *C'est promis?*

—*C'est promis!*

Por la tarde, los dos primos cogieron el tranvía a San Stefano. Hacía calor y Kostís llevaba una camisa blanca ligera que se había remangado. En el trayecto, admiraron los vergeles de Bakos, rodeados de casas de campo, las mansiones de Mustafá Pashá y de Ruchdi. Por un lado, los sicomoros, heveas y jacarandás de flores rojo sangre y bosques de palmeras y, por el otro, el

mar inmenso, semejante a una pintura de drapeados azul claro y encaje blanco.

Toda la buena sociedad se había dado cita en el casino. La orquesta tocaba aires clásicos, pero el repertorio era pobre, pues la administración británica había prohibido que se tocara música alemana. En vez de limonada, Kostís bebió dos o tres cañas de cerveza; ligeramente ebrio, se burló de las cicatrices en las mejillas de los camareros negros, que lo miraban con cara de pocos amigos. Nikitas se preguntaba si había hecho bien en dejarlo beber. Y como si eso no bastara, quiso probar su primer cigarrillo; pero la llegada de un amigo de su padre frenó su impulso.

—¿Qué mala suerte, el copto! —murmuró mientras se apresuraba a hacer desaparecer el cigarrillo en la arena.

Se trataba de un egipcio, industrial del papel, llamado Butros Abdel-Massish, alguien cercano a Andonis Jámamis en el mundo de los negocios, a quien había sacado de un apuro en varias ocasiones al escasear el papel durante la guerra. Alto, fornido, monstruoso y velludo como un oso, sin embargo su tarbush ocultaba un cráneo con una extensa calva. Su mirada de animal tosco podía confundir a quien lo rodeaba, pero según la opinión general, el riquísimo egipcio pasaba por tener un carácter dulce como el de un cordero. Le hizo una señal a Kostís, que lo saludó a su vez.

—¿La que está a su lado es su hija? Está para relamerse, *cousin* —señaló Nikitas.

—Eres un verdadero cretino. Es su mujer.

—¿Su mujer? ¿Estás seguro, primo?

—Es la primera vez que la veo. Pero sé que se ha casado con una mujer joven, debe de ser ella —insistió Kostís en tono serio.

—La copta está jugando a ser europea. ¿Te has fijado en la sombrilla, la capelina y todos esos frufús de seda?

—En todo caso, tiene aspecto de europea, *cousin, n'est-ce pas?*

—Pues bien, esa mujer está hecha para el amor.

—¿Estás loco?

—Haz caso a tu tío Nikitas cuando te habla. Eres joven y aún no has salido de tu aldea, pero con mi ayuda lo lograrás. Esa mujer lleva la marca del amor en la cara.

—¿Tú la ves?

—Tiene ganas, te lo digo, y mejor dos veces que una.

—Estás diciendo tonterías, «tío» Nikitas.

—Y tú, como de costumbre, no eres más que un rajado —respondió el *cousin* enjugando un poco de espuma en sus labios.

—No soy un rajado y lo sabes muy bien.

—Entonces, me gustaría verte nadar en aguas profundas, alegrarme por ti.

—Prefiero sumergirme en el pozo del diablo que en los brazos de quien tú sabes. Si escapo a Butros, seguro que mi padre me colgará.

—¿Ves como eres un rajado? Pero tengo un presentimiento. Vas a divertirme mucho con esa mujer, *cousin*.

Kostís escrutó la compostura seria de la joven, erguida como una estatua, y pensó una vez más que su primo decía lo primero que se le pasaba por la cabeza.

*Incroyable!*, repetía una y otra vez Dafni, intentando describir con una sola palabra cuánto

había crecido Kostís; tan solo un verano y había dejado atrás la infancia para convertirse en un hombre. *Incredible!* cuando veía los pantalones del año anterior llegarle apenas a los tobillos. *Incredible!* cuando, a pesar de sus esfuerzos, no conseguía que le cupieran las camisas de la primavera anterior. *Incredible!* cuando le veía tirando de las mangas de su traje de marino, y eso si lograba que le llegaran hasta las muñecas, o cuando intentaba en vano calzarse sus escarpines preferidos y empezaba a cojear, por no admitir que necesitaba un tamaño dos números mayor para estar cómodo. Dafni atribuía su crecimiento fulgurante a sus actividades deportivas: tenis, fútbol, críquet y un poco de vela.

Igual que un arbolito que extendiera sus raíces dentro de la tierra bendita de Egipto para llegar a ser gigantesco día tras día, el hijo de Andonis y Dafni recordaba a una palmera esbelta cuya sombra pesaba ya como la de un hombre. Su voz también se había vuelto más grave, lo cual halagaba los oídos femeninos. Sonaba de forma muy agradable en el salón de la casa cuando, guiado por miss Gaby, interpretaba arias de barítono.

Dafni tenía razón al estar orgullosa e inquieta a la vez. Si hasta el momento Kostís se había mostrado como un verdadero diablo, quién sabía por qué caminos peligrosos podía arrastrarlo esa madurez prematura. Pero ni siquiera ella, que lo había traído al mundo, supo discernir el «mal» detrás de los ojos bajos, las sonrisas imperceptibles, las señales y complicidades secretas. Y cuando Andonis quiso hacerla responsable, verdaderamente no supo qué responder.

Los dos fueron del mismo parecer; el inicio de la desgracia databa de su visita en familia a la *ezba*, la casa de campo, de Butros Abd el-Massish en Abu el-Matamir, donde el riquísimo egipcio había construido un palacio con piedras de las que se utilizaban para la construcción de castillos y adornado con almenas en pirámide en los cuatro puntos cardinales. Al ver el aspecto rubio grisáceo de la casa, daba la impresión de que se trataba de una prominencia, natural y elaborada a la vez, posada sobre el vientre de la tierra fecunda.

Aunque era domingo, un centenar de campesinos trabajaban febrilmente en los campos de algodón que rodeaban la *ezba*. Flotaban en el aire efluvios agradables, como de una ligera agua de Colonia, y Butros dijo en un griego impecable:

—Ese olor indica la presencia de gusanos. Hay que cogerlos enseguida. Pero antes hay que «peinar» las plantas, para quitar las hojas agusanadas.

Vaciaban los sacos llenos de hojas afectadas por la plaga en un rincón apartado de la plantación y después les prendían fuego.

—Me sorprende que combines el algodón y el papel.

Era conocida su aversión por el algodón, sobre todo por parte de los industriales que se dedicaban a él.

Butros sonrió con complacencia. Kostís, dotado con una lucidez de adolescente, distinguió en su rostro una fatuidad contenida, semejante a la que había notado en el casino de San Stefano aquel domingo de principios de verano. Se dijo que, de algún modo, la vida debía castigar a ese hombre que sin vergüenza alguna se vanagloriaba de tantas cosas: de Zihan, su joven y guapa esposa, de su conocimiento del griego, de sus riquezas y de sus actividades profesionales pero, sobre todo, de Yussef, su hijo de dos años, un niño de extraordinaria belleza al que llamaban también Joseph. El pequeño se parecía a su madre, y cada palabra suya, cada gesto, se convertían en tema de conversación en la *ezba*.

A lo largo de todo el día, el anfitrión no había cesado de hacer gala de sus posesiones,

empezando por sus caballos. Hasta Majos tuvo que montar una pequeña yegua color canela. Dio la vuelta a la propiedad y se ganó todos los cumplidos por su porte altivo de jinete. Después invitó a Kostís y a su padre a cazar palomas torcaces en los campos de maíz. Andonis no había tocado un fusil desde hacía mucho tiempo; en cuanto a Kostís, no apreció demasiado esta primera experiencia, en especial cuando vio el estremecimiento de dolor de las pobres aves antes de caer.

—Ya te acostumbrarás —dijeron los otros dos.

¿Se acostumbra uno a la muerte?, pensó Kostís.

Uno no se acostumbra ni a la muerte ni a la soledad.

—Algunas veces siento un peso en el corazón. Desorientada, observo las estrellas. No tengo a nadie aquí para hacerme compañía. *C'est bien dommage!*

Zihan se confiaba a Dafni, mucho mayor que ella, que la escuchaba afectuosamente, un poco como una madre. Mientras los hombres se entregaban al ritual de la siesta, ellas tomaban el té solas en el salón de muebles labrados en madera maciza, fabricados por maestros artesanos de Damette. Las gruesas paredes de la ezba podían con el calor de mediodía. El sol penetraba discretamente, se adivinaba en los reflejos sobre la madera, el cristal o la plata. En ese ambiente de recogimiento, la joven copta parecía una *madonna* y la tristeza que se manifestaba por un imperceptible estrabismo en sus ojos oscuros aumentaba aún más su encanto. Dafni pensó que Zihan sería mucho más feliz en los brazos de un hombre más joven; apartó ese pensamiento, esbozó una sonrisa incómoda y prefirió decir:

—Tengo que decir que el *déjeuner* era extraordinario, *magnifique*. Pichones acompañados de arroz pilaf con leche, cocinados a fuego lento en una cazuela de terracota. Querida, puedes creerme, es la primera vez que los como. *Incroyable!* Haber nacido en Egipto y no haber probado nunca esta especialidad. Aunque solo fuera por este motivo, estaría dispuesta a volver. *Sans blague!*

Zihan no ocultó cierta morosidad al apreciar que Dafni permanecía insensible a sus dificultades. Si hubiera tenido un poco más de experiencia habría comprendido que su interlocutora había desviado la conversación por pura delicadeza.

Se callaron y observaron a los campesinos que trabajaban inclinados sobre el suelo. En los palomares, las palomas arrullaban ruidosamente.

—Están flirteando. Las palomas gozan del amor mucho más que nosotros, los humanos.

Su rostro se iluminó de pronto, como si esta frase hubiera resuelto el problema del que Dafni acababa de ser confidente.

Aparentemente, Butros intentaba impresionar a su invitado a toda costa. Al caer la tarde, en el momento en que la familia Járamis se disponía a volver, llegaron de Alejandría músicos egipcios. En traje de etiqueta pero con tarbushes, se instalaron en el gran salón para tocar valsos y contradanzas. El ritmo indolente de la música invadió la estancia de mobiliario pesado y labrado, se escapó por las puertas de vidriera abiertas de par en par y se perdió en el corazón del paisaje africano bañado en la calma del día que tocaba a su fin. Un poco anticuados, los estribillos le recordaron a Dafni su primera juventud cuando, ansiosamente, apretaba contra el pecho su carnet de baile lleno de los nombres de sus acompañantes. En los últimos tiempos la invadían pensamientos de esa época. Sin embargo, se sentía en su derecho. Había hecho las paces consigo misma, con sus pasiones y sus deseos. Había conseguido transmutar su cleptomanía reprimida en algo tangible. Se había dado cuenta de que su problema, al fin y al cabo, no tenía nada que ver con



su humillante propensión a robar pequeños objetos en casa de los amigos, en las tiendas o en los hoteles, sino que poseía una dimensión más amplia y más rentable. Ante todo, ahora era dueña de su propia existencia, una segunda vida —tan real como la otra— que apreciaba plenamente con ocasión de sus viajes a El Cairo. De hecho, experimentaba cierta culpabilidad con respecto a Andonis, pero él no suponía un verdadero obstáculo —a menudo incluso la sorprendía desagradablemente su indiferencia—. Su ensoñación quedó interrumpida por la llegada de los vecinos de al lado, una familia copta, y la señora Járamis comprendió que también eran aficionados a la cultura europea. El hombre, alto y elegante, hablaba francés de una forma enfática, con el fin de parecer *assez occidental*, y, en cuanto a la mujer, Dafni creía haberla visto ya una o dos veces en cócteles chic de algunas casas levantinas de Alejandría. Los hijos de la pareja, vestidos también a la occidental, eran más jóvenes que los suyos; se mostraban reservados para su edad y miraban constantemente a sus padres, al acecho de su consentimiento para realizar el menor gesto. Su llegada animó el ambiente y, en un momento de entusiasmo, Butros tomó a su vecina por la cintura y la hizo girar, riendo, al son de un vals. Dafni bailó con Majos el siguiente; todo el mundo estuvo de acuerdo en manifestar que ese chico tan guapo tenía gran facilidad para el baile.

Sin embargo, Kostís robó el protagonismo cuando cantó dos *lieder* de Schubert, acompañándose al piano. Su voz potente se aterciopelaba en los agudos y seguía con una facilidad desconcertante los desvíos bruscos de la melodía. De nuevo estuvieron de acuerdo en apreciar la magnífica voz de barítono del hijo de Andonis y Dafni se fijó en que Zihan lanzaba furtivamente miradas más que tiernas a su hijo.

El orgullo de Butros quedó dolido en lo más vivo por la excelencia de la actuación de los hijos de Járamis. No acababa de desplegar sus riquezas y, para coronar su vanagloria, se le ocurrió la idea funesta de lanzar a su mujer en los brazos de Kostís. El joven griego no tenía la gracia de bailarín de su hermano, pero su seguridad y su fuerza inspiraron la suficiente confianza a su pareja para echar el busto hacia atrás y dejarse llevar y dar vueltas sin fin. Reflejos anaranjados inundaban el salón. El ambiente, que no podía ser más romántico, invitaba al idilio y Zihan, sin darse cuenta, se dejó encandilar por los rayos del sol poniente; cada giro del vals en esos brazos jóvenes y vigorosos la atrapaba más en las redes del amor. Solo Dafni percibió en el aire ese extraño deleite, sin llegar por ello a imaginar la atracción que Kostís y Zihan sentían ya el uno por el otro; ella no podía hacer más que ocultar semejante hipótesis. Pero el veneno ya estaba inoculado.

Dos semanas después, Butros, Zihan y el pequeño Yussef devolvieron la visita a los Járamis. Su llegada a la calle de los Abasíes se caracterizó por un lamentable incidente. Andonis tuvo que castigar con sus propias manos al chófer, Mahmud, que se había comportado de forma grosera con el industrial egipcio.

Kostís no fue testigo de la escena, pero vio a su padre propinarle dos bofetadas en el rostro cuadrado y moreno de ojos pequeños y astutos, así como la reacción servil del chófer, que se arrodilló para besar las manos y los pies de su patrón. Nunca había apreciado a ese hombre y, al contrario que a su padre, no le inspiraba ninguna confianza.

Era la primera vez que Butros iba a su casa, en el Barrio Griego, y cuando entró en la sala de recepción en la que, con excepción del pequeño salón de estilo Renacimiento, exhibía su

magnificencia el estilo Luis XV, entre Gobelinos y arabescos imponentes, se sintió —¿cómo expresarlo?— un poco menos «europeo». Su vértigo se acentuó ante las consolas rococó, las cómodas opulentas y torneadas y las sillas bajas Luis XV para sentarse junto a la chimenea, tapizadas de seda con motivos campestres. Febril, deseó visitar toda la casa; le hicieron ese honor. Cada estancia, cada espacio, hería un poco más su orgullo. A partir de entonces se consideró inferior a su anfitrión y se comportó de un modo extraño hasta la comida. Dafni comprendió de qué se trataba: se enfurruñaba como un niño, por tonterías; por lo demás, como le caía más bien simpático, intentó disipar su mal humor. Cuando estaban sentados a la mesa, se volvió hacia Zihan, que estaba radiante, y le dijo:

—Nos hemos esforzado en elaborar un menú digno de vosotros, aunque, para mí, nada puede igualar los pichones que tuvimos el privilegio de degustar en la ezba. ¿Qué dices tú, Andonis?

Él asintió con un gesto, y Butros soltó un suspiro de alivio, satisfecho de marcar tantos al fin.

—Estamos bien instalados, no me quejo, pero no hay nada comparable con la vida al aire libre en la ezba y los muchos beneficios del campo. ¡Felices los que pueden disfrutar así de la existencia! —dijo Járamis con complicidad.

La sonrisa volvió a aparecer en el rostro del copto, que recuperó su buen humor y, a su vez, hizo un elogio de la residencia de los Járamis.

Dafni experimentó la satisfacción de quienes saben actuar con los demás y se aposentó cómodamente en el fondo de su silla. En ese momento distendido, nadie prestó atención a Zihan que, en un francés muy refinado, le hizo un cumplido a Kostís por sus hermosos ojos. Su frase se fundió en el entrechocar de los cubiertos. La comida transcurrió a las mil maravillas. Hasta el pequeño Yussef sonreía muy a gusto.

Las dos familias siguieron visitándose mutuamente y nadie sospechó el giro que tomarían los acontecimientos en el transcurso del verano de 1917 —ni siquiera los propios interesados.

Ese verano Kostís experimentó por primera vez un sentimiento extraño. Sin remisión, era presa de un afán inexplicable; tenía prisa por que llegara el invierno y terminar los estudios. Siempre le hablaba de ello a Nikitas, que no lo comprendía muy bien.

—*Cousin*, el colegio es un pretexto para escapar a todo. Mírame a mí. Cuando dejas las aulas, la vida y todas las responsabilidades caen sobre ti. ¿No te das cuenta de lo que tengo que soportar? Siempre ando detrás de mi viejo para arreglar lo que no va bien. Por un lado, los caballos, por el otro, el conflicto perpetuo entre partidarios de Veniselos y monárquicos. ¿Sigue teniendo aún la cabeza en sus negocios?

—¿Cómo crees que se las compondrá tu padre, *cousin*?

—¿Qué se puede hacer? Zanasís ya no es un niño. ¿Darle consejos? Me moriría de vergüenza. Es él quien tendría que dármelos...

—Estás exagerando. Seguro que las cosas no van tan mal...

—Desengáñate. El otro día, la señora Maria me dio a leer un documento escrito en árabe que atañe a mi padre. ¿Sabes lo que era? El viejo ha hipotecado la tienda. ¿Comprendes lo que eso significa, Kostís? El barco hace agua; nos estamos hundiendo. ¿Cómo ha podido perder sus facultades hasta ese punto?

—Vamos, lo estás viendo todo demasiado negro. Tiene que haber una solución.

—¡Eso crees tú!

—¿Has hablado con tu madre?

—¿Estás loco? ¿Quieres que a tu tía le dé un ataque o qué?

—Estoy de acuerdo. Más vale que no le digas nada. Ya encontraremos una solución.

—No, déjalo. No soy optimista, *cousin*. Mientras que tú..., con tu buena vida de colegial, ¿te atreves a quejarte?

—No digas eso. Siempre hay problemas.

—¿Y qué tipo de problema puede tener alguien como tú, por ejemplo?

—Pues bien, soy yo quien te pregunta. ¿Qué debo hacer con la mujer del copto?

—¿De qué mujer del copto me estás hablando?

—Pero si la conoces. La viste el año pasado, en el casino de San Stefano. ¿No te acuerdas? La familia del industrial del papel a la que solemos visitar en el-Matamir. Ya te he hablado de ella.

—¡Ah, sí! Me acuerdo. Incluso te había recomendado que le echaras el guante. Me he informado. La hermosa se hace la tímida, pero tiene afición al amor galante, ya sabes lo que quiero decir. Incluso dicen que no quiere tener otro hijo porque cree que estropeará su silueta de ensueño. ¿Ves el panorama? En resumen, no hay que desaprovechar una oportunidad como esa.

—No es tan sencillo. Mi padre tiene relaciones con el copto por asuntos de negocios. No quisiera echarlo todo a perder por una chifladura, ¿comprendes?

—Entonces, quédate dónde estás.

—Sí. Pero es la segunda vez que me encuentro con la copta en el Sporting Club. Incluso hemos jugado al tenis. Y además, hemos prometido volver a jugar.

—*Bien joué*, ¡vaya con la copta!

—Y yo te pregunto: ¿qué hago si me sugiere que nos encontremos en otra parte?

—Tómate tiempo. Jugad sin prisas las partidas de tenis y deja que las cosas fluyan.

—Me permito insistir porque no estarás allí el día en que...

—Y tú ¿no tienes bastante cerebro para evaluar la situación?

—No es eso, ya lo sabes. Nuestra ciudad es un pañuelo; los amores clandestinos no se ocultan fácilmente. Basta con cruzarse con un individuo por casualidad...

—*Ne t'inquiète pas*. Cuando la hayas cautivado, ya me encargaré de encontrar a mis dos tórtolos un nidito bien confortable.

—Eres el diablo en persona. Me empujas al crimen sin el menor escrúpulo.

—*Well, all off the nerves!* ¡Encima me vas a echar una bronca!

—Muy bien, entrego las armas. Dime cuál es tu plan.

—Mi plan... ¿Conoces la calle Kaent Gohar?

—Hablas de la calle de la iglesia copta, donde se encuentra la iglesia de la Asunción.

—Exactamente. Dos buenos amigos y yo mantenemos en esa calle a una chica bien para tener las comodidades necesarias. Es un piso espacioso, con dos entradas independientes y un pasillo largo. Digamos que allí uno encuentra espacio para albergar discretamente un gran amor. Y, además, ella es copta, tiene una excusa de antemano: una visita pía a la iglesia de la Asunción.

—Te lo repito: eres el diablo en persona: empujas a una buena cristiana a los caminos de la perdición.

—Escucha, no hay prisa. Cada cosa a su tiempo.

La hora del amor sonó para Kostís mucho antes de lo que hubiera imaginado. A los diecisiete años, seguía saboreando el amor venal de Aziza. En su cama disfrutaba de los encantos del cuerpo

vivaz que se le entregaba, tal vez sin pasión pero con celo. Y la benevolencia de Omar, que entregaba a su mujer al ardor de dos adolescentes —aun mediante dinero—, ¿no estaba dictada por un afán de emulación destinada a excitar sus fantasías como suele sucederles a hombres de cierta edad? Con excepción de Aziza, las experiencias amorosas de Kostís seguían siendo del ámbito de la imaginación, donde le dejaban la impresión de algo inacabado, como una vez en que, hacía dos años, había sorprendido a una pequeña sirvienta egipcia —una sobrina de Fawzia— mientras robaba y la obligó a masturbarlo hasta conseguir una eyaculación ansiosa y precipitada. Todo había sucedido en la bodega, con el constante temor de que los sorprendieran; la pequeña no cesó de sollozar mientras acariciaba su sexo con torpeza. Lanzó un grito de estupor cuando el esperma espeso y blanco le embadurnó la mano, lo que disminuyó el placer de Kostís. Quizá por ese motivo, en cuanto se subió de nuevo los pantalones, fue a contarle la escena a su madre, que despidió de inmediato a la pequeña sirvienta.

Ese tipo de episodios no colmaban su sed de romanticismo, ya que, a pesar de su naturaleza rebelde, no por eso era menos sensible a los sonetos de Shakespeare, a la poesía de Shelley, Byron, Rimbaud, Mallarmé y muchos otros. Por muy increíble que pareciera, la fiera del Barrio Griego deseaba nada menos que conocer el amor único y absoluto, vivir una historia hecha de abnegación y sacrificio, una pasión sin límites ni concesiones. Estaba, pues, mentalmente a punto no solo para jugar a la pelota con la bonita Zihan, sino también para fomentar citas secretas, dar largos paseos por las playas desiertas, jugar en medio de las olas, compartir confidencias frente al sol mientras este inflamaba el horizonte, y por último fundirse en el instante mágico en que dos seres se unen contra la voluntad de Dios y de los hombres, símbolo de todos los componentes del amor: simpatía, deseo, duda, entusiasmo, desconfianza, verdad, mentira, pasión y sensualidad.

El alma indomable de Kostís estaba dispuesta a todo salvo a sufrir un vapuleo ideológico, y se quedó muy sorprendido la primera vez que oyó proclamar a Zihan: «Esta tierra nos pertenece en su totalidad a nosotros, los coptos; nosotros somos los únicos verdaderos descendientes de los faraones. Ha de llegar un día en que vosotros, musulmanes, levantinos, griegos y europeos, que infestáis nuestro país con vuestra presencia, tendréis que largaros todos de aquí». Al principio creyó que era una broma de la joven que, a fin de cuentas, observaba al pie de la letra y con una devoción casi religiosa los usos y costumbres de los europeos. Pero cuando se dio cuenta de que ella creía firmemente en cada una de las palabras que estaba profiriendo, comprendió aliviado que, llegado el momento, su fanatismo le proporcionaría el pretexto para liberarse de esta relación sin salida.

Pasaron tres meses hasta que los dos enamorados se deslizaron del Sporting Club al mullido colchón del piso de Kaent Gohar —según los planes de Nikitas y a la hora en que se suponía que Zihan debía asistir a misa en la iglesia de la Asunción—. La ciudadela de virtud que presentaba la guapa copta no se dejó tomar tan fácilmente como ella misma había dado a entender. Járamis hijo incluso creyó en un momento dado que no cedería a sus asedios a menos que él abjurara de su fe.

Un hombre es incapaz de comprender el calvario que soporta una joven que se siente culpable de engañar a su marido, aunque no lo ame. Cuando Kostís se tumbaba a su lado sobre el lecho aterciopelado al precio de una verdadera «esclavitud amorosa» deseaba que se abandonara en sus brazos y tomara iniciativas —ya que era mayor que él—, para no ser siempre el único que improvisara y revelar así su falta de experiencia y su profunda ignorancia de las expectativas de una mujer. A veces sus encuentros lo sumergían en una perplejidad abismal, hasta tal punto que se

resignaba a aflojar los cordones de su bolsa y pagar para recuperar en medio de la fiebre su propia estima en los brazos de Aziza. Allí olvidaba los juramentos de amor y los compromisos que habían intercambiado, abrigando la secreta esperanza de que ella sería fiel a esos mismos juramentos y no otorgaría sus favores a nadie más que a él, ni siquiera a su marido.

Después de bajar y volver a subir los peldaños del edificio de Camp César, iba a reunirse con su amada en la calle Kaent Gohar y subía de cuatro en cuatro los escalones de su lugar de encuentro, deslizando los dedos por las molduras recargadas de las paredes. Siempre era él quien llegaba primero. De vez en cuando desde el balcón de la fachada se aseguraba de que los pequeños morenos indiscretos que él echaba siempre de la entrada hubieran desaparecido definitivamente y que la vía estaba libre. Los días de suerte, Zihan aparecía en la media hora siguiente, pero a veces sucedía que la esperaba en vano, seguro de recibir a la siguiente oportunidad explicaciones como «Yussef estaba enfermo», «Butros estaba de mal humor y no me dejó ir a la iglesia» o «teníamos invitados en la ezba».

Cuando las cosas iban bien, a pesar de todo, tenía que reconquistarla cada vez, vencer sus vacilaciones, apaciguar su culpabilidad, encontrar una justificación a sus besos rabiosos, su turbación, sus susceptibilidades. Él sabía que esa era su manera de creer que no había cedido, aún no, de que permanecía inmaculada, virgen de los estigmas de la mujer infiel. La hermosa Zihan, tan altiva como una estatua, lo torturaba con sus caprichos. Solía reprocharle su manera de vestir: «¿Dónde está tu traje? ¿Y tu panamá? Si he de ceder, que sea al menos por un verdadero *gentleman*», le había advertido un día en que la esperaba en traje informal sobre su camisa blanca. Debía mantener la ilusión de que era siempre la primera vez. Un día en que quiso desnudarla, lo rechazó brutalmente, lanzándole una flecha: «Cuidado con lo que haces, jovencito, ¡a ver si te crees que me has conquistado!». Insistía en desvestirse sola; entonces se iba despojando de varias capas de ropa sujetas por una inverosímil combinación de botones, corchetes y lazos, como una flor cuyos pétalos hubiera que arrancar uno tras otro para dejar el tallo desnudo. Las iba depositando una a una sobre una silla, con sumo cuidado, como si la menor arruga implicara un riesgo de señalar su delito. *A contrario*, trataba sin miramiento la ropa del joven. Tiraba con furia de la camisa, hasta arrancarle los botones; arrojaba sin cuidado su traje — aunque era de confección lujosa— por el suelo, encima de sus mocasines, a los que pronto se unía el canotier. Parecía que su propietario se hubiera volatilizado de pronto y que su montón de ropa representara la única huella de su paso. Este pensamiento cruzaba por la mente de Kostís antes de que, al fin, se dignara recibirlo dentro de ella, húmeda y acogedora. Entonces cerraba los ojos y se lanzaba por la ventana abierta hacia el azul infinito, desencarnado, desprovisto de sensaciones, teniendo como única guía las palabras de Zihan que le susurraban al oído: *Je veux que notre amour soit éternel*. Si en ese instante su coraje se desvanecía y se aferraba con todas sus fuerzas a las sensaciones, le bastaba con distinguir en el suelo el montón que formaba su ropa para imaginar que su cuerpo había desaparecido de la habitación. Encerrado en los juramentos de eternidad que Zihan le prodigaba, se negaba a volverse atrás; hasta se puede decir que se negaba con todas sus fuerzas. No en el mundo de aquí, en la tierra, donde había comprendido que el amor no era más que algo pasajero. La copta le había dicho: «Te dejaré cuando acabes el colegio». Sin embargo, en junio de 1918 no cumplió su amenaza, sino que formuló otra nueva: «En cuanto la guerra termine, te dejaré».

Tampoco lo cumplió. Ese fue su gran error, así se lo escribió más tarde: «Debí dejarle, señor,

en cuanto terminó sus estudios en el instituto, si no, a más tardar, al final de la guerra».

Kostís nunca comprendió por qué ella le trataba de usted después de su separación. En esa misma carta, a la que él nunca respondió, Zihan se comparaba con una luchadora aguerrida, capaz de dar pie en múltiples formas a su amante inexperto sin llegar jamás hasta el final. Esta reflexión ya se la había hecho él mismo. Estaba francamente harto de acabar siempre fuera de combate, pero conocía demasiado poco la vida para adivinar que ella nunca lo habría dejado, ni siquiera cuando se descubrió todo el asunto.

Nunca olvidaría el día en que su padre envió a Gaby a avisarlo de que le esperaban en el salón. Andonis no estaba solo. Butros, irreconocible, estaba con él. Ya no era un hombre, sino un niño lloriqueando para que le devolvieran el juguete que le habían quitado. Járamis se levantó y propinó dos bofetadas en las mejillas a su hijo. El joven no protestó, no pidió explicaciones. ¡Solo faltaría eso! Deseaba, simplemente, que aquellos dos supieran lo menos posible. Bajó la cabeza y farfulló: «No volverá a suceder». Se había quedado sin recursos para defender su amor por la mujer de Butros. Ella había desgastado su voluntad con su comportamiento versátil. Estaba dispuesto a «dimitir», no por cobardía sino porque se encontraba sentimentalmente agotado. ¡Al menos eso acabaría!

Era demasiado tarde. Las consecuencias financieras de la discordia sembrada entre las dos familias eran un mal menor. Además, como si lo hubiera presentado, desde el verano de 1918 Andonis había diversificado sus provisiones de papel. Pero no logró echar tierra sobre el escándalo. Al día siguiente, en los salones y clubes de la sociedad alejandrina se pusieron a remedar las escenas del delito. Los detalles ignorados se inventaron para propalarlos entre la buena gente que no tiene otra ocupación mejor que ironizar sobre las liviandades de sus congéneres. La calle Kaent Gohar ganó con ello una reputación análoga a la calle de las Sept Filles. Se añadieron numerosas chanzas de similar valor. Fusionando las intrigas conocidas o supuestas de la casa del pecado, algunos pretendieron que la copta tenía relaciones paralelas con cuatro griegos. El rumor concluía así la historia: había estallado una disputa entre los cuatro amantes y uno de ellos había ido a contarle la historia al marido. Era un final digno de tal escándalo que salpicaba, lógicamente, al conjunto de esa raza de libertinos desvergonzados, los coptos, que pretendían ser los únicos descendientes de los faraones de Egipto. A Kostís nunca se le ocurrió enterarse de cómo había descubierto el marido su infortunio. Se limitó a asumir las consecuencias de sus actos sin la más mínima protesta. Tampoco opuso resistencia a la orden terminante de su padre de que se fuera a Alemania. Fue una cuestión de azar. Lo habría expedido del mismo modo a cualquier otro país. Sencillamente, en esa época cenaban casi cada día en compañía del joven médico de familia, Stéfanos Pátelos, el *kariotaki*, el sobrenombre que le había puesto Dafni por ser originario de la isla de Icaria. Sin duda Stéfanos era un buen médico, pero les daba la lata con la Alemania de antes de la guerra. «Los alemanes son así, los alemanes hacen asá.» de modo que una noche, cuando le preguntó al chico qué quería ser de mayor, él le contestó entre bromas y veras: «¡Es obvio! Seré alemán». Andonis lo encontró muy divertido, y la réplica le dio una idea. Bajo la presión del escándalo, hacia el final del verano de 1919, convocó a Kostís y le anunció:

—Te envío a Berlín a estudiar arquitectura.

Nunca había imaginado que las cosas se desarrollarían así. Por un lado, era como si de repente le hubieran investido con el futuro de un extranjero. Por otro, emocionalmente, se sentía

solidario con un país que tenía que curar cuanto antes las heridas de una guerra perdida. El día en que dijo adiós a Alejandría, en las proximidades del puerto Oeste, la ciudad estaba arropada en la envoltura rosada del sol matinal. Al contemplar la aurora en el cielo alejandrino, sabía que estaba diciendo adiós al alba de su vida.

## Segunda parte

*Todas las familias felices se parecen.  
Cada familia desgraciada es única.*  
**LEV TOLSTÓI, Ana Karénina**



*Munich, 9 de octubre de 1922*

*Mi querido hermano Kostís:*

*No puedo creer que haga ya dos meses que salí de nuestra querida ciudad, quizá porque aquí, en Baviera, mi vida ha encontrado su continuidad natural y no se ha ensombrecido, afortunadamente, por el provincianismo de Berlín que a menudo describes en tus cartas. De todos modos, y te ruego, mi querido hermano, que me perdones por esto, me resulta imposible comprender cómo has podido resistir sin ver el cielo de Alejandría durante tres años consecutivos. Ante la fría oscuridad del horizonte alemán, uno toma conciencia de la bendición que supone vivir un verano perpetuo, cerca del mar eterno, con el sol, la arena y el Mediterráneo.*

*No obstante, supongo que el hombre encuentra siempre el modo de adaptarse gracias a la fuerza del olvido, y pienso que yo debo hacer lo mismo para alcanzar la serenidad que tanto necesito. No te ocultaré que me pregunto muchas veces por qué nuestro padre nos ha enviado al país «de los hunos», por usar su expresión favorita. Ciertamente, se trata de una condena; nuestro padre nos está castigando, Kostís, y no comprendo por qué. Nunca hemos practicado la cultura alemana en nuestra casa —ya lo ves, incluso ahora, me siento inclinado espontáneamente hacia la cultura francesa—, las costumbres alemanas nos eran ajenas, tú y yo no hemos cultivado el conocimiento de este idioma hasta hace muy poco. Lo quieras o no, si Alemania me ha gustado, aunque solo sea un poco, se lo debo a Stéfanos, nuestro médico. Fue él quien me transmitió el conocimiento de este país y hoy me atreveré a decir que le estoy agradecido; para mi gran sorpresa, soy consciente de la grandeza de este pueblo que la*



*propaganda franco-británica ha rebajado siempre a nuestros ojos. Si los ancestros griegos fueron los guardianes de la alta Antigüedad, los alemanes son, sin duda alguna, los de la civilización occidental contemporánea. Esto se observa en todos los aspectos. Los logros de este pueblo son admirables —ya se trate de filosofía, en primer lugar, de música, por supuesto, pero incluso y por qué no, de arte y poesía.*

*Mi querido hermano, vivir los dos en este país sin vernos nunca es una situación grotesca, ¿no lo crees así? Desearía verte, de verdad, e imagino que lo mismo te ocurre a ti. Es inútil decirte cuánto he cambiado en estos tres últimos años. Te costaría reconocer a tu hermano pequeño si hoy te cruzaras con él en la calle. Pero ¿acaso esto no constituye el encanto de la existencia? ¿No reside precisamente en la obra misma del tiempo que nos da forma día tras día como la pasta de moldear?*

*Quizá me encuentres más entusiasta que antes; pero debo confesarte que aquí, en Munich, no he tardado en conocer a gente que ha sido decisiva y me ha ayudado a tomar el pulso con más exactitud a la realidad alemana. Entre otros, he conocido a un alejandrino —«Los alejandrinos están por todas partes», me decías hace tiempo, ¿lo recuerdas?—. Se llama Rudolph Hess y es hijo de Fritz Hess, un comerciante alemán. Su familia sigue viviendo en Alejandría, en Ibrahimia, más exactamente, y su madre es de origen griego. —¿No es extraño? Ha preferido enrolarse en el ejército alemán y luchar en lugar de regresar y estar bajo el yugo paterno; al parecer, su padre es tan autoritario como el nuestro—. Se trata de un espíritu en perpetuo movimiento que se interesa por las corrientes políticas actuales. Ha estudiado, y creo que aún sigue haciéndolo, en la Universidad de Munich, tanto economía política como historia y geopolítica, y goza de los consejos esclarecidos del gran Karl Haushofer, con quien tiene relaciones amistosas —¿no es asombroso?—. Este hombre me ha iniciado en el milagro del nacionalsocialismo, que prospera día tras día en este país herido. No hace mucho me llevó a escuchar a uno de los oradores más inspirados, Adolf Hitler. Sorprendentemente fascinante. Un hombrecillo de aspecto más bien cómico que me recuerda a las marionetas de nuestro teatro callejero en Alejandría. No obstante, despliega una hechizante combinación de gestos y palabras que deja a la muchedumbre enardecida. Me da la impresión de que sus movimientos como sacudidas, casi mecánicos, difícilmente se acomodarían a otra lengua que no fuera el alemán, con sus seducciones bárbaras. El señor Hitler tiene la suerte de dominarla y utiliza su bestial eficacia para relegar a un segundo plano el análisis de los factores económicos, invocar la integridad de la nación alemana, incitar a sus compatriotas a un odio sagrado hacia sus enemigos y a llevar al ostracismo a los judíos, a los que considera la verdadera plaga de Alemania y del mundo. Estaría bien que vinieras a escuchar también a ese orador exaltado. Sus palabras ocultan, quizá, la única salida que la crueldad es capaz de ofrecer a la especie humana.*

*Tras estas cuantas palabras sobre herr Hitler —Hess cree que un día escribirá las páginas de la historia, convicción que no comparto aún del todo—, me temo que tengo que dejarte, mi querido hermano, ya que debo sumergirme de nuevo en las corrientes del pensamiento filosófico. Deseo y espero verte pronto.*

*Un abrazo.*

Los años veinte fueron el paraíso de entreguerras para los alejandrinos, que se hartaron con insolente despreocupación de riquezas y experiencias de toda clase en una ciudad rebosante. En el ambiente de optimismo que suscitó el fin de la Gran Guerra —que la ciudad había vivido fundamentalmente a través de los ecos que dispensaba una prensa censurada—, las sombrías predicciones de Elias Juri, por ejemplo, daban la impresión de ser bastante pintorescas. El Libanés parecía sentir un maligno placer en perturbar la placidez de sus amigos burgueses, anunciando con regularidad: «Alegraos mientras aún es posible. Se aproxima otra guerra, *sans doute*, y pronto llamará a la puerta».

Quienes pensaban que, de este modo, buscaba una buena excusa para conservar a toda costa un *mode de vie* cosmopolita, que ya no dominaban los inicios de un largo período de paz, solo vislumbraban la verdad a medias. Es natural que, recién liberados de las obsesiones de la guerra, se entregaran a las actividades más fútiles, en un ambiente de frivolidad del que saben sacar provecho las buenas piezas como Elias.

Es cierto que el supuesto riesgo de una nueva guerra no era una invención destinada a agitar el espectro de un futuro amenazador, un simple juego de manos para favorecer los negocios turbios del Libanés. Este peligro hipotético ocupaba de verdad su mente, una especie de psicosis que, según Yvette, constantemente ensombrecía su comportamiento, incluso en las circunstancias más comunes de la vida en Alejandría. Ella, en cambio, de momento no tenía tiempo para ocuparse de esos futuros *scenarii*, al considerar que ya tenía bastantes cosas que hacer, empezando por su querida Roxane, que la había abandonado una hermosa mañana para seguir a su buena estrella. Uno de los últimos clientes de la casa de Mustafá Pashá, el joyero armenio Simon Krikorian, se enamoró locamente de ella; decidió sacarla para siempre de la prostitución y le propuso la maravillosa perspectiva de un matrimonio rico. El millonario de Esmirna, el sexagenario vigoroso que poseía sucursales en Alejandría y en París, se vio obligado a exiliarse en el otoño de 1922 y decidió establecerse en Egipto. Sus visitas a Mustafá Pashá resultarían fatales tanto para él como para la pequeña Roxane, que ya no era tan pequeña puesto que se acercaba a los treinta. Cada vez que pensaba en ello era presa del pánico ante la idea de envejecer ejerciendo un oficio tan sórdido. El mito de la cortesana había dejado de satisfacer su coquetería. Es posible incluso que ese doble papel no fuera más que un señuelo con el que la habían seducido para embellecer una realidad que nada tenía de halagadora. Su sentido común le decía que no podía continuar viviendo así. Yvette le aseguraba constantemente que había constituido una bonita alcancía, para ella y para su hermana, a fin de que pudieran retirarse después de cumplir los treinta años y llevar una existencia decente el resto de sus días. Pero Roxane nunca había visto nada semejante y, según las últimas noticias, solo se trataba de palabras lanzadas al viento.

Por eso no estaba dispuesta a ignorar el *coup de foudre* providencial del armenio. Su vida social en Alejandría era tan reducida que poca gente la conocía; en cuanto al oficio que ejercía, solo lo sabían aquellos cuya reputación quedaba por su naturaleza ligada a la suya. Por

consiguiente, nada parecía constituir un obstáculo a su matrimonio con Krikorian, tanto más cuanto que se celebró en la más estricta intimidad. Y aunque su vida de mujer casada habría podido transcurrir sin obstáculos en Alejandría, prefirió —dos precauciones mejor que una— marcharse y establecerse en París a fin de quemar definitivamente las naves de su pasado. Y ya que ella misma «había sido rescatada», como solía decir, «por un noble caballero», no tenía intención de dejar a su hermana en las garras de la encargada. Su principal preocupación fue que Danae se reuniera con ella.

Doblemente traicionada, Yvette se vio abocada a una comprobación: a los treinta y cinco años se volvía urgente despedirse de las ilusiones de su juventud. Unos años antes estaba convencida de que el día en que abandonaría *la ville maudite*, en que volvería a Europa, no estaba muy lejos, mientras aún era lo bastante joven para encontrar de nuevo el sentido de su vida que había perdido. En lo sucesivo, sabía que su suerte estaba indisolublemente ligada a la casa de Mustafá Pashá y que su vida amorosa permanecía hipotecada por un hombre casado, que envejecía inexorablemente, se volvía cada vez más puntilloso, más lastimoso. Hacía mucho tiempo que su relación con Andonis no era útil a las intenciones que alimentaba con Elias Juri. En ese momento disponía del suficiente bienestar económico para no depender del industrial del tabaco. Seguía con esa relación solo por costumbre. Por otra parte, tenía la impresión de que el mismo Antoine no hacía más que respetar un antiguo pacto y que no sentía el más mínimo indicio de pasión. Sin embargo, cuanto más años transcurrieran, más imprescindible sería que alguien pagara el alquiler de Hussein Pashá y estuviera dispuesto a gastar para renovar su guardarropa sin pasarle cuentas. Este pensamiento calmó su sentimiento de inseguridad. Si lograba sentirse tan deseable, tan rozagante como el día en que había pisado por primera vez el suelo de Alejandría, el resto se podía arreglar.

Pero era imposible llenar el vacío que habían dejado Roxane y Danae; durante un tiempo, tuvo que contentarse con soluciones improvisadas; dependía cada vez más de Petros Zemistokléus —lo que no la entusiasmaba precisamente—. Las jóvenes que le procuraba el chipriota, si bien eran tan encantadoras como las griegas, tenían una molesta tendencia a tratar sin demasiado cuidado a clientes muy mimados de la casa de tolerancia de Mustafá Pashá, y ellos se quejaban con razón. En definitiva, fue la misma ciudad la que se encargó de solucionar el problema, y de una forma turbadora y de las más inesperadas.

Un día de finales del año 1922, cuando la tarde ya estaba bastante avanzada, Yvette llevaba un tiempo esperando a Andonis en casa. La sirvienta se había ido y la joven se impacientaba. Cada vez que oía el chirrido del ascensor vienés, entreabría la puerta y veía la caja de hierro forjado y madera pasar sin detenerse y seguir su lento ascenso. El cinturón de su salto de cama sufría las consecuencias y ella encendía un cigarrillo y daba cien pasos por el pasillo para calmarse. Un súbito alboroto procedente de la habitación del bauab la alertó; debía de ser la hora de la cena en casa de los Ramzi y ella los imaginaba, a él, a su mujer y a los tres chiquillos, apretujados en el espacio acondicionado bajo la escalera, alrededor de la mesa baja tradicional, la *tableia*, como todas las familias tradicionales egipcias que se sientan a comer: las pitas junto a los falafel y el cántaro de agua fresca en el centro para calmar la sed de las gargantas ardientes por las frituras de legumbres secas muy especiadas. El momento propicio para las peleas de los niños y las recriminaciones de la esposa; un alboroto que continuaba hasta que el bauab negro se decidía a sacar la mano de la sucia manga de su chilaba para repartir bofetadas a su alrededor. Sin embargo,

esta vez el jaleo se prolongaba e Yvette, asomada a la barandilla de la escalera, se disponía a pedirles que lo pusieran en sordina, ya que escenas como esa no eran *proper* cuando Antoine estaba a punto de llegar. En medio de los chillidos de los chicos, oyó la voz de dos hombres que hablaban en voz alta en árabe: la de Ramzi y otra que le pareció familiar, arrastrando el final de las palabras, acento característico de los samlidas. Si no hubiera considerado su presencia como totalmente improbable, habría jurado que se trataba de Elias. Y no obstante, el que salió de un salto del ascensor era precisamente el Libanés. Llevaba su abrigo largo negro y el sombrero dibujaba una sombra favorecedora sobre el rostro.

—¿Tú aquí? Pero ¿por qué? Es una *folie*. Estoy esperando a Antoine de un momento a otro.

—Ve a vestirte, *il faut partir immédiatement* —respondió y, al quitarse el sombrero, la gran piedra roja que llevaba en el dedo centelleó.

—¿No me estás escuchando? *Antoine peut arriver d'un instant à l'autre* —repitió, echando hacia atrás los mechones rebeldes que le caían sobre la frente.

—Es una cuestión de vida o muerte, Yvette. Ponte algo rápidamente y vámonos —insistió Elias, e inclinó la cabeza a un lado.

Entretanto el ascensor había bajado a la planta baja y volvía a subir. La persona que carraspeaba en la cabina no podía ser otro que Antoine.

—¿Cuál es esa cuestión de vida o muerte? —Esas fueron sus primeras palabras al poner el pie en el rellano.

—*Je m'excuse de vous déranger*, Andonis, pero un amigo está en estado muy crítico —respondió Elias manoseando nerviosamente su sombrero—. Me temo que, dadas las circunstancias, Yvette debe acompañarme.

—Si es necesario que vaya contigo..., estoy de acuerdo —asintió sin mostrar que no estaba convencido de la urgencia absoluta de la situación—. Entremos y tomemos una copa mientras Yvette se prepara. Sea como fuere, yo me quedo. Necesito un poco de calma antes de volver a casa.

Yvette se dio cuenta de que se sentía humillado. El hecho de mencionar su domicilio, algo que no hacía nunca, significaba hacerle comprender que no le faltaban lugares adonde ir en el caso de que ella lo dejara. No sabía verdaderamente a quién de los dos contentar. ¿Qué había podido pasar para que se viera obligada, dejando todo en suspenso, a poner patas arriba la planificación de esa tarde tranquila?

La insistencia de Elias fue la más fuerte, y media hora más tarde estaba fuera con él. Iba echando pestes porque la había obligado a salir *habillée à la diable*. En otras circunstancias, hubiera sido para el Libanés una victoria sobre su rival secreto, aunque su ex amante reclamaba explicaciones para este *enlèvement*, como ella decía. Las obtuvo en los pasillos del hospital griego, por donde erraba el fantasma de una Marianzi desesperada. La pobre mujer de derrumbó en sus brazos como un saco informe. Una desgracia inesperada la había agotado, vaciado de su energía vital. Yvette tenía la impresión de estrechar una sombra, que sollozaba y repetía maquinalmente: «Panayotis, Yvette, mi Panayotis...». El ambiente estaba impregnado de olor a alcohol y desinfectante. Unas enfermeras atravesaban a zancadas el pasillo con aire marcial, cuando dos médicos aparecieron, austeros, distantes, como generales. Uno de ellos, entrado en carnes, con un bigote espeso y una raya de cabello gris en la base del cráneo, hizo una señal a la mujer de Arapidis, que se precipitó. Se expresaba en estilo telegráfico y rehusó las preguntas

poniendo delante la palma de la mano en señal de rechazo. Tal condescendencia horripiló a Elias. Se dirigió hacia él, dispuesto a hacer comentarios poco agradables, pero el médico mantuvo su actitud, completamente indiferente. Ante esta conducta incalificable, como no podía ser de otra manera, Marianzi redobló su ansiedad.

—*Ridicule*. Voy a pedir a alguien que hable con ese cretino. Esperadme aquí, *j'arrive tout de suite*.

Desapareció y, diez minutos después, volvió con una amplia sonrisa en los labios.

—Creo que ahora todo irá bien.

Yvette tenía a Marianzi en sus brazos. Muy conmovida, murmuraba:

—No es grave, estoy segura, ya verás.

Lamentablemente, la realidad parecía desmentirla con aspereza. Arapidis apareció sobre una camilla, con muy mal aspecto; su rostro inexpresivo y paralizado presentaba el color ceniza de un muerto o de alguien que está a punto de morir irremediamente. El enfermero, un árabe alto y moreno, con ropa inmaculada, empujaba la camilla con infinitas precauciones, como si se tratara de un sujeto de cristal que a cada instante corriera el riesgo de romperse. Marianzi dio unos pasos a su lado, pero el médico que estaba tras ella la detuvo y le dijo que el enfermo no era consciente de lo que le rodeaba; mientras captaba esas explicaciones, la camilla llegó al final del pasillo y desapareció tras una puerta. Un cuarto de hora después, el doctor había cambiado radicalmente de actitud; se llevó a Elias aparte y le explicó la situación con ayuda de muchos gestos. Las dos mujeres no entendían ni una palabra, pero veían el estetoscopio balanceándose sobre el pecho, y cada frase les parecía completar el veredicto del cuerpo facultativo.

Yvette recordó la Grand Rue de Pera y la calesa, cuando Panayotis le había salvado la vida. ¡Cómo hubiera querido devolverle el favor! Lamentablemente, no estaba en su poder.

Con aire triunfal, Elias intentó tranquilizarlas.

—Ya veis, solo es cuestión del tratamiento y los cuidados adecuados. Un telefonazo desde el despacho del patriarca y a nuestro enfermo lo transfieren *illico* a una habitación adaptada. De un momento a otro vendrá un especialista para valorar su estado. Todo está bajo control. Si puedo dar mi parecer, dentro de una semana, como mucho, volveremos a tomar un *drink* en el club. *Un point, c'est tout!*

Esta previsión no expresaba un radical optimismo con respecto a la salud del enfermo —ni tampoco era Elias de naturaleza optimista—, sino la convicción de que tener entrada en el patriarcado griego ortodoxo en tal circunstancia, solo podía ejercer una influencia mágica. En cierto modo, lo divino intervendría de pronto en los asuntos humanos e impondría Su voluntad. O tal vez al principio no había medido la gravedad del estado de Arapidis; sin duda, la palabra *apoplexie* o *apoplexy* no le parecía lo bastante seria para condenar a Panayotis. De pronto, a Yvette le vino a la memoria la visión del joven, ocho años antes, en las callejuelas de Constantinopla, con un pañuelo blanco manchado de rojo presionando su nariz. Aquello no era normal.

Estuvo tres meses en el hospital y volvió a casa en silla de ruedas. Tenía dificultad para hablar y deglutir. Los médicos habían sido claros: no recuperaría todas sus facultades. Seguir con vida y disminuir las secuelas del ataque era lo mejor que se podía esperar en el aspecto terapéutico. Siempre y cuando no hubiera un segundo ataque cerebral —totalmente plausible en su caso— que lo enviara al más allá.

Los médicos más famosos y otros muchos desfilaron por su cabecera en el piso de la calle Missala, con la esperanza de que alguno de ellos aportara una mejoría al estado del enfermo. Marianzi repetía una y otra vez: «¡Pero es tan joven! ¿Cómo es posible?». Ellos se encogían de hombros y le recomendaban paciencia. Indiscutiblemente, consideraban que su Panayotis era irrecuperable, y ella se negó a oír hablar más de batas blancas y de hospitales. Se encerró en casa y se dedicó por entero a su marido paralizado, agradecida a Elias y otros amigos por su apoyo material. Los problemas económicos que Panayotis se había encontrado después de la guerra volvieron a aflorar enseguida. Quienes la apoyaban no podrían hacerlo eternamente y Marianzi, por su parte, no habría aceptado tal ayuda hasta el fin de sus días. La compañía francesa les cortó el suministro eléctrico y se conformaron con la lámpara de petróleo —lo cual no era verdaderamente trágico—. En cambio, cuando el tendero le negó el crédito y no pudo comprar los medicamentos de su marido sino a cuentagotas, Marianzi comprendió que tenía que actuar. Desesperada, recurrió a una solución que la misma Yvette no habría imaginado.

—Ahora solo tú puedes ayudarme —declaró un día en el Grand Trianon.

Como en otros tiempos, estaban sentadas a su mesa preferida, del lado del mar; Marianzi, que seguramente deseaba volver cuanto antes junto a Panayotis, había recogido un poco la persiana de la veranda para contemplar el Mediterráneo, aparentando admirar las grandes olas que pasaban por encima de la nueva cornisa.

—Así no —añadió cogiendo la mano de Yvette, que buscaba dinero en su bolso.

—¿Cómo, entonces?

—La invitación a tomar el té tenía una finalidad, querida. Busco trabajo —replicó Marianzi, que seguía con la mirada vuelta hacia el exterior.

—¿Trabajo?

—Así es. Un trabajo que me ocupe unas horas y me retribuya muy bien. Para hacer que viva mi Panayotis, permaneciendo a su lado el mayor tiempo posible.

—Pero ¿qué empleo podría ofrecerte que te retribuyera lo bastante?

—Tú lo sabes...

Y la miró con sus grandes ojos penetrantes, que su largo dolor jaspeaba de manera extraña a la luz del día.

Yvette se estremeció y el rubor apareció en sus mejillas.

—Lo sé —murmuró Marianzi, sonriendo con un aire de superioridad que desagradó fuertemente a la patrona de Mustafá Pashá—. Estoy al corriente desde hace tiempo de los negocios que habéis organizado Elias y tú. No hablo de ello, pero estoy al corriente.

—No te comprendo —replicó Yvette, visiblemente humillada.

Desde hacía un tiempo percibía cierta arrogancia moral en su amiga. Lo sabía. ¿Y bien? ¿Marianzi consideraba realmente que su vida era irreprochable? Sin embargo, no debería olvidar que por amor era adúltera, había renegado de su fe y había trazado una cruz sobre su familia y su patria. Ahora, ¿quién sabe si Alá, de quien ella había abjurado por un simple mortal, no había elegido para ella esa forma de castigo? Y no obstante, Marianzi aparecía como el último bastión de la moral en una ciudad embriagada de lujuria. Durante esos años en que dirigía su negocio, había visto la casa de Mustafá Pashá agitada por las pasiones más absurdas, los vicios más inverosímiles, por parte de individuos que pertenecían a la mejor sociedad de Alejandría. Si ya no hubiera Panayotis y Marianzis, ligados por el amor y la entrega, si todo estaba gangrenado

hasta los huesos por el oprobio y la depravación, ¿dónde se encontraría un sentido a la vida?

—Escúchame, *ce n'est pas la peine* de andar con tapujos, sobre todo en el momento en que te estoy pidiendo trabajar para ti. ¿No soy lo bastante bonita para tus clientes?

—No es eso.

Marianzi era realmente la última persona que ella hubiera querido ver revolcarse en el lecho de los amores venales.

—Entonces, ¿qué?

—Marianzi, ya que así lo quieres, pongamos las cartas sobre la mesa. Ese trabajo no es para ti.

Sin embargo, valoraba la voluntad de la señora Arapidis enfrentada a ese desafío más allá de la moral. Deseaba, por una vez, una sola vez, asistir a su humillación, su envilecimiento.

—*Pourquoi pas?* ¿No soy acaso una mujer?

—Claro que sí. *Mais ce n'est pas suffisant*. Las mujeres que ejercen ese oficio pertenecen..., *comment dit-on...*, a una categoría particular.

Eso era, en efecto, lo que ella creía hasta entonces.

—¿Eso crees? Pues bien, has de saber que cada mujer, en el fondo de sí misma, es una *pute potentielle*.

—*Très banal*. No quiero oírte decir palabras como esas. No trates de decepcionarme. Sé que no crees eso. Es la desesperación lo que te hace hablar así —respondió Yvette, secretamente satisfecha; Marianzi bajaba al fin su propia estima.

—Te equivocas, *mon amie* —contestó la señora Arapidis, recuperando tras el velo su rostro afectado pero igual de hermoso.

Estaba lejos de sospechar los sentimientos contradictorios que despertaba en su amiga.

Yvette estaba dividida entre la necesidad que sentía de proteger a Marianzi y la otra, seductora, de hacerla caer de su pedestal; de momento, predominaba lo primero. En realidad, mientras se negaba a echar una mano a semejante «crimen», se preparaba mentalmente para aceptar esa perspectiva, lo cual resolvería su dilema. No era cuestión de ceder a la insistencia de Marianzi antes de haber reflexionado bien sobre las consecuencias del juego que, por una parte, debía proteger el honor y la reputación de su amiga y, por otra, hacer su degradación aún más sórdida. Su deseo de humillarla la impulsó a crear una de las criaturas más extrañas de la mitología erótica de Alejandría. Obligó a Marianzi a volver a ser, años más tarde, la turca Nehir, lo cual ella aceptó. En su caída vertiginosa, consintió asimismo en transformarse en una criatura que encarnara el vicio, que llevara permanentemente una máscara, que impresionara a sus visitantes con su violencia y que aceptara dejar que se expresaran los peores instintos sadomasoquistas. La encargada había comprendido que si se contentaba con pedir a su amiga que sacara dinero de un modo banal de sus favores en la casa de Mustafá Pashá, Marianzi se escaparía del burdel. Tenía que distraer su mente y sazonar la situación encontrando un juego un tanto más picante porque sería más perverso.

La protección que le proporcionaba la máscara no le parecía lo bastante segura; de modo que impuso un protocolo muy estricto, con normas inviolables. Entraría por una puerta oculta, esperaría a que se hiciera de noche y a que el empleado municipal egipcio hubiera encendido durante su ronda las farolas de gas de la calle. El personal de la casa no vio nunca su rostro y, cuando la sesión había terminado, la esperaba una calesa en la parte de atrás de la casa para

llevarla de nuevo a casa en medio de una discreción absoluta.

Sus clientes se contaban entre las personalidades más malsanas de la buena sociedad de Alejandría, víctimas y verdugos de la prostituta que se conoció con el nombre de la *putain masquée*, o sea, la puta enmascarada. Al principio, las cosas se desarrollaron según las previsiones de Yvette. Marianzi parecía saborear el «juego» que su amiga había preparado para ella, y a veces sucedía que, con su acostumbrada arrogancia, profería palabras venenosas contra los *richards*, sus clientes de vicios insondables, como si ella misma no participara en ello, no abandonando jamás la posición de observadora que se limita a contemplar desde un ángulo de la habitación las escenas de perversión más abyectas. En cuanto abandonaba la casa, se quitaba la armadura de la Nehir enmascarada y volvía a ser la Marianzi de inagotables recursos de paciencia y ternura para con su Panayotis inmovilizado. Estaba tan convencida de que no era más que un juego, que a veces era incapaz de poner límites a la crueldad que hacía soportar a sus clientes. Entre otras cosas, le pidieron a Yvette que interviniera a raíz de incidentes desagradables, como fue el caso de Lolo, un conocido anticuario que «la mujer de la máscara» golpeó con un látigo hasta el síncope, tanto que tuvo que intervenir un médico para que recuperara el conocimiento.

—Pero ¿qué te pasa? —le preguntó la encargada, espantada por la criatura monstruosa que ella misma había inspirado.

—*Ce n'est pas grave*, unas cuantas palmadas en el trasero para que se vuelva más juicioso, igual que a un niño. Le hacían falta, ¿no crees? —respondió Marianzi con aire festivo.

El juego no duraría una eternidad, a pesar de que Yvette estaba dispuesta a aprovechar al máximo la inocencia de su amiga. No le sugirió que lo dejara cuando fue presa de unas espantosas jaquecas.

—Me duele la cabeza, Yvette. Hay un ruido espantoso aquí dentro..., como si miles de martillos me golpearan por dentro. Es imposible dormir —se quejaba cada vez con más frecuencia.

—Eso no es nada, guapa —decía Yvette tratando de ganar tiempo—. Le pediré al *docteur* que te prescriba algo. Se te pasará pronto, ya verás.

Elias le había impuesto hacía poco tiempo un joven médico británico, el señor Price. Al parecer, había estado durante la guerra en los servicios sanitarios del ejército británico en Oriente Próximo; después le habían dado de baja por razones oscuras. Alto, bien formado, con el cabello tirando a pelirrojo y una mirada interesante, cuidaba de la salud del personal y de la de los clientes. Se encargaba de que las chicas estuvieran bien y tenía que encontrar solución a todos los problemas. Amigo de Petros Zemistokléus y fanático partidario de la morfina, no dudaba en administrarla a la menor oportunidad tanto a hombres como a mujeres.

Sobre el caso de Marianzi, se mostró categórico:

—*Migraine!*

Y como el Pirsol Gattaneo, el medicamento más utilizado, no surtía efecto, la acostumbró sin escrúpulos a la morfina. Cuando Yvette se dio cuenta era demasiado tarde. Marianzi solo necesitaba un rincón tranquilo para inyectarse la dosis y recuperar provisionalmente su humor juguetón.

El mismo Elias, normalmente cínico, estaba hasta tal punto impactado por el estado afligido de la señora Arapidis que a menudo interpeló a Yvette:

—¿Estás satisfecha de tu obra?



Ella la emprendía con el señor Price, un charlatán que no se detenía ante nada y se enriquecía sin ningún pudor con el comercio de estupefacientes. Sospechaba que él se aprovechaba sexualmente de la dependencia de Marianzi.

Su organismo sano manifestó enseguida síntomas de deterioro, y sin duda fue una suerte que Arapidis falleciera a principios de 1924. No tuvo tiempo de percatarse del estado de su mujer, que hizo esfuerzos sobrehumanos para comportarse hasta el final como la dulce e inmaculada Marianzi.

La sonrisa que más allá de la muerte flotaba sobre el rostro de Panayotis, tal vez dejaba filtrar el recuerdo de su gran amor, de ese amor incomparable que se llevaba consigo para toda la eternidad.

A principios de los años veinte, Andonis Járamis mantenía siempre la ilusión de que la vida solo cambiaba para los demás. Aun admitiendo que eso fuera verdad, tales cambios solían hacer mella en su persona y él llegaba a pensar que incluso sus allegados conspiraban contra él.

En esa época grave, en la que la sociedad debería preocuparse por los acontecimientos que agitaban el mundo, eran sus hijos quienes monopolizaban las conversaciones. Después del escándalo de la calle Kaent Gohar y la aventura amorosa de su hijo con la copta, que señaló el final de la Primera Guerra Mundial, «el pequeño tren de Bakos», expresión utilizada para referirse a los amores homosexuales de cuatro jóvenes de familias ilustres de Alejandría —con Majos a la cabeza— dio el golpe de gracia al padre desafortunado, pocos meses antes de la catástrofe de Asia Menor. Los primeros barcos llegaron de Esmirna cargados de refugiados cuando el escándalo estaba en pleno apogeo. Valiéndose de su memoria perversa y la hipocresía que cultivaban desde siempre, los alejandrinos no estaban dispuestos a soltar un tema tan escabroso. Andonis lo presintió y envió igualmente a su hijo menor a Alemania, a Munich.

Entretanto se hacía preguntas sobre la comunidad griega. En vez de ocuparse de las desviaciones de cuatro chicos mimados, más le valdría preocuparse por su propio destino en un país extranjero. Primero tuvieron lugar los acontecimientos sangrientos de 1921, que reavivaron los recuerdos odiosos de la rebelión de Orabi. Elias, que exponía siempre profundos análisis sobre la evolución de la ciudad, no dejaba de ponerlos en guardia: «En la gran mezquita de Abul Abbas, los muecines están llenando de ideas la cabeza de los árabes. *Il va nous arriver des bricoles*». Un jueves por la noche, el 19 de mayo una manifestación tumultuosa, una *muzhara*, degeneró en actos de vandalismo contra las tiendas de la plaza Mohamed Ali. Tres días después, la situación se había envenenado hasta tal punto que el cuartel general británico decretó el estado de sitio y prohibió la circulación en la ciudad. Muchos griegos abandonaron sus casas y sus bienes para refugiarse en el consulado y en los locales de la comunidad. El hospital griego rebosaba de cadáveres y heridos. Sin embargo, en cuanto la ciudad recuperó la calma se apresuró a olvidar los múltiples incidentes, hasta el momento en que intervino el desastre de Esmirna, para recordar, al menos a quienes habían conservado el sentido común, que el país que los había acogido no seguiría teniendo eternamente buena disposición para con ellos. Sin embargo, sus compatriotas seguían interesándose solo por los chismorreos mediocres y alimentando sus sempiternas rencillas políticas. Las divisiones internas no estaban cerca de apaciguarse.

En 1922, monárquicos y partidarios de Veniselos se enfrentaron otra vez. Los primeros efectuaron un descenso al club de los liberales y rompieron un retrato del etnarca. En cuanto a los

chismes, Andonis se había resignado. A cada acontecimiento histórico le sucedía un escándalo que arruinaba un poco más el honor de su familia. Con el descubrimiento de la tumba de Tutankamón, sus allegados encontraron el modo de arrebatar el primer plano de la actualidad a la momia. El tráfico ilícito de antigüedades, desenmascarado en febrero de 1923, y bautizado «el asunto Tutankamón» —aun cuando no tenía nada que ver con la tumba del faraón—, salpicó a dos personas: el gran Samuel Agiman Y Lukás Sengos. Los periódicos árabes lo pasaron en grande denunciando las exportaciones fraudulentas de antigüedades egipcias, de momias arrancadas brutalmente a su sueño eterno y de estatuas funerarias vendidas en subasta. El prestigio del coleccionista judío le permitió salir indemne, pero su cuñado rozó la cárcel. El escándalo adquirió proporciones enormes y su querido hermano político, más fiel que nunca a su credo, no dudó en declarar en contra de su propia hermana. Dafni evitó lo peor gracias a la intervención de Elias. En esa ocasión Andonis consideró seriamente el divorcio. Como le contó al Libanés, lo que le incomodaba no era tanto el hecho de la implicación de su mujer en un escándalo semejante, sino el sentimiento de haberse dejado engañar: «Comprendes, mi mujer me parecía tan sólida e inquebrantable como el mobiliario de mi casa; al llegar estaba seguro de encontrarla siempre en el mismo sitio...».

La única certeza que siempre tuvo, y que nunca perdió a lo largo de esos años, fue su talento para los negocios. No solo sus opciones de antes de la guerra le habían dado la razón sino que, como Elias había predicho en El Cairo el día en que se declaró el conflicto, salió victorioso de la Gran Guerra. Más poderoso que nunca, en esa época saboreaba las sonrientes perspectivas de posguerra, que Elias se complacía en calificar de manera sibilina «de entreguerras». El nuevo edificio de la fábrica de Moharram Bey estaba terminado, así como la automatización de la producción. Era evidente que eso tenía un precio. Se desencadenaron oleadas de huelgas inmediatamente después de los despidos a consecuencia de las reducciones de personal. El sindicato internacional de obreros del tabaco alentó la ocupación de varias fábricas en el país y Andonis no escapó a ellas. Estallaron refriegas entre policías y huelguistas, ampliamente apoyados por sus familias. La movilización no cedía y, al cabo de seis meses de huelga, los industriales del tabaco, incluido Járamis, se vieron —según se dijo— literalmente obligados a aprobar un convenio colectivo —nunca se había visto tal cosa— en el que por primera vez se instituyeron indemnizaciones de despido que representaban un mes de salario. Eso también sería olvidado un día... En las grandes salas soleadas de la planta baja, en la parte reservada a la selección de las hojas de tabaco, mil doscientos obreros, autóctonos en su mayor parte, trabajaban, inclinados sobre largos bancos, con la cabeza envuelta en un turbante; de lejos parecían filas de huevos. Ante un espectáculo así ¿quién no se habría creído el dueño del mundo?

Una mañana de marzo de 1923 —al día siguiente de la fiesta nacional griega— una paloma blanca se posó sobre la marquesina de la ventana de Járamis. Su arrullo fúnebre e insistente turbó su quietud. Se diría que solo quería atraer su atención; al acercársele, echó a volar. Andonis la siguió con la mirada hasta que desapareció en dirección a la otra orilla de Mahmudieh. ¿Era su alma?, se preguntó al día siguiente al enterarse de que Sarah Bernhardt había muerto en París. Veinte años habían pasado desde su visita a la fábrica, y la única prueba tangible que quedaba era la dedicatoria, píamente conservada en un cajón de su escritorio. Su recuerdo navegaba ese día por Mahmudieh, en la estela de las falúas. Tanta gloria, tanto prestigio, tanto talento convertidos en humo. «Nada dura», pensó, y sintió la necesidad de agarrarse a un ser vivo. Llamó a Yvette. El

imponente aparato telefónico brillante, con su auricular dorado, sonó un largo rato dentro del piso, pero ella no estaba y de pronto Andonis se sintió solo, muy solo, enfrentado a la muerte, a su presencia, a la idea de ella.

Cuando Kostís llegó a Berlín a finales de 1919, se encontró en el corazón del Estado alemán, en el que las heridas que había dejado la guerra sangraban todavía; el último emperador, el káiser Guillermo II, había abdicado un año antes; Rosa Luxemburg había sido asesinada; la rebelión de los espartaquistas había sido reprimida a sangre y fuego por los *Freikorps*, los batallones de extrema derecha, y la muy joven democracia había nacido en junio, en Weimar. El caos y la miseria reinaban como dueños y señores en la capital. Un pueblo humillado luchaba a diario contra el espectro del hambre, la enfermedad y la falta de trabajo, para defender una república asustadiza que a la primera amonestación corría a refugiarse lejos de Berlín. Los desfiles de los mutilados de guerra y sus protestas macabras ocupaban las calles, exigían pensiones e indemnizaciones, mientras que oradores exaltados agarrados a las estatuas arengaban a la multitud, vibrante de elevación frenética acompañada por los sombreros que lanzaban en su dirección.

En la ciudad devastada, el primer invierno fue un verdadero calvario para el joven alejandrino. Solo quien haya vivido en ese ambiente lúgubre las noches berlinesas con la presencia fantasmal de la lluvia y los primeros letreros luminosos —cuyo contagio se extendía en función del repunte económico— puede comprender la atmósfera en la que nacerían los extremos del expresionismo y el dadaísmo. Para Kostís, la idea de su padre de hacerle estudiar arquitectura equivalía en cierto modo a desheredarlo, a proscribirlo del imperio económico que él mismo se había creado en Egipto. Así pasó los primeros meses en Berlín, mientras se sucedían las manifestaciones y los disturbios cotidianos, desdeñando sus obligaciones académicas, estudiando arquitectura según el capricho de los barrios y la grisura de los días. Le apasionó el rococó de Knobelsdorff y el barroco de Langhans. Sin embargo, fue el neoclasicismo de Sinkel, que había dejado tanta huella en Berlín, lo que le fascinó por encima de todo lo demás. El pálido sol septentrional dibujaba sombras amenazadoras en la cúpula del Reichstag y en las inmediaciones de la puerta de Brandeburgo, pero penetraba difícilmente en los *Mietskasemen*, laberintos de viviendas construidas alrededor de unos patios idénticos —con el fin de dar alojamiento a la población al menor costo posible—, que hacían que sintiera claustrofobia. La mayoría de sus amigos habían encontrado en ellos su morada: Karl Voïter, un comunista alemán —«lo que quedaba de Rosa Luxemburg»— con andares de gigante barrigón, marca distintiva de las manifestaciones comunistas berlinesas; Yacob, el judío pobre, una especie de poeta y filósofo que vivía en una bodega y estudiaba a Kant en libros hechos pedazos. Cuando Kostís, llevando bajo el brazo una hogaza de pan y salchichas, lo llamaba, detrás de los barrotes de un tragaluz surgía un rostro pequeño y enflaquecido con lentes redondos. Había leído mucho, pero no sabía enunciar más que una frase: «¡Tengo hambre!». Entonces el joven se agachaba y tendía a Yacob pequeños bocados como quien da de comer a un pájaro.

—¿Has comido bastante? —le preguntaba, y afectuosamente le pasaba la mano por el cabello —. He visto a muchos judíos en mi vida, puedes creerme, pero tan pobres como tú, ninguno.

Yacob sonreía y desaparecía.

El pintor alcohólico, Max Naïssemayer, era un caso totalmente diferente; como la mayoría de

los artistas de la época, «no se contentaba con ser artista, vivía como un artista». Kostís se encontraba con él en una antigua fábrica destartada, en medio de pinceles sucios y lienzos emborronados de colores. En vez de pan y salchichas llevaba una botella de coñac.

—¿Cómo puedes vivir aquí? —le preguntaba, y Max le decía:

—Lo que me espanta no es tanto saber cómo hago para vivir aquí, sino cómo voy a poder seguir viviendo una vez que me echen de aquí.

Por su parte, Kostís, que disfrutaba sin limitaciones del apoyo económico de su padre —que no reparaba en gastos con tal de que su hijo permaneciera bien lejos de Alejandría, donde su presencia habría perjudicado su reputación y sus negocios—, ocupaba a lo largo del año una habitación en el hotel Kaiser, en la Friedrich Strasse; sin embargo, y sobre todo en los primeros tiempos, prefería compartir con sus amigos, incluidas sus jóvenes conquistas: Marlene, Ulrike y Rosa. Las tres chicas, esculturales, magníficas, que habrían podido llevar una vida por todo lo alto en Alejandría, iban viviendo a trancas y barrancas en Berlín, intercambiaban entre sí enaguas, pelucas, espejos, afeites y cigarrillos y reservaban la dulzura de su carne blanca y lisa para los placeres de aquel joven griego enigmático y sus amigos, mucho más extraños aún.

Ese entorno amistoso lo protegía, contenía la marejada de nostalgia que periódicamente le provocaban los recuerdos de su vida en Egipto. Solo las cervecerías berlinesas le recordaban algunas veces su ciudad natal; la decoración y el ambiente lo transportaban de inmediato a la calle de l’Ancienne Bourse, en pleno centro de Alejandría. Por lo demás, logró curarse de su «mala costumbre» de saltar de un idioma a otro, sobre todo porque las expresiones francesas o inglesas con las que salpicaba a placer su discurso desconcertaban a sus interlocutores, si no les chocaban. Cuando Karl se encontraba de humor festivo, en medio de la conversación soltaba una ocurrencia en francés; lamentablemente, su acento alemán lastraba por completo el efecto. Kostís hubiera querido olvidar el contexto multirracial en el que había nacido y se había criado, pero necesitó mucho tiempo para conseguir —si es que lo consiguió alguna vez— evitar traducir mentalmente las inscripciones más insignificantes que encontraba en su camino, en los edificios, las estaciones de metro, las calles y plazas públicas. Palabras como *Ausgang*, *Buchhandlung* o *Strasse* le sugerían de inmediato equivalentes como *sortie-exit*, *librairie* y *rue*.

Nada anunciaba la década dorada de los años veinte, y Berlín luchaba de un modo febril para deshacerse del oscuro provincianismo que describía el joven en sus cartas. La ciudad se castigaba, como él mismo hacía al negarse a admitir cuánto echaba de menos la pureza del cielo de Alejandría y la despreocupación del Mediterráneo. Desde hacía cuatro años, intentaba eliminar el mínimo átomo de nostalgia, dejándose absorber por el estudio de una disciplina y luego de otra, lo cual le creaba la ilusión de estar construyéndose de manera progresiva una visión superior del mundo que reposara sobre conocimientos universales. Tras la arquitectura, meses más tarde intervino la historia del arte; de la filosofía pasó a la literatura griega antigua, para volver a la arquitectura, cuando consideró que había terminado cada ciclo de estudios, como quien vuelve a los brazos de su dulce compañera después de haber estado de picos pardos y multiplicado las calaveradas. De hecho, el único provecho que sacó de esos años en Europa fue un sólido barniz de cultura y refinamiento bastante atípico; en cuanto a su formación profesional, su consistencia era como las volutas que escapaban de las pipas de los intelectuales berlineses.

Desde Munich, la voz fraterna de Majos, penetró en el ambiente taciturno de Kostís, olvidadizo de su pasado; por primera vez desde hacía mucho tiempo se acordó del sur y trató de

medir en el mapa con la palma de la mano la distancia que lo separaba de su hermano. No cabía duda de que pronto iría a su encuentro, eso era seguro. De momento, le resultaba satisfactoria la lectura de sus cartas entusiastas, aun cuando no siempre compartía su optimismo a propósito de lo que estaba pasando en Alemania. En la herida de ese país que permanecía abierta, aparecían diferentes abscesos: facciones reaccionarias e ideologías totalitarias florecían en el ámbito de la desesperación y el desencanto.

A principios de 1922, Kostís consideró seriamente volver la espalda a la desapacible Berlín en busca de cielos más clementes, pero Karl lo retuvo:

—¡Estás loco! Hemos conocido juntos lo peor ¿y ahora en que al fin se vislumbra lo mejor quieres largarte? *Nein!*

Y aunque en absoluto percibió lo mejor apuntando por el horizonte, Kostís se quedó donde estaba, para gran alegría de sus amigos. Afortunadamente, desde el principio su padre se había propuesto garantizarle divisas fuertes; de lo contrario, se habría visto obligado, como tantos otros, a correr empujando una carretilla repleta de billetes antes de que la inflación galopante consiguiera en pocas horas dejarlo sin su cena. El marco había iniciado su vertiginosa caída, y la pesadilla de la hiperinflación envenenaba la ciudad provocando escenas grotescas. Hombres y mujeres en el colmo de la desesperación trepaban a los tejados o a las estatuas de la ciudad y arrancaban lo que podían para venderlo. Robaban los pomos y las cerraduras de las puertas y las ventanas. En las calles, los niños construían pequeñas cabañas con fajos de billetes sin valor alguno. Desdichados sin casa ni hogar alquilaban un lecho por unas horas en un cuchitril cualquiera mientras que las prensas de las imprentas trabajaban sin parar, veinticuatro horas al día, para fabricar el papel moneda necesario, hasta el famoso mes de agosto de 1923, en que se imprimieron billetes de cien mil marcos. En medio de ese ambiente de delirante absurdo, Kostís siguió viviendo como un príncipe. Hoteles de lujo, bebidas alcohólicas caras, los mejores cabarets de Europa, así como numerosas jóvenes bonitas se le ofrecían, sencillamente, porque tenía los bolsillos llenos de libras esterlinas. Sin embargo, no olvidó a sus amigos. Instaló a sus amantes en una suite del hotel Kaiser y encargó a uno de los mejores restaurantes de Berlín que proveyera diariamente las comidas a Yacob y Max. Dos veces al día, un coche de alquiler transportaba los platos en vajilla de plata, primero hasta la bodega del pensador judío y a continuación a las ruinas del pintor. Un camarero se encargaba de anticiparse a sus menores deseos. En sus chozas se sirvieron caldos excepcionales, acordes con platos de la más alta gastronomía. No hace falta decir que Kostís se sentía halagado, lo cual no le impedía preguntarse si tenía derecho a sentirse feliz entre una desgracia tan generalizada. Siempre que tenía ocasión se lo preguntaba a Karl:

—¿A esto te referías cuando hablabas de lo «mejor»?

El enorme espartaquista, sorprendido él mismo por el giro surrealista que tomaban los acontecimientos, anunciaba sin desanimarse el final del capitalismo, pero cuidando de conservar las ventajas principescas de su amistad con el alejandrino y de acallar al mismo tiempo su sentimiento de culpabilidad. La vida se volvió espléndida. Los cabarets se abastecían de carne fresca y tierna, el champán corría a raudales, deliciosos platos acariciaban agradablemente el paladar. Por cien dólares, se contrataba para toda la noche la Filarmónica de Berlín, y con mucho menos se disfrutaba del cuerpo de jóvenes colegiales, chicos o chicas, que tragándose toda vergüenza se entregaban a una prostitución sin precedentes. Una nueva revolución, la «revolución

del lujo», constituía al parecer el paso obligado hacia el socialismo...

En este contexto de regocijo adulterado, Kostís se olvidó de su hermano y dejó de responder a sus cartas durante cierto tiempo. A finales de 1923, Majos rescató los buenos recuerdos del momento en que se refugió en Berlín, tras el fracaso del «golpe de la cervecería» para escapar al arresto. Cuando lo vio frente a él le costó creer que aquel joven alto, guapo, de cabello abundante y ojos claros, fuera el niño que había dejado en Alejandría cuatro años antes.

*Salam*, murmuró el guarda egipcio con gandura blanca y tarbush, y luego se inclinó ante el individuo esbelto que cruzaba el portal de la fábrica de tabaco. El visitante se limitó a hacer una señal, mientras se enjugaba el rostro con un pañuelo. Silencioso y altivo, se dirigió hacia la entrada del edificio. Subió rápidamente la escalera de mármol, llamó a la puerta y entró sin esperar en el despacho del industrial. De pie junto a una ventana, Andonis Járamis contemplaba Mahmudieh. No se tomó la molestia de volverse y se contentó con un «Bienvenido» más bien seco.

El llamado Stamatis tragó saliva y, antes de que tuviera tiempo de articular una palabra, le dijeron:

—Ya sé, ya sé, cierra la puerta y ponlo sobre el escritorio. —El visitante obedeció y se disponía a marcharse—. ¿Adónde vas? ¿No quieres que te paguen?

Andonis, ahora junto a su escritorio, se había puesto las gafas, como cada vez que expresaba su incredulidad frente a ciertas cuentas; no disimuló su enfado.

—*Tant que ça?*, Stamatis. ¿Por qué tanto?

Su interlocutor simplemente se encogió de hombros, para recordarle que él no tenía nada que ver con el asunto.

—¿Crees de verdad que podremos continuar mucho tiempo así? —le preguntó Járamis con expresión ceñuda.

—Qué puedo decirle, señor Járamis...

Su voz ronca y glacial resonó de un modo macabro en la estancia. Parecía venir de otro mundo, y eso siempre perturbaba a Andonis.

—¿Qué podrías decirme, Stamatis? Espero al menos poder contar con tu discreción. Yorgás me asegura siempre que puedo confiar plenamente en ti.

—No se preocupe en absoluto por mí, señor Járamis; quiero decir que sé guardar un secreto.

Bajó los ojos e hizo como si no viera al industrial sacar de un cajón un paquete de libras egipcias y lanzarlo al otro extremo de su inmenso escritorio. El visitante hizo un ademán y arrambló con él, tras haber enjugado sus manos húmedas con el pañuelo. Saludó y se eclipsó sin esperar a que el patrón se planteara contestarle.

Andonis se quedó solo. ¿Cómo había llegado a eso? En vez de separarse de Dafni a raíz de su implicación en el escándalo del tráfico de antigüedades y escapar así tanto de ella como del imbécil de su hermano, se había sentido obligado a reparar los latrocinios en serie que cometía su querida esposa en prácticamente todos los comercios de Alejandría. El divorcio no era fácil en el contexto de la época. Prefirió seguir viviendo con una mujer que no amaba ni tampoco comprendía, antes que exponerse a la reprobación pública que, de todos modos, encontraba ya de sobras de qué alimentarse. Envidiaba sinceramente a las generaciones futuras y la perspectiva de una vida más auténtica en la que, pensaba, cada uno podría elegir con libertad a su media naranja.

Sin embargo, sentía cierto escepticismo en cuanto a los móviles reales de su decisión. ¿Había decidido seguir con Dafni únicamente bajo el peso de las conveniencias o, en el fondo, no era más que un efecto de su conservadurismo fundamental del que se sentía bastante orgulloso? A saber, los misterios del alma humana... ¿A qué respondía la súbita cleptomanía que padecía Dafni esa última temporada? En la medida en que no la había repudiado, no podía hacer otra cosa que defender su honor y su reputación. Así pues, había contratado a una especie de buscavidas que se pegaba a sus faldones constantemente y hacía de ángel guardián; intervenía justo antes de que lo hiciera la policía con el fin de indemnizar al comerciante y disuadirle de poner la denuncia y alimentar los chismorreos. «¿Qué es lo que me ha impedido echarla a la calle?», se preguntaba vociferando por enésima vez.

En ese mismo instante, el sonido del teléfono lo distrajo de sus pensamientos. Al otro lado del hilo, la voz de Dafni, viva y espontánea, cercana al parloteo, un tono que no era adecuado ni para su estado ni para su edad. Sin sospechar lo más mínimo las innumerables preocupaciones que causaba su comportamiento, llamaba para recordarle:

—Esta noche viene a cenar el cónsul de Francia. He invitado también a...

Andonis no prestó atención a los nombres que citaba y, en cuanto colgó, volvió a sus pensamientos.

¿Cómo puede comportarse así y quedarse tan serena? Al menos, esta noche cenamos en nuestra casa. Al menos eso. Espero que no llegue a robar objetos en su propia casa. Sin contar con que tengo que mantener los ojos abiertos con lo que pueda pasarles a los invitados. ¡Qué quebradero de cabeza!

Dafni no era de ese mismo parecer. A falta de otro centro de interés, había luchado duramente contra su cleptomanía durante muchos años, y se había encerrado en casa varios meses seguidos, para no exponerse al riesgo de reincidir. Estaba convencida de que la única vez que había estado a punto de ser arrestada había sido en los grandes almacenes de la calle Abd el-Aziz; pero la providencia le había enviado a Markos Daud, un egipcio copto, alto y musculoso, para impedir que cometiera un error irreparable. Había sido su amante casi ocho años, le había hecho saborear inefables sensaciones voluptuosas durante sus frecuentes visitas a El Cairo. Aquello con lo que siempre había soñado, y que con Andonis nunca había conocido, lo había encontrado entre los brazos poderosos y acariciadores de Markos. Ese hombre le parecía tan grande..., la levantaba como una pluma y la poseía combinando fuerza y ternura, en un juego erótico que revelaba los resortes más ocultos de su sensualidad. Él consiguió mantener encendida su llama durante esos ocho años, permaneciendo como el ser misterioso, surgido de ninguna parte. Pretendía ser empleado en el Servicio Egipcio de Antigüedades, pero Dafni no estaba segura de que los árabes se interesaran lo bastante por su cultura para disponer de una administración de esas características. La egiptología se había convertido en egiptomanía, una especie de fascinación sagrada por los vestigios faraónicos por parte de las mentes inquietas en todos los confines del mundo. Llegaban a la tierra del Nilo para reanudar el contacto con la historia y resolver los misterios de la antigua civilización. El Estado jugaba al gato y el ratón con las múltiples misiones arqueológicas deseosas de apropiarse, unas tras otras, de las distintas piezas del rompecabezas. Ambas partes firmaban acuerdos que pisoteaban en la misma ocasión, y sus respectivas reivindicaciones solían terminar ante los tribunales mixtos. Nadie ponía en duda el sincero interés ni la pericia técnica de la comunidad científica internacional, ni tampoco respondían a los

derechos fundamentales del Estado. Entre los dos hormigueaban los innumerables rateros y navegaban sin que nadie lograra neutralizarlos. Tenían que vérselas con una cohorte tan interminable como dispar de funcionarios, sabios, aventureros, investigadores y traficantes de variado pelaje, todos ellos con un motivo más o menos confesable para llegar los primeros a la meta. Cada nuevo descubrimiento venía a enriquecer los conocimientos humanos, pero también a un sinnúmero de individuos pervertidos que, apostados en el punto de unión de un pasado glorioso y un presente incierto, planeaban como buitres por encima de esa tierra mágica.

Markos resultó de un gran valor. La más mínima información sonsacada por Dafni referente a los sarcófagos o estatuillas que se localizaban en los alrededores de El Cairo, al día siguiente era verificada por Lukás y sus hombres. Ella lo interrogaba como si no fuera nada importante. «¿Qué novedades hay en el trabajo, Markos?», y con toda ingenuidad él se felicitaba de los nuevos descubrimientos. Entretanto, él se había enamorado de ella. ¿Por qué, si no, habría insistido tanto para que se divorciara y se casara con él? Incluso aprendió algunas palabras de su idioma para formular su petición de matrimonio, es cierto, en un griego imperfecto y bastante aproximado, pero esperaba que así tendría más puntos a su favor. Sin embargo, si bien Dafni se extasiaba literalmente en sus brazos, no estaba dispuesta en modo alguno a abandonar a Andonis. Dejar atrás a la señora Járamis para convertirse en la señora Daud no entraba en sus planes. «Habría que estar realmente más que chiflado para tomar siquiera en consideración algo así.»

Disfrutaba, pues, plenamente de los gozos del amor prodigados por ese hombre de sonrisa encantadora, que tenía mil delicadezas con ella, colmaba sus más mínimos deseos y en los momentos críticos la protegía de sus patéticas pulsiones de cleptómana. Esa doble vida le permitió superar los escollos de su vida de familia, soportar la lejanía de Kostís y de Majos y aguantar la crueldad de Andonis; para una madre, ningún motivo en el mundo justifica las decisiones radicales cuando se aplican a los propios hijos. También de esa existencia paralela sacó la fuerza de restablecer las costumbres de su vida anterior; volvió a desplegar el abanico de sus relaciones sociales, que había reducido al mínimo durante bastante tiempo para protegerse de su pasión morbosa.

Cuando su nombre se encontró mezclado en el escándalo y Markos, fuera de sí, dijo rotundamente que todo había terminado, ella ya había obtenido lo que deseaba, y aún más. A los cincuenta años su temperamento se apaciguaba. El placer sensual que había conocido en los brazos del imaginativo egipcio se estaba transformando en un sufrimiento del que deseaba huir, y su vida en El Cairo se convirtió en un verdadero quebradero de cabeza que deseaba dejar resuelto lo antes posible. En ese sentido, su ruptura con Daud tenía visos de una bendición.

—Te hablo de un nuevo mundo, Kostís, hermano, *ein neu Welt!* —exclamó Majos en la terraza del Romanische Café, adoptando el acento alemán.

Su voz estentórea, imperiosa, aunque ligeramente dulzona, hizo que los demás clientes se volvieran. Kostís no deseaba en absoluto llamar la atención en uno de los lugares más frecuentados de Berlín, e hizo una señal a su hermano para que no hablara tan alto, como si ese *neu Welt* fuera un secreto culpable que debían guardar para ellos dos.

El más joven hizo un mohín de asombro con el entusiasmo ingenuo de sus diecinueve años. Estaba acostumbrado a polarizar las miradas. Pasar desapercibido, eso es lo que hubiera sido extravagante... Además, estaba claro que él se veía más como mensajero que como conspirador,



aunque experimentó una ligera decepción cuando se enteró de que, en definitiva, las autoridades alemanas no lo buscaban por su participación en el golpe de la cervecería. Y, no obstante, no había sido por falta de haber actuado como portador de un nuevo orden, y esta convicción, más allá de conferir un aspecto radiante a su rostro armonioso, iba acompañada de una impresión de autoridad que cuadraba mal con su juventud; Kostís se negaba a admitir toda forma de implicación en esa historia; sin embargo, por un breve instante, envidió su fe teñida de éxtasis. Al menos, él cree en algo; pero prefirió no alentarle por ese camino.

Siempre trataba de convencerse de que ese joven Adonis que estaba ante él era, por muy imposible que pareciera, el muchachito en pantalón corto que había dejado en Alejandría. Los primeros días no sintió ningún placer en pasearse por Berlín con Majos, pues la belleza irresistible de su hermano le hacía sombra ¡Qué diablos, era su hermano! ¿Por qué el cielo lo había colmado con esos magníficos ojos verdes, mientras a él no le había otorgado más que un par de ojos castaños de lo más corriente? Su estatura nunca le había supuesto un problema, pero cuando vio que Majos le llevaba seis o siete centímetros, sintió como si lo hubieran timado. Hasta entonces, nunca se había fijado en que su cabello negro como el azabache, que contrastaba con su piel de porcelana, era tan poblada. Él, por su parte, tenía que conformarse con una piel olivácea, legado ingrato de las tierras del Nilo. Cansado de tales comparaciones, casi siempre concluía que esa «injusticia» se había llevado a cabo en su ausencia, y que si se hubiera quedado en Alejandría nunca se habría producido algo semejante. Ahora nada podía hacer ya, y el *griechische Gott*, como lo apodaban las tres pelanduscas de Kostís, volvía locos a hombres y mujeres a su paso. Es verdad que se mostraba casi indiferente a las muestras de admiración que recibía, lo cual no atenuaba en absoluto el sentimiento de envidia difusa que consumía a Kostís. ¿Cómo aceptar la idea de un hermano que atrae la atención sin el menor esfuerzo? Y al no poder emprenderla con él directamente, los otros pagaron las consecuencias. Max, el pintor, tuvo que lamentar la propuesta que hizo a Majos de posar desnudo, pues Kostís le cortó de inmediato los víveres; sus tres damas galantes perdieron su lujosa suite en el hotel Kaiser para encontrarse en una vivienda de los barrios populares de Berlín. La instauración de una moneda fuerte, el rentenmark, y la voluntad del nuevo canciller de poner fin a la crisis económica acabaron con el modo de vida principesco del primogénito de los Járamis y justificaron que pusiera fin a su prodigalidad. El comunista Karl fue el único en salvar mal que bien su posición; tuvo bastante sentido común para darse cuenta de que, a los ojos de la sexualidad dominante, la del segundón dejaba que desear; soltó esta observación ingeniosa que alivió a su amigo, agobiado por las comparaciones, más que ninguna otra cosa en el mundo: «No siento envidia de tanta belleza, pues creo que se inclina más a los hombres que a las mujeres».

Karl luchaba sin tregua por dejar, como él mismo decía, un mundo mejor a las generaciones futuras. Con frecuencia, se iba de los cabarets para acudir directamente a las manifestaciones; entonces abrazaba a las chicas muy conmovido: «Mis tortolitas queridas, puede que sea la última vez que os veo». Por supuesto, la noche siguiente volvía junto a Kostís de punta en blanco, muy satisfecho de haber cumplido con su deber. Le advirtió de que su hermano había «caído en un nido de víboras» y que había que sacarlo de él lo antes posible. Pero al amigo alejandrino no le preocupaba en exceso; antes de tomar medidas radicales, deseaba oír el punto de vista de su hermano.

El primer día de la primavera de 1924 inundó Berlín de una luz de esperanza y difundió sus

rayos como otras tantas promesas de un porvenir mejor. Esa esperanza era lo único para lo que les quedaban fuerzas a los exhaustos ciudadanos. Sin embargo, en la terraza cubierta del Romanische Café, los reflejos cambiantes hacían bailar unas sombras amenazadoras sobre los rombos del suelo. Los dos hermanos habían elegido una mesa al fondo, a la izquierda. Desde allí observaban a una clientela sumida en la indiferencia. El más joven señaló que el alineamiento trazado a cordel de las mesas y los asientos más parecía el interior de un tranvía que el de un café. Según Kostís, era el lugar donde se daban cita los artistas, pero Majos no veía más que hombres y mujeres solos, inclinados sobre un libro o un periódico, disfrutando del sol matinal; un hombre se había situado junto al borde de la calle para tener cerca de él a su gran perro guardián; una señora vestida de pieles, sentada a la mesa contigua, miraba constantemente el reloj; era evidente que esperaba a alguien. La expresión *ein neu Welt!* prorrumpió en la gran sala y plantó múltiples banderillas en las conciencias adormiladas de los clientes. Kostís comprobó la sorpresa en sus miradas, pero una sorpresa que no expresaba ni agrado ni desagrado, una sorpresa neutra, de alguna manera.

La promesa de un mundo nuevo siempre es bienvenida, pensó. Pero ese mundo nuevo no era especialmente grato. El minúsculo cabo llamado Adolf Hitler no parecía hecho para una función mesiánica. En lo referente a sus apóstoles, Kostís había buscado información y estaba lejos de ser favorable. La mayoría preconizaban la violencia y se habían inscrito en el partido para entregarse con impunidad a las más variadas exacciones, que iban desde la provocación en sus distintas fases hasta la copulación frenética. Rudolf Hess era quizá la excepción que confirmaba la regla.

—Me he enterado de que al principio había huido al extranjero, pero que después volvió para presentarse ante los tribunales. ¿Es el comportamiento de un ideólogo apasionado? —preguntó Kostís.

—Ya te lo he dicho. Rudolf es extraordinario. No solo es un ideólogo de altos vuelos, como supones, sino también un espíritu muy profundo. ¿Cómo podría ser de otra manera, siendo alejandrino?

La inocencia iluminó su rostro.

—Eso no quiere decir nada. He conocido a muchos alejandrinos que no valían un céntimo.

—Pues bien, Rudolf no es de esa especie, te lo aseguro.

—De acuerdo. Sin embargo, en este momento Rudolf y sus amigos están en el banquillo de los acusados para responder del crimen de alta traición. ¿No crees que están acabados?

Kostís susurraba, aunque sabía que no tenía ninguna razón para bajar tanto la voz, ya que hablaban en griego.

—*Nonsense*, son víctimas del delirio de una república de degenerados. Esos hombres son el futuro de Alemania, tal vez incluso del mundo. Ya lo verás, la justicia sabrá mostrarse clemente. Además, el genio es por naturaleza sedicioso —insistió el hermano menor, con una suficiencia que empezaba a irritar al mayor.

—No sé de qué genio estás hablando. ¿El de ese cabo miserable y achacoso?

—Yo creía que Kostís Járamis se negaba a practicar la más mínima discriminación social. ¿Qué te está pasando? ¿Tanto te ha transformado Alemania?

—No es a mí a quien ha transformado Alemania, Majos —dijo Kostís reteniendo a su hermano por la manga.

—¿Es a mí entonces a quien ha transformado? Dime, por favor, quién te ha proporcionado esa información. ¿Karl, tu gorila bolchevique? ¿O tus chicas fáciles? ¿O tal vez Max, el pintor, que

pierde pie echando el ojo a mis cojones? Esos son tus amigos, Kostís. Quieres que los comparemos con los míos...

—Max no es homosexual, si es eso lo que quieres decir.

Se sentía ridículo al hacerse espontáneamente garante de la sexualidad de Naïsemayer.

—¿Eso crees? Entonces, ¿por qué ha empezado por pasarme la mano por todas partes, como si me estuviera cacheando?

—Método de artista.

Tomó un trago de su espeso chocolate negro. Esa tensión entre ellos era tan desagradable como habitual. Lo que no se explicaba era la súbita maldad que aparecía en los ojos verdes de Majos. Se sorprendió tanto que le preguntó a bocajarro:

—Por cierto, no me has dicho por qué papá te ha despachado a ti también a Alemania.

El hermano menor no contestó. Volvió la cabeza y sus pies martillaron en las baldosas. En ese preciso instante, Kostís comprendió que a partir de entonces sus visiones del mundo serían fundamentalmente distintas.

Lejos de su patria, los desarraigados jamás encuentran la paz. Una mitad de ellos vive en tierra extraña, una mitad de su alma, una mitad de su conciencia. Una parte de su ser, igual que un espectro, yerra por las calles de la ciudad natal, y recita los versos del poeta de Alejandría que Kostís conservaba preciosamente en su billetera, garabateados en un pedazo de papel, como una deshecha autógrafa: «La ciudad irá en ti siempre. Volverás a las mismas calles...».

En Berlín había conocido el dolor de esa «mitad de existencia». Por mucho que se empeñara en rechazar la tentación de Alejandría, a pesar de todo, seguía a grandes rasgos —principalmente gracias a su correspondencia— la evolución de su ciudad; igual que un libro que se ha abandonado y se vuelve a encontrar, y cuyas páginas se recorren al azar para saber cómo continúa. Ese conocimiento epistolar presentaba un importante punto débil: la interrupción provisional de la correspondencia con Nikitas, el *cousin*, cuya responsabilidad recaía sobre Kostís. «Nikitas se queja de no tener noticias tuyas»: el comentario sempiterno desde 1919 de las cartas de Majos, pero el hermano mayor no decía palabra y guardaba celosamente el secreto de su cruel resolución. En el fondo, ignoraba por qué tenía el corazón tan oprimido tras la revelación del *cousin*. En sus oídos seguía resonando la vacilación que enturbiaba su voz cuando le había confesado: «Perdóname, *cousin*, debería habértelo dicho. El día que seguimos a Gaby a Attarine, no te conté todo lo que me dijo el bauab a propósito de la niñera. No sé por qué me lo guardé para mí. Quizá no quise apenarte. Hoy creo que ya no tiene importancia. Gaby era una mademoiselle, una verdadera francesita, hija de una antigua prostituta marsellesa de la calle de las Sept Filles. Era a ella y a su hermanito menor, Jean-Claude, si recuerdo bien, a quienes iba a visitar en aquel edificio». Esa misma noche estuvieron bebiendo y divirtiéndose. Kostís no había prestado mucha atención. «No tiene importancia», había dicho, y no volvió a pensar en ello. Fue más tarde, en el barco a Marsella, cuando recordó la conversación. «¿Por qué Nikitas me lo ocultó?» Le daba vueltas y más vueltas a la pregunta en su cabeza. Así cristalizó un sentimiento de amargura con respecto a su primo. Evitaba escribirle, con el riesgo de privarse de una importante fuente de información que habría apaciguado su nostalgia. No obstante, Nikitas encontró un medio para transmitirle sus mensajes. En todas las cartas a Majos, o casi todas, deslizaba un boletín informativo dando noticias de su familia y de él mismo. El tío Zanasis «iba derecho a la quiebra».

Nikolas, el hermano mayor de Nikitas, había decidido hacerse músico profesional —de momento estaba en el paro, ya que los italianos arramblaban con todas las oportunidades—. En cambio, su hermana Olímpía se había beneficiado de la coexistencia con los italianos al casarse con uno de sus agentes diplomáticos, y así había hecho que su familia recuperara la sonrisa. En cuanto a la tía Maria, cuando leía «traviesa vino al mundo y traviesa se irá de él», comprendió que seguía tomando el pelo a sus vecinas y también, de vez en cuando, poniendo a alguien en aprietos. Por su parte, Nikitas intentaba, mal que bien, salvar algunos vestigios de la fortuna familiar, ahora que su padre parecía haber perdido por completo la cabeza. Majos le dio una idea de la demencia del tío Zanasís al mencionar un incidente ocurrido en la iglesia de la Anunciación que había dado mucho que hablar. Constantino acababa de ser llamado a ocupar el trono de Grecia. Un domingo, cuando el patriarca enunció: «De nuestro rey Constantino», el tío gritó: «¡Y mierda para su boca!». Kostís intentó imaginar la expresión de Zanasís: coloradote, poniéndose de puntillas, como hacía cada vez que se enfadaba, y riéndose él solo a continuación. ¡Qué guasón, el tío! Nunca olvidaría la anécdota que se refería a la luna:

«A veces me pregunto, señor Zanasís, si en Alejandría tenemos realmente la misma luna que en Simi», le había dicho un día en confianza una compatriota de su esposa bastante ingenua. «¿Cómo puedes tener semejante idea, Fifi? Claro que no, no tenemos la misma luna. Tú, que has vivido en Simi, sin duda debes recordar que la luna allí era la mitad de grande, ¿no? Pues bien, ¿ves?, en Alejandría tenemos una luna, en Simi otra, y en Rodas y en Mitilene y en todo el mundo. No quiero oírte decir más tonterías así, pobre hija mía.» «Creo que tienes razón, Zanasís», asintió la buena mujer. Al evocar esos recuerdos, Kostís encontraba la medida de hasta qué punto echaba de menos su ciudad.

Y su corazón se encogía, pues no estaba seguro de haber tenido tiempo de conocerla bien, de enamorarse de ella, de poseerla. En los años veinte su madre le escribió en una carta, y tenía razón: «Debes reflexionar para decidir qué representa esta ciudad para ti, a fin de cuentas».

Nikitas tenía razón también cuando le decía:

«De verdad, ¿qué sabes tú de Alejandría?», aunque en esa época tales palabras le sentaban terriblemente mal.

¿Qué sabía él de Alejandría? Las fotografías y las postales que recibía a petición suya le devolvían siempre esta pregunta, como un puñetazo. Conservaba una imagen muy precisa de la ciudad iluminada las noches de ramadán, que despertaba de inmediato numerosas anécdotas relativas a la fiesta musulmana. El momento del crepúsculo en que la ciudad se quedaba vacía y los fieles se sentaban salivando delante de una fuente de *juskari*, cansados por el ayuno de todo el día, y esperaban a que retumbara el sonido del cañón para saciarse al fin; el despertar que señalaban los *mussaharatis* después de medianoche; Nikitas había aprendido sus vocalizaciones y la lista de clientes y las utilizaba, de vez en cuando, para gastar bromas a los árabes del barrio despertándolos una hora antes de lo normal; el ambiente festivo de las calles rebosantes de pasteles egipcios, en cuyo medio se encontraba la famosa *kunafa*.

Una fotografía de los balcones de un viejo edificio en Mazarita, sacada seguramente desde el tranvía, le recordaban el de Bab Sidra, donde el *cousin* había instalado su palomar, sus conejos, su loro, y donde le enseñaba a distinguir el sexo de las cotorras: los machos lucían siempre una raya azul por encima del pico. Conocía tanto los *garden parties* y otros acontecimientos mundanos de la ciudad, en los que los invitados iban con ropa y sombreros a la europea, como a los

limpiabotas de la plaza Mohamed Ali; los chalets construidos en madera en los muelles le resultaban tan familiares como el espectáculo de las chicas, que se apoyaban en sus ayas para ir en patines por la calle Rosetta, o que los desfiles de scouts al son de la fanfarria que formaba para la ocasión las orquesta filarmónica de la comunidad griega.

Sin embargo, a pesar de todo lo que había aprendido y de lo que Nikitas había tratado de enseñarle, visiblemente existía una Alejandría que él ignoraba, que flotaba en la niebla. Barrios que esperaban que los descubrieran, en el corazón de Attarine y aún más lejos, en Karmuche y Anfushi, rincones desconocidos, Kobri el-Tarich, Suk el-Goma, las playas de Agami y sus torbellinos, y hasta Bir Massud, «el pozo del Diablo», en el que no se había sumergido aún. Personas extrañas con ropas curiosas, hábitos y costumbres que no bastaría toda una vida para recorrerlos por entero. Y los lugares que creía conocer bien, ahora no era capaz de reconocerlos en las fotografías recientes. La ciudad estaba en perpetua transformación. Su cuerpo de serpiente, de madama, se escurría, se le escapaba. Se sentía perdido, presa del desprecio de Nikitas que resonaba como el estribillo de una condena: «¿Qué sabes tú de Alejandría?».

En el ínterin, la ciudad continuaba sin él su viaje en el tiempo. Sus habitantes avanzaban, con sus magros éxitos y numerosas pruebas, dejando transcurrir la vida como las olas que vienen a morir a lo largo de las costas de Alejandría. Aun cuando ni los actos ni las palabras dejaran huellas en las arenas movedizas de los días, sus consecuencias se encadenaban unas a otras y a veces de manera inexplicable. Los hechos más sobresalientes alimentaban las crónicas de los periódicos; algunos «acontecimientos» incluso constituirían tiempo después la memoria de Alejandría, una parte visible de su historia oficial. Todos los años, la prensa local dedicaba extensos artículos a la temporada de caza en los alrededores del lago Mareotis. Pero en el invierno de 1925, el descubrimiento de un cadáver eclipsó los habituales viejos temas de siempre:

*Ayer al amanecer un grupo de cazadores descubrió los despojos de Karim Sabi, ayudante de campo del gobernador de Alejandría, descendiente de una ilustre familia egipcia. El cuerpo del desafortunado joven, cuya búsqueda habían iniciado sus allegados unos días atrás, estaba acribillado por varias balas de fusil de caza, y su cadáver flotaba entre las cañas del lago. Se supone que se trata de un crimen abyecto. El informe policial ha sido elaborado por el oficial Farid el-Abbas. Expresamos nuestras más sinceras condolencias a la familia del desaparecido.*

El modo en que los periódicos conseguían maquillar la realidad no deja de ser admirable. De diez alejandrinos que se enteraran de este suceso, nueve comprenderían que la expresión «desafortunado joven» designaba al niño mimado, hijo de un pashá egipcio, conocido en todos los clubes, cabarets y burdeles de Alejandría. Su padre, colaborador de los británicos, era la bestia negra del Wafd, el partido nacional egipcio, y —durante todos esos años de disturbios, tras la declaración de independencia de 1922 y el ascenso de Fuad al trono de Egipto— tenía muchas razones para temer por su vida y la de sus allegados. En esa guerra en la sombra que enfrentaba los múltiples intereses de los británicos, el rey y los nacionalistas, toda información podía ser preciosa. En dicho contexto político, Elias presionó a Yvette para que aceptara a nuevos clientes surgidos principalmente de la nueva élite egipcia emergente, que no gozaban de una reputación

intachable. La mayoría de esos señores se comportaban de manera arrogante, incluso provocadora; se mostraban injuriosos y obscenos con las chicas y el personal de la casa, sus pretensiones eran inaceptables y sus deseos imposibles de satisfacer; violaban sistemáticamente el código de buena conducta que había instaurado la dirección de la casa para uso de sus queridos antiguos clientes. La encargada puso en conocimiento del Libanés que no podría tolerar mucho tiempo más tales desviaciones. Y como demostró el desarrollo de los acontecimientos, las cosas no podían sino degenerar peligrosamente; solo era cuestión de tiempo. Ese sábado por la noche, el joven egipcio debía encontrarse en la casa de campo de su familia, en el lago Mareotis y, desde allí, al amanecer del día siguiente, tenían que salir a cazar aves silvestres. Pero, ya entrada la noche, decidió disfrutar de un momento de asueto con la famosa «Nehir, la mujer de la máscara». La verdadera Nehir estaba en realidad en una clínica de desintoxicación, en algún lugar del sur de Francia; para sustituirla, Yvette había contratado a una de las turcas que bailaban de manera lasciva en los cafés concierto de Alejandría, exhibiendo las axilas rasuradas. De manera insolente, el cliente no se contentó con el «cuidado especial» que le prodigó la joven turca — había bebido un poco más de lo razonable—, y se obstinó en quitarle la máscara. Cuando la joven rehusó, la molió a golpes y fue necesaria la intervención de Gaafar. El gigante bonachón irrumpió en la habitación para imponer la calma, pero su enorme estatura espantó al causante del disturbio, que quiso hacerse con su arma. En su estado de ebriedad, cayó de espaldas y se rompió el cráneo contra los barrotes de la cama. El señor Price, a quien llamaron de inmediato, no pudo hacer más que confirmar la muerte. Avisaron a Yvette en plena noche, que acudió a Mustafá Pashá. Pero ¿qué hacer con un cadáver? Ella, su vez, acudió a Elias para encontrar una solución; esperó nerviosamente su llegada en el corredor en forma de ojiva de la planta baja, fumando un cigarrillo tras otro. Llegó en su berlina negra, por la puerta de atrás y dejó el coche al final del jardín.

—Creo que ya te había dicho que la cosa acabaría mal con los árabes —dijo al verlo llegar, medio dormido y con el cabello desgreñado.

Elias nunca había puesto los pies en la casa tan de mañana. Nunca había sentido el olor a enmohecido de la noche, ese ambiente pesado de alientos ebrios, de relentes dulzones de narguile y de los perfumes adulterados de las chicas; nunca había vislumbrado las luces turbias y cansadas de las noches que están llegando a su fin. Ni los ojos ni la garganta le habían picado por el espeso humo de los cigarrillos, ni por ese olor particular a desenfreno que es el mismo en el fondo del burdel más miserable que dentro de la casa más encopetada dedicada al amor venal.

—¡Encended una luz para que nos veamos, diablos! —gritó, como si una iluminación abundante fuera a resolver el problema por arte de magia.

Pero nadie lo hizo, y él mismo encendió la araña grande cuya existencia casi habían olvidado ya los habitantes de la casa. La luz blanca que salpicó toda la estancia expulsó hasta la última pulgada de oscuridad. Penetró incluso en los recovecos secretos de las arcadas. Había arrugas en su rostro, sin duda huellas de la edad, que un sueño bruscamente interrumpido no había dejado reparar.

—¡Café!

Soher se dirigió a la cocina cojeando.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué cojea?

—Hace tres años que está en tal estado. ¿Es la primera vez que la ves? Claro, con tus múltiples ocupaciones, ¿cómo ibas a tener tiempo para interesarte un poco más de cerca por

nuestro negocio?

—Deja de rezongar y dime qué ha pasado.

—¿Qué quieres que te diga? Un cliente borracho la empujó por la escalera. Nunca se ha recuperado. Eso es todo.

—Los clientes no tienen que verlo.

—Los clientes no vienen aquí por Soher, *chéri* —le respondió sacudiendo despacio el cabello en un gesto complaciente que por un instante le recordó a la Yvette de antaño.

—En fin, volvamos a lo nuestro. Si no encontramos un medio de echar tierra a este asunto, más tarde los libros de historia reflejarán que la rebelión egipcia partió de un burdel de la calle Mustafá Pashá —dijo— y no sería nada exagerado.

Los recuerdos de la primavera de 1921 estaban aún muy frescos.

—Traedme a Gaafar.

El nubio, en cuclillas desde hacía un rato en un cuchitril oculto bajo la escalera, se enderezó ante él, y su sombra se amplió como una enorme mancha en el suelo de mármol que temblaba a la luz de la araña. Parecía horrorizado. Hablaba con una voz atiplada, casi infantil, y Elias no comprendía una palabra de lo que decía.

—Está bien. Ya puedes irte.

No quería prolongar más el suplicio de ese hombre, normalmente tan altivo.

Hay que encontrar una solución sin tardar, se dijo. Y barrió los mechones de su cabello con la punta de los dedos.

—Voy a llamar a Farid.

—*Tu es fou ou quoi?* No olvides que Farid es egipcio. ¿Quieres que nos caigan encima y nos fulminen? —estalló Yvette, y vació la ceniza de la boquilla dándole golpecitos contra el pesado cenicero de cristal.

—Farid es ante todo un amigo y un colaborador —insistió Elias, y descolgó el auricular dorado del teléfono.

Marcó un número de cuatro cifras y esperó. Al fin respondió una voz al otro extremo del hilo; el Libanés soltó entonces —con un acento lento y torpe que lo convertía en un hombre totalmente distinto— una retahíla de palabras en árabe en medio de las cuales flotaba de vez en cuando el nombre de Farid; rara vez hablaba en su idioma delante de Yvette, como si le diera un poco de vergüenza sus orígenes. Es verdad que el francés iba a la perfección con su aspecto cuidado, así como su estilo y modales cosmopolitas.

—*Il arrive* —dijo colgando el auricular, y volvió a ser el Elias que todos conocían.

Yvette negó con la cabeza en señal de desaprobación, pero él creyó conveniente repetir:

—Farid es un amigo.

Al principio, como era de esperar, el policía se mostró difícil.

—Me pedís que cubra el asesinato de un egipcio, alguien conocido. *Impossible!*

Vació de un trago el vaso de whisky.

Elias le sirvió otro de inmediato.

—Escucha, Farid. Te decimos que es un accidente. Y, además, ¿qué quiere decir «alguien conocido»? ¡No me vengas con cuentos! Era un jodido gilipollas. Tú y yo sabemos que le ha pasado lo que se merecía.

—Su padre es un amigo ¿Cómo podría yo mirarlo a los ojos al día siguiente? —preguntó mientras toqueteaba nerviosamente los relieves del vaso de cristal.

—Si esta historia se sabe, más de uno pasará un muy mal rato. Quisiera ver la cara que pones, no solo delante de su padre, sino de bastantes personas más. Elias articuló con insistencia cada una de las sílabas de estas últimas palabras cargadas de intención.

Durante la discusión, Yvette observaba, impresionada, las sucesivas expresiones del rostro del policía; al final, un brillo diabólico recorrió sus pupilas dilatadas —los vasos de whisky tenían algo que ver con ello—, mientras le acariciaba furtivamente los muslos.

—Has de saber, Elias, que no lo hago por ti. Lo hago por madame Yvette. ¡Por ella! Ella sabe cómo compensarme...

Imágenes horribles le cruzaron por la mente, y quiso protestar, pero Elias le indicó con una señal que se callara. Como si hubiera descifrado lo ineluctable en el gesto del Libanés, por primera vez miró a Farid como un hombre. Su mirada fue deslizándose desde sus párpados oscuros a lo largo de la nariz, pasó por la pequeña curva de la barbilla para pasear, acto seguido, por un cuerpo elegante, a pesar de su edad; incluso el vientre contenido por un cinturón de músculos. Yvette adivinó que, si finalmente se veía obligada a pasar por ello, se las vería con un amante mucho más primario y violento que Elias o Járamis.

Cuando tras muchas discusiones persuadieron a Farid para que les prestara su ayuda, demostró, una vez más, lo valioso que era cuando quería. Por suerte, el desafortunado cliente había llegado a la casa en su propio vehículo. La idea era sencilla, pero genial. Cargaron el cadáver en el coche y se fueron al lago Mareotis. En el asiento de atrás, encontraron el fusil de caza de la víctima. Durante el viaje, Farid le disparó dos veces a quemarropa. Llegaron al lago en el momento en que el sol, dormido, se disponía a abrir los ojos en el horizonte. Gaafar cogió en brazos el cuerpo inanimado y lo arrojó entre las cañas. Aunque alguien lo viera, difícilmente supondría que estaba deshaciéndose de un cadáver. Su movimiento era el de alguien que lanza una gran piedra y el estrépito que hizo el cuerpo al hundirse habría confirmado esta impresión.

El policía se encargó personalmente del resto. Firmó el informe acerca de las condiciones de la muerte del joven ayudante de campo. La responsabilidad del deceso incumbía a un pobre campesino, Gamal, que debía cargar el fusil de Karim para la caza. En los locales de la policía, Gamal aullaba su inocencia, pero acabaron por descubrirlo colgado de su cinturón. Entretanto, Farid tuvo la oportunidad de sacarle de mala manera confesiones escritas y firmadas, en las que designaba a tres miembros del Wafd como instigadores del crimen. «¡Ah, ese Farid no respeta nada! —le repetía Elias a Yvette, y se frotaba las manos de satisfacción. Y cada vez añadía—: Ahora te toca a ti, *chérie*.»

Ese imbécil pensaba imponerle una situación delicada y vengarse de Járamis. Pero Yvette se entregó de buen grado al policía y, lo que es más, en el piso de Elias, bajo la mirada de los majestuosos espejos. Lo que le disgustó fue la manera de admirarse ante uno de ellos, sosteniendo la verga en la mano como si se tratara de una anguila lacia y oscura que surgía de su bajo vientre. Abreviaba los preliminares y la obligaba a mantener poses impúdicas, bestiales, antes de forzar vigorosamente cada una de las puertas del amor; así la condujo a un placer crudo y doloroso, semejante al que ella había imaginado la noche en que el policía le había acariciado los muslos, cuando le habían pedido ayuda para desembarazarse del cadáver. A Elias le gustaba imaginar la cara de Andonis si un día se enterara de que su amante se entregaba, sin hacerse demasiado de



rogar, a la humillante lascivia de ese egipcio.

A fin de cuentas, se podía decir que a nadie le interesaba que la historia se difundiera. Para eso estaba el tamiz de la prensa diaria, que dejó planear el misterio sobre todos los puntos oscuros, en lugar de intentar elucidarlos; fue esa prensa la que estampó sobre los hechos el sello engañoso que los valida oficialmente a los ojos del mundo.

De la misma manera, otras historias se insertaban en el orden cotidiano de las cosas, por ejemplo, la suspensión y posterior expulsión de Zanasís Bostantsoglu del club de liberales, que se supo el 5 de mayo de 1925 por una noticia del *Tajidromos*:

*El conocido mayorista Zanasís Bostantsoglu, originario de Mitilene, ha entregado su caja, así como su carnet de miembro, al club de liberales, afectado, como él mismo afirmó, por rumores de malversación carentes de fundamento. El antiguo partidario de Veniselos ha declarado que seguirá luchando junto a las fuerzas progresistas en calidad de ciudadano independiente, con toda la voluntad de un combatiente intrépido, de un cabeza de familia irreprochable y un profesional eficaz.*

De hecho, un ultimátum del consejo de administración fue lo que obligó a Zanasís a presentar su dimisión. Se había establecido que, al menos en dos ocasiones, había inflado los precios de las bebidas y los productos de alimentación destinados a recepciones del club, embolsándose así beneficios ilícitos. Para no manchar su prestigio los miembros del club llevaron el asunto con suma discreción. Abrieron entonces un contrafuego, destacando en su comunicado la voluntad del «combatiente intrépido», que desde hacía tiempo se había debilitado, así como sus cualidades de «cabeza de familia irreprochable» y de «profesional eficaz». La situación se degradó aún más cuando, en esa misma época, en el hipódromo de Alejandría estalló el famoso *grosso colpo*, un escándalo relativo a carreras amañadas y apuestas trucadas. Se apeló a los tribunales mixtos de justicia y, entre los acusados, figuraba un tal Petros Zemistokléus, cuya reputación quedó seriamente dañada, aunque más tarde fue absuelto.

Zanasís pagó caras sus relaciones con el ex yóquey chipriota. Desde el momento en que se había encargado del aprovisionamiento de la bodega de la casa de Mustafá Pashá, había dejado facturas impagadas a la mitad de los comerciantes de la ciudad. Cuando Zanasís comprobó que la suma de impagos correspondientes a sus entregas regulares de champán francés alcanzaba sumas vertiginosas y decidió hablar con Petros cara a cara y en privado para exigir el pago en dinero contante y sonante, ya era tarde. El mequetrefe estaba al corriente de la incurable pasión del griego por los caballos y lo internó por caminos peligrosos, introduciéndolo poco a poco en la trampa entorpecedora de los juegos.

Poco después de la guerra unos estafadores habían dado el último toque a una mecánica infernal inspirada en el modelo francés de apuestas mutuas. Seducían a los jugadores deslumbrándolos con ganancias fáciles y sometiéndolos después progresivamente a una esclavitud psicológica y financiera que acababa por arruinarlos por completo. Por un lado, Zanasís tuvo suerte: Petros necesitaba a un comparsa para sus triquiñuelas, de modo que durante bastante tiempo evitó que quedara a su merced inoculando en el comerciante de Siuf el veneno del juego en dosis homeopáticas gracias a una sabia combinación que alternaba pérdidas y ganancias, dando

pie a que mantuviera vivo el interés y retardando así su caída final, sin red protectora. En verano, en el hipódromo de Alejandría, como en el de Heliópolis de El Cairo, en invierno, Zanasis veía entrar en uno de sus bolsillos lo que salía por el otro. En el ambiente cosmopolita de esos campos de carreras frecuentados por las más hermosas mujeres del mundo y los hombres con las mayores fortunas de Europa y de Egipto, sentía un gozo inmenso entregándose a su pasión, apostando fajos de libras a los mejores purasangres árabes. A veces, como había sucedido en el Sporting Club, buscaba entre las bellezas locales o extranjeras, cubiertas de joyas y pieles, el rostro de su amor de juventud, grabado para siempre en su corazón. Pero nunca la divisó y acabó culpándose por su irrisorio sentimentalismo.

Ese recuerdo era su último islote de romanticismo. Por lo demás, el antiguo partidario de Veniselos se prosternaba desde hacía tiempo ante el becerro de oro y no vaciló en convertir a Zemistoklés en su mentor. Todo el mundo hablaba de ellos; eran conocidos por inflar los precios de las bebidas y la comida que proveían en múltiples recepciones y bailes de beneficencia que se daban en Alejandría. A Zanasis no le quedaba ni un ápice de amor propio, pues cada vez que «el cojo» —como solía llamar a Zemistoklés— ponía un pie en la tienda, Maria aullaba de cólera mientras su marido no se atrevía a decir palabra. Bajaba la cabeza y se dejaba insultar: «¡Eres un viejo chocho completamente senil!». Hasta sus empleados sentían lástima de él.

De este modo proseguían por todos los caminos los ciclos de enriquecimiento y ruina en Alejandría.

En el transcurso de 1924, se conoció la noticia de la promoción de Andreas Sistanis a la dirección de la fábrica de tabaco de Moharram Bey. El comunicado de prensa estaba redactado en estos términos:

*A partir del día de hoy, un miembro distinguido de la comunidad griega de El Cairo, el epirota Andreas Sistanis ha sido nombrado director general de las manufacturas de cigarrillos Andonis Járamis. Así pues, se establece definitivamente en Alejandría. La comunidad de la ciudad de acogida desea la bienvenida a este hijo talentoso, así como todo el éxito que merece en sus nuevas funciones.*

Andonis había madurado durante bastante tiempo su decisión. No ignoraba que, al dejarlo en El Cairo, lo mantenía en una vía muerta. En varias ocasiones había estado a punto de llamarlo: «Andreas, haz las maletas, hoy, mañana..., el mes que viene, pero ven». No obstante, siempre lo postergaba por dificultades de última hora. De hecho —y esto era frecuente en él—, obedecía a su instinto, que le indicaba que aún no había llegado el momento. Y los acontecimientos le dieron la razón.

En otoño de 1924, los británicos no renovaron el contrato de abastecimiento de cigarrillos al ejército, pretextando la calidad irregular de las remesas y retrasos injustificables de los que Andonis no tenía conocimiento alguno. Por otra parte, él mismo consideraba que a ese comercio con el ejército británico le había llegado a su fin. Hacía ya tiempo que pensaba que la producción de cigarrillos baratos para la tropa dañaba su imagen de marca. Guardaba en la memoria el incidente del que había sido testigo en la mansión Cartier, cuando el cónsul británico había rechazado uno de los cigarrillos Járamis diciendo: «No me diga que le gustaría que fumara el

mismo tabaco que nuestros soldados». Ya era hora de volver a los buenos tiempos en que el sello Járamis era signo de calidad. Había abastecido de cigarrillos a los ejércitos británicos de Egipto y de Oriente Próximo durante diez años. El hecho de que el mercado egipcio se repartiera después entre tres fabricantes griegos y ya no a uno solo demostraba la dificultad de la empresa, Andonis deseaba volver a dinamizar sus actividades después de una época bastante monótona, anodina. En un futuro inmediato, buscaba la manera de no despedir a un número importante de obreros en los nuevos edificios. Proyectaba abrirse a los mercados europeos para compensar los beneficios que hasta entonces le había garantizado el ejército británico. Estaba inmerso en tales reflexiones cuando una llamada telefónica de Sistanis le hizo salir volando camino de El Cairo: «Señor Járamis, es necesario que venga a El Cairo mañana mismo por la mañana. Descubrirá cosas muy inesperadas...».

Curiosamente, ese viaje le recordó otro que había realizado diez años antes para la firma del contrato con los británicos; esta vez no iba acompañado de Mijelís y en la estación lo esperaba Sistanis, pero sin Elias. Por lo demás, había el mismo barullo —El Cairo nunca cambiaría—, con la diferencia de que, en lugar de un ambiente marcado por la guerra, se percibía la gravedad del atentado que habían perpetrado la víspera contra el sirdar, el generalísimo sir Lee Stack, asesinado por nacionalistas egipcios.

El coche de Sistanis siguió entonces el mismo trayecto a lo largo del Nilo. El Cairo —mezquitas, minaretes, grandes edificios, palacios y jardines— se desplegaba a su alrededor coronado por inmensas dunas de arena amarilla, que se adivinaban a lo lejos a través del velo turbio del calor. Andonis exponía su idea de lanzar una nueva marca de cigarrillos; su colaborador lo escuchaba en silencio, con la mirada baja, casi lúgubre. Cuando comprendió que se dirigía hacia la ciudad vieja, se interrumpió:

—Por el amor de Dios, Andreas, ¿me has hecho venir para ir a comprar al mercado?

—Tiene que ver a una persona, señor Járamis; tiene que oír y ver con sus propios oídos y sus propios ojos. Hay cosas que usted no puede imaginar.

—¿Qué quieres que te diga? Haz lo que te parezca; solo espero que tengas una buena razón para esto.

El coche se internó por calles adoquinadas y después por callejones pedregosos y malolientes. Andonis prestó atención a los ecos del mercado: el olor a especias y a fruta madura, a cacahuetes, garbanzos tostados y habas frescas le estimulaban el olfato, acompañados por los de cebolla y pita del vendedor ambulante. Al llegar al límite del «bazar» apareció ante sus ojos un torbellino de chilabas y tarbushes. Las callejuelas oscuras del comercio de humanos serpenteaba a su derecha, allí donde los parias de la tierra prestaban su alma al diablo a lo largo de todo el día. Los últimos puestos llegaban hasta aquí. *Burdekan! Balaha! Ruman! Lemun!*, se desgañitaba el joven mercader de frutas y verduras tempranas. Al mismo tiempo, por reflejo, Andonis traducía: «¡Naranjas, dátiles, granadas, limones!». Después de las frutas, dulces, bolsas, esculturas de madera, alfombras, jarrones policromados, un inmenso baratillo y, finalmente, hierbas para hacer infusiones, plantas aromáticas y perfumes embriagadores para la cocina, para los cabellos, los diversos fumaderos... Hombres sentados en la acera degustaban dátiles, limones dulces, granadas y caña de azúcar. Ojos con tracoma, medio ciegos, perdían la mirada vacía más allá de ese magma. Un negrito había saltado al estribo del coche. Cerraba los puños y los abría de nuevo, con los dedos separados, prometiéndoles por cinco miserables piastras todas las delicias de la carne

fresca. Ante su indiferencia, cerró los dedos, uno tras otro, hasta que, ya decepcionado, saltó a tierra. El sabarsaguis, que recogía las colillas para venderlas a los fabricantes, le recordó vagamente al Andonis de otros tiempos. Un mendigo harapiento lo miró de hito en hito con una mirada suplicante. Amas de casa campesinas, con sus niños sobre los hombros, caminaban con aire digno. Las callejuelas sucias estaban bloqueadas por una maraña de carretas, coches y bicicletas, bajo el sol plomizo de mediodía que tostaba aún más los rostros bañados en sudor. Andonis mostraba signos de impaciencia, golpeaba con el pie en el suelo. ¿Tan larga prueba merecía la pena? «Ya estamos», dijo Sistanis, y en un minuto estaban delante de un viejo café árabe. Sucias lámparas de aceite colgaban por encima de los turbantes de los clientes. Las paredes estaban desconchadas y las puertas desvencijadas. Unos hombres morenos los recibieron todo sonrisas, a pesar de sus rasgos muy marcados. Algunos, indolentes, fumaban en narguiles o largas pipas de madera, bebían *busa* o jugaban con naipes sucios y gastados. Algunos cuchicheaban como conspiradores, otros gritaban, se disputaban, levantando la mano y escupiendo sin parar en las balatias. El hombre que los había citado estaba allí, sentado en un rincón; fumaba en su narguile y los esperaba pacientemente. Se levantó e hizo como si limpiara el polvo de las dos sillas que les estaban destinadas. Su traje a la francesa brillaba al sol y llevaba un tarbush de color rojo sangre. Se inclinó y echó con un juramento al cafetero, que tenía la cara dura de imaginar que iba a servir sus miserables consumiciones a esos dos señores.

—Es Kamel, el brazo derecho de los británicos, el hombre para todo —dijo Sistanis en árabe.

Kamel asintió y se inclinó de nuevo pronunciando el saludo tradicional: *Salam*.

—Kamel se encarga del correo entre los servicios.

El recadero egipcio comprendía el griego de Sistanis, pero no lo hablaba; se contentaba con asentir sonriendo. Era pequeño, de piel tostada por el sol y de edad indefinible; cada sonrisa plegaba las arrugas blancuzcas de su rostro como galerías excavadas.

—Kamel, muéstrale al señor Járamis lo que me has enseñado —lo animó Sistanis.

De un bolsillo interior sacó unos folletos cuidadosamente doblados. Andonis los examinó durante un buen rato, atentamente, como para impregnarse de su carácter oficial; luego, con gestos secos y nerviosos, pasó de una hoja a otra, comparó las cifras, los nombres, las firmas. Su rostro era una paleta de colores cambiantes.

—¿De qué va todo esto? —acabó por preguntar.

—Falsos balances, señor Járamis. Falsos balances que sus competidores han presentado a los británicos para quitarle el pan de la boca.

Con calma, Sistanis encendió su linterna.

—Sí, pero las firmas que certifican estos falsos balances son auténticas.

—¿Está usted seguro?

—Por completo. ¡Esta firma es la de Yorgás! —exclamó Andonis golpeando el fajo con el dorso de la mano—. ¡Y aquí está la de Stratís Mijelís! ¡Pondría la mano en el fuego!

—Muy bien, porque Kamel, aquí presente, está seguro. Los ha visto ir y venir por las oficinas de los británicos, cogidos del brazo con sus competidores.

—Lo cual significa que...

—¡Exactamente!

—¡Ah, perros! ¡Por qué no los habré dejado pudrirse en Mansura y en Tanta! —se enfureció Járamis.

Se golpeó la frente con la palma de la mano y depositó los documentos en la mesa de zinc del café. En unos segundos, había perdido mucho más que su colaboración con el ejército británico. Había perdido su fe en el hombre. De pronto, todo le pareció amenazador. El café ruinoso se llenó de sombras y murmullos. ¿Cómo estar seguro de que aquellos dos, que le habían abierto los ojos, no estaban dispuestos a clavarle una cuchillada en la espalda? Esa miseria moral, en medio de la miseria física, le daba náuseas. Marcharse, mientras aún estaban a tiempo. Cuando Kamel empezó a hablar de un señor alto y elegante, que hablaba siempre un francés con mezcla de árabe, pensó en Elias. Inconscientemente, le tapó la boca con la mano para que se callara, y se volvió, abatido, hacia Sistanis.

—¿No crees que ya es bastante por hoy, Andreas? Ya he tenido mi ración. Vámonos de aquí.

A Sistanis le costaba ocultar su satisfacción. Con un *tamam* —«todo va bien»— se despidió de su informador, le dejó un fajo de libras sobre la mesa y alcanzó a Járamis, que tenía prisa por subir al coche. A parecer no se daba cuenta del golpe que había sufrido su jefe; durante el trayecto de vuelta, siguió bombardeándolo con informaciones especialmente desagradables.

—Sus competidores han decidido derribarlo. ¿Sabe que aquí, en El Cairo, se dedican a aconsejar a los comerciantes que dejen de comprar nuestros cigarrillos? Hacen circular el rumor de que el cierre de la fábrica es inminente. Varios expendedores de tabaco me lo han dicho. Tengo que llamar personalmente a las puertas para tranquilizar a los clientes. Voy a enviar gente por todas partes antes de que sea demasiado tarde. Nuestros adversarios no dejan nada al azar. Extienden su veneno hasta en los sitios más remotos.

—Hazlo, Andreas. No dejes que nos asfixien con sus mentiras —dijo Andonis totalmente deshecho.

El descubrimiento de los falsos balances le había hecho caer desde muy alto; tardaría mucho tiempo en levantarse.

—No se preocupe, señor Járamis. Si esos falsarios intentan ganarnos por la mano y aplastarnos, los dejaré sin fuerzas para actuar.

Andonis deseaba ardientemente volver a Alejandría, asegurarse de que al menos allí las cosas permanecían inmutables; deseaba acurrucarse en los brazos de su amante y encontrar en ellos las fuerzas que le faltaban para poner a punto su venganza.

La perversión va siempre más lejos que la imaginación. La sensación de superioridad que procura el vicio se alimenta quizá de placeres engañosos, pero el espíritu que se entrega a ello siente una necesidad compulsiva. No tiene más que una respuesta para quienes se dedican a dar lecciones: «He experimentado un vértigo que vosotros siempre ignoraréis, he alcanzado el punto culminante de todos los goces».

El Berlín de los años veinte constituía para Kostís la metrópoli de las pasiones, un crisol inverosímil de movimientos y estilos. La música atonal de Schoenberg se deslizaba sobre las caderas de Joséphine Baker, la Venus negra; el jazz corría como el champán en los cabarets de mala fama; se echaban pestes contra los excesos industriales de la Bauhaus en arquitectura y contra la «nueva objetividad» de Dix y Grosz en pintura, mientras las costumbres sexuales se desataban como caballos desbocados en las avenidas y las callejuelas, tanto en los burdeles para hombres como para mujeres, para que las imaginaciones morbosas se alimentaran de sus ídolos más caricaturescos.

Más adelante, Kostís recordaría la esquizofrenia moral que engendraba esa interminable carrera de persecución de la novedad, y eso era precisamente lo que Berlín ofrecía entonces al mundo; comentaba las nuevas tendencias en pintura, inspiradas en anécdotas extrañas captadas en el torbellino de los cabarets sometidos a la presión de encargados andróginos y saxofonistas delirantes. «Allí se daban cita todos los degenerados para realizar sus fantasías —no dejaba de observar, y añadía—: Pensad que poco antes de que me fuera de Berlín, existían ciento setenta burdeles comunes funcionando a pleno rendimiento, con la bendición de la policía. Sí, ciento setenta. Tal vez más, pero sin duda ni uno menos. En algunos cabarets, por ejemplo el célebre Eldorado, en la Motzstrasse, me pregunto si una sola de las chicas que distraían a la clientela era biológicamente una mujer. El Berlín de los años veinte era una ciudad travestida.»

No obstante, durante las veladas del invierno de 1924, cuando se encontraba con Majos frente a un espejo y escrutaba en los más mínimos detalles su manera elegante de vestirse, no era esa la idea que se hacía. Berlín era aún en esa época la ciudad que salía de la pesadilla de la posguerra y se entregaba a increíbles desbordamientos de alegría y buen humor. Majos y su impecable perfil griego atraían a la tierra entera como un imán y, aunque seguía estando celoso de él, se ponía muy contento cuando oía decir a sus amigos que habían visto a su hermano menor cenando en uno de los mejores restaurantes de la ciudad en compañía de una criatura de ensueño, o que la semana anterior se paseaba del brazo de una bonita pelirroja delante de la estación de metro de Potsdamer Platz. Por este motivo, cada vez que Kostís retocaba un poco su corbata o su pañuelo, o verificaba si se había afeitado cuidadosamente, le pasaba con afecto la mano por el cabello engominado y le decía, como un hermano mayor:

—A ver, hermanito, ¿adónde vamos esta noche?

La sonrisa de Majos era elocuente y, cada vez, le hacía añadir:

—Todas las mujeres de Berlín están locas por ti. Elijas a quien elijas, no olvides decirle que tu hermano es el «príncipe de Berlín».

No mentía. Este título, que Kostís invocó con orgullo durante muchos años, se le había pegado a la piel durante la época inflacionista, cuando tenía a la ciudad entera a sus pies.

Siempre designaba el Berlín de los años veinte con la expresión «mi ciudad». Él consideraba que la metrópoli del sexo, sus incomparables fiestas privadas y sus noches memorables, formaban parte de su mundo y le pertenecían, igual que si fuera una casa o un coche. Pues ese Berlín no se identificaba —para exponer las cosas tal como eran— con sus edificios, sus plazas o sus calles. De hecho se trataba de un baptisterio de experiencias, una especie de perfume efímero que se llevó consigo, hacia el final de la década, cuando comprendió que había llegado el momento de decirle adiós. Había libado el jugo de toda carne, sin distinguir entre amores venales y aventuras ligeras. Poseía a su amante del momento con la misma naturalidad y gozando en plena propiedad, ya fuera en el castillo de una aristócrata o en el último tugurio con una hija del pueblo que se le entregaba por unos cuantos marcos, simplemente porque las mujeres del lugar le pertenecían. Y mientras consideraba compartir alguna de sus conquistas con Majos, llegó la abominable noche del 20 de mayo, que barrió de golpe todas sus ilusiones. Esa noche llevaron de urgencia a su hermano menor a un hospital de Berlín a consecuencia de una hemorragia incontenible. Al principio, los médicos mencionaron una hemorragia rectal. Era necesaria una intervención de urgencia para reconstruir ese emuntorio. Pero nuevos datos modificaron el diagnóstico: «Estallido de las paredes del recto provocado por la introducción violenta de un cuerpo extraño. Después de

este diagnóstico, de lo más explícito, fluyó una avalancha de revelaciones.

Con toda probabilidad, ya avanzada la noche, el joven Adonis abandonaba a las bonitas mujeres, víctimas de su seducción pero incapaces de satisfacer su pasión narcisista; acudía entonces a esos lugares donde su cuerpo divinamente esculpido sería adulado por los ojos de otros hombres. No deseaba admirar sino ser admirado, y menos aún adorar sino ser adorado. La coquetería femenina lo irritaba sobre manera. Su ego de Apolo no autorizaba más que la compañía de adorables muñecas, pero su narcisismo rechazaba la tiránica vanidad de las apariencias que observaba en las mujeres. Sus demonios a menudo le hacían perder el sentido de la realidad. En esos momentos, ya no era un admirador aturdido por su propia imagen; se deslizaba suavemente al otro lado del espejo y se metamorfoseaba con opciones radicales. Abordaba el otro lado, pervirtiendo su carácter masculino, y conocía un triunfo absoluto, no solo porque se parecía a una mujer sino porque superaba con mucho a esas criaturas arrogantes. Accedía a la belleza suprema, era hombre y mujer a la vez, genio hermafrodita, nuevo dios del amor cuyas proporciones esculturales iban más allá de la imaginación. Los adoradores de un dios así tenían mucha suerte, fueran hombres o mujeres. Sin embargo, acabar en el hospital en ese lamentable estado demostraba que algunos habían sobrepasado cruelmente el estadio de la oblación. Lo habían hecho caer de su pedestal de manera tan súbita como bárbara, en uno de los burdeles que surgían cada día por todas partes en la nueva Sodoma que era el Berlín de la posguerra. El pequeño dios se encontraba encerrado en una habitación de hospital banal y triste, donde se esforzaría por superar la vergüenza generada por la revelación de su «doble vida».

Kostís descubrió un maniquí de cera bajo las sábanas blancas. «Hasta los dioses son vulnerables», pensó. El desgraciado joven, aturdido por el cloroformo, intentó articular unas palabras. Su hermano lo detuvo y le acarició el cabello.

—No es nada, Majos. Tus intestinos están irritados, pero ahora todo va bien. De ahora en adelante tendrás que tener cuidado con lo que comes. Todo irá bien, no te preocupes. Tu hermano está aquí, a tu lado, y aquí seguirá.

Tenía ganas de llorar sin saber por qué. En cierta manera, Adonis-Majos había dejado de existir. Había vuelto el chiquillo de pantalón corto, el niño sentado a los pies de su madre y que ella acariciaba, el compañero de su juventud. La impresión, por muy facticia y fugitiva que fuera, le permitió librarse del peso de la rivalidad con su hermano. Ya no tenía nada que envidiar al guapo joven indefenso. Sus visiones opuestas del mundo los habían separado, hasta que la consecuencia de una pasión morbosa los reunió otra vez.

Cuando Kostís abandonó Berlín a principios de los años treinta le dio la impresión de que nunca había estado en la ciudad. Aparte de los primeros meses de su estancia, no había intentado familiarizarse con ella, tomarle el pulso, durmiendo en casas particulares de la ciudad, por ejemplo, aun cuando las habitaciones de alquiler abundaban; muchos berlineses las ofrecían a personas solteras para redondear sus magros días de fin de mes. Nunca supo lo que era ahogarse en un piso con olor a patatas y a margarina barata. Jamás tuvo que bendecir un desayuno consistente en una sola taza de café de mala calidad y una rebanada de pan con manteca de cerdo. Tampoco tuvo que pasar por encima de cuerpos dormidos para ir al lavabo en medio de la oscuridad, ni aguantar a una patrona desabrida echando pestes en cuanto empezaba a anochecer.

Cuando la inflación estaba en su punto álgido, ocupaba continuamente una suite en el Kaiser,

uno de los famosos y grandes hoteles de la ciudad, porque al príncipe de Berlín le resultaba inconcebible vivir en un establecimiento de categoría más baja. Se había entregado a toda clase de excesos y excentricidades en el reino de la noche; no había sentido sino desprecio por los placeres sencillos que le habrían procurado un paseo matinal por el Tiergarten o la degustación de un granizado en uno de los cafés a lo largo del jardín zoológico. Como mucho había consentido en dar un paseo por la Kurfürstendamm, la gran avenida flanqueada por hoteles de lujo, galerías y restaurantes, para subir hasta el café Kranzler donde, sentado en la terraza, contemplaba a los transeúntes.

De chiquillo, en Alejandría, su deseo de oír vibrar la ciudad lo empujaba a realizar actividades inconcebibles para un muchachito de la mejor sociedad. Hoy, solo y libre en una capital europea, no tenía el menor deseo de captar la vida cotidiana. Solía decirse que, si Nikitas hubiera estado allí, a lo largo de los años se habría empeñado en explorar hasta el último rincón de esa inmensa ciudad. Pero él no era Nikitas. En su fuero interno continuaba siendo un joven cosmopolita y bien educado que la plebe no conseguía conmover. Prefería observarla de lejos. Sonreía a los niños que lloraban en las aceras, en las callejuelas, animaba a los chicos vestidos con jerséis que recorrían las calles haciendo rabiarse a las chicas, saludaba a los vendedores de helados que salían de su hibernación cada primavera, empujando los carritos, y de vez en cuando les compraba un cucurucho y les dejaba el cambio. Hacía lo mismo con los vendedores de periódicos, mientras pensaba en deshacerse cuanto antes del papel que les compraba. Nunca sintió verdaderamente el deseo de leer un periódico entero en alemán ni de acceder de este modo al meollo de la vida berlinesa. Sus amigos, los pobres diablos que constituían su corte, representaban quizá los únicos vínculos activos que mantenía con el mundo real, y sin embargo no había conseguido más que corromperlos. Karl, el dogmático, cediendo a las delicias envenenadas de las noches berlinesas, había estado a punto de renegar de sus ideales. Max, el pintor, se volvía cada día más perezoso; disfrutando de las inesperadas larguezas del joven alejandrino, se había conformado con embadurnar la tela con sus angustias, más que extraer de ellas una inspiración exigente. Las tres doncellas habían acabado haciendo la calle, fantasmas de una ciudad sin futuro. El único que parecía escapar a la corrupción era el judío encerrado en su bodega, por miedo o por hambre, o tal vez por ambas cosas. El mismo Kostís se miraba a sí mismo vivir como se descubre una atracción al levantarse el telón en un cabaret. En lo sucesivo, estaba clavado a su mesa de *bon vivant*, donde permanentemente se encontraba una botella de buen caldo siempre llena. En su vértigo, pasaba el tiempo imaginando espectáculos y extrañas melodías, una especie de contralocura para la locura de la ciudad. Había abandonado por completo los estudios. Su único ámbito de experiencia social era el café artístico, cerca de la catedral, en el que judíos e intelectuales de izquierda alimentaban interminables controversias literarias. De vez en cuando no se negaba a recibir la unción espiritual de lugares como el Romanische Café o el Josti Café, pero sin más.

Kostís no tomó nunca en serio a ese pueblo prisionero de tantas dificultades y restricciones, que protestaba a cada paso, se precipitaba a las calles para manifestarse y blandir banderas de todos los colores. De igual modo, no sintió florecer las semillas del nazismo que, apenas sembradas en las mentes, se propagaron a una velocidad de locura, invadiendo el terreno político, alimentándose de la menor queja, de la mínima protesta, cualquiera que fuese su origen. Al principio, los desfiles nazis le recordaban a los scouts de Alejandría, si se exceptuaban las



múltiples peleas y provocaciones que causaban después. Los desfiles con esvásticas y saludos marciales le parecían bastante pueriles y le recordaban los teatros de marionetas ambulantes de su infancia. ¿Cómo se podía —por no poner más que un ejemplo— conceder importancia a un hombrecillo enclenque que, acompañado de sus secuaces, interrumpió la proyección de *Sin novedad en el frente* —Kostís estaba en París, pero imaginó la escena según la descripción que le hizo Karl en una de sus cartas—. Solo a unos granujas se les podía ocurrir lanzar tomates a una pantalla y soltar ratones en una sala de cine. El golfo en cuestión era Joseph Goebbels.

Para que Andonis sintiera de nuevo su poder fue necesario que regresara a Alejandría y volviera a tomar posesión de su despacho. Se instaló en su escritorio para ocupar el espacio y abarcar la estancia con una mirada circular. Dondequiera que posara la mirada, se imponían los signos de su poder. Interrumpió a Iulía, que corría las cortinas para protegerlo del sol; la luz formaba en el suelo dos cuadrados deslumbrantes que le molestaban un poco. Pero desde la infancia temía su ausencia. El astro del día transformaba su humor; al darle calor, los rayos lograban disipar los tristes fantasmas agazapados en su memoria. Su luz, por muy modesta que fuera, bastaba para que el futuro se vistiera de optimismo.

Despejó el escritorio de los papeles que lo ocupaban, cogió dos cigarrillos de su caja, los puso de pie con precaución sobre la mesa y los consideró: Yorgás y Mijelís. Luego sopló ligeramente sobre ellos; una gran sonrisa de satisfacción apareció en su rostro cuando cayeron en la madera oscura.

Hizo llamar a Yorgás, que llegó casi al instante, como si esperara detrás de la puerta, preparado para entrar. Llevaba aún sus manguitos raídos. ¿Para seguir mostrando que trabajaba duro?

—Bienvenido, Yorgos —dijo amablemente, y esta cordialidad sorprendió al jefe de contabilidad—. Ven a sentarte, no te quedes de pie —añadió antes de que su visitante cerrara la puerta tras de sí.

—¿Pasa algo, Andonis?

—No. ¿Tendría que pasar algo?

—No lo sé; es una simple pregunta.

—Y yo te he respondido. ¿Entonces? ¿Sabes en qué estaba pensando el otro día, Yorgos? —prosiguió Andonis con aire de superioridad.

—¿En qué?

—Estaba tratando de recordar cuánto tiempo había pasado desde aquel día en que charlamos como amigos en este despacho.

—¿Cuánto tiempo? —Se estiró los tirantes.

—Hace tiempo, Yorgos, casi diez años; desde el incidente del blasón real sobre el portal de la fábrica, cuando la visita de Veniselos.

—Yo no habría sabido determinarlo, pero si dices que se remonta a esa época, sin duda es verdad.

—Te aseguro que es eso. Después, te fuiste durante dos años y has vuelto a tu puesto al regresar, ¿no es así?

—No me quejo.

—¿Quién habla de quejarse? Solo estoy constatando que hemos dejado pasar diez años sin

sentarnos tranquilamente los dos como hacemos ahora, para hablar. Tú nunca me has contado, por ejemplo, cómo viviste esos dos años de alejamiento.

—Dos años y medio, casi tres, Andonis.

—Está bien, no vamos a discutir por unos meses. No debió de ser fácil, lejos de Alejandría, de tu familia...

—Una prueba mucho más difícil de lo que puedes imaginar.

—Amigo mío, es necesario que comprendas que lo que creí que debía hacer, lo hice por tu bien. No tenía el menor deseo de castigarte.

—Me lo explicaste claramente entonces y es así como lo he recibido.

—Cuando pienso que fuisteis tú y Mijelís quienes pagasteis el pato por esos enfrentamientos entre monárquicos y partidarios de Veniselos, me avergüenzo un poco. Érais mis amigos; debería haberos protegido.

—Eso no dependía de ti, Andonis.

—¿Lo crees de verdad, Yorgos?

—Por supuesto que lo creo.

—¡Menos mal! No sabes qué alivio siento al oírtelo decir. Me tranquiliza saber que no me guardas rencor.

—¡Cielos! ¿Crees que podría tener algo contra ti y tratar de hacerte daño?

—No he dicho que podrías tratar de hacerme daño. Pero, a propósito, ¿cómo crees que podrías intentar hacerme daño?

—Cuando tiene voluntad de hacerlo, incluso el más débil encuentra el medio de hacer daño.

—Entonces modifico mi pregunta. ¿Crees que te habría dejado hacerme daño sin que se sepa, sin reaccionar?

—Dios mío, Andonis. ¿A qué viene discutir así esta mañana?

—Tienes razón, cambiemos de tema. Estas no son conversaciones entre hermanos. Porque nosotros somos hermanos, Yorgos. Tú eres el hermano que no he tenido y yo el hermano que no tuviste la suerte de tener.

—Los momentos difíciles nos han acercado el uno al otro.

—Por cierto, ¿te acuerdas del golpe de Orabi? La ciudad entera en ruinas, los árabes que lo habían quemado todo. Y después llegó la marina británica para destruir lo que quedaba en pie. Incluso Sherif Pashá no era más que un amasijo de piedras y cenizas. Me acuerdo como si fuera ayer. Tu padre decía que nunca lograríamos reconstruirlo todo.

—Lo logramos, Andonis —asintió el jefe de contabilidad.

Sonrió como antes, con toda la inocencia que quedaba en el fondo de su alma, y miró a lo lejos, tirando con orgullo de sus tirantes.

—Sin embargo, insisto, no me he comportado bien, ni contigo ni con Mijelís. Pero nunca es demasiado tarde para corregir los errores.

—No veo en qué deberías hacerlo.

—¿Acaso no hay manera de que me perdones?

—¿Quién te ha dicho que eso podría ser un problema entre nosotros?

—No sé lo que piensas en el fondo de ti mismo, pero lo que hice pesará siempre sobre mi conciencia.

—Sinceramente, no es cuestión de perdón. Si no hubiéramos sacado ninguna consecuencia de

tus declaraciones de la época, quién sabe dónde nos encontraríamos. Entretanto, hubo una guerra. Los monárquicos eran germanófilos. No me habría sorprendido si nos hubieran enviado a tomar el aire a Malta.

—En eso tienes razón. Incluso creo que aún no has escapado por completo al riesgo de un viajecito a Malta, hermano.

—¡Ah, no! No ahora, no creo que...

—Qué sabes tú. Bastaría con una persona bienintencionada, si puedo decirlo, que murmurara las palabras adecuadas a los oídos adecuados y ¡hala! No tendrías ni tiempo de decir ¡uf! y ya estarías expulsado. ¿Qué? No me mires así. Yo no te haría nunca nada parecido. Somos hermanos. No tienes nada que temer de mí y no corro tampoco ningún riesgo que venga de ti. Díselo a Stratís Mijelís. No tiene nada que temer de mí.

—Ya no me relaciono con Mijelís.

—¿De verdad? Creí que el exilio os había acercado.

—No tengo ningún vínculo con él, ni de cerca ni de lejos. Lo único que tenemos en común es nuestro respeto por la persona del rey. Pero ese es el caso, creo yo, de la mitad de los griegos.

—Tienes razón. ¿Qué tienes que ver con Mijelís? ¡Nada! Era una tontería pensar en eso... Nuestro abogado ha resultado ser un verdadero cabrón. Dicen que con otros dos canallas, se han apoderado de la fortuna de una viejecita impotente que, lamentablemente, no hablaba árabe. Sé lo que vas a decir: ¿qué habría hecho ella con esos ahorros a su edad? Y no te faltaría razón. Pero eso no impide que este abogado... ¡Qué gran cabrón!

—Sin embargo, por tu parte, no creo que tengas queja de él, ¿no?

—¿Yo? ¿De qué podría quejarme? De todos modos, no soy una viejecita que no entiende el árabe... Podrías decirle eso a Mijelís.

—Ya te he dicho, Andonis, que no tengo ninguna relación con él.

—Y haces muy bien.

—¡Hoy estás muy extraño!

—¿Extraño? ¿Por qué extraño? En absoluto. Solo estoy pensando en mi viaje a Europa.

—¿Te vas a ir, Andonis?

—Sí, Yorguís, pienso ausentarme por un tiempo.

—¿Es realmente un buen momento para irse de viaje? Quiero decir, ahora que nuestros competidores quieren quitarnos nuestra parte del pastel, e incluso quedarse el pastel para ellos solos. No olvidemos que hemos perdido el privilegio de abastecer al ejército británico.

—¿Es posible que te hagas mala sangre por eso, querido Yorguís?

—¡Qué cosas dices, si me inquieta...! Con ese asunto hemos perdido mucho dinero, Andonis, no tiene nada de gracioso...

—Pero soy yo quien lo ha perdido, Yorgos, y como ves, no me preocupa demasiado. Así que, por favor, no te eches las manos a la cabeza con esta historia...

—Bueno, de acuerdo, si tú lo dices. Además, si vas a Europa es que tienes una idea. ¿Tal vez vas a ver a tus hijos?

—Deja a mis hijos donde están. Están purgando su pena. Créeme, ¡qué desgarrador es para un padre haber tenido que despacharlos a los dos!

—Te gustan los misterios, Andonis, y no creo que estés dispuesto a confiarme el objeto de tu viaje...

—Claro que tengo pistas. Tal vez conseguiré dar una buena lección a mis competidores, pero no puedo decirte más, de momento. Te he llamado para anunciarte que...

—Que...

—Voy a hacer volver a Sistanis de El Cairo. Él es quien va a tomar la dirección en mi ausencia y quiero que lo asistas con lealtad. Él ignora lo que hay en los rincones y recovecos, comprendes. ¿Puedes prometerme, con toda sinceridad, prestarle tu ayuda, Yorgakis?

—Naturalmente, Andonis. No necesitas pedirlo, cae por su propio peso. Haré todo lo posible, créeme. Siento mucho aprecio por Andreas.

—Yo también, siento mucho aprecio por él, y permíteme insistir: exijo una perfecta cooperación entre vosotros. No hay que dejar que nuestros competidores se aprovechen para conseguir echarnos de nuestras posiciones.

—Bromas aparte, Andonis, las cosas no son fáciles hoy día, el mercado se está poniendo muy difícil.

—En lo que a mí respecta, no tengo miedo, ¿y sabes por qué? Cuento con los mejores y más fieles colaboradores. Te tengo a ti y a Mijelís, aunque no confíes mucho en él. Andreas va a estar también con nosotros. Francamente, ¿quién podría atacarnos con un equipo tan formidable?

—¡Nadie!

Andonis pulsó un timbre y la secretaria particular se presentó.

—¿Está listo el comunicado de prensa, señorita Iulía?

—Sí, señor Járamis.

—Transmítalo de inmediato a la prensa de habla griega.

La solterona se inclinó ligeramente y se fue. Andonis se fijó en el contoneo de su trasero, como una pequeña chalupa maltrecha por el movimiento de las aguas. El espectáculo le hizo gracia.

Después pensó: Ella, al menos, me es leal.

Habían pasado diez años desde que Yvette había contemplado por última vez, desde el puente de un navío, las líneas indecisas y arenosas de las costas egipcias. Su vida estaba ordenada de un modo natural alrededor de su relación estable con un rico industrial y la preocupación constante que generaba la dirección de un burdel de lujo, pero a ella le costaba admitir que un amante que se iba haciendo viejo y una casa de tolerancia fueran suficientes para hacer que permaneciera durante tanto tiempo en el Cuerno de África. Prefería analizar la situación a través de la guerra. «La culpa la tiene la guerra», repetía siempre; como si la guerra no hubiera terminado hacía seis años, las fronteras permanecían cerradas y la flota británica seguía patrullando en el puerto para impedir que los demás navíos se hicieran a la mar. Le resultaba más que difícil marcharse sola a Europa, pero no dudó ni un segundo en hacer el equipaje cuando Andonis le propuso ir a su encuentro en Viena. Tras la visita de Járamis a Alemania, pasarían juntos allí unos días. Después darían un rodeo por el sur de Francia para embarcar en Marsella y regresar a Egipto. Tras largos años de cautividad en el piso de la calle Sultán Hussein, donde se sentía relegada a un segundo plano en la vida de Andonis —de lo cual, en definitiva, tampoco estaba en situación de quejarse—, esa proposición sonaba en sus oídos como una pequeña victoria. Sin embargo, ese no era el único motivo que la llevaba a abandonar su guarida alejandrina para bogar hacia su continente de origen.

En los últimos meses, Roxane estaba empeñada en reanudar los lazos epistolares. Al morir de repente su marido, se había encontrado en París, inmensamente rica y sola, enfrentada a un vacío imposible de llenar después de que se fuera su hermana. Danae, que no se había curado de su pasión por la canción, cansada de grabar amanés para Pathé, invadida de nostalgia por la Ciudad, se había dejado convencer por la célebre Eftalía —de gira por Europa en esa época— para volver a su antiguo amor y regresar al país.

Por eso Roxane, impulsada por el tedio que amenaza a las viudas adineradas, había roto un largo período de silencio y le enviaba cartas de un tórrido erotismo. En su última misiva le decía:

*Ahora comprendo hasta qué punto esa caterva de clientes colgados de mí te hicieron sufrir; los veías absorber la savia de mi juventud. Hoy mi alma siente tu presencia junto a mí, la forma de tu cuerpo se imprime en las sábanas de mi lecho. En la Ciudad de la Luz, llamo de nuevo al amor, un amor leve y sin dolor, sin un deseo imperioso de penetración, sin las exhibiciones vanidosas de fierabrás. En la Ciudad de la Luz, es a ti a quien espero.*

Yvette le anunció por telegrama que había reservado plazas para Marsella en un paquebote de las Messageries Maritimes:

#### LLEGO PARÍS STOP LLEGO AMOR STOP YVETTE

Estos términos de un lirismo minimalista, el único que autoriza la escritura telegráfica, terminaban el pequeño telegrama. Todos se alegraban de su decisión con excepción de Elias, que gruñía furioso a causa de las responsabilidades que automáticamente recaían sobre él. La víspera del viaje, su discusión en Mustafá Pashá estuvo a punto de llegar al incidente.

—*Ce n'est pas vrai*, no puedes soltarlo todo así, sin avisar.

—*Pourquoi pas?* Ignoraba que estuviera prisionera.

—No estás prisionera. Simplemente tenemos un negocio que regentar. ¿Se te ha olvidado?

—¡Hipócrita! Durante años has hecho tu vida y te ha importado un comino. Por supuesto, estaba la buenaza de Yvette que cargaba con el trabajo y llevaba a costas los problemas. Pues bien, ya es hora de que te incorpores al servicio, que comprendas lo que supone hacer el trabajo sucio. Y todo eso porque me propongo marcharme solo un mes. No tienes vergüenza, ¿es eso? Me has dejado desperdiciar diez años de mi vida aquí. Eso no te ha incomodado, ¿no?

—*Merde, quoi!* Cómo voy a saber yo, niña mía, lo que pretendes hacer... ¿No será que estás a punto de izar velas *illico presto*, y sin intención de volver, después de habernos arruinado a tu vejancón y a mí? Y ahora vas a relajarte cómodamente en Europa con tu amante. Crees acaso que no estoy al corriente de las cartas que te envía Roxane...

—¡Ah! Es cierto, tienes soplonos por todas partes...

—*Bien sûr*. Deberías saber que ella se cansará, una vez más, que te dejará plantada, como la última vez. Y no merecerá la pena volver a Alejandría, eso te lo digo yo.

—*Espèce d'imbécile!* —exclamó, lanzándole a la cara el vaso lleno de su licor favorito.

El cristal estalló en mil fragmentos al dar contra la pared, al mismo tiempo que se extendían unas curiosas manchas de líquido espeso color rojo sangre.

Sorprendido por su rabia, Elias se contentó con una risa sarcástica. Posó la mano derecha sobre la mesa para examinar su sortija de sello.

—Por si no lo recuerdas, la última vez que puse los pies en la casa, te saqué de un considerable apuro. Solo deseo que sepas que estaré siempre a tu lado, pase lo que pase.

Por primera vez, Yvette tuvo ganas de cantarle las verdades. Durante tantos años, el dandi libanés que tenía delante le había robado su alma, al servicio exclusivo de sus propios intereses. La mansión de Mustafá Pashá, los servicios secretos, la semicautividad en el piso de Sultán Hussein: imposible —por lo menos— considerar estos hechos como si fueran la consecuencia de las promesas pronunciadas en París, hacía mucho tiempo. Por cierto que las había olvidado cuando la había lanzado a los brazos de Jacquot, y después a los de Járamis y, para rematarlo todo, al vil abrazo del policía Farid. Hubiera querido echarle todo esto en cara, ponerle los puntos sobre las íes, pero algo la retuvo, cierto orgullo, una imagen de sí misma quizá, y replicó, de forma benevolente:

—Y yo quiero decirte que Antoine no es un vejancón y, por lo que respecta a Roxane, deberías preguntarte qué me ofrece ella para que sea mejor que lo que dais vosotros, los hombres. *Compris?*

Era posible que en el fondo Elias no hubiera percibido nunca la realidad de sus sentimientos durante esos años; por su parte, ella estaba segura de haber puesto el dedo en la llaga, consciente de ser la más fuerte en el juego de las sensaciones.

Antes de alcanzar el norte de Francia, Yvette se acercó a un pueblo —encajonado en un hueco de las colinas que coronan el encaje azulado de Niza— no lejos de la Costa Azul para visitar a Marianzi. La institución psiquiátrica recordaba un museo de enfermedades mentales, lo cual desagradó mucho a Yvette. Marianzi no parecía sufrir por ello.

—Es otra dimensión de la muerte. Aquí vivimos una muerte provisional. En este estado puedo hacerle compañía a mi Panayotis, ¿ves? En el fondo, no lamento nada. El amor exige sacrificios, Yvette. *Un point, c'est tout!*

La joven, parcamente vestida con un simple vestido de alpaca, tenía el aspecto de un apóstol. ¿Dónde estaba el aura de aquella que había caminado tras las huellas del amor eterno? Era terrorífico amar con tanta pureza. Hacer el esfuerzo de elevarse por encima de los celos y las flaquezas humanas linda con el absurdo. Solo el demonio del bien puede tener la pretensión de rechazar el más leve indicio de mal. Solo un muerto puede definitivamente librarse de sus faltas.

Esa fue la sensación de Yvette cuando se marchaba. Al despedirse de Marianzi a través de la ventanilla del coche creyó decirle adiós a una muerta. Su último saludo ofrecía la gravedad de un adiós. Volvió inmediatamente sus pensamientos hacia la capital.

El París que encontró no tenía nada en común con el que había dejado diez años antes. El cuerpo viviente de una ciudad se transforma y puede volverse irreconocible, sobre todo cuando una guerra le ha succionado la sangre. A principios de la década, legiones de apátridas y expatriados invadían Montmartre y Montparnasse, imprimiéndoles un espíritu bohemio. Un sol poco habitual en esa época del año se obstinaba en sonreír sobre el Sena. Un tiempo así en el mes de noviembre —algo muy raro en París— hizo que Yvette se sintiera contrariada; era imposible

lucir la carísima piel comprada en Sistovaris.

Repartió los quince días en París entre la calle La Boétie, donde se situaban el domicilio y la joyería de Roxane, y sus pasatiempos favoritos de antaño: paseos a lo largo del Sena y suave *farniente* en los *cafés* del bulevar Saint-Germain. Por la noche, se aturdió en los cabarets de Montmartre, bebiendo más de la cuenta, y la visión de la endiablada carne morena excitaba su imaginación. El jazz, huracán sonoro que desencadenaban los dedos magnéticos de los músicos negros norteamericanos, no solo trastocaba las convenciones musicales, sino que hacía estallar los límites de todo lo conocido hasta entonces.

Mientras se acurrucaba en los muslos de Roxane, muslos de ébano de perfiles poderosos se arremolinaban en su imaginación brumosa por el alcohol, al mismo tiempo que los acordes convulsivos del jazz resonaban en sus oídos y estimulaban su audacia multiplicando la sensualidad hasta el orgasmo. Curiosamente, la viuda alegre había trasladado el ambiente de la casa de Mustafá Pashá a su suntuosa mansión parisina, como si su relación hubiera continuado sin tregua hasta esa noche en la que se entregaban a una lascivia sin freno y en la que su amante descendía por fastuosas dunas africanas. El amor con Roxane suscitaba siempre efectos tonificantes y reparadores. El gozo con los hombres le había brindado plenitudes vertiginosas, pero siempre quedaba una pizca de sufrimiento que solo las caricias con una mujer lograba reabsorber. Cuando se perfilaba la aurora, los secretos de la noche se volatilizaban, y los albores del día la encontraban tan saciada como exhausta, acostada junto a un cuerpo femenino; al amanecer recordaba una frase de Elías que expresaba su profunda repulsión por los amores sáficos y «las mujeres que se desnudan y se lamen como cerdas la una a la otra». En ese mismo instante, la náusea se presentaba, tan violenta que deseaba huir sin tardar de ese lugar de desenfreno y perdición. Pero la invadía una somnolencia dulce, un viento cálido, como el *jamsin* de Alejandría, barría dunas imaginarias y un horizonte velado le acariciaba los párpados. Yvette se dormía al fin.

Cuando se despertaba, pasado el mediodía, con dolor de cabeza —secuela de una velada con exceso de alcohol—, estaba siempre sola en el gran lecho, oprimida por una sensación fugitiva, un instante de negación: la noche anterior no era más que una ilusión, no la había vivido, a pesar de la sensación que de ella guardaba su memoria. La mirada lánguida de Roxane hacía que se sintiera a disgusto, y enviaba las realidades de la noche a ese espacio donde se guardan los pensamientos confusos y ambiguos. Sin embargo, por la tarde volvía a su juego del escondite y a la carrera de persecución con su enamorada, de un café a otro, de un salón de té a otro. Roxane seguía devorando copas enteras de chocolate; los finos *chocolats* franceses habían sustituido al chocolate de Baudrot.

Le confió sus proyectos; estaba considerando vender la joyería y también su casa.

—¿Y qué harías después?

—Volvería a Alejandría y abriría una galería aquí en París. Nada tiene más valor que una obra de arte.

Cuando oía esas tonterías, Yvette, desesperada, se llevaba las manos a la cabeza.

—*Méfiez-vous de l'art, ma petite*. La cotización de las obras de arte es mucho más volátil que la de la Bolsa. Hay muchos que han perdido hasta la camisa; en cambio, los que han hecho fortuna son muy pocos. *Fais-moi confiance*, conozco el tema de memoria, desgraciadamente.

Además de la garra de sus relaciones con Roxane, la calle La Boétie llevaba los estigmas de

una profunda cicatriz. A tres manzanas de allí estaba en otro tiempo la galería de la madre de Yvette.

Maurice Santon, el padre de Yvette, emigrante suizo, había abandonado la brillante perspectiva de una carrera de jurista para dedicarse a la pintura. A finales de la década de 1880, había llegado a París en busca de gloria. Simone Lapin, su madre, conocida en su entorno por el sobrenombre de Conejito —Patito Feo sin duda le habría ido mejor—, se quedó hechizada por sus modales y por los reflejos azul cielo en su cabellera color castaño claro. Se casó con él en contra de la voluntad de sus padres.

Ya el primer mes Santon se dio cuenta de que se asfixiaba dentro de los estrechos vínculos del matrimonio, y decidió llevar una existencia más bohemia. Entretanto, Simone estaba embarazada. Lo llevaba en la sangre, por eso se resignó a no actuar más que en los entreactos de la vida turbulenta del pintor. Por este motivo, desde niña Yvette sentía un odio tenaz por el arte, y recuerdos como aquel en el que ascendía penosamente con su madre por la rue Ravignan, subiendo a pie hasta el corazón de Montmartre, para ir a decir *bonjour* a un padre que hacía un poco de todo, le provocaban siempre un arranque de rebeldía. Ocupaba un taller en el Bateau-Lavoir. Dos exposiciones personales de *papa* habían tenido lugar en la galería de *maman* y fueron un estrepitoso fracaso. Sufrió las flechas acerbas de la crítica y la total indiferencia del público. En una crisis de lucidez, reconoció su trágica falta de talento y se dio cuenta de que había malogrado no solo su carrera, sino también su familia. Nadie pretendió castigarlo, decidió hacerlo él mismo y se suicidó de manera espectacular cortándose las venas. Corrió el rumor de que había realizado su obra última utilizando sus muñecas ensangrentadas para inscribir en un lienzo virgen su última decisión. Sus colegas afirmaron que se trataba del acto de un gran artista. Después el negocio familiar de *maman* quebró y Conejito murió de pena un año después, abrumada por ese doble golpe del destino. A los dieciocho años, Yvette, una belleza sin un centavo, se encontró sola para hacer frente a un porvenir incierto.

—Entonces, ¿por eso detestas el arte? —le preguntaba Roxane lamiendo el chocolate de su cucharilla.

—No puedes imaginarte hasta qué punto.

—Es triste tener horror al arte hasta ese punto. Un mundo sin arte...

—Sería mejor, *sans doute*... Piensa en un mundo libre de todos esos chiflados, esos artistas pretenciosos. ¡Vagos, inútiles, parásitos! Vienen a comerse el pan de los otros.

—Un mundo privado de la belleza del arte se convertiría pronto en un infierno. *Crois-moi, Yvette.*

—Pero ¿para qué una belleza desencarnada cuando se tiene la suerte de tener cerca criaturas como tú?

En un chispazo de sensatez inesperada, Roxane objetó:

—*Voilà.* Mi belleza, nuestra belleza, al contrario que esa belleza desencarnada de la que hablas, *la beauté de l'art*, no brilla eternamente. —Y añadió—: *En tout cas* estas palabras son sacrílegas en la capital del arte, en la ciudad que ha hecho del arte un modo de vida.

—*Eh! Alors, ma petite*, si París es la capital del arte, yo no quiero ser parisina. Yo, que he nacido aquí, hoy, ante ti, reniego de mis orígenes.

—Entonces, ¿París también te repele?

—*Oui.*



—¿Y Alejandría también, sin duda?

—Te equivocas, no estoy asqueada; desconfío de ella, eso es todo. Alejandría es una ciudad de cuento de hadas para europeos y eso terminará mal. En un momento u otro, el tarbush y la chilaba se rebelarán y... ¡cuidado con la venganza de Alá! El difunto armenio ha tenido que darte una visión, al hablarte de Esmirna. Por eso te prevengo: cuidado, no tengas nunca la idea de volver allí.

—Pero entonces, tú... ¿por qué te quedas?

—Yo..., yo te he dicho que detesto París, que me horroriza el arte. A su lado, Alejandría es una prisión agridulce. Un veneno y un licor, todo a la vez. ¡Ah, Roxane querida, cómo me gustaría que percibieras las fibras de mi corazón!

Cuando Roxane la oía hablar así, bajaba los ojos, se quedaba sin energía, perdía todos sus aires de viuda rica y a Yvette le recordaba a la muchacha de hacía mucho tiempo, la modelo desnuda, la pequeña bailarina de los cafés concierto de Constantinopla, la cortesana de burdel elegante de la calle Mustafá Pashá. Un islote de inquietud arrebolaba sus mejillas y le arrebatava de golpe los diez últimos años. Esa era la imagen que Yvette quería llevarse de ella. Roxane no sabía qué decirle a la mujer inquieta, sentada ese día frente a ella, que buscaba en vano un sentido a su vida. En cuanto la comprendiera, la dejaría de nuevo; era una simple cuestión de tiempo. Pero la encargada de Mustafá Pashá sabía ahora preservarse de ello. Llegó el día en que se despidió de la viuda de Simon Krikorian y el París de los estadounidenses para partir un poco más al sur, hacia el este, hacia la Viena de Schönberg y de Freud. Para ir al encuentro de otro pliegue de su vida, su «amante de siempre», Andonis Járamis.

Para Andonis el viaje a Europa era resultado de una decisión madurada y reflexiva. No le volvían loco los viajes, y en esa ocasión sabía que dejaba tras él llagas abiertas, en sus negocios y en su hogar. Dafni, la incorregible, con su irremediable cleptomanía, constituía una amenaza permanente y, lo que es peor, el Stamatis que había contratado para evitar los escándalos se había revelado más ladrón que su esposa. Para detener lo más urgente, había acudido a Mahmud y... ¡que sea lo que Dios quiera! Y a las dos víboras, Yorgás y Mijelís, les había neutralizado el veneno al anular ante un notario y sin conocimiento de ambos los poderes relativos a los actos sociales. A su regreso, con la ayuda de Dios, les ajustaría las cuentas.

A los golpes retorcidos de sus competidores, se había añadido un contrabando europeo. Enormes cantidades de cigarrillos fabricados en el extranjero y con el sello de «egipcios» pasaban las fronteras de modo fraudulento y nutrían el mercado local; eran de una calidad mediocre y dañaban la imagen de la producción nacional. Paralelamente, el gobierno egipcio no contemplaba las cosas sino a corto plazo y se negaba a restituir su *drawback* a los fabricantes, de hecho reembolsarles los impuestos que cobraban por el tabaco de importación en proporción al volumen de cigarrillos exportados. No había más que una manera de soslayar esos obstáculos: firmar un acuerdo de cooperación con empresas extranjeras; lo ideal sería hacerlo con los griegos de Egipto que ya estuvieran desarrollando actividades en el extranjero. Ese viaje le abriría seguramente otra ventana al mundo. En Dresde, la capital de Sajonia, su primera etapa, intentó reunirse con los sucesores de Panayotis Papastazis, para desarrollar juntos una nueva marca, pero la intención se detuvo bruscamente: a su muerte, la familia había vendido enseguida la fábrica y se había ido a vivir a Grecia.

Llamó a Kostís para pedirle que concertara un encuentro con los hijos de Murátoglu en Berlín. En Europa, los cigarrillos Muratti, hacían competencia desde años atrás a la firma Járamis, y no le habría disgustado formar una alianza con ellos. Su hijo mayor acudió a recibirlo en la estación para conducirlo al lugar de la cita y aprovechó el trayecto para informarlo de que habían emprendido negociaciones para la nueva compra de la sociedad. La primera entrevista se limitó a un rápido intercambio de cortesía, lo cual no convenía a Kostís, ya que el resto del día se prestaba de maravilla a una conversación entre padre e hijo. Por suerte, Andonis tenía otras preocupaciones que los estudios interminables de su hijo.

—¡Cómo has cambiado! He estado a punto de no reconocer al joven elegante que me esperaba en la estación... Tantos años y ni una foto. ¡Ah! ¡Tu madre debería estar aquí; se sentiría tan orgullosa! ¿Te imaginas cuánto te echa de menos?

—Vamos, papá, yo nunca he sido su ojo derecho —protestó Kostís en tono un poco amargo.

—Pero el mío sí, mi pequeña fiera —replicó Andonis acariciándole el cabello; el gesto sorprendió a su hijo, casi le molestó. No estaba acostumbrado a tales demostraciones de ternura—. Pero ¿qué has hecho de tu bigote?

—¿Mi bigote? Pero papá, el bigote no está *à la mode*.

—¡Qué me dices! He visto a muchos jóvenes aquí luciendo con orgullo su bigote; con las puntas recurvadas, al cepillo, qué sé yo. Tienes que dejártelo crecer, hijo, te quedará muy bien.

—Lo haré, papá, se lo prometo. La próxima vez me verá con bigote.

Las risas de ambos brotaron espontáneamente. La corriente fluía siempre con facilidad entre ellos dos. En el fondo, el padre admiraba el lado revoltoso de su primogénito, y el hijo el rigor de su padre.

—Kostís. ¿Te sigue escribiendo esa mujer? —le preguntó Andonis a bocajarro, mientras una nube cruzaba por su rostro.

—Por supuesto que no —replicó el joven en un tono tranquilizador—. Padre, ¿cómo puede ocurrírsele una idea tan descabellada? ¿Para qué remover viejos tiempos? Sinceramente, he olvidado hasta su existencia.

—Cuando me tratas de usted, hijito, me da la impresión de que hay algo que falla.

—Sé que esa aventura ha hecho daño a mi familia y en particular a mi padre. Por eso, desde hace cinco años, estoy confinado en esta ciudad sombría y desapacible.

—¡Exageras! Viéndote, no pareces en absoluto un proscrito. Condenado a vivir en una ciudad sombría y taciturna. ¡Ah! No..., eso sí que no..., de ninguna manera.

El ojo experto de Járamis captaba, olía el ambiente en la metrópoli animada del nuevo Berlín, y los rayos del sol inhabituales de esos últimos días podían muy bien engañar al visitante de paso.

—¿Cuál es su próxima etapa, padre?

—¡Ah! Se diría que tienes prisa por verme marchar, ¿me equivoco?

—¡Santo cielo! Sé que ha venido a Europa por negocios y no para hacer turismo.

—Sí, efectivamente, sobre todo por negocios —respondió Andonis pensando en Yvette—. Pasado mañana salgo para Munich. Tengo que ver a nuestro Majos, ¿no?

—Él sí que es un auténtico buen mozo. Se ha convertido en un muchacho espléndido. En Berlín, su encanto irresistible sigue alimentando todas las conversaciones.

—¡Qué importa! La belleza de un hombre no lo es todo —comentó Andonis, pronunciando cada sílaba con claridad.

¿Estaría al corriente? Kostís se inquietó.

—Iré a Munich. Espero que conseguire penetrar en el circuito. He oído hablar de una empresa greco-alemana que al parecer tiene sede en Tesalónica y en Munich. Se trata de cigarrillos de lujo destinados principalmente al mercado alemán. No estaría mal si tu padre lograra establecer un triángulo, colocando Alejandría en el juego. ¿Qué piensas?

—Sería estupendo, padre.

Andonis se quejó de la cocina alemana que, aquella noche, le pareció pesada para su estómago; volvieron a pie al hotel por la avenida Unter den Linden, en dirección a la Pariser Platz y el hotel Aldon. Kostís no había considerado reservar una habitación en el Kaiser. Si su padre se diera cuenta de la vida que llevaba su retoño, habría sido un desastre. Cruzaron el vestíbulo extremadamente chic del Aldon y llegaron a la suntuosa recepción de mármol oscuro con columnas cuadradas. Andonis insistió en tomar la última cerveza. La barra estaba atestada de periodistas y diplomáticos.

—¿No crees que ya es hora de que tú y tu hermano terminéis los estudios y os «apresuréis despacio» a volver a Egipto? La fábrica necesita brazos y cerebros, precisó mientras brindaban.

Aunque no dio la impresión de creerlo de verdad, la simple mención a un regreso precipitado hizo que Kostís se estremeciera. Los años que había pasado junto a su padre le habían permitido evaluar los quebraderos de cabeza y complicaciones a los que ha de hacer frente quien dirige ese tipo de negocios. Intentó sustraerse por unos instantes a la alocada despreocupación berlinesa para ponerse en su lugar. La vista de Mahmudieh desde las ventanas del despacho de la dirección, por muy idílica que fuera, nunca igualaría la vida dorada de continua juerga que llevaba en la capital alemana. Y esa misma noche tuvo el privilegio de apreciar la velocidad a la que circulaba la información en el mundo de los negocios. El recepcionista de noche del Kaiser le entregó un telegrama de los hermanos Kiriasís. Dos industriales griegos de Egipto preparaban la inauguración de su fábrica de tabaco en Hamburgo; sabiendo que Andonis Járamis se encontraba en Alemania, lo invitaban a visitar sus instalaciones. Lo llamó y le transmitió los detalles.

—¿Un prelude a una posible colaboración? Iré —declaró su padre sin darse tiempo para la reflexión.

Kostís se quedó impresionado y admiró su reactividad. A los sesenta años, sigue estando abierto a la vida y a su movimiento. Esa es, sin duda, una de las claves de su éxito, una de las explicaciones al misterio de su triunfo, pensó.

Al día siguiente lo acompañó a la estación y se aseguró de que realmente cogía el expreso a Hamburgo. Cuando le hizo una señal con la mano desde una ventanilla de primera clase, dejó escapar un suspiro de alivio. Antes de que se separaran, su padre lo había sermoneado:

—Es una vergüenza fumar Muratti delante de tu padre. Hace dos días que te observo y parece que no entiendas nada.

Kostís arrojó inmediatamente el cigarrillo que acababa de encender y el paquete «triplemente maldito».

—Tiene razón, padre, tiene toda la razón. Lo siento, sinceramente; no había prestado atención.

Al llegar el armisticio, Hamburgo, «huérfana» de guerra, había perdido su imponente flota comercial de mil cuatrocientos sesenta y seis barcos; los nuevos muelles y embarcaderos en la orilla izquierda del Elba parecían desplegar construcciones tan extravagantes como superfluas,

nacidas de la megalomanía alemana. Los estigmas de una derrota humillante saltaban a la vista en una ciudad en la que solo cinco iglesias elevaban con orgullo sus campanarios hacia el cielo. Frente a esta inmovilidad lacustre, que no desembocaba en ningún horizonte marítimo, Andonis seguía dudando: ¿era ese verdaderamente el puerto más grande de Alemania? ¡Cómo imaginar un puerto gigantesco en un mar de cartón piedra!

A la inversa, los hermanos Kiriasís ofrecían a la ciudad una parte de su poderosa aura de griegos de Egipto. Sus establecimientos, en la avenida Hoheluft, recordaban más a un hotel de lujo que a una fábrica. Y al cruzar el porche, Andonis enarbolaba el aire del patriarca del cigarrillo griego de Egipto. Cuando salió, llevaba en el bolsillo una maravillosa propuesta de coproducción de una nueva marca de cigarrillos de alta gama para el mercado alemán. Habían mencionado de pasada la invasión de los falsos cigarrillos egipcios en los mercados europeos. Habían concluido que, sin la intervención del Estado egipcio, no tenían ninguna posibilidad de detener el fenómeno. El acuerdo se selló durante una comida fastuosa en el mejor restaurante de la ciudad —según la información de Járamis— en el que la carne desprendía un jugo apetecible, la manteca no estaba rancia y los vinos eran de calidad. Sobre todo, lo frecuentaban señores de cierta edad que, según las apariencias, sabían vivir. Si todo se desarrollaba correctamente, firmarían el contrato definitivo en El Cairo. Andonis pronto volvería al seno del cerrado círculo de fabricantes de cigarrillos de lujo en Europa. Dentro de este marco, los hermanos Kiriasís se encargarían de proporcionarle las máquinas de tecnología punta cuyos resultados podría comprobar *de visu* dando un rodeo por Milán.

Este beneficio inesperado de su viaje a Alemania no trastornó en modo alguno sus planes. En cambio, en Munich los planes no se desarrollaron como estaba previsto. Las conversaciones con el fin de establecer una colaboración germano-helénica en su sector estaban cerradas; de momento al menos, la posibilidad de admitir a un nuevo participante estaba descartada. Pero el fracaso no le afectó más que la indiferencia de su hijo menor, más interesado aparentemente en la liberación de un alemán de Egipto, Rudolf Hess, de la prisión de Landsberg que por la presencia de solo unas horas de su padre en la ciudad.

—¿Y quién es ese Rudolf Hess, hijo? ¿Lo conozco? —se atrevió a preguntar Andonis.

—Es el hijo de Fritz Hess, una personalidad excepcional de Alejandría. Seguramente lo conoce, es inevitable.

—Nunca he tenido relación con los alemanes de Egipto. ¿Sabes al menos a qué se dedica ese Fritz?

—Por lo que he oído decir, es mayorista. Dirige un negocio floreciente en la *rue de France*. Por supuesto, dentro de los límites tolerados por los británicos con respecto a las empresas alemanas.

—¿Una especie de tío Zanasis, en cierto modo?

—Vaya, papá, podría haber encontrado una comparación menos peyorativa...

—No estoy subestimando a nadie, muchacho; solo trato de comprender qué clase de hombre es ese Fritz. Si no me hago una idea del padre, ¿cómo voy a hacérmela del hijo, no crees?

—Es verdad, papá. Aún no ha oído hablar de él, pero dentro de poco eso cambiará, créame.

—¿Y por qué debería yo conocer a ese personaje? —insistió.

—Para nosotros, los jóvenes, está surgiendo una raza de nuevos líderes, enriquecida por nuevos principios, por una nueva visión del mundo. A ustedes, los mayores, les cuesta comprender

estos cambios —replicó Majos, con la arrogancia que lo caracterizaba desde la infancia.

Los conceptos y las aspiraciones ahondaban sin duda las diferencias entre jóvenes y mayores —manifestando así lo que se llamaría el abismo entre generaciones—, pero la situación no era menos difícil de soportar para un hombre que había asumido siempre sin desfallecer las alegrías y las penas de la vida. Andonis se sintió más viejo que nunca; sin embargo, estaba seguro de que la distancia entre él y sus hijos estaba lejos de ser tan grande:

—¿Por qué Kostís, que tiene casi la misma edad que tú, no me ha hablado nunca de eso?

—¿El príncipe de Berlín? —exclamó irónicamente Majos.

—¿Cómo dices?

El tono del padre se había endurecido.

—Mi buen papá, ¿por qué persiste en compararme con nuestro Kostís? Nunca ha sabido hacerse justicia. Siempre le ha parecido bueno codearse con la plebe. Sinceramente, siempre me ha sido difícil captar su disposición de ánimo.

—¿Hablas en serio? Pareces olvidar que tú también eres hijo de un niño de la calle —continuó Andonis designándose a sí mismo.

En un grandioso acceso de imbecilidad, Majos respondió con toda la seriedad del mundo:

—Pues bien, hay que creer que la arcilla con la que estoy moldeado se la debo a los orígenes de mi madre.

—Francamente, esto es demasiado, no sé qué decir. Tú eres..., eres... —Andonis se quedó sin habla, fuera de sí.

Totalmente desconcertado por la amplia sonrisa estúpida de su hijo, lo dejó estar, no terminó su frase y optó por cambiar de tema.

—Padre, al mismo tiempo que el de Rudolf, recuerde también el nombre de... Adolf Hitler. No tardará en oír hablar de él.

Por toda respuesta, Járamis soltó una de las pocas palabras que conocía en alemán:

—*Scheise!* ¡Mierda!

Pasar una semana en Viena en compañía de Yvette era un regalo que Andonis se prometía desde hacía años, lejos de las cuitas cotidianas y de preocupaciones de futuro. Se alojaron en el Sacher, que, gracias al mobiliario barroco y a las pinturas del siglo XIX diseminadas por todas las estancias, incluidos los dormitorios, seguía celebrando la gloria perdida de los Habsburgo. Enfrente se encontraba el majestuoso edificio de la Ópera, desde donde todas las tardes Yvette oía a los artistas líricos ensayar las famosas arias de sus obras favoritas. En el café del hotel, bonitas jóvenes vienesas de ojos claros y cabellos oscuros cortados *à la garçonnette* ofrecían a la buena sociedad la famosa *Sachertorte*, que Roxane, pensaba Yvette, seguramente habría apreciado. Viena y sus jardines vestidos de blanco se preparaban para la Navidad. La corta prolongación del buen tiempo de la que habían disfrutado en París y en Berlín no había llegado a la capital austríaca. Desde finales de noviembre la ciudad había adoptado su tradicional aspecto festivo. Las floristas desbordaban de flores raras. En cada esquina, los abetos, como centinelas en posición de firmes sobre sus zócalos de madera, esperaban para ir a alegrar casas y hoteles. Yvette se detuvo ante un escaparate para mostrar a Andonis una de esas figuritas de arcilla con las que se decoran los nacimientos.

—*Un parent!* —bromeó. Él no pareció comprender—. ¿Cómo? ¿No lo sabías? Estos

pequeños personajes de colores se llaman *santons*.

En las *Delikatessen*, las más diversas frutas confitadas descansaban en embalajes lujosos. La ciudad al completo se entregaba a la música religiosa: Haendel, Haydn, Mozart. Oyeron *El Mesías* en la sala del *Musikverein*. Yvette estaba dispuesta a escuchar todos los oratorios, pero Andonis estaba cerca de desfallecer ante la idea de visitar todas las salas de concierto. Acabó por convencerla de que se reservara para una velada de ópera, en la que sus vestidos y sus joyas podrían rivalizar dignamente con los de las damas de la alta sociedad vienesa. En su palco, que había costado una fortuna, disfrutaron de la divina grandeza de *El holandés errante* de Wagner, comentando a medida que se desarrollaba la obra, con una sonrisa en los labios, la expresión de un público ávido de espectáculos que ponía tanta conciencia en seguir las peripecias sobrenaturales del libreto que contenía la respiración. Esta inmovilidad forzada acabó por cansar a Andonis más aún que el énfasis wagneriano.

—Quizá he envejecido de repente, Yvette, ¿qué otra explicación hay? —constató al fin para justificarse.

—*Mais non*, un hombre tan ardiente en la cama no puede ser viejo —susurró ella.

Parecía tan serena, tan segura del brillo de su belleza floreciente; una diosa envuelta en oro y seda, acurrucada con indolencia en su cuello de piel. Andonis no podía sino estar orgulloso de una mujer así, que se contentaba con bien poco para ser feliz: un paseo por la Ringstrasse la entusiasmaba; como mucho, subían hasta la Stefanplatz, desde donde contemplaban la catedral gótica de San Esteban; reía como una niña al ver a los vieneses cruzar las calles corriendo sujetándose el sombrero de copa que el viento del norte amenazaba con llevarse; la ciudad, engalanada para la Navidad, le causaba euforia. Sobre todo porque estaba con él; aunque siempre lo llamaba Antoine, aunque no lograba pronunciar bien su apellido, que cambió por Aramisse, a la francesa, le había brindado momentos de auténtico deleite y, con el paso de los años, se había convertido en más que una amante, en una amiga con la que podía contar de verdad, mientras que casi todo su entorno le manifestaba su gratitud con pequeñas o grandes traiciones. Él la contemplaba. ¡Qué orgullosa estaba de estar cerca de él! Tan serena, tan segura de sí misma. Recibía las muestras de amor de su compañero que estaba envejeciendo con tanto reconocimiento, y con qué sinceridad lo animaba con cualquier iniciativa que tomaba con respecto a ella. Él tenía realmente mucha suerte.

Yvette se sentía plenamente viva en esa ciudad en la que, por todas partes, sonaba un *lied* de Schubert o un vals de Strauss. El alma de Beethoven y el genio de Mozart habían constelado de notas su atmósfera que, decididamente, nada tenía que ver con el ambiente artístico corrompido de París. Aquí reinaban lo clásico, los valores reconocidos, insuperables e incluso imprescindibles para quien hubiera querido ahorrárselos. En la falaz Ciudad de la Luz, el primero que llegaba podía darse aires de genio, el esnobismo de los aficionados podía precipitar quiebras, marcar vidas a fuego. En Viena, un Maurice Santon nunca se habría atrevido a presumir de artista, su pretendido talento no habría engañado a nadie. Y lo que es más: ella había llegado a Viena liberada de su pasión por Roxane. Se daba cuenta al fin de que el amor es una aventura de amistad; había que mirar juntos en una misma dirección, lo cual no había riesgo de que sucediera con su amante femenina. Ni seguramente se había producido nunca. Durante esos años cada una había utilizado a la otra. Ya no la deseaba, pues ya no se sentía segura. A su edad, el sentimiento de seguridad que él le procuraba, aumentaba su deseo por Andonis. Pero quizá eso no se

presentara enteramente así: ¿es posible que seamos tan interesados que nuestras mismas pasiones —contrariamente a la opinión recibida— no estén desprovistas de ideas preconcebidas? Sea como fuere, merece la pena dar la razón al presente, incluso repudiando las opciones del pasado; eso nos permite sentirnos felices y plenamente comprometidos en la existencia. Yvette no lo dudaba lo más mínimo. Tenía una habilidad excepcional para compartimentar sus deseos y sus relaciones con los demás, una capacidad más allá de toda norma para lanzar a las tinieblas exteriores todo lo que pudiera afectar su propia estima. Lo conseguía sin esfuerzo, a pesar de sus bajezas, pues su alma había conservado el candor. Estaba muy lejos de ser una santa, pero conservaba una pureza, un elemento seráfico, una vaporosa sinceridad: una especie de Maurice Santon en femenino. Esta capacidad de compartimentar la ayudaba a mantener su existencia al lado de otro sin tener necesidad de conocer su vida cotidiana. Hace falta una buena dosis de inocencia para ser sin discontinuidad el eje de esa doble vida. En Viena, alentado por su confianza mutua, Andonis cometió el trágico error de herir ese candor, cuando le habló, sin una razón precisa, de su mujer y sus hijos; presentó así a sus ojos a unos personajes de carne y hueso que hasta entonces no eran más que figuras abstractas. El comportamiento incalificable de Majos en Munich inició sus confidencias. Tenía demasiada ira para que el paraíso vienés lograra disiparla.

—¿Cómo ha podido hablarme así ese sucio mocoso? —Andonis no dejaba de echar pestes.

Y una vez fuera de quicio, es fácil sacar toda la bilis y olvidar guardar para sí mismo ciertas consideraciones que sería prudente pasar por alto. Para justificar su irritación, no se atuvo únicamente a los episodios de Munich; generalizó su discurso a las debilidades toscas de los suyos que, debido a escándalos incalificables —una pasión por una mujer casada, fantasías homosexuales, una impenitente cleptomanía—, socavaban la influencia y la reputación de un honrado *pater familias*.

—*Chérie*, no te imaginas lo que tengo que luchar diariamente, desde hace tanto tiempo. Si te contara mi vida estoy seguro de que se te llenarían los ojos de lágrimas.

Pero por eso mismo, no se trataba de que se confiara todavía más, ni hoy ni mañana.

—*Oh, mon pauvre!* Debe de ser agotador.

Se acordó de Elias, que le había dicho en Constantinopla: «...Antoine era un chiquillo pobre».

—*Et comment!* Después de lo que he hecho por ellos. ¿Crees que me lo agradecen? Me han traicionado. ¡Sí! Tú, al menos, mi querida niña, nunca me has hecho daño.

Esta declaración más que reconfortarle el corazón le provocó un sudor frío. ¡Si el pobre Antoine llegara a saber quién era ella de verdad! No obstante, ella evitaba cuidadosamente comprometer su entorno, y nunca lo traicionó, quizá porque nunca fue necesario.

Dicho esto, y como si deseara poner el destino patas arriba, él llegó a preguntarle:

—¿Has deseado alguna vez tener un hijo?

La pregunta la hizo reír.

—*Ce n'est pas drôle* —dijo Andonis un poco molesto.

—Perdóname, no me estoy burlando. Es muy sencillo, detesto a los niños. No hemos hablado nunca de esto pero debes saber que hay dos cosas que odio visceralmente, los niños y los artistas.

—*Pourquoi ça?*

—Los niños vienen al mundo para atormentar a los padres; y en cuanto a los artistas, son niños eternos.

—*Ça alors!*

Cuando no se entregaban a conversaciones de este estilo, los dos amantes reavivaban de diversas maneras la llama de un amor cuyo agujón se había desgastado en la rutina del piso de Sultán Hussein. En medio de tales sobresaltos amorosos, Yvette hacía balance de su vida sentimental. Rozando las patillas encanecidas de Andonis, que se prolongaban hasta los pómulos, se acordaba de los tiempos pasados, en París, cuando se entregaba en cuerpo y alma a Elias imaginando que él sería su único amor. Cuando se sentaban en un *café* chic, frente a una taza de café vienés —el famoso *mélange*— y sus miradas anticipaban sus juegos amorosos, mientras el camarero depositaba en la mesa un paquete de periódicos y revistas, su pensamiento volaba hacia los pocos meses despreocupados que había experimentado junto a Philippe Jacquot.

En el hotel, en su suite imperial, las ensoñaciones de Yvette multiplicaban a placer su cama de matrimonio para invitar a ella a los espíritus muy carnales de Roxane y Farid, en el instante en que Andonis, en el colmo del deseo, se disponía a penetrarla, con todo el vigor que le concedían los años. Ella prolongaba su estímulos murmurando: «*Vraiment!* ¡Tu hijo menor debería estar aquí para saber lo que es ser viejo!». Solo se quejaba de su bigote gris que le irritaba el pubis, comentario que encantaba a Andonis.

Los siete días en Viena resonaron como el canto del cisne de un amor ilícito, cuyos colores, es cierto, se habían difuminado un poco con el tiempo pero que había conservado cierto brillo gracias al respeto mutuo y a la comprensión que se profesaban los dos amantes. Y si Yvette tenía un motivo para protestar era, como siempre, a causa de su regreso a la cautividad en la calle Sultán Hussein, una recriminación a la que Andonis respondía habitualmente con una sonrisa benevolente.

—¡Así que esa es la *nouvelle vague* en Europa! —exclamó Elias tras haber escuchado las impresiones de viaje de Andonis, que lo dejaron con las ganas.

Járamis esperaba un comentario más entusiasta y se quedó ligeramente decepcionado. Si Juri no le revelaba nada de lo que se estaba tramando en Europa, no le aclaraba nada sobre los peligros que daba pie a augurar ese mundo nuevo —el *neu Welt* de Majos— y sobre la situación política italiana tras el acceso al poder de Mussolini, ¿quién podría hacerlo?

Así pues, siguió bombardeándolo con informaciones diversas, cuidando de mostrarse a veces impresionado, a veces inquieto, intentando sonsacarle una opinión siempre valiosa en semejantes circunstancias. Pero Elias, impasible, se conformaba con escucharlo; no caería en la trampa.

No obstante, cuando Andonis alabó el régimen mussoliniano, se permitió una observación irónica.

—¡Así que te ha seducido el *camarada* Mussolini!

—Parece decidido a cambiar el destino de su país y de su pueblo. Ha lanzado proyectos a largo plazo y ha prometido prestaciones sociales al conjunto de la población.

—*Pour le moment*, consolida sus posiciones. Después del asesinato de Matteotti, su cabeza está, digamos..., inestable.

El Libanés tenía información y seguía aparentando que no sabía nada. Andonis esbozó una sonrisa de satisfacción por haber conseguido, aunque solo fuera por un breve instante, hacerlo reaccionar a la conversación.

—El asesinato de Matteotti, sí, he oído vagamente hablar de ello en Milán. Acusan al Duce. Nada se ha probado, a pesar de todo. Yo hablo de hechos, de lo que he visto —respondió sin estar



seguro de lo que avanzaba. Y añadió—: Un verdadero segundo Renacimiento para Italia. Y esta vez no para artistas en las nubes, sino para todo el mundo.

Otro que detesta a los artistas, pensó Elias relacionándolo con Yvette.

—¿Y puedes confirmarme que Yvette y tú no os habéis encontrado en el transcurso del viaje? —le preguntó intentando sonsacarle.

—Pero si te lo estoy diciendo. No es culpa mía si se han presentado tantos acontecimientos imprevistos.

Vete al diablo, viejo imbécil, de verdad me tomas por idiota, pensó. Pero se limitó a replicar:

—*Je vois, business first.*

—Eso es. Pero, dime, no parece que te impresione mucho lo que te cuento a propósito de Alemania y de Italia. Como si no tuvieras la menor idea...

—*C'est juré*, no sé absolutamente nada de lo que pasa en Europa. Hace tiempo que no viajo. Los negocios me lo impiden.

Cogió un cigarrillo de la caja de plata que le ofrecía Andonis. Se inclinó hacia el encendedor y aspiró una larga bocanada antes de añadir:

—En todo caso, tú, un ferviente partidario de Veniselos, me sorprendes al hablar de Mussolini como lo estás haciendo.

—¿Qué quieres? No se hace nada cuando uno se comporta como un santo. Tú y yo lo sabemos mejor que cualquiera. Y a propósito de partidarios de Veniselos, *un moment*, por favor: déjame traer a su espantapájaros —bromeó pulsando un botón.

El rostro marchito de Iulía apareció en la puerta entreabierta:

—Llama a Yorgás.

A partir de ese instante, escrutó la más mínima expresión en el rostro de Elias para descubrir en él cualquier rastro de complicidad en la traición sacrílega.

—Es Yorgás. ¿Por qué lo miras así? ¿No te acuerdas de él? —comentó en cuanto el jefe de contabilidad traspasó el umbral de su despacho.

—¿Por qué tendría que recordarlo?

—Tengo la impresión de que vosotros dos os habéis visto recientemente —insistió Andonis.

Los dos lo desmintieron categóricamente.

El Libanés no mostró la menor turbación en presencia del primero de los traidores. Fueron sus manguitos desgastados los que le llamaron la atención, esos manguitos que a Andonis se le atragantaban.

—Es la primera vez que veo a alguien entrar en el despacho de su patrón llevando los manguitos. Aparentemente, hay tanto trabajo aquí que nadie se toma ni un segundo para respirar.

Si esa era la impresión que Yorgás había intentado dar a lo largo de esos años, su sonrisa de satisfacción demostraba que lo había logrado plenamente.

Por último, Andonis no dejó de preguntar a Elias:

—¿Conoces a una familia Hess en Alejandría?

—El nombre me dice algo, ¿por qué?

—¿Y el nombre de Hitler te dice algo también?

—Hitler..., no, no me dice nada.

Sin embargo, había motivos para creer que no decía la verdad.

La vuelta a Alejandría fue para Yvette como un segundo bautismo iniciado sobre las sucias baldosas de los corredores de la aduana, donde la recibió un mar tumultuoso de turbushes, turbantes y chilabas. La vuelta a la realidad morena de Egipto, esa horda de porteadores que nada conseguía contener y asaltaba el barco, borró de un golpe las imágenes de Europa —preciosos recuerdos de su cultura natal—. Para conservar el control de su equipaje en ese bosque de manos surgidas de ninguna parte para apoderarse de él, tuvo que movilizar una energía increíble y protegerse de los autóctonos medio drogados. Palabras en árabe, tan resbaladizas como la mantequilla campesina, zumbaban en sus oídos —en medio de las moscas—, sonrisas insolentes la encerraban mientras ojos enrojecidos expresaban intenciones inconfesables.

En esa lucha final, Andonis no estaba a su lado. Él mismo se vio atrapado bruscamente por racimos humanos, incapaz de ofrecerle más ayuda que la de una sonrisa de consuelo. Él al menos logró desprenderse de todo. En el momento en que puso los pies en el suelo de Egipto, Mahmud, su chófer, se encargó de arrancarlo definitivamente del gentío.

Mientras intentaba no perder de vista a los dos porteadores que se habían apoderado de manera arbitraria de su equipaje y bajaban igual que acróbatas la escala real del navío. Yvette se sintió casi transportada a tierra firme, descendiendo peligrosamente por las tablas, como un equipaje. La situación habría podido ser muy delicada si el bauab Ramzi, al que Dios sabe cómo habían avisado, no hubiera aparecido de pronto para poner fin al caos del desembarco. Poco después, un coche de tiro sobrecargado la llevaba al piso, y Ramzi, subido en la parte de atrás, animaba al conductor vociferando. Había dejado tras ella el jaleo de la aduana y le costaba creer que se había librado de los múltiples asaltos de los árabes.

El sol del invierno alejandrino le sonreía amistoso y se sorprendió a sí misma suspirando con alivio: *Enfin, je suis revenue*. Fuera lo que fuese que Europa hubiera representado en un momento de su vida, ahora, aquí estaba en su casa. El crudo invierno del norte de Italia —Milán y Venecia fueron las últimas etapas de su viaje— parecía el recuerdo que deja al despertar un sueño de la noche que queda atrás. Habían estado brevemente de paso en las dos ciudades; Yvette se conformó con las promesas que le hizo Andonis de volver a Venecia y Milán. Al menos tuvo tiempo de contemplar desde el exterior la famosa Scala —cada año, en Alejandría, en el teatro de la Alhambra o en el de Mohamed Ali, en la calle Fuad, tenía ocasión de aplaudir a los artistas que actuaban bajo la dirección del gran Toscanini—. Admiró de lejos la catedral de la piazza del Duomo con un fondo de paisaje nevado en la bruma, y tuvo tiempo de hacer resonar rítmicamente sus tacones por la Galleria Vittorio Emmanuelle II —y esto al margen de los encuentros de Andonis—. Para ser sincera, no sabía si deseaba otra cosa por el momento. Milán estaba lleno de tipos como Giuseppe, el curioso hombre que se encargaba de su transporte, con una cabeza cuadrada y un bigote en forma de copete que le echaba miradas tiernas, incluso delante de Andonis. El fanfarrón, posando como un maniquí al volante de su vehículo, con un eterno cigarrillo en los labios, saludaba frenéticamente a los camisas negras y se entusiasmaba con las nuevas carreteras que pensaba construir el Duce a través de las montañas, si algunos maliciosos no entorpecían sus planes. En las calles de Milán, los camisas negras parecían personajes de la *Commedia dell'Arte*, vestidos con máscaras, *vestiti a maschera*, que deambulaban hinchando el pecho, mientras el escándalo que provocó el asesinato del diputado Matteotti, ocurrido en el verano, no se había apaciguado y corrían rumores sobre el cierre de periódicos de la oposición y los futuros registros en casas antifascistas. En una callejuela, no lejos del hotel, fueron testigos de

un incidente desagradable: dos hombres de civil perseguían a un joven espantado que, al pasar cerca de ellos, dejó caer a sus pies un paquete de ejemplares de *L'Unità*.

A Venecia llegaron en tren, por un corredor de tierra que dañaba su encanto insular, el misterio de la laguna de esta ciudad de novela la intrigaría constantemente. Andonis intentó en vano explicarle cómo había sido construida sobre un archipiélago de islotes, y con el Canale Grande atravesándole el cuerpo, como una serpiente y desplegando sus doscientos palacios en las orillas. Intentaba, sin conseguirlo, apreciar la inhabitual armonía que nace de la piedra, el agua y el aire en ese paisaje anacrónico. La plaza de San Marcos estaba cubierta de nieve, pero Yvette recordaría siempre el momento en que, la víspera de su regreso, su góndola se deslizó bajo el puente de los Suspiros y Andonis la estrechó como nunca entre sus brazos y le susurró: «De todo lo que hemos vivido juntos, quiero que te acuerdes de estos instantes, aquí, en mis brazos».

En el barco, en cambio, todo salió mal. Ernesto Calcani, un italiano muy hablador, viajaba con ellos. Poseía una fábrica de máquinas y herramientas en Alejandría y hacía negocios con Andonis. Cada vez que ella abría la puerta de comunicación entre sus dos cabinas, Andonis había desaparecido; invariablemente, a sus quejas respondía que había acompañado al matrimonio Calcani al salón de primera para no dar pie a sospechas, ya que se suponía que efectuaba solo la travesía. Yvette columbraba otra explicación. La causa de sus ausencias seguramente había que buscarla más bien por el lado de los hermosos ojos de Lucia, la mujer de Ernesto.

—He visto cómo te devoraba con la mirada, esa cochina italiana. ¡Has de saber que si haces lo que sea con ella, te arranco los ojos, Andonis. *Sans blague!*

—¿Celosa de un hombre de mi edad? ¡Me halagas!

Estar celosa de Andonis era, en efecto, una estupidez. Pero cuando alguien se ve condenado a soportar un mar Adriático agitado, encerrado en un camarote, le cruzan por la mente las ideas más tontas. Y, además, después de lo que Andonis le había confiado en Viena, ella presentía que ocupaba en su vida un espacio mayor de lo que hasta entonces había creído. Eso no significaba que sucediera lo mismo a la recíproca. Para ella era imprescindible mantenerlo alejado de sus propias actividades. A menudo había pensado en qué habría ocurrido si Andonis hubiera sentido la necesidad de divertirse en un lugar como la casa de Mustafá Pashá. Sin duda eso la habría obligado a separarse de él. Pero Antoine no era *assez bête* para comprometer su reputación, tanto más cuanto que podía permitirse mantener a una amante en la ciudad.

A su regreso a Mustafá Pashá la esperaban múltiples sorpresas. Durante su ausencia habían tenido la audacia de sustituir a Soher —que había cuidado de ella y de los clientes durante tantos años— por una joven egipcia malcriada que pensaba más en la cama y sus placeres que en la cocina y la limpieza. A esta persona probablemente se le metió en la cabeza sustituir a todas las chicas de la casa, de suerte que se sentía ajena a su propio cometido. Fue Elias quien declaró de manera concisa y formal:

—Aquí, a partir de ahora todo cambia. Los patronos se preocupan mucho del *new age*. Entre los nacionalistas egipcios, el movimiento sionista, la Italia de Mussolini y la Alemania herida, nadie sabe qué rumbo van a tomar las cosas. *For the moment*, hay que demostrar una vigilancia cada vez mayor. De ahí la necesidad de una selección muy estricta del personal y una verificación rigurosa de toda la información que se obtenga.

Eso significaba que entre las chicas había una o dos que trabajaban de un modo encubierto para los servicios secretos británicos y daban cuenta a los agentes que se ocupaban directamente

de los informadores, sin tomarse la molestia de poner al corriente a la encargada. El burdel de Mustafá Pashá se transformaba poco a poco en un cuartel general en miniatura; Yvette ya no era más que un general de opereta. Pensó en dimitir, pero eso no dependía de ella y, además, no tenía el menor deseo de abandonar entre las manos del primer desconocido que se presentara un negocio que ella había hecho prosperar a lo largo de los años, ni de condenarse al encierro entre las cuatro paredes de Sultán Hussein. Al fin Elias tomó la decisión de echar a la calle a Petros Zemistokléus. Ya no era necesario que «el cojo» enviara a sus chicas a Mustafá Pashá e Yvette insistió para que perdiera su posición de proveedor titular; ya se había llenado bastante los bolsillos abasteciendo a la casa a precio de oro.

—Se hará *in due time, one thing in time*.

Estaba casi segura de que, como el chipriota, su antiguo amante no se olvidaba al pasar y, dicho sea de paso, él la incitaba a quedar de vez en cuando con el policía Farid.

—Ya sé que resulta agotador —insistía—, pero debes hacerlo por nosotros.

—¿Agotador? No te imaginas hasta qué punto, es una cuestión de anchura, querido mío —replicaba Yvette a propósito, a sabiendas de que las observaciones de este tipo siempre resultan incómodas para los hombres.

Para intentar ayudarla, Elias ponderó los méritos de Giselle, una francesita que había descubierto en su labor de recolección de putillas para el burdel. Era de verdad una chica bonita, algo así como ella misma quince años atrás, pero su mirada manifestaba un grado de vulgaridad que, a su entender, superaba los límites de lo tolerable. Por añadidura, temía que la misión de la postulante consistiera en vigilarlos a ella y a los clientes, que fuera de algún modo una especie de espía al servicio exclusivo del Libanés. Así que se limitó a contestar: «No gracias. *Il ne manquerais plus que cela!*».

Cuando Majos se fue a su vez para Alemania, se diría que la mansión Járamis había quedado abandonada. Andonis había vuelto a sus lamentaciones sobre las dimensiones excesivas de la casa de once ambientes, que un hábil franco-levantino, padre de familia numerosa, había conseguido venderle. «Tú tienes la culpa —le decía a su mujer— con tu megalomanía, de verdad.»

Para librarse de sus recriminaciones, Dafni decidió abrir la casa a la buena sociedad alejandrina. Esta acudía, ávida, por otra parte, de admirar discretamente la soberbia colección de antigüedades egipcias que ella había reunido con la enérgica ayuda de su hermano, Lukás Sengos, destacado traficante. Se rumoreaba que por una de esas piezas el gran Samuel Agiman le había ofrecido un tercio de los objetos que él guardaba y ocultaba, en la primera planta de su casa, en Ruchdi.

Andonis no prestaba demasiada atención a esos cotilleos, ya que consideraba que la colección de su mujer no era más que una serie de fragmentos de piedras y de latón sin gran valor. Lo que le preocupaba mucho más eran las repercusiones que tendría para su propia reputación la cleptomanía recurrente de Dafni, si llegaba a saberse. En el extranjero, un psiquiatra le había aconsejado que alentara las recepciones en la mansión, ya que la seguridad de los lugares familiares podía apaciguar su patología y Andonis, viéndose obligado, la había incitado a recibir invitados con mucha frecuencia. Como era su costumbre, en esto Dafni también caía en el exceso e inundaba Alejandría con tarjetas de invitación, de modo que un día Yvette recibió una a su nombre. La amante, curiosa como todas las mujeres, estaba dispuesta a subir hasta el Barrio

Griego. Járamis se las vio y se las deseó para disuadirla. En tal circunstancia se dio cuenta de que había bastado con una semana juntos en Viena para que Yvette se encontrase en situación de ventaja. Después de lo que le había confiado a propósito de Dafni, lo incitaba cada vez más, en tono de broma, a pensar en el divorcio. Él estaba espantado por la perspectiva de una separación que al mismo tiempo revelaría su larga relación ilícita. ¡Sería mi perdición!, pensaba. En realidad, si bien medía los perjuicios que su matrimonio había generado a lo largo de los años, se negaba a sopesar las consecuencias de una ruptura frente a los riesgos que constantemente corría a causa de la enfermedad de su mujer, que tarde o temprano saldría a la luz. Y también le aterrorizaba encontrarse solo sin ella; no porque temiera la reprobación de la sociedad, sino porque le daba miedo el vacío que tendría que afrontar al volver al hogar. No lograba imaginar lo que sentiría al cruzar el umbral de su casa, tras un día de trabajo, si no encontraba a Dafni esperándolo pacientemente en el comedor, rodeada del personal doméstico en posición de firmes. ¿Para qué servirían entonces esas curiosidades del antiguo Egipto que compartían después de la cena en el salón que las albergaba, la intimidad en la que él podía gruñir a placer contra las nuevas criadas jóvenes que no tenían educación y no sabían siquiera poner los cubiertos ni servir a la mesa? Dafni había creído conveniente contratar a un *maître*.

—Escucha, piensa un poco, dos viejos camaradas como nosotros, que vivimos solos, ¿para qué necesitamos semejante caterva de sirvientes? Cada vez que los cuento tengo la impresión de que has logrado colarme uno más.

No solo le daba rabia que ella no encontrara nada excesivo en todo ello, sino que persistiera, a pesar de los años, en expresar sus opiniones en francés o en inglés, cuando el uso vigente en su casa —que él mismo había instaurado— era hablar en griego.

—Y además, ¿qué es esa manía de las momias, puedes decírmelo? —exclamaba designando la colección egipcia que se componía más o menos de todo un poco, salvo precisamente de momias —. Mi salón se ha convertido en la tumba de Tutankamón.

Y en el mismo impulso, a menudo se confesaba, medio espantado: ¿Qué sería de mí si ya no tuviera todo esto para ponerme furioso?

En realidad, desde hacía tiempo era Dafni quien tenía el control en lo tocante a su vida en común, como si el hecho de que ya no estuvieran sus hijos, al liberarla de obligaciones, le hubiera dado el poder. Lo arreglaba todo a su capricho, de manera arbitraria, sin remitirse nunca al cabeza de familia; por eso afrontaba las reprimendas conyugales con desenvoltura, contentándose con responder con murmullos sarcásticos. Si Andonis hubiera prestado atención, habría oído epítetos como *ramolli* o *sale petit vieux*. Sin duda, Dafni no le tenía ya ningún respeto, y menos aún miedo; en circunstancias normales, eso debería haberlo sacado de sus casillas, pero se había vuelto indiferente a sus insolencias, que atribuía a la alteración de sus facultades mentales. En lugar de reaccionar, se sentía en parte responsable de su estado psicológico. En definitiva, lo que los unía era su temor a ver cambiar las cosas; en el caso de él, reforzado por el miedo a envejecer, y, en el de ella, suavizado por sus nuevos estremecimientos amorosos y el principio de irresponsabilidad que le reconocían su marido y la *haute société* alejandrina a la vez.

Era paradójico, cuanto más aumentaban los comentarios sobre ella, más protegida parecía por un cordón sanitario, hiciera lo que hiciese. Se había convertido en una figura emblemática que había tenido sus días de gloria en la época de entreguerras —por otra parte, igual que la ciudad de Alejandría— y, sin exagerar, la veían como una leyenda mundana. En ese frenesí social que

caracterizaba a los alejandrinos de los años veinte y treinta, no le guardaban rencor por su cleptomanía inveterada. En ese momento la historia estaba en un punto en que su presencia daba lustre a las boutiques de Alejandría; algunos comerciantes se enorgullecían de ser víctimas de sus hurtos; veían en ello una forma de publicidad y eso favorecía su fama. Lo más chic en los salones era mencionar cómo a Dafni Járamis la habían pillado con las manos en la masa mientras birlaba ropa interior o perfumes en tal o cual tienda. La ladrona compulsiva fue imponiendo progresivamente su patología a la sociedad y hubo quien vio a algunos dejar objetos de valor por ahí esperando que se apoderara de ellos. Les bastaba con volver la espalda para suscitar su tentación y tener el privilegio de que les robaran.

Esa increíble tolerancia era principalmente el resultado del inmenso prestigio que le habían valido en la buena sociedad las fabulosas recepciones que no dejaba de organizar en su casa del Barrio Griego. La señora Járamis había acabado por mostrar su generosidad a todas las élites cosmopolitas de la ciudad; empezó por recibir a la gente importante de origen griego, para continuar con los dignatarios de numerosas comunidades extranjeras, abriendo sus puertas a una caterva de funcionarios y sombreros con plumas —cónsules, jueces de los tribunales mixtos, directores de bancos, dirigentes de círculos influyentes y sus esposas— y, por último, se puede decir, al común de los mortales: residentes británicos, franceses, italianos, alemanes o austríacos, a judíos, a sirios; en resumen, a multitud de personajes que ocupaban solamente cierto rango. Hubo recepciones en las que no se podía dar un paso, ni siquiera en el jardín —bastante amplio, hay que decirlo—, en medio de la densidad de invitados. Una congestión de sombreros de copa y vestidos desplegándose en el aire como flores raras y abigarradas. El lujo y la belleza se entrechocaban, el poder y el dinero se pavoneaban aunque, a la larga, esta sobreabundancia de vanidades se fundía en un tapiz ruidoso e indiferenciado.

Andonis prefería brillar por su ausencia, pretextando una aplastante carga de trabajo o, como mucho, mostrándose en compañía de cuatro o cinco personas cuya opinión contaba en política o en el mundo de los negocios. Sin embargo, echaba siempre un vistazo escrupuloso a la lista de invitados y añadía algunos nombres útiles a sus actividades. No se preocupaba demasiado por los gastos que ocasionaban esos bailes y recepciones. Al contrario de lo que sus competidores tendían a propalar, la empresa de tabaco Járamis estaba económicamente en su apogeo; y, además, si su situación no hubiera sido excelente, la fortuna de Dafni le habría servido de contrapeso, pues había aumentado de manera espectacular en los últimos años —lo cual no se debía en modo alguno a las artimañas de su hermano en Kafr al-Zayat, decía para defenderse—. Era público y notorio que la familia Sengos, pudiente en otros tiempos, se dedicaba a un safari salvaje de antigüedades egipcias. El gran Samuel Agiman, había predicho: «No me sorprendería que esta mujer pronto fuera más rica que yo». Más allá del aspecto retórico de la declaración, la posición acomodada de Dafni en los últimos tiempos era indiscutible. Aunque Andonis, lógicamente, tuvo que controlar las cuentas que el fasto y las extravagancias de Dafni inflaban de manera exagerada, prefería cerrar los ojos a ese capítulo, pues rara vez se le pedía que echara mano al bolsillo. Su mujer podía alimentar con tranquilidad sus inclinaciones excéntricas. Se limitaba a mover la cabeza en señal de desaprobación, dando a entender que Dafni perdía la lucidez. A este respecto, tenía un plan en mente y se prometía ocuparse de ello más adelante.

Para quien no conociera bien a Andonis, la indecisión reciente de la que hacía gala en sus relaciones con los demás podría parecer un efecto de la edad. De hecho, se sentía más decidido

que nunca y, si tenía dudas en ciertas circunstancias, es porque percibía mejor a los hombres y sus dificultades, mucho mejor de lo que habría sido necesario, lo cual aumentaba su vulnerabilidad.

De todos modos, el caso Yorgás-Mijelís no se parecía a ningún otro. El choque resultó tan violento cuando descubrió su común traición que ninguna venganza, entre todas las que contemplaba, le satisfacía; dejó transcurrir el tiempo y jugó al gato y el ratón con su sentimiento de culpabilidad.

El más terrible de los castigos seguramente no le habría procurado una satisfacción igual a la de sus relaciones cotidianas con el jefe de contabilidad, minado desde dentro. Los sobreentendidos que dejaba caer en sus conversaciones transformaban a Yorgás en un verdadero arco iris de colores. Andonis alcanzaba el colmo del deleite cuando, después de lanzar al culpable una mirada penetrante que parecía saberlo todo, daba la impresión de ser de mármol y no revelaba sus intenciones. Entonces, el viejo «hermano» perdía toda la energía y quedaba bañado en sudor frío. Totalmente perdido, recorrido por estremecimientos y temblores, los espasmos se convertían en dolores violentos en el estómago que le obligaban a doblarse por la mitad.

«No. Si hiciera que lo metieran en la cárcel no me daría el gusto de ver su sucia cara todos los días», le confiaba Andonis a Sistanis, que le apremiaba a revelar el complot y para que castigaran a los culpables. Mientras que el cónsul griego, que había tenido los falsos balances en las manos, no esperaba más que una señal de Járamis para poner en marcha el procedimiento penal, Andonis se tomaba su tiempo, prefería divertirse con los dos traidores. «Es al abogado a quien le guardo más rencor», insistía. Y lo invitaba a sus bailes y recepciones presentándolo como su «brazo derecho», mientras paralelamente iba reuniendo elementos sobre la estafa a la viejecita que, de por sí, habría bastado para enviarlo a prisión por mucho tiempo. Mijelís no era lo bastante ingenuo para creerse tanta cordialidad por parte del industrial y sentía la espada de Damocles sobre su cabeza. No tenía ninguna duda en cuanto al hecho de que sería desenmascarado; solo era cuestión de tiempo.

Cuando Andonis decidió poner fin a la historia, convocó a los dos hombres viles en la sala de conferencias de la fábrica, en presencia de Andreas Sistanis, y desplegó sobre la mesa oval las pruebas de su doblez: los falsos balances que habían firmado por cuenta de sus competidores.

—Sois tan estúpidos que habéis certificado unas cuentas que es fácil probar que están trucadas —susurró con una voz como un silbido que los traspasó como una bala—. Ignoro lo que os ha movido, también las razones que tenéis para odiarme hasta desear mi perdición y cuánto os han pagado por hacerlo. En cambio sé, sin duda alguna, que la pena ejemplar que voy a obtener de los tribunales os dará la posibilidad de sentiros más liberados que castigados.

Esa era su convicción, y no varió ni un ápice hasta el juicio, en el que las condenas fueron graves. Dafni removió cielo y tierra para evitar el desenlace que destruiría a su querido primo, pero Andonis se mostró inflexible; esa fue su última victoria contra ella y su familia.

—*Je regrette*, esta noche tenemos invitados, no puedo ausentarme —le respondió Andonis a Elias, cuando lo invitó a cenar.

Ese martes por la tarde, cruzaban juntos la puerta de la fábrica. El guarda moreno con turbante y chilaba blanca cerró tras ellos la verja de hierro forjado con el escudo en el que figuraban las iniciales del propietario.

—*Tant pis*, quería presentarte a dos personas importantes esta noche.

—*À un de ces jours, peut-être.*

A modo de respuesta, el Libanés se puso el sombrero negro e inclinó el ala sobre la frente; las sombras verde cobrizo del crepúsculo jugaron sobre su piel clara. Murmuró un *bonsoir* sin mucha convicción y se dirigió hacia su automóvil estacionado detrás del de Andonis. Járamis vaciló, esperando algo que no llegó, esbozó una señal con la mano y se metió por la portezuela que Mahmud tenía abierta desde hacía un momento. Al contrario que Elias, no disponía de mucho tiempo y su chófer arrancó enseguida. Mientras circulaban a lo largo del canal de Mahmudieh, observó al Libanés en el retrovisor; apoyado en el volante había encendido un cigarrillo y parecía reflexionar. Lo envidió. En el coche deportivo flamante, bajo la capota de cuero, parecía libre de preocupaciones. Cuarenta y cinco años, la fuerza de la edad, sin obligaciones ni grandes quebraderos de cabeza. No duró más que el momento de la observación. Después, la cena de esa noche en su casa acaparó su mente.

Cuando Dafni no abría las puertas a la buena sociedad de Alejandría, invitaba a algunos allegados a compartir momentos agradables, jugar al bridge y conversar. La casa Járamis se había convertido en una segunda casa para algunos: el ex vicecónsul de Francia, un cargo importante del Bank Land y un agente de cambio judío y su esposa. La amable compañía hablaba con frecuencia de arqueología y algunos aseguraban que se trataba de encuentros entre traficantes de antigüedades. Andonis, presente en esas veladas, tomaba lo que en ellas se decía por banalidades sin interés.

Su coche abandonó Mahmudieh, se internó por el corazón de Moharram Bey y cruzó la calle Rassafa, en la que predominaba la inmensa mansión del barón Ménache. Avanzaron en paralelo al cementerio y entraron en la calle Fuad, que Andonis seguía llamando calle Rosette, aunque el cambio de nombre se había efectuado hacía ya tres años. Las mansiones rivalizaban en lujo; fachadas suntuosas y jardines floridos que anunciaban la primavera conferían un indiscutible carácter propio a la calle, cuyo trazado, según Dafni, seguía el de la antigua calle de Canopea. Cuando giraron a la izquierda en la calle de los Abasíes, las farolas encendidas dibujaron sombras extrañas; Andonis reconoció una, familiar, que se deslizaba bajo el porche de su casa.

¡Solo faltaba esto!, pensó mientras pasaba por el mismo sitio. Un enjambre de pequeñas sirvientas rollizas se precipitó hacia él; querían a toda costa y en cada instante demostrar su utilidad. Una le cogió el abrigo, otra el sombrero, y tuvo que batallar para conservar su portafolio, que contenía papeles demasiado importantes para confiarlos a manos ajenas.

Fue al encuentro de su esposa; desde la condena de Mijelís ponía mala cara.

—Me ha parecido divisar a miss Gaby entrando en casa. No me digas que has vuelto a contratarla.

—*C'est exactement ce que je vais faire.*

—Pero ¿por qué? Que yo sepa ya no necesitamos niñera, a no ser que hayamos adoptado un niño y yo no me haya enterado.

—Pero, querido, no la he contratado como niñera; la necesito como secretaria particular.

—Sabes muy bien que no me gusta esa mujer. Si de verdad necesitas una secretaria, como dices, podrías haber encontrado otra sin dificultad.

—*De toute façon*, ya la conocemos; es honesta y a mí me parece simpática. ¿Qué hacemos ahora?

—No creo que este sea el momento adecuado para discutirlo —concluyó Andonis,



acostumbrado a ceder—. Subo a arreglarme para ser puntual.

—*You would be well advised to do that* —respondió Dafni, indiferente.

Cuando llegó al piso de arriba, la luz se filtraba por debajo de la antigua habitación de miss Gaby y se sintió invadido por una sensación de profunda repulsión. Se dio prisa y volvió al salón; los invitados habían llegado. Siempre tenía la desagradable impresión de que su presencia incomodaba a los comensales. Cuando se dio cuenta de que Émile Steiger, el subdirector del Barclays Bank, estaba allí se sintió más a gusto. Encontraba un placer conversar con el caballero suizo. Su esposa afirmaba que se transformaba solo viendo a los banqueros; en esta ocasión, se volvió de pronto muy comunicativo.

De origen suizo alemán, con una estatura superior a la media, Steiger prefería ignorar su presbicia con el pretexto de que llevar gafas no encajaba con su robusta constitución, ni tampoco con la manera gutural en que pronunciaba el francés. Tenía tendencia a echar la cabeza hacia atrás cuando hablaba, lo cual algunos tomaban por esnobismo. Andonis no era de ese parecer, sobre todo porque su invitado solía preguntarle por la evolución de la industria del tabaco en el mundo, lo cual encendía de modo instantáneo un fulgor infantil en sus ojos cansados. En su sitio preferido el dueño de la casa encontró el whisky ya servido; solo faltaba añadirle soda. Estaba tan a gusto cuando hablaba de tabaco y de cigarrillos que parecía que hablaba otra persona en su lugar y que él no hacía más que seguir tranquilamente la conversación. Justo cuando trataba del tema con su invitado, le llamó la atención una disputa entre Dafni y una desconocida que aseguraba que Belzoni y Drovetti eran un par de siniestros bribones enriquecidos con el comercio fraudulento de antigüedades egipcias.

—Querida, en última instancia podría aceptar su opinión en lo que atañe a Drovetti, solo en parte, pero en cuanto a Belzoni y su mujer, es imposible. Fueron auténticos visionarios. Si usted los trata de alevosos, Champollion debería ser igual de imperdonable a sus ojos, permítame decírselo.

—Se lo ruego, no ponga a Champollion a la misma altura de esos dos.

—¿Y por qué no? La arqueología alimenta numerosas ciencias: la historia, la lingüística, la arquitectura... No puede poner en duda el trabajo de esos pioneros.

—Pero ¿de qué arqueólogos habla usted? —insistió su interlocutora—. Aquí solo se trata de profanadores de tumbas y traficantes de piezas arqueológicas de la peor especie.

—*Ah, mais c'est effrayant!* Siguiendo su razonamiento, no tardará en decirnos que el señor Carter viola sepulturas.

—El descubrimiento de una tumba que nunca fue saqueada, como la de Tutankamón, es sin duda una empresa seria, pero no por eso suscita menos preguntas.

—*Allez-vous vous taire à la fin!* —exclamó Dafni llena de ira.

Su oponente negó vivamente con la cabeza en señal de desaprobación. El ex vicecónsul de Francia —un anciano más bien bajito que se ajustaba sin parar el monóculo en su órbita derecha por temor a que se le cayera al menor movimiento— sintió que la conversación degeneraba en una discusión sin fin y llamó a Andonis para que acudiera en su auxilio:

—¿Qué piensa usted de eso, señor Járamis?

No esperaba en modo alguno intervenir en esa controversia; le cogió por sorpresa mientras hablaba, tan locuaz como siempre, con el banquero y se interrumpió por unos instantes.

—Perdón, *je..., je n'ai pas suivi* —tartamudeó, obligando al francés a que le resumiera

rápidamente los hechos.

De este modo ganó tiempo y logró dar una admirable respuesta diplomática:

—Me temo que voy a decepcionarle sobre estos temas. Hágame preguntas a propósito del comercio de cigarrillos, de la vida de los negocios, de todo lo que quiera, pero en esa materia, tengo que confesar que mi esposa está mucho más calificada que yo.

Con el rabillo del ojo, vio que su mujer le dirigía una tierna mirada de reconocimiento. Al fin y al cabo, si sentía cierta admiración por su mujer era precisamente por su afán de cultura. En el transcurso de los últimos años, la había visto con la cabeza inclinada sobre tantos libros. Era impresionante lo que aprendía de memoria: fechas, nombres de lugares, de personajes históricos. Al ritmo que leía y tomaba notas no era sorprendente que necesitara una secretaria, aun cuando Andonis no aprobaba su elección. Al recordar que Gaby estaba descansando en su antigua habitación, su humor se ensombreció y volvió junto al subdirector de Barclays. Pocos minutos después se sirvió la cena, con un fondo sonoro de suites de Bach emitidas por un gramófono. Cada cual tenía libertad para terminar la velada como mejor le pareciera. Entretanto, había empezado a caer un aguacero y el golpeteo de la lluvia en los cristales rivalizaba con los sonidos de los cubiertos al tocar la porcelana fina. El ama de casa recordó que había dejado una ventana abierta en el piso de arriba y envió a una sirvienta a que la cerrara. «Esperemos que la velada no nos reserve otras sorpresas», dijo sonriente.

Cuando Dafni hablaba de la fortuna de su familia en Kafr al-Zayat, la gente se imaginaba plantaciones de algodón y ejércitos de campesinos, pacientemente inclinados sobre la tierra fértil, para el mayor beneficio de la familia Sengos. No era del todo falso, con la diferencia de que también hacía trabajar a otros ejércitos de campesinos que, hablando con propiedad, no se dedicaban a actividades agrícolas; excavaban con sus herramientas las gloriosas tierras del Nilo en muchos otros lugares, aparte de Kafr al-Zayat. ¿Para extraer qué recurso o, más bien, qué botín? Los tesoros y las reliquias de un pasado lejano, que aumentaban «la fortuna de la familia» en otras proporciones, mucho más asombrosas que cualquier otra plantación de algodón del mundo.

La espectacular recuperación económica de Lukás Sengos en los años veinte no había escapado a la curiosidad de la sociedad alejandrina. Sengos padre había muerto endeudado hasta las cejas; había dejado tras él un hijo bastante original y una hija que dependía de un marido, de modo que la idea de poder salvar algo del patrimonio familiar parecía una pura quimera. De pronto, con la grandilocuencia que lo caracterizaba, el hermano de Dafni declaró que se iba a Kafr al-Zayat con el fin de hacer prosperar los bienes familiares que había heredado. Nadie creyó que el joven fanfarrón de bigote imponente y cabello dividido por una impecable raya al medio pudiera ganar su apuesta lejos de Alejandría. Los primeros años, hipotecó hasta su dignidad, si se piensa en las cartas desgarradoras que envió aquí y allá a parientes y amigos, en las que amenazaba con cierta frecuencia con suicidarse, a falta de recursos suficientes. Cuando la declaración de guerra debería haberle dado el golpe fatal, su situación material mejoró sin razón aparente. Por eso, cada vez que el hijo de los Sengos volvía a la ciudad, el despliegue de su posición desahogada en un lujo llamativo desmentía ostensiblemente los pronósticos más sombríos y desataba las lenguas de sus detractores. Mientras con el apoyo de sus riquezas se disponía a instalarse de nuevo en Alejandría, su encausamiento en el «escándalo Tutankamón»

estuvo a punto de llevar su brillante carrera a un final tan oscuro como precipitado. Decidió marcharse de Egipto sin previo aviso. Vivió dos años en Beirut, y desde allí escribió a su hermana: «Creo que estoy viviendo aquí la época más hermosa de mi vida». De vuelta en el redil, se estableció en El Cairo, en la zona elegante de Heliópolis. Las sospechas de enriquecimiento ilícito persistían; sin embargo, se desvanecieron de las memorias y, en definitiva, la buena sociedad acabó por admirar únicamente la hazaña que representaba semejante regreso, lo cual una vieja alejandrina resumió con estas palabras: «¡Qué hombre! ¡Al fin lo ha conseguido!».

A partir de entonces, la familia Sengos se convirtió en sospechosa de traficar con antigüedades, sin que se hubiera aportado prueba alguna. De modo que cuando Dafni creía tener que justificar el origen de su colección de antigüedades o, de un modo más general, su propia riqueza, no dudaba en invocar a la fortuna familiar acumulada en Kafr al-Zayat, añadiendo: «*De toute façon*, nosotros nos contábamos entre las familias más ricas de Egipto». Como si bastara con haber sido rico para seguir siéndolo siempre.

Paradójicamente, el hecho de que el «escándalo Tutankamón» hubiera salpicado su nombre la favoreció por partida doble: el rumor reforzó su prestigio en una sociedad que, por encima de su conservadurismo, se postraba siempre ante el vellocino de oro y, además, la situación objetiva le proporcionó sólidas ventajas, ya que su hermano intentaba redimirse ante ella mediante el dinero. Cuando sintió la necesidad de conducir un vehículo parecido al de Elias, un cabriolé deportivo que resaltaría su personalidad original, no tuvo que reclamar ni una piastra a su marido. Andonis, poco observador, confundió su coche con el del Libanés cuando lo encontró aparcado en el patio un atardecer al volver a casa.

—¿Qué te hace pensar que tu amigo se encuentra en nuestra casa a estas horas?

—¿Cómo que qué me hace pensar? Su coche está aparcado ahí fuera.

—Pero si no es el suyo.

—Entonces, ¿de quién es?

—*C'est à moi.*

—¿Tuyo? ¿Quieres decir realmente tuyo? ¿Cómo lo has pagado?

—De mi bolsillo, gracias a mi fortuna familiar —le contestó con la mayor naturalidad del mundo y en un tono de total evidencia.

A partir de entonces, la expresión «fortuna familiar» se refirió a los ingresos invisibles con los cuales Dafni estaba en condiciones de enriquecer de manera indefinida su colección de antigüedades, contratar personal sin avisar, disponer de una secretaria y un chófer. No se conformó con volver a contratar a miss Gaby, decidió también tomar a su servicio a su hermanastro Jean-Claude, una criatura hermafrodita que Andonis no soportaba ver ni en pintura, y empezó a planificar un gran viaje a Europa, comenzando, obviamente, por Turín, donde la atraía su famoso museo de antigüedades egipcias.

«Para mí, el camino que lleva a Munich y a Berlín pasa por Turín», declaró Dafni parafraseando la célebre fórmula de Champollion, el día en que embarcó, acompañada de miss Gaby y Jean-Claude, en el barco que hacía el trayecto Alejandría-El Pireo-Venecia. Era la primavera de 1925 y, si su mente estaba en Turín, su corazón latía en Munich, allí donde se encontraba su querido Majos.

Las objeciones de Andonis no la retuvieron; prometió que le telegrafiaría todos los días,

aunque no tardó en lamentarlo, ya que no había considerado la dificultad de resumir en pocas palabras los acontecimientos e impresiones de una jornada entera. Pero procuró que el telegrafista pasara al menos una vez al día por la casa de la calle de los Abasíes.

ALOJADOS TORINO PALACE STOP ECCEZIONALE STOP MISS GABY MUY CONTENTA STOP JEAN-CLAUDE ACATARRADO STOP, escribió el día de su llegada. Naturalmente, no dijo ni una palabra de la suite imperial.

MUSEO EGIPCIO NEL CUORE DELLA CITTÀ STOP EXCELENTE TRABAJO SCHIAPARELLI STOP, anotó el segundo día, dejando a un lado lo que había experimentado en la Academia de las Ciencias donde, entre las antigüedades en el exilio, merodeaba el fantasma de Drovetti, que, literalmente, le dio conversación en el lugar exacto en que Champollion autenticó la decodificación de los jeroglíficos y sentó las bases de la egiptología. También omitió la tristeza que había sentido al salir del edificio, cuyo impresionante portal estaba rematado por un arco triunfal con escocias muy redondeadas. Ni tampoco soltó prenda de sus reuniones con funcionarios del gobierno. La comunidad científica no era la única interesada en las piezas arqueológicas egipcias —Dafni lo sabía a ciencia cierta—. Desde principios de año, Mussolini trabajaba en la instauración de su dictadura. La clase ascendente, fascistas y nuevos ricos, buscaba sistemáticamente signos externos que le permitieran asentar su legitimidad, y los clientes estaban dispuestos a poner el precio. En ese país en el que prevalecían las transacciones ilegales, Dafni soñaba con llevar a cabo negocios fabulosos.

Cuando no estaba ocupada con las antigüedades, se iba en busca de los aspectos más refinados de la ciudad. Fue al café Torino con miss Gaby y Jean-Claude. El servicio era principesco y la decoración regia —arañas, artesonados y otros detalles—, pero no era necesario que Andonis lo supiera, pues le irritaba el despilfarro, aun cuando el dinero no saliera de su bolsillo. Por su parte, Jean-Claude seguía llevándose constantemente el pañuelo a la nariz.

—¿De qué padece?

—No es nada, una simple alergia relacionada con la estación. Cada primavera sucede lo mismo.

Dafni no captó el matiz. La tez macilenta, los cabellos de color paja, la voz apagada y la delgadez manifestaban indefectiblemente una mala salud.

Su hermana lo trataba con mucho miramiento (había encontrado para él un botones encantador). A pesar de la repulsión que sintió al ver a los dos jóvenes acariciarse en un rincón del pasillo, se sintió menos incómoda por las preferencias sexuales del muchacho —en ese caso habría estigmatizado a su propio hijo— que por la personalidad neurótica y asexuada de miss Gaby, que parecía completamente consumida por la abstinencia. Se preguntó varias veces si había hecho bien en dejar que cuidara de Majos. Todas las miss Gaby del mundo no habrían podido modificar las preferencias de Kostís; pero para su hijo menor, tan maleable, quizá esa compañía había resultado fatal. Por otro lado, hubo muchas cosas de Turín que la disgustaron. Especialmente, que el invierno había dejado arrastrándose tras de sí unos atardeceres de primavera húmedos y helados, que penetraban en los huesos hasta la médula y provocaban dolores inexplicables.

Antes de irse de Turín, telegrafió a Andonis: PRIMAVERA INVERNAL STOP AQUÍ TU REUMATISMO SE DESPERTARÍA STOP.

¿Tengo reumatismo y lo ignoro? Recordó haberse quejado una vez de dolor de pies; como era

su costumbre, ella había dado arbitrariamente un diagnóstico de reumatismo. Imagino que pasada cierta edad, la esposa cuenta con el miedo a la enfermedad para conservar a su marido.

Entretanto, su mujer y su séquito tomaban el tren para Munich en la Stazione Porta Nuova, la estación central. Jean-Claude se quedaba sin aliento llevando las maletas y sombrereras, mientras que las dos damas disfrutaban de la comodidad de primera clase. Dafni abandonaba un país cuya lengua conocía, lo que le daba una sensación ilusoria de familiaridad, al contrario que Alemania, cuyos súbditos siempre le habían dado miedo. ¿Por qué Andonis había tenido la idea de desterrar a sus dos hijos en ese país tan poco hospitalario? ¡Estaba impaciente por estrechar en sus brazos al más joven de sus hijos! Pero no era la única. Los otros dos ardían en el mismo deseo.

Tras la muerte de su madre, Jean-Claude había seguido a su hermana a El Cairo donde, gracias a las cartas de recomendación de Dafni, Gaby le había encontrado trabajo en casa de otro griego de Egipto. No veía a Majos desde hacía ocho años, y no había dejado de pensar en él. Sabía que se iba a encontrar con un muchacho magnífico; esperaba hacerle recordar la tierna amistad de su infancia. Se equivocaba. Igual que su hermana, que esperaba una cálida acogida de parte de un chico al que había ayudado a crecer.

Majos los recibió fríamente y, pasadas las formalidades, desapareció durante dos días pretextando diversas obligaciones. A su madre no le ocultó su descontento.

—¿Por qué me has traído a esos dos, mamá?

Ella telegrafió a Andonis: ACOGIDA MAJOS FRÍA STOP ALOJADOS KEMPINSKI MAXIMILIANSTRASSE STOP.

Los dos hermanos se sentían halagados de dormir en una suite donde se habían alojado reyes.

—*Je suis amoureux* —confesó—, es más guapo de lo que imaginaba.

Gaby no dijo nada. Sonrió y le acarició el cabello cariñosamente. Al tercer día, la aparición del seductor barón Eric Sulzer, amante oficial de Majos, pulverizó sus sueños. A partir de entonces, y durante toda la estancia en Alemania, Jean-Claude mantuvo una expresión ceñuda, a la que nadie prestó atención.

PRIMAVERA EMPIEZA PRONTO AQUÍ STOP, escribió Dafni en el telegrama siguiente, ligeramente decepcionada de no encontrar bastante nieve en los Alpes bávaros. Desde principios del mes de abril los frutales estaban cubiertos de flores, al igual que las praderas, y una multitud de arroyuelos nacían de la nieve fundida. Baviera se preparaba para celebrar la Pascua y el invierno ya no era más que un recuerdo.

El cuarto día, según el telegrama de la señora Járamis, empezaron a visitar la ciudad.

PASEO ORILLAS ISAR STOP SOBERBIO STOP ALREDEDOR RESIDENTZ STOP MORADAS WITTELSBACH STOP PINACOTECA STOP MARIENPLATZ STOP FRAUENKIRCHE STOP MÁGICA STOP MAJOS DICE AÚN NO HABÉIS VISTO NADA STOP.



El quinto día no hubo telegrama. Estallaron disturbios en la ciudad y esos incidentes menores, como los calificaba Majos, no justificaban los moretones en la cara que él trataba de cubrir con una capa de polvos.

—Me preocupas, hijo mío.

Por toda respuesta, él estalló en carcajadas.

—*Sprechen Sie Deutsch?*

Sin embargo, no era cosa de risa. Los primeros días, su madre vio una cruz gamada sobre uno de los papeles que él llevaba consigo; ella no sospechaba las preferencias políticas de su hijo, y dijo con total ingenuidad:

—Antiguo símbolo mesopotámico de prosperidad.

Cuando se enteró de que su hijo era nazi y salía a participar en las refriegas a puñetazos contra los comunistas, se quedó muy contrariada, pero no le dijo nada a Andonis, como tampoco se atrevió a hablar del barón, seductor en exceso. ¿Vivían juntos su hijo y él? Majos era impreciso y respondía de manera evasiva que vivía en la zona de Schwabing. A ella misma le resultaba difícil resistirse al encanto de aquel *gentleman* tan rubio, de ojos claros, bigote elegante, de complexión atlética, cuyos modales proclamaban su origen y alta posición económica. ¿Son amantes?, se preguntaba con el candor de los padres que no quieren admitir la evidencia, y su alma estaba herida por una curiosa sensación de rivalidad. ¡Cómo es posible, Dios mío, que esté celosa de mi hijo!, y se reía de sí misma, así como de Jean-Claude, que adoptaba poses divertidas. De hecho, el barón, de edad indeterminada, se mostraba tan galante que aquello se prestaba a confusión. Prolongaba ligeramente el besamanos, lo cual habría emocionado a cualquier mujer, siempre le hacía cumplidos con relación a sus vestidos y le repetía que le costaba creer que fuera la madre de Majos. *Vous me flattez*, respondía coqueta, haciendo melindres, y él respondía, en un francés impecable: *Mais pas du tout, je vous assure!*

Miss Gaby, en cambio, pasaba inadvertida. La señora Járamis a veces le hacía observaciones sobre su manera de vestir y su porte: «Da la impresión de que tiene joroba». Se curvaba, se inclinaba encogiendo los omóplatos. Sin embargo, aunque la sermoneaba, estaba encantada de que, con sus treinta y cinco años, la ex niñera de Majos no la desplazara a segundo término; al contrario que su hermano, ella prefería ese papel ingrato, pues al parecer tenía algo mejor que hacer que flirtear. A veces, loca de admiración, elogiaba la irresistible belleza de Majos, pero más bien como una madre henchida de orgullo ante su progenie.

Los días en Munich brindaban un encanto ingenuo, pues se repartían entre cervecerías al aire

libre, terrazas de cafés y restaurantes de lujo, cuya decoración amanerada Dafni no era capaz de describir en sus telegramas. Su hijo los llevaba a los lugares que frecuentaban las personalidades más conocidas. En uno de esos lugares de nombre impronunciable, señaló a alguien: «¿No te recuerda a papá?». Era Thomas Mann. Su ojo se convertía en un calidoscopio mágico a través del cual ella veía a cantantes de ópera, pintores, escritores, profesores de renombre, una pléyade de nombres imposible de retener.

Cayó en la cuenta de la violenta repulsión que manifestaba Majos hacia los judíos.

—Pero ¿qué tienes contra ellos? Hemos vivido muchos años unos junto a otros. Los judíos nunca nos han hecho daño. ¿A qué viene ese odio?

Debía de existir una relación misteriosa con Alejandría, un tal Rudolf Hess con el que coincidieron en un restaurante. Dafni lo encontró antipático. Herr Hess era hijo de un alemán de Alejandría, un comerciante mayorista —una especie de primo Zanasis—. Al día siguiente, mientras iban a pie por la Ludwigstrasse, un Mercedes negro descapotable de seis plazas los adelantó. En la parte de atrás, como un rey en su trono, iba sentado un individuo con bigote en forma de trapecio, vestido con un impermeable claro y un sombrero flexible, con aspecto de gángster de guñol, rodeado de matones. Majos exclamó extasiado:

—¡Ah, es Hitler!

Ese mismo día, Daphne telegrafiaba a su hijo mayor en Berlín: LLEGO SEMANA PRÓXIMA.

¿Podría explicarle Kostís lo que significaba todo aquello? Había recibido su buena ración de inquietudes, pero no podía contárselas a Andonis.

Planearon una expedición de dos días al *château* del barón Sulzer, a las afueras de Passau, en la Baja Baviera. En un telegrama, Dafni lo mencionó lacónicamente, no sin remordimiento: EXCURSIÓN ALPES BÁVAROS STOP. ¿Qué habría podido añadir? El trayecto en las dos lujosas berlinas de su anfitrión había sido perfecto. Los chóferes, con gorra y librea gris claro, más callados que un muerto, atornillados al asiento, parecían soldaditos de plomo. Durante ese viaje idílico, las inquietudes se echaron a volar una tras otra y su sentimiento de culpa se disipó. Durante la tarde, por los caminos umbríos, un sol indolente desplegaba sus velas doradas a través del follaje de árboles centenarios. Pero el día empezó de verdad a su llegada al *château*. Nunca había imaginado que las casas de campo de la aristocracia bávara fueran, por así decirlo, tan imaginativas, flores de piedra posadas en medio de las ricas praderas alpinas. No sabía qué admirar: ¿la entrada imponente y sus guirnaldas de mármol tallado, las ventanas ojivales del primer piso de un ligero anaranjado, que evocaban las casas planas dibujadas por la mano de un niño, o la logia unida al ala más reciente que acariciaba la imaginación del visitante? El viejo mayordomo, bastión viviente de la baronía, los acogió con una sonrisa tan impecable como el cuello de su camisa. A su lado, una sirvienta entrada en carnes recordaba una vaca de los prados de montaña revestida con el traje tradicional. La doble escalera de honor se estrechaba al llegar al primer piso y descubrió que las ventanas ojivales, que le parecían tan hermosas, permitían que el sol penetrara muy lejos en el corredor donde se encontraban los dormitorios. Eric indicó la suya a los invitados. Los retratos de familia se desplegaban desde la escalera hasta cada una de las habitaciones, y daban una amplia idea de su árbol genealógico. Desde las ventanas se divisaban las torres gemelas de la catedral de San Esteban, que se elevaban desde el punto más alto de Passau. Construida en la confluencia de tres ríos, uno de ellos el Danubio, las brisas del sur que la acarician creaban la ilusión de una ciudad mediterránea. Las habitaciones de techos altos

recuperaban los colores de la fachada en matices más oscuros. Algunas faltas de gusto grandiosas, como la araña y los tres cuadros, conferían al espacio la solemnidad de un museo, más que el ambiente confortable que convendría; las cortinas del baldaquino, cuyo dosel era de la misma tela de seda, acentuaban la impresión de pompa. Dafni se estremeció y no se quitó el abrigo de pieles. Sobre la cómoda, la fotografía de una anciana le indicó que se encontraba en la «habitación de mamá». Al cabo de dos horas se decidió a cruzar la puerta lacada de blanco con molduras doradas en el sentido contrario; todo el mundo se encontraba en la sala de estar. Las notas de uno de sus queridos preludios de Bach la acompañaron al bajar la escalera; reconoció el tecleo escrupuloso de miss Gaby. Tres arañas en forma de racimo de uvas derramaban raudales de luz, sin contar la profusión de candelabros que recordaban los de la Anunciación, en Alejandría. La lumbre de la chimenea era de lo más apreciable, sobre todo a la caída de la noche. A través de las cortinas vedijosas, la ciudad, pequeña constelación, brillaba en el horizonte. Sirvieron la cena puntualmente: una sopa cremosa con hígado picado, después buey tierno y verduras al vapor. Alegraba la comida un excelente vino tinto, ligero y fresco como el espíritu del barón: no pronunció una sola palabra en alemán en toda la velada y manifestó una inspiración inagotable. El mismo Jean-Claude reía a carcajadas con sus bromas. Dafni se quedó un momento en compañía de esa «juventud», pero el vino y el cansancio hacían que tuviera los párpados pesados y, tras cabecear dos o tres veces, decidió irse a dormir. Rehusó la ayuda de Gaby: *Prends soin des hommes, toi*. Y se retiró sola.

Al día siguiente se despertó de excelente humor; no obstante se diría que todos se habían confabulado para estropearle el día. Majos se presentó con los moretones muy visibles sobre los pómulos, mientras que la víspera los había disimulado con polvos. Cuando se dio cuenta, se volvió, ocultando el rostro con las dos manos. Jean-Claude apareció con la cara más larga que nunca. Su hermana contó que los dos compadres le habían jugado una mala pasada, obligándolo a salir en plena noche al jardín completamente desnudo. Dafni reprimió un ataque de risa, pero miss Gaby no lo encontraba gracioso en absoluto. Por último, el barón aportó el golpe de gracia: salió de su habitación buscando por todas partes sus gemelos de oro. Dafni estaba segura de que sospecharían de ella, que su hijo y ella misma quedarían deshonorados, sobre todo porque no estaba segura en absoluto de su inocencia... Afortunadamente, la criada apareció sosteniendo en alto los gemelos que había encontrado en la habitación de herr Majos.

La situación se calmó con un encantador paseo en barca por el Danubio, bajo los rayos de un sol suave, y el remero de su hijo hizo la demostración de sus cualidades de atleta. No obstante, cuando Eric anunció que algunos representantes de la nobleza local estarían presentes en la cena, se echó a temblar ante la idea de no poder controlarse y sustraer una pitillera de plata o cualquier otro objeto posado sobre una mesa.

Las oquedades finamente labradas, las molduras, las cornisas, todos los adornos del comedor de los Sulzer, iluminados con generosidad por la luz de las arañas, contribuían a destacar el retrato de Luis II de Baviera, colocado sobre el lugar asignado al dueño de la casa.

Los aristócratas de provincias eran bastante aburridos. Solo las pajaritas y los vestidos de seda multicolor rompían la monotonía de los fracs negros; nada más. Conversaciones insípidas, cumplidos ampulosos, se hablaba de banalidades llenas de afectación con la esperanza de aparentar. Hasta miss Gaby, de ordinario bastante reservada, adoptó aires afectados. Dafni recordó sus fiestas alejandrinas. Tuvo que rechazar los avances insistentes de un tagarote que se



declaró ferviente aficionado a los cigarrillos de su marido. *Mais vous ne fumez pas. Extraordinaire!*, exclamó con el *accent* entrecortado tan reconocible, al mismo tiempo que encendía un puro pequeño con la llama de una vela que le tendía un sirviente. El humo le molestaba, en particular el de esos pequeños cigarros, pero no dijo nada y se limitó a sonreír, complaciente. Los invitados eran más bien de cabello cano y ella, en cierto modo, era la figura de transición entre ellos y los más jóvenes. Tenía un gran interés en el éxito de esa velada y se sintió profundamente turbada cuando el tono subió de manera violenta entre Eric y Majos, en un momento en que la conversación giraba, sin duda, alrededor de Hitler y los nazis. Eso es al menos lo que ella dedujo, ya que no entendía el alemán.

—Mi querido Majos, los nazis no son más que una banda de agitadores anencéfalos —empezó Eric, mientras la mayoría de los invitados lo aprobaba con la mirada.

—¿Agitadores anencéfalos? —repitió su hijo, visiblemente irritado.

—Pues sí. ¿Te sorprende? Tengo que reconocer, a pesar de todo, que tienen una utilidad. Van a librarnos de los comunistas. Luego nosotros nos desharemos de ellos.

—¿Nosotros? ¿Qué entiendes tú por «nosotros»? —dijo Majos recalcando las palabras.

—Nosotros somos Alemania, los alemanes, querido Majos. No tienes objeción sobre este punto, ¿verdad?

—En absoluto, pero si quieres mi opinión...

—No nos interesa nada tu opinión, querido muchacho. Tú eres griego. Déjanos a nosotros, los alemanes, la tarea de ocuparnos de nuestra patria. Es estrictamente nuestro derecho.

Apocalipsis e ira de Dios. Majos se puso a vociferar tomando la defensa de sus amigos de los últimos tiempos, lo cual desencadenó el furor del barón. A punto estuvieron de llegar a las manos. El brusco giro que adoptaron los acontecimientos espantó a la asamblea, con excepción quizá de Jean-Claude, que sonreía en su rincón, ya que allí tenía su venganza. Dafni se consoló pensando que esa noche su hijo querido no se dormiría en los brazos del barón.

Al día siguiente, los dos amigos estuvieron de acuerdo en que había sido un incidente lamentable; desgraciadamente, no iba a ser el único. El barón Sulzer deseaba redimirse y declaró que para complacer a la señora Jámis lo iba a llevar a todos a un lugar en el que encontraría mucha nieve. Dafni no había vuelto a ver nieve desde 1910, cuando unos cuantos copos habían caído por última vez en Alejandría, y se puso contenta como una niña ante la perspectiva de hundir los pies en el algodón blanco y helado de los Alpes. Para hacerlo tuvieron que alejarse de Munich, cruzar la frontera austríaca y avanzar más hacia el sur, hasta Salzburgo, la ciudad natal de Mozart. Pero su primer contacto con ese extraño fenómeno le resultó fatal. Al no estar acostumbrada a andar por la nieve tuvo una desafortunada caída, quiso agarrarse y cayó sobre la mano derecha.

En el camino de vuelta, sufriendo una tortura, con la mano inmovilizada con un entablillado improvisado, temblaba pensando en las explicaciones que tendría que darle a Andonis. Su visita a la casa familiar de Mozart, en el número 9 de Getreidegasse, no bastó para consolarla.

Al llegar a Munich telegrafió a Kostís para pedirle que fuera a su encuentro. Pero recibió esta respuesta: MUY OCUPADO STOP IMPOSIBLE ACUDIR STOP PRONTO RESTABLECIMIENTO STOP.

No esperes que tus hijos vengan en tu auxilio, ni siquiera en caso de necesidad; y sin tardar, Dafni avisó a su marido: PEQUEÑO ACCIDENTE STOP FRACTURA MANO DERECHA STOP

## REGRESAMOS STOP.

De niña, Dafni daba dimensiones heroicas a sus heridas y con frecuencia aparecía con una mano, la cabeza o el pie vendados, una actitud que sin duda habría prolongado hasta la edad adulta si su madre no la hubiera asustado con estas terribles palabras: «Si sigues apareciendo *enveloppée de bandages* te quedarás para vestir santos». Esta vez se trataba únicamente de afrontar la desaprobación conyugal.

—Así que yo tenía razón al oponerme, desde el principio, a tu proyecto de viaje —le asestó Andonis a modo de bienvenida, cuando la vio con la mano vendada.

—No soy una niña. —Estaba nerviosa—. Esto le puede pasar a cualquiera.

—¡Pero qué necesidad tenías de ir a buscar nieve en Europa... en primavera! Te mando a ver a tus hijos en Alemania y acabas en Austria con la mano fracturada. ¿Puedes explicarme cómo pasó?

—Déjame en paz, por amor de Dios, me duele.

Trataba de posponer al máximo el momento tan temido de las explicaciones. Y enseguida decidió pasar al ataque:

—¿Qué quieres decir, exactamente, con que me has mandado? Tengo cincuenta años y me hablas como si fueras mi pobre madre, que en gloria esté.

—Me alegro, a pesar de todo, de que te acuerdes de tu edad..., de vez en cuando.

—Por favor, Andonis, no he hecho más que un viaje, como casi todas las mujeres de la buena sociedad. No olvides que me has privado de mis hijos al desterrarlos en Alemania. Soy una madre, y hacía mucho tiempo que no los había visto.

—Y ahora que los has visto, ¿estás plenamente satisfecha?

—Solo he visto a mi Majos. Kostís y yo no hemos logrado vernos. Has conseguido alejarme de mis hijos.

—Tus hijos están de maravilla allí donde se encuentran. No sirve de nada que te inquietes. Ellos no tienen ningunas ganas de volver a Egipto. En cuanto a ti, que hayas ido para visitarlos... Reconoce que más bien tenías ganas de ver las antigüedades egipcias de Turín y la nieve de Salzburgo.

—De todos modos, eso a ti no te ha costado una piastra. Al menos es un hecho que deberías apreciar en su justo valor.

—¡Ah, es verdad, la famosa fortuna familiar!

—Sí, señor, mi fortuna familiar, ¿te molesta? Hasta el momento no has cesado de recriminarme, a mí, a mi hermano, a mi familia venida a menos. Pues bien, ahí tienes...

—Estupendo, gracias a esa fortuna familiar te has construido todo un protectorado. Contratas a quien quieres, has llenado la casa de momias y un maremágnum de la misma índole, por no hablar de las visitas, recepciones, etcétera. Y quieres hacerme creer que echas de menos a tus hijos. Eso, querida Dafni, pertenece a la *Divina comedia*. En fin, espero que habrás aprendido la lección y que de ahora en adelante te quedarás un poco más tranquila en casa.

Su caída en la nieve era, de hecho, el primer accidente serio del que poder sentirse a la vez orgullosa y feliz, si no fuera por las jeremiadas de Andonis y la testarudez de su médico, Stéfano, al hacerle beber dos botellas de leche al día.

Su marido apostaba por su comportamiento en el futuro: «Después de esto no creo que Dafni se arriesgue a salir de casa tan pronto», repetía en un tono categórico a quienes le preguntaban por

la salud de su mujer. Como para desmentirlo, ella decidió ir a Europa ese mismo verano, y a pesar de sus protestas.

—*Je suis en pleine forme* —declaró vigorosamente; reunió a su séquito, subió al barco y se fue mar adentro.

Por mucho que Andonis pretendiera que a su mujer le faltaba un tornillo, en realidad sentía envidia de su actividad impenitente que, según él, ya no era propia de su edad. ¡Maldita sea! Tiene cincuenta años y se comporta como una jovencita, rabiaba en su fuero interno.

Dafni estaba decidida a no dejar desperdiciar el jugo de la existencia. Ahora que su temperamento se había calmado y que su instinto materno chocaba con la indiferencia de sus dos hijos, descubría el verdadero sentido de la vida; era libre. Se había curado totalmente del amor compulsivo por sus hijos, así como de la dependencia conyugal. No la atormentaba ningún antojo, ningún deseo, ningún deber, ninguna ambición. En lo sucesivo tenía tiempo para reflexionar, para leer, para viajar en el presente y sobre todo en el pasado, que siempre la había atraído. Descubría cada día una nueva faceta de su personalidad, reprimida desde hacía muchos años por complacer a los demás y a la sociedad. No hablaba de ello. Procuraba disimular lo que le incumbía, mucho más que las actividades bastante turbias en las que se encontraba mezclada y que la mayoría de la gente tenía por tráfico de antigüedades, mientras que ella no las consideraba más que la prolongación natural y fructífera de su veneración por la cultura antigua. El viaje en el tiempo a través de los objetos hallados en las excavaciones no era solo una actividad necesaria para su bienestar, sino también el medio de encontrar una paz interior que cultivaba con ardor en los últimos tiempos. Progresivamente fue transformando una de las once habitaciones de la casa en un «museo personal». Allí trasladó las piezas más preciosas de su colección: objetos que no debían ser vistos por terceros, por razones harto comprensibles, y que le hacían compañía durante los largos períodos de aislamiento en los que estudiaba las civilizaciones antiguas. Empezó con un collar de oro y lapislázuli que no logró enviar al extranjero; poco a poco se fueron añadiendo unos frascos de loza, una bandeja de esteatita negra decorada con animales, un ídolo, un joyero de madera dorada y su urna funeraria preferida acompañada de pequeños jarrones. Esa habitación permanecía cerrada con llave y solamente de noche, cuando Andonis se retiraba a su despacho para hacer el balance de la jornada, ella se encerraba a su vez en su «museo» para dialogar con los objetos sin alma. Muy a menudo permanecía despierta hasta el amanecer, pues las noches cálidas y húmedas de Egipto acentuaban los síntomas de su menopausia, y acababa quedándose dormida en el sillón de amplio respaldo de terciopelo. Dormir le aportaba sus ofrendas: sueños de grandeza faraónica, palacios y templos gigantescos, composiciones de piedra, de oro y de mármol, en las que las estatuas se animaban y deambulaban por los corredores interminables, salas artísticamente decoradas y cámaras secretas. Cuerpos embalsamados renacían en el torrente de la vida, hacían el amor, luchaban, conspiraban y reinaban. Pero no duraba mucho. Con los primeros albos del día, asustados, corrían a refugiarse en sus tumbas. Templos y palacios se derrumbaban, el oro y la piedra se volvían arena del desierto y los murmullos que salían de la boca de las estatuas no eran más que el balanceo de los eucaliptos sobre los cristales de la habitación, al ritmo acariciador de una ligera brisa mediterránea. Desencantada, comprendía que Samuel Agiman continuara reservando para su uso exclusivo una planta entera de su mansión en Ruchdi. Al contrario que su hermano Lukás, Agiman no tenía un culto exclusivo por el dinero. Seguía cultivando la misma pasión: una intensa relación sentimental con el pasado. Apóstol de las

civilizaciones antiguas, agente de la protección y revalorización de lo que daba testimonio de su antigua gloria desaparecida.

La historia era su compañera de todos los días. Cuando su coche avanzaba por la calle Fuad, ella seguía de hecho la calle Canopea, desde la puerta del Sol hasta la puerta de la Luna, en busca de una salida hacia el mar. Desde la terraza del club náutico, no contemplaba el tráfico de navíos en el puerto Oeste, sino la entrada de los barcos antiguos que como gigantesos ciempiés maniobraban en las aguas en calma de un fondeo muy seguro. Paseaba a lo largo de la costa mediterránea cerca de las orillas arenosas y de las rocas planas en busca de vestigios de casas antiguas y tumbas. La punta Lochias en la que los Ptolomeos habían levantado su palacio estaba casi totalmente sumergida, lo cual no le impedía reconstituirla ni imaginar el faro mítico que se elevaba sobre el otro brazo del puerto. Dondequiera que se encontrara en Alejandría, era capaz de indicar el camino que llevaba a Kesario, Serapio, al palacio de los Ptolomeos, al teatro y sobre todo al museo, enriquecido por su legendaria biblioteca. Dafni «veía» el conjunto grandioso de construcciones del cual los sabios no tenían sino una vaga idea y era capaz de describir las salas de conferencias, los laboratorios, los vestíbulos de recepción, el jardín zoológico. Solía «deambular» por allí, discutir de aritmética con Euclides, de la circunferencia de la Tierra con Eratóstenes, de poesía con Calímaco —que se llamaba como su hijo—, de la teoría heliocéntrica con Aristarco, de la circulación de la sangre con Erasítrato.

En las calles de la ciudad moderna, las llamadas de los vendedores de fruta elogiando su mercancía, el golpeteo de los cascos de los caballos en los adoquines, la circulación de los coches puntuada por bocinas compulsivas, el ruido confuso de las cervecerías y los casinos de la Corniche, en las pastelerías y los cafés de lujo, la repetición seductora de lo cotidiano atajaba las reminiscencias. Dafni se recuperaba en los ruidos, lo mundano, las razias en las tiendas, su participación en colectas y otras obras de caridad. Preservaba conscientemente los vínculos con la comunidad helénica para el beneficio de su marido. Su vida seguía el ritmo de las fiestas nacionales y religiosas. Navidad, que celebraban a la europea, las manifestaciones del 25 de marzo llenas de emoción patriótica, los bailes de disfraces de carnaval, las excursiones del Miércoles de Ceniza, los preparativos de Pascua, el entierro de Cristo en el iglesia de San Savas, la ofrenda de pequeñas rosas, el Viernes Santo, la misa de Resurrección en la iglesia de la Anunciación y la fiesta de Sham el-Nessim, el éxodo masivo del primero de mayo, las fiestas de fin de curso de las escuelas comunales, que daban la señal de salida para los baños de mar en las playas de Stanley, Sidi Bishr, San Stefano, y Glimenópulo. A la larga, se cansaba de estas celebraciones rutinarias; entonces se embarcaba en el primer barco que salía para Europa y Andonis tenía que conformarse con las postales y telegramas que ella iba desgranando esporádicamente en sus viajes.

Elias Juri tenía toda la razón cuando a veces decía: «Por qué marcharse de Alejandría? Desde aquí puedo ver con más claridad nuestro mundo y su futuro».

Efectivamente, quien quisiera presentir los cambios que afectarían al mundo no tenía más que pasar unos días en Alejandría en ese tiempo de entreguerras, crisol cultural por el que atravesaban de un modo extraordinario las corrientes y tendencias de la época. Una atención un poco sostenida permitía percibir el cercano despertar de la nación árabe, la determinación de los judíos a convertir Palestina en su patria, el ascenso del fascismo y el nazismo, así como los estertores de

agonía del león británico, cuya victoria, en la guerra futura, representaría en cierto modo el canto del cisne.

El jefe del movimiento sionista, Hayim Weizmann, puso los pies por primera vez en Alejandría en 1918; después volvió en varias ocasiones y, aunque a veces apareciera en compañía de Samuel Agiman, no aceptó que lo alojaran en la mansión de Ruchdi, sino que prefirió la hospitalidad del barón Ménache, en Moharram Bey. En la medida en que se presentaba como jefe del comité sionista para salvaguardar los intereses de los judíos en Palestina y tranquilizar a los árabes acerca de las intenciones finales del sionismo, consideraba que la reputación de traficante de antigüedades de su amigo podía ser nociva para su causa común. Samuel, cuyas intenciones no podían ponerse en duda, no se sintió ofendido, ya que encontraba natural que prefiriera alojarse en casa del futuro presidente de la comunidad judía de Alejandría. Y contribuyó, sin poner nunca mala cara, al éxito de la causa judía.

Elias lo acusó de ser el principal proveedor de fondos del plan clandestino de suministro de armas a los miembros de la Haganah, la milicia sionista secreta en Palestina. Por su parte, Agiman lo calificó públicamente de antisemita y los dos hombres cortaron en seco sus relaciones, hasta tal punto que cada vez que se encontraban en público se volvían la espalda. La época de las partidas de cartas *à jour fixe* en casa del Libanés, había quedado atrás.

Elias era incontestablemente un ferviente partidario de la unión panárabe; formaba parte de esos cristianos sirio-libaneses a quienes la baronesa de Ménache reprochaba vivamente que «cultivaban un antisemitismo solapado pero de los más certeros». Hubo quien dijo que al menos una vez se había marchado de una velada en el barrio so pretexto de que lo habían invitado a sentarse al lado de un judío conocido por sus convicciones sionistas. Según la misma fuente, al parecer había respondido sin ambages al anfitrión que intentaba cogerlo por la manga: «No me mezcle con esos sucios sefardíes. *À tout à l'heure*».

No obstante, sus relaciones con los judíos de Alejandría no se enturbiaron en lo más mínimo. La mayoría de ellos vivían por entonces una época próspera, y apenas prestaban atención a las utopías sionistas de Weizmann y su grupo. Por otro lado, la postura del Libanés en cuanto a la cuestión árabe no estaba del todo clara. Por una parte obraba en favor del despertar de una conciencia árabe en Oriente Próximo y, por otra, calificaba a Zaglul de payaso político, y no quería ni oír hablar de los fanáticos del Wafd. Se suponía que su colaboración con los británicos le inspiraba esos sentimientos contradictorios, pero a veces también sucedía que les cantaba las verdades. A menudo conversaba de tales cuestiones con Andonis; este percibía que el Libanés estaba desgarrado entre su educación occidental, que había hecho de él el cosmopolita que nunca dejaría de ser a pesar de todo, y el patriota árabe en que se había convertido. Elias había llegado a una especie de acuerdo artificial; propagandista del despertar árabe, mantenía la distancia con relación a ciertas acciones de los británicos; esperaba que sus amigos ingleses ayudaran a los árabes de manera decisiva, antes de que se hundiera su imperio. Su antisemitismo no era más que una precaución, en el supuesto de que los tejemanejes de los sionistas se revelaran distintos de las intenciones que proclamaban. Para un personaje como él, que había vivido siempre en armonía entre judíos, griegos y otros europeos, era difícil de la noche a la mañana considerar a los primeros como enemigos jurados, al menos esa era la opinión de Andonis.

El Libanés hablaba sin cesar del conflicto que se estaba incubando en Europa y, en la medida de lo posible, evitaba ir al Viejo Continente. Según Yvette, la guerra era para él una fobia, y se

negaba a que lo sorprendiera dondequiera que fuese. Señalaba con el dedo el Karmuz, limítrofe con el barrio de los autóctonos, donde se aglutinaban los italianos de Egipto empobrecidos. «La mano del diablo mussoliniano proyecta su sombra sobre Alejandría.» Había tenido una primera impresión de la influencia satánica del Duce en la brasserie Daniele. En el establecimiento del italiano, la gloria de la década anterior se había empañado. Después de la guerra, los sitios en los que se podía tomar una cerveza, un whisky o un café se habían multiplicado. La construcción de la nueva Corniche, que finalizó en 1930, creó una nueva ciudad, y el local vio cómo la clientela disminuía a la mitad.

—*La nuova Corniche ha distrutto Alexandria* —se quejaba siempre Daniele, que soñaba con la época dorada en que al cierre de la Bolsa la brasserie se llenaba de gargantas sedientas.

—No te preocupes, amigo. La Corniche ha destruido la ciudad pero el Duce va a salvarla —bromeaba Elias.

—Usted se ríe, ya lo sé, pero ¿ha visto lo que el Duce ha hecho por los *compatriotti*? Hospitales flamantes, escuelas más amplias. Nuestros hijos van de vacaciones a Italia gratis.

Así se extasiaba el dueño del café, y sus ojos pequeños en perpetuo movimiento se volvían, por un instante, tan vivaces como antaño. Renato, su hijo, desfilaba con camisa oscura y pañuelo azul por las calles de Alejandría. Muy pronto la brasserie estuvo empavesada con los colores de Italia, se vio invadida de folletos a mayor gloria del régimen que Renato llevaba al regreso de sus vacaciones «gratis» al país y las paredes se cubrieron de retratos del Duce. El propietario adquirió la costumbre de dirigir el saludo romano a los camisas negras que afluían y constituían ahora la clientela habitual de la brasserie. Daniele y su gran vientre se había apropiado de las muecas, gestos y actitudes pasmosas del dictador italiano y celebraba de un modo teatral ante su nuevo público la grandeza fascista; de paso por Sherif Pashá se oían prorrumper vivas y aplausos. Mientras alguien bebía una cerveza se hacía merecedor de una lección de historia: todo el Mediterráneo daba testimonio de la grandeza romana y las pruebas irrefutables eran el conjunto de impresionantes monumentos erigidos alrededor del *Mare Nostrum*. Los partidarios del Duce, odres hinchados de pretensiones, reivindicaban sus derechos sobre Alejandría, en cuanto descendientes por línea directa de Julio César y de Marco Antonio. La camisa negra había sustituido la chilaba bordada en oro que llevaban en otra época Fauzi y sus álter ego, los camareros. Los Elias y los Járamis ya no eran bienvenidos en ese antro del fascismo, en el que se organizaban concursos de bebedores de cerveza a la gloria del jefe supremo hasta derrumbarse sobre las mesas.

En esa misma época, en una sucesión continua, los súbditos alemanes de Alejandría se adherían al partido nazi egipcio, creado por iniciativa de Alfred Hess, hermano menor de Rudolf. Fritz Hess, el padre, por alguna razón desconocida manifestó el deseo de encontrarse con Járamis. Andonis pidió consejo a Elias, que le sugirió que no lo hiciera, ya que la familia Hess era objeto de una vigilancia constante por parte de los servicios secretos británicos.

Andonis siempre había apreciado a Nikitas, el benjamín de Zanasis Bostantsoglu, principalmente por la influencia que el «demonio rubio» tenía en su hijo mayor. Alejandría recordaba al chiquillo filiforme merodeando por los barrios más ínfimos montado en su bicicleta desvencijada, siempre al acecho de algún enorme disparate que cometer. Su madre las había pasado negras para educarlo, pero sin quejarse, ya que sabía que de sus tres hijos solo el más

joven había heredado su temperamento y desenvoltura. Cuando hablaba de las fechorías de su guapo diablillo, era fácil darse cuenta de que se sentía no poco orgullosa de evocar los tormentos que le ocasionaba. Le afectaba tener que reconocer que una sola vez, una noche, su hijo adorado, con los codos y las rodillas condecorados con medallas y la ropa embarrada desde los calcetines hasta la camisa, había preferido escalar el algarrobo silvestre y saltar al balcón del primer piso del edificio de la calle Bab Sidra para entrar en casa, antes que pedirle ayuda. Por otro lado, cuando ella quería hacer travesuras a sus vecinas, lo elegía siempre a él como cómplice, ya que Nikolas y Olímpia eran realmente demasiado serios para participar en tales aventuras y estaban lejos de tener la osadía del más pequeño. Un lince así era lo más indicado para convertirse en el ídolo de Kostís.

Cuando Nikitas rehusó el puesto que le ofrecía en la fábrica tras la disputa con su padre, su tío lo apreció todavía más; el joven había dejado la tienda y se había mudado a Kafr al-Zayat, aun cuando tenía dificultades para sobrevivir con su empleo de simple seleccionador de algodón. Tenía la dignidad de Zanasis pero se distinguía por su inteligencia. Sin embargo, Andonis intuía que echaría a perder su vida, igual que su padre, ya que su mal hado lo conducía a ejecutar acrobacias cada vez más peligrosas. Sea como fuere, cuando en 1927 se enteró de que Nikitas estaba en Alejandría, lo invitó a ir a verlo.

Vestido con traje claro y canotier blanco, su sobrino se presentó una mañana en la fábrica y pasó con orgullo la puerta de su despacho. Su esbeltez y sus hombros estrechos recordaban al Zanasis de los primeros años en Alejandría. Colgó el sombrero y esperó en el saloncito el final de la conversación de su tío y Papafigos; hizo un gesto cuando el corpulento jefe de personal salió del despacho andando hacia atrás, como era su costumbre.

—Bienvenido, Nikitas —dijo Andonis con esa voz que saludaba vigorosamente al visitante y a la vez lo animaba a permanecer en su sitio.

—Muchas gracias, tío —replicó el sobrino, reivindicando así, le gustara o no, un vínculo de parentesco que su interlocutor sin duda habría preferido no mencionar.

—¡Bien! Me has obligado a remover cielo y tierra para verte al fin cruzar la puerta de mi fábrica, aunque no sea más que como simple visitante.

El sobrino no respondió. El tío esperaba tal reacción. Le ofreció un cigarrillo que el visitante tomó con placer de la cajita de plata.

—¿Fumas alguno de vez en cuando?

—¡Ay de mí si no fumara sus cigarrillos!

—¡Vamos, vamos! Un amigo libanés protesta igual que tú, pero siempre lo sorprendo con otra marca de cigarrillos en los labios. No hay especie más infiel que los fumadores, créeme; sé un rato del asunto.

—No lo dudo.

Iulía apareció con una bandeja de té en cuyo centro reinaba una pequeña bóveda de azúcar blanco.

—Muchacho, primero quisiera agradecerte que hayas sostenido y ayudado a tu primo a hacerse hombre en el contexto difícil que ha conocido nuestra ciudad.

—No hice nada especial, tío.

—No digas eso. Has tenido tu parte, e incluso una parte importante —insistió Andonis.

El «tío» empezaba a irritarle.

—Sé que Kostís tiene un carácter recalcitrante. Por eso te estoy agradecido y te doy las gracias una vez más. Te he hecho venir aquí para hacerte algunas preguntas.

Era el momento de tomar un sorbo de té, lo hizo y Nikitas lo imitó.

—Decía que tengo algunas preguntas que hacerte. Tú vives en Kafr al-Zayat. Seguramente sabes que en los alrededores poseo unos campos de algodón, sin contar con las plantaciones de la familia de mi mujer.

—Sí, estoy al corriente.

—Debes de ver a tu tío Lukás casi todos los días, ¿verdad?

Acentuó conscientemente el «tu tío», para señalar que esta vez se trataba de su tío verdadero.

—Yo no diría eso. Tras volver de Beirut, el tío Lukás, se instaló en El Cairo. Solo muy rara vez se digna ir a Kafr al-Zayat.

—¡Ah! No lo sabía. Entonces, ¿quién está a cargo de las plantaciones? Pero es una pregunta tonta. Ha debido designar a alguien para que se ocupe de ellas en su lugar.

—Seguramente es lo que ha hecho —asintió Nikitas sin mucha convicción.

—De otro modo, no veo cómo sería posible, ¿no es así?

—Sí, supongo.

—Eso mismo digo yo. —Encendió un cigarrillo frunciendo los labios hasta el límite de la mueca; volutas de humo bailaron a su alrededor—. Ahora que te has familiarizado con este trabajo, ¿cuál es tu opinión sobre las plantaciones de algodón? ¿Son rentables?

—¿Qué le han dicho a usted?

—Que lo eran.

—Si se lo han dicho, debe de ser verdad.

Ese joven era un verdadero diablo. Resultaba imposible sonsacarle lo más mínimo.

—Si te confiara que estoy dispuesto a creerlo a condición de que una persona como tú me aporte la prueba...

—¿Quiere que le informe sobre el tío Lukás?

Con el cigarrillo aún pegado a los labios, asintió.

—Bien. Pero yo también quisiera obtener algo de usted. La vida es dura en Kafr al-Zayat, aunque el trabajo no me asusta y no temo a mi padre que me amenaza con desheredarme. Por otra parte, no dejará más que deudas, acuérdesse de lo que le digo. Bueno, en resumen...

—En resumen...

—Pues bien. Creo que no le queda mucho tiempo. Su estado de salud empeora cada día más. La diabetes lo mina sin tregua. No quiero que papá Zanasis muera estando peleados. Más vale olvidar lo que pasó. Es mi padre; estoy dispuesto a ceder. Si usted acepta hablar con él, creo que lo escuchará. Lo tiene en muy alta estima.

—Yo también siento una gran estima por tu padre, Nikitas. Zanasis es un corazón generoso. Estos últimos años no ha dado pie con bola, pero ¿qué le vamos a hacer? La vida es larga y sería ridículo esperar que una persona se vaya sin haber tenido nunca una falta que reprocharse. Todos tenemos derecho a equivocarnos y también a ser perdonados. Hablaré con él, tienes mi palabra.

Muy emocionado por la actitud de Nikitas, Andonis no deseaba especialmente proseguir la conversación. Hizo ademán de mirar su reloj de bolsillo. El joven se dio cuenta y se levantó. Su mirada se posó sobre una carta de Kostís que Andonis había dejado a la vista sobre una esquina de su escritorio. La melancolía lo invadió al mismo tiempo que el recuerdo de su primo, con quien



no se comunicaba desde hacía ocho años.

—Le doy las gracias, tío.

Se dirigía hacia la puerta cuando oyó a Andonis darle las gracias a su manera:

—Yo también te doy las gracias por no quitarle ojo a tu tío Lukás.

Se volvió. En los ojos habitualmente severos e inexpresivos había un brillo de alegría profunda. Él le dirigió una sonrisa que recordó al industrial la arrogancia de su propio hijo. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, un sentimiento paterno palpitaba en su corazón. Se dijo que telegrafiaría a Kostís ese mismo día. Ya era hora de que regresara. Después, debido al trabajo, no lo hizo. ¿Había cambiado de opinión? Quién sabe.

Cuatro días antes de las elecciones del 14 de septiembre de 1930, Hitler pronunció un discurso en el Sportpalast de Berlín ante unas dieciséis mil personas. Majos merodeaba por los alrededores, pero evitaba cruzarse con su hermano mayor. Kostís tuvo así la oportunidad de convencerse de la clarividencia de los que aseguraban que las obsesiones del Führer se extendían como una enfermedad contagiosa. Durante su campaña electoral, apenas la emprendió con los judíos de manera directa —al menos en Berlín no soltó ni palabra sobre el tema—; sin embargo, en cada una de las ciudades que visitaba, instilaba de forma tan sutil el veneno de sus ideas que la convivencia apacible entre conciudadanos no tardaba en destruirse.

Durante el mes siguiente de su intervención estallaron disturbios en la Leipziger Strasse; un grupo de nazis se manifestó contra los judíos. Atacaron sin distinción a los transeúntes de cabello oscuro y nariz característica y rompieron los escaparates de todos los establecimientos judíos. Al día siguiente Karl avisó a Kostís de que acudiera lo más deprisa posible a la bodega de Yacob, su amigo, el pensador judío, pero la policía se le había adelantado y bloqueaba los accesos. Habían envuelto los restos del «pobre Yacob» —o al menos de aquel a quien Kostís llamaba así— en una sábana y los retiraban ya de la escena del crimen. Karl le dijo que le habían destrozado la cabeza. El gigante comunista, que estaba presente antes de que se fuera la policía, recogió una de las octavillas abandonadas en el pasillo y se la tendió a Kostís: «Todos los judíos morirán, así como quienes los protejan», leyó, y por un instante se sintió amenazado. Más tarde, le anunció a Karl:

—Ya basta, lo dejo aquí. Creo que el conflicto es exclusivamente vuestro. Encontrad una solución y volveremos a hablar de ello. Por mi parte, me voy lo antes posible de Alemania. *Es tut mir leid*, lo siento mucho.

—Te equivocas, atañe al mundo entero, y te darás cuenta muy pronto.

Pero Karl no logró convencerlo. Sentía miedo, repulsión o una combinación de ambas cosas; Kostís no quería oír hablar más ni de Berlín ni de los alemanes. El último año había visto reaparecer el espectro de la hiperinflación. El crac de la Bolsa llevaba directamente al hundimiento de la economía alemana. Berlineses de la buena burguesía iban a parar a campamentos de barracas, campos improvisados con tiendas de campaña. El hambre atenazaba los estómagos; había hombres que se derrumbaban repentinamente en plena calle y, para colmo del desastre, los nazis proferían sus amenazas. Estaba harto de la miseria, harto de tanto absurdo. Telegrafió a su familia:

DEJO BERLÍN STOP VIDA EN PELIGRO STOP PRÓXIMA ETAPA PARÍS STOP

Poco tiempo después su telegrama le pareció excesivo y se avergonzó de su cobardía.

No obtuvo ningún diploma de las distintas universidades en las que había seguido tantos cursos, ni siquiera un certificado de oyente por libre, pero esa era la última de sus preocupaciones a partir de ese momento. Se iba de la ciudad, aunque sabía que echaría de menos la Potsdamer Platz, los edificios imponentes de Unter den Linden, la agitación de las tiendas de la Kurfürstendamm, las memorables noches berlinesas y sus amigos que lo acompañaron todos a la estación para desearle *Gute Reise*: Karl, el comunista, Max, el pintor, y las tres chicas de la noche: Marlene, Ulrike y Rosa, vestidas con ropa de trabajo: faldas de tafetán, chaquetas azules abrochadas directamente sobre el sujetador y sombreros clac que apenas dejaban descubierto el flequillo de su corte de cabello *à la garçonne*. Sus boquillas, que debían de medir más de cincuenta centímetros, era realmente el único elemento que había crecido con el tiempo.

—*Aufwiedersehen!* —gritaron a coro en el momento en que el tren se puso en marcha, y levantaron las faldas a la vez, mezclando risas y lágrimas.

Max estaba resentido con esa brusca decisión y ponía cara larga igual que un niño. Karl, como de costumbre, seguía optimista. «Vamos a aplastar a esos nazis —había declarado un minuto antes—. Ya verás, de aquí a un año habremos hecho desaparecer a los nazis. Entonces volverás, ¿verdad?»

—*Seien Sie nicht böse auf mich*, no me guardéis rencor —se excusó Kostís al observar a Max, que se mantenía taciturno al otro lado del andén.

—No tenemos nada contra ti, por supuesto... Escríbenos de vez en cuando. ¡Viva el comunismo! —exclamó Karl.

Estaba lejos de Berlín cuando se dio cuenta de que esa ciudad era, sin duda, su segunda patria, ya que había vivido en ella algo más de un tercio de su vida. Ni por un instante dudó del fundamento de su decisión, seguro de haber abandonado Berlín cuando había que hacerlo, ni demasiado pronto ni demasiado tarde. El tren se lo repetía una y otra vez, *leitmotiv* que seguía el ritmo de las ruedas sobre los rieles, a lo largo de todo su trayecto previamente establecido.

Las ciudades actúan como un apuntador que orienta discretamente los actos y los dichos de sus habitantes. En París, Kostís podría haberse alojado en un hotel de la *rive gauche* y vivir según el modo que había sido el suyo hasta entonces. Pero pensó que sería una pena volver a sumergirse en un letargo similar y se puso a buscar una habitación situada en el corazón de la ciudad.

En un viejo inmueble del Barrio Latino, al principio encontró un cuartito bajo el tejado que tenía más de nido de pájaro que de habitación. En los balcones de alrededor, los artistas ponían a secar sus lienzos, las amas de casa tendían la ropa y, en la calle, los vendedores ambulantes armaban un jaleo de mil demonios.

La muchedumbre del mercado al aire libre de la rue de Buci fue su bautismo de fuego. Después se aventuró al boulevard Saint-Germain, cuyos bocinazos llegaban hasta su buhardilla. El ambiente de los cafés le permitió percatarse de que los diez años que había pasado en Berlín le habían «robado» los grandes momentos parisinos y que llegaba a la capital francesa cuando el período de efervescencia casi formaba ya parte del pasado. Impaciente por descubrir cada recoveco, el primer año pasó como en un sueño. Cuando llegó el invierno comprendió que su habitación se volvía inhabitable, principalmente porque compartía un mísero cuarto de baño con unos individuos extraños del quinto piso. Le regaló al propietario los meses que había pagado por

adelantado y buscó refugio en una pensión cercana en la que, por un modesto suplemento de diez francos gozó de la comodidad elemental de un cuarto de baño digno de su nombre.

Agradecido a su padre por el hecho de que «el grifo del dinero» no dejara de correr, sintió que ya no era necesario dilapidar la fortuna paterna; se encontró preso en las redes de una sorprendente tacañería y, durante unos meses, vivió la experiencia de una austeridad que rayaba en la mezquindad y que se notaba en todos los aspectos: alimentación, bebida, vivienda, ropa, distracciones. *J'ai beaucoup d'argent liquide mais je préfère le garder sous mon matelas*, les decía a las *filles de mauvaise vie*, que se reían de él porque incluso llegaba a negarles los diez francos necesarios para poder subir con ellas. Era cierto, experimentaba un inmenso placer al contar por la mañana y por la noche los ahorros que iba acumulando bajo el colchón. Siguió así hasta la primavera, cuando un día descubrió que su dinero se había esfumado y estuvo a punto de darle un ataque al corazón. La emprendió con la patrona y amenazó con avisar a la policía; imperturbable, ella le dijo que no era responsable del dinero ni los objetos de valor que guardaba en su habitación, y le recordó que la gendarmería no dejaría de interesarse por su *permis de séjour*, del que lamentablemente carecía. No le quedó más remedio que cerrar el pico y quedarse en el hotel el resto del mes que había pagado por adelantado. Ese desafortunado incidente lo curó de una vez por todas de su *avarice*. En lo sucesivo, el dinero que recibió le sirvió para matricularse en la universidad con el fin de obtener la codiciada tarjeta de residencia. Y entonces empezaron a írsele los ojos hacia el lado de Montmartre, la pintoresca colina que ofrecía en sus escondrijos de mala fama todo aquello que su alma deseaba ardientemente. Gastaría su dinero, haría nuevos amigos, volvería a la vida bohemia para demostrar que el título de príncipe de Berlín no se lo habían dado porque sí.

Allí conoció a Prindrak Illich, un serbio rubio con una gran nariz y rasgos angulosos e irregulares, que había vivido en Tesalónica. Después del incendio de 1917, había esperado al final de la guerra en Europa para trasladarse a París. A los treinta y dos años se había convertido en *doigts rapides* debido a su rapidez para escribir a máquina páginas y páginas que relataban las historias más variadas y a su capacidad para vaciar los bolsillos de víctimas ingenuas que se paseaban por el boulevard de Clichy, sin sospechar lo más mínimo. Era más bien feo, pero seductor en el alma, hablaba un griego impecable y un turco bastante pasable, y alimentaba la ambición de llegar a ser «el Hemingway de los Balcanes». De momento, se ganaba la vida de manera no muy ortodoxa —a pesar de su religión—. No tenía talento para ser *maquereau* de las chicas descarriadas que estaban de plantón en las calles vecinas, pero probó suerte como *pickpocket* y demostró una habilidad virtuosa gracias a la agilidad de sus dedos. Una noche, apostó con Kostís a que lo desplumaría siete veces seguidas y sin que él se diera cuenta; ganó la apuesta.

Illich le propuso a Járamis hijo contratar como chófer a Misha Vorópanov, un coronel ruso del Ejército Blanco a quien la revolución de 1917 había dejado sin nada; su fuerza colosal le había valido el evocador sobrenombre de Señor Músculos, y para salir del paso se exhibía en las calles de París como un fenómeno de feria. Bien plantado, tocado con su gorra y vestido con una chaqueta de lana, se convirtió en el tercer compadre de esta compañía disparatada con la que el ex príncipe de Berlín dio sus tímidos primeros pasos en la nueva capital de su corazón. Empezó por los lugares clásicos, como el Moulin Rouge y el Casino de París, donde una de sus antiguas conocidas de Berlín, Joséphine Baker alegraba al cliente con sus danzas sugestivas. En su

compañía, Kostís se convirtió en *voyeur* de la noche parisina; no caía en la cama hasta que la ciudad se despertaba y ante sus ojos ya habían desfilado las amazonas de senos desnudos del Folies-Bergère, haciendo cosquillar una libido que a continuación satisfacía, sin mucho discernimiento, con cualquier prostituta joven.

Sin embargo, cuanto más se hundía en el infierno parisino, en la ronda de sus urinarios pintorescos, sus puntos de encuentro para opiómanos, sus cabarets y burdeles, más pensaba en Berlín, donde había sido el príncipe a lo largo de una década, y no meramente un efímero rey de la noche. Cuando circulaban por las pendientes de Montmartre en un viejo carricoche conducido por el silencioso e indiferente Señor Músculos de bigotes retorcidos, echaba de menos las conversaciones sin orden ni concierto con Karl. En cada una de las cartas del comunista alemán, esperaba febrilmente leer que los rojos al fin habían eliminado a esos nazis caricaturescos, y en todo momento se sentía dispuesto a subir en el primer tren para Berlín. Sin embargo, una cosa echaría en falta en la ciudad alemana: la lengua griega tan conmovedora que hablaba Prindrak Illich, aun cuando en París el serbio de Tesalónica representaba una fuente de problemas permanente.

El Hemingway de los Balcanes no dejaba de frecuentar la famosa librería Shakespeare and Company, y soñaba con que alguno de sus libros fuera un día publicado por su propietaria, Sylvia Beach. En realidad, cada vez que ella lo veía amenazaba con llamar a la policía. Además, le había dicho que, si quería conversar con ella, antes tenía que restituirle todos los libros que había birlado de las estanterías. Por su parte, Illich repetía siempre que no era más que un pretexto, que esa «zorra» —jugaba con la grafía de su patronímico, que no era Bitch sino Beach— no tenía consideración más que para los grandes nombres como James Joyce. Kostís, harto de oírle rumiar sus reproches, propuso pagar la factura de una edición a cuenta del autor. Como por arte de magia, la «zorra» aceptó publicar su libro. Pero entre el imponente volumen de manuscritos que le presentó, ella eligió únicamente cinco relatos cortos y no se privó de señalarle que no era más que un escritorzuelo de poca monta. La decepción de Illich fue inconmensurable cuando descubrió la magra publicación en el escaparate, y la amargura aún más abismal cuando, pocos días después, desapareció del escaparate para no volver a aparecer en ninguna librería. Después de este episodio, Prindrak se convirtió en la sombra de sí mismo. Kostís descubrió que lo único que lograba vagamente remontar el ánimo de su amigo y hacer que se arrugaran sus ojos castaños muy redondos, era el escenario situado en la otra vertiente de Montmartre, Le Lapin Agile, donde Fernande Olivier, antigua amante de Picasso, recitaba poemas. Por eso lo acompañaba allí con frecuencia, hasta una noche en que el serbio acosó sin tregua a la dama Olivier para hacer que recitara sus odas, hasta tal punto que el resultado fueron multitud de vasos y botellas arrojados al escenario. A fin de cuentas, Illich no soportaba que contradijeran sus ideas ni la bebida. La dirección hizo salir pitando a la banda de golfos que por suerte contaba en su seno con el Señor Músculos; de no haber sido así habrían pasado un mal rato.

Las aventuras de Prindrak Illich, contrariamente a lo que pudiera creerse, divertían tanto a su amigo como el gesto ceñudo de su cara coloradota cuando, sentado en un café de Montparnasse, se ponía a contar los extranjeros que veía y constataba que eran cada vez menos, especialmente los estadounidenses. *Les français sont de vrais cochons. Ils veulent expulser les étrangers de Paris, la capitale de l'art*, gruñía bajo las miradas incómodas del Señor Músculos. Tenía la impresión de que liberar París de todos esos estadounidenses formaba parte de un plan satánico urdido por

los franceses que muy pronto lo extenderían a los expatriados de todas las nacionalidades. En vez de trazar esbozos de argumento inverosímil en su cabecita, más le habría valido pensar en medios más eficaces de ganarse la vida. Pero cuando Illich le anunció que lo contrataba la casa Chanel la noticia le pareció pasmosa.

—¿Qué van a hacer contigo? ¿Tendrás que aligerar de sus carteras a los clientes menos desconfiados durante los desfiles?

El serbio le dijo, muy serio, que no debía su sobrenombre únicamente a su rapidez al escribir a máquina y a su habilidad como carterista, sino también a su talento de dibujante. Para demostrarlo, le enseñó sus primeros bocetos esbozados a grandes rasgos. Había aceptado que no le pagaran hasta la aprobación de los croquis que él presentaría a la directora. Kostís apuntó de inmediato que, de este modo, la casa podría apropiarse sin problema de todo su trabajo sin pagarle un céntimo; pero Illich estaba seguro de que no corría riesgo alguno. Entonces emprendió un panegírico de su «patrona», que había liberado a las mujeres de la tiranía del corsé y los vestidos como fortalezas que se suponía protegían su virtud y les daban aspecto de arlequín. Kostís había oído ya ese tipo de discursos y no era en absoluto del mismo parecer. La tendencia actual llevaba a las mujeres a vestirse de un modo más sencillo y a preferir la sobriedad del negro, pero le parecía absurdo atribuir el mérito a una o dos personas. Era tan necesario evitar personalizar la moda como la política.

—Estamos saliendo de una gran guerra, *mon ami*, no lo olvides. Cada vez que el hombre surge de una gran guerra abandona una parte de sus ilusiones.

—*Et alors?*

—Las mujeres de hoy día encuentran ridículo vestirse igual que sus madres. Los sombreros con plumas y los vestidos frufú simbolizan para ellas el reino de los jarrones de porcelana que resulta en beneficio de sus maridos. La moda es una prolongación de esa pérdida de ilusiones y los grandes modistos obedecen, de grado o por fuerza, a esa oleada que viene del fondo.

—Quieres decir algo parecido a lo que pasa con los políticos, que ceden nuevos derechos cívicos...

—Exactamente.

Esa hermosa tarde de otoño, un sol generoso inundaba a los clientes sentados en las terrazas de los cafés y paseaba un abundante y ruidoso juego de sombras en el bulevar. Kostís observó a la gente que pasaba y cayó en la cuenta de que la única nota discordante en la armonía general procedía del mismo Illich, ridículamente vestido con colores chillones, chalecos multicolores, fulares abigarrados...

—*À propos*, ¿donde se pueden encontrar aún trapos como los tuyos?

—¿Por qué? —repuso Illich, molesto.

—Mira a tu alrededor. ¿No acabas de elogiar la sencillez de la ropa actual?

—Los grandes artistas constituyen la excepción.

—*Balivernes!* Espero que al menos madame Chanel te inicie en los cánones de la elegancia.

Lo que hizo madame Chanel fue rechazar la totalidad de los bocetos; una vez más, Illich se quedó inconsolable. Y Kostís lo volvió a encontrar divertido, pues lo había puesto en guardia sobre ese previsible resultado final.

Está demostrado: las personas que ejercen una influencia decisiva en nuestro destino, en

general entran en nuestra existencia de la forma más discreta. Kostís recordaba que la primera vez que se había fijado en *fräulein* Haike Ruysdael fue en un café de Montparnasse en el otoño de 1932. Parecía una mujer salida de una revista de moda, con un vestido de punto sencillísimo que llevaba la impronta de la alta costura. Illich, sentado a su lado, le había proporcionado una explicación: «*Fräulein* es una de las maniqués de *mam'zelle*. Es una de esas muñecas vivientes que se permiten las casa de alta costura para hacer más visible el encanto de sus modelos». De ahí su comportamiento altivo, no muy caluroso, sus poses estudiadas, como si tantos remilgos añadieran estilo... Era insensible a ese tipo de mujer y, suponiendo que tal vez había una historia entre el serbio y ella, siguió igual, de mármol. En los meses siguientes se encontraron por azar en una velada y después en una representación de *El burgués gentilhomme* en la Comédie Française. La impresión de «muñeca viviente» permaneció y lo enfrió en la misma medida; él apenas prestó atención a su aire de princesa vestida con un traje de noche y tocada con una constelación de perlas coronadas por un sombrero que parecía tallado en pórfido. Después se volvieron a encontrar en un club de Montmartre, en el que los jóvenes se agitaban a ritmo de jazz; tras unos cuantos pasos de swing, se separaron sin apenas intercambiar una palabra. Sin embargo, cuando Illich juró que ni siquiera le había estrechado la mano, Kostís miró a la hermosa con otros ojos. Elaboró un plan para conquistar a la *fleur hollandaise*, cuya madre se había negado a abjurar del judaísmo y había preferido abandonar un marido en Amsterdam e ir a París acompañada de su hija, aún muy joven. Había empezado a trabajar como *apprentie* costurera y más tarde había llegado a ser *première main*. En ese medio de la moda que era el de su madre, Haike había encontrado la posibilidad de ganarse dignamente la vida y proseguir en paralelo los estudios de piano. Fue una agradable sorpresa para el pretendiente que, entre primeros besos y tiernas efusiones, en medio de los esfuerzos desplegados para impresionar a la joven judía, recordara su voz de barítono y los aires que cantaba en Alejandría. Durante los últimos años, sus producciones vocales se habían manifestado únicamente en las raras sesiones de *matinée* en las que, borracho como una cuba, y después del desenfreno de la noche, había canturreado ante un público salpicado de artistas soñolientas y camareros molidos de cansancio que, a fin de cuentas, no esperaban más que verlos marchar a Karl y a él lo antes posible.

Aun cuando su voz límpida —quizá algo menos pura que en otros tiempos— empañaba de emoción los hermosos ojos verdes, el «*di Provenza il mar*» de *La Traviata* de Verdi o el «*Si può, si può*» de *Pagliacci* de Leoncavallo no eran armas lo bastante ofensivas para arrastrar a su compañera en un vértigo de sensaciones. Por eso reservó una suite en el Ritz, una elección que no debía nada al azar ya que los joyeros de lujo de la plaza Vendôme, entre Cartier y Chaumet, ofrecían sus barómetros del amor más costosos, a los que se unían vestidos carísimos y perfumes embriagadores. Pero el París de los años treinta apenas favorecía a los príncipes de opereta; el cambio no permitía entablar triunfalmente batallas de papel como las del Berlín minado por la inflación.

Los restaurantes de lujo, el palacio Luis XV alquilado en los alrededores de París y las veladas de ópera que completaban el dispositivo estratégico de Kostís lo llevaron, al cabo de un mes y medio, al agotamiento sentimental y económico. Haike recibía estas locuras de la misma manera que sus fuegos artificiales eróticos, es decir con accesos permanentes de coquetería femenina. Tenía la conciencia tranquila, ya que se había hecho su idea de lo que significaba ser hijo de un poderoso industrial del tabaco en Egipto. Se quedó profundamente sorprendida cuando

el sueño que había vivido se derrumbó sobre cuatro palabras caligrafiadas en mayúsculas, como para evitar cualquier malentendido: NUESTROS CAMINOS SE SEPARAN.

Kostís volvió a encontrarse con sus amigos, que había abandonado, y se lanzó de nuevo a sus locas escapadas nocturnas a Montmartre que, sin duda, le salían menos caras. Transcurrió un mes. La señorita Ruysdael no le había dado la menor señal de vida. Eso era positivo y negativo a la vez, ya que, entretanto, su amor, igual que una quemadura provisionalmente calmada, se inflamó mucho más. Los sentimientos tamborileaban con violencia a la puerta de su corazón y en vano intentaba dominarlos. Primer síntoma: el insomnio. La bebida, los amigos y las prostitutas no pudieron nada contra él. El mal era profundo.

Habían transcurrido muchos años desde que Kostís se había enamorado por primera vez. Hasta el encuentro con fräulein Haike Ruysdael, se creía condenado a vivir en el exilio en el país de los hunos, como expiación a los sentimientos contrarios a la moral que había experimentado por una copta casada. Amarga víctima de una injusta persecución, se había dejado deslizar hacia el desenfreno que brindan las metrópolis europeas, pasando de una mujer a otra, de un cuerpo a otro, saboreando los placeres furtivos de relaciones amorosas excitantes pero efímeras, disfrutando de una sensualidad sin futuro, que iban ahondando un vacío en su alma en plena confusión. Su destierro y su castigo se veían por cierto suavizados por el generoso apoyo de su padre y, durante los primeros años, por las cartas de su madre y su hermano. Más tarde, Majos se había aislado en el silencio y su madre no dejaba caer más que algunas esporádicas postales, encantadoras, eso sí, remitidas desde las grandes capitales europeas: Budapest, Praga, Venecia, París, cuando él estaba en Berlín; después, de Berlín cuando él estaba en París. Mostraban signos de una atención artificial, declinadas en multitud de lenguas: *À très bientôt, I'm looking forward to see you, Ανυπομονω να σε δω.*

La ruptura brutal y prematura de sus amores adolescentes, por añadidura impuesta desde fuera, había despojado de sentido tanto a su vida sentimental como a sus otros compromisos. Lo que vendría después quedaría impregnado en una niebla de indiferencia. Estudiar arquitectura o filosofía o cualquier otra disciplina no parecía tener importancia. El hecho de que lo hubieran enviado a Berlín fue un azar, y él se había establecido allí durante diez años. También podría haber sido París, o un retorno a Alejandría para tomar las riendas del negocio de su padre. El hecho de no haber vuelto nunca a Egipto y de haber disipado la existencia en diversiones tan frenéticas como inconsecuentes tampoco cambiaba nada.

Llegó la joven judía holandesa. Sublime. Una belleza rubia platino, una nariz bellamente dibujada, labios de geometría perfecta, una estatura nórdica que, en cambio, le recordaba fatalmente de dónde venía él. A su lado se había sorprendido evocando la empresa familiar y sus proyectos para desarrollar la fábrica; no con el fin de impresionarla, sino porque en el éxtasis de su mirada él distinguía las visiones de su propia existencia que un amor desafortunado había ocultado hasta entonces. Zihan tenía el diablo en el cuerpo, lo había torturado, hermosa dama sin piedad, y él permanecía profundamente marcado por el frenesí erótico de su relación. Sus amores con la muy joven Haike le habían dado pie, al capricho de sus libertades cada vez más audaces, de refrescar la huella indeleble. Siguió a conciencia esa terapia extraña y, cuando se sintió curado, juzgó que era bueno volver a la vida bohemia. Sin embargo, había calculado mal.

Fräulein Ruysdael se había apoderado de su corazón mucho más de lo que había creído — cuando él creía que tan solo se sentía halagado por un interés también sincero—, y todo su ser la

buscaba desde entonces apasionadamente. Sucumbir era solo cuestión de tiempo, y cada vez que sus pasos lo llevaban hacia el piso de Saint-Honoré donde vivía con su madre, entraba en el primer bar que encontraba y no salía hasta estar borracho perdido, para concederse otro plazo de gracia. Había considerado volver a Berlín para escapar a sus sortilegios, pero, desde que se había ido, la situación se había agravado bastante en la capital alemana. Karl y sus compañeros no parecían poder resistir la apisonadora nazi: «Pienso que nuestros dirigentes son aún más estúpidos e incapaces que Hitler y su cuadrilla», escribía su amigo en la última carta. Las secciones de asalto habían invadido el lugar donde vivía, el barrio obrero de Wedding, y lo habían destrozado todo. Viéndose ante el desastre general, Kostís se consideró afortunado de recibir un breve mensaje de Haïke que no obstante contenía una frase de más: *J'attends un enfant.*

*Nous nous marierons*, escribió en el reverso de la hoja de papel, y le encargó a Illich que fuera a entregarlo, sin pensar en la reacción de sus padres cuando se enteraran de que se trataba de una extranjera, más aún, de una religión distinta de la suya.

A finales de 1932, Kostís vivía en París desde hacía dos años. Al empezar el nuevo año, recibió un telegrama urgente de sus padres:

NECESIDAD VOLVER INMEDIATAMENTE ALEJANDRIA STOP CUESTIÓN VIDA O MUERTE STOP

Era imposible no responder a esta llamada. Pues bien, sería la ocasión ideal para explicarse sin demora. Este pensamiento estaba presente mientras hacía las maletas.

«El ascenso del Führer recuerda la subida lenta pero segura de una escalera. Imagínate, mamá, lo que debe de sentir ahora que contempla el mundo desde su nivel», escribió Majos con ocasión del ascenso de Hitler a la cancillería, en enero de 1933. Había seguido la evolución de su ídolo, grado tras grado, y recordaba cada uno de los acontecimientos que lo habían conducido a ese desenlace como otras tantas etapas en un camino trazado previamente. «Piensa solo que todo partió de un golpe de Estado fallido. En la época, nadie daba un céntimo por él. Ahora bien, hoy ves...», proseguía en su carta, manifestando así una percepción de la situación que negaba por completo la historia. Todo había empezado mucho antes del nacimiento de Adolf, mal que les pese a quienes solo lo veían a él como al mesías que resucitaba a la gloriosa nación alemana. Por otro lado, los alemanes no habían reconocido, de entrada, al salvador supremo bajo los rasgos del pintor austríaco fracasado, pero condecorado por su bravura durante la Gran Guerra. El ganador de las elecciones aún sería sometido a una dura prueba antes de ver que se le confiaban definitivamente las llaves de Alemania y, en buena parte, el destino del mundo. Pero el Führer disponía de armas impresionantes, entre las cuales destacaban el fanatismo y la dedicación en cuerpo y alma a su persona y su voluntad.

*Son muchos, no lo ignoro, los que lo encuentran «folclórico», o incluso loco; sin embargo, siempre son sus convicciones íntimas las que lo determinan, aun cuando algunas de sus decisiones puedan parecer extravagantes, lo reconozco. Este hombre es manifiestamente un semidiós; quien se niegue a comprenderlo es, cuando menos, víctima de la pasión y la ceguera.*



Majos no parecía carecer de esa hermosa lucidez que permitía apreciar, en toda su grandeza al jefe y a su banda, Hess, el pensador inspirado; Goebbels, el astuto; Goering, el dinámico; Rem, el decidido y Himmler, el tenebroso, encarnaban, cada cual a su modo, una de las facetas de la personalidad del guía supremo y, en medio del grupo, Majos se sentía halagado de poder ser, en cierto modo, un reflejo secundario de todo el conjunto.

*Muchas son las voces que se elevan, claro está, para acusarlo de acciones violentas contra los judíos y los comunistas, pero, mamá, esos tienen una visión distorsionada del mundo. Date cuenta de que esos visionarios hacen un diagnóstico tan claro como un cirujano que tiene que proceder a extirpar un tumor para preservar un organismo amenazado de muerte. Gracias a su acceso al poder, estoy convencido de que el nuevo canciller realizará al fin los actos médicos imprescindibles para purificar la sangre alemana de sus múltiples corrupciones. ¡Ah! Tendrías que vivir en Alemania para sentir el entusiasmo, el romanticismo, la nobleza que hoy alcanzan a su pueblo.*

A pesar de una adhesión a toda prueba, Majos no gozaba del privilegio de estar en contacto directo con el Führer, sino que se sentía satisfecho de recibir un eco a través de sus colaboradores inmediatos. Con algunos de ellos, Hess en especial, cultivaba relaciones amistosas, y las mencionaba en la misma carta:

*No sé qué impresión te ha causado Rudolf, mamá, pero se trata de un ser excepcional, un espíritu profundo, idealista, puro y voluntarioso. Hablamos a menudo de Alejandría y hacemos bromas. Echamos de menos nuestra ciudad. Él también escribe a sus padres con frecuencia. A veces le digo una palabra en árabe: Zaiak?, «¿cómo estás?». Kul tamam, «todo va bien», responde. Pero nos guardamos de ir más allá. Si continuara estoy seguro de que me miraría con ojos terribles, y yo me abstengo de este tipo de alusiones delante de otros. Tiene buen corazón, es cierto, pero a condición de que cada cual permanezca en su sitio.*

Habían pasado once años desde que Andonis había tenido la luminosa idea de desterrar también a su benjamín, tras el desgraciado incidente que la hipócrita sociedad de Alejandría se había apresurado a llamar «el pequeño tren de Bakos». Dafni no dejaba de preocuparse por la suerte del más pequeño, e insistía para favorecer su regreso, pero ni el padre ni el hijo parecían compartir su inquietud. La relación de Majos con el barón Sulzer alimentaba sus temores, pero muy pronto se apaciguó su aprensión; mucho más miedo le daba su compromiso con los nazis, que ella había subestimado, y su consecuencia directa, el odio por los judíos. En este aspecto los acontecimientos evolucionaban de manera preocupante, superando ampliamente sus previsiones... Meses después de la toma de poder por parte de Hitler, la relación con el barón parecía tocar a su fin y el despecho de Majos se hacía palpable:

*Herr Sulzer ha decidido que para él ya era hora de casarse. Está bien. No seré yo quien se lo impida. De todos modos, temo que se desilusione rápidamente.*

En la primavera de 1933, el benjamín de los Járamis se vio obligado a dejar Schwabing, donde se había instalado confortablemente hacía años en casa de Eric, en uno de los edificios más imponentes de la Leopoldstrasse. Salió de allí doblemente humillado. No ignoraba que su lugar pronto sería ocupado por una mujer; aun cuando al barón ella no le interesaría demasiado, la necesidad de su presencia lo había echado violentamente del lugar y de la vida del barón. Además, Schwabing no era un barrio común de Munich que habría podido dejar por otro equivalente —si no, ¿por qué lo habría apreciado tanto el mismo Hitler?

Al salir de la Ludwigstrasse y sus edificios neoclásicos para girar hacia el sudoeste y entrar en Schwabing, se respiraba un aire distinto; toda la energía espiritual de la ciudad parecía concentrarse tanto a la sombra de sus fachadas majestuosas de estilos tan variados como en el ambiente de los cafés, impregnado del espíritu de los artistas y pensadores alemanes.

—Es decir que ya no podré frecuentar mis lugares habituales...

Esas fueron las últimas palabras de Majos durante la postrera velada en casa de Sulzer, en la que su mirada bañada de emoción contemplaba, al otro lado de la calle, las paredes pintadas de tonos cálidos.

—¡Santo cielo!, muchacho, no tengo la menor intención de prohibirte que vengas a Schwabing, créeme.

Sulzer acababa de encender un cigarrillo.

—No sé a qué santo encomendarme, Eric. Y, por favor, deja de aplastar en el cenicero todos los cigarrillos que apenas acabas de encender.

—Sabes que cuando algo me trastorna enciendo y apago cigarrillos para calmarme.

—Es muy laborioso fabricar un cigarrillo, Eric, no está bien que lo desperdicies así. Y en cuanto a tu estado, nadie más que tú es responsable de él. Eres tú quien ha tomado esta decisión.

—Entonces, ¿no ves las presiones que mi familia ejerce sobre mí? ¿Qué puedo hacer? La vida no se reduce únicamente a los placeres...

—Hace tiempo hablabas de otra manera.

—Tienes que comprenderme, Majos.

—Te comprendo, Eric. Te comprendo muy bien. No tenías por qué ponerte esmoquin esta noche, ni iluminar toda la casa. ¿Por qué tanta ceremonia? Un poco de champán, buena música y un cigarrillo, eso es lo único que necesitan dos buenos amigos para saldar sus cuentas.

—Éramos algo más que buenos amigos, ¿no crees?

En ese momento, el timbre insistente del teléfono sonó en la habitación de al lado y el viejo sirviente del barón apareció llevando el pesado aparato dorado y arrastrando tras él unos cuantos metros de cable negro. Eric se disculpó y se retiró a la estancia contigua, desde la cual Majos lo oyó bromear con alguien, o más bien con alguna, al otro lado del hilo. De pronto se sintió ridículo de haber sido tan franco. En el fondo, aquello podía formar parte de oscuros manejos. Había enviado sus cosas el día anterior, no le quedaba sino marcharse del lugar en ese mismo momento, sin pararse en barras. Antes de dirigirse al imponente portal en el que reinaban las armas del barón, lanzó una ojeada a su reflejo en el gran espejo del salón aureolado por la ardiente luz de la

araña. Al menos aún soy una de las más hermosas criaturas de Munich, pensó. Encendió su último cigarrillo en esa casa y, conscientemente, lo dejó consumirse entre las colillas retorcidas. Era una especie de advertencia de que el asunto no estaba zanjado entre ellos, y ese símbolo que se consumía no escapó a la perspicacia del barón. Más tarde, Majos admitió que era un gesto inútil, de los que alimentaron las injustas acusaciones posteriores de la familia Sulzer. Majos no tuvo nada que ver en la detención de Eric, meses después. Simplemente, en una reunión amistosa en casa de Hess, había comentado que la aristocracia bávara no compartía por completo los puntos de vista del Führer, mencionando, a modo de ejemplo, el nombre de Sulzer. Era ridículo imaginar que una alusión tan anodina hubiera desembocado, tanto tiempo después, en su arresto. Sus amigos nazis no eran tan sórdidos.

Las cejas de Rudolf se fruncían y se juntaban cada vez más desde que el carro del nacionalsocialista había hecho su entrada triunfal en la cancillería; cuando lo observaba, Majos veía el rostro autoritario de su padre, un recuerdo del que había tratado desesperadamente de liberarse en Munich. Coincidencia extraña, ya que Rudolf le había confesado sentimientos similares con relación a su progenitor: «Si mal no recuerdo, el viejo Fritz era insoportable, y por ese motivo he preferido ir a la guerra antes que regresar a Alejandría».

Visiblemente, Hess había olvidado lo que se siente cuando se sufre el yugo de un padre despótico; de lo contrario, se habría guardado desde el principio de mostrar esa expresión severa a Majos. Le helaba la sangre y le obligaba a justificarse por todo, cuando muy probablemente sus explicaciones no interesaban a Rudolf. Hay que precisar que la intransigencia del alemán de Egipto había dado un fuerte latigazo a los estudios de Majos, a pesar de que durante cierto tiempo el joven evitó cruzarse con él, ya que no soportaba las fórmulas de cortesía al uso: «¿Cómo van tus estudios? ¿Y tu tesis? ¿Terminarás pronto tu doctorado sobre Nietzsche?».

Rara vez planificaban sus encuentros, ya que ambos sabían que tarde o temprano se encontrarían en alguno de los cafés de Schwabing. El más joven se había acostumbrado a buscar entre los clientes el cráneo pelado del mayor. *A contrario*, Hess no se adelantaba nunca; con toda evidencia, observaba el principio de que, siguiendo un protocolo no formulado, un inferior es el primero en saludar a un superior, y no a la inversa. Cuando lograban tomar un café o comer alguna cosa rápida, Hess se mostraba curiosamente cálido y hablaba de buen grado de su infancia alejandrina, antes de encadenar con circunstancias históricas que se remontaban a la guerra, en cuyo transcurso, por un juego turbio de las potencias extranjeras la merecida «victoria» de Alemania se había transformado en una derrota ignominiosa; evocaba sus primeros años de universidad, en los que frecuentaba el grupo nacionalista Puño de Hierro, y se jactaba de haber entrado a formar parte del movimiento nacionalsocialista antes que el mismo Hitler. ¡Se interesaba tanto por la tesis doctoral de Majos! Pero cuando estuvo terminada y él se la dio a leer, Hess no se dignó echarle un vistazo —tal vez porque el título, «Nietzsche y la paranoia: un feliz concurso de circunstancias», le desagradaba—. Se conformaba con hacerle saber que, con trabajos como ese, el doctor Majos prestaba un inestimable apoyo al partido, así como a su dirigente, cuyo interés por el filósofo alemán era manifiesto.

Esto hasta 1933; pero desde el momento en que el Partido Nacionalsocialista accedió al poder, Hess, siempre en alguna parte entre Berlín y Munich, se volvió inaccesible. Majos tenía que superar mil obstáculos para encontrarlo pavoneándose en su favorecedor uniforme de jefe de

las SS, cuando era, además, ministro y vicepresidente del partido. Sin embargo, por el efecto radical de llevar uniforme, había perdido la elegancia natural que distingue a todo egipcio bien educado.

Después del arresto de Eric, Majos trató muchas veces de arrancar una promesa de indulto para su ex amante. No obtuvo más que la severa conminación de meterse únicamente en lo que le incumbía.

—Confírmeme, al menos, que ninguna alusión fortuita durante nuestras conversaciones amistosas en su domicilio se ha transformado en una acusación fatal para el barón —le suplicó, considerando que el tratarlo de usted era lo que correspondía desde que su viejo amigo había accedido a las esferas gubernamentales.

—¿Tan importante es, mi querido doctor?

—Su familia me acusa de haberlo traicionado.

—Su familia... ¿Qué saben ellos? Suponiendo que esa conversación haya tenido repercusiones en su suerte, entonces estamos hablando de eminentes servicios prestados al Tercer Reich.

—Podría quizá organizar un encuentro con el barón Sulzer a fin de que hable con él y le haga entrar en razón. Es un ferviente patriota, se lo aseguro. No merece esta suerte.

—Me temo que no podré hacer gran cosa, herr doctor. Podría quizá dirigirse a Himmler, pero como amigo me abstendré de aconsejárselo.

Se le escapó una palabra en árabe. El vicepresidente lo fulminó con la mirada. Estuvo a punto de explicar que tal reacción era involuntaria, pero se abstuvo. El destino de Eric no habría cambiado.

A partir del momento en que el partido tomó el poder, estuvo considerando la posibilidad de marcharse de Alemania, pero nunca se resolvió a hacerlo, a pesar de las cartas de su madre en las que le exhortaba a volver a Egipto, donde sus intereses estaban en juego. Si se hubiera decidido a hacerlo, habría sido porque comprendía cada día más que, al acceder al poder —su fin exclusivo durante esos años—, sus antiguos compañeros habían relegado Munich a un segundo plano y amputado las manifestaciones del partido del más mínimo romanticismo. El corazón del nazismo no latía ya en Marienplatz ni en Odeonsplatz. Berlín, la antigua capital de costumbres provincianas, había confiscado la grandeza de un movimiento que pertenecía por derecho a otra ciudad. El doctor Majos no sabía decir si Hitler había tomado el poder o si el poder había tomado a Hitler. La bestialidad de la que daban muestra sus lugartenientes en los primeros tiempos no se nutrían ya del mismo fuego sagrado. Se sentía solidario con su querida ciudad y por eso mismo percibía que le habían dado de lado, hasta tal punto que, cuando sus antiguos compañeros de trayectoria se lo encontraban en los pasillos de los edificios oficiales, no le ocultaban lo incongruente de su presencia. Lo consideraban más como el doctor en filosofía que como el compañero que había contribuido al acceso al poder.

Por ejemplo, Hess, en un gesto de suprema generosidad, le propuso un puesto de profesor en la Universidad de Berlín, pero Majos rehusó.

No obstante, Rudolf era un verdadero amigo, y lo demostró el 30 de junio de 1934, cuando con gran sigilo le envió un mensaje para que abandonara de inmediato el hotel Hanselbauer, situado a las afueras de Munich, donde se divertía con Röhm y los demás jefes de las SA. Poco después, Hitler llegó acompañado de policías y miembros de su séquito; arrestó a todos cuantos encontraba en su camino. Majos escapó así a la Noche de los Cuchillos Largos y consideró con optimismo su

futuro en la Alemania de los años treinta. La ausencia de Eric, que fue para él un padre, un hermano mayor y un amante a la vez, lo desestabilizó, pero afortunadamente los sustitutos valerosos no dejaban de acudir a la llamada. Después del sangriento episodio del hotel Hanselbauer se impuso elegir con más cuidado a sus amantes. Por lo demás, sus amigos nazis lo impulsaron a la cumbre del escalafón del servicio de propaganda dirigido por Goebbels, una función acompañada de apreciables emolumentos.

Hacia mediados de 1935, le encargaron la promoción de los Juegos Olímpicos de 1936; sin duda, algunos habían considerado que, por sus orígenes, así como por su prestancia, encarnaba la figura del ideal deportivo nazi. Pero se sintió traicionado cuando, a pesar de su contribución, tuvo que contentarse con seguir las pruebas desde las gradas destinadas al común de los mortales y no en la tribuna oficial donde, junto al Führer, se apretaba la élite del partido. Esa fue la razón de que rehusara acompañar a Goebbels en su visita a Grecia y Egipto. Es cierto que su hermano le había enviado un telegrama en el que le aconsejaba vivamente no figurar al lado del jefe de Estado Mayor de Hitler. Prudente por naturaleza, Majos evitó entonces exponerse en su primera patria. Esto disgustó a algunos y le valió ver drásticamente recortada su presencia en Alemania.

A principios de octubre, Hess lo convocó en su despacho y le tendió una carta de acreditación.

—Con este documento, se presentará a nuestro embajador en Atenas; allí le asignarán el puesto que le corresponde —enunció de modo cortés y distante, exactamente como si se dirigiera a un desconocido.

Majos palideció y cogió el sobre con manos temblorosas.

—Pero ¿qué le pasa, herr doctor? —Hess parecía extrañado.

—Perdón, querido Rudolf, pero yo esperaba que mi lugar estuviera en Alemania, cerca del Führer. Lo que ahora me sucede se parece, cómo decirlo, a una especie de relegación —precisó con el corazón compungido.

—Anímese, doctor. Lo enviamos a Grecia, su querida patria. ¿Qué más quiere?

—Ya se lo he dicho. Quedarme aquí, cerca de ustedes.

—Es imposible. Lo siento.

—Pero ¿por qué?

—Porque... Porque ciertas situaciones establecidas en otro tiempo no pueden prolongarse eternamente. Evolucionan. Su inteligencia debería permitirle comprenderlo.

—Pero yo quiero continuar aquí.

—No piense más en ello. Se presentará en nuestra embajada con esta carta —insistió maquinalmente Hess.

—Entiendo —dijo Majos, y ejecutando el saludo nazi salió.

El señor Vasilis de Zagazig tenía su pequeño café cerca de la estación, en la entrada de la calle el-Abbas que los lugareños llamaban calle del Correo; desde hacía más de treinta años se las había arreglado para vivir en Egipto; bendecía a Dios por haberle ayudado a salir de su isla, a principios de siglo, para encontrar una suerte mejor en la tierra del Nilo. De piernas arqueadas, calvo, desdentado, con una horrible nariz grande en medio de la cara, se esforzaba en parecer menos feo sonriendo con la mayor frecuencia posible. Su esposa, la señora Sevasti, no era de su mismo parecer. No veía por qué tendría que felicitarse por la vida que llevaban, llena de frustración y angustias. Privada de los beneficios y la bendición de la maternidad, ofrecía una

expresión ceñuda que, a la inversa de la de su marido, no hacía justicia a la nobleza natural de sus rasgos y endurecía en exceso la expresión de sus ojos húmedos y compasivos.

Habían pasado los años desde la noche en que la joven, que deseaba un hijo, había cedido a la tradición y subido a la colina vecina hasta Tal Basta, para volcar el *olah* —el cántaro sagrado— y romperlo contra las estatuas de los faraones. Pero la antigua diosa de la fertilidad no había escuchado sus plegarias, el milagro no se había producido. Como único consuelo, le quedaba Fanis, un niño adoptado, que daba sentido a su vida. Esto se lo debía a su primo, Yorgos Yorgás.

Su marido estaba lejos de compartir ese punto de vista. El señor Vasilis, que manifestaba así una lucidez premonitoria, sintió inmediatamente antipatía por el huérfano que Dios había puesto en su camino. Solía decirle a su mujer: «Tengo la impresión de que tu primo nos ha dado gato por liebre». Con el paso de los años, la señora Sevasti vio, para su gran tristeza, agrandarse el foso entre los dos hombres de la casa. Cuando Fanis se creyó en edad de obrar a su antojo, rechazó a su padre adoptivo. Las disputas y afrentas herían el alma altiva y recta del dueño del café. El hijo parecía estar perfectamente al corriente del secreto de su adopción. Por instinto, y siendo aún adolescente, no dudaba en proclamar: «Es imposible que esos dos seres calamitosos me hayan engendrado». Su megalomanía lo alejaba de la taberna, para gran pesar de Vasilis, a quien le habría gustado verlo, aunque fuera tan solo una vez, ceñirse un delantal, coger una bandeja y echar una mano en la sala. Durante todos esos años, Sevasti, vestida en invierno y en verano con ropa de algodón barato, había preparado Dios sabe cuántos café y tés en el hornillo de gas que estaba bajo la fotografía del rey de Grecia para los innumerables viajeros presurosos que no pensaban más que en el tren para El Cairo o Alejandría. Las varices le hinchaban las piernas y su peso excesivo acusaba su nerviosismo y su mal humor. A pesar de ello, la madre siempre decía que Fanis no estaba hecho para trabajar en el cafetín. «Nuestro Fanis tiene que ser empleado, y punto. No tiene que estropearse las manos frotando cafeteras ni vigilando el gas.» Ella tenía sus sueños con respecto a su hijo querido, y no dudaba en estar de plantón días enteros en las oficinas del club comercial helénico, acosando a todos los nativos de Simi, con la esperanza de ver un día a su Fanis sentado detrás de un escritorio. Cuando al fin logró encontrar para él un puesto en la Compañía Griega del Algodón, que poseía una desgranadora en la ciudad, supo que había cumplido su misión en este bajo mundo. El muchacho, por su parte, presentía que la suerte le esperaba en algún otro lugar del planeta y no se interesaba demasiado en su actividad provisional. Le daba mucha más importancia a su abundante cabello castaño, que pasaba horas alisando delante del espejo con ayuda de un peine de concha de color marrón que mojaba en el agua del Nilo. Sobre el hemisferio derecho de su cráneo, una precisión de geómetra dirigía un trazo perfectamente rectilíneo, y él imponía una disciplina inmediata al primer cabello que osaba enturbiar la nitidez absoluta de su raya.

Vasilis solía decir:

—No te mojes tanto el cabello, hijo, se te va a caer.

—Tú nunca te lo has mojado, y ya se ve el resultado.

Así contestaba Fanis, que cuidaba su aspecto de una manera casi maniática y declaraba sin enrojecer: «¡Suerte que tengo!». Pensaba seguramente en casarse bien, pero sus ojos ardientes, el cabello engominado y el bigote rubio rojizo no fueron suficientes. En Zagazig todo el mundo sabía que el hijo del dueño del café era un inútil, un inveterado cazadotes, además de jugador; los

padres de familia mantenían a sus hijas a distancia. A principios de los años treinta, si Fanis Kostarás hubiera querido hacer balance de su vida, le habría costado encontrar algo que justificara su arrogancia. A los treinta y cinco años se seguía negando a admitir que se encaminaba a pasar el resto de su existencia en una aldea egipcia. Sin embargo, era demasiado cobarde para tomar las de Villadiego y probar fortuna en El Cairo, en Alejandría o en el extranjero. Cuando hacían que se irritara, amenazaba: «Me voy a ir de esta ratonera. No pienso quedarme aquí enterrado de por vida». Pero no eran más que palabras al viento. Cobarde y hedonista, eso es lo que era, y Sevasti, que se había dado perfecta cuenta, se inquietaba pensando qué sería de él cuando llegara el día en que Vasilis y ella ya no estuvieran en este mundo. Por si esto no fuera bastante, un buen día su primo Yorgás se presentó para disparar la adrenalina. Llevaba en el rostro los estigmas de los años de prisión. Había adelgazado y parecía mayor de lo que era en realidad, aunque hacía esfuerzos para que no se notara.

—Entonces, ¿no me das la bienvenida?

—Creí que estábamos de acuerdo en eso; no tenías que volver a poner los pies aquí.

—No lo he olvidado. Pero las cosas cambian. ¿Acaso alguien esperaba verme un día encarcelado?

—Es verdad. Tienes razón.

—Hay muchas injusticias en este mundo, prima Sevasti.

Paseó la mirada a su alrededor; el viejo café estaba decrepito, igual que sus propietarios. Dos o tres baldosas del suelo estaban rotas; la mayoría de las mesas de zinc, oxidadas y la paja de las sillas se iba quedando rala. Solo la fotografía del rey de Grecia seguía intacta en su marco y detrás del vidrio.

—Dios salve al rey —enunció espontáneamente Yorgás.

—¿Nos dices eso a nosotros? Sabes que el día en que el indigno Veniselos pasó por aquí para ir a Ismailía, Vasilis corrió la cortina.

—La fe en nuestro rey es el más noble deber de todo patriota —repuso maquinalmente como si recitara de memoria una fórmula.

Insensible a tal profesión de fe, Sevasti preguntó de modo abrupto:

—¿Qué quieres de nosotros, Yorgos?

—Quiero ver a Fanis.

—Sabes que eso es imposible.

Le temblaba la voz.

—No tengas miedo, no he venido a haceros daño. Ese chico merece algo mejor que trabajar en un café deteriorado en Zagazig.

—¿Pero qué te has creído! Yo nunca he obligado a Fanis a trabajar en el café de su padre. Te hice una promesa y la he cumplido. Nuestro hijo tiene un trabajo muy bueno. Si se lo preguntas, estoy segura de que te confirmará que no le falta nada.

—No es hijo vuestro, Sevasti, no lo olvides. Yo podría conducirlo hasta sus verdaderos padres.

—Sus verdaderos padres... Nosotros somos sus verdaderos padres. Los otros lo han engendrado, eso es. Pero ¿quién lo ha criado?

—¿Se ha casado? —preguntó, pues lo ignoraba todo.

—No.

—Pues bien, eso simplifica las cosas.

—Eres el último hombre que esperaba ver por aquí, primo, oyó de pronto a su espalda.

Se volvió y miró con insistencia a Vasilis. De todo lo que antaño había constituido su juventud, con el tiempo solo había sobrevivido la sonrisa; esto le bastó a Yorgás para estar seguro de que encontraría en él a un interlocutor comprensivo.

Cuando Andonis vio de pronto delante de él a Fanis Kostarás, creyó verse a sí mismo treinta y cinco años atrás. Había inhibido tan profundamente la existencia de ese hijo ilegítimo que la palabra «padre» en los labios de aquel desconocido resonó como una broma de mal gusto de la que no sabía si reírse o sentirse molesto. Al levantar la nariz de sus papeles, en el primer momento se preguntó cómo una persona ajena a la empresa había cruzado tan fácilmente la distancia que separaba el portal de la fábrica de la puerta de su despacho y aparecido, como un perro en misa, en plena jornada de trabajo. Durante unos instantes, creyó que se trataba, quién sabe por qué, de un producto de su imaginación y cerró los ojos para desembarazarse de ese visitante indeseable; cuando volvió a abrirlos, seguía allí, plantado delante de él, incontestablemente presente, vivo y coleando. Oyó de nuevo la palabra y no le quedó más remedio que encontrarle una explicación lógica, no ya en una pesadilla esta vez, sino en la realidad. No había más que un hombre en el mundo capaz de perjudicarlo hasta ese punto y se enfadó consigo mismo por no habérselo impedido cuando aún estaba a tiempo. De hecho, había olvidado desde hacía tiempo lo que había sucedido treinta y cinco años antes y nunca había considerado que aquello pudiera tener la menor incidencia en su vida. Parapetado tras su ilusión de omnipotencia, se creía protegido e inmunizado contra su propio pasado. ¡Qué estupidez! Quizá aún estaba a tiempo de corregir su error. Llamar a Elias. Él siempre había sabido sacarlo del apuro. Mientras tanto, ¿vendría alguien a echar fuera al intruso que se había colado sin impedimentos hasta su despacho?... Nadie acudió. ¿Estaban todos confabulados en ese increíble complot? Esa víbora de Yorgás había resucitado los fantasmas y al mismo tiempo hipnotizado a todo el personal de la fábrica?

Tendió la mano. Mientras atrapaba el teléfono un hormigueo le invadió los dedos, se extendió muy deprisa como una parálisis hasta el lado derecho. El espacio empezó a girar. La caja de cigarrillos de plata, la publicidad en las paredes y los motivos de las espesas alfombras se mezclaron en un torbellino que se aceleraba, mientras la palabra «padre» resonaba de un modo siniestro en sus oídos. Antes de derrumbarse, su vida de antes, su vida olvidada desfiló y él la contempló, tan impasible como un espectador en el cine. No se trataba de él, sino de otro que, un día, al parecer, se había enamorado de una tal Lorna, cantante italiana de café concierto, y vivió una pasión sin futuro, como las que se pueden sentir por artistas de paso.

«El señor Vasilis, el dueño del café de Zagazig, y su mujer criaron durante todos estos años al bastardo de Jámis.» En estas palabras de inhumana sobriedad, Yorgos había concentrado su rabia vengadora y, con la esperanza de verlas un día propalándose a través de la ciudad de boca en boca, pudo soportar el deshonor y la cárcel. Cuando regresó a casa, su mujer se había vuelto medio loca y su hija se había consumido, solterona hipocondríaca. Las pruebas de la existencia la habían desfigurado y desfavorecido. Solas, las dos mujeres tenían dificultades para sobrevivir y su regreso, tan esperado, no resolvió apenas sus problemas domésticos. El ex jefe de contabilidad



tuvo que afrontar lo que temía. Las puertas se le cerraban unas tras otras, la sonrisa de cortesía se congelaba en la máscara de los antiguos amigos; ya fuese en las calles, en los cafés, en las tiendas o las oficinas, fingían no reconocerlo. La sombra imponente de Járamis era un enorme peso sobre su destino. ¿Quién se habría atrevido a ir en contra de su voluntad? Los mismos competidores del industrial lo despedían sin miramientos. Uno de ellos no se contuvo y le echó en cara: «El traidor de mi enemigo es doblemente traidor». Le propusieron trabajar en un café griego, en Attarine, pero rehusó considerar esta posibilidad: servir a quienes en otro tiempo se inclinaban ante él... Se encerró en su casa y vivió entre su mujer y su hija en la indigencia y el hambre. La cárcel y la tristeza minaron su salud y el dolor de estómago, cada vez más insistente en los últimos tiempos, no presagiaba nada bueno; pero no pensaba dejar este mundo de vanidades sin haber consumado previamente su venganza.

Yorgos Yorgás había vivido durante mucho tiempo con la sensación de que se había dejado timar por su «hermano mayor». Al pensar en los lejanos comienzos de ambos, siempre se acordaba de aquella «garduña asustada» —como su madre lo había calificado con tanto acierto— que se había deslizado dentro de su casa para escapar a la furia de Orabi. ¿Qué era Andonis en aquel tiempo? Un chiquillo de las calles sin nada en el bolsillo ni sobre los hombros, un sabarsaguis que recogía las colillas de la vía pública y de quien todo el mundo se burlaba, incluso los árabes. ¿Qué habría sido de él si Yorgos no le hubiera enseñado los rudimentos de la ortografía a la luz de la lámpara de petróleo, si no lo hubiera animado a seguir las clases nocturnas? Sin su ayuda, ¿cómo habría dado los primeros pasos en la sociedad civilizada de Alejandría? Y, lo que era más importante, ¿dónde estaría hoy el grande y poderoso Járamis si los padres de él, de Yorgos, no lo hubieran recogido, alejándolo así de los barrios de mala fama de Alejandría en aquella época turbulenta?

Es verdad que Andonis sobrevivió y se instruyó gracias a su familia hasta que, súbitamente, lo vieron trepar por la escala social sin detenerse ya nunca más. El zafio kavaliota se metamorfoseó en *gentleman* cosmopolita. ¿Y cómo se había producido ese milagro? Si no hubiera estado el viejo Yorgás para contribuir cuando se trataba de abrir el primer taller, ¿cómo habría podido Andonis abrir más tarde una fábrica? Y no obstante, no había tenido siempre la cabeza exclusivamente dedicada al trabajo. Desde su primera juventud, a Andonis le habían atraído los placeres del amor y, en cuanto ganó dinero, lo gastó en compañía de mujeres de reputación dudosa. Su amor por Lorna le había costado una fortuna y la artista italiana lo había dejado, con un hijo nacido fuera del matrimonio que no estaba dispuesta a criar a expensas de su «carrera». Una vez más fueron sus padres quienes lo sacaron de ese apuro. Una sobrina de su madre que vivía en Zagazig, no tenía hijos, y ella pensó que la voluntad divina le dictaba confiarle ese bebé ilegítimo. Era posible que Andonis lo hubiera olvidado, pero él no podía hacerlo. De vez en cuando aún tenía resentimiento contra su difunta madre por haberle dicho en aquellos tiempos: «Tienes que trabajar con Andonakis, mi Yorguís. *Il faut deux mains pour se laver*». Él le había hecho caso y ¿qué había ganado? Había desperdiciado su talento al servicio de un hombre ingrato y presuntuoso que, durante años, no había hecho más que rebajarlo y burlarse de él. Sin embargo, por muy alto que subiera Andonis Járamis, nunca estaría en su poder borrar el pasado, un pasado que Yorgás conocía mejor que nadie.

Un buen día, por la mañana, con esas ideas en la cabeza subió al tren para Zagazig. Había sacado su traje para las grandes ocasiones de la naftalina, se había bebido dos vasos de tafia, un

coñac de mala calidad, y se había armado de valor. Tenía la sensación de haberse perforado el estómago voluntariamente.

Su indescriptible angustia se calmó en cuanto se encontró *tête à tête* con Fanis Kostarás. En ese mismo momento supo que Dios quería que tal sacrilegio saliera a la luz; se dedicó a acentuar el parecido de Fanis con su progenitor.

—¡Eres el vivo retrato de tu padre! —exclamó, entusiasta.

Por último, tenía otra razón para alegrarse; no era difícil comprender que el hijo adoptivo de Sevasti había heredado rasgos físicos pero también de carácter de Andonis. Un inútil, en el peor sentido de la palabra.

—Cuando te fuiste, te llevaste en el equipaje una guerra que acababa de terminar. Espero que no nos traigas ahora una nueva.

Así le hablaba Elias Juri a Kostís, en tono de broma, delante de la Antigua Aduana de Alejandría. Al mismo tiempo lanzaba una mirada muy insistente a la belleza rubia que lo acompañaba.

—¿No me presentas a tu amiga?

Kostís no tenía ninguna razón para dar explicaciones, pero apreciaba muy moderadamente la manera en que el amigo de su padre miró a Haike. Decidió entonces disipar de inmediato la menor posibilidad de malentendido.

—*Oui, bien sûr; alors, je te présente ma femme, Haike Ruysdael.*

—¿Es verdad? ¿Así que te has casado, muchacho —murmuró el Libanés, entusiasmado—. Discúlpame, no lo sabía. —Luego se volvió hacia la joven y le hizo un besamanos casi extático—. *Enchanté, madame.*

Ella recibió el cumplido con una sonrisa indescifrable. Kostís la observó unos segundos. El embarazo aún no era visible. Se mantenía muy recta, vestida con un traje de chaqueta de Chanel que un ligero viento del norte levantaba con discreción; seguramente imaginaba que llevaba el *élan* de la nueva moda a Alejandría. La pobre muchacha ignoraba que la sede de las casas de alta costura enviaba de inmediato modelos idénticos para la población femenina de la ciudad.

—Dejémonos de *formalités* —dijo molesto por el flirteo insolente de Juri.

Las nubes se habían hecho más densas y podía empezar a llover de un momento a otro. Haike se había hecho otra idea de su primer día en África y contemplaba, decepcionada, el cielo alejandrino. No obstante, Kostís la había preparado someramente. Saludó a Mahmud, que se apresuró a abrirles la puerta y, lanzando tras él una mirada interrogativa, se dirigió a Elias:

—No tengo que preocuparme por el equipaje, *n'est-ce pas?*

—*Bien sûr que non;* no tienes que preocuparte. Mahmud meterá en el portaequipajes lo estrictamente necesario. El resto llegará directamente a casa. *Ne t'inquiète de rien.*

El joven matrimonio se sentó en la parte trasera del vehículo, mientras que Elias se sentaba al lado del chófer.

—Has envejecido, Elias, ¿lo sabes?

Él asintió.

—*Ah, j'ai pris un coup de vieux, c'est vrai.* Pero todos envejecemos, ¿verdad, amigo mío?

Kostís lamentó su falta de tacto e intentó rectificar su error.

—Tienes razón. *En tout cas,* sigues siendo uno de los hombres más elegantes de Egipto. Yo,

que he estado en los más hermosos salones de Europa, no me he cruzado con más de dos o tres personajes tan elegantes como tú.

—En cambio, el tiempo no olvida atentar contra la *élégance véritable*. Por ejemplo, mira a Mahmud. ¿Encuentras algún cambio?

—Ninguno. Está igual que como lo dejé.

Provocó una sonrisa repulsiva en el chófer egipcio, un retaco de frente estrecha que desde hacía años trataba en vano de ganarse su simpatía.

—Ya ves, ahora tengo el cabello gris y créeme que cada mañana lucho contra las arrugas que surcan mi cara; hincho las mejillas, estiro la piel detrás de las orejas y me aplico toallas calientes, pero no hay nada que hacer.

—Haces bien al hablarme de ello. Muy pronto lo necesitaré.

—¡No! Tú aún eres un niño.

—No tanto. Los años pasan deprisa.

—Tienes razón. ¡Y pensar que te has casado! ¿Tus padres están al corriente? Te lo pregunto porque no he oído decir nada.

—No. No saben nada. *Surprise!*

—*Ah! mon ami*, a propósito de sorpresas, puede que yo te gane. *Malheureusement*, tengo sorpresas yo también.

—¿Qué tipo de sorpresas?

—En primer lugar, ¿no te extraña que sea yo quien venga a recibirte?

—Es verdad. Lo he pensado. *Mais qu'est-ce qu'il y a?*

—¿Qué pasa? ¿Por dónde debo empezar? Es muy difícil.

—¿Les ha pasado algo a mi padre o a mi madre? En el telegrama venía la mención «muy urgente».

—En los últimos tiempos se han producido varios acontecimientos desagradables y...

—¿Y?

—...no sé qué te contrariará más, ¿enterarte de que tu padre está enfermo o de que tienes otro hermano?

Una espada luminosa desgarró el horizonte, estalló un trueno ensordecedor y rompió a llover con un crepitar monótono.

Abrumado, Kostís creyó haber entendido mal. Más que gritar, vociferó:

—*I beg your pardon?*

La última frase de Elias había formado un inmenso globo que debía inflar con las precauciones necesarias; Mahmud, que visiblemente estaba al corriente, conducía a una marcha tan lenta que era insoportable bajo la lluvia cada vez más intensa para dejar el tiempo necesario a las explicaciones. Kostís comprendió por qué desde el momento del reencuentro el Libanés había usado el ardid de expresarse en varias lenguas. Cuando Haike no debía enterarse de algo, utilizaba el griego, aunque era inimaginable para un *gentleman* hablar delante de una dama en un idioma que ella no comprendía. Le contó la brusca aparición de Fanis Kostarás y el ataque cerebral de su padre igual que un jugador de cartas temible que una y otra vez hace desaparecer los comodines. Le iba soltando las noticias a pequeñas dosis y relataba ampliamente los cambios ocurridos en la ciudad, aunque su interlocutor conocía la mayoría de ellos por las cartas de sus padres: el final de las obras de la Corniche del puerto Este; el nuevo hotel, el Cecil, en la plaza

Midan-Saad-Zaghlul, terminado dos años antes, y que su madre le había descrito como un palacio morisco de almenas cuadradas, con vistas a la nueva escollera; el cambio de nombre de la calle Rosetta por el de calle Fuad —en honor al rey—. No le dijo nada a Elias, que parecía encantado de sacar sus triunfos.

—Sinceramente, es muy difícil para mí anunciarte esto. Sin embargo, había que ponerte al corriente. Comprendo lo que sientes, muchacho —se compadeció Elias.

—No son las cosas más agradables del mundo..., pero qué se le va a hacer...

Al contrario de lo que se podría suponer, Kostís consideró que la situación no perjudicaría su temeraria empresa. Hizo que Mahmud se detuviera a cierta distancia de la casa, escribió una nota rápida a su madre, que lo esperaba bajo el tejadillo a resguardo de la lluvia, y le rogó a Elias que se la entregara. En el intervalo, darían la vuelta al barrio para que Haike pudiera admirar los jardines de Shalalat y permitir a Dafni enterarse del contenido del mensaje y reflexionar sobre él. El Libanés salió del automóvil bajo un enorme paraguas negro y cruzó la calle a grandes zancadas, con la misiva en el bolsillo izquierdo del abrigo:

*Mamá:*

*Elias me ha puesto al corriente de lo que sucede en nuestra familia. Tengo que decirte que estoy en Alejandría con mi esposa, una judía holandesa, Haike Ruysdael. Nos casamos en París, cuando nos dimos cuenta de que estaba embarazada. Te pido que la respetes en su estado. Con respecto a papá, te dejo libre para decidir, según lo que creas conveniente para él. Estoy impaciente por verte.*

*TU HIJO MAYOR*

En el instante en que Iulía metió la llave en la cerradura de la puerta del despacho de Járamis, no pudo más y estalló en sollozos.

—Perdóneme, señor Kostís, perdóneme. *It was stupid of me*, pero... nunca pensé que algo así le sucedería a su padre. Parecía estar en plena forma. Y ese individuo, ¿cómo pudo entrar sin que nos diéramos cuenta? ¡Oh! Nunca me lo perdonaré.

—Calma, Iulía, todo va a ir bien. No ha sido más que un desfallecimiento momentáneo, nada más. Tranquilízate, no es culpa tuya —trató de sosegarla.

Comprendió que la solterona estaba enamorada de su padre y contuvo una sonrisa.

—Señor Kostís, ¿quiere decir que su padre va a volver a la fábrica? ¡Oh, Dios mío! Solo vivo para ver ese día, créame. Quisiera verlo entrar de nuevo en este despacho con su aspecto serio y majestuoso, y después no me importaría morir.

Tenía los músculos del rostro tan crispados que se le movían las orejas de una manera muy cómica, haciendo bailar los lentes sobre la nariz puntiaguda. Su cabello voluminoso y rizado, estirado hacia atrás en un moño estricto, parecía alambre de púas. Su estatura elevada no añadía elegancia, sino que más bien afectaba al equilibrio del conjunto. A veces le recordaba a las amas de casa berlinesas.

—*In the end, things all mend*, ¿no es eso lo que dicen nuestros amigos ingleses? Todo volverá pronto a ser como antes, ya verás.

A él le habría gustado creerlo. El ataque cerebral de su padre lo había cogido desprevenido.

Se sentía más apto que nunca para tomar el relevo; sin embargo, la responsabilidad lo asustaba. Sentía haber malgastado tantos años sin hacer nada. Si hubiera terminado los estudios, como la mayoría de los hijos de industriales de Egipto, y obtenido algún título, Alejandría lo habría mirado con otros ojos.

En el despacho gigantesco, se sintió presa del pánico. Se volvió hacia Iulía para recobrar el ánimo.

—Si por desgracia mi padre no volviera, tú que trabajas con él desde hace tantos años, ¿crees sinceramente que seré capaz de lograrlo? —murmuró.

La solterona se puso a sollozar otra vez y corrió a refugiarse tras la puerta de cuero y caoba.

—¡Vaya! Se puede decir que aquí todo el mundo confía en ti —ironizó en voz baja.

Pero al segundo siguiente, colgó el sombrero y la chaqueta en el perchero, se remangó y exclamó con fuerza:

—Y ahora, ¡manos a la obra! ¡Manos a la obra!

—*Yom assal, yom bassal*: un día miel, al día siguiente cebolla —respondía Dafni a quien le preguntaba qué tal iban las cosas con su nuera.

En realidad, las relaciones entre ambas mujeres eran bastante mejores de lo que ella daba a entender. No habían tardado en darse cuenta de que se necesitaban la una a la otra. Dafni tenía que afrontar no solo el deterioro del estado de Andonis, sino también la aparición de un «hijo» desconocido en la familia, y el escándalo consiguiente. Por su parte, Haike, embarazada, se sentía más vulnerable que nunca —sola en un país extranjero, casada con un hombre que apenas conocía y, por añadidura, de origen y religión distintos.

A las dos les interesaba transigir si deseaban proporcionar a Kostís un mínimo de tranquilidad para afrontar la lucha que se disponía a llevar a cabo sin la menor preparación. Diplomático, había tenido cuidado de atribuir muy pronto las funciones a cada una para establecer una existencia armoniosa entre suegra y nuera. Haike, benevolente, tenía como única exigencia que respetaran su embarazo. Dafni se mostraba tolerante, orgullosa de la ex maniquí de Chanel que encantaba la mansión con melodías de Bach, Rajmáninov y Chopin, poniendo fin de ese modo al monopolio pianístico de miss Gaby. Kostís detestaba a la ex niñera y a su hermano, pero prefería no poner trabas y proseguir serenamente las negociaciones entabladas con su madre sobre el tema.

Ella no había imaginado así el regreso de su hijo mayor. Su evolución en el transcurso de los trece años de separación le encantaba. La fiera del Barrio Griego se había convertido en un hombre maduro, dinámico y decidido o flexible y hábil según las circunstancias. Su presencia le devolvía una sensación de seguridad que los últimos acontecimientos le habían hecho perder. El mensaje escrito que había precedido a la llegada de la pareja era una señal —aparte de otros signos— de la astucia de quien sabe salir a flote cuando está inmerso de lleno en las tragedias de la existencia. La mujer con la que se había casado no correspondía a lo que ella soñaba, pero ¿quién se atrevería en Alejandría a decir que no hacían buena pareja? Y eso, a pesar de la impresión que daba la joven, con sus tacones elevados, de ser ligeramente más alta que su marido, lo cual él compensaba levantando con brillantina un mechón por encima de su frente.

Por su parte, el primogénito de los Jámamis estaba convencido de que su regreso a Alejandría era una bendición y que los dramas que habían golpeado a su familia se inscribían en el curso normal de cualquier existencia. Una percepción ligeramente optimista de la situación. Su padre

seguía hospitalizado en San Sofronios, a consecuencia del derrame cerebral; la fábrica seguía sin nadie que la dirigiera y los competidores se frotaban las manos exhibiendo públicamente su compasión por la familia. El bastardo surgido de ninguna parte estaba dispuesto a reclamar la tajada más grande posible. En dos ocasiones había intentado visitar al enfermo, pero los médicos le habían prohibido la entrada en la habitación. Después tuvo la caradura de presentarse en la casa del Barrio Griego. Se quedó plantado delante de la puerta clamando al cielo que nadie lo privaría de sus derechos. ¿Cómo desembarazarse de un fierabrás como aquel que, según quienes lo habían visto, se parecía a su padre como dos gotas de agua? Eso no dejaba ningún lugar a dudas. Por último, apoteosis final, la ausencia de Majos en esas horas difíciles hacía que las lenguas se agitaran con furia.

Enfrentado a una montaña de dificultades como aquella, a Kostís no le resultó fácil encontrar tiempo para interrogar a su madre sobre las antigüedades egipcias que había acumulado. Le costaba aceptar que la casa se hubiera convertido en un museo, sin contar con que persistían los rumores con relación a un probable tráfico de piezas arqueológicas —un quebradero de cabeza adicional—. El único elemento positivo de la situación era la fascinación juvenil de su madre por el Egipto antiguo; si no, ¿cómo explicarse que pareciera realmente más joven que cuando él se fue? A menudo había considerado la posibilidad de la existencia de un amante. Atribuirle una pasión inmoderada por las antigüedades egipcias ¿no era acaso la mejor manera de no agobiarse por eso? Por último, había descubierto la gran abundancia de personal doméstico, lo cual no era tan grave si uno se atenía estrictamente a los sueldos que se les pagaban.

Cuando salía de casa, Kostís dejaba colgada en un clavo su generosidad; nunca lo acompañaba a la fábrica. Impuso inmediatamente su filosofía, que le explicó a Andreas Sistanis: «Todo se negocia».

La personalidad del nuevo patrón contrastaba con la del padre. ¿Cómo tomar el comportamiento de un hombre que no soporta quedarse clavado en el asiento, que cambia de buena gana sus trajes de lujo por un mono azul de trabajo para mezclarse con los obreros y controlar por sí mismo las múltiples fases de la producción?

«Quiero aprender el oficio y dominar todas las etapas, ¿es eso criticable?», les decía a sus colaboradores. Y, además, si un día sucedía a su padre tenía que encontrar su impronta en los diferentes puestos de trabajo. Para Andonis un buen proveedor tenía el deber moral de conocer la materia prima desde el campo de la cosecha; era una manera de hablar, naturalmente, sobre todo en Egipto, donde no se cultivaba tabaco. Con eso quería decir que la responsabilidad del fabricante estaba comprometida mucho antes de que el producto estuviera almacenado en sus reservas. El joven recordaba la angustia que precedía a la recepción de nuevas remesas de mercancía. Las múltiples verificaciones relacionadas con la marca del proveedor, la variedad, el origen, la calidad, la cosecha, el número de fardo. Si por desgracia la tela no se ajustaba a la perfección al paquete, ¡más valía no acercarse a él!

«El cigarrillo es el tabaco —decía su padre una y otra vez—. El resto, papeles, aromas, agentes de textura, están únicamente para permitir que la mezcla se exprese plenamente.» ¡Todo un juego de paciencia, la tal mezcla! Una impresionante cadena de controles y una sabia combinación de diversos orígenes para garantizar una calidad constante. Sobre la importancia de los stocks que se conservaban en los depósitos, lo lamentaba y le preocupaban, pero sabía que no se podía hacer de otro modo.

Una vez familiarizado con los múltiples orígenes, Basma, Samsun, Kaba Kulac, perfumado de Esmirna, Kostís asumió el conjunto de las funciones. Los tabacos llegaban de Macedonia occidental, de Tracia y de Turquía. Logró crear con los proveedores los mismos lazos de confianza que su padre. Una vez adquirido el aprovisionamiento en las calidades y cantidades requeridas en las variedades imprescindibles, se dedicó a la realización de mezclas perfectas, la etapa que precede al tratamiento final y la transformación en cigarrillos. Cuando obtuvo el resultado, prosiguió con sus esfuerzos. Las máquinas de la producción automatizada requirieron su atención. El padre había descuidado el mantenimiento de las máquinas de liar y cortar los cigarrillos. El hijo se dio cuenta de que al menos dos de ellas estaban defectuosas debido a un mantenimiento deficiente. Descubrió un antiguo stock de piezas sueltas totalmente caducas que Ernesto Calcani, el fabricante de máquinas y herramientas, de acuerdo con ingenieros de la fábrica, ajustaba a petición. Al día siguiente convocó al proveedor italiano, el hombre de labia «amigo» de su padre, y le anunció que su colaboración había llegado a su fin y que lo denunció por fraude. Despidió a los dos técnicos responsables del parque de maquinaria. Estas decisiones tuvieron un efecto fulminante. Seguramente, por primera vez los empleados tomaron en serio al hijo pródigo.

Se asomó a los problemas que conocía toda la industria del tabaco egipcia —tasas excesivas, fábricas implantadas en el extranjero, establecimiento de grandes compañías estadounidenses en el país— y se reunió con directores de empresa y miembros del gobierno, que se limitaban a levantar las manos hacia el cielo. Por su parte, Kostís era bastante optimista con relación al futuro de las firmas griegas, siempre y cuando no viniera una guerra a desgarrar de nuevo Europa, como temía Elias Juri. Paralelamente, los obreros se quejaban de unas condiciones de trabajo demasiado penosas, y fue uno de los primeros miembros de la Unión en estar a favor de un diálogo con los sindicatos.

—Señor Járamis, he oído decir que en Europa usted tenía estrechas relaciones con los comunistas —le reprochó uno de sus colegas—. Como viejo amigo de su padre, tengo mucho interés en decirle que aquí se trata de *real business*. Tocamos un tema serio.

—Apreciado señor, mi trato con los comunistas, como usted dice, me ha enseñado que una cosa es ser firme en las negociaciones y otra es quedarse tontamente bloqueado negándose a todo contacto.

A partir de entonces, los problemas internos fueron objeto de discusión dentro del «comité del viernes», una instancia que instituyó a partir de la segunda semana que siguió a su toma de funciones. Las dos nuevas marcas que había lanzado su padre en el mercado local y también europeo, Cleo Extra y Alex Special, habían realzado la imagen de la empresa, aunque Andonis hubiera llevado una política restrictiva en materia de promoción con respecto a esos productos, de cuya calidad estaba seguro. Kostís, al contrario, era partidario de una importante campaña publicitaria, a base de anuncios en la prensa y carteles, y creía en la función de las ferias internacionales, que su padre desdeñaba desde siempre. Para los años futuros, preparaba una presencia masiva de la empresa Járamis en las ferias internacionales de Tesalónica, Lieja, Ciudad del Cabo, Londres y Filadelfia. Por otra parte, consideraba que la condición de proveedor oficial de las casas reales europeas constituía una baza importantísima. Por lo demás, se atuvo a los usos anteriores a 1920. Puso fin a la cooperación con sus colegas instalados en Hamburgo —al mismo tiempo que se disponía a firmar un nuevo acuerdo de suministro de cigarrillos con el Almirantazgo

británico—. Aprovechó este acontecimiento para anunciar la adquisición de nuevas máquinas para liar y cortar cigarrillos, e inauguró nuevos puntos de venta al por menor en casi todas las ciudades grandes del país. Por último, para evitar prácticas desleales estableció una información regular de los expendedores.

Comprendió que un hombre solo no es capaz de estar atento a todo, y llamó a algunos en los que tenía plena confianza para que estuvieran cerca de Andreas Sistanis. Semanas más tarde recibía en Alejandría a sus amigos de París, Prindrak Illich y Misha Vorópanov. Mientras el serbio, que había vivido en Tesalónica, era el hombre adecuado para acudir a Macedonia y Tracia con el fin de negociar la compra de tabaco, el coronel ruso se convirtió muy pronto en el terror de la fábrica, el intransigente inspector del personal, que de inmediato se interesó por la puntualidad de los obreros, al mismo tiempo que mejoraba la productividad. La desaparición tan repentina de Andonis de la fábrica había contribuido indudablemente a un relajamiento en el interior de la empresa. Algunos merecían que se los llamara al orden y Misha era el hombre indicado para hacerlo. El Señor Músculos se situaba delante del portal, y con sus anchos hombros cerraba el paso a los que llegaban tarde, que se veían obligados a volver a sus casas hasta el día siguiente. Una ausencia injustificada durante tres jornadas consecutivas constituía motivo de despido, según los términos del convenio colectivo de 1920. A ese precio ¿quién podía permitirse el lujo de jugar con el reloj?

Con respecto a Alemania las noticias no eran para alegrarse. El ascenso de Hitler al poder confirmó los temores de Kostís. Telegrafió a Karl para decirle que lo esperaba en Alejandría. Sin embargo, el comunista alemán, convencido de que sus camaradas y él mismo lograrían erradicar la mala hierba del nazismo, declinó la invitación y le escribió:

*¿No tienes miedo de que provoque un levantamiento de tus obreros, mi querido gran capitalista?*

En los *tea parties* y recepciones de los residentes griegos y levantinos conocidos, la familia Járamis volvía a ocupar el centro de las conversaciones: el *pater familias* era la causa del escándalo, un gigante con los pies de barro que se había derrumbado al ver a un hijo ilegítimo del que se había desembarazado en Zagazig. A Kostís no le costaba imaginar las conversaciones. Señoras cuyo pecho se agitaba y cuyas mejillas se sonrojaban al mencionar tal infamia, viejos caballeros calvos con monóculo que movían la cabeza en señal de desaprobación, muecas sádicas esbozándose en los rostros de aquellos a quienes nada complacería más que la ruina total de los Járamis. Individuos que sus padres habían invitado a su mesa se distanciaban de la familia maldita, que contaba con un hijo sodomita, una madre traficante de antigüedades y, la guinda del pastel, un padre que añadía un hijo natural al conjunto. Kostís tampoco escapaba a su resentimiento. Estaba lejos de ser un santo, Dios le perdonara. Después de haber estado implicado en un asunto amoroso con una copta, que estuvo a punto de provocar un levantamiento contra las comunidades extranjeras —pandillas de aprovechados que con total indiferencia se apoderaban de las riquezas del país y de las mujeres casadas—, se había pasado casi trece años —bien poca cosa— yendo de juerga en todas las capitales europeas, llevando una vida por todo lo alto y dilapidando la fortuna paterna. Quizá aceptaran hacer borrón y cuenta nueva de un pasado no



especialmente glorioso, pero ¿cómo ignorar su pretensión inconcebible al jugar a salvador de la familia esforzándose en ganarles la partida a los competidores de su padre? Ese joven excéntrico, de peinado insolente y... con una esposa asombrosa —aunque estuviera embarazada—, había confirmado los pronósticos con una penosa incompetencia. Y los acontecimientos daban pie a presagiar que dirigiría, sin control alguno, la mayor industria de tabaco del país. Al menos había que reconocerle su capacidad para cambiar su traje por un mono de trabajo y transitar a grandes pasos por toda su fábrica, repitiendo su fórmula mágica: «Todo se negocia», con respecto a todo y a cualquier cosa.

Su eslogan se había convertido en una eterna canción, un perpetuo tema de broma en los círculos elegantes. Los hombres de negocios creían a pie juntillas que el niño mimado no sabía distinguir el tabaco del algodón y que era su ansiedad la que le dictaba ir a visitar a su padre al hospital San Sofronios cada noche después del trabajo. Se esforzaba en sacarle unas palabras al enfermo encamado —por lo que se sabía, no se comunicaba con ningún otro miembro de su entorno— mencionando sus hazañas cotidianas, como un chiquillo despierto confiesa sus ocurrencias a sus padres. Los médicos apoyaban esta comedia con la esperanza de que ayudaría al enfermo a recuperar sus facultades. Una sonrisa imperceptible en sus labios parecía alentarlos. En su informe cotidiano, Kostís no omitía nada, sobre todo los detalles que podrían contrariar al enfermo. Con mucha frecuencia, prosiguiendo en voz alta un diálogo imaginario, el hijo destacaba las pretendidas objeciones del padre y le replicaba con nuevos argumentos. En este juego a veces se pasaba de la raya, alzaba el tono más allá de los límites y la enfermera apostada delante de la puerta de la habitación tenía que llamarle al orden.

Un mes más tarde, Andonis volvía a casa, paralizado y con la boca torcida. Ese órgano que durante tantos años había sido el de su autoridad y su omnipotencia, ya solo farfullaba y dejaba escapar palabras incoherentes. El patriarca del cigarrillo griego en Egipto, inmóvil en su silla de ruedas, permanecía en el jardín de su casa, con un matamoscas en la mano y una sonrisa patéticamente absurda en la comisura de los labios; día tras día, esperaba el regreso de su hijo para escuchar el informe habitual. Sin embargo, quienes sentían lástima deberían fijarse en que, por muy disminuido que estuviera, experimentaba placer con señales insignificantes, como sentir bocanadas de humo dándole en el rostro.

Los médicos no eran optimistas cuando examinaban al paciente. Por su parte, Yorgás estaba muy abatido por el regreso providencial de Kostís; después del imprevisible ataque vascular de Andonis, creyó haber alcanzado su objetivo mucho más allá de sus expectativas. En cuanto a Fanis Kostarás estaba hundido por completo. Había llegado a Alejandría con la cabeza llena de sueños, pero aparentemente la suerte no estaba a su favor. El viejo había elegido mal el momento para partirse por la mitad; además, su primogénito, al que Yorgás calificaba de «boca inútil» y de «horrible parásito» había demostrado ser de lo más hábil para gestionar la crisis y ahora tenía las riendas en la mano.

«Quizá no debería haberme ido de Zagazig», repetía constantemente, excluido en esa ciudad extranjera en la que no gozaba ni del confort ni de las ventajas que le había prometido el ex jefe de contabilidad. Si Andonis Járamis era su padre —y el parecido evidente entre ambos lo confirmaba—, lo que le interesaba era exclusivamente su dinero. ¿Qué otra cosa podía exigir de aquel que lo había rechazado desde su nacimiento, no había manifestado nunca la menor atención para con él ni tampoco había intentado saber a lo largo de los años qué había sido de él ni cómo

salía adelante? Por otro lado, los ricos tienen medios para deshacerse de uno sin hacer ruido o, si es necesario, de manera más expeditiva. Dudaba de todo, incluida la gravedad del estado de salud del viejo. Era posible que permaneciera en el hospital todo el tiempo necesario para que el escándalo cayera en el olvido y que su hijo bienamado, vuelto al redil, sacara por su cuenta las castañas del fuego. Y, por cierto, su madre verdadera, no era mejor. Criatura huidiza, la famosa Lorna de costumbres livianas, había cruzado Egipto como un cometa y salido por la tangente dejándolo a él olvidado en el país. Seguro que vivía en Italia, en un barrio sórdido, confinada en alguna ratonera en el fondo de una calle llena de manchas de moho, espantada ante la muerte que sería también su liberación.

Atormentado por esos pensamientos, Kostarás estaba a punto de abandonar y volver a Zagazig, cuando apareció en el primer plano de la escena un viejo conocido, Stratís Mijelís, que deseaba con ardor llevar a cabo una venganza muy personal. No tenía otro objetivo que aniquilar a Andonis Járamis. La cárcel había transformado al abogado de Mitilene y, sobre todo, había destruido sus proyectos y antiguas ambiciones; únicamente persistían una profunda amargura y una rabia devastadora. La perspectiva de recuperar un sitio en la sociedad o triunfar en su profesión ya no ejercía ninguna influencia sobre él. Aun cuando le hubiera bastado con levantar la mano para llevarse el premio, no habría movido ni un dedo; ya tenía bastante con el Pactolo que había descubierto. El único hecho que le hacía vibrar, que animaba su rostro plano y su mirada descolorida por el whisky, era asistir, incluso participar, en la caída de sus congéneres. Cuanto más alto estuvieran situados, más espectacular sería el golpe. Naturalmente, tenía una razón adicional para desear ver caer a Andonis Járamis de su pedestal, y no escatimó los medios. Instaló a Fanis Kostarás en un piso en Mazarita y lo introdujo en los sitios de moda de Alejandría, presentándolo, por supuesto, como el hijo de Járamis. Casi todos los días pasaban por Athineos, Délice o Pastrudis, sin descuidar los *thés dansants* en el Grand Trianon, el Sporting o el club náutico. Acababan casi siempre la velada en el cabaret Excelsior, que dominaba el puerto Este, no sin antes haber pasado por el Bella Vista, en la Corniche, y el Monseigneur, donde actuaba una orquesta brasileña. Fanis conoció en ellos una impresión previa de la *dolce vita* que sus derechos, en toda justicia, deberían haberle proporcionado. Eso es lo que se decía para sus adentros, pero su mentor veía las cosas de otra manera. Mijelís no quería en modo alguno llegar a un acuerdo con la familia que satisfaría, poco o mucho, las exigencias de Kostarás. Su tenacidad implacable apuntaba a socavar, unos tras otros, los cimientos de ese clan al que odiaba con todo su ser, y proseguir con su labor de zapa hasta que le fuera imposible recuperarse. El ataque cerebral de Andonis resultaba maravillosamente útil a sus propósitos y quizá tenía una posibilidad de lograrlo si ese diablo de Kostís no contrariaba sus planes demasiado pronto.

El día en que Fanis Kostarás entró por la puerta de la fábrica, recibido por su supuesto medio hermano, el personal se había aglomerado en las ventanas y hacían la señal de la cruz a su paso, pues «veían» a Andonis Járamis, treinta años más joven, cruzando el gran patio. Los obreros autóctonos creían en la magia y en los misterios; despavoridos, rogaban a Alá que les explicara aquel milagro sin precedentes. Entretanto, Fanis llegaba al despacho de la dirección y la señorita Iulía estuvo a punto de desmayarse, una reacción que Kostís había previsto y de ahí que fuera él mismo a recibir a su invitado.

—Bienvenido.

El otro no esperaba una recepción tan cálida y no sabía a qué atenerse; a cada paso, temía tener que dar otros tres hacia atrás.

—Ven. ¿Por qué te detienes? No pensarás que vamos a hablar de pie junto a la puerta. — Kostís le encargó a Iulía que les preparara té y algo para acompañarlo y, al cerrar de nuevo, le pidió que no lo molestaran—. Y ahora, vamos a ver, Fanis. Te tuteo, porque me veo obligado a considerarte un miembro de nuestra familia. Hasta cierto punto, sin duda.

—Lo queramos o no, Kostís, es la realidad. Somos hermanos —asintió Fanis.

—Es probablemente la verdad —señaló Kostís considerando un margen de error—. Al verte no puedo dejar de sentirme un poco celoso, ya que compruebo que quienes aseguran que eres el fiel retrato de mi padre no se equivocan.

—Sí, es verdad. Soy su vivo retrato.

—Esto simplifica las cosas, pues estoy seguro de no equivocarme al acercarme a ti. Coge un cigarrillo. —Y añadió—: Sabes, es la caja favorita de nuestro padre.

Fanis se limitó a arquear pomposamente las cejas. Apenas tuvo tiempo de coger al vuelo un cigarrillo cuando Kostís volvió a cerrar ruidosamente la caja de plata, como si hubiera querido pillarle los dedos.

—Entonces, Fanis, sencillamente examinemos la situación. Comprendo tu angustia. Te interesa sacar el provecho de lo que te corresponde, en razón de tu filiación natural con el fundador de esta sociedad. Es normal que te sientas perjudicado por no haber sido reconocido. Pero esto no significa en ningún caso que tu crédito pueda convertirse inmediatamente en dinero. ¿Eso te parece lógico?

—Digamos que se pueden presentar las cosas de esta manera. Pero entonces, ¿qué hacemos? —se inquietó Fanis mientras se inclinaba hacia la llama que le tendía su interlocutor.

Kostís se levantó despacio de la silla, se inclinó sobre Fanis, le dio una palmada amistosa en el hombro y le señaló el asiento del director.

—Pues bien, durante un lapso de tiempo, ¿qué te parecería mirar el mundo desde ahí? Siéntate en ese sillón y dime: ¿estás dispuesto a hacerte cargo de la dirección de la fábrica, desde ahora? Si es que sí, estoy dispuesto a dimitir *tout de suite*.

Fanis se levantó valerosamente y se dirigió al asiento del director; sin embargo, en el último instante cambió de parecer y se volvió hacia Kostís.

—¿Qué broma es esta?

—Con cuestiones como esta no se juega, te lo garantizo —respondió Kostís, y encendió un cigarrillo a su vez.

—En todo caso, no se puede hacer así. De buenas a primeras. Quiero decir que nadie puede asumir este tipo de responsabilidad así, chasqueando los dedos.

—Me alegro de oírtelo decir, hermano —observó Kostís expulsando el humo con una amplitud muy calculada—. De este modo estás mostrando tu adhesión a la empresa. Y por supuesto que sientes adhesión. Pues solo esta sociedad puede darte lo que esperas.

—No se trata únicamente de dinero, Kostís —señaló Fanis, incómodo.

—*Bien sûr, bien sûr*. Pero sobre todo es de dinero de lo que se trata, admítelo. Supongamos que te debiéramos una buena cantidad. Pues bien, lo ves, tus actuaciones, al menos de momento, van en contra de tus intereses.

—Conozco perfectamente mis intereses —replicó Kostarás.

—De hecho, lo dudo. Si no, ¿por qué ibas a dejar a esos dos perros rabiosos jugar a tus espaldas?

—Hablas de Yorgás y de Mijelís, supongo.

—¿De quién si no?

—No son perros rabiosos —objetó Fanis con calma. Le parecía que el humor que mostraba Kostís era probablemente exagerado—. Son mis amigos y antes lo eran vuestros, ¿no es así? —le pareció bien añadir.

—¿Eso crees? Entonces voy a poner los puntos sobre las íes. Lo único que desean esos dos es saciar una sed de venganza de lo más bajo contra nuestro padre por haber hecho que los metieran en la cárcel. Poco les importan las faltas que cometieron para merecer esa triste suerte. Solo conocen el odio y, que lo sepas, no dudarán en sacrificarte a ti también si eso les permite alcanzar sus fines de manera más rápida.

Su alma estaba encolerizada y le confería a su voz, habitualmente melodiosa, una sequedad metálica, perturbadora.

Kostís notó que los ojos paralizados de Fanis bizqueaban de forma imperceptible, igual que su padre cuando las circunstancias eran graves.

—Quiero que te des cuenta de verdad —seguía hablando de forma intensa— de que nuestros intereses están profundamente ligados. Reflexiona, por tu parte, en tu futuro en esta empresa, si lo deseas. Pero en ese caso debes saber que eso significa ir a estudiar unos años en Europa, y después cumplir un período de prueba en la fábrica para ganar la confianza de los colaboradores y la estima de la competencia. De todos modos, existe una solución inmediata que no te impone en absoluto renunciar a tus derechos.

—¿Es decir?

—Es esto. Podrías, por ejemplo, recibir a intervalos regulares una buena cantidad que te daría la posibilidad de hacer lo que te venga en gana, vivir holgadamente y sin preocupaciones. Por supuesto, con la condición de no andar callejeando por aquí, de aceptar vivir en otro sitio para gastarte tu dinero con toda tranquilidad, sin hacer ruido ni escándalo, algo que nuestros competidores están siempre dispuestos a utilizar para perjudicarnos. Comprenderás que eso iría en detrimento de todos.

—¿Qué elegirías tú en mi lugar?

—Amigo mío, yo que he saboreado la dulzura de la responsabilidad y también la de la buena vida, elegiría la segunda. Con los ojos cerrados.

—Tengo que reflexionar —murmuró Fanis, y se levantó bruscamente.

No había tocado el té, que seguía humeando en la taza. Saludó de modo maquinal, encerrado en sus pensamientos, y se dirigió a paso rápido hacia la puerta. Percibía lo vano de la situación a medida que cruzaba, un poco vacilante, el amplio despacho de muebles grandiosos, alfombras inmensas y amplios ventanales. Le costaba comprender verdaderamente lo que le estaba pasando. Pero estaba seguro de que, si se volvía, sorprendería a Kostís frotándose las manos, orgulloso de la demostración que acababa de hacerle.

Kostís no tenía la impresión de haber pasado el invierno de 1933 en Alejandría. Al volver a la ciudad natal, a los lugares de la infancia y la juventud después de tantos años, lo que deseamos es volver a ver cuanto antes lo que está al acecho de nuestro regreso: personas, cosas, lugares

familiares, calles, casas, paisajes y antiguas costumbres. Notamos las transformaciones, establecemos comparaciones con lo que constituye nuestros recuerdos, esperando que nada de lo que fue importante se haya destruido, evitando acordarnos de los cambios que anunciaban las cartas de parientes y amigos. Así es como entramos en fase con la realidad, nos dejamos llevar por la corriente tumultuosa de los días; así se siente latir en la venas el pulso de la ciudad. Kostís no había tenido tiempo para dejarse llevar por esa alquimia. En cuanto puso los pies en Alejandría tuvo que tomar las armas y luchar en la guerra declarada a su familia. Para aceptar el desafío eliminó hasta la más pequeña distracción, apartó pensamientos innecesarios, se negó a cualquier iniciativa superflua. Las sucesivas batallas que afrontó con éxito, en momentos críticos, desmintieron los pronósticos —abrumadores para con él— en un conflicto que, más allá del aspecto humano y moral, era fundamentalmente económico. Pero estuvo lejos de ser tan fácil como él dejó que creyeran. Eran continuas las noches en blanco en las que sopesaba las ventajas e inconvenientes de las decisiones. La tensión extrema lo llevaba a veces al borde de las lágrimas. ¿Cómo resistía? Retenía la respiración, apretaba los dientes, se frotaba las manos para que desapareciera de ellas el sudor, golpeaba un pie contra el otro, encendía un cigarrillo cuando aún había otro consumiéndose en el cenicero. Pero nadie era consciente de ello. Su madre, llegado el caso, sentía el peso de sus angustias y le susurraba con ternura:

—Kostís querido, no lo resistirás.

Y él la tranquilizaba:

—Soy la fiera del Barrio Griego, y una fiera puede aguantarlo todo.

Y le daba la espalda, muy deprisa, para no ver su expresión dubitativa.

Durante los breves momentos de descanso, su pensamiento volaba hacia Berlín, donde los nazis habían tomado el poder, o hacia París y su despreocupación de entonces. Con el transcurso de los meses, Haike tuvo algunas complicaciones en el embarazo que la obligaron a guardar cama, lo cual sirvió a Kostís de excusa para eludir las obligaciones sociales y limitar sus apariciones en público. Le resultaba muy penoso acudir solo a los cócteles de tarde y a las recepciones nocturnas, rodeado de tafetán perfumado, de encajes y cuellos sin una arruga, prisionero de un traje de gala y de un ambiente de inquisición en el que las preguntas malintencionadas, los comentarios descorteses y las miradas irónicas no le concederían tregua. Tales condiciones le obligaban a privarse de las distracciones propias de un *gentleman*: la alegría de una partida de tenis en el Sporting Club, de una regata en el puerto Oeste o de un fin de semana en el lago Ikingi Mareotis para la ritual caza de patos; posponía las excursiones en familia por los alrededores de Alejandría; renunciaba a dejarse llevar por la indolencia de una tarde en el club helénico, donde era frecuente tomar una copa mientras se hablaba de negocios o de política; desdeñaba los placeres refinados de las matinés musicales en casa de griegos o levantinos adinerados, de las veladas de teatro, ópera o cine, igual que de las fiestas mundanas. No era oportuno exhibirse mientras el escándalo Fanis Kostarás y la grave enfermedad de su padre monopolizaran las conversaciones de los alejandrinos.

La discreción y el aislamiento eran los únicos medios de evitar encuentros indeseables que habrían amenazado el frágil equilibrio que había conseguido establecer a costa de tantos esfuerzos. Para trasladarse por la ciudad, en lugar de ir a pie elegía el confort del asiento trasero de su coche y añadía la protección de un periódico abierto. Así al menos se mantenía al corriente de los acontecimientos mundiales. En Alemania, los nazis enviaban a sus adversarios a campos de

concentración y quemaban los libros prohibidos, mientras que la *intelligentsia* no tenía otra opción que marcharse del país. El Reichstag era presa de las llamas. ¿Qué pensaba Majos de todo esto? Y también se inquietaba mucho por la suerte de Karl. En Persépolis, la antigua capital de Persia, los arqueólogos habían sacado a la luz el palacio de Jerjes y Darío —la información interesaría seguramente a su madre—; en la Unión Soviética, Stalin reforzaba su dictadura; en Extremo Oriente, Japón proseguía con sus miras imperialistas sobre China; en las Naciones Unidas, un tal Giuseppe Zingara había intentado asesinar al presidente Roosevelt; en Grecia, Plastiras había fomentado un levantamiento con el apoyo de los partidarios de Veniselos. Por lo que respecta a Alejandría, el *Tajidromos* publicaba uno de los raros artículos que relataban la muerte del «viejo poeta de la ciudad». ¿Por qué viejo —a él no le habría gustado ese calificativo — y por qué poeta de la ciudad? ¿Tanto habían cambiado los alejandrinos? Kostís se acordaba de un incidente en una velada en 1918; algunas damas de la buena sociedad que rodeaban a Cavafis se reían de él, y una de ellas llegó a decir en tono zalamero: «Señor Kostakis, ¿y si se sentara al fondo y nos escribiera un versito bonito?».

En pocos años habían pasado de las bromas condescendientes de un círculo mundano al prosaico título solemne de «poeta de la ciudad», una deriva que se alimentaba del ardid total, incluido el de la memoria. El poeta había ingresado recientemente en estado crítico en el hospital griego. Se había extinguido en la madrugada del sábado 29 de abril y los funerales se habían celebrado esa misma tarde. ¡Que sea ligera la tierra en que reposa! Kostís sacó de su cartera un viejo pedazo de papel en el que Cavafis había garabateado unas palabras que él leyó en voz alta: «Dices: “Iré a otra tierra, hacia otro mar...”». Solo la muerte nos libraré de esta ciudad, amigo, a nosotros, que tenemos el mismo nombre, pensó.

Sea como fuere, esa vida casi monástica no podía continuar eternamente. Se había perdido ya una temporada en Alejandría: el carnaval con su cohorte de bailes de disfraces; la avalancha popular del Martes de Carnaval; las fiestas municipales del mes de marzo; los días de la Semana Santa había preferido ir a la iglesia de los Ayi Anáryiri, en Abukir, desconocido entre desconocidos; para el primero de mayo, se había conformado con comprar una corona de flores frescas a un egipcio que elogiaba su mercancía en perfecto dialecto greco-egipcio: *Il couronnes, bi tal bons fêtes!*

Haike llegaba al término de su embarazo y la inminencia de un nacimiento aportaba a la familia un mensaje de esperanza que tanto necesitaban. Unos días antes del feliz acontecimiento, una mañana Kostís se apostó ante una de las ventanas. Se había despertado con una sensación de ahogo, y cuando distinguió por el lado del desierto el horizonte de color ceniza, comprendió lo que se estaba preparando. Se encaminó de inmediato a la fábrica y llegó al abrigo de su despacho. El cielo se ensombrecía como se frunce una ceja amenazadora sobre una mirada. El viento soplando a ráfagas y la lluvia fina anunciaban sin ambigüedad lo que vendría después. La ciudad se había atrincherado detrás de unas puertas cerradas con triple vuelta de llave: el jamsin se avecinaba. Las falúas se deslizaban por el canal de Mahmudieh, igual que barcos guiados por fantasmas. Nadie se tomaba a la ligera la arena maldita que el furioso desierto vertía sobre la ciudad y los hombres. De nada servía la mejor de las guaridas, era imposible escapar al polvo fino y sofocante que se posaba en todo: postigos, muebles, cuchillos y tenedores, cabellos, labios, párpados y mucosas. Frenaba los portaplumas, atascaba las cerraduras y recubría los documentos de un polvo que daba escalofríos. Durante los años que había vivido lejos, Kostís había perdido

la costumbre del jamsin inofensivo; cuando el viento rugía más fuerte y hacía crujir los goznes de puertas y ventanas, preocupado por Haike no podía evitar telefonar a casa. Su madre perdió la paciencia y se enfadó:

—*Tu es pénible, Kostís!* A ver, ya está bien, calma, no es el fin del mundo.

Para colmo, una noticia triste llegó al día siguiente: el tío Zanasis había muerto de repente, de un paro cardíaco. ¡También eso! El padre de Nikitas se había visto sometido a una dura prueba durante varios años. La diabetes y los usureros se habían dado la mano. La enorme tienda había cambiado de propietario. Dos años antes le habían amputado el pie izquierdo para salvarle la vida. Sin embargo, su sobrino no creyó que el tío se iría tan pronto y dejaba siempre para más tarde su intención de cumplir la promesa de ir a visitarlo a Bab Sidra. ¿Era la idea de su discapacidad lo que lo desanimaba? No obstante, eso no era suficiente para no cumplir su palabra. ¿Cómo iba a mirar a su tía y a sus primos a los ojos? La misma Dafni lo observó: «Hijo mío, ¿por qué no fuiste a verlo aunque solo fuera una vez? ¡Qué pena!». Pero ella no asistió a los funerales so pretexto de que tenía que quedarse con su nuera. Kostís acudió solo al cementerio griego de Chatby.

No hizo su primera aparición en público en una recepción o un baile de beneficencia, sino en el humilde entierro del tío Zanasis entre una asistencia escasa. Al parecer, sus últimas hazañas habían dado un golpe fatal a su reputación. La Unión de Liberales de Alejandría no envió ninguna corona, ni tampoco la Asociación Esquilo-Arión; la única excepción fue la del club hípico de Alejandría. Kostís se acercó a su tía Maria y le dijo, a modo de disculpa:

—Perdóname, tía, no me había dado cuenta de la gravedad de su estado. No tuve tiempo...

Ella le posó la palma de la mano seca y temblorosa sobre los labios y con la otra mano le acarició los cabellos con ternura.

—No importa, hijo mío. Me alegra que hayas venido a decirle adiós para el gran viaje.

Kostís estalló en sollozos sin saber muy bien por qué. Llorar estaba permitido, pues formaba parte de las costumbres. Experimentó un gran alivio que exorcizó la cuarentena psicológica a la que estaba sujeto. Luego una mano amistosa le golpeó el hombro. Se volvió y se encontró frente a un joven rubio, cuyos ojos verdigrises se abrían como el libro de su adolescencia.

—*Cousin!* —tartamudeó profundamente conmovido, y en el esbozo de sonrisa, reconoció la mezcla de bondad y descaró que Nikitas le había enseñado.

—Hoy he perdido a un padre, pero he recuperado a un amigo. —Y sacó con esfuerzo de su corazón el valor para hacer más amplia su sonrisa a pesar de la pena.

Kostís, que seguía sintiendo remordimientos, se justificó.

—Le he hecho daño al tío Zanasis, *cousin*.

—Nosotros le hemos hecho daño, él nos lo ha hecho a nosotros. Hay que olvidar. La frase más sabia la pronunció tu padre: «La vida es demasiado larga para atravesarla entera sin cometer un error». A propósito, ¿cómo está el señor Andonis?

—Sigue aún en este mundo. Pero ¿de qué sirve? En un vegetal.

—Debe de sentirse muy apesadumbrado.

—No puedes imaginarte hasta qué punto.

—Es abrumador. ¿Y esa historia del hijo natural que surge así de Zagazig?

—Un gran trueno en un cielo de verano.

—Y en medio de todo esto, vas a tener un hijo.

—Sí.

—Espero quedarme una semana en Alejandría. ¿Quieres que comamos juntos un día de estos?

—¡Qué pregunta! Mañana si quieres. El embarazo de Haike está llegando a término y el bebé puede sorprendernos.

—*Bien! À demain alors.*

—*À demain.* Quiero que me lleves a dar una vuelta por la ciudad, como cuando éramos niños —tuvo tiempo de añadir Kostís antes de que los hermanos de Nikitas los interrumpieran.

Olimpía, toda vestida de negro, acompañada por su marido recién promovido a secretario de primera clase, lo saludó de un modo formal, casi frío. A Nikolas, que tocaba en la orquesta de Belvedere, lo encontró cordial, sin más. No se sintió herido: era el día en que enterraban a su padre.

«La vida es una moneda de dos caras: en un lado, el nacimiento, en el otro, la muerte», solía decir el difunto Zanasís. Tres días después de su fallecimiento, vino al mundo el hijo de Haike y Kostís. Era una niña y la llamaron Dafni. Siguiendo la tradición familiar, el feliz padre sopló humo por encima de la cuna con el fin de que el bebé, ya agotado por el periplo del nacimiento, gozara de buena salud y mucha suerte en su existencia.

Entre los Járaxis, el humo no era solamente una fuente de ingresos; era asimismo un antídoto de excepcionales virtudes. Andonis seguía conservando en casa «tabaco», su mezcla más exquisita, muy finamente picada, un remedio «contra la enfermedad y contra la idiotez», según sus propias palabras. La abuela Dafni lo consumía para aliviar sus jaquecas. Las empleadas domésticas egipcias lo sisaban sistemáticamente de la reserva, para consumirlo por la noche, cuando les faltaban las fuerzas. También era el caso de muchos de sus invitados, y a menudo el verdadero motivo de su visita. Dafni aseguraba que, gracias a esa mezcla maravillosa, había conseguido curar el asma de Majos, después de que todos los médicos hubieran tirado la toalla. Y en casa de los Járaxis nunca faltaba el tabaco en las fiestas familiares. Kostís ofreció ese «tabaco» especial a sus tres amigos, Illich, Misha y Nikitas, para celebrar el nacimiento de su hija. A sus numerosos beneficios, añadieron que sellaba las amistades duraderas, como la de Nikitas e Illich, que hizo época en la Alejandría de entreguerras, principalmente en la Alejandría nocturna.

Kostís ignoraba que Nikitas afrontaba graves problemas profesionales. No le sorprendió que hubiera abrazado la causa comunista. Pero a consecuencia de una huelga en las plantaciones de algodón, sus convicciones le habían costado su puesto de clasificador. Había regresado a Kafr al-Zayat para recoger sus cosas, y su madre, una pobre viuda, había difundido por las calles, con gran desconsuelo:

—¡Ay de mí! ¡El ateo de mi hijo se ha dejado engatusar por los comunistas!

Las vecinas se habían apresurado a prodigarle consejos:

—El único remedio contra el comunismo es el matrimonio.

De este modo, cuando regresó a Alejandría, Nikitas tuvo que afrontar la pesadilla del desempleo al mismo tiempo que el celo de su madre, que le presentó, una tras otra, a todas las chicas casaderas posibles. Mientras buscaba trabajo febrilmente y rechazaba como mínimo una Dulcinea al día, de noche se escabullía a envilecerse con Illich. Lugares como Monseigneur, Belvedere, Excelsior y Faliron fueron los templos de la vida nocturna que se convirtieron en los



lugares de peregrinación de nuestros dos descreídos de juerga. Se internaban por las callejuelas del barrio árabe donde, en las casas de citas de tres al cuarto y los cafés concierto, turcas entradas en carnes se entregaban a la danza del vientre de forma lasciva, brindando un sabor anticipado del purgatorio que sin duda les esperaba en el otro mundo. En el apogeo final, Illich, borracho como una cuba, gorjeaba en los brazos de jóvenes disolutas esmirnotas:

*Mi Esmirna, Aman, aman,  
de donde las turcas se van...*

Nikitas había encontrado un puesto como experto, junto a la estación de Ramleh, en el establecimiento de un tal Andonis Jristoforidis, prestamista de origen chipriota. Pero no por eso había abandonado la vida nocturna, mientras que su madre no renunciaba a encontrar la nuera que haría feliz a su hijo menor. Hay motivos para pensar que una de las razones principales que, hacia finales del otoño de 1936, le llevaron a ser de los primeros en enrolarse junto con Illich en las Brigadas Internacionales era no tener que pasar por el consejo de guerra de las chicas casaderas instalado en la planta baja de la casa de la calle Bab Sidra. Desesperada, Maria le suplicó a Kostís que hiciera que su hijo reconsiderara su decisión; pero tampoco él —y Dios sabe que no aprobaba que se alistaran— consiguió retenerlos. Es más, en esa misma época, Karl, perseguido por los nazis, le escribió desde una buhardilla de Berlín: «Próxima etapa, España. La fiesta se ha trasladado allí. *Aufwiederschen Berlin!*».

Así le escribía Haike a su madre durante sus primeros meses en Egipto, intentando disfrazar con el elogio de la ciudad y sus habitantes la inquietud que suscitaban las complicaciones de su embarazo:

*Alexandrie est un petit Paris, nada menos. Es una ciudad moderna llena de luz y de dulzura de vivir. La coexistencia de tantas etnias y religiones en su seno parece un milagro. Kostís es très heureux de estar de regreso y vivir en su ciudad natal (ni una palabra sobre la tormenta familiar), y yo de haberlo seguido, ya que siento que soy bienvenida. Su madre tiene mucho encanto, sin ser verdaderamente guapa. Habla cuatro idiomas con fluidez, entre ellos el francés, bien sûr. No es muy alta, tiene una nariz pequeña y graciosa y unos ojos muy vivaces. Su pasión por los faraones le ha hecho transformar su casa en un museo arqueológico. Resulta realmente curioso vivir en un lugar así. Pero qué digo, un lugar. Hablando con propiedad, se trata de un palais. Una mansión de mármol y caoba en el barrio más encopetado de la ciudad, con salones gigantescos, salas de recepción y once habitaciones en la primera planta, todo ello rodeado de un jardín inmenso. Durante la noche nos protegen mosquiteros que rodean la cama por completo; en cambio, durante el día hay que andar de un lado para otro con un matamoscas en la mano si queremos defendernos de las moscas. El mobiliario es francés, completado por elementos decorativos árabes. Constantemente nos persigue un ejército de sirvientes: doncellas, cocineras, jardineros, chóferes, personal de comedor. La variedad de los menús es asombrosa. En la misma semana podemos tener tanto un cassoulet muy de nuestra tierra como platos egipcios sorprendentes; el más conocido se compone de una especie de albóndigas de habas y especias doradas en aceite y metidas dentro de unas tortas finas*

*redondas dobladas por la mitad que llaman pitas. Les gusta la carne y el pollo, desde luego, pero sobre todo el pichón, que acompañan con un arroz pilaf rehogado con mantequilla campesina muy grasa. Consumen mucho pescado de agua dulce y camarones grandes que se pescan en el Mediterráneo. He probado el jugo de la caña de azúcar, ¡es delicioso! Pero hablemos de trapos... Aquí van al último grito. Yo pensaba, tonta de mí, que haría descubrir a Egipto las últimas novedades de París. ¡Ah, sí! Estoy contenta de que mi hijo nazca y se críe aquí. La única sombra en todo el cuadro es que el padre de Kostís ha sufrido hace poco un revés en su salud del que espero se recupere pronto. ¡Ah, mamá, cómo hubiera querido que estuvieras cerca de mí! Pero, créeme, no me siento abandonada. Es imposible sentirse solo en Alejandría. Es una ciudad hospitalaria, la gente es acogedora, sin discriminación alguna y también sin complejos.*

Rachel deducía de sus cartas que su hija vivía aislada, al menos en los primeros tiempos. De modo que hacía preguntas. ¿Le daba preocupaciones el embarazo?; a pesar de las respuestas tranquilizadoras, a ella le costaba creer que las actividades tan absorbentes de Kostís fueran la única razón que la obligaba a pasar la mayor parte de su tiempo entre cuatro paredes.

Sea como fuere, un mes y medio después del nacimiento de su nieta, lo que desprendían las cartas de su hija era radicalmente distinto; entonces describía una serie de experiencias y muchas menos escenas de la vida doméstica.

*Seiscientas mil personas viven aquí, mami; no está mal, n'est-ce pas? Palmeras altísimas por encima de árabes con largas chilabas y tarbushes rojos. Sus voces lentas dan la impresión de que están rezando, incluso cuando venden fruta en las calles; el perfume de los jazmines se sube a la cabeza y recuerda el verano. Bonitas playas acogen a nadadores despreocupados. Aquí empiezan a bañarse muy pronto. Ayer me di mi primer baño de mar en el golfo de Stanley, un gran nido de arena después del rompeolas, que un espíritu previsor demasiado humano ha bordeado de una serie de cabinas. Una banda de jazz se lo pasaba en grande sobre una plataforma de cemento y los nadadores bebían cerveza sentados a unas mesas pequeñas. Un mar de sueño, olas de coral cuando está en calma; pero en cuanto se pone bravo sacan enseguida la bandera negra. Los trajes dan testimonio de una mojigatería local indudable, aunque Kostís me ha contado que Stanley Bay es conocido como lugar de encuentro de homosexuales. Mañana por la noche estamos invitados a cenar; después iremos a la ópera. Hoy vamos a un cóctel a bordo de un navío de guerra británico, un portaaviones —si he entendido bien—. Original, ¿no? Kostís ha reflexionado mucho antes de aceptar, pero apenas tenía otra opción. Va a hacer business con el Almirantazgo británico. Nos acompaña un señor libanés muy elegante. Se llama Elias Juri. Cada vez que lo vemos me hace la corte, lo cual tiene el don de poner nervioso a Kostís. ¡Qué tonto puede ser a veces!*

Las cartas a su madre constituían en cierto modo su diario de Alejandría. Haike tenía buen cuidado de mencionar sus nuevos centros de interés, sus nuevas relaciones, los acontecimientos, los días de fiesta que a lo largo del año iban dibujando la topografía mágica de la ciudad, al

menos en la visión que tenía de ella. Rachel leía feliz las descripciones de la ciudad europea de Oriente, en la que lo único que había que saber, visiblemente, era el francés; y se decía que no se había equivocado al permitir que su hija se casara con un griego que la había llevado a vivir allí.

Además de las postales convencionales que había recibido —la Bolsa, la plaza Mohamed Ali, el jardín francés, la plaza Saad Zaglul donde se encontraba el nuevo gran hotel, el casino de San Stefano, Stanley Bay, la columna de Pompeyo—, los aspectos detallados que salpicaban la correspondencia de su hija le habían dado la posibilidad de apropiarse por completo de la ciudad, hasta el punto de poder orientarse sola, al menos en las zonas por las que la joven señora Járamis solía circular.

*Cuando vengas a Alejandría, Dios quiera que pronto, iremos sin falta a Pastrudis y Baudrot, donde se reúne la crème des crèmes de la ciudad. Te llevaré también al Grand Trianon y a Athineos, para que compruebes por ti misma en qué consiste la élégance en todo su esplendor. La ciudad ofrece todo lo que se pueda desear, te lo aseguro: hoteles lujosos, buenos restaurantes, grandes almacenes, cines, teatros, un hipódromo, campos de tenis, un club de vela. Hace poco ha venido la compañía de la Comédie Française y ha ofrecido representaciones una semana entera. Artistas líricos y músicos de fama mundial incluyen Alejandría en sus giras. Los discos de Bing Crosby, que a Kostís le encanta, se distribuyen aquí poco más o menos al mismo tiempo que en América. No me falta prácticamente de nada. Se me había terminado la barra de labios Max Factor y no he tenido ninguna dificultad en conseguir una nueva. En suma, mami, decidete, no tengas miedo de este viaje, los barcos que salen de Marsella son luxueux.*

Esos ánimos y perspectivas seductoros volvían una y otra vez en las cartas de Haike; no obstante, su madre no se decidía a dejar la Ciudad de la Luz. Ni siquiera las primeras fotografías consiguieron vencer sus reticencias. Para no salir de París, pretextaba sufrir un martirio debido al reumatismo. Se alegraba de que su hija se hubiera casado bien y fuera feliz, y las visitas periódicas que Haike hacía a la gran sinagoga de Nebi Daniel la reconfortaban mucho.

*Acude toda la judéité de Alejandría. Forman una comunidad poderosa que cuenta con algunos miles de miembros, y viven en armonía con las demás poblaciones. Al principio, Kostís intentó disuadirme (creo que su madre lo incitó a hacerlo), pero le recordé que desde el principio habíamos dejado las cosas en claro. Mi conversión al cristianismo no era más que una formalidad para regularizar mis documentos. No tengo en absoluto la intención de abjurar de mi fe, mamá. Afortunadamente, de momento se muestra benevolente. Todos están tan contentos con la llegada de la pequeña Dafni —podría haberse abstenido de escribir esto último— que están dispuestos a perdonarme «libertades» mucho más graves. Kostís me comprende a la perfección. Además, no olvida que el dios de muchas mujeres de la haute société es alto, bien vestido, hermosos ojos y voz de bajo. Si tuviera que escoger entre ese y el Dios de los judíos, sin duda preferiría el segundo, que le ahorraría muchos disgustos.*

En verdad, las objeciones de la familia Járamis no eran tan ligeras como Haike daba a entender en sus cartas. De haber oído la observación que su suegra hizo a su hijo, nunca habría evocado a los dioses alejandrinos que bendecían las grandes burguesas: «Tu judía nos va a traer disgustos. La ciudad solo habla de ella. Sinceramente, preferiría que se hubiera encaprichado de un simple mortal, más que de ese Jehová...».

Y si se hubiera limitado a dar una imagen de judía practicante... Alentada por el nivel social de la familia Járamis, consideró que podía entregarse a lo que la abuela Dafni calificaba de «juego sionista a nuestras espaldas».

*He tenido la suerte de conocer a Hayim Weizmann. Un verdadero gentleman de la política. Idealismo y sentido práctico reunidos en un mismo hombre. Es algo completamente nuevo. En sus palabras me parece encontrar un sentido a mi vida. Nadie ha comprendido nuestro problema mejor que él. Poseer una patria que no puede ser otra que la tierra de nuestros antepasados es, ahora más que nunca, imprescindible. Es profético.*

Sus comentarios entusiastas con respecto al líder del movimiento sionista inquietaban a su madre, que le escribió en muchas ocasiones:

*Tienes que pensar primero en tu marido, tu hija y tu hogar. La cuestión judía es tan amplia y complicada que no creo que pueda resolverse como por arte de magia por la acción de un hombre como ese señor Weizmann y un puñado de sionistas. Solo el tiempo sacará a la luz las soluciones.*

Rachel veía claramente las sombras que apuntaban a la vida de Haike, y su inquietud, lejos de apaciguarse, aumentaba al ritmo de sus cartas contradictorias.

*Aquí todo es tan idílico que a veces uno se siente hastiado. La monotonía del azul del mar, el calor húmedo, la vida mundana, pero también la voz del muecín y la histeria de los minaretes. Un universo de arena y de sensualidad. A veces siento nostalgia de nuestro pequeño París, querida mamá, y me pregunto cómo sería mi vida si no hubiera dado este giro decisivo.*

Para quitarle de la mente este tipo de pensamientos, Rachel se quejaba a sabiendas del clima de París, que continuamente despertaba sus dolores.

*A veces me digo que tienes suerte de vivir en un continente joven todavía como África. La vieja Europa se ha vuelto insoportable. De su seno flácido y arrugado no salen ya más que demonios como Hitler.*

En otros momentos las cartas de Haike solo irradiaban alegría:

*Esta mañana, al despertarme, un flamante Rolls-Royce me esperaba delante de la casa. ¡Ah, Kostís, qué amor! Lo único que se le ocurrió decirme fue: «Bien, así no volverán a prohibirte la entrada al desierto». El otro día había planeado ir con un grupo de amigos al reino de la arena, pasando por una de las puertas de piedra de las afueras de Alejandría, pero tuvimos que desandar el camino cuando uno de los empleados de la oficina de arbitrios nos señaló un cartel que indicaba que solo podían circular por el desierto los vehículos de las marcas Ford o Rolls-Royce.*

*Ignoro lo que debo hacer con las ayas, mamá. Hemos cambiado no sé cuántas veces, hasta hoy, ya que Kostís nunca está contento. Exagera un poco, pero cada vez que se lo digo me contesta: «Sé lo que me hago». Mi belle-mère nos propuso que eligiéramos de nuevo a la antigua aya de sus hijos, una tal miss Gaby que, entretanto, se había convertido en su secretaria. No es tan mayor como puedes imaginar y, además, me pareció très sympa, pero Kostís se ha negado. Después del nacimiento de la pequeña Dafni, incluso convenció a su madre de que se separaran. La despidió, al igual que a su hermano, una criatura hermafrodita que Dafni utilizaba como chófer. Kostís les ha achacado la desaparición de una estatuilla, pero el robo no ha podido probarse. Si quieres mi parecer, es el resultado de un trato entre la madre y el hijo para que mi hija llevara su nombre. En este momento, la estrella es Jane, una joven inglesa muy gordita (mi suegra está dispuesta a soportarlo todo con tal de que la niñera sea inglesa) que ríe por todo, pero tiene un defecto, utiliza mis productos de belleza. Esperemos, a pesar de todo, que eso la ayudará a quedarse; de lo contrario, no sé qué será de mi pobre Dafni, que se cría entre jóvenes egipcias rollizas de color chocolate.*

La señora Rachel pudo comprobar por sí misma los resultados de esta educación cuando, en el verano de 1936, recibió en París a su hija y su nieta. La pequeña Dafni, con tres años cumplidos, tenía el aspecto de una niña alegre que, con sus lazos y vestidos de color rosa, parecía un bombón sonriente. Desde el primer momento, la pequeña se acurrucó en sus brazos, y la abuela, llena de una serena alegría, sintió cómo emprendían el vuelo los dolores punzantes que sufría desde hacía años. Todo habría ido de maravilla en el mejor de los mundos, si la muerte del suegro de Haike no las hubiera obligado a regresar precipitadamente.

—Alguien pone flores en la tumba de tu padre —decía con frecuencia Maria al más joven de sus hijos, a principios de 1936.

—¿Y eso está mal? —preguntó Nikitas, que no sabía qué pensar.

—Flores frescas que perfuman el cementerio. ¿Quién puede ser?

—No tengo la menor idea. ¿Hace tiempo que sucede eso?

—Casi desde el principio. El año pasado dejaron de ponerlas durante un tiempo; pero ahora han vuelto a las andadas. ¿Quién puede ser la persona que hace eso?

—¿Se te ocurre alguien? La verdad es que no sé quién puede ser.

—Voy a tender una emboscada una mañana, y le atraparé por el cuello —resolvió Maria, que enseguida puso el plan en marcha.

En los reflejos rosados de un amanecer de invierno, poco antes de un repentino aguacero llevado por las nubes del delta, se perfiló una silueta masculina, que avanzaba despacio entre las tumbas. A pesar del largo abrigo y el amplio sombrero de fieltro que le daba un aspecto misterioso, Maria reconoció con facilidad la brusca manera de andar de su sobrino. Tenía en la mano un ramo que depositó sobre la losa sepulcral, con excepción de una flor única que conservó entre sus manos. Permaneció inmóvil unos minutos con la cabeza inclinada. Después la dejó caer sobre las otras y giró sobre sus talones.

Las visitas frecuentes de Kostís al cementerio de Chatby tenían menos que ver con su tío Zanasis que con la salud de su padre, que se había agravado —al menos esa era su impresión.

Desde que había salido del hospital, la salud de Andonis había permanecido estable; evidentemente, el hecho de estar inmóvil en una silla de ruedas hacía suponer una degradación de su estado a quienes pensaban que el hombre de negocios recuperaría lo fundamental de su energía. Su presencia en el jardín de la suntuosa mansión desvalorizaba cada día más su imagen; meses más tarde la gente que pasaba y los vecinos lo consideraban casi una momia, la sombra de alguien que antaño sometía a todos a su voluntad. Ya no sentían piedad por él. La compasión se transformó en una especie de tolerancia condescendiente; hasta silenciar su nombre. Su mujer solo hablaba de él como su marido inválido y, a veces, en términos despectivos: «¿Está ese por ahí, por el jardín?», «¿Le habéis dado agua al viejo?». Cuando la sorprendía expresándose de ese modo, su hijo se lo tomaba muy mal:

—Vamos, mamá, no hables así de tu marido —la reñía irritado.

—*D'accord, d'accord.*

Al instante siguiente ya lo había olvidado y hacía lo que le daba la gana.

Haike era quizá la única que se mostraba delicada con él. *Pa-te-ras* («pa-dre») fue sin duda la primera palabra griega que aprendió y que pronunció siempre con un respeto impregnado de emoción, aunque tenía dificultades al acentuar y pronunciar las erres. Kostís seguía dando su informe diario a un Andonis mudo y clavado en la silla. Los otros miembros de la casa no compartían su punto de vista por considerar que perdía el tiempo. Solo Elias Juri, que él había bautizado como «la conciencia viva de Alejandría», era de su mismo parecer. El Libanés visitaba a su viejo amigo con frecuencia. Siempre tan elegante, solía llevar, además de unas delicias de Pastrudis o de Baudrot, las últimas noticias del mundo. Para confirmar la importancia de ese ritual, Kostís, en sus raros momentos libres, proyectó levantar un quiosco en un extremo del jardín, para que se instalaran en él y estuvieran tranquilos. Lo llamó «el quiosco de la Amistad».

—Así, las malas lenguas ya no podrán decir que estudié arquitectura en vano —ironizaba.

Solo Elias encontraba la paciencia para hablar, analizando lo esencial de los acontecimientos, quizá porque nadie le prestaba atención. El restablecimiento del servicio militar obligatorio por parte de Hitler, por ejemplo, era para él el signo precursor de una guerra en Europa. *Mais nous, on reste en Égypte, n'est-ce pas, Antoine?*, solía repetir, sin duda para tranquilizarse a sí mismo. El fracaso del levantamiento de los partidarios de Veniselos, en 1935, anunció el retorno del rey *et qui sait de quoi d'autre...* La invasión italiana de Etiopía debería haber alertado a los británicos, pero estos seguían de brazos caídos y se preparaban para firmar un acuerdo de desmilitarización de Egipto. «A merced del Duce, *alors*», concluía Juri, y soplabla sus volutas de tabaco azul irisado al rostro de Andonis, como si le diera el beso de la vida. Al mismo tiempo que el humo revigorizante, le transmitía con una mirada cómplice el saludo de Yvette, que Andonis

recibía más bien con indiferencia. En cambio, cuando en marzo de 1936 le anunció la muerte de Veniselos, el enfermo, apenado, inclinó la cabeza y las lágrimas que brotaron de sus ojos se detuvieron un instante al rodear la nariz, antes de deslizarse por la hendidura de sus arrugas. *Tiens, tiens!* Este morirá antes de olvidar que fue un partidario de Veniselos, pensó Elias.

Para este último instante se preparaba Kostís desde hacía tres años. Tres años inmóviles en los que vida y muerte habían pactado una tregua en el cuerpo paralizado de su padre, como si hubieran querido dejar al hijo el tiempo necesario para acostumbrarse a la idea de que un día el quiosco de la Amistad se quedaría huérfano. ¿Qué lugar mejor para acostumbrarnos a la muerte que donde reposan nuestros difuntos?

El día en que la impresionante carroza fúnebre, adornada con velos malva y angelotes tallados en madera, tirada por seis caballos de orejeras doradas, transportó con gran pompa los restos de Andonis Járamis hacia su última morada, el cementerio griego ortodoxo de Chatby se había convertido en la segunda residencia de su hijo mayor. Allí reposaba el tío Zanasis y los estaba esperando. Habían preparado el mausoleo de mármol blanco en el que figuraba inscrito: FAMILIA ANDONIS JÁRAMIS. Allí se encontrarían un día, juntos, incluso Majos, que había optado por estar ausente. Cuanto más lo observaba, más se convencía Kostís de que la entrada, rodeada de pequeñas columnas, recordaba la de la casa familiar. Sin duda Elias estaba en lo cierto al concluir así la oración fúnebre: «No busquéis a vuestros muertos en los cementerios; en ellos solo reposan nuestros errores en lo que respecta a la vida y la muerte».

Kostís sobrevoló con la mirada la multitud que inundaba los caminos. Personalidades extranjeras y humildes obreros; notables y gente del pueblo, la comunidad de compatriotas rendía un último homenaje al «patriarca del cigarrillo griego en Egipto», como lo denominó el *Tajidromos* al día siguiente de su muerte. Imaginó esos rostros conocidos y desconocidos volatilizándose unos tras otros con el correr del tiempo: su madre, su tía Maria, Nikitas y sus hermanos, Illich, Misha, Andreas Sistanis, Elias y esa mujer desconocida con amplias gafas de sol que estaba, muy conmovida, al lado del Libanés. Cuarenta y cinco años, elegante, ni griega ni autóctona, daba la impresión de reivindicar —no se sabe por qué— una parte del dolor común.

El día en que Andonis se había derrumbado ante la visión de su hijo ilegítimo, Yvette lo había esperado durante mucho tiempo en el piso de Sultán Hussein. La noche de invierno era fría y la lluvia desplegaba su velo sobre Alejandría. Un extraño silencio acompañaba a sus pensamientos, interrumpido de vez en cuando por el roce de la gandura del bauab en la escalera, el ruido del ascensor vienés o el de un túburi que bajaba rápidamente hacia la estación de Ramleh. Después el aguacero volvía a su crepitar monótono y el agua hacía ruidos curiosos al ser engullida por el canalón deteriorado del balcón. Dieron las nueve y se dijo que aquella noche Andonis ya no iría.

No vendrá. Le ha pasado algo. Se envolvió en la bata y se hundió en los cojines del sofá. Estaba oliendo el aroma de un pañuelo perfumado, casi dormitando, cuando la campanilla se agitó con insistencia. No parecía la manera de llamar de Andonis. Abrió y se encontró de frente con Elias, que sacudía su amplio paraguas negro.

—¿No te han enseñado a llamar a las puertas? —ironizó, y se volvió indolente a su canapé.

Había transcurrido mucho tiempo desde la época en que sus visitas tenían un sentido particular. Él se dio cuenta y la informó sin rodeos:

—*Le sale vieux est malade.*

—¿Antoine? ¿Enfermo? —Le pareció raro—. *Un rhume ou quoi?* —Se rió.

—Si se tratara solo de una gripe... Desgraciadamente, me temo que es algo mucho más serio.

Aun así, Yvette no quiso creerlo. Antoine representaba todo lo que le daba tranquilidad en la vida. Él era LA seguridad; eso era indudable. Era el sustituto de un padre contumaz y soñador, el amante tierno, el amigo, el protector.

—*C'est-à-dire* —prosiguió en un tono impregnado de indiferencia provocadora.

—*C'est-à-dire...* vengo directamente de San Sofronios, donde han hospitalizado a Andonis tras un ataque vascular cerebral grave. Los médicos no son muy optimistas.

—¿Ataque cerebral grave? ¿Algo así como lo que le ocurrió a Arapidis? Pero... *c'est terrible* —murmuró.

—Lo siento, Yvette. Lo siento sinceramente. Aunque a veces hablaba de él de forma desagradable, lo encontraba simpático, *le sale vieux*, tú lo sabes muy bien. Él también me tenía simpatía.

—Quiero verlo —dijo, resuelta, pero él la cortó en su impulso.

—*Pas question.* Su mujer está con él. Creo que basta con un escándalo a la vez.

—¿Qué quieres decir?

—¿Que qué quiero decir? ¿Estabas al corriente de que tu tierno amor tenía un hijo natural y lo ocultaba?

—Claro que no.

—¿Qué puedo añadir? En esta ciudad suceden los acontecimientos más insensatos.

—Espera un momento. ¿Qué significa «natural»?

—Natural *ça veut dire* un hijo que alguien concibe fuera del matrimonio. Está claro, ¿no?

—Pero cómo..., es decir..., pero entonces..., y yo que creía ser la única...

—Ah, me has entendido mal, mi amor. Es una historia antigua. Antes de que se casara.

—*Eh, bien!* ¿Y durante todos estos años?

—Parece que durante todos estos años había conseguido librarse de él. Tanto y tan bien que él mismo había llegado, creo, a olvidar su existencia.

—¿Por qué dices eso?

—Porque... un Járamis nunca se dejaría sorprender de esa manera.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—No podemos hacer nada. Hay que esperar a ver qué pasa.

—Es injusto. No estaba preparada para algo así —masculló Yvette.

—Reaccionas de una forma curiosa, pobre amiga mía. Y Andonis, ¿cómo debe tomárselo?

—No tengo a nadie más en el mundo, Elias, deberías comprenderme.

El Libanés se encogió de hombros y se volvió hacia la puerta.

—*Où vas-tu?* —tartamudeó, aterrorizada, cogiéndolo por la manga.

—A mi casa. ¿Adónde quieres que vaya? Para mí, basta por hoy. *Je vais au dodo.*

—*Attends.* Quiero que te quedes.

—*Ah, je regrette, chérie,* no tengo mi cepillo de dientes ni mi camisa de noche.

—Eso tiene arreglo. La noche es muy fría y llueve cada vez más.

Él dudó un instante.

—Por favor.



—¿Qué gano?

—*Au moins*, un buen afeitado mañana por la mañana. No debes dejar que te crezca la barba; está encaneciendo y te hace más viejo. He guardado la hoja con la que te afeitaba hace tiempo —susurró, y se aflojó la bata marcando el gesto.

—Si es así, me quedo.

—¡Muy bien! —exclamó quitándole el abrigo—. Voy a preparar la cena —añadió, y corrió a la cocina.

—¿Tienes algo de beber?

—Por supuesto —respondió desde el otro extremo—. He guardado un viejo whisky de malta de la mejor reserva. Lo encontrarás en el mueble del comedor. Me lo dejó un cliente judío de Mustafá Pashá. En tu vida has bebido nada tan bueno. Enseguida te llevo la soda.

A la mañana siguiente, se despertó en sus brazos. No le había sucedido desde hacía años. Le sirvió el desayuno en la cama y después le hizo un *rasage* minucioso. Cuando se disponía a mojarle el rostro con esencia de azahar, oyeron chirriar la puerta de entrada y apareció la silueta oscura de Ramzi.

—¿Qué pasa, bauab? —preguntó Elias en árabe.

—Me he enterado de que el señor Andonis no está bien —respondió mezclando las lenguas como sin duda solía hacer con Yvette.

—¿Y?

—El señor Andonis debe a mí tres salarios —dijo, y sus pupilas se encogieron de un modo extraño.

—¡Mentiroso! —exclamó Yvette.

—Ramzi habla la verdad. —Y mostró los dedos—. ¡Tres salarios!

Parpadeaba sin poderse controlar.

Elias se levantó y le propinó una memorable bofetada, antes de añadir con mucha calma:

—Ahora estamos en paz.

El bauab se retiró andando hacia atrás en dirección a la puerta, sujetándose la mejilla y haciendo inclinaciones por turno a Yvette y a Elias.

—No tengas miedo, preciosa. Ahora yo me ocupo de ti.

Como si no hubiera oído la última frase, ella preguntó:

—¿Cuánto tiempo podremos mantenerlos bajo amenaza?

Durante los años siguientes se hizo la misma pregunta en varias ocasiones sin poder responder. Ese fue especialmente el caso cuando Farid, el policía comprensivo, «el amante del yatagán negro», como ella lo apodaba debido a su enorme pene torcido —que seguía persiguiéndola con sus requerimientos—, se jubiló y fue sustituido por Nur, un turco-egipcio muy moreno, de cabeza cuadrada y rasgos de mongol, que ella detestaba cordialmente. Cada vez que Farid había tratado de imponerlo en la casa de Mustafá Pashá, se había encontrado con la negativa de Elias: «*Pas question!* Es un antibritánico furioso». Estaba lejos de ser el único en la policía egipcia. Perteneecía a un grupo de oficiales exaltados que, atizando una feroz controversia contra la casa de citas de Mustafá Pashá, lograron al fin poner los pies en ella, entrando por la puerta trasera.

Después de lo que le había sucedido a Andonis, Yvette se mostraba cada vez más circunspecta con relación a la situación que reinaba en el cuartel general del amor venal, en el que las

prostitutas que trabajaban para los servicios secretos intentaban llevar la batuta, lo mismo que procuraban, por su parte, los oficiales nacionalistas de la policía egipcia. A veces incluso sentía cierta nostalgia de la época en que Petros Zemistoklés le conseguía las chicas —entretanto, el chipriota había cogido la sífilis y no le quedaba ya mucho tiempo—. Lo cierto es que los viejos buenos tiempos —cuando la bella Roxane y su hermana Danae ofrecían sus servicios de gran calidad a señores refinados—, se habían acabado definitivamente. Marianzi, «Nehir, la puta enmascarada», permaneció encerrada largos años en la clínica del sur de Francia hasta que, a principios de los años treinta, puso fin a sus días.

Yvette ya no tenía ataduras, y pensó varias veces en marcharse de la ciudad que batían las mareas milenarias, codiciada por árabes vanidosos, británicos arrogantes y extranjeros que nunca eran conscientes de la evolución de las situaciones. Cuando Andonis murió, comprendió que con él desaparecía la Alejandría que ella había conocido. El cosmopolitismo de antaño se disolvía por sectores enteros en miasmas deletéreos y ella no quería ver hundirse la ciudad ante sus propios ojos.

En el verano de 1936 hizo un gran viaje por Europa y, a su regreso, a principios del otoño, juzgó razonable informar a Elias de sus resoluciones. Él la sorprendió, como de costumbre, al afirmarle que en adelante ella no decidía ya su propia suerte, y para más explicaciones la envió a unas señas en la calle Yang. En una casa señorial, la advirtieron de que se avecinaban años oscuros —se lo dijo Mister Voice, el director invisible del contraespionaje británico—. Antes la habían invitado a una especie de ceremonia en una sala de recepción cuadrada en la que había micrófonos y altavoces ocultos en las cornisas y el techo.

«A partir del día de hoy usted forma parte oficialmente de nuestras unidades operativas. La familia real y el pueblo británico le están agradecidos por los servicios que nos ha prestado», dijo la voz.

La misma voz prosiguió, más lenta; profirió siniestros presagios relacionados con el próximo estallido de una guerra y concluyó señalando que no se trataba de un conflicto que tuviera que ver únicamente con la suerte de Alejandría, sino con la salvación del mundo.

*Poco antes de la batalla, entramos en un pueblecito cerca de la carretera nacional que lleva a La Coruña. Un lugar indemne que la guerra no había tocado hasta entonces. Los habitantes, pobres e increíblemente inconscientes, se dedicaban a sus ocupaciones como si no pasara nada. De inmediato, dividimos el terreno en zonas y transformamos el pueblo en un campamento avanzado, con lo que eso implica: soldados, armas, vehículos y todo lo que un ejército arrastra detrás. Desgraciadamente, llegaron aviones enemigos y lanzaron bombas. Los campesinos se lanzaban a la calle corriendo como locos, abandonaban sus bienes y se entregaban tanto al enemigo como a nosotros. La batalla contra los fascistas no tardó en causar estragos. Tres días y tres noches tratamos de defender nuestras posiciones, costara lo que costase. En las treguas, de muy corta duración, el loco del pueblo, que no se había marchado con los otros, salía de su agujero y se ponía a cantar, con una botella en la mano, imitando los horrores de la guerra. No sé si venceremos, pero si consigo salir con vida, estoy seguro de que escribiré mi obra maestra.*

*Tuyo,*

EL HEMINGWAY DE LOS BALCANES

Esta fue la primera carta que Kostís recibió de un campo de batalla de la guerra civil española; supo entonces que Illich y Nikitas se habían enrolado en 11.ª Brigada Internacional.

Unos días después llegó una segunda carta; según todas las apariencias, la habían enviado antes, pero en las situaciones de urgencia buscar un orden cronológico probablemente no tenga mucho sentido.

*Llegamos a Marsella; al día siguiente embarcamos (quinientos voluntarios) a bordo del vapor Ciudad de Barcelona. Dos días más tarde llegábamos a Alicante. Desde allí, tomamos el tren para Albacete, el centro militar de acogida de los nuevos reclutas de las Brigadas Internacionales. La situación sería deplorable si no fuera porque algunos comunistas alemanes se encargaron de limpiar el campamento. Entre ellos hay uno que al parecer conoces bien. ¿Te dice algo el nombre de Karl Voiter, una especie de armario ropero? Te envía cordiales saludos. Es el responsable de nuestro catecismo político. Nos han distribuido uniformes; en fin, cualquier cosa menos uniformes. Resulta difícil encontrar alguna prenda de su talla. Imagínate que tu primo lleva zapatos desparejados. Por lo demás, la instrucción militar de los brigadistas es una ficción. La mayoría de nosotros tocamos un arma por primera vez cuando partimos hacia el frente. Algunos veteranos de la Gran Guerra nos enseñan cómo cargar los fusiles de otra era y de calibres diferentes. Las municiones (no hay suficientes para todos) las echan mezcladas dentro de cajas. ¡A ver si encuentras lo que buscas! Sobre todo si es tu bautismo de fuego... Y está también el riesgo de encasquillamiento y de diversos accidentes. Cuando piensas que, en conjunto, tenemos que imponer respeto a los milicianos españoles y hacerles creer que nuestra intervención restablecerá la situación en el último momento... Por suerte los españoles empiezan a darse cuenta de lo que es una guerra.*

*Tuyo,*

*EL HEMINGWAY DE LOS BALCANES*

Kostís consiguió un mapa de España y en los ratos perdidos anotaba las posiciones de los adversarios y sus movimientos según los informes de los periódicos; a partir de un momento dado, logró llevar su propia guerra, según sus preferencias y simpatías. Se proclamó mariscal de los republicanos con la misión de determinar su estrategia, inquebrantablemente convencido de que la guerra era la guerra, fuese militar o económica. Era este un medio para combatir el insomnio; a veces introducía los planos en sus sueños y hablaba, daba órdenes confusas surgidas de su inconsciente sobreexcitado.

Pero una nueva carta de Illich lo devolvió a la realidad espantosa de esa guerra:

*Creo que esta guerra es una ocasión que se ofrece a todos los desesperados. Para que lo comprendas, has de saber que en nuestra brigada se encuentran ex rusos blancos, o sus hijos, que luchan por nostalgia de su patria, con la esperanza de merecer un billete de vuelta a la Unión Soviética. ¿Dónde estás, Vorópanov?*

*Piensa rápido: cada combatiente no posee más que un puñado de balas; en algunos batallones las municiones se han convertido en objetos de lujo.*

El conflicto, que Kostís enfocaba como un juego, acabó estremeciéndolo. Teruel, una apuesta de débil importancia estratégica, que la estúpida obstinación de los dirigentes republicanos había convertido en objetivo capital, se convirtió en la tumba de dos de sus amigos. Karl Voiter fue el primero, e Illich hizo el relato de su muerte durante la recuperación de Teruel por parte de los republicanos.

*Era de infantería, y se lanzó, abriendo camino con heroísmo y brío; se diría un maestro de ceremonias en un cabaret berlinés. Este buen gigante había perdido la cabeza en esta trágica parodia que algunos llaman guerra civil española, pero las balas no tuvieron piedad de él. Murió cantando La Internacional. ¡Vive y recuérdalo!*

El 22 de febrero de 1938 le llegó el turno al serbio, cuando los nacionalistas reconquistaron la ciudad; pero Kostís se enteró de esto mucho más tarde, cuando Nikitas, único superviviente del grupo, volvió a Alejandría. Su primo había soportado sin una queja el absurdo de esa guerra y asistió a la revista de despedida de las Brigadas Internacionales organizada por Negrín el 15 de noviembre de 1938, en Barcelona. Después los voluntarios extranjeros se retiraron del frente y abandonaron España.

A finales de ese mismo año, Nikitas regresó, pero no era el mismo. En cierto modo, para Kostís, ninguno de los amigos del grupo había sobrevivido; el que parecía ser su primo no era más que un extraño, portador de su nombre y de su porvenir en este mundo.

Cuando el doctor Majos Járamis llegó a Atenas en el otoño de 1936, recordó lo que solía decirles su padre tanto a él como a su hermano: «Amad a nuestra Grecia, ¡pero de lejos!».

*Primera impresión penosa —escribía a su madre—, Atenas, ciudad fantasma; muchos barrios sin alumbrado y calles polvorientas. Transportes públicos pobres. El Pireo, un barrio de chabolas. Carestía, pobreza, falta de educación. Doce dracmas por un paquete de cigarrillos que no valen nada, comparados con los nuestros. Grecia sigue anclada en el siglo XIX. Como griego, me da vergüenza mirar a los ojos a mis amigos alemanes.*

De hecho, había recibido mal la idea de ser alejado del «ombligo del Nuevo Mundo», como había calificado a la Alemania de Hitler en uno de sus artículos. Escribió a su hermano:

*No soportaré un segundo exilio. Un día fui alejado por mi padre y ahora sufro otro calvario al arrancarme a mi padre espiritual, Rudolf Hess, para enviarme a una capital fantasmagórica del Viejo Continente. Me siento deprimido por la barbarie de los griegos de Grecia sobre un*

*fondo de mármoles antiguos. Tengo nostalgia de Alejandría.*

La última frase sonaba como una amenaza. Siguiendo el proceder paterno —sustanciales compensaciones—, Kostís había conseguido, tres años antes, mantener tanto a Majos como a Fanis lejos de Alejandría. Su madre se lo había señalado:

—Me recuerdas a tu padre. Cuando quería deshacerse de alguien, lo cubría de oro. En el caso de ese Kostarás, lo comprendo, pero ¿en el de Majos? ¿No crees que, en un momento u otro, debería volver?

Se negaba a pensar en ello. La presencia de un hermano pro nazi en un Egipto que, de hecho, seguía siendo protectorado británico, podía hacer estallar la empresa familiar. De vez en cuando Elias daba a entender que el contraespionaje británico interceptaba cartas de su hermano. Dada la situación se preguntaba —y con razón— cuál era, al fin y al cabo, el gran escándalo: Fanis, el hijo natural o Majos, el hitleriano. Gracias a Dios, de momento uno y otro tenían otras prioridades. El segundo servía al Führer y el primero, al noble ideal de la *dolce vita*. Materialmente, Majos salía menos caro. Las continuas exigencias de Fanis, playboy tardío, que tenía la intención de compensar en tres años las privaciones de toda una vida, eran una preocupación para Kostís. Los telegramas que le enviaba periódicamente no moderaban en absoluto al joven, que no ponía freno alguno a sus gastos. Por experiencia, él conocía el coste de un vagabundeo ocioso a través de las capitales de Europa. En Alejandría, algunos le habían atribuido ya el sobrenombre de Jaramofáis-Jaramófago, el que devora la fuente de riquezas de Járamis. Kostís estaba llegando al límite y su amigo Illich, el de la gran nariz, le había dado un consejo poco antes de marcharse a España:

—Si no quieres seguir pagando *ad vitam aeternam*, pídele a Misha que se encargue de él. Europa ha dejado de ser segura. ¿Qué puede haber más banal que un accidente o un asesinato? El coronel ruso hará que sea asunto suyo y nadie lo sabrá jamás.

El serbio tenía razón. La vida que llevaba Fanis lo acercaba maquinalmente a la hora fatídica. La noticia de su muerte en alguna parte del sur de Francia, en noviembre de 1936, provocó las risas sarcásticas de más de uno: «¡Los hay con suerte...! Al fin ha conseguido deshacerse del «Jaramofáis». No obstante, Kostís dormía a pierna suelta. No había riesgo de que nadie le importunara y era, con mucho, la mejor solución.

Por su parte, Majos vivió en Atenas una serie de desilusiones. Mientras tomaba posesión de sus funciones como consejero de primera clase en la embajada de Alemania, se enteró, por boca del mismo encargado de negocios —un obeso con lentes y de perfil político imposible de definir, que sustituía al embajador mientras el puesto estaba vacante—, de que iban a nombrarle secretario de Estado de Prensa y Turismo, un puesto creado recientemente en el gobierno helénico.

—Yo pensaba que me habían enviado a Grecia para servir a Alemania y al Führer —reaccionó Majos, mostrando su decepción.

—Y no se equivoca —contestó el hombre gordo—. En sus nuevas funciones estará en condiciones de prestar un gran servicio al Tercer Reich. Estoy convencido de que, con la ayuda de su experiencia junto a herr Goebbels, realizará usted una obra admirable para su país de origen, bajo la batuta de su primer ministro, en unos momentos en que intenta reconstruirse y reanudar la relación con su glorioso pasado. Estará de acuerdo conmigo en que, en nuestra época, la propaganda lo es todo.

—Sin duda, pero...

—Tiene que ahuyentar esos vanos escrúpulos, doctor Járakis. Es usted una mente brillante. Confíe en las oportunidades que se presentan... Sobre todo, confíe en nosotros. Estoy seguro de que, con el tiempo, la confianza que depositamos en usted se verá plenamente justificada.

—Si se trata de una cuestión de confianza...

—Por supuesto que es una cuestión de confianza.

Sin embargo, Majos no estaba dispuesto a confiar en cualquiera, y menos aún en ese encargado de negocios respulsivo, que debía de tener las mil y una razones para socavar su misión en Grecia. De inmediato telegrafió a Hess:

QUERIDO AMIGO, SEPA QUE ME DECAPITAN. DOCTOR MAJOS JÁRAMIS

Rudolf removería cielo y tierra para que le hicieran justicia, pero la respuesta lo azotó como una bala, entre las innumerables que se disparaban en ese conflicto:

HAGA LO QUE LE DICEN SIN RESTRICCIONES NI RESERVAS. RUDOLF HESS

A partir de entonces, detestó a la infortunada Grecia. Los tranvías eran lamentables, los restaurantes míseros, los teatros aburridos, los salones de té pretendidamente aristocráticos que bordeaban la plaza de la Constitución exudaban un profundo ambiente provinciano, sin contar con los caminos de tierra y las cabañas de madera que constituían el decorado de los paisajes del Ática.

En el Ministerio de Prensa y Turismo era peor. Majos le echaba la culpa al secretario de Estado, su superior jerárquico:

*Nikoludis intenta que fracase mi carrera, madre. Ha pasado por Alejandría, ¿lo sabías? Al menos no se ha dejado alcanzar por el aura de los alejandrinos. Es la mar de intrigante, pero en cuestión de propaganda totalmente nulo. Me pregunta una y otra vez: «Doctor Járakis, ¿qué actitud hay que tomar con la prensa? ¿Cómo actuar con la juventud?». Yo le expongo mis ideas y él las presenta como tuyas.*

*En cuanto a mis colegas, son incapaces y versátiles, irónicos e hipócritas. Creo que mi superioridad les da miedo. Un jefe de división me ha preguntado hace poco: «¿Es cierto, doctor, que habla usted cinco idiomas?». «Por supuesto», le respondo. «Me parece extraño, sabe. Hasta hace poco yo creía que los políglotas eran personas extrañas. Algo así como un zorro, que a ratos ladra, a ratos muge, a ratos ruge y a ratos gorjea...» No sé qué me pasó, pero le respondí: «Lo comprendo perfectamente. Y usted, qué hace exactamente?». «¿Qué quiere decir?» «Quiero decir, ¿usted ladra, muge, gorjea, en fin cuál es su lengua natural, Dios santo?» Parece mentira. Alguien tiene que poner en su sitio a esos estúpidos.*

Su opinión sobre Metaxás no era más halagadora:

*¿Quién crees tú que es el tío Yanis? —escribía a Kostís—. Pequeño, barrigudo, cegato,*

*desaliñado y, encima, me tiene envidia. Imagínate que le ha dicho con estas mismas palabras a Nikoludis: «¿Por qué ha traído aquí a ese? ¿Para que recuerde que soy bajito, feo e incapaz de articular una palabra de inglés?».*

No hablaba de los momentos buenos; solo se los confiaba a su diario íntimo, que escribía con regularidad.

*He pronunciado una serie de conferencias a propósito de Nietzsche y de la Grecia antigua. El público se volcó. Al fin una cosa agradable que no esperaba. Un joven estadounidense alto y flexible como una palmera se me acercó. Su nombre, Alex Pearce. Un ruido como de hojas al viento. Al final de nuestra conversación, nos complacimos en considerar nuestra visión común del amor en la antigua Grecia. Espero que no tarde en poner en práctica ese hermoso ideal.*

Tras una larga pausa, se podía leer, en el verano de 1937:

*Baños de mar en Falero, que recuerda Stanley Bay y sus casetas. Las solteronas maquilladas se abaten como langostas sobre las cafeterías elegantes de la calle Panepistimíu; las «estatuas» es el nombre que utilizan aquí los jóvenes para burlarse de ellas. Se pasan el tiempo sacudiendo el abanico y volviendo la cabeza para mirar de reojo a los transeúntes, sudorosas y agobiadas por el calor. Se acerca el primer aniversario del 4 de agosto y se han acordado de mí. Nikoludis intenta engatusarme. «Vamos, doctor, una buena idea, por favor.» Yo me hago el tonto. Quisiera estar en Alejandría, pero eso es imposible. El invierno que viene, tal vez.*

Sin embargo, el invierno siguiente no pudo moverse de Atenas, y se lo contaba a su madre en una carta:

*¡Una mediación de matrimonio! ¡Pues sí! Se ve de todo en esta pobre Grecia... Ese cretino de Nikoludis me quiere destinar a su sobrina. Pero lo he frenado en seco. «Usted, que ha vivido en Alejandría, debe de saber que los alejandrinos no se casan.» «Pero ¿cómo es eso? Por lo que sé, su propio hermano está realmente casado», se atrevió a replicar el desvergonzado.*

Majos lo había corregido, mirándolo fijamente a los ojos y replicando que su hermano no se había casado con una mujer, sino con una judía; lo cual se abstuvo de mencionar en la carta, al igual que la estupefacción del viceministro. Entretanto, Alex Pearce se vio obligado a volver a Estados Unidos y la soledad se hizo insoportable.

En mayo de 1938, llegó al fin el reconocimiento, y el doctor Járamis describió a su madre el triunfo de Zappio:

*La exposición de la sección helénica del Buró Central Internacional, «Alegría y trabajo», en el edificio de Zappio la había inaugurado el doctor Robert Ley. ¡Ah, madre, todos estaban allí! Pero en cuanto Robert me distinguió se precipitó a saludarme soslayando a todos los demás, incluso a Metaxás. Tendrías que haberlo oído: «¡Doctor Járamis, usted por aquí!». Estuvimos charlando diez minutos largos, como viejos amigos, y los ministros estaban allí, plantados, mirándonos, con los brazos caídos. El tío Yanis ha debido de ponerse enfermo.*

En la carta siguiente, Dafni le preguntó sin ambigüedad: «¿No crees que ya es hora de que vuelvas a Egipto?». Sin embargo, Majos, que esperaba que los alemanes no lo dejarían eternamente en un armario, ni se lo planteaba.

No obstante, en noviembre del mismo año, le escribió:

*Me alegro de anunciarte mi vuelta tan esperada a Egipto. Agregación temporal a nuestra embajada de El Cairo. Cuento contigo para guardar la mayor discreción sobre mi llegada, incluso un secreto absoluto. Desgraciadamente, no podré ir a Alejandría. Mi misión concierne intereses primordiales de la patria. Paciencia.*

Una vez más, su hijo mentía. La misión era doble. La carta de traslado mencionaba claramente que «el doctor Majos Járamis forma parte, provisionalmente, del efectivo de la embajada de Grecia en El Cairo con misión de evaluar la situación política, en el seno de la diáspora helénica en Egipto». Paralelamente, recibía otra hoja de ruta en calidad de agente de los servicios secretos alemanes. De modo que sus amigos, en definitiva, no lo habían olvidado. Las palabras del agregado militar de la embajada de Alemania sonaron de manera elogiosa a sus oídos.

«Si, dentro del marco de sus obligaciones diplomáticas, consiguiera reunir información sobre la presencia de fuerzas extranjeras en el norte de África, serviría como nadie a los derechos expansionistas del Tercer Reich en el continente negro.»

Soberbia envoltura para encubrir una sucia función de espía pero, en el caso del doctor Járamis, no había ninguna necesidad de exagerar tanto: el guapo alejandrino se sentía orgulloso de estar en la vanguardia del Nuevo Mundo en la tierra de Egipto. Respondió: «Usted no ignora que la población local espera con impaciencia el día en que el Führer la liberará del yugo de la ocupación británica». Y los dos suspiraron aliviados.

El regreso no lo hizo por las rutas clásicas. En vez de coger el barco de línea El Pireo-Alejandría, prefirió un carguero que lo condujo hasta Port Tawfik; desde allí, partió directamente hacia El Cairo. Pasó el invierno en la capital. Si lo hubiera deseado, podría haber subido al tren de la mañana y llegar a tiempo de poner los pies bajo la mesa familiar al mediodía. Pero la presencia de su cuñada judía le repugnaba, así como la mirada salaz de Mahmud y sus sobreentendidos escabrosos que le recordaban episodios sórdidos. Por otra parte, temía no reconocer la Alejandría que su madre describía en sus cartas y experimentar la sensación de haber perdido una parte de su vida en tierras lejanas, en medio de extranjeros. Y, además, quién sabe, a pesar de los años, algunos se acordarían de las hazañas del «pequeño tren de Bakos». No, no era el momento de volver a Alejandría.



Tampoco había que olvidar que en El Cairo se estaban produciendo importantes acontecimientos, principalmente las ceremonias nupciales del rey Faruk con Farida. El año en que Majos se había marchado a Alemania, el monarca apenas tenía dos años. A su regreso, ocupaba el trono a punto de casarse con la elegida de su corazón, la hija de un pashá egipcio, juez de apelaciones en los tribunales mixtos. Su amor propio recibió un golpe. ¿Cómo había podido transcurrir el tiempo sin él? ¿Cómo había encontrado Faruk el medio de alcanzar la edad adulta y convertirse en consumado nadador, boxeador emérito, hábil espadachín y jinete sin igual?

Las celebraciones fueron de cuento de hadas. Después de la firma del contrato, la joven esposa acudió de su domicilio al palacio con un vestido suntuoso y en carroza de cristal. Fue su única aparición en público ese día, pero según los rumores, por la tarde, durante los fuegos artificiales, el rey y la reina se mezclaron de incógnito con sus súbditos. Cien toneladas de carne asada se distribuyeron gratuitamente a cien mil familias. Por el Nilo navegaban falúas por millares, transportando a músicos que tocaban aires populares. Llegaron cantidades de flores de todos los rincones del país, así como regalos del mundo entero que fueron recibidos por los ayudantes de cámara y el personal del palacio. Por la tarde, durante la primera comida oficial, el primer ministro, el Consejo de Ministros y los altos dignatarios de la corte estuvieron invitados. El doctor Majos formaba parte de la delegación helénica que aportaba una estatua antigua, el regalo de Grecia. El canciller Hitler demostró ser de los más generosos al regalar una limusina de lujo.

Las bodas reales fueron un excelente pretexto para ver a su madre, que acudió a El Cairo para presenciar el acontecimiento. Desde el accidente del padre, la señora Dafni no había vuelto a salir de Egipto y no se habían visto desde hacía cuatro años. Cenaron en el domicilio del tío Lukás, en Heliópolis. En esa Babel de estilos arquitectónicos, su palacete de inspiración árabe se distinguía por el diseño audaz de la fachada, oculta a las miradas por una vegetación exuberante. El exceso de mármol, cristal y esmaltes manifestaba la buena posición económica de Lukás Sengos, y las antigüedades impresionantes repartidas por los espacios de recepción la subrayaban aún más, si hubiera sido necesario. Esa riqueza provocó en Majos un extraño alivio.

—*C'est une honte* —intervino su madre en cuanto se sentaron a la mesa—. Estás tan cerca de casa y no vienes a vernos. A ver a tu hermano, a tu cuñada, a tu sobrina. La gente habla.

—*Les ragots de la ville m'indiffèrent, tu le sais*. Con respecto a mi hermano, hace como mi padre, me cubre de oro para mantenerme alejado. ¿Tal vez siente vergüenza de la judía que nos ha traído?

—No te permito que hables así de la mujer de tu hermano —protestó; pero en el fondo se podía percibir que ella misma se inclinaba a compartir ese punto de vista.

Animado por su actitud, Majos señaló al tío Lukás, cuya frente se iba despoblando cada vez más, y declaró, en tono de admiración:

—He aquí a mi único pariente en Egipto. Él, al menos, mantiene la cabeza alta. No dobla el espinazo ante la omnipotencia de los Jámamis, ni ayer ni hoy. Has de saber, mamá, que soy en un ochenta por ciento Sengos y en un veinte por ciento Jámamis. La tercera generación de un linaje de aristócratas y no de un *parvenu* que tenía mucho de fanfarrón. Yo he sufrido, todos nosotros hemos sufrido bajo el yugo de un déspota que nos sometió a sus *diktats*, que lo único que supo fue hacer ostentación de su dinero, acusándonos de socavar su reputación con nuestros comportamientos privados, para que al final de todo nos llegara la revelación de que el mayor de los escándalos no

tenía otro origen más que él mismo...

—Escucha, Majos, estás exagerando. Deberías respetar la memoria de los muertos —le reprendió su tío mientras se acariciaba el bigote de puntas retorcidas, visiblemente satisfecho de la ocurrencia de su sobrino, que lo dejaba en una situación ventajosa.

Pero Majos no tenía la intención de detenerse ahí.

—Déjame, tío, déjame, por favor; alguien tiene que hablar al fin en esta familia. —Se volvió hacia su madre—: ¿Sabes por qué no quiero poner los pies en Alejandría? Porque su sombra sigue pesando sobre la ciudad. ¿Queréis que os diga quién era Andonis Járamis? Un pobre diablo que se engrandeció rebajando a los seres humanos que lo rodeaban. Él te humilló, madre. Echó a tu hermano, arrojó a tu primo a un calabozo, te privó de tus hijos y hemos acabado enterándonos de que tenía un hijo natural del que nunca había hablado. Una víctima más. De otra mujer. ¿Quién sabe con cuántas otras te engañó?

—No hables así, hijo mío —dijo Dafni, posando la mano en los labios de Majos.

Compartía su enojo, pero no quería oír más. La enumeración de las hazañas de Andonis la había extenuado. Y, para terminar, había muerto suscitando un escándalo que la convertía en el hazmerreír de todo el mundo. Pero había que dejar a los muertos con los muertos y a los vivos con los vivos. Lo que la preocupaba ahora era Majos. El encuentro en presencia de su tío era tal vez una ocasión única para convencerlo de un cambio de rumbo. Tenía que intentarlo.

—Lo hecho, hecho está, Majos, cariño. Ya es hora de que nuestra familia se reúna de nuevo. Es hora también de que vuelvas junto a los tuyos. Que aportes tu ayuda a la empresa. Desde la abrogación de las «capitulaciones» es todo muy complicado. A partir de ahora, los beneficios de las empresas extranjeras estarán sujetos a impuestos. Ya sabes lo que eso significa.

—¡La culpa es de esos perversos británicos! Para asegurarse de su presencia militar en Egipto, han abandonado a su suerte a todos los residentes europeos.

—*Ça suffit!* Los británicos no son responsables de todos los males. Además, todo el mundo habla de guerra. Y si hay guerra me temo que te encuentres en el campo opuesto.

—¡Que venga, que llegue al fin esa guerra! Y que se extienda como la lava, calcinando a su paso la podredumbre y la injusticia, echando de una vez por todas a los opresores de toda calaña. El nuevo mesías es un humilde cabo que no viene a enseñar el amor, sino la justicia. No tiene intención de revolcarse en el lodo, sino de exaltar a los mejores. Está poniendo en marcha normas de selección rigurosas con el fin de liberar a la tierra de esos disminuidos físicos y mentales que corren nuestras sociedades como parásitos. Tenemos un mundo nuevo, un mundo admirable delante de nosotros.

Una sombra mefistofélica deformaba los rasgos de Majos, y su madre se quedó aterrorizada, creyendo que su belleza —esa belleza de la que todos a su alrededor hablaban con admiración— estaba perdida para siempre. El odio salvaje que oscuramente se desprendía de ese ser apolíneo electrizó la estancia. Dafni se volvió hacia Lukás. Él también había posado el tenedor y permanecía con la boca abierta. Siguió un momento de silencio que se podía cortar con un cuchillo, y después estallaron los fuegos artificiales que lanzaban sobre el Nilo en honor de la pareja real. En los oídos de Dafni resonaron como un cañonazo de advertencia: se anunciaba una guerra terrible.

## Tercera parte

*Sigo el camino que dicta la Providencia  
con el aplomo de un sonámbulo.*  
**HITLER, 14 de marzo de 1936**



-¡PUES SÍ, ES LA GUERRA! —vociferó Haike, y fue presa de una risa nerviosa que parecía una crisis de llanto. Se inclinó sobre la mesa y volcó su vaso en el mantel inmaculado, como si lo hubiera hecho a propósito. Las miradas asombradas se volvieron hacia ella y su suegra, furiosa, murmuró:

—*Put yourself together, my dear lady.*

La recomendación resonó en el vacío; su nuera, que había bebido, apenas le prestó atención. El incidente puso en marcha el ballet mecánico de los empleados domésticos. Las criadas egipcias y el camarero con uniforme tradicional se dieron prisa para reparar el estropicio, añadiendo su agitación a la confusión de los comensales.

Sin embargo, la comida transcurría de maravilla, hasta el momento en que Elias Juri, alarmista perpetuo, juzgó conveniente anticipar los acontecimientos y anunció, en pleno almuerzo dominical, la entrada en guerra de Italia. De todas maneras, Alejandría se lo esperaba desde hacía un mes; Alemania había invadido los Países Bajos, el avance de Mussolini hacia Egipto era solo cuestión de tiempo. Pero nadie quería creerlo, y menos aún Dafni. El anuncio de guerra había arruinado la tranquilidad del almuerzo de primavera, sin duda el último en período de paz. Los sabrosos bultis, peces del Nilo, que Maria había cocinado en salvado, perdieron de pronto su atractivo. Los que no habían llegado aún a los platos quedaron abandonados en las fuentes. Al igual que los salmonetes marinados, acabarían en los estómagos menos encogidos del personal de la casa que, del mismo modo que los autóctonos, miraban la guerra con una profunda indiferencia.

¿Qué podían hacer? Desde principios de mayo Egipto estaba bajo el toque de queda. Tenían que pegar papel azul en los cristales, y en cuanto sonaba una alarma corrían a los refugios. Sin embargo, aquel domingo cada cual fingía ignorar las nubes amenazadoras de la guerra. Alrededor de la mesa ovalada, además de la familia misma y de Elias, estaban también Nikitas y Maria, su

madre; Andreas Sistanis, su esposa y sus dos hijos —tres hombres altos, fuertes, de manos poderosas, y una mujer sólida y bonachona—; Fabio Adriani, judío italiano subdirector del Barclays, acompañado de su hijo de diez años —Marta, su mujer, amiga íntima de Haike, se había quedado con la benjamina, que tenía varicela— y, por último, Misha Vorópanov.

—Supongamos que usted tiene razón, querido Elias, que mañana Italia entra en guerra. ¿Significa eso que se volverá *tout de suite* contra Egipto? —le preguntó Dafni fulminando con la mirada a su nuera, que se encontraba aún en las nubes.

—*Mais sans doute, madame*. Si no, ¿por que han decretado desde hace un mes el toque de queda y medidas de defensa civiles si no temieran a los italianos?

—De modo que, a partir de mañana... —empezó a decir Dafni, pero perturbada por el comportamiento provocador de Haike, se levantó y, arrojando la servilleta sobre la mesa, gruñó —: *Tu es pénible, toi*.

Kostís intervino:

—*Enfin, arrête, chérie* —le dijo a su mujer, sin intención de reprenderla, casi en tono de broma, lo cual exasperó a su madre.

El gramófono estaba funcionando y sonaba un antiguo vals; atrapó al vuelo la ocasión, enlazó suavemente a Dafni por el talle y dieron unas cuantas vueltas durante un momento por el jardín.

—¿Vas a sujetarla al fin o soy yo quien tiene que hacerlo? —le murmuró al oído, crispada.

—*Patience*, querida madre. Sé que no es muy *propre*, pero ponte en su lugar. En este momento, mientras estamos hablando, los alemanes se han apoderado de su patria, y su madre, sola en París, puede caer un día u otro en las garras de los nazis. Y ahora esto. No es fácil, ¿verdad?

—*Anyway*. No es una razón para beber de esa manera. Es una chica joven.

—*I know she goes too far with the drink*. Pero hablaré con ella, no te preocupes.

—No es la única que tiene problemas. ¿Qué va a pensar Maria de su yerno? Ahora que los italianos han entrado en guerra, se encuentra en una situación penosa. Pero le hace frente con dignidad.

—Y me lo dices a mí. Mira, Nikitas se ha puesto blanco en cuanto Elias ha anunciado la noticia. El mismo Fabio ha puesto una cara... Ya verás, *tout à l'heure*, se levantará y se irá. Estoy dispuesto a jurar que eso es lo que va a pasar.

—Fabio, pero ¿qué problema puede tener un judío antifascista en Alejandría?

—Judío, es cierto, pero italiano de pura cepa. En fin... Al volver a la mesa, me llevaré a los hombres al quiosco. Tú, por favor, trata de hacer las paces con tu nuera. Hacedlo por mí. Gracias.

—Haré lo posible. *C'est promis*. Vamos a sentarnos, ya me has dado bastantes pisotones. Torpón, como tu padre —añadió, y los dos se echaron a reír.

Para evitar cualquier eventual incidente, Kostís propuso de inmediato a los señores que le siguieran hasta el quiosco de la Amistad. En ese mismo instante, Fabio, que parecía estar bailando sobre brasas, reclamó su canotier y le hizo una señal a su hijo de que tenían que marcharse. Trataba de salvar las apariencias, pero, indiscutiblemente, la noticia le había afectado más que la varicela de su hija. Los demás se levantaron de la mesa de buena gana y siguieron al anfitrión hasta el otro extremo del jardín, con el vaso en la mano. Un sirviente egipcio los seguía llevando el vino en un recipiente con hielo, contoneándose de una manera cómica.

—¿Por qué el Duce no ha declarado la guerra hoy, ya que según tú ya tiene tomada la decisión.

Esa fue la pregunta que le hizo Kostís al Libanés en cuanto estuvieron cómodamente

instalados.

—¿Un domingo? Estás bromeando, por supuesto. Hasta la guerra tiene sus días laborables, amigo mío —respondió Elias, que agitaba las manos y hacía sonar las sortijas con escudos de armas.

El industrial griego sacó la botella y sirvió en primer lugar al antiguo amigo de su padre:

—¿Y qué significa esta guerra para nosotros, Elias? No olvides que somos proveedores de cigarrillos para el Almirantazgo británico.

—¿Cómo podría olvidarlo, ya que fui yo quien insistió para firmar este acuerdo con ellos? —Hizo girar el vino en el vaso con ademán experto. Después añadió—: En todo caso, la guerra quiere decir... *pas mal d'argent*. No significaba otra cosa para tu padre hace veinticinco años.

—Yo preferiría otro medio menos sanguinario de ganar dinero.

—La guerra y el comercio son primos hermanos, dicen en mi país. Pero la vida es extraña —concluyó el Libanés.

—¿Por qué lo dices?

—Me acuerdo del día de la declaración de la Primera Guerra Mundial; yo estaba en El Cairo con Andonis y Sistanis. *Tu te souviens, André?*

—¿Cómo iba a olvidarlo! —intervino el director de la fábrica.

—Habíamos ido a El Cairo para firmar el contrato con el ejército británico. Entonces éramos jóvenes. Yo tenía el cabello muy negro y lo dominaba a base de brillantina; parecía que llevara un casco de laca. ¿Te acuerdas, André, que Andonis discutía en todas las cláusulas? ¡Acabó por darle la vuelta por completo!

Los dos hombres rieron de buena gana y Elias prosiguió:

—No hay duda. Individuos así han nacido para ser hombres de negocios. Puedes estar orgulloso de tu padre, Kostís.

—Lo estoy, y tú lo sabes.

—Porque él estaba orgulloso de ti.

Kostís pensó en los dos grandes ausentes, su padre muerto y su hermano, como muerto, que nadie mencionaba en las conversaciones.

—Orgulloso de mí, dices. Así lo creo, aun cuando no era un hombre que lo demostrara, al menos de forma directa...

—Pues bien, sí. Y te voy a contar otra cosa que me dijo hace tiempo: «Estaría bien si Dios enviara a un Nikitas junto a Kostís, ¿verdad?». Nikitas, lo que estoy diciendo es totalmente cierto —declaró, o más bien, declamó Elias en un tono tan enfático que su interlocutor se preguntó si no estaría tomándole el pelo—. En cuanto a Sistanis, no es necesario añadir nada. Además, fue él quien lo convirtió en su director.

No descuidó a nadie, ya que a Misha le afirmó que, si Andonis lo hubiera conocido, lo habría llevado en su corazón. En ese momento, el follaje de la acacia transformó todo el árbol en un gigantesco abanico que refrescó a ráfagas el interior del quiosco. Kostís se dijo que el hombre tenía una gran facilidad para hacer que la gente se sintiera a gusto. Pero se acordó de que seguía haciendo la corte a Haike y deseó fastidiarlo.

—¿Quieres que te diga la opinión que mi padre tenía de ti? ¡La peor!

—Pero no podía prescindir de mí.

—Es un misterio, pero es exacto; no podía hacer otra cosa —admitió Kostís, y todo el mundo

se echó a reír, mientras él les ofrecía el nuevo cigarrillo de la sociedad, el Julius Caesar.

—Un verdadero cigarrillo para césares —observó Nikitas.

—Es curioso, el probador de cigarrillos ha hecho exactamente la misma observación —comentó Sistanis, a quien el vino le había coloreado los pómulos lisos y llenos.

—He aquí un trabajo a tu alcance, Nikitas —bromeó Kostís.

—Sí; si no, podría volver a coger las armas y enrolarme en esta guerra que nos anuncia Elias. Pero esta vez la situación es muy distinta, creo yo. De un lado los fascistas y del otro los capitalistas. ¿Puede uno realmente preguntarse en qué lado alinearse, en un conflicto semejante?

Se levantó y salió a dar una vuelta por el jardín. Desde su regreso de España había ganado entre cinco y diez kilos por año: a ese ritmo, echaría a perder su vida.

Kostís sintió que las palabras de su primo iban dirigidas a él. Consideró que debía justificarse y dijo, dirigiéndose a la compañía:

—No ha vivido en la Berlín de Hitler, no ha asistido a su lenta transformación de seres humanos en bestias furiosas, por eso habla así.

El ambiente desenvuelto que flotaba en el grupo se había disipado, llevado por la brisa de la tarde; el calor y las moscas asaltaban el quiosco. Retumbó el zumbido solitario de un avión y todos ellos levantaron los ojos al cielo.

—No es nada, un aparato de reconocimiento. Tomará algunas vistas aéreas y se irá. No hay motivo para preocuparse —dijo Elias.

Inquieto a pesar de todo, Kostís se volvió hacia su hija. Con su bonito vestido de algodón blanco, la pequeña Dafni —¡qué crecida estaba!— corría alrededor de las estatuas del jardín y Jane, su niñera regordeta, fingía atraparla. Los gritos y las risas se sucedían. Parecían las dos tan inocentes, en ese momento en que el mal avanzaba a paso rápido. Se diría que los rizos rubios de la niña habían salido del mismo molde que los de su madre. ¡Se parecía tanto a Haike! Kostís se sentía orgulloso porque heredaría su belleza.

Los hijos de Sistanis se habían remangado y saboreaban unos helados con total despreocupación. Las señoras, protegidas por una gran *chamseia*, un parasol, jugaban a las cartas. Kostís había llamado Fátima número 5 a la joven egipcia que ofrecía las tazas de café en una bandeja de plata. Curiosamente, la mayoría de las sirvientas que habían tenido se llamaban Fátima o Fawzia. Al final, había llegado a la conclusión de que ese nombre tan corriente era la señal de una conspiración, una especie de contraseña para entrar en la cofradía de las doncellas. Enormes pendientes en forma de media luna se balanceaban en los lóbulos de sus orejas al menor movimiento, igual que un péndulo. Alta, metida en carnes, una piel muy blanca y cabello negro, hermosos dientes, bonitos ojos almendrados y senos enormes, le recordaba la época de sus primeros sobresaltos, cuando se había esbozado su ideal femenino; la mirada de la joven lo impresionaba profundamente.

Como era su costumbre, suegra y nuera se habían reconciliado y bromeaban. Esas dos siempre se entenderán, pensó Kostís, aliviado. Haike encogía los hombros, un signo que no engañaba: el efecto del vino. Su madre no se equivocaba. No debería beber tanto. La extraña relación que desde hacía poco tenía con el alcohol le preocupaba.

—Nos mentimos cuando decimos que solo la guerra es un azote. La paz nos brinda también sus tormentos —dejó caer Elias como si acabara de adivinar sus pensamientos.

A su lado, el coronel ruso vaciaba vasos, uno tras otro, como si se tratara de agua.

El avión de reconocimiento seguía dando vueltas por encima de sus cabezas. Nikitas tuvo una ocurrencia muy inteligente:

—Si al final llega a inmortalizar nuestras caras de despreocupación, tal vez los que consulten esas fotografías aéreas cambien de parecer sobre la guerra que nos preparan.

Aparentemente, los votos de Nikitas no fueron escuchados; al día siguiente, 10 de junio de 1940, Italia entraba oficialmente en guerra al lado de Alemania. A partir de entonces muchas cosas cambiaron en la ciudad. Los patriotas italianos, los vecinos de la casa de al lado, corrieron la misma suerte que los súbditos alemanes: considerados enemigos y puestos bajo arresto domiciliario. Se confiscaron empresas y fortunas, y millares de personas se encontraron de pronto aisladas y obligadas a separarse de sus familias en medio de la tormenta. Daniele y su hijo fueron de los primeros. Los mantuvieron en la Scuola Littoria, la escuela italiana de Alejandría, que había sido requisada como centro de retención de los reclutas italianos, y la brasserie fue precintada. Ernesto Calcani, el fabricante de máquinas, así como el hijo de Massimo, el sombrerero, sufrieron la misma suerte.

El yerno de Maria fue obligado a abandonar el país de inmediato —en compañía de todos los demás miembros de la delegación italiana— dejando tras él a Olimpia y a sus dos hijos. Nikitas echaba pestes contra los británicos. «Aquellos a cuyo lado hemos vivido hasta ahora no tienen que pagar por la estupidez del Duce», clamaba. Pero en el fondo sabía que no podía ser de otra manera. El único caso que removió un poco la opinión fue el de Fabio Adriani, víctima de la confusión que reinó en la aplicación de diversas medidas. El subdirector del Barclays Bank, cuyo parecido con Valentino y el cráneo despoblado le habían valido el sobrenombre de «Rodolfo el calvo», fue despedido y transferido a la Scuola Littoria, donde fue detenido con los fascistas. Marta Adriani, *la bella Marta* de Ibrahimia, estaba acorralada. Expulsada, con dos hijos a su cargo, se instaló durante un tiempo en casa de los Járamis, antes de que las marcas de la varicela hubieran desaparecido del rostro de su hijita. Kostís protestó ante Haike:

—Está bien. ¿Pero es necesario que Dafnula coja la varicela?

Por suerte, la abuela Dafni consideró el lado positivo:

—*Mal inevitable*, hijo. Las enfermedades infantiles son un paso obligado. ¡Qué le vamos a hacer!

Después de esto no se quejó más.

Sea como fuere, a partir del verano de 1940, Kostís decidió obligarse a dos actividades con asiduidad, costara lo que costase: escuchar la radio y escribir un diario.

*Jueves, 13 de junio: Reunión en el Almirantazgo británico. Hemos hablado del abastecimiento de cigarrillos. Elias estaba presente. El Libanés, siempre útil. Hemos pedido compromisos en firme. Los he suscrito. In the mean time, los alemanes habían dado a conocer a quien quisiera oírlo que llegarían a París el 15 de junio a más tardar y que probablemente lo harían antes. En casa reina un ambiente de muerte. Todos los días Haike llora durante horas a causa de su madre. Que llore cuanto quiera con tal de que no beba. A mediodía evito ir a casa, necesito calma. Esta historia puede durar mucho tiempo. Me da pena lo que le sucede al pobre Fabio. I'll do my best para restablecer la situación. Además, un subdirector de Barclays siempre es*

útil.

Dos días más tarde:

*¡París Kaputt! ¿De modo que era esto la famosa línea Maginot? Una miseria muy francesa. Menos mal que Haike se ha calmado un poco; se ha enterado de que su madre ha abandonado la capital de Francia. ¿Irás a España? ¿Vendrá a nuestras tierras? Probablemente, hará lo que pueda. Las cosas se ponen difíciles para la première main. La guerra no es una casa de alta costura y los nazis carecen de sentido del humor.*

*Temo que este sea el fin de las historias divertidas. Tenemos un toque de queda permanente. Ayer, un empleado de la defensa aérea vino a comprobar que habíamos puesto papel azul en las ventanas. Nos distribuyó máscaras antigás. Por la noche las luces de las calles permanecen apagadas, con excepción de algunas que han pintado de azul, igual que los faros de los coches. Nadie circula por las calles. Las alarmas suenan también durante el día. Hay ataques aéreos en el puerto Oeste, aunque dicen que hay bombas que explotaron también en Cleopatra. Y pensar que El Cairo ha sido declarado «ciudad abierta» por el gobierno egipcio. Eso significa que permanecerá iluminada durante toda la guerra. Los restaurantes al aire libre y los cabarets en las terrazas de los hoteles seguirán estando bañados de luz. ¡Qué suerte tienen los caiotas!*

*22 de junio: Hoy, día nefasto. Ese viejo chocho de Pétain ha firmado un armisticio con Hitler, aunque, sinceramente, no comprendo el contenido del convenio. Solo un imbécil y un loco de atar pueden tener semejantes ideas. ¿Y qué somos nosotros ahora con relación a los franceses? ¿Enemigos o aliados? ¿Qué va a suceder con la flota francesa en el puerto Oeste? Los británicos no los dejarán zarpar. Hoy, entrega de títulos de bachiller en las escuelas municipales de Chatby, precedida de una alocución del director general de las escuelas. Gobierno de unidad nacional en Egipto, tras la dimisión de Moher Pashá.*

*25 de junio: Leí el manual de instrucciones en caso de ataque aéreo, firmado por el gobernador militar de Alejandría Hussein Pashá. Hablaba, entre otras cosas, del equipamiento del refugio, y aconsejaba: «Un cubo detrás de un biombo». Durante todo el día he intentado comprender la utilidad del cubo detrás del biombo. Finalmente, fue mi madre quien respondió a mi pregunta por la noche, al ir a cenar: «Hay que aliviarse en alguna parte, Kostís. Parece que los hombres tengáis un garbanzo en lugar de cerebro». Pero dejó el tema porque íbamos a cenar enseguida. Por cierto, Haike me ha propuesto improvisar un refugio en el jardín. «Cavar un gran agujero y cubrirlo con tierra y madera. Todo el mundo lo hace y es, al parecer, de lo más chic.» ¡Me importa un comino! Tenemos tantas bodegas en casa, ¿para qué estropear el jardín? Bêtises! Además, hemos tomado a nuestro cargo a la familia de Fabio y, de repente, todo el mundo en casa se ha puesto a hablar italiano. ¿Y si los otros se lo toman en serio? Espero, al menos, que no haga falta ser hospitalario durante demasiado tiempo. He decidido también atribuir a Olimpia una asignación mensual. Alguien tiene que ayudarla. Sin embargo, me he sentido molesto por la manera en que mi tía ha reaccionado. Se ha arrodillado y me ha besado las manos, llorando. Está completamente desesperada, lo comprendo. Pero no soy un extraño. Me*



*habría gustado que me considerara como su hijo. ¿Habría reaccionado así si yo fuera Nikitas?*

Al final de la misma semana, Kostís hizo su primer balance:

*Se oyen decir muchas cosas. Una es cierta: Egipto está amenazado. Lo que me agota no es ni la guerra ni el trabajo en la fábrica, sino esa fiebre permanente por no perder un solo instante de vida social. ¡Estamos en guerra, qué diablos! ¿Qué nos obliga a seguir jugando al tenis en el Sporting o a practicar vela en el puerto Oeste entre dos bombardeos? Una vieja amiga de mi madre me dijo hace poco: «Usted es atlético desde siempre, lo recuerdo». Lo era, es verdad, pero pienso que me confunde con mi hermano. Las recepciones y los cócteles se encuentran en su apogeo. Los clubes están llenos hasta la bandera. ¿Tenemos alguna razón especial que yo no conozca para ir de juerga? Por lo demás, cuidado, no hay que ser italiano ni miembro de la quinta columna. Nikitas me ha contado «que echan a las húngaras de los cabarets de Alejandría por miedo a que sean quintacolumnistas». Se lo ha dicho su hermano Nikolas, que trabaja en el Excelsior. Hasta ahora los italianos trabajaban en las bandas municipales y las orquestas de la ciudad. Los músicos griegos van a tener que empezar a ganarse el pan.*

El 3 de julio mencionaba la aberración resultante del armisticio entre Hitler y Pétain:

*Hoy las radios hablan de Mers el-Kebir. Los británicos no deben de estar orgullosos de un ataque lamentable que ha costado la vida a mil doscientos franceses que, dos semanas antes, eran sus aliados. En Alejandría seguimos boquiabiertos. ¿Podría tocarles ahora el turno a los navíos de guerra franceses que están anclados en el puerto Oeste? ¿Qué nos queda aún por ver...? El almirante Godefroi está fuera de quicio después de «las últimas proezas» de la flota británica. En esas estamos... Solo nos queda rezar para que Dios nos asista.*

Dos días después:

*Zodorís Kótsikas se casó ayer con Déspina Benakis en la iglesia de la Anunciación, con la bendición del patriarca. Se les desea que tengan una numerosa descendencia. Eso significa que la gente sigue con esperanza ¿Y por qué no? Anotemos la fina alusión de mamá, siempre en forma: «Más vale encontrar la horma de su zapato en el propio país, hijo, aunque sea un zapato remendado»... Dejémoslo. A la señora Dafni le encanta el pulverizador de insecticida Fly-Tox. Ayudada por Jaritomeni, pulveriza toda la casa. «A este paso no tardaremos en morir nosotros antes que las moscas.» «Métete en tus asuntos», me contesta.*

A mediados de julio: ninguna noticia de la madre de Haike:

*Ninguna noticia del frente relativa a Rachel, desgraciadamente. Haike lo ve todo negro. La animo a salir de casa para distraerse un poco. Lo que me sorprende es que le importa un bledo la suerte de su padre. ¿Está vivo? ¿Está muerto? Durante todos estos años no lo ha mencionado ni una sola vez. Creo que la presencia de Marta le hace mucho bien, y así, además, la pequeña tiene compañía. Por las mañanas bajan todas juntas a bañarse en el mar. Dafnula me trae casi siempre guijarros y lapas de Sidi Bishr, de Cleopatra y de Glimenópulo... Suben incluso hasta Abukir. Mi madre me dijo anteayer que Haike las lleva a los casinos para beber sus cervezas. Voy a prevenirla del peligro que la acecha; pronto tendrá barriga... Sé que sigue teniendo un amor propio de maniquí y no permitirá que la bebida arruine su figura. En caso contrario...*

Entretanto:

*Desde el día 15 de este mes tendremos por primera vez la hora de verano en Egipto. ¡Curiosa sensación! Es como si se deseara deformar el día. Esto debe hacerse por los bombardeos. Que cada cual se llene de luz y vuelva rápido a su casa para volver a empezar la misma cantinela con los aviadores italianos.*

El 15 de agosto de 1940, día de la Virgen, torpedeo de un destructor griego en el puerto de Tinos:

*Esto es el cada cual en su casa... La prueba es que el Mediterráneo se ha convertido en un lago lleno de pequeños monstruos. ¿Quién sabe cuántos submarinos italianos se ocultan en sus entrañas dispuestos a devorar a su presa confiada? Sooner or later, se verán todos obligados a dar el rodeo de doce mil millas por el cabo de Buena Esperanza. Los transportes serán muy difíciles, las pérdidas para las empresas serán enormes. Por suerte, me he anticipado para los dos o tres próximos años. No veo razón para que esta fiesta dure mucho más tiempo.*

El 11 de septiembre, alocución de Churchill en la bbc:

*Hitler tiene gusto. En este momento parece que las únicas ciudades que considera dignas de atención sean Londres y Alejandría. No se equivoca. Sobre todo teniendo en cuenta que ya se ha apoderado de París. Los londinenses resisten, aparentemente, al bombardeo de los Stukas y los alejandrinos no desmerecen tampoco. Han aprendido a vivir con las bombas y, cuando llega el atardecer, salen a sus terrazas y contemplan cómo se inflama el cielo en el puerto Oeste, como si se tratara de fuegos artificiales. Solo Haike tiene miedo de los bombardeos, y por eso me atrae a la cama. Me pregunto qué ocurriría si, por casualidad, yo no estuviera disponible en un momento así. ¿Caería en los brazos de cualquier otro para que la tranquilizara?*

Dos días más después:

*Hoy, jueves 13 de septiembre, basta de bromas; fuerzas italianas han cruzado la frontera de Libia y han avanzado cien kilómetros por suelo egipcio. Como diría Haike, ¡es la guerra! Elias me ha llamado esta noche: «Son italianos, así que no te preocupes». ¿Está tratando de darse ánimos a sí mismo? Por suerte, tenía buenas noticias con respecto a Fabio. Parece que pronto se acabarán las preocupaciones de Marta, y las nuestras también.*

Hacia finales del mismo mes:

*Ayer a mediodía se celebraron los funerales de la hija de Yorgás. Tuberculosis. Su madre parece a punto de perder la cabeza. Su padre lucha contra la muerte en Kotsikio. ¡Qué triste final para esta familia! A pesar de lo que haya habido entre nosotros, da pena contemplarlo. ¡Y esa obstinación de nuestros mayores en querer alinearse cada cual en el campo de los monárquicos o de los partidarios de Veniselos! ¿Qué han ganado al final? A Andonis y Zanasis les ha correspondido un lugar en un cementerio, a Yorgás una cama de hospital y al tío Stratís una habitación en un manicomio. El verano pasado le pusieron la camisa de fuerza. Incluso el Tajidromos lo ha mencionado: «El antiguo abogado Stratís Mijelís...». El domingo iremos a ver Rebeca, de Alfred Hitchcock, según la novela de Daphne du Maurier, que mi madre llamaba «mi homónima», de los tiempos en que, hasta hace solamente cuatro años, la recibía en casa con regularidad. En esa época, Rebeca no era más que una idea que estaba germinando en su cabeza.*

Principios de octubre:

*Desde que se ha declarado la guerra no he oído hablar más que de funerales. Se diría que la gente no encuentra razones suficientes para luchar contra la muerte. Hace poco se ha ido también Papafigos —el antiguo jefe de personal de la fábrica—. Paro cardíaco. En los últimos tiempos el pobre tenía muchos problemas con los pies debido a su peso. Al menos al final no ha sufrido.*

*Anteayer vi a Zihan, no lejos del mercado. La reconocí enseguida con su trajecito de chaqueta color crema a la moda y el sombrero a juego. Sigue pareciendo un ave a punto de echar a volar al primer paso. Iba andando por la acera de enfrente. Me detuve para mirarla. Podría haber cruzado la calle para hablar con ella, pero no me atreví. La gente aquí es extraña. Tal vez me diríais: «¿Después de veintiún años?». ¡Sí, después de veintiún años exactos!*

Dos días después:

*La aviación enemiga interrumpió una reunión social en el Barrio Griego, publica el Tajidromos. Nosotros estábamos allí. La incursión aérea empezó hacia las ocho y tuvimos que*

*abandonar el lugar sin demora. Al menos Haike no pudo beber comme d'habitude. Volvimos directamente a casa, mientras que los que ya estaban en ella habían bajado a la bodega. Pero he aquí que mi holandesa tenía ganas de dulces abrazos y subimos a nuestra habitación. La defensa antiaérea rugía como el trueno en el cielo de Alejandría y yo oía, entre los pequeños gritos de ella y los gruñidos externos, pedazos de obús golpeando el suelo. El piso temblaba, las ventanas chirriaban, la casa crujía por todas partes y durante un instante me dejé embriagar por la ilusión de omnipotencia de mis impulsos amorosos. Acabé por aterrizar en la realidad, de manera caótica. Durante esos tiernos momentos, Haike me confesó que quería ir a Europa para reunirse con su madre. «¿Es una broma?» «No estoy bromeando.» ¿Está de verdad perturbada o finge estar loca? Le dije que se quitara esa idea de la cabeza. «Así, ¿no quieres dejarme?» «No quiero dejarte.» «Bien, entonces, después de la guerra, me iré a vivir a Palestina», concluyó. La manera de decirlo me pareció muy graciosa y me eché a reír. Repitió una vez más que hablaba muy en serio. Es verdad, ya me había dicho algo parecido. Si lo oigo por tercera vez, habrá que creer que habla en serio.*

28 de octubre:

*C'est évident! El Duce va a empezar todas sus guerras un lunes. Tiene mentalidad de funcionario. No comprendo cómo se las arregla para reunir tantas cualidades de buena ama de casa en semejantes circunstancias. Entre otras cosas, creo que se priva de la ventaja de la sorpresa. Sans blague, nuestra pequeña Grecia entra en danza. Y Majos, ¿dónde estará y qué pensará en este momento?*

*En casa había un ambiente bastante alegre. Al fin han liberado a Fabio. Le han dado una tarjeta de identidad especial y tiene que dar cuenta de todas sus andanzas, pero eso son detalles. Por la noche cenamos juntos. Los espaguetis que Marta cocinó a modo de agradecimiento estaban deliciosos. No me resulta indiferente pensar que la familia Adriani tiene que volver a su casa. Nos habíamos acostumbrado a ellos y a su lengua tan melodiosa. Después de la cena llevé a Fabio al pequeño salón egipcio y estuvimos fumando. Haike se sentó al piano y tocó a Liszt y Chopin. Casi había olvidado que mi mujer es una pianista distinguida. Se saltaba, visiblemente, los pasajes que requerían demasiado virtuosismo. Después me tocó a mí y no pude negarme. Me pidieron que cantara mi aria favorita de Pagliacci de Leoncavallo. No importa. El cuerpo ya no obedece y la técnica ya no es la que era. Fue realmente duro cuando tuve que atacar los soli de barítono. Por suerte, nadie se dio cuenta. Haike estaba emocionada. Se levantó y me abrazó. «Sigue cantando así y yo te amaré siempre», me dijo. Bailamos la rumba, como hace años, en París. La pequeña Dafni se abrazó a nuestras piernas. En una palabra, parece que hay guerra en alguna parte; no me he dado cuenta.*

Como no podía irse de Alejandría, Yvette decidió dejar su apartamento de Sultán Hussein e irse a vivir a una casa en Ramleh. Eligió el barrio Laurent, al lado de San Stefano, donde compró una propiedad cerca del mar y, a finales de 1937, pudo aislarse a su antojo en el paraíso que había ideado para ella un arquitecto italiano. La villa, radiante, recordaba una casa de muñecas. Cada

mañana contemplaba desde el imponente balcón el mar alborotado, que en esa estación iba a la par con las vicisitudes de su existencia. Dos ventanas góticas que le encantaban realzaban la fachada. No se sabe qué audaz inspiración las había enmarcado con motivos tallados: conchas y caracolas, flores, plantas trepadoras, cuerdas con nudos de marinero, sextantes y otros instrumentos de navegación. Las escocias de la planta baja, cicatrices infligidas a la piedra, contrastaban poderosamente con la sencilla obra de albañilería del primer piso, en el que predominaba el anaranjado. Las dos palmeras del jardín elevaban su silueta como centinelas gigantes, y desde el primer instante Yvette soñó con la primavera y con flores de mil colores que cuidaría un hurraño jardinero árabe. Conservó pocos muebles y objetos de Sultán Hussein. En el salón, los sutiles arabescos de las ricas alfombras de Oriente rivalizaban con el estilo Luis XV del mobiliario y sus líneas curvas. Los recuerdos y *bibelots* repartidos por la casa recordaban una juventud que ya no volvería. El ama de casa, tan impresionante como siempre, solo había introducido el presente con un instrumento que no penetraba nunca en el interior: un Peugeot 401 Eclipse, de color crema, modelo de 1934 del que Yvette se sentía orgullosa y que conducía con gran clase; según ella, se trataba del primer *coupé cabriolet* del mundo.

Cuanto más se acercaba la guerra, más la tomaban en serio los británicos; la convocaron más de una vez a la calle Yang para conversar con Mister Voice, lo cual Elias hacía en otro tiempo, visiblemente por su cuenta. Al parecer, sus convicciones panárabes le habían hecho perder credibilidad ante los servicios secretos británicos, y tuvo que ceder para recuperar el terreno perdido. Solía pedir a Yvette que les hiciera un informe favorable de él, y ella sentía que el péndulo de su relación le era favorable. Pero no olvidó que sin Elias su soledad en 1940 habría sido insoportable. Járamis ya no estaba y nadie podía colmar el vacío de Roxane y Marianzi; además, en Mustafá Pashá no confiaba en nadie. Tenía que renovar constantemente a las chicas; al llegar la guerra, la función y la clientela de la casa habían cambiado por completo: había que distraer a los oficiales superiores de las fuerzas aliadas de paso en Alejandría, mientras que conseguir información había pasado a segundo plano. Ayudada por el ejército de tierra y la marina británicos, Yvette debía garantizar una discreción absoluta, eliminar toda sospecha relativa a la más insignificante prostituta que pudiera estar a sueldo del enemigo. Por eso se declaró a todas las húngaras y vienasas como posibles quintacolumnistas. La mayoría de ellas fueron sustituidas por griegas, chipriotas y maltesas que, a su vez, cambiaban con frecuencia por razones evidentes. El personal era mucho más importante, pero las sirvientas no perdían ocasión de mostrarse insolentes. Gaafar había envejecido y sus reflejos eran menos rápidos. La presencia discreta de la señora Yvette era más necesaria que nunca. Algunas situaciones fueron algo más que embarazosas: oficiales superiores —que ya no estaban en la primera juventud— tuvieron la mala idea de exhalar el último suspiro en pleno «esfuerzo». El doctor Price no podía hacer más que certificar su muerte. Pero ¿qué dirían a sus mujeres, a sus familias? Los valientes soldados, con la bendición de las autoridades militares, fueron declarados caídos en el campo del honor.

Y para arreglarlo todo, le pidieron que organizara un club para las fuerzas aliadas en el palacio Karam, un palacete impresionante de la calle de Corinto. Una tarde de noviembre, telefoneó a Elias para que se vieran en Pastrudis. El Libanés expresó sus reservas.

—De acuerdo, pero ¿por qué en Pastrudis? Todo el mundo nos verá y...

—Y es posible que hablen de ti —completó.

Profirió un juramento en árabe. A Yvette le dio rabia.

—No tienes por qué insultarme en árabe cada vez que te pongo contra las cuerdas.

Elias se calló, inspiró profundamente y murmuró con voz apagada:

—*D'accord, d'accord, demain à cinq heures chez Pastrudis, c'est noté.*

Al día siguiente llegó tarde. Yvette lo esperaba en el salón de la pastelería y de vez en cuando echaba una ojeada a la sala del restaurante donde servían el té de la tarde. El ambiente ligero que creaban las lámparas y los revestimientos *art déco* le encantaban. Habían abierto el local en la época en que llegaron en oleadas refugiados griegos procedentes de las costas turcas; desde entonces, era el lugar de encuentro de la alta sociedad alejandrina.

El reloj de pared indicaba las cinco y cuarto cuando Elias llegó. Yvette se lo hizo notar:

—Quisiera evitar conducir de noche.

—¿Aún tienes miedo de los pilotos italianos? Son unos inútiles, todo el mundo lo sabe.

Se quitó el largo abrigo negro forrado de seda y se lo entregó al empleado del guardarropa.

—Te equivocas. Hay que tener miedo precisamente porque son inútiles. ¿No has visto sus hazañas en Grecia? Solo pueden luchar contra la población civil.

Hizo como si no hubiera oído nada y llamó al camarero para pedir. A esa hora la pastelería estaba llena —de griegos en su mayoría— y había un ambiente alegre. Elias saludó a algunos con el puño en señal de apoyo.

—Tenía la impresión de que esta guerra te espantaba, pero parece que has recuperado tu buen humor estos últimos meses —comentó Yvette.

—Mientras nos las veamos solo con los italianos, la terrible guerra no es más que un chiste, *my dear lady*.

Ella observó su bigote entrecano y se inclinó hacia él.

—Si sigues tiñéndote el cabello, no olvides el bigote. Si no, tienes un aspecto *un peu ridicule*.

—¿Ridículo? —Se quedó pensativo un instante, luego se cubrió el bigote con la palma de la mano—. ¿Y ahora?

Se echó a reír enseguida, pero ella no se dejó intimidar.

—Además, creo que no necesitas tantas sortijas, *mon amour*. Siempre tendrás tu sello de oriental.

—Que Dios te proteja, Yvette, pero en cuanto tienes ocasión te dedicas a echar a perder mi buen humor. —Se desabrochó la chaqueta como si se dispusiera a entrar en combate—. *De toute façon*, todos cargamos con algún ridículo auestas, de una manera u otra. Por ejemplo, contigo, tengo la impresión de volver a encontrarme en la *belle époque*. Tu afición a los vestidos largos y plisados, los sombreros grandes y *tutti quanti*, es de un anticuado encantador.

—Seguramente tienes razón, Elias. Sin duda quiero seguir viviendo en la época en que tenía veinticinco años. Pero han pasado los años. He alcanzado...

—... los treinta.

Él le tomó la delantera con una sonrisa cómplice y le cogió ambas manos. Rieron y se miraron a los ojos como enamorados.

—*Tu es gentil* —susurró ella con las mejillas un poco sonrojadas.

Durante un instante ella había recuperado el rostro de su juventud. Esto lo incitó a las confidencias:

—Después de tantos años, eres la única mujer con quien me gusta hacer el amor.

—*Oh, arrête*, Elias —murmuró Yvette, emocionada y dispuesta a caer en sus brazos.

Se repuso muy pronto, con la habilidad que tienen las mujeres para abandonar los terrenos resbaladizos.

—Necesito que me ayudes.

—¿Ocurre algo en la casa? —Sacó la cajita de cigarrillos, le ofreció uno y se lo encendió.

—¿Qué marca de cigarrillos es?

—Julius Caesar, el nuevo producto de la industria Járamis. Un cigarrillo para césares.

Ella hizo una mueca, impresionada tanto por el cigarrillo como por la pareja que entraba en ese instante.

—Y he ahí a su creador —señaló al reconocer al hijo del difunto Antoine.

—¿Conoces a Kostís? —tartamudeó Elias, horrorizado.

—Tranquilízate. Me acuerdo de él. Lo vi en los funerales de su padre.

—No nos han visto. Van a sentarse en la otra sala. *C'est beaucoup mieux.*

—Está bien, no te preocupes, ya no soy la amante de su papá. ¿Quién es esa *belle femme*?

—Su esposa. Una belleza, ¿verdad? Ex maniquí de la casa Chanel.

—¿No es un poco más alta que él o es solo una impresión?

—No lo creo. Lo que engaña seguramente es el porte tan recto de las maniqués.

—He oído decir que el hijo más joven de Andonis era el Adonis de la familia.

—*La brevis galeuse?* —ironizó Elias.

—¿Cómo dices?

—La oveja negra de la familia, digo. Hitleriano y homosexual.

—He oído hablar de él. ¡Pobre Antoine! Cosas así pueden matar a cualquiera. ¿Y dónde está ahora ese granuja?

—Según mis informaciones está en Atenas, al servicio de la propaganda de Metaxás, pero en realidad es el hombre de los alemanes.

—Qué familia... Está maldita, ¿no crees? ¿Y el tercer hijo, aquel que decían que era el vivo retrato de Andonis?

—¡Ah, él! Hace tiempo que murió. Un accidente de coche en la Riviera francesa.

—¡Ah, claro! Ahora que lo dices, me acuerdo. En esa época algunos dieron a entender que su medio hermano no era totalmente ajeno al asunto.

—*Ce n'est pas vrai.* Kostís no tiene nada que ver con esa historia —le aseguró.

—Tengo la impresión de que sientes más simpatía por el hijo de la que tuviste por el padre.

—Es capaz y dinámico. Tremendamente inteligente. Cuando tomó el mando todo el mundo apostaba a que enseguida abandonaría. Y salió del apuro como un experto.

—Y lo mismo para elegir a su mujer. Me recuerda a mí cuando era joven. *Vraiment*, el hijo es digno de elogio. Sabe disfrutar en público de lo que el padre disfrutaba en privado. La nueva generación se muestra más inteligente y práctica. Tú debes de cortejarla a muerte, ¿no?

—Soy un *gentleman, chérie.*

—Por eso mismo lo digo. *Anyway.* No era ese el objeto de nuestra conversación.

—*Pressée?*

—Ya te he dicho que no quería conducir de noche.

—Te escucho entonces. ¿Sucede algo en la casa?

—No. Ya me lo has preguntado. ¿Por qué iba pasar algo? Bueno. Creo que no era una buena idea ir con tanta frecuencia a reunirse con la Voz.

—Eso ya te lo había dicho. Muchos encuentros significa muchas exigencias.

—No puedes imaginar hasta qué punto...

El clima del café Pastrudis alcanzó el paroxismo. Por todas partes se elevaban vivas, ejércitos de vasos se elevaban acompañados de unos *Aéra!*, «¡Adelante!», delirantes. Alguien desplegó una bandera griega y estallaron los aplausos al mismo tiempo que volaban tarbushes y sombreros. Cuando esa locura se interrumpió bruscamente, Yvette explicitó el porqué de sus inquietudes. Además de todo lo que ya hacía, le pedían que se encargara de la organización del club de las fuerzas aliadas, de preparar el lugar para ofrecer té y bebidas a los militares, de crear una biblioteca, aunque fuese elemental y, por último, de poner en marcha las distracciones y los bailes.

—Los británicos cuentan mucho contigo, *pas mal, pas mal* —comentó Elias, impresionado. Pero tu contribución será gratuita, *n'est-ce pas?* El palacio Karam no es un *petit studio*, es un palacete. ¿Cómo piensas llenarlo?

—No tengo ni idea. Por eso he pensado en ti. Todos los *richards* de Alejandría son amigos tuyos.

—Y son muchos, te lo aseguro, igual que los clubes que han brotado estos últimos tiempos. ¿A quién darán preferencia?

—*Come along, Mr. Chury*. Tienes el modo de hacerlo. Por mi parte, haré saber a nuestros amigos cuánto te has movido por hacerles un favor. Es la oportunidad de complacer a los que mandan.

—Veré qué puedo hacer. En nuestro caso, no son solo los Cresos alejandrinos quienes pueden alegrarse, también sus esposas. No te sorprendas si algunas de las damas más elegantes se ponen a servir el té y las bebidas a los soldados. Algunas irán más allá de los límites de la hospitalidad, en el buen sentido de la palabra; a veces te dará la impresión de estar dirigiendo dos casas.

El patriotismo de la clientela griega se estaba pasando de la raya. Había llegado el momento de marcharse; el crepúsculo difuminaba los rayos del sol. Elias le propuso acompañarla. El ambiente en las calles sin iluminar no recordaba el de los antiguos anocheceres. La oscuridad se tragaba a los transeúntes. Bajo el severo toque de queda, la ciudad contenía la respiración, con todos los oídos atentos.

El club de las fuerzas aliadas abrió sus puertas a finales de 1940, y Haike Járamis-Ruysdael fue una de las primeras damas de la buena sociedad en ofrecer su ayuda. Kostís no estaba tranquilo ante la idea de que su joven y magnífica esposa trabajara como voluntaria en el edificio de la calle de Corinto, bajo las miradas concupiscentes de los soldados. Pero prefería reconcomerse en su rincón antes de que una caprichosa de labios rojos y redondeados en un mohín lo tratara de *jaloux*. No obstante, habló con su madre, que lo tranquilizó ingenuamente:

—*C'est tout à fait normal*. Todas las damas *comme il faut* aportan su ayuda. ¿Por qué no nuestra Haike? Piensa en lo que soportan en el frente esos pobres soldados. Merecen una mirada compasiva, una sonrisa cálida.

Kostís no disentía. Sin duda, los combatientes necesitaban el apoyo de la retaguardia. La mirada o la sonrisa de una mujer bonita podía recompensar su bravura y sentido del sacrificio. Pero ¿por qué tenía que ser, a toda costa, su propia mujer la que se encargara de tan delicada misión? Ni siquiera su diario recibió una confesión franca de ese sentimiento doloroso. No se



concedió más que una alusión indirecta, en diciembre de 1940, pocos días después de que Haike empezara a ocupar las tardes en el club:

*Sucede a veces que se reprimen sentimientos naturales por miedo a perder el aprecio de los demás. ¿O puede que sea cierta imagen de uno mismo a la cual tememos enfrentarnos? A decir verdad, no sé nada. Me ha tocado lo mío en cuanto a dificultades en estos últimos tiempos. Creo que no necesitaba una preocupación adicional.*

La situación ponía sus nervios a prueba y estaba a punto de perder la sangre fría. Dudaba en pedir consejo a Elias. Se sentía como un enfermo desesperado que pide múltiples opiniones facultativas, y se confió por teléfono al Libanés, que se mostró más tranquilizador que su madre.

—*Ne vous en faites pas, mon cher.* Tantas damas se ocupan en estos momentos de nuestros oficiales y soldados. Si se tratara de lo que crees, la mayoría de las «casas» acogedoras de Alejandría cerrarían sus puertas. No, no, no, se trata únicamente de llevar algo de consuelo, incluso de mantener una pequeña llama narcisista en el corazón de esos hombres privados de un entorno afectivo. Para tranquilizarte, te propongo lo siguiente: una amiga mía dirige el club y me resulta fácil decirle dos palabras sobre ello. Ella estará ojo avizor y, a la menor alerta, nos avisará. Yo pasaré también de vez en cuando, para ver qué tal va todo. No tienes ningún motivo para inquietarte, amigo mío.

Kostís se alarmó todavía más. En cuanto colgaron el auricular cayó en la cuenta. «¡Qué idiota soy! He lanzado la presa a las fauces del lobo. ¡Que el cielo me ayude!»

El único beneficio de la historia fue que Haike pospuso *sine die* sus proyectos de antes de la guerra con relación a Palestina. Sus piadosas intenciones parecían estar en suspenso. Asimismo, para él era de la mayor importancia que su esposa no aprovechara sus ocupaciones en el club para darse a la bebida. En este aspecto, su madre lo incitó vivamente a vigilarla con el rabillo del ojo.

Pasaban los días y los problemas que generaba la guerra se acumulaban. La escasez de papel se hizo sentir ya en los primeros meses. Las necesidades crecientes del Almirantazgo llenaban las cajas, pero paralelamente hacían desaparecer las existencias. Un incendio en uno de los depósitos de papel agravó la situación. Kostís no tuvo más remedio que pedir la colaboración de sus clientes. Cuando el almirante Cunningham se enteró, golpeó con el puño:

—Sin cigarrillos perderemos la guerra. Si es necesario, utilizaremos la mitad de la flota para traer los cargamentos de tabaco. Tenemos que garantizarles la ración a nuestros valerosos soldados.

Y dicho y hecho. Un convoy de barcos acompañó discretamente a los cargueros que transportaban el papel y el tabaco procedentes del norte de Grecia y de las costas rusas. La operación, coronada por el éxito, recibió el nombre en clave de Julio César, en honor a la última marca lanzada antes de la guerra por las fábricas Járamis. La táctica consistió en un largo y lento cabotaje *from island to island* para evitar las grandes rutas de alta mar, donde patrullaban los submarinos italianos. El canal de Suez y Port Tawfik acogieron a los navíos. Después tomó el relevo el ferrocarril, que transportó las mercancías hasta los depósitos de la compañía. La operación Julio César permaneció secreta, y la competencia, que no se explicaba esas existencias inagotables, acusó a Járamis de utilizar tabaco de Japón y de China. El hijo de Andonis salió al

paso de los rumores lanzando una vigorosa campaña de prensa en la que proclamaba la innegable calidad de sus cigarrillos, cuyas mezclas no contenían ninguno de esos productos. A la cabeza se encontraba el desde entonces clásico Járamis, a ocho piasstras el paquete, seguido del Cleo Special con boquilla dorada y el Julius Caesar, a siete y seis piasstras respectivamente.

Al mismo tiempo surgieron otras dificultades, cuyo origen, sospechaba Kostís, era el mismo grupo de adversarios llenos de odio; habría puesto la mano en el fuego. Utilizaron el anticomunismo histérico de los británicos —del que eran testigo las drásticas medidas de defensa en Egipto— para acusarlo de proteger a una banda de comunistas que pretendían desestabilizar el régimen y derrocar al rey Faruk; según los rumores, el cerebro del complot no era otro que Misha Vorópanov. El antiguo Señor Músculos de las veladas parisinas se encontraba en una posición delicada. En tiempos de guerra, los británicos no bromeaban. En las circunstancias difíciles, Kostís no dudaba en recurrir a imágenes impactantes; preparó una especie de mascarada para sacarlo del atolladero. Le obligó a sacar de la naftalina su uniforme de coronel del Ejército Blanco y a llevarlo, con todas sus condecoraciones, durante las audiencias de la comisión de investigación. De hecho, la conspiración era una maniobra que se remontaba a mucho tiempo atrás, cuyo origen era la embajada de Grecia en El Cairo, tal como descubrió Elias al acudir volando en su ayuda; allí se habían elaborado las bases de la acusación hacia alrededor de dos años, a partir de testimonios que se referían al período «europeo» del industrial griego. Así, a oídos de los británicos llegó su amistad con Karl Voiter, y el alistamiento de su primo Nikitas y de su antiguo colaborador Prindrak Illich, que «habían abrazado la causa del comunismo y combatido por Stalin al lado de los republicanos españoles».

Le llegó el turno a Nikitas. La policía egipcia lo detuvo en la casa de la calle Bab Sidra y lo encerró en la prisión de Kom el-Dick. Una vez más, hubo que acudir al almirante Cunningham. El gobernador aceptó complacido la invitación a cenar en la calle de los Abasíes; se presentó vestido completamente de blanco con uniforme de gala. Alto, huesudo, de hombros estrechos y manos alargadas, sonreía con frecuencia, descubriendo unos dientes pequeños y puntiagudos, pero no por ello disminuía su autoridad. Una vez terminada la cena, los dos hombres se retiraron al gran salón egipcio, con un brandy en una mano y un cigarrillo en la otra. Kostís le confió a su «cliente» (según la definición que daba Cunningham de sí mismo), que si tuviera que avergonzarse de algo no sería de su «círculo de amistades», sino de su hermano Majos, hitleriano y compañero de lucha de Rudolf Hess. Se sorprendió de que los británicos, conociendo *the sort of the man*, dieran crédito a las numerosas calumnias dirigidas a dañar su integridad y sus negocios.

El almirante le interrumpió:

—*Well*, en ningún caso deseamos que suceda semejante cosa. *Actually*, hasta cierto punto consideramos que nuestra victoria depende de los cigarrillos que nos proporciona.

Sin embargo, la razón principal por la cual el dignatario británico se lanzaba a una «apología» bastante inesperada para su interlocutor, tenía que ver con otro tema.

—He oído decir que usted era un adversario temible jugando al tenis.

—¡No crea ni una palabra! *Not as good as they say*. Conservo algún resto de una lejana y gloriosa juventud en Alejandría.

—*Anyway*. Algunos encuentran *quite exciting* jugar con usted, como el almirante francés, *for example* —dejó caer, y sus ojillos ingleses brillaron con astucia inocente.

—¡Ah, pobre señor Godefroi...! Nadie quiere jugar con él. *Deep down*, sabe usted, ya que

siente una secreta simpatía por los británicos... Si no me equivoco, su mujer es súbdito de su Graciosa Majestad, ¿no es así? Eso no deja a nadie indiferente...

—Sí. Solo que el almirante se niega a manifestar sus sentimientos y eso nos pone a veces en dificultades, ¿comprende?

—*Of course*. Para él tampoco es una posición fácil. ¿Cómo podría tomar por su cuenta, bajo su exclusiva responsabilidad, una decisión importante? Pero ¿por qué me habla de esto? ¿Debo interrumpir mis relaciones con él?

—*On the contrary*, le propongo que se acerque a él. Así podría ayudarnos a luchar eficazmente contra Hitler.

—*Just a moment*, debo sobreentender que debería...

—*No, my friend*. No sería nada elegante por mi parte proponerle que se convirtiera en agente nuestro. —Se mordisqueó el labio inferior con sus curiosos incisivos y añadió—: Las relaciones humanas dan aliento y nos ayudan a liberarnos. Seguramente se habrá fijado en que en algunas circunstancias tendemos a improvisar. Son momentos de debilidad que después solemos lamentar. Si un día, por casualidad, fuera usted testigo de un momento de descuido por parte del almirante Godefroi, apreciaría de un modo especial que aceptara comunicármelo.

Kostís veía ya abrirse las puertas de Kom el-Dick delante de Nikitas, pero permaneció impassible durante el tiempo necesario hasta oír de boca de sir Andrews la fórmula mágica:

—Y, por supuesto, no lo lamentaría.

Desde los primeros tiempos en que el matrimonio se instaló en Alejandría, Haike tuvo la impresión de que Kostís la descuidaba, y eso hacía que sintiera cierto malestar. No obstante, sabía que su marido sentía por ella una consideración sincera. Tampoco ignoraba —o al menos sospechaba— que él sostenía una dura batalla para preservar la integridad de un imperio económico que había manifestado signos de fragilidad desde que su creador se había retirado sin gloria de los negocios, tres años antes de dejar este mundo. Aun cuando se había preparado psicológicamente para esa posibilidad —gracias a lo que Kostís le había confiado en París, sin duda para impresionarla—, la magnitud de la fortuna, unida al peso de las obligaciones que tuvo que asumir en Egipto, a menudo hicieron que echara de menos la despreocupación de su vida parisina. Ni siquiera la llegada de su pequeña Dafni logró disipar su nostalgia. Paralelamente, no es difícil imaginar que la antigua maniquí de Coco Chanel se sintiera un poco estafada. El embarazo la había sorprendido en una época en que casarse y tener hijos era la última de sus preocupaciones. Sin preparación alguna, se había encontrado en una posición de debilidad con relación a su futuro marido. El nacimiento de su hija había escapado en cierto modo a su voluntad, como si pura y simplemente no le hubieran pedido su opinión. Adoraba a su niña, era indudable, pero a menudo se preguntaba si la hija no había sido para su marido el medio de imponer a su familia la unión con una judía holandesa. Bajo el desbordante entusiasmo que expresaban las cartas a su madre, ya fuera con relación a su tipo de vida o a los acontecimientos de su existencia, a menudo disimulaba sus dificultades y su contrariedad. Describía vívidas escenas de la Alejandría de los años treinta para plasmar un cuento de hadas, y admitía que era ella misma la primera engañada. No es que no amara a Kostís ni que algún otro ocupara sus pensamientos, ni menos aún que careciera de algo en su palacio de las mil y una noches; el mar perpetuamente renovado y el cielo de Alejandría la conmovían de manera intensa, al igual que la fascinaba la

secreta ósmosis que conseguía la ciudad entre su carácter profundamente europeo y su ancestral mitología transmitida por los minaretes y las gauduras. Sin embargo, en esa ciudad hospitalaria, en la que había realmente sitio para todo el mundo, sin consideración de raza, ni idioma, ni religión, ni oficio, no se sentía a gusto. Ser la esposa de un industrial del tabaco y la mamá de una hijita encantadora no le bastaba. Tenía sed de realizaciones personales, deseaba manifestar sus gustos y su temperamento, dejar huellas de su paso, acceder a su dignidad cimentando la propia estima, único puente auténtico hacia los otros. *A contrario*, tenía la impresión de haberse entregado en cuerpo y alma a la familia Járamis, fundiéndose en los moldes que le habían dado: nuera como es debido, buena esposa y madre irreprochable, sin duda, tras algunos combates de los que no sabía ni cuándo, ni contra quién los había perdido. No era más que una mujer sumisa. Esa era por entonces su conclusión.

La suerte de su madre la preocupaba enormemente y, sin embargo, por momentos la bendecía por haberse abstenido de ir a visitarla aunque solo fuera una vez a Alejandría. La rendición sin condiciones de la hija era suficiente; no iban a ponerse las dos de rodillas ante los potentados locales.

Ella misma había ido a caer en el Cuerno de África igual que un saco vacío a la espera de quedar lleno con lo que otros han decidido meter en él. En tal estado crítico, creyó encontrar una compensación en la práctica de una religión distinta. Su asistencia a la sinagoga y su sueño de una Palestina judía supusieron un rasguño en las relaciones con su familia política. Esa era la razón precisa por la que no tenía intención de perder su reputación de judía practicante, incluso de sionista de opiniones sólidas. Paralelamente, su participación en actividades filantrópicas o en colectas, su dedicación en los orfanatos y comedores de beneficencia, su implicación en los bailes de caridad y otras obras le daban la impresión falaz de construirse una identidad. Por último, colmaba su vacío existencial empinando el codo cada vez con más frecuencia, acomodándose así en una dependencia del coñac, su bebida preferida. Sin embargo, no era consciente de ello, y solo admitía confesar: «Mi único exceso no pasa de unas gotitas de coñac en el té de la tarde».

En la época en que atendía el servicio en el club de las fuerzas aliadas, a la señora Járamis-Ruysdael le habría resultado muy difícil pasar aunque fuera un solo *d. d. (a dry day)*, un día seco, sin humedecer la garganta con alcohol ni mojar los labios en un vaso. Su suegra decía, y solo bromeaba a medias, que Haike había optado por pasar las tardes en la calle de Corinto, con el único fin de beber a gusto y con tranquilidad. Es verdad que el ambiente del club era agradable. Se organizaban distracciones todos los días; los domingos y lunes había baile o en el patio, preparado a tal efecto, o en la gigantesca galería interior. Haike sentía también esa necesidad de liberación; sin embargo, su único pecado consistía siempre en tomarse como quien no quiere la cosa dos copitas sin consecuencias, salvo a principios del año 1941, un día que experimentó un vértigo un poco más fuerte de lo habitual y pidió un café cargado que le sirvió una dama alta y guapa que, sin rodeos, le soltó a bocajarro:

—*Les jolies femmes ne boivent pas d'alcool.*

Se sintió tan avergonzada que recobró de inmediato el ánimo y... el servicio, sin permitirse el más mínimo paso en falso. Al final del día, la mujer elegante, que se llamaba Yvette Santon, le propuso acompañarla a casa en coche, pero Haike contestó:

—No merece la pena. Mi chófer solo espera una llamada para venir a buscarme.

—Entonces no lo llame.

Las dos mujeres se encontraron sentadas en el coche de Yvette; si alguien las hubiera visto, habría dicho: madre e hija.

—¿Cómo se dio cuenta de que había bebido? —preguntó sin alterarse la mujer de Kostís.

—Es muy sencillo. Me han pedido que la vigile cuando estoy al cuidado del buen funcionamiento del club.

—No es verdad.

—Sí que lo es, y usted lo conoce.

—¿Está segura?

—Toda la gente *comme il faut* de Alejandría lo conoce. Es hijo del Líbano.

—¿No se llamará Elias?

—*Oui, c'est ça.*

—¿Y por qué hace eso Elias?

—Reflexione. ¿No cree que su marido podría habérselo pedido?

—¿Mi marido? No, mi marido nunca confiaría en él en ningún asunto que tuviera que ver conmigo.

Yvette quiso encender un cigarrillo pero Haike detuvo su ademán.

—Las mujeres hermosas tampoco fuman.

—No puedo creer lo que oigo. Es la mujer de un industrial del tabaco y desalienta a una clienta de su marido...

—Ya he notado que fuma sus cigarrillos. ¿Y qué? Eso no me impide decirle que no está bien, en absoluto. ¡Palabra de una esposa oprimida de un fabricante de tabaco!

Yvette sopló la cerilla riendo y arrancó. Haike se había fijado en sus guantes immaculados que destacaban nítidamente en la espesa oscuridad de las calles.

—Las consignas son claras. Debemos llevar algo blanco para ser visibles durante el toque de queda. ¡Qué mala suerte, de verdad, vivir en una ciudad que sirve de blanco a las fuerzas aéreas enemigas!

—*Eh bien! C'est la guerre* —respondió Haike, consciente de que desde el principio había adoptado esa reflexión comodín.

En la siguiente esquina las detuvo un policía egipcio y la conductora le enseñó un documento —una autorización para circular, sin duda otorgada por las autoridades británicas—. El policía lo examinó frotándolo entre los dedos, como si eso pudiera probar su autenticidad, a continuación dio una vuelta alrededor del coche, mientras daba golpecitos con el pulgar en el documento. Entonces Yvette le dijo unas palabras en árabe, de las que él retuvo principalmente un monosílabo que repitió para convencerse. Devolvió el salvoconducto, hizo el saludo militar y las dejó pasar.

—Lo que me pone nerviosa de los árabes es que no tienen la menor idea de lo que es serio y lo que no lo es. Hay algo que falta en su cultura...

—¿Hablas árabe? —la interrumpió Haike, tuteándola.

—*Ah, ma petite!* ¡Mucho menos de lo que debería, después de veinticinco años en Egipto!

—¡Veinticinco años!

—Ni uno menos. Tenía más o menos tu edad cuando llegué aquí.

—París, la misma edad al llegar. Son varios puntos en común —prosiguió Haike, entusiasta, justo cuando un peatón imprudente cruzaba la calle en la oscuridad sin avisar.

Los frenos del Peugeot chirriaron, y por toda respuesta se oyeron tres palabras en árabe,

pronunciadas como una injuria. En cuanto llegaron a la calle Fuad, se cruzaron con agentes de tráfico, apostados prácticamente cada cien metros, que controlaban a transeúntes y vehículos durante las primeras horas de la noche.

Yvette conocía el camino de su domicilio y Haike no se molestó en guiarla. La observó discretamente y notó que la ropa de color claro vestía un cuerpo perfectamente conservado. Delante de la casa de la calle de los Abasíes Haike salió del automóvil e interrogó a Yvette tratándola de nuevo de usted:

—¿Elias le ha dicho de verdad que Kostís le pidió que me siguiera?

La respuesta fue bastante diplomática:

—Aunque ese sea el caso, no vea en ello más que un signo de interés para con usted.

Después, pisó suavemente el acelerador y giró hacia los jardines de Shallalat.

Desde su regreso a Egipto, Kostís había vivido exclusivamente en el barrio que le recordaba las experiencias picantes de su juventud. Veinte años atrás, cuando había salido de su tierra para correr mundo a través de la Europa de entreguerras, sin preocuparse por el dinero, no imaginaba que cuando volviera al país natal llevaría la vida más bien monótona de cosmopolita adinerado que debía mantener su rango en un mundo de conveniencias: frecuentar los cafés de moda, el club helénico, el Sporting y el club náutico; no faltar a una recepción o a una representación de ópera, estar presente en los estrenos de Veakis y Minotís, de Jristóforos Nesor, Kiveli y Kotopuli (todo ello seguido, sin esfuerzo alguno, de besamanos a las actrices y un ligero nerviosismo al día siguiente al comprobar si su nombre aparecía en la prensa); recibir a artistas extranjeros, intérpretes del *bel canto*, militares con muchas estrellas, diplomáticos y otras personalidades. No lo había elegido, pero lo aceptaba sin desagrado, como los tejidos de cachemira en los que cortaban sus trajes. Sin embargo, con el paso de los años le preocupaba parecerse más a su padre: autoritario y cortante con sus obreros, solitario y reservado con relación a sus amigos y colaboradores cercanos, poco implicado en sus obligaciones para con la comunidad griega. Incluso su comportamiento con relación a ciertos miembros de su entorno, Elias Juri, por ejemplo. Si hubiera podido contar con un verdadero amigo, como antaño... Pero sus vínculos con Nikitas estaban definitivamente rotos; Illich habría podido contagiarle un poco de esa ligereza de otra época, pero había caído en el campo del honor; Misha nunca había logrado encontrar el tono justo entre ellos dos y en cuanto a Sistanis, aún era para él el gran patrón que inspira temor y respeto.

Cuando envió a Mahmud a buscar a Nikitas a la salida de la prisión, el *cousin* se negó a subir al Rolls-Royce. Prefirió regresar a Bab Sidra en un coche de tiro y le hizo saber que haría mejor en olvidarlo, ya que la relación con comunistas destacados podía perjudicarle. Kostís consideraba la liberación de su primo una victoria personal, y se sintió profundamente dolido. Sin duda, su relación con Nikitas había perdido el encanto y la intensidad de antaño, pero no era menos verdad que a su lado recuperaba un poco de su alma de niño. Le envió una nota en la que le hacía una pregunta abrupta, pero legítima: «¿Cómo ha podido, el guapo muchacho tan vivaz que conocí hace tiempo, convertirse en ese adulto duro y desconfiado?».

Y el otro escribió, sin reflexionar mucho más: «De la misma manera en que la intrépida fiera del Barrio Griego ha llegado a ser *la tarte à la crème* de la vida local».

El conflicto entre los dos ex amigos inseparables estalló una noche en que Kostís y Haike habían ido al cabaret Excelsior para ver cómo los griegos de Alejandría celebraban las victorias

del ejército helénico a raíz de las batallas sucesivas que arrasaban la frontera greco-albanesa. Más tarde, Kostís escribió:

*La entrada de Haike causó sensación. Se había despertado la maniquí de Coco Chanel. Llevaba puesto el vestido negro, my favourite, constelado de lentejuelas. Alrededor de su cuello de cisne, dos hileras de perlas. Mujeres y hombres solo tuvieron ojos para ella. Imposible estar celoso de una belleza semejante; uno no puede más que alegrarse de contemplarla.*

El ambiente era indiscutiblemente de fiesta: la banda tocaba marchas militares y los clientes —solo se había admitido a los griegos y a cargos oficiales— bailaban alegremente la conga. Kostís no salía jamás sin Misha. Elias Juri, el omnipresente, se unió al grupo, y un poco más tarde llegaron Sistanis y su esposa. Se sentaron a una mesa al borde de la pista, desde donde admiraban al primo Nikolas, que tocaba la guitarra como un virtuoso e interpretaba con su voz melodiosa y aterciopelada los éxitos de la época. Kostís no dejaba de beber, al contrario que Haike, que detestaba el whisky. De modo que cumplió la promesa que le había hecho a Yvette. Más tarde, él reconocería que no era ni el momento ni el lugar de desgranar sus recuerdos de Berlín y París.

Centrado en el balanceo del whisky, no comprendió las señas que le hacía Nikolas: Nikitas acababa de entrar. Era evidente que el *cousin* ya había regado con abundancia la celebración y consideró que lo menospreciaban. Cuando el grupo se levantó para salir, Nikitas titubeó en dirección a él y conminó a Kostís a que se explicara. Ambos hombres intercambiaron insultos y, antes de que nadie comprendiera qué sucedía, rodaban por el suelo y se peleaban como los traperos en medio de la Corniche. A pesar de su fuerza y de la rapidez de su intervención, a Misha y Sistanis les costó un gran esfuerzo desenredar brazos y piernas. Cuando lo lograron, los dos adversarios eran todo polvo, moretones y rasguños. Para rematarlo, las sirenas empezaron a aullar, pero Járamis hijo se empecinó y se negó a seguirlos a un refugio. Tan terco como su primo, Nikitas hizo lo mismo. Desanimado, el grupo los abandonó en el momento en que los proyectores de la defensa antiaérea iluminaban el cielo sobre el puerto Oeste. Misha se quedó con Kostís, que le hizo prometer a Sistanis que no dejaría ni un segundo a Haike. Despuntaba el día cuando volvió a casa, indiferente a los últimos aviones que la noche se llevaba hacia el oeste, tras una noche en blanco bebiendo.

*No me esperaba semejante recepción. Haike se había quedado dormida, enroscada en el canapé de la entrada. Me acogió con un largo beso y murmuró: «Sigo estando enamorada de ti». Tenía el vestido arrugado y en la mejilla derecha la marca de un cojín. Hice la señal de la cruz. Las mujeres están locas. Decididamente, nunca las comprenderé.*

Se había enroscado en sus brazos y aspiraba golosamente el olor pesado a cigarrillos, a bebida y perfume barato de mujeres fáciles; olía a libertinaje y ella se apretaba contra él murmurando palabras de amor. Él, por su parte, en vez de disfrutar de ese momento sin la sombra de un remordimiento, insistía en que se lo iba a contar todo, que le daría detalles. ¡Los hombres

son a veces tan imbéciles! Ella intentaba disuadirlo por todos los medios: negaba la cabeza, lo cubría de besos. Además, ¿qué le podía contar? ¿Que se había descarriado en el rincón más mísero de la ciudad, barrios estragados de insalubres casuchas y callejuelas infames con burdeles y cafés miserables y calamitosos en el sótano? ¿Allí donde unas turcas obesas daban la impresión de ahogarse ejecutando asmáticas danzas del vientre para intentar despertar la libido de árabes achispados que acababan de drogarse, donde las mujeres se frotaban contra su sexo, mientras un encargado cojo servía tafia en unos vasos sucios? ¿Hablarle de los fumaderos improvisados en suelos de tierra y bajo techos de chapa? De lo amargo de los narguiles en sitios donde unos individuos tan negros como el carbón y ojos enrojecidos escupían, se excitaban y se peleaban al menor pretexto jugando a los dados y apostaban billetes sucios y arrugados. Algunos de esos energúmenos de aspecto amenazador se habían arrastrado hasta ellos, y Misha había entreabierto la chaqueta para exhibir el revólver enganchado en su cinturón. Los lupanares desbordaban de carne blanquecina que vibraba a su paso como mantequilla para excitarlos. Cuerpos que arrastraban los ardores efímeros de sus innumerables clientes calamitosos y enfermedades dispuestas a arrasar a los imprudentes. Apocalipsis bajo el pandemónium de los bombardeos en el puerto Oeste.

Kostís atravesó ese infierno y volvió a casa, con el polvo de la Corniche adherido a la ropa, un gemelo de menos, la corbata deshecha y el cuello de la camisa de cualquier manera. Haike acogió a su caballero deslucido con los brazos abiertos; después de tantos años, su aspecto le recordaba al bohemio impenitente de las noches parisinas del que se había enamorado. Quizá era necesario disfrazar la parte sombría de esa Alejandría de los convencionalismos; pero ella, por su parte, se sentiría mucho menos sola si de vez en cuando él accediera a compartirla con ella.

A principios de 1933, al hacerse cargo de la empresa, la primera preocupación de Kostís fue asegurarse un abastecimiento suficiente de papel. No había olvidado el precio que le había costado a su padre la relación que, siendo adolescente, había mantenido con la mujer del comerciante de papel. Pero podría resultar peligroso guardar grandes cantidades en la misma fábrica, y había repartido las existencias entre dos almacenes, en Mint el-Sassal, detrás de los cobertizos de algodón. Después, se declaró la guerra y los bombardeos sobre el puerto Oeste ya no lo dejaron en paz. Decidió transportar la materia prima a lugares más seguros y con tal fin alquiló dos depósitos en Mahmudieh, a unos cientos de metros de la fábrica.

Pero algo le cogió desprevenido. Una de las reservas se incendió una noche en que los italianos bombardearon el barrio cerca de la Antigua Aduana. Kostís sospechó que había sido un incendio intencionado, que acarreó una escasez de papel en los primeros meses del conflicto. Pero la administración británica lo atribuyó a la caída de una bengala de iluminación de la defensa antiaérea. Sin embargo, el *ghafir*, el guardián, que se encontraba en el almacén, había informado de movimientos sospechosos de tres hombres; pero los investigadores no tuvieron en cuenta su declaración y los daños, una vez más, fueron considerados una prueba de los errores de la aviación italiana.

En espera de la llegada del nuevo papel —y en eso la marina británica fue una ayuda muy valiosa— hizo que transportaran por pequeños lotes lo que quedaba de la segunda reserva en Mahmudieh. Para engañar a los incendiarios —cuya identidad creía conocer—, colocó dos guardias en vez de uno en el emplazamiento del cobertizo, ahora ya vacío. Los acontecimientos le



dieron la razón. Durante un bombardeo de los italianos que erró el blanco, el segundo almacén también se incendió. Convencido de que intentaban perjudicarlo, esta vez hizo correr el rumor de que los daños eran enormes y esperó la reacción. Cargó las tintas poniéndose en contacto con algunos conocidos comerciantes de papel. Le informaron de que el viejo amigo de su padre, Butros Abd el-Massich, había muerto hacía dos años y que Zihan y su hijo Yussef habían tomado las riendas del negocio. Se conmovió un poco, pero prefirió olvidar la información, hasta que recibió una carta:

*Me he enterado de que tienes problemas de papel. Puedo ayudarte si así lo deseas.*

*ZIHAN, que un día fue tuya*

No contestó. Incluso ahora que Butros ya no se interpondría entre ellos, tenía sus dudas de si debía verla. Ella insistió, precisando: «Sé quién prendió fuego en Mint el-Sassal; debemos vernos lo antes posible».

La prudencia era fundamental. Cualquier posible resurgimiento del escándalo podía resultar desastrosa.

«Si verdaderamente quieres ayudarme, sería preferible hacerlo a distancia.»

*Je te fiche à ce point la frousse?*, replicó ella irónicamente.

Se mostraba claramente más audaz que él. Decidió telefonarle. Su voz sonó lúgubre al otro lado del hilo, y Kostís tuvo la sensación de hablar con alguien muerto desde hacía tiempo.

—Ha sido necesaria otra guerra para que habláramos de nuevo.

—Eso parece, aun cuando la paz, desde múltiples puntos de vista, sería preferible, *n'est-ce pas?*

—*Peut-être*, de todos modos, esta guerra es vuestra, de los europeos. No nos incumbe a nosotros.

—Por supuesto. Imagino que te alegrarías de que nos echaran, a nosotros y a esos sucios opresores británicos.

—No tengo nada en contra de los griegos ni de los británicos. Simplemente, esta tierra es nuestra y la queremos.

—Pero las bombas que están cayendo no las envía Londres.

—Esa no es la cuestión. Los británicos bombardearon Alejandría en su momento y volverán a hacerlo si lo consideran necesario.

—Esta discusión no nos llevará a ninguna parte; nunca llegaremos a conciliar nuestros puntos de vista.

—¿Por qué me evitas? ¿No sería normal que dos personas que han compartido tanto pasen un momento juntos?

—No estamos solos en el mundo, Zihan —respondió él con la mayor profundidad posible.

—Yo lo estoy. Ya no tengo marido; sin duda te lo han dicho.

—Pero tienes a tu hijo.

—A la edad que tiene ya no está pegado a su madre. Aunque solo fuera por tu propia situación, no debería ser tan difícil para ti comprender. Ven a verme un día a la ezba.

—¿Estás loca? —exclamó.

—Después de tantos años, esperaba un poco más de cortesía de tu parte.

—Tienes razón, perdóname. Pero tú no te has visto condenada a errar por toda Europa por los bellísimos ojos de una mujer casada. —Trató de adoptar un tono melodramático—. *C'était épouvantable*.

—Le he dado muchas vueltas en la cabeza y aún no se ha acabado. — Y añadió—: Al menos podrías haber contestado a la carta que te envié a Alemania.

Dejó escapar una especie de sollozo.

—No hablemos más de eso. ¿Tienes algo que decirme a propósito de Mint el-Sassal?

—Sí, pero no por teléfono.

No había cambiado. Seguía siendo la niña mimada a quien todo se le concede.

—Escúchame bien, no iré a la ezba —declaró con firmeza.

—Bien. Ya pensaré en alguna otra idea y te llamaré otra vez.

Pasaron quince días y él creyó que no lo molestaría más. Pero se equivocaba.

—He tardado antes de volver a llamarte. Quería verificar algo.

—¿Y ahora ya está?

—Sí. Tengo que verte lo antes posible.

—¿En tu ezba?

—No. *Tu avais raison*. No era una buena idea.

—Me alegra que lo hayas comprendido.

—Nos encontraremos allí donde siempre nos citábamos. En la casa de Kaent-Gohar.

—*Où ça?*

—Has oído bien. No estás sordo. El piso estaba vacío y lo he alquilado. Podemos vernos allí cuando quieras.

—Verdaderamente, no te has sosegado a pesar de los años. ¿Te das cuenta de que encontrarnos precisamente en ese lugar nos dañará a ambos?

—Hace tanto tiempo... Nadie se acuerda de nosotros. Además, tienen otras preocupaciones mucho más importantes..., la guerra. No van a interesarse por una vieja historia de hace más de veinte años —insistió—. Quiero volver a verte, Kostís, tengo derecho a verte, en nombre de lo que vivimos en ese lugar. Yo también he pagado, no lo olvides. Y ahora que me humillo ante ti, ¿te gusta oír esto?

—No, no me gusta.

Mentía. Estaba satisfecho de saberla en ese estado. Su voz suplicante y arrogante a la vez le halagaba. ¡Qué placer sentiría si ella se rebajara aún más!

—Pues bien, si no te gusta, cúrame. Dame la oportunidad. Ven a verme hoy a Kaent-Gohar.

—¿Hoy? Imposible. Quizá mañana. Sí, mañana sería posible.

—¿Mañana por la mañana?

—No, por la tarde, es mejor. A las cinco.

—Hasta mañana, entonces —dijo ella, contenta. Y él pensó que no la había torturado bastante.

Al día siguiente salió con retraso. Misha conducía. No tenía deseo alguno de reanudar aquel pasado de 1919; sin embargo, reconocía que las condiciones de la calle Kaent-Gohar se habían modificado a su favor. No necesitaba esperar su llegada durante horas interminables. Llegaría el último, y a su ritmo, sin precipitación, para que se reconcomiera, como le había pasado a él en otro tiempo.

La lluvia que había caído hasta mediodía había llevado un viento que secaba las matas en las copas de las palmeras; bandadas de palomas volaban en formación, como escuadrones de aviones de caza. Las nubes espesas empezaban a dispersarse, privando a la ciudad de la cobertura natural que la había protegido durante la mañana. Hacia el oeste, el horizonte estaba despejado. Kostís juzgó que los pasillos para los bombarderos italianos volvían a estar libres. Al instante siguiente —¡ni que le hubieran leído el pensamiento!— retumbaron las sirenas y pareció que todos los despertadores de Alejandría sonaban al mismo tiempo y obligaban a los habitantes a salir de la somnolencia de un día más bien tranquilo. La reacción, la de la calle al menos, no fue inmediata. Los peatones siguieron su camino, esperando que esa contrariedad duraría poco. Muchos alejandrinos consideraban desleales los bombardeos diurnos, como si existiera un convenio extraño para que no hubiera más que bombardeos nocturnos. Hubo que movilizar un coche con altavoz que aullaba una orden estridente en un francés casi correcto: *Prenez alerte. Dépêchez-vous*, para que se dispersaran, y Misha y Kostís se encontraron prácticamente solos en una escena casi desierta. Una calle más abajo, otro coche de policía estaba atravesado en medio de la calzada, cortando el paso. Misha se situó a un lado. Entretanto, resonaron los primeros disparos de la defensa antiaérea. Un agente de la seguridad civil les indicó el refugio más cercano.

Duró apenas media hora. Cuando volvieron a ponerse en marcha hacia la calle Kaent-Gohar, eran las cinco y media. Un temor inexplicable oprimió a Kostís; la copta detestaba esperar; pero se repuso enseguida, ya no estaban en 1919. Y, además, él no tenía nada que ver con ese bombardeo inesperado de los italianos. El tráfico se ponía en marcha otra vez en las calles, aunque la gente tuviera aún los ojos clavados en el cielo. Llegaron a la plazuela y a la iglesia de Santa Catalina. Señaló a Misha la calle en cuesta y se detuvieron justo delante de la iglesia de la Asunción. Antes de bajar, miró a derecha e izquierda para comprobar que nadie conocido anduviera por allí.

Nada parecía haber cambiado en el viejo inmueble. La entrada estaba desierta, sin portero a la vista. Probablemente Zihan le había dado una moneda para que dejara el campo libre. ¿No era eso mismo lo que él hacía en otros tiempos? En la escalera oscura con peldaños de mármol gastado y la barandilla de hierro oxidada, pasó la mano por los arabescos de las paredes. Han pasado veinte años y otra vez me encuentro aquí por ella. Tuvo ganas de girar sobre los talones, pero oyó a los niños árabes que jugaban y gritaban en la calle como en el pasado. «Nada ha cambiado», murmuró, y continuó su ascenso, sonriendo.

Llegó ante la puerta del piso —¿era esa realmente?—. Llamó varias veces, pero nadie respondió. No se había equivocado de planta y el piso era ese. ¿Dónde estaba Zihan? ¿Se habría enfadado por su retraso? ¿Quería jugar con él igual que en el pasado? No era muy amable por su parte. El olor a polvo de las paredes decrepitas y el de óxido que desprendían los armazones metálicos se amalgamaban en ese corredor sombrío. Se sentía prisionero en un laberinto de pesadilla. Cogió maquinalmente su pañuelo para enjugar la transpiración en su frente; estaba empapado en sudor.

—¿Qué estoy haciendo aquí veinte años después? —dijo en voz alta en el silencio ensordecedor del rellano desierto. Se lanzó impetuosamente escaleras abajo, bajando los peldaños de cuatro en cuatro, sin pararse a tomar aliento. Una vez en la calle, aliviado, se calmó.

Ya he saldado mis cuentas con este espacio, decidió; no volvería a poner los pies en los barrios populares, no por la cara bonita de Zihan ni de ninguna otra. Relacionaba esos

desafortunados barrios a la aventura con una copta muy tenaz y al riesgo que había corrido de echar a perder su vida. La obstinación de Zihan era probablemente la causa de su silencio en los días que siguieron. Cuando se enteró de que había encontrado la muerte al acudir a la cita en la calle Kaent-Gohar, dedujo que también ella iba con retraso. ¿Quién era más digno de que se le echara la culpa, el torpe piloto italiano que al errar el blanco la había alcanzado de lleno, o ella misma con su empeñamiento en no llegar nunca puntual? Su fallecimiento apareció en la sección de sucesos de los periódicos, un pequeño ataúd flotando en un océano de noticias inquietantes originadas en los múltiples frentes de una guerra que —según decía ella— no era asunto suyo.

«Esta guerra me ha encontrado viuda, convertida en suegra, en abuela y privada de uno de mis hijos», le respondió la señora Járamis al cónsul de Grecia cuando fue a visitarla para darle las gracias por su generosa contribución al esfuerzo de guerra de su patria. Sin consultarlo con su hijo, la madre de Kostís había consentido en entregar una ayuda importante para reforzar los medios de la aviación griega, sacándola del famoso cofre del tesoro personal. Para estar a la altura de las circunstancias, se había desprendido de las dos piezas más preciosas de su colección que su rival Samuel Agiman codiciaba desde hacía años. La procedencia de los fondos solo podía presumirla un círculo muy cerrado de la alta sociedad. La donación global de la familia Járamis rivalizaba, a fin de cuentas —si no la superaba— con la de las viejas familias, los Joremis, los Benakis, los Salvagos y los Kasulis. Se extendió el rumor de que la generosidad de la familia Járamis estaba lejos de ser desinteresada y que era un medio excelente de lavar su imagen ante las sospechas de tráfico de piezas arqueológicas y de la más que evidente amistad de uno de sus hijos con los nazis.

Dafni estaba más que harta de ser constantemente objeto de chismorreos. Hasta donde alcanzaba su memoria, siempre había tenido que hacer frente a un montón de hablaturías que divulgaban a cada momento las malas intenciones de la «buena» sociedad.

De modo que había decidido ignorar definitivamente todos los males con los que la agobiaban a ella y a su familia. Trazó su camino sin preocuparse del qué dirán, pero rivalizando en astucia con los círculos mundanos; acabó cerrándoles el pico a los indiscretos gracias a los platos exquisitos y refinadas preparaciones que servía en su mesa o en sus recepciones —de lejos las más concurridas en Alejandría en el período de entreguerras—. No escatimaba medios, pues sabía perfectamente que, al alcanzarla en su punto flaco, la *haute société* apreciaría en definitiva en su justo valor a unos anfitriones tan delicados. Sus *invités*, saciados de un modo magistral, se mostraban mucho más suaves y moderados con ella y su familia. Su cleptomanía pronto fue calificada de rasgo pintoresco de la personalidad de la señora Járamis; por otra parte, su amor por las antigüedades la había llevado de una manera brillante a unir lo útil a lo agradable, es decir, a liberarse del yugo de un marido despótico y llegar a ser económicamente independiente. Incluso cuando Andonis, en pleno apogeo de su poder, hincó la rodilla a consecuencia de un escándalo que lo desacreditaba hasta en su pasado más lejano, Dafni se quedó fuera de su alcance; siguió gozando de la benevolencia de los círculos mundanos. Hay que reconocer que había invitado a esos gorriones durante décadas.

Y ya que había logrado evitar escollos personales y familiares, no iba a tirar la toalla ante su nuera, esa judía holandesa que hacía que hablaran de ella por sus frecuentes visitas a la sinagoga y por su estatura, superior en dos centímetros a la de su marido, como es fácil imaginar. En los

mismos círculos que hasta el momento habían cerrado los ojos, hacía furor una copla satírica:

*En la familia Járamis hay fiesta cada día,  
un día fiesta cristiana, otro fiesta judía.*

Con relación a Majos, no necesitaba a nadie. Podía condenar su conducta por iniciativa propia, al menos a ojos del mundo. A pesar de todo, durante el sueño revelaba su inquietud: «Miss Gaby, tapa a Majos, que se va a enfriar».

Durante esos años difíciles encontró consuelo en su tan querida colección, depositada en la bodega debido a los bombardeos. Su fibra patriótica vibraba a cada victoria del ejército griego en el frente albanés, y la inspiró para dar a cada pieza preciosa el nombre de una localidad en la que el ejército había salido victorioso. El collar de oro y lapislázuli se llamó Kalpaki, los pomos de loza, Premetí y Klisura; la bandeja de esteatita negra con motivos de animales, Tepeleni; el ídolo faraónico, Aryirókastro; el joyero de madera dorada, Koritsá y su precioso relicario con los dos jarroncitos, Ayi Saranda.

Siempre de buen humor, sobre todo después del nacimiento de Dafnula, reía encantada cuando las sirvientas le aseguraban que ese pequeño ser, divinamente hermoso, era la copia fiel de su abuela. Por suerte, la vanidad no la cegaba, y cada vez que se miraba en un espejo, se burlaba: «Dios, no es posible..., se parece a mí. ¡Solo nos faltaba eso!».

Su hermano Lukás se extrañaba de oírla decir por teléfono: «Doy gracias a Dios de que Dafnula se parezca a su mamá».

Abuela y nieta pasaban juntas la mayor parte del día, y cuando llegó el momento de ir a la escuela, Dafni no lograba imaginar cómo llenaría las horas sin ocuparse de los rizos dorados y los vestidos resplandecientes de la pequeña. Pensó en contratar a un preceptor, pero Kostís se negó rotundamente y su hija se encontró, de la noche a la mañana, en el ambiente acogedor de la escuela Averofio, institución para señoritas, en la esquina de las calles Sesostris y Sidi Mituali. A la afligida abuela no le quedó más remedio que esperar a la salida de las clases. Pasaba ese tiempo, no libre sino vacío, buscando en la casa el eco del jaleo y las risas de su nieta, en cada habitación, en la escalera y en los más pequeños recovecos del jardín. En el invierno de 1940, la hermosa niña pasaba al curso elemental y su abuela secretamente deseaba la suspensión de las clases a causa de la guerra; su anhelo no fue escuchado. Las horas de espera la atormentaban, ya que temía que una bomba destruyera el edificio donde se encontraba su ángel rubio.

La vida en Grecia nunca fue fácil para el doctor Majos, pero se complicó al acercarse la Segunda Guerra Mundial. Cuando volvió de El Cairo, a principios de 1939, le propusieron que se hiciera cargo de la sección tercera. Alekos Kanelópulos, miembro eminente del régimen, declaró: «Doctor, usted ha acompañado al genio de Goebbels, es la persona ideal para este puesto. Sin embargo, mírelo detenidamente: aquí, la sección tercera no sirve para dar la debida forma a las informaciones, sino también a las mentalidades». Majos estaba harto de cambiar de puesto. Declinó cortésmente la proposición y volvió a su antiguo servicio, donde el ambiente de hostilidad que habían creado contra él sus colegas del Ministerio de Prensa y Turismo había alcanzado un punto sin retorno. Muchos de ellos volvían de manera ostensible la cabeza a su paso o murmuraban comentarios poco agradables. Encontraba mensajes cáusticos sobre su escritorio,

garabateados a toda prisa; uno de ellos parafraseaba el título de su tesis doctoral, *Nietzsche y la paranoia: un feliz concurso de circunstancias*, que se había convertido en *El doctor Járamis y la paranoia: un desafortunado concurso de circunstancias*. Cuando intentó hablar de ello con Nikoludis, el secretario lo disuadió con una falta de compasión evidente: «Doctor, exagera, se da usted mismo más importancia de la que tiene. Créame, más le valdría movilizar su energía al servicio de la patria». Esta última frase la recalcó en un tono en el que Majos detectó un indicio de entendimiento con los nazis que alimentaba precisamente los ataques de que era objeto. El periódico clandestino del Partido Comunista griego, *El Radical*, en un artículo contra el régimen lo citaba por su nombre:

*... El fascismo monárquico ha vendido el país al hitlerismo alemán y lo ha transformado en un inmenso campo de concentración. Un ejemplo patente de compromiso es el griego de Egipto, el doctor Kalímajos Járamis, bien conocido por sus inclinaciones pro nazis.*

Él no ocultaba sus sentimientos germanófilos; no tenía ninguna razón para hacerlo porque creía que el Führer nunca se sublevaría contra la cuna de la civilización europea. Por eso jamás se consideró traidor a Grecia y los griegos al entregar a sus amigos nazis información que esos estúpidos anglófilos y francófilos habían clasificado como secreto de Estado, esperando que así disimularían mejor sus actuaciones nefastas para el país. En su diario, que en esa época llevaba de manera irregular, anotó:

*Solo los zafios provincianos pueden vivir hoy en la pequeña Grecia. Si resido aquí es porque los dirigentes del país, aunque en conjunto mediocres, se distinguen al menos por un sano espíritu de colaboración y alineamiento con relación a los Estados soberanos del Eje.*

Consideraba que se sometía a principios superiores cada vez que entregaba información a los servicios del contraespionaje alemán, y se alegraba cuando esta se verificaba. En cuanto estalló la guerra, les hizo saber por medio de la embajada alemana que Metaxás y el general francés Weygand habían entablado conversaciones secretas. El dirigente de las fuerzas francesas en Oriente Próximo acudió dos veces a Atenas como civil para estudiar la apertura de un frente en los Balcanes, exactamente como en la Primera Guerra Mundial. Más tarde, cuando los alemanes accedieron a los archivos de Asuntos Exteriores y cruzaron las informaciones, Majos recibió una carta de felicitación de Rudolf que constituyó para el destinatario la más alta recompensa moral que pudiera soñar. Para él, el hecho de que los alemanes no ejercieran represalia alguna era la prueba de la magnanimidad del tío Adolf, así como de su intención de no tocar los Balcanes.

Pero su único temor no eran exclusivamente los golpes bajos de sus colegas. Cada mañana, cuando se despertaba en el piso de la calle Skufa, acechaba en el espejo los indicios de otros asaltos tan perversos como implacables. Desde hacía tres años, la cicatriz en lo alto de la frente, recuerdo de las disputas infantiles con su hermano, se hacía cada vez más visible. En cuanto descubrió los primeros síntomas de la calvicie, sintió un pánico desmesurado y, tras haber

probado hasta el más incierto de los remedios caseros para detenerla, decidió levantarse el ánimo probando con nuevos amores y dar su oportunidad al sexo débil. Asistió con más frecuencia a cócteles y recepciones. En vez de conversar de la situación internacional con «bufones panzudos con levita», como solía designar a los dignatarios calvos y barrigudos, flirteó sin moderación con sus más seductoras esposas, y más de una acudió a «saborear la dulzura de vivir de la calle Skufa». Pero su brusco cambio de rumbo desembocó en resultados calamitosos. Mientras lo observaba fumando desnudo sobre la cama, con la barbilla sobre las rodillas, una de sus amigas de entonces hizo una observación incongruente mofándose de su belleza clásica legendaria, aunque utilizó una expresión de lo más anodino: «¡Qué veo! ¿Una barriguita?». Era demasiado. Antes de que la amante del día pudiera comprender lo que le sucedía, se encontró en camisa en el corredor y tuvo que suplicar para que la dejara vestirse. Tras ese incidente, el doctor Majos saldó sus cuentas con el sexo opuesto. Aún le ocurría en algunas ocasiones, muy raras, que una mirada febril, a pesar de su calvicie y su vientre incipientes, le aseguraba que su belleza seguía haciendo soñar.

«Las mujeres no pueden ofrecerme lo que yo no tengo», escribió en su diario. Desde entonces se encerró en sí mismo.

En lo sucesivo se enfrentó a la soledad que lo cobijaba con su sombra. Era muy probable que las cartas a su madre y al tío Lukás fueran leídas por el contraespionaje británico, así que se vio forzado a interrumpir la correspondencia; de este modo, se vio apartado de sus últimos allegados. Para hablar de lo que lo atormentaba, redactaba cartas que no enviaba pero que guardaba devotamente en una maleta bajo su cama. Al principio, esta correspondencia no se dirigía más que a su madre y su tío; después aumentó el número de destinatarios y a los vivos se unieron algunos muertos, Eric Sulzer, su padre y Nietzsche. Exponía sus quejas a Rudolf, felicitaba a Martin Heidegger por su apoyo científico al Tercer Reich, le comunicaba al profesor Haushofer sus opiniones sobre el nuevo mapa geopolítico de Europa y discutía con Nietzsche de la degeneración a la que habían llegado los descendientes de los antiguos griegos; mantenía correspondencia incluso con Hitler, recomendándole que no se dejara llevar por la propaganda británica, que le impulsaba a abrir un nuevo frente en los Balcanes. A veces, le resultaba más fácil dialogar con la multitud de sus interlocutores. Llegó a tomarla con la pared de su habitación en su análisis de los puntos de semejanza del superhombre nietzscheano con el ario puro de la ideología hitleriana. Sus diálogos quiméricos acabaron por aterrorizarlo; al aislarlo de lo real lo conducían directamente a la locura. Desmanteló de manera provisional su mundo imaginario.

Privado de los resortes prodigiosos de su imaginación, Majos tuvo que conformarse con la miserable realidad de Atenas en 1940, seguir un trayecto monótono y austero, negar la menor importancia a los pseudoacontecimientos de la vida cotidiana. A pesar de sus esfuerzos, continuaba atormentado por sus fantasmas, consumido por los remordimientos de la desaparición de Eric, por la nostalgia de Alejandría y las humillaciones de su infancia. Su alma que nada lograba apaciguar buscaba la curación mediante algún remedio grandioso, incluso universal. A esa escala, la terapia no podía ser más que un conflicto, un conflicto que abarcara al Viejo Continente por entero.

Al declararse la guerra, indiscutiblemente, reanudó su vida a toda marcha. El domingo 27 de octubre por la noche, al regresar de una recepción en la embajada de Italia, escribió: «Por fin la guerra, si he interpretado bien las palabras de Grazzi». El embajador italiano se le había acercado

durante la velada y le había dejado caer, en tono confidencial: «*Alea jacta est*, doctor Járamis».

Pero él había imaginado la guerra de otra manera. Como una especie de desfile militar de las fuerzas italianas en territorio griego con la bendición de Metaxás. Desde el principio de la ridícula epopeya de Albania, había presentido que esas fanfarronadas despertarían, tarde o temprano, el furor de Hitler.

«Verás que esos absurdos, *Le tricot du soldat*, las *Caltzen parties* y las canciones estúpidas, como “Ese pobre idiota de Mussolini” pueden acabar mal. A partir de ahora tenemos toque de queda. Estamos a merced de la aviación italiana. Las bombas me dan miedo, mamá», escribió en una carta que no envió.

Las incursiones aéreas siempre lo habían espantado, y cuando en abril de 1941 descubrió las ruinas de El Pireo, lloró como un niño, de espanto, no de dolor como creyeron algunos. Días después, otros colegas y él amenazaron con dimitir si el gobierno de Tsuderós obligaba al embajador alemán Von Herrbach a constituirse «voluntariamente» en prisionero, en Creta. «Este acto va absolutamente en contra del derecho internacional», escribió en su diario, olvidando que los alemanes habían violado muchos convenios al retener casi como prisioneros de guerra a diplomáticos griegos y británicos. No se movió de Atenas a la espera de una legítima promoción que tuviera en cuenta los cambios que habían intervenido. Pero lo peor aún estaba por llegar.

—Feliz año 1941, *chérie* —dijo Yvette plantándole un beso en los labios.

Haike, sorprendida, enrojeció y se pasó el dorso de la mano por los labios.

—¿No crees que vas demasiado rápido? —protestó, pero de un modo lleno de sobreentendidos.

—¿Y qué? ¡Por estas pocas horas no hay que exagerar, santo cielo! —replicó Yvette, acariciando los rizos rebeldes en la sien de su amiga.

—En tiempos de guerra es imposible prever lo que va a suceder al instante siguiente —replicó Haike, y trató de sujetar un mechón colocándolo detrás de la oreja.

—Por eso en situaciones excepcionales hay que dejarse llevar —insistió Yvette.

—Sí..., a condición de que no haya que lamentarlo después.

La mujer de Kostís, con expresión pensativa recogió la bandeja de los refrescos que había servido a los soldados.

—¿Dónde vais a celebrar el fin de año?

—*Chez nous*. Nos reunimos todos en casa. Francamente, la idea no me entusiasma. ¡Qué importa! No hay más remedio. El Año Nuevo es una fiesta importante para los cristianos.

—Y vais a romper un montón de platos, supongo.

—¡Ah! Mi suegra va a sacrificar todo un cargamento de vajilla barata. Me pregunto dónde la consigue cada año. *Sans doute* debe de tener algún vendedor ambulante chamarilero escondido en la manga.

—Sabes, es una costumbre antigua.

—Sí, sí. Sin embargo, hace casi diez años que vivo aquí y aún no he descubierto el sentido. Sin olvidar que, con semejante jaleo por toda la ciudad, el enemigo no necesitará luces para localizarnos. El estruendo de los vasos rotos llegará hasta los oídos de los pilotos italianos.

—¿Crees de verdad que van a bombardearnos en pleno cambio de año?

—¿Y por qué no? ¿Acaso la guerra distingue entre un día y otro?



—Lo estoy pensando; recuérdame, vosotros, los judíos, ¿cuándo celebráis el Año Nuevo?

—En todo caso, no rompemos vajilla.

—Recuérdame la fecha exacta.

—*C'est une fête mobile*. Cae entre el 15 de septiembre y principios de octubre, según el calendario lunar.

—*Tu as raison*. ¿Te he dicho que quiero que vengas un día a mi casa, en Laurent?

—Sí. Iré. Pero hoy no. Y tú, ¿qué vas a hacer? No me digas que estarás sola.

—¡Ay, pequeña! La abuela Yvette ha vivido muchos años en Alejandría y ha hecho muchos amigos. No me dejarían pasar la noche de fin de año sola.

—*Cesse*, por favor, de llamarte abuela. No hagas como mi suegra. ¿O quizá deseas que te recuerde constantemente lo joven y hermosa que eres aún?

—Vete a saber. Tal vez necesito oírlo de tu boca.

Haike no respondió. Balanceó la cabeza en señal de desaprobación y volvió al trabajo llevando una bandeja con un porte impresionante.

Días después, cuando los niños ya volvieron a tener clases, una mañana Haike cogió el tranvía para ir a visitar a Yvette en Laurent; no hizo caso de las recriminaciones de su suegra.

—El tren —nadie le llamaba tranvía en Alejandría— no es para una mujer de tu rango.

Cogió la línea cinco, después de comprar unos pasteles de chocolate en Élite. Bajó en la estación siguiente a San Stefano, presa de un ligero vértigo, pequeña ofrenda de ese juguete de zinc que avanzaba al ritmo de un hipo permanente, cavando una especie de surco en la arena con sus ruedas dentadas.

La casa de Yvette, *une petite maison fabuleuse* —casa de las hadas o de muñecas, como ella misma la definía—, estaba a unos doscientos metros de la estación del tranvía; desde el balcón se veía a un grupo de soldados neozelandeses que se permitían un baño invernal y se salpicaban andando a grandes zancadas en un mar de aceite. Los músculos en relieve brillaban como mármol al sol y las dos mujeres disfrutaban del espectáculo sin saciarse.

Yvette había dado el día libre al personal y había preparado ella misma limonada y pasteles. Hizo honor a los dulces que había llevado su invitada, lo que le recordó a Roxane:

—Era capaz de comerse todos los pasteles que ves aquí.

—Pero ¿quién es esa Roxane que siempre mencionas? —se extrañó Haike, que estaba cansada de oír hablar de ella.

—No se debe contar todo a las jóvenes mujeres de mundo —respondió Yvette posando un dedo sobre la pequeña nariz de su interlocutora.

—Hay muchas otras cosas de las que no me hablas. Tu relación con nuestro amigo común del Líbano, por ejemplo. Nunca me has hablado de él. En cambio, a mí me haces numerosas preguntas sobre mi vida, mi familia, lo que comemos, cómo vivimos, nuestras diversiones. Si estuvieras en mi lugar, ¿no lo encontrarías un poco extraño?

—¿Quieres que prepare ahora el té, con una gota de coñac?

—¿Té después de la limonada? ¿Y coñac tan temprano? ¿Tú, que no quieres que beba? Decididamente, Yvette, hoy te comportas de una manera extraña.

—Hoy podemos hacer *une petite exception*.

—¿Y por qué? ¿Qué pasa hoy?

—Nada especial. Es un hermoso día de enero, los soldados se están bañando y nosotras estamos disfrutando del sol. Viví una escena parecida en el puerto de Janiá, en 1914. Pero entonces era verano y estaba empezando otra guerra.

Haike optó por sentarse en el columpio para evitar estar demasiado cerca de Yvette.

No le hacía ninguna gracia haberse quedado sola con su amiga en la casa y el grupo de militares en la playa, aunque hacía mucho ruido, le proporcionaba una sensación de seguridad. Tenían la ropa alineada sobre a arena, en montoncitos color caqui. Uno de ellos había colgado su gorra en el asta donde durante el verano ondeaba la bandera roja o negra que autorizaba o no a bañarse. Gritaban injurias con voz penetrante en el agua helada. Sus matas de cabello rubio rojizo parecían pequeñas balizas. Los estaba observando desde hacía un momento. Yvette no pudo contenerse:

—¿Qué te parecería tener uno distinto cada noche? Mozos bien hechos, carne firme y palpitante, ¿eh? Como si estuvieras mordiendo un mango. ¡Desdichados! Cuando pienso que dentro de poco la mayoría de ellos se encontrarán a dos metros bajo tierra. ¿No es un desperdicio? Lo pienso cada noche, en el club; a fin de cuentas, tienen razón las que ceden a sus proposiciones. Merecen la pena, y dos veces mejor que una. Y qué dulce sacrificio abandonarse cada noche en los brazos de un hombre distinto.

—Depende —objetó Haike—. Por mi parte, no me siento atraída por ese lado *brutal* del soldado.

—Es posible. Pero eso no impide que a esos muchachos los devores con los ojos.

—Eso no quiere decir que tenga ganas de acostarme con ellos. Y, además, hay muchas jóvenes solteras en Alejandría capaces de proporcionarles horas de placer. No hay necesidad de añadir mujeres casadas.

—Sin duda tienes razón. Tal vez ya hemos llegado al límite. Anteayer, a una de las damas del club la pillaron en el jardín en plena acción con un militar; de pie, en la oscuridad, simplemente se había subido la falda hasta las caderas... No estamos lejos de comportarnos como los perros callejeros, y eso no me gusta nada. Naturalmente, se ha echado tierra sobre el asunto.

—Naturalmente. Lo comprendes, ¿verdad? Si todas nos ponemos a murmurar: *baise-moi, mon baiseur*, ¿qué queda para las chicas de los burdeles?

¿Sospecharía algo?, se preguntó Yvette.

Le pareció poco probable y se echó a reír. Mientras tanto, Haike se había levantado la falda y exponía los muslos al sol, lo cual excitó a Yvette.

—¡Cúbrete las piernas! —dijo en un tono tan vivo que ella misma se sorprendió. Se justificó —: Están tan frustrados que serían capaces de pasar el día entero con los pies en el agua echándote el ojo.

Haike no juzgó conveniente obedecer. La presencia de los soldados calmaría tal vez los ardores de su amiga. Pero se equivocaba. Yvette se levantó y le cubrió las piernas con la falda.

—*C'est beaucoup mieux comme ça!*

Su voz era tan cortante como una sierra y la joven, molesta, se subió la falda aún más arriba. Yvette se acercó de nuevo: la palma de su mano, muy blanca, acarició temblorosa el vello suave de las piernas de la hermosa holandesa.

—Un vello tan rubio y suave como el de una adolescente —murmuró ebria de sensualidad—. Tienes suerte. Necesito con frecuencia una buena depilación.

Su voz suave perturbó a Haike; habría querido detenerla, pero algo se lo impedía; bajo su máscara de impasibilidad, observaba el proceder de Yvette al mismo tiempo que su propia reacción. De pronto todo tenía una explicación lógica. La atención de Yvette al llevarla a casa al atardecer, el hecho de pasar por las calles oscuras de la periferia del barrio, los roces involuntarios, los abrazos interminables, las alusiones, todo estaba premeditado, formaba parte de un asedio organizado.

No se atrevía a imaginar qué habría sucedido a continuación si uno de los soldados no hubiera descubierto lo que estaba ocurriendo en el balcón de la casa y no se hubieran oído unos silbidos estridentes que llegaban de la playa. Súbitamente, empezaron a oírse los zumbidos que llegaban del oeste y que se transformaban en fragor de trueno a medida que se acercaban los aviones.

Haike se dio cuenta de que le acariciaban los senos. Incómoda, se desprendió.

—*Merde!* ¿Esta guerra no nos dejará nunca tranquilas? —gruñó Yvette, enfadada al sentir que el pájaro se echaba a volar—. Y esos imbéciles, ahí abajo, ¿que ganan con silbar como mirlos?

—Yo creía que eran jóvenes mozos a quienes debíamos un enorme agradecimiento.

—Seguro. Eso no les quita ningún mérito, mientras no se metan donde nadie los llama.

—Ya veo, ya veo. Bueno, creo que es hora de que me vaya, ¿no te parece?

—Claro que no, quédate. He pensado que podríamos comer juntas.

—Estás de broma, seguro. Sabes que me esperan en casa. No puedo tardar más.

Mentía. Su hija volvía tarde del colegio y no era seguro que Kostís comiera con ellas.

—Entonces, hasta un día de estos. Volverás y retomaremos las cosas donde las dejamos, *n'est-ce pas?*

—Sin duda —respondió Haike tratando de eclipsarse lo más rápidamente posible.

—¿Y si hay una alarma? ¿Y si bombardean la ciudad? —dijo Yvette en un último intento de retenerla a su lado.

—No te preocupes. Hay mucha gente que va y viene en *tramway*. Volveremos a hablar esta tarde en el club.

Los neozelandeses se estaban vistiendo, tiritando por la fría brisa marina.

Un rostro nuevo apareció en casa de los Járamis: Jaritomeni, una viuda de Simi muy inteligente que vivía con su hijo frente a Bab Seta, en la Antigua Aduana. Después de muchos años, se había visto obligada a marcharse de su barrio para irse a otro más seguro. Las bombas que caían a ciegas la atormentaban durante el sueño, ya frágil de por sí en época normal. Su difunto marido, Pandelís, muy conocido, había sido un buzo famoso que exhaló el último suspiro en el fondo del mar, frente a las costas de Bengasi. Desde el momento en que su hijo querido se fue a cumplir con su deber bajo las banderas, como digno ciudadano del Dodecaneso, y se alistó en el ejército griego para combatir a los invasores italianos, Jaritomeni convirtió la guerra en un asunto personal y nunca más volvió a pegar ojo, no por los ataques aéreos sino por la preocupación por su hijo Fotis.

La inquietud echaba a perder su humor, también desde que oficiaba como cocinera en la casa de las calle de los Abasías; Kostís no veía su contratación con buenos ojos, e intentó convencer a su madre de que se deshiciera de esa gruñona impenitente con su enorme trasero. Pero la señora Dafni había recibido recomendaciones de primer orden sobre ella y, teniendo en cuenta las concesiones que había hecho en relación con miss Gaby y su hermano, le dio a entender que no

debía interferir en la gestión del personal.

Kostís no tenía tal intención, en absoluto, pero Jaritomeni solía importunarle cuando escuchaba la bbc para tratar de comprender la evolución de la guerra. «¿Qué dicen, señor Kostís, qué dicen en la bbc? ¿Hitler va a meter la mano en nuestro querido país? ¡Ah, mi Fotis querido!» En contrapunto al ambiente festivo que habían suscitado las victorias griegas sobre las fuerzas italianas, se oía decir cada vez más que los alemanes iban a intervenir en los Balcanes. La viuda lloraba a lágrima viva y Kostís, a quien desagradaba la idea de que vaciara sus glándulas lacrimales encima de las cacerolas, hacía lo posible para animarla. Sin embargo, desde el principio había dejado clara su convicción de que el Führer no dejaría que las fuerzas del Eje se pusieran en ridículo de ese modo.

El 6 de abril empezó la invasión alemana de Grecia, y al cabo de veinte días la radio independiente de Atenas dejó de transmitir. Al día siguiente, al mediodía, en la misma frecuencia volvió a funcionar, con nuevos programas y en un idioma que Kostís conocía quizá tan bien como el griego: *Achtung! Achtung!* A punto estuvieron de perder a la señora Jaritomeni. Se desplomó en uno de los sillones de la entrada, que apenas contenía su gran trasero, con una estatuilla fuertemente abrazada —una copia, afortunadamente—, mientras Dafni, acompañada de Jane, le ponía compresas en la frente. Se repuso cuando supo que su hijo había llegado sano y salvo a Creta. Sin embargo, hubo que apoyarla hasta el final de la batalla de Creta, cuando el joven volvió a finales de mayo a Alejandría.

Pero no volvió solo.

—Mi Fotis nos traerá al rey y a todo el gobierno con él.

Jaritomeni cantaba victoria y Dafni se decidió a darle un serio tirón de orejas:

—Escucha, señora Jaritomeni: bajo este techo, todos somos partidarios de Veniselos. *Compris?* ¡Ni una palabra sobre los reyes ni pamplinas por el estilo!

E *illico* le enseñó la fotografía de 1915, en la casa, en compañía del etnarca.

*25 de marzo de 1941. Este año han dado gran importancia a las celebraciones. Misa solemne en la iglesia de la Anunciación, recepción en la embajada, desfile en el estadio municipal y comida de gala en el hotel Windsor. Al margen de esas manifestaciones, cada vez se vuelven más insistentes los rumores de una próxima intervención de Hitler en los Balcanes. El cuerpo expedicionario de los Aliados destinado a la frontera greco-búlgara ha salido ya hace unos días. En la BBC, son constantes las declaraciones y alocuciones de Churchill. Mientras dicen que está en la Cámara de los Comunes a punto de pronunciar un discurso, se encuentra en realidad a bordo de un avión de combate en dirección hacia África. Esta guerra parece una partida de ajedrez entre Hitler y él. La lucha es incierta y ambos adversarios son muy fuertes. A todo esto, hemos recibido buenas noticias. Hacia finales del pasado septiembre, la madre de Haike logró llegar a España. Pero el Mediterráneo está bajo bloqueo militar y el correo da la vuelta a África y nos llega con meses de retraso. Ella no me ha dicho más y yo no he querido indagar. Solo espero que ahora mi querida esposa ponga freno a su consumo de alcohol.*

Unos días más tarde:

*He vuelto a sorprender a Haike bebiendo. Hace ya un tiempo que ha dejado de ir al club. «Si has de beber alcohol, tanto da que se lo sirvas a los soldados», le dije. No me respondió. Le pregunté por qué ya no veía a Marta Adriani. Esa mujer tenía una influencia positiva. No hubo respuesta tampoco. Sinceramente, no sé qué pensar.*

*Fabio ha cumplido con su deber. El préstamo está a punto de concederse de un día a otro. ¿Tendré tiempo?*

*Entretanto, Nikitas ha recuperado sus contactos con los comunistas. No parece darse cuenta de las dificultades que hemos tenido para que saliera de la cárcel de Kom el-Dick.*

*Esperamos la invasión alemana de un día para otro. Jaritomeni me vuelve loco todas las noches: «¿Al fin Hitler va a meter la mano en Grecia?» «En tu opinión, ¿qué es la patria? ¿Una prostituta tal vez?», le respondí, y se rió mucho. ¡Dios mío, qué papanatas! A pesar de todo, en el aspecto culinario no tiene igual. Está a un tris de superar a la tía Maria. Hace un pilaf que resucita a los muertos. Cuando llegue la época de los dátiles, me ha prometido un mustalevriá al estilo de Simi. Ya veremos.*

*6 de abril. La hora de los hunos. ¿Quién salvará a Grecia del furor del Anticristo? Esta mañana Jaritomeni leía el porvenir en los posos del café de mi madre. ¡Solo faltaba eso! Además del pilaf, otra razón más para que siga estando a nuestro servicio. Pero desde que nuestra simiota ha sabido lo que pasa, los papeles se han invertido, Dafni se pasa el día consolándola. Yo, que esperaba las fiestas para deleitarme con sus golosinas hechas a mano con gran cantidad de azúcar y mantequilla..., me entero de que podemos contar con una Pascua negra este año, gracias a la señora del gran trasero que recogió la señora Dafni.*

*Ayer, cana al aire en Kumbakir con Nikitas y Misha. Narguiles, danzas del vientre, chicas de todas clases. El primo bailó toda la noche, gritando: «¡A tu salud, Alejandría. Ojalá no mueras nunca!». Cómo hubiera querido que Illich estuviera presente. ¿Por quién ha sacrificado su vida, a fin de cuentas, el Hemingway de los Balcanes?*

Veinte días después:

*Ya es un hecho: los alemanes han entrado en Atenas. ¡Ahora nos toca a nosotros! Afortunadamente, he podido conseguir el préstamo. Jaritomeni ha estado a punto de dejar este valle de lágrimas. Tuve que llamar a Stéfanos Pátelos, nuestro médico. Hacía al menos cinco años que no lo veía y me costó reconocerlo. Es increíble cómo los años han demacrado su rostro. Le eché un rapapolvo: «¿Es esa la Alemania de la que nos hablabas cuando éramos niños?». Él bajó la cabeza sin decir palabra. Stéfanos es un hombre honesto. Imagino la pena que siente. Le inyectó un sedante a la cocinera. Al final del día había resucitado. Vino a mi encuentro en el salón pequeño y me declamó uno de sus poemas:*

*Comemos olivas, / olivas festivas, / guardamos los huesos / para los sabuesos, / para Hitler son,  
/ todo el montón, / se los arrojaremos / cuando lo lapidemos.*

*Pero ¿qué le ha dado a la pobre mujer, ese Stéfanos? Mi madre le ha puesto un apodo:  
Zampaolivas.*

Pasaron los días:

*No les basta con bombardearnos. Me gustaría saber qué harían si estuvieran en nuestro lugar y a lo largo de todo el día oyeran gemir a las mujeres árabes llorando a sus muertos, víctimas de sus bombas. Estamos obsesionados por los frentes que se despliegan en Europa y olvidamos la guerra que llama a nuestra puerta. Los alemanes están en la frontera de Solum. Esta mañana me ha llamado Elias, muy asustado: «El Ministerio de la Guerra presiona para que Churchill evacúe Egipto. No consiguen detener a Rommel. ¿Qué hacer? ¿Qué va a ser de nosotros?». Esa es realmente la cuestión. El Libanés, en todo caso, mira de reojo hacia Beirut. «Y aún más lejos, si hace falta. Me contentaré con no caer en sus manos.» Al parecer ha oído en la radio que hablaban de él, mencionando su nombre. A mí me parece un poco cogido por los pelos. Pero ¿quién sabe? La propaganda y los métodos de intimidación están en pleno apogeo. Visiblemente, los Aliados están perdiendo también la batalla de Creta. Y después de Creta, ¿a quién le tocará? A pesar de los sucesivos reveses que han vivido los británicos en tierra, mar y aire, me parece prematuro el planteamiento de marcharse de Alejandría. Además, ¿adónde iríamos? No todos somos libaneses.*

El 10 de mayo, Kostís, más que nadie, tenía una razón para mencionar un acontecimiento que hizo sensación en todo el mundo:

*El padre espiritual de mi hermano ha escapado a la muerte saltando en paracaídas poco antes de que su avión se estrellara en algún lugar de Escocia. ¿Había volado Rudolf Hess al Reino Unido para negociar la paz, o la división del mundo en dos esferas de influencia? Del lado alemán aseguran que está loco de atar y del de Gran Bretaña están de acuerdo. Churchill se declara perplejo. Me gustaría saber qué piensa Majos.*

Pacientemente, tomaba nota de todas las noticias:

*La batalla de Creta ha terminado. Los británicos se retiran aquí, al Cuerno de África, en espera de los próximos ataques del enemigo. ¿Qué podría calmar ese penoso ambiente de derrota?*

El rey y el gobierno de Tsuderós estaban en Egipto.

*¿Qué tenemos en común con ese príncipe de opereta con talle de galán joven, que deambula en uniforme militar y pantalón corto jugando a ser apóstol de nuestra grandeza nacional? Arrastra tras él a una caterva de aristócratas agotados a fuerza de hacer reverencias aduladoras.*

*Los partidarios de Metaxás los siguen, y viajan con su «ajuar». Al parecer, un tal Nikoludis pasó la aduana con no menos de cincuenta baúles de «equipaje».*

*En el gobierno de Tsuderós, se dice que hay ministerios vacantes y que él los vende a precio de saldo. Si las cosas siguen así, debería pensar en comprar uno o dos solo para mí.*

*El mayor fracaso es culpa de la jerarquía militar. Alejandría rebosa de griegos con galones. Se pasan el día mirándose unos a otros de hito en hito y con hostilidad, y buscan desesperadamente simples reclutas. El consulado reúne a los jóvenes en las escuelas comunales. Movilización general. Unos oficiales pasan revista a los jóvenes griegos para declararlos aptos para el servicio en uno u otro de los tres ejércitos. Han llamado a las promociones de 1920 a 1923. Entre ellos, a Zanasis, el sobrino de Nikitas, destinado a la aviación de combate. Se está entrenando en un campamento británico en Cambrit (que significa «cerilla») entre Ismailía y Suez. ¡Que Dios lo proteja!*

Unos días más tarde, la rebelión sacudió violentamente al ejército griego, compuesto por ochocientos griegos de Egipto y unos cuantos griegos de origen.

*¡Mala simiente de árabes! ¡Pues sí! Hemos oído decir esto a los griegos de Grecia. Un jodido estúpido de subteniente, sobrino de Maniadakis, ha apuntado el revólver en dirección a nuestros hijos y los ha tratado de «mala simiente de árabes». No hace falta decir que estamos cabreadísimos. Mañana mismo empezaremos a exigir que aparten a ciertas personalidades del régimen de Metaxás. Verdaderamente, mi padre tenía razón cuando nos hablaba de Grecia.*

*En el cine están proyectando Casablanca, con Humphrey Bogart.*

*¡Quién lo iba a decir! Después de la simiota, he aquí que nos hacen el honor de la visita de su hijo. Está de permiso y vino a vernos ayer vestido caquí. Me lo he llevado aparte, después de la comida; nos hemos sentado en el quiosco de la Amistad. Debemos animar a los que están luchando. A su madre casi le da una diarrea de la emoción. Es un muchacho serio, pero yo diría que con bastantes humos desde que lleva uniforme; además, ha heredado las nalgas voluminosas de su mamá. Es la primera vez que veo a un hombre, por otra parte de aspecto armonioso, con un trasero tan gordo. Hablamos mucho sobre el frente albanés y la batalla perdida de Creta. Hay sus más y sus menos en lo que cuenta: muchas historias verdaderas, sin duda, pero también algunos cuentos chinos. Encadena los actos de bravura, indiscutiblemente exagerados, con historias inventadas. Su unidad pronto estará en el frente del desierto. «¿No tienes miedo?», le pregunté a su madre. «Ya que vuelve a hollar el suelo de Egipto, es como si lo tuviera junto a mí», me respondió. A veces las personas son verdaderamente extrañas.*

Hacía tiempo que Yvette no pasaba por la calle Yang; cuando de nuevo la convocaron para un encuentro con Mister Voice, estaban a finales de junio de 1941. En su existencia había habido muchos cambios. Una suerte inverosímil había arrojado a Haike en sus brazos; aún le costaba creerlo, y pensaba que debía disfrutarla, pues esa ocasión única no duraría mucho.

Cuando enlazaba el cuerpo vigoroso que vibraba con sus caricias expertas, misteriosamente, le parecía reconocer los olores que Antoine traía de su casa. Dejaba expandir su respiración al

aspirar esos efluvios tan particulares. Era incapaz de precisar a qué correspondían: una mezcla de fragancias corporales, de madera, de metal, porcelana, vegetales, comidas, alcoholes y tabacos de calidad, una mezcla imposible de definir que con los años se había cristalizado en la casa de la calle de los Abasíes. Ese perfume se había vuelto tan familiar que permanecía presente durante horas después de que Haike se hubiera ido. En ese momento, en su coche descubierto, mientras se dirigía al centro de la ciudad, a unos veinte kilómetros de distancia, seguía respirándolo, a pesar de la brisa yodada y el omnipresente jazmín.

En la calle Yang, mientras observaba el inmueble, pensó una vez más que esa edificación, aparentemente cerrada y abandonada, disimulada detrás de unos setos frondosos de pimenteros, nunca llamaría la atención. Sin embargo, para los iniciados era allí donde latía el corazón de la soberanía británica, y no en la comisaría de policía británica de la calle Attarine, ni en los campamentos de Mustafá Pashá o el puerto Oeste. El procedimiento ya no le resultaba extraño, aunque se había vuelto más riguroso desde la declaración de guerra. Tenía que memorizar cada vez una contraseña nueva que correspondía tanto a las primeras palabras de un parlamento de Shakespeare como a un eslogan publicitario que figuraba en los autobuses de dos plantas. Su acento molestaba un poco a los británicos puntillosos y a menudo Mister Voice se lo hacía notar, pero de forma benevolente.

Cuando escuchaba la voz potente dándole la bienvenida, tenía la impresión de encontrarse con un amigo. El hormigueo que experimentaba en el momento de pasar el misterioso portal de entrada con blasones incomprensibles se disipaba de inmediato. Al principio, estaba convencida de que su interlocutor la observaba a través de un espejo sin azogue; con el tiempo, admitió que no debía de tener ningún contacto visual con ella, lo cual, en una palabra, era más seguro para todos. Por otra parte, sus misiones no consistían en recoger información, sino en idear ciertas operaciones, ya que su capacidad de organización había pasado con creces las pruebas necesarias.

Mister Voice la sorprendió mencionando un asunto bastante tenebroso que hasta entonces solo había circulado bajo cuerda; ella no había imaginado que se trataba de un asunto complejo, con múltiples ramificaciones. En el transcurso de los dos últimos meses, no había pasado una noche sin que se hubiera encontrado, en la madrugada, en algún jardín público de Alejandría o a la orilla del canal de Mahmudieh, al menos un cadáver de mujer militar asesinada, vestida con el uniforme del ejército de tierra o de la marina: mujeres polacas, de algún país de la Commonwealth, pero también británicas de pura cepa. No las habían violado, lo cual era más inquietante y triste. Parecía que hubieran caído voluntariamente en las fauces del lobo. El Almirantazgo había creído que se trataba de un maníaco que, tras entregarse a juegos sádicos, las asesinaba sin más contemplaciones. Pero luego se descubrieron unas octavillas que daban pie a pensar que en el origen de tal horror había una organización terrorista de fanáticos egipcios, a su vez manipulados por agentes enemigos.

—Se imagina el escándalo si eso se hiciera público —dijo la Voice, que resonó más inquieta que nunca en los altavoces disimulados en la estancia.

—*I see*, pero ¿en qué puedo serles útil? ¿Qué...?

—Lo primero, tiene que redoblar la vigilancia por la noche —interrumpió Mister Voice.

Yvette habría replicado que ya no era tan joven para suscitar el interés de los nacionalistas, pero si él nunca la había visto no era necesario revelarle su edad. Y además, a pesar de estar en los cincuenta, mientras gustara a los hombres y a las mujeres, ¡qué importancia tenía!



—Tendré cuidado, *that's promise*. Pero supongo que no me ha hecho venir solo para prevenirme...

Mister Voice le hizo cortésmente una observación sobre la sintaxis, que ella no comprendió, y añadió:

—Una vez más necesitamos su preciosa cooperación.

—Bien. ¿Cómo puedo ayudarles?

—Para elucidar este asunto colaboramos por necesidad con la policía egipcia. El oficial a cargo de la investigación es un tal Nur. ¿Lo conoce?

—Muy bien.

—¿Qué opina de él?

—¿Debo ser franca?

—Por supuesto, ya que así se lo pedimos.

Con solo oír mencionar el nombre del policía la invadió la ira. Sintió una oleada de calor. Renunció a utilizar el abanico y a fumar un cigarrillo, signos elementales de cortesía. Inspiró profundamente.

—*Well*. Si yo estuviera en su lugar, no tendría ninguna confianza en él. Sabe...

—Siga, la escucho.

—Se sobreentiende que otros oficiales y él pertenecen a la nueva generación de nacionalistas radicales. No quiero insinuar nada, pero ¿cree usted que es oportuno hacer que el lobo entre en el redil?

—¿Cómo lo sabe usted? Quiero decir...

—Eso data de la época en que el oficial Farid se jubiló y nos lo presentó como su sucesor. *Believe it or not*, desde entonces solo lo he visto un par de veces, y siempre en circunstancias especiales. Usted está al corriente de lo que pasó con aquellos desafortunados oficiales «muertos en el campo del honor». Pues bien, fue con la policía egipcia con quien nos pusimos de acuerdo para echar tierra sobre esos incidentes.

—Lo sé y rindo homenaje a su sentido del deber para con las familias.

—¿Entonces?

—Por esa misma razón le pido que estreche los vínculos con ese policía y sus hombres, con el fin de acelerar la solución del enigma. ¿Qué me contesta?

A menudo Yvette tenía la sensación de que Mister Voice, a pesar de una distinción muy británica, la tomaba por una retrasada mental. En este caso, su colaboración forzada con el equipo de Nur estaba perfectamente establecida y recurrían a ella para dar el último toque a una cooperación como esa. Una vez más, expresó su asombro en una conversación con Elias.

—¿Tienen por norma no decir nunca lo que de verdad esperan de mí o soy yo la que me hago ilusiones?

Juri, que conocía mejor que nadie ese juego del gato y el ratón, le señaló una tercera posibilidad:

—¿No has pensado que al no conocer los pormenores del asunto, estarás en condiciones de actuar en el sentido que pretenden sin saber, en definitiva, si les has sido útil o no? —Y también le dio una mala noticia—: ¿Sabes que Farid falleció anteayer por la noche mientras dormía? Paro cardíaco. En plena alarma aérea. Les extrañó que no hubiera reaccionado al oír las sirenas; al sacudirlo se dieron cuenta de que estaba muerto.

—*Ce n'est pas vrai!* Se acabó para Farid, mi pequeño regordete.

—Es una buena muerte, *de toute façon*. Lo único malo es que un grupo de activistas han manchado sus funerales con aclamaciones como: «¡Viva Egipto! ¡Abajo los opresores!». Por supuesto, allí se encontraba el policía Nur y sus colegas...

—*Ça alors!* ¡Y pensar que Mister Voice me pide que colabore con gente de esa calaña!

La mención de esas exequias le recordó el primer entierro egipcio con el que se había cruzado, hacía veinticinco años, al regreso de Constantinopla. Se echó a reír. Sin duda Farid habría preferido que en el extremo del ataúd, allí donde habían tallado someramente su cabeza, colocaran no su tarbush, sino su sexo triunfal. Estaba tan orgulloso de él que lo admiraba en el espejo, como un niño pequeño, antes de penetrarla.

Ahora estaba muerto, y su desaparición fue una ocasión para dos viejos amigos, Samuel Agiman y Elias Juri, de reconciliarse momentáneamente. El árabe y el judío olvidaron por un momento sus diferencias. Tras largos años de interrupción, el *jour fixe* y su irresistible partida de cartas volvieron con más fuerza. Las segundas intenciones políticas asomaban únicamente en sonrisas y en frases ingeniosas. Los dos hombres, ya no tan jóvenes, recordaban los viejos tiempos en que bebían whisky, fumaban puros y se corrían juergas en compañía de encantadoras criaturas en la mansión del aficionado a las antigüedades.

Según Elias, Sami había hecho transportar gran parte de su colección a Sudáfrica. En cuanto oliera a chamusquina, se iría por la tangente.

—¿Por qué no haces como él?

Aparentemente, sus proyectos, al menos de momento, no iban más allá de Beirut.

—Te llevaré conmigo. —Sonaba como una advertencia. Intentó intervenir, pero él cambió de tema—. Por cierto, no me has dicho qué tal va la señora Járamis desde que ha vuelto a sus actividades en el club.

Cualquiera que fuera su respuesta, temía que su voz la traicionara; soslayó la dificultad respondiendo secamente: *très bien, très bien!* Sin embargo no estaba segura de que ese diablo de samlis no hubiera notado su turbación.

¿Qué hacer cuando uno se ve confrontado al ser humano y sus pasiones? Es la pregunta que se hacía Haike cuando pensaba en Yvette. Se interrogaba igualmente sobre ella misma, y era consciente de ello. Si era cierto que el alcohol a menudo enturbiaba su juicio, conocía espacios de lucidez para analizar lo poco ortodoxo de su comportamiento. Y a la recíproca con respecto a Yvette. Le parecía imposible que esa mujer estuviera tan corrompida como aparentaba. En sus ojos brillaba una vulnerabilidad que solo conservan los que han preservado cierta pureza. Era abominable vivir en una ciudad en la que la perfidia soplaba como un viento constante y el aire estaba contaminado por los miasmas de la pasión. ¡Alejandría embaucadora! El cielo, el mar, el desierto y, allí, plantado, el decorado que constituía la fachada europea de la Corniche, semejante a la piel aterciopelada del fruto cuya carne revela los perfumes del islam. ¿Qué podían esperar en esa ciudad mujeres como Yvette, o ella misma? Por su parte, era prisionera de la trampa ineludible colocada por un marido que se alejaba cada día un poco más. Yvette Santon, sola, desesperada, con su mano paseándose bajo las faldas de mujeres jóvenes, perseguía, en cierto modo, ya sin ninguna vergüenza, una juventud perdida.

Sintiéndose segura por su juventud, Haike pensaba escapar a los sortilegios de aquellas

orillas, a la belleza engañosa de las calles y las casas, del sol y del mar inmemorial; en ese marco fascinante y extravagante, lograba tolerar la licencia y la inmoralidad. Los días de nostalgia, dejaba que la mano temblorosa de Yvette viajara ligeramente por su cuerpo, proveedora de caricias que, por otra parte, no le procuraban ningún placer, anegada como estaba en la languidez del alcohol.

Cuando volvía en sí, se preguntaba: ¿soy lesbiana? Y se echaba a reír. No, claro que no. Al contrario de lo que seguramente experimentaba Yvette, esos roces no eran lo mejor de sus encuentros en la casa de cuento de hadas en la playa de Laurent. Había intentado hacérselo comprender dos o tres veces, pero era en vano, y ella se había esforzado en mantener el dominio de la situación, aun mostrándose brusca y cortante.

No pensaba hundirse en la embriaguez ni dejarse manosear por una mujer que sentía pánico ante la vejez. No tenía como única salida confrontar su soledad con la terrorífica inmensidad del mar. Ella cuidaba de los suyos, cultivaba aficiones, ocupaciones, sueños. No iba al club los martes y sábados por la tarde. Prefería los entretenimientos musicales en casa de los Ménache, en la calle Rassafa. Escuchaba a Gina Bahawer tocar a cuatro manos con Georges de Ménache, o conversaba con algunos de los judíos de más alto copete sobre la evolución de la guerra y la política antisionista de los británicos. Después, tomaban el té y se deleitaban con los pasteles de Baudrot o de Pastrudis.

En general, Kostís se negaba a acompañarla:

—*Bof!* ¿Cuánto piensa gastar nuestro Georges para dejar boquiabiertos a sus invitados con sus virtuosismos pianísticos? Vanidad de vanidades... ¡Dios mío! Cuántas vanidades...

Aceptó la invitación una sola vez, cuando su mujer, en lugar de Bahawer, tocó a dúo con el dueño de la casa; desapareció en medio del recital, y no contento con eso tuvo el descaro de soltarle:

—Querida, habría que pensar en volver a tus ejercicios; tengo la impresión de que tu talento se ha evaporado.

Él desaprobaba sus relaciones con la alta sociedad judía; esa fue la razón de que disparara la flecha del parto. Desde hacía tiempo, Alejandría murmuraba que Járamis financiaba sin saberlo la colonización sionista de Palestina, lo que un día u otro le crearía problemas con las autoridades británicas. Un día habló de ello con Haike.

—Vas con frecuencia a la sinagoga. *Cela m'est égal*. Pero es peligroso que te preocupes en exceso de la suerte de Palestina. Me pones en una posición delicada con respecto a los británicos. Y aquí se trata de realidades tangibles y no de ensueños grandiosos.

Ella no se esperaba ese tipo de reacción terminante.

—*Ne vous en faites pas, monsieur*. Sé apoyar los intereses de mi país preservando los de mi marido.

Kostís masculló una frase incomprensible en griego —seguro que echaba pestes contra sus ideales sionistas— antes de proseguir calmadamente:

—¿No crees que más que interesarte en una patria perdida, tú y yo deberíamos pensar en tener otro hijo? Dafnula necesita un hermanito o una hermanita y no serás joven eternamente.

—Para los judíos, Palestina no es una patria perdida, Kostís.

—Espera a que la guerra haya terminado; si para entonces Hitler ha dejado con vida a algunos judíos en este planeta, reflexionaremos.

—En el fondo, verías con bastante buenos ojos que nuestro pueblo fuera exterminado — dedujo ella con tristeza.

—¡Santo cielo! Yo no soy un antisemita, *chérie*. Tú eres la primera prueba de ello. Pero en Egipto los judíos se han dedicado siempre a sus ocupaciones sin inflamarse hablando de Sión. ¿No ves que no hay nadie más que tú y algunas mentes excitadas que agiten esa causa? Ya es hora de que lo comprendas.

—No estoy de acuerdo en absoluto. Tal vez fuera cierto hace diez años, pero hoy cada vez más personas toman conciencia de que Egipto no será indefinidamente la «Tierra prometida» para los sefardíes.

—¿De eso habláis en casa de los Ménache?

—Desde luego y, lo quieras o no, es una cuestión que no interesa únicamente a la comunidad judía, sino a todas las comunidades. El día en que los árabes egipcios se despierten, no tendrán en cuenta particularidades ni circunstancias.

Zihan habría hablado en los mismos términos a propósito de los coptos. Ambas mujeres tenían, curiosamente, bastantes puntos en común: el fanatismo y el rechazo de otro hijo, perspectiva desastrosa para su silueta. Desde hacía tiempo, el todo Alejandría hacía ruido comentando que la joven señora Járamis seguía comportándose como la maniquí de la casa Chanel que había sido, y que si su marido deseaba otro hijo, sería una buena inspiración que le buscara otra madre...

Alejandría era la ciudad de los cotilleos. Los rumores servían de cartas credenciales a quienes deseaban entrar en la buena sociedad. Ella ya conocía ese tipo de situación. A principios de los años treinta, el todo París contaba que tenía éxito porque era la amante de Coco Chanel. Se sentía irritada con este rumor estúpido, pero pronto había aprendido a responder con una vaga sonrisa que no confirmaba ni desmentía nada. A pesar de todo, las comadres la sorprendían siempre por su capacidad de maledicencia; habían llegado a decir que Romina, la comadrona de la alta sociedad, le había practicado un aborto. Había asumido la idea de que, hasta el día en que se fuera de Alejandría, tendría que manifestar benevolencia con sus habitantes. Se tomaban a sí mismos por referentes, buscaban febrilmente la parte secreta de cada cual y desconfiaban de las apariencias. Por eso le importaba un comino el qué dirán si se enteraban de su relación con la señora Yvette.

De momento, esperaba al final de la guerra. Sería libre de elegir un nuevo lugar, incluso un nuevo destino, en Europa, donde la moda y la vida musical estarían en plena renovación, o en Palestina, pues la idea de una patria para todos los judíos del mundo le atraía cada vez más. No obstante, la historia se anticiparía a sus previsiones.

A finales de 1941, con un miedo visceral, los alejandrinos contemplaban el horizonte del lado oeste de la ciudad. Bajo esa línea imprecisa, trataban de seguir el rastro de un hombre que, según ellos, representaba un peligro mortal. La guerra del Desierto reservó a los Aliados muchas sorpresas desagradables, una de las cuales tuvo como consecuencia la sustitución del mariscal Wavell por el general Claude Aukinlek. Los británicos trataban por todos los medios de levantar el ánimo a media asta de su ejército, así como la sensación de seguridad de la población civil.

Sin duda no era una casualidad que el servicio de entretenimiento de los ejércitos estuviera de gira por Egipto en el momento en que el nuevo generalísimo se preparaba para desencadenar la

operación Crusader, para aliviar Tobruk y acabar de una vez por todas con Rommel y su Afrikakorps.

*Noviembre de 1941:*

*Las representaciones de Madame Butterfly, la ópera de Puccini, en el teatro de la Alhambra, son el acontecimiento artístico más importante en Alejandría desde el principio de esta guerra. En el papel de Cho Cho Sun (Madame Butterfly), la célebre Alice Lorimel, que nos ha deleitado con el aria «Un bel di, vedremo» con el dulce vibrato de su voz proclamando el manifiesto de un mañana que canta (“un hermoso día, veremos”). Los decorados, un navío de guerra de Estados Unidos anclado en el puerto de Nagasaki, podía trasladarse naturalmente a Alejandría, mientras la conmovedora Cho Cho Sun, con toda la fuerza de su amor herido y traicionado, personificaba nuestra ciudad. Una soprano magnífica, Alice Lorimel, pero no del gusto de todos. Haike se alinea con los que consideran que algunos trémolos en los agudos dan muestra de una lamentable fragilidad en la técnica vocal. Yo no soy en absoluto de ese parecer; expresa una sensibilidad totalmente oportuna, que percibieron con emoción la mayoría de los oyentes. ¿Acaso no es suficiente? Asistiré a la próxima representación.*

Mientras escribía estas líneas estaba lejos de anticipar las aventuras a las que le llevaría la mujer a la que apodaban la Borrasca. La señorita Lorimel, a la inversa que madame Butterfly, abandonaba habitualmente un amante en cada ciudad del mundo, sin preocuparse de su reputación, si tenía mujer e hijos.

Su admirador, hechizado, escribía dos días después:

*Si el amor eterno está destinado a expresarse en los jardines colgantes del paraíso, entonces las mentes alocadas u obstinadas, que se dejan deslumbrar por su resplandor y sufren por sus artificios, quizá hayan encontrado en él un sentido que les ha colmado más allá de toda razón. Nadie puede certificarlo ya que, en la vida real, los que triunfan con facilidad, no escuchan más que a su sentido de las realidades y de su pusilanimidad. Sin embargo, en tiempos de guerra, cuando se exagera la necesidad de creer en cierta trascendencia, nos atormentan esas cuestiones.*

*Esta noche voy a cenar con la famosa soprano. ¿Qué voy a decir? ¿«Fascinado por su voz» o simplemente «Fascinado», dejando que se sobreentienda algo más? Si pudiera, aunque solo fuera una vez, encontrarme a solas con ella...*

John Atwood, antiguo profesor en el Victoria College y lector en la nueva Universidad de Alejandría, pareja de tenis de Kostís desde hacía tiempo, era amigo de la familia de Alice. Cuando el industrial le pidió al *gentleman* que interviniera en su favor, le dio una respuesta

sibilina: *It's a piece of cake, but a bitter one.*

Los días siguientes, el Rolls-Royce estaba estacionado permanentemente delante del hotel Cecil, en espera de llevar a la cantante al teatro y de allí a su restaurante favorito, o a una de las recepciones fastuosas que aún seguían dando algunos miembros de la comunidad griega. Kostís parecía haber perdido la cabeza por la inglesa bien educada de Chelsea, «Alicia en el país de las maravillas», como le gustaba llamarla. Él observaba las reacciones como un espectador indiferente.

*Estamos en guerra, numerosos jóvenes se preparan a lanzarse una vez más a la batalla y la muerte, y yo me divierto con niñerías con «Alicia en el país de las maravillas». Nos han visto juntos en el Santa Lucia y en el Union Club. ¿Qué esperaba? ¿Pasar inadvertido en la ciudad de los chismorreos? Esta mañana, primera disputa con Haike. Me ha clavado las uñas en la palma de la mano y llevo las marcas de los rasguños. Tendré que llevar guantes durante varios días. Ya lo sabía. Dormimos en habitaciones separadas desde hace un tiempo. ¿Llegará a perdonarme alguna vez? Es un momento de locura que seguramente pasará. Pero ¿cuáles serán las consecuencias?*

El hecho de comprobarlo no consiguió contenerlo. Tres días después:

*Picnic en el lago Mareotis, desierto y placer detrás de un cañaveral. El amor sobre un mantel blanco. Me desollé las rodillas al hacerle el amor. Risas y gemidos entremezclados mientras Misha montaba guardia delante de las cañas. ¿Estoy loco? Ni siquiera pensé que la gente que viniera del lado del lago podría sorprendernos fácilmente.*

*Me comporto como un provinciano, ese es mi problema. Un provinciano lleno de dinero, deslumbrado por el cosmopolitismo de cualquier mujer y dispuesto a mandarlo todo a paseo. Pasado mañana se va a Sudáfrica. Yo no vacilaría en seguirla si el profesor no me hubiera asegurado que en la próxima etapa me dejaría por un amante del terruño. En este caso, ella es Pinkerton y yo Butterfly. Vuelve en ti, Kostís, recupérate antes de que sea demasiado tarde.*

Cuando la Borrasca se fue de Alejandría, aún eran visibles unas ligeras cicatrices en su mano. Pero eso no le preocupaba. Unos días más tarde le escribió en una carta:

*Están retirando tu nombre del panel publicitario de la calle Missala y siento que se me encoge el corazón. Miro las huellas de las uñas de mi mujer para acordarme de ti, ahora que es otro quien te tiene entre sus brazos.*

En mayo de 1942, Rommel había reemprendido su ofensiva en el desierto. Nikitas se paseaba por la Corniche y deambulaba de los cafés a los casinos de la costa. Esperaba un acontecimiento que únicamente él conocía. Trabajaba en el Monte de Piedad desde hacía apenas un mes y ya

había pedido un permiso de diez días. Su madre se habría puesto furiosa, pero el *cousin* tenía sus razones. Al séptimo día, en el puerto Oeste, entre los pasajeros que al amanecer desembarcaron de un navío militar británico, destacaba un hombre alto y delgado, de cabello gris y tez mate; según sus documentos, un chipriota que respondía al nombre de Zrasíbulos Iraklidis. Había necesitado dos días para cruzar el «colador inglés» —como le dijo a Nikitas— y, por tercera noche consecutiva, mientras esperaba recibir la autorización de los servicios egipcios de inmigración, lo habían recibido en un campamento de acogida en Agami. En realidad, se trataba del cretense Ánguelos Moisedakis, muy conocido en los círculos cercanos a Metaxás como miembro del Partido Comunista griego.

Una vez acabadas las formalidades, Nikitas se hizo cargo de él para llevarlo a Abukir, en los alrededores de Alejandría, a un lugar oculto, acondicionado por un antifascista italiano y dos judíos de izquierdas. A Ánguelos lo habían delegado como instructor político. Apartado por el régimen del 4 de agosto, se había diluido en la naturaleza poco antes de la declaración de la guerra, y a continuación había jugado al escondite, primero con los partidarios de Metaxás y después con las fuerzas de ocupación. Nikitas sabía que se trataba de un pez gordo, pero su aspecto, lastimoso después de todas esas desventuras, no daba esa impresión. Para entonar al instructor clandestino, lo llevó primero a Attarine, a un restaurante griego popular «para que se eche un poco de manteca a la panza». Cuando ambos se saciaron, y Ánguelos recuperó fuerzas, cogieron el tren para Victoria y bajaron en Sidi Bishr, donde los esperaba un viejo carricoche de la época de la Primera Guerra Mundial para llevarlos a Abukir. Llegaron al caer la noche, cuando las calles veían surgir sombras que se apresuraban para adelantarse al toque de queda.

Detrás de la iglesia de Ayi Anáryiri, Nikitas se dirigió a un pequeño edificio, en el que una escalera conducía a un piso de tres habitaciones con un largo pasillo. Pronunció la segunda contraseña: «El Ayi Anáryiros Kiros era egipcio». Allí encontraron a Giuseppe, el italiano, y un polaco. Las paredes estaban tan desnudas como las habitaciones, y el mobiliario era miserable; en el techo, se puso en marcha un ventilador que hacía un chirrido infernal con cada rotación, para remover un aire saturado de olor a cerrado y moho. Una lámpara suspendida —palabra grandilocuente— cuyo contrapeso lleno de arena descendía constantemente como un ludión, disponía de una bombilla envuelta en papel azul que difundía una luz tan macilenta como la de un burdel de la más baja categoría.

Moisedakis se echó en el suelo, sobre un colchón de mala calidad de algodón, y se quedó dormido casi de inmediato. Afortunadamente, Nikitas lo había llevado a comer, pues no había nada en el lugar. El veterano de la guerra civil española se hundió en un sillón desvencijado y pasó la noche como pudo. Al despuntar el día se levantó; era la hora de ir al Monte de Piedad. Dejó una nota al comunista griego para indicarle que pasaría al día siguiente por la tarde para llevarlo a visitar la ciudad. Pero no lo hizo porque Maria tuvo una súbita crisis de asma y tuvo que quedarse a su lado. Cuando apareció, al tercer día a eso de las doce, el instructor lo esperaba con impaciencia; había estado dando vueltas sin cigarrillos, con muy poca comida y una botella de *zibib*. Pidió algo para leer y le dieron una recopilación de relatos de Chéjov en italiano, un idioma que él no conocía. A pesar de todo, se quedó con el libro para hojearlo de vez en cuando y hacerse la ilusión de que el tiempo pasaba.

—No pensaba que en el exilio se pudiera ser objeto de tantos cuidados —le dijo irónicamente a Nikitas.

Ambos sabían que, de un día para otro, tendría que irse a El Cairo, y de allí a Beirut y a Jerusalén. Nikitas se esforzó por distraerlo un poco durante esa estéril espera.

Se había fijado en el acento cretense, bastante particular, de Moisedakis, y se acordó de un lugar que, con toda certeza, tenía que gustarle mucho.

En el barrio árabe de Alejandría, existía un café donde los cretli, camareros vestidos al estilo cretense —altas botas negras, pantalones bombachos y *cinders*, como llamaban a los chalecos negros en Egipto—, servían bebidas calientes a los clientes mientras dos músicos locales cantaban acompañándose con el rabab, un instrumento parecido a la lira cretense. Árabes envueltos en sus ganduras, sentados en sillas desfondadas, escuchaban religiosamente las extrañas melodías. En las mesitas bajas de zinc humeaba el té y calzaban los narguiles entre los pies, como bebés. Nikitas se había dado cuenta de que en un momento determinado los músicos se detenían y se dirigían al público: «Venid mañana a escuchar la continuación». Prestó atención a las palabras y, para su gran sorpresa, comprendió que interpretaban en árabe fragmentos de la historia de Erotókritos y Aretusa. Moisedakis, que evocaba su patria ocupada con una gran nostalgia, descubrió aquella tarde que la antorcha de la cultura cretense recorría las callejuelas de una ciudad que, igual que su país, recogía el soplo de los vientos del mar de Libia. El café que pedía nada tenía que ver con el sucedáneo que se servía en la Grecia ocupada, de hecho, zumo de garbanzos. Era un café de verdad, muy negro, una mezcla intensa reforzada con una dosis de cardamomo para dar vigor a los sentidos.

Cuando salieron de aquel lugar insólito, Ángelos daba saltitos de entusiasmo como si se dispusiera a bailar la *pentozali* —la danza tradicional cretense— en las callejuelas miserables del barrio árabe.

—¡A tu salud, hermano Nikitas! ¡Que sepas que Creta nunca muere!

Sin embargo, de regreso en la choza árabe de Abukir, su humor se ensombreció. Lo peor fue que, al llegar, tuvieron que volver a marcharse de inmediato hacia otro escondite. Los condujeron a Siuf, a una casita en pleno campo, donde Moisedakis pudo instalarse en el cobertizo del huerto, sobre una *hassira*, una estera colocada encima de un colchón improvisado de hojas de banano. El sonido de las sirenas les llegaba desde el otro extremo de la ciudad. La caída de la noche anunciaba las incursiones aéreas de los pilotos italianos por encima del puerto Oeste. El instructor de cabellos grises estaba seguro al menos de poder dormir sin inquietarse. Había tan poca luz que no era necesario preocuparse por el toque de queda.

—Vendré a verte mañana por la tarde —le dijo Nikitas.

No prestó atención a la manera en que el cretense lo estrechó en sus brazos aquella noche; estaba cansado y preocupado por el camino de regreso.

Al día siguiente, cuando fue a verlo, se enteró de que Ángelos Moisedakis, oficialmente conocido por el nombre de Zrasíbulos Iraklidis, había salido ya para El Cairo.

Una noche de finales de junio de 1942, bien pasada la medianoche, el teléfono del salón sonó sin parar haciendo un ruido infernal en el silencio; la alarma aérea había terminado hacía una media hora. Habría sonado toda la noche si Dafni, que estaba en la bodega para echar el cerrojo a la estancia de las antigüedades, no hubiera subido corriendo la escalera inundada de penumbra y descolgado el auricular cuando sonaba por vigésima vez. Al otro lado del hilo, una de sus amigas judías le dijo que se iba de Alejandría en el primer tren de la mañana.



—Rommel prometió pasearse por la Corniche dentro de pocos días. Y no le gustan nada los judíos *Tu vois le genre?*

Dafni le aconsejó que no se precipitara, pero su amiga estaba profundamente impresionada. Y no era la única.

La caída inesperada de Tobruk el 21 de junio había dado el golpe de gracia a la sensación de seguridad y el ambiente de pánico había provocado una avalancha de toda la población hacia los bancos. Marta les contó que por primera vez, en la sucursal de Sherif Pashá habían tenido que establecer colas de espera a las que nadie estaba acostumbrado. Algunos empleados habían asumido la ingrata tarea de echar a los que se colaban. Los soldados de permiso por unos días en Alejandría hicieron que aumentara la actitud enloquecida un poco más al relatar historias espantosas sobre el interminable asedio de Tobruk: las *boxes* —hoyos en la arena trufados de minas— que defendían las «ratas del desierto»; los combates cuerpo a cuerpo; los cadáveres mutilados, enterrados lo más deprisa posible en las dunas para evitar el tifus; la angustia de las noches heladas en el desierto, en las que morir parecía una liberación comparado con los dolores atroces de la gangrena...

El 29 de junio, Marsa Matruh cayó en manos del enemigo y se creyó que el ejército de Rommel iba a sepultar Alejandría como el viento de las arenas. La radio y la prensa alternaban informaciones a cual más pesimistas: «Egipto combatirá hasta el final. Esperamos refuerzos».

Ese día Kostís escribió:

*Pánico en Alejandría. La flota, el Almirantazgo, abandonan la ciudad, el club y los círculos militares están cerrados. Por lo demás, la rutina continúa. Haike y nuestra hija van a bañarse todos los días a Glim o a Sidi Bishr y mi madre pone a enfriar su limonada casera para las posibles visitas. Hoy se ha ido el banquero suizo Émile Steiger, un viejo amigo de mi padre. Acompañado de algunos miembros del cuerpo diplomático helvético, piensa llegar a su país por tierra, pasando por Turquía y los Balcanes.*

Esa misma tarde, apenas reconoció la voz de Elias Juri al teléfono:

—Me voy, Kostís, me voy *avant qu'il ne soit pas trop tard pour moi* —susurró respirando con dificultad por la angustia, como si Rommel llegara a Alejandría especialmente por él. Sin embargo, no omitió mencionar a Haike—: ¿Qué piensas hacer con tu mujer?

—¿Qué debería hacer?

—Los judíos, lo sabes mejor que yo, no son muy apreciados por los alemanes.

—Tienes razón. Debería poner tierra de por medio, hasta que sepamos a qué atenernos. Aunque...

—Claro que tiene que irse. Me sorprende muchísimo que no lo hayas pensado aún. Escucha, creo que Beirut es una buena solución. Yo estaré allí; no tienes nada que temer.

Kostís se estremeció ante la idea de confiar a Haike a ese mujeriego empedernido. ¿La voz del Libanés temblaba de miedo o de deseo?

—Muy bien. Pero este no es el momento de hablar de eso.

—¡Ah! Bueno...

—Hasta la vista, Elias. Que Dios te ampare. Si necesito tu ayuda, puedes estar seguro de que

te avisaré.

Tras colgar el auricular, Kostís tuvo la sensación de que Alejandría no sería nunca más la misma sin Elias Juri.

A principios de julio, corrió el rumor de que Panayotis Kanelópulos cerraba el consulado griego de Alejandría, al mismo tiempo que suspendía sus relaciones con los responsables de la comunidad.

—Ustedes hablan, sí, pero las responsabilidades las asumo yo —declaró el político griego.

—No, no se trata de palabrería. Nosotros vivimos aquí —contestó Mikés Salvagos, el presidente de la comunidad helénica.

—Nos deja sin ninguna protección diplomática —añadió Nikos Vatimbelas, el vicepresidente.

—No le reconozco a nadie el derecho a criticar al gobierno —objetó Kanelópulos.

—Yo no soy nadie, ni cualquier persona, y se lo digo a la cara: es usted un... —fue la respuesta bien clara de Vatimbelas.

La llamada que el cónsul griego hizo a Kostís era del mismo estilo.

—Nosotros nos vamos, señor Járamis.

—Nosotros nos quedamos, señor Valtís.

—¿Se da usted cuenta de lo que hace, señor Járamis? Todo el mundo se marcha. ¿Se va a quedar completamente solo?

—Completamente solo, señor Valtís.

—Pero no veo por qué...

—Alguien tiene que quedarse en Alejandría para recibir a Rommel cuando desembarque. No estaría bien que no hubiera nadie...

—Veo que ha conservado el sentido del humor y la capacidad de bromear, señor Járamis. Pero no creo que acierte al elegir este momento...

—El humor es el lujo de los valientes, señor Valtís —le replicó Kostís, que imaginaba la cara del pobre hombre.

El griego dudó, como para asegurarse del sentido de la frase, antes de poner término a la conversación:

—Buena suerte, señor Járamis.

—Buen viaje, señor Valtís.

La epidemia se extendía. Los que disponían de medios suficientes abandonaban la ciudad a toda prisa, muchos griegos entre ellos. Las empresas cerraban unas tras otras, y el personal se quedaba en una situación desesperada, atrapados en una ciudad que no les ofrecía escapatoria alguna. Dafni contaba que en un solo día cerca de una treintena de amigos y conocidos habían pasado por la casa, algunos para despedirse, otros para pedir prestado el dinero que les posibilitaría la huida.

—¿Adónde creen que podrán ir?

La mayoría pensaban llegar a El Cairo y, desde allí, huir hacia Oriente Próximo o emprender la ruta hasta Sudáfrica.

—¿No estáis cansados de jugar a pillar con Rommel? —insistía la madre de Kostís.

Su hijo, preocupado por la situación, convocó un consejo extraordinario en la fábrica. El jefe de personal le comunicó la angustia de los asalariados. Un empleado más cercano a él, ya que

Andonis había sido su padrino, temblando y lleno de ansiedad lo detuvo en el pasillo:

—¿Qué ha decidido, patrón?

—Nadie se irá, Nikolas. La ciudad nos necesita, a todos. La fábrica no se cerrará. Los alemanes nunca entrarán en Alejandría.

Sus palabras lo conmovieron tanto que se inclinó y le besó la mano. Kostís aceptó el gesto y le acarició la cabeza.

—¿No es lo que habría hecho tu padrino, Nikolas?

—Eso es lo que habría hecho, patrón.

El mismo día, para prevenir cualquier eventualidad, retiró cantidades importantes de dinero. Pensaba en su familia pero también en los trabajadores de la empresa. Si los alemanes entraban en Alejandría, cerrarían o requisarían de inmediato la fábrica, ya que él colaboraba con los británicos. En dos días, prepararon para cada empleado un sobre con el equivalente a seis meses de salario. Sin embargo, no los distribuyó. Antes de hacerlo, quería agotar todas sus reservas de optimismo. Las joyas de su madre y de su mujer les permitirían aguantar un período de tiempo bastante largo. Si hubiera necesidad, recurriría a algunas piezas de la colección de antigüedades egipcias. El comportamiento de todos ellos, por el momento, se resumía en una sola palabra: esperar.

No todos pensaban igual. El miércoles 1 de julio de 1942, Nikitas paseaba solo por las calles de Alejandría. Quien quisiera ver gente debía ir más bien a la estación, donde se amontonaba una multitud desesperada. Durante toda la semana los bombarderos alemanes se habían encarnizado con el puerto Oeste, una pesadilla para los habitantes. No obstante, no era eso lo que más los aterrizzaba. Dos días antes, la flota británica en el Mediterráneo había levado anclas para refugiarse en el mar Rojo. ¿Qué significaba aquello si no que Gran Bretaña había perdido Egipto? Cuando volvió a casa, Nikitas llamó a su primo:

—*Cousin?* Tengo la impresión de que pronto seremos los únicos en la ciudad.

—¿Y no te alegras? Alejandría entera para nosotros —replicó Kostís, y ambos se echaron a reír, sobre todo para mantener el coraje.

—A pesar de todo, las cosas tienen mal aspecto. Los *macaronis* están planchando sus banderas y se preparan para recibir a Rommel con gran pompa —le informó Nikitas, antes de añadir—: Delante de algunos establecimientos ya hay carteles colgados que dicen *Willkommen Rommel*.

—Cuando esto se termine, habrá que colgar a los propietarios en los mismos ganchos, para que sirva de ejemplo.

—¿De verdad, *cousin?* ¿Crees que los británicos detendrán a Rommel?

—¡Vive Dios que no es posible! ¡Pero está claro que lo creo!

—No me digas. Eres el único. Escucha, si las cosas van realmente mal, pienso comprar dos o tres kilos de guayabas y dátiles; bueno, tal vez también un cartón de cigarrillos, y correr a repartírselos a los soldados del Eje, como harán todos los italianos de buen tono y buenos modales. Quién sabe, quizá así les caiga simpático a los nuevos amos de Egipto.

—*C'est une honte, cousin!* —protestó Kostís. Y, además, tienes un sobrino en el frente.

—¡Ah! No me hables de ese pobre Zanasakis; los británicos quieren convertirlo a toda costa en un piloto de caza. Lo que hay que oír...

—Aún no lo hemos visto todo, Nikitas.

—A propósito, ¿sabes que han detenido a miss Gaby y a su hermano en El Cairo?

—No. No, lo ignoraba —balbuceó Kostís—. ¿Cómo te has enterado?

—Lo he leído en el *Tajidromos* hace unos días; se me olvidó decírtelo.

—¿Qué ocurrió?

—Bueno, pues parece que intentaron venderle una estatuilla a un armenio, para conseguir dinero y marcharse de Egipto. El cliente se dio cuenta de que la pieza no tenía valor y llamó a la policía. Su situación es complicada.

La noticia no le hizo ninguna gracia a Kostís. Unos años antes, cuando había conseguido convencer a su madre para que los despidiera, los hermanos habían decidido sustraer una estatuilla tallada en un diente de hipopótamo; era copia de una obra predinástica que Dafni había admirado en el museo de Turín. Solo una ignorante como miss Gaby podía engañarse eligiendo esa pieza, por cierto magnífica, entre la impresionante y preciosa colección de la calle de los Abasíes; pero no era más que una copia. La señora Jámamis hizo la señal de la cruz al recordar lo aliviada que se había sentido entonces.

Sin embargo, se preocupaba por la manera inesperada en que habían evolucionado los acontecimientos.

—Venga, Kostís, vamos derechos a la catástrofe y tú te haces mala sangre por miss Gaby y su hermano.

—Mamá, ¿no lo entiendes? Si esos dos cantan todo lo que saben sobre la estatuilla, estaremos metidos en un atolladero.

—Pues bueno, que hablen, que digan que nos la han robado. ¿Y qué? *So much the better*.

—No comprendo...

—Tanto mejor. Todo el mundo deducirá que la famosa colección de tu madre en realidad está constituida por pálidas imitaciones.

—No había considerado la situación bajo ese punto de vista...

—¡Ah, querido Kostís! Tú siempre tan sereno y resuelto; pero a veces tiendes a ahogarte en un vaso de agua.

Por enésima vez, la radio transmitió la misma cantinela: «Egipto luchará hasta el final. Esperamos refuerzos».

Yvette no disimuló su sorpresa al ver a Haike en el edificio de la calle de Corinto, el día 12 de julio por la tarde. La joven señora Jámamis apareció más impresionante que nunca, con un traje de chaqueta de lino color crema, bajo una capelina, y con los tacones marcando la cadencia sobre el suelo de mármol; se podía pensar que se disponía a desfilarse por el imponente pasillo del palacio Karam.

—¿Qué haces aquí? —murmuró su amiga acariciándole la mejilla.

—¿Que qué hago? Vengo a ayudarte a cerrar el club.

—*C'est pas vrai!* Creí que te habías marchado. Eres la única judía rica que sigue en Alejandría.

—*Peut-être*. Mi marido repite que no hay ninguna razón para abandonar la ciudad.

—Pero ¿qué me dices? Los rumores se extienden con rapidez. Gran Bretaña ha perdido Egipto. ¿Por qué crees que se cierra el club de las fuerzas aliadas? En todos los edificios gubernamentales del país están quemando toneladas de documentos secretos. La flota se ha

evaporado. ¿Qué más tendrían que ponernos delante de los ojos para creerlo?

—Kostís pretende que...

—Kostís no está en peligro como tú, querida mía, de que lo detengan una mañana para enviarlo a un campo de concentración en algún lugar de Europa. Tienes que irte de Egipto lo antes posible. *Le plus tôt possible, le plus tôt possible. Compris?*

—¿Para ir adónde?

—A cualquier sitio.

—No creo que Kostís esté de acuerdo.

—Pobre, de verdad. Kostís por aquí, Kostís por allá... ¡Salva tu pellejo, en primer lugar! —gritó Yvette fuera de sí.

—Te olvidas de que tenemos una hija. ¿Qué será de mi Dafni sin mí?

—La pequeña tiene a su abuela y a su padre. Hoy tienes que ocuparte únicamente de tu suerte. Al fin y al cabo, la judía de la familia eres tú.

—Sinceramente, no creo que Kostís acepte.

—En ese caso, desaparece. Vete sin hacer ruido.

—Pero ¿qué dices? No tengo ni un céntimo. ¿Adónde quieres que vaya, pelada como estoy? —reaccionó la joven.

—Llévate tus joyas. Una mujer de tu rango puede vivir años vendiendo sus *bijoux*. *D'ailleurs*, he venido por ti. ¿Crees que tu Yvette te dejaría así, sin nadie que te ayude?

—Estas decisiones no son fáciles de tomar.

—*Je sais*. Pero será mucho más difícil cuando los alemanes se pavoneen por la Corniche. Y me gustaría saber qué haría Kostís entonces para sacarte del apuro, mi pobre Haike.

Yvette apoyó la mano en el cuello de la joven y deslizó los dedos hasta el talle. Incómoda, Haike intentó evitar la caricia.

—Perdóname. A veces no sé contenerme.

—Sí. A veces sobrepasas los límites.

—¿Me prometes que lo pensarás?

—*C'est promis*. Y ahora, manos a la obra.

La señora Járamis se quitó la chaqueta y se subió las mangas con soberbia, como si supiera que la luz de la tarde halagaba magníficamente su irresistible belleza.

Dos días después, mientras Kostís trataba desesperadamente de encontrar a su mujer, que había abandonado el domicilio conyugal dejando tras de sí una carta que contenía vagas promesas de regreso, no podía imaginar que se encontraba escondida en Bar el-Tani, en «la orilla de enfrente» del canal de Mahmudieh, en el sector de Yed el-Aenab. El barrio —«los Huertos de Viñas»— estaba unido a la ciudad por un puente giratorio que se abría a horas fijas para dejar pasar a los barcos. Era un lugar de residencia popular donde vivían bastantes griegos, y allí residía Manolis Kutsukis, el jardinero de la casa de Yvette en Laurent. A cambio de una generosa recompensa, había aceptado ocultar a la joven señora Járamis. Gracias a esa recompensa, esperaba estar en condiciones de irse de Alejandría con su familia en cualquier momento.

La decisión de Haike no sorprendió a Yvette. La joven se había sentido irremediamente traicionada por el idilio de su marido con la *prima donna* de Chelsea el pasado noviembre; desde entonces, el matrimonio dormía en habitaciones separadas. La situación era mucho más grave de

lo que daban a entender las bromas de Dafni, cuando decía que, si Andonis estuviera aún en este mundo, se alegraría al comprobar que de las once habitaciones había otra más ocupada. La brillante idea de su hijo de exponer ante la mirada de todos su relación pasajera con la artista lírica le había perjudicado, y también a su familia; si los miembros del clan no eran irreprochables, al menos intentaban ocultar sus pasos en falso. Pero Kostís era así. Le costaba admitir que ciertos asuntos debían permanecer en secreto, y estaba pagando el precio.

Ahora, indeciso, seguía mirando la foto de familia que hacía poco les había sacado en el estudio Vironas Trejantsakis. De pie, con el pulgar de la mano derecha complacientemente enganchado en el bolsillo del chaleco, rodeaba a su mujer y su hija con su sombra protectora. Haike, con un vestido negro y capelina blanca, permanecía a su derecha con la soltura de una modelo y Dafnula, con un vestido ligero como una nube y la sonrisa surgiendo de sus hoyuelos, encarnaba el alma de la infancia feliz. ¿Cómo había podido hundirse esa felicidad familiar? ¿Reflejaba el cliché únicamente la habilidad del fotógrafo, una instantánea muy alejada de la realidad de su vida?

Se obstinaba en creer a pie juntillas su promesa: «Regresaré en cuanto esta ciudad vuelva a ser segura para mí». Pero una intuición le susurraba que no volvería; él no estaba preparado para esa eventualidad y la buscaba por todas partes, furiosamente, hasta en los posos del café, que una mañana le pidió a Jaritomeni que le interpretara.

Su único consuelo era que había elegido dejarlo en un momento en que todo el mundo se iba de Alejandría por miedo a la llegada de Rommel, lo cual mantendría las bocas cerradas. Pero ¿por cuánto tiempo? En medio del terror universal, a Kostís le costaba dominar su íntimo desasosiego, hasta el punto de desear el triunfo de los alemanes con tal de sofocar un nuevo escándalo que podía herir su dignidad de hombre.

Sin embargo, los acontecimientos parecían ir por otros derroteros. Aunque la primera batalla de el-Alamein había continuado hasta el 17 de julio, cada vez era más evidente que Rommel no pasaría. A partir del 5 de julio, el club de las fuerzas aliadas volvió a abrir sus puertas y el 20 de julio se enteró de que los que a principios de mes habían huido a El Cairo, estaban de regreso.

Por su parte, Haike, bloqueada en el barrio de Yed el-Aenab, al principio percibía el lejano estruendo de los blindados y la artillería que llevaba el viento de Egipto, y sacó la conclusión de que la invasión de los alemanes no era más que una cuestión de días. El 8 de julio, cuando vio a Yvette por última vez en el lugar previsto para su partida, su amiga omitió informarla de la reapertura del club y la dejó partir con la impresión de que las cosas empeoraban. La joven sabía que se disponía a dar un salto a lo desconocido y que su única seguridad se medía con el peso de sus joyas escondidas en el fondo de su equipaje. Había sonado la hora del adiós a la ciudad maldita. A partir de entonces se deshilarían poco a poco las figuras de sus allegados en su memoria, progresivamente se convertirían en sombras, los fantasmas de un pasado que dejaba atrás para siempre.

Pero no solo dejaba una ciudad, abandonaba en ella a su hija, la pequeña Dafni, que los primeros días la buscaba durante el sueño y se lanzaba alocadamente a través de los pasillos corriendo por todas partes, seguida por Frixos —un perrito con el pelo erizado que le había regalado su padre y que no colmaba una ausencia inconmensurable—, y Jane, medio dormida, que se esforzaba en tranquilizarla. Abandonaba también a un marido desesperado. Al final de las alarmas aéreas, Kostís, que no lograba pegar ojo, pasaba las noches fumando en la oscuridad del

salón, esperando. Su madre velaba discretamente, pero el cansancio daba cuenta de su resistencia y se retiraba a su habitación. Entonces se quedaba solo, a la sombra de Jaritomeni, centinela en la oscuridad, que escuchaba los disparos de cañón procedentes de El-Alamein pensando en su hijo, Fotis, que por fortuna no estaba en el desierto combatiendo contra el ejército de Rommel.

Una vez superada la conmoción de los primeros días, Kostís resolvió que ni su amor por Haike ni las joyas que se había llevado tenían tanta importancia como su honor herido. El temor a la maledicencia en la sociedad alejandrina no dejaba lugar al melodrama. Tenía que encontrar una solución —¡y pronto!— para borrar el rastro y evitar las habladurías de sus conciudadanos, que, en su mayoría, habían vuelto a sus actividades. A finales de julio, cuando tuvo la seguridad de que Rommel no llegaría a Alejandría y de que Haike se quedaría definitivamente en Palestina, puso en marcha un plan destinado a salvaguardar su ego de macho herido.

Envío una carta a Elias Juri. El regreso a Alejandría del Libanés solo era cuestión de días, aunque en sus cartas diera una visión idílica de Beirut bajo influencia francesa. Según él, los ecos de la guerra inclemente que se desarrollaba en el norte de África llegaban a la capital del Líbano completamente amortiguados y en medio de la indiferencia general; la ciudad, impregnada de la influencia del París de los buenos tiempos, los de entreguerras, casi ignoraba su situación de puerto mediterráneo en la zona del conflicto. Con su vestidura brillante, provocadora, la ciudad estaba en el extremo opuesto al del Egipto del toque de queda, como un diamante que ilumina el cielo levantino con su fastuosa vida nocturna. Mujeres, luces, cabarets, franceses, levantinos, magnates de las finanzas... Una tentación irresistible para un cosmopolita como Elias Juri. «Aquí se descubre una vez más lo fácil que es enriquecerse en una guerra tan trágica como la que estamos viviendo», le escribía a Kostís utilizando la misma fórmula que en otra carta dirigida a Yvette. Pero nadie creía que el hombre que había captado, que representaba la quintaesencia del alma de Alejandría, iba a renunciar a la ciudad que le había dado la oportunidad de revelarse.

Así, Kostís, contando con ese impenitente amante de los cotilleos, le escribió:

*Aquí se acaba todo, Elias. Tenías razón cuando decías: «Los judíos con los judíos, los cristianos con los cristianos». Ya no necesito adaptarme a las circunstancias de mis errores pasados yendo a contracorriente de los demás. Mi conciencia me dicta optar por el repudio, cualquiera que pueda ser el coste inmediato para mi hija. Hoy estoy convencido de que si no actúo así, los daños a la larga serán mucho más graves. En todo caso, no habría dejado que educaran a mi hija como una niña judía, de acuerdo con los principios y la voluntad de frau Haike; ni echarme encima al león británico para satisfacer sus sueños sionistas. La he compensado por sus «años perdidos» y la he enviado lo antes posible a su nueva patria, allí donde con todo su ser deseaba vivir. Finalmente, aunque no queramos admitirlo, las diferencias de confesión son insuperables. No tengo la intención de volver a casarme de momento, pero si algún día lo hago, créeme que elegiría a una hija de esta tierra, cristiana y griega, if possible...*

El rumor según el cual Kostís Járamis había aprovechado la amenaza que constituía Rommel para la ciudad para deshacerse de una vez por todas de su mujer judía se propagó a la velocidad de un virus. Ahora se explicaba todo, principalmente su inconveniente idilio con la *prima donna*

de Chelsea en el último mes de noviembre. La judía holandesa, cuya belleza irritaba a las mujeres de mundo, que amenazaba los intereses de su marido con sus caprichos sionistas, había recibido su merecido.

Si había una persona en Alejandría que conocía la verdad —y desde luego esa persona era Yvette—, no podría dar crédito a todas esas invenciones, pero de ningún modo podía revelar ni difundir la verdadera historia. Solo le quedaba el recuerdo radiante de una mujer extraordinariamente hermosa, que se había entregado a ella sin reservas como regalo de adiós en su última noche en Laurent.

El 10 de mayo de 1941, el doctor Majos se despertó tras una pesadilla con la extraña sensación de que en aquella aurora pálida estaba abriendo los ojos por primera vez después de largos años. Murmuró inconscientemente: «¡Papá, papá, Eric!». Andonis y el barón Sulzer habían encontrado la manera de volver a este mundo mediante el sueño, y sus sombras se agitaban en un rincón de la habitación que invadía el claroscuro. Antes de saltar de la cama vio claramente a su padre, vestido con una especie de alba blanca, que también podría ser una camisa de fuerza, pasar a la otra orilla de un río y haciéndole una seña para que le siguiera. Un estandarte nazi flotaba al viento, enarbolando, en lugar de la esvástica, un retrato de Eric. Este sueño se grabó con tanta fuerza en su mente despierta solo a medias que al coger el primer cigarrillo se volvió, con la cerilla en la mano, para recuperar la figura de su padre en los recovecos más oscuros del dormitorio. Pero no había más que muebles sin alma, roídos durante toda la noche por la carcoma, mordisqueando el silencio con su ruido macabro. Aspiró una profunda bocanada y de inmediato sintió que se disolvía la ilusión en volutas marrón y azul. Entonces le oprimió una duda angustiosa: ¿cuánto tiempo he dormido?

Trató de reponerse con todas sus fuerzas; una voz interior le murmuraba: vuelve en ti; es imposible que hayas dormido durante años. Sin embargo, tenía la impresión de salir de un larguísimo sueño.

En todo caso, Atenas estaba acurrucada en los brazos de Morfeo. Solo habían transcurrido unos días desde que las fuerzas del Eje habían tomado las riendas para llevar ese país subdesarrollado por los caminos del mundo nuevo; de modo que era normal que algunas voces reaccionarias —por suerte, difusas— se elevaran aún, discordantes dentro de la estricta armonía impuesta por los ejércitos de ocupación. La época difícil había pasado ya, según el doctor Majos. Si bien algunos asaltos violentos habían dejado malparada la capital, sobre todo El Pireo y sus alrededores, tales acciones de guerra eran el precio que había que pagar por una operación quirúrgica que con seguridad tendría efectos positivos duraderos. Su larga familiarización con la filosofía lo ayudaba, sin duda, a establecer comparaciones y a mantener una visión lúcida de los acontecimientos.

Ahora que el triunfo era total y la vida recuperaba un ritmo natural, la admirable maquinaria alemana restablecería muy pronto el orden social y daría una gran lección a quienes, por casualidad, habían nacido en la ciudad. El derecho del más fuerte se había impuesto, era legítimo, pero esta vez el poderoso venía a hacer el bien y no a aplastar al débil. Indudablemente, para Grecia empezaba una época dorada, análoga a la de la Antigüedad. La grandeza nazi no habría podido desplegarse en un marco más glorioso que el de los paisajes del Ática de historia milenaria. La cuna de la civilización europea acogía, al fin, al objeto de su orgullo, la nueva



Alemania, el milagro realizado por Adolf Hitler y sus partidarios; el doctor Majos, descendiente de los griegos de la Antigüedad —tanto en el aspecto genético como en el espiritual—, estaba presente para entregar el país a los triunfadores. En lo sucesivo, caminarían juntos hacia el mundo nuevo, allí donde se desarrollaría el modelo del superhombre nietzscheano, más allá de lo que el mismo Nietzsche había osado nunca imaginar. Cuando vivía en Alemania, había conversado sobre la cuestión con el profesor Heidegger, y habían llegado a la conclusión de que las teorías filosóficas estaban condenadas a ser solo elucubraciones intelectuales mientras no hubiera hombres de Estado inspirados que las transformaran en acciones poderosas, de magnitud social e histórica. Por su parte, él ya había tomado una postura sobre la cuestión en su tesis *Nietzsche y la paranoia: un feliz concurso de circunstancias*, al demostrar que al filósofo alemán lo habrían catalogado definitivamente como un enfermo mental excéntrico, de no haber tenido la suerte de encontrar al dirigente capaz de aplicar y desarrollar sus teorías sobre el hombre y el mundo en la persona de Adolf Hitler.

El doctor Majos dormía con la conciencia tranquila del pensador convencido del acierto de sus posturas. Sin embargo, su sueño absurdo hizo tambalear su serenidad, adquirida a tan alto precio, e infundió en su alma malos presagios. Salió de su domicilio cuando el sol apuntaba por encima de la línea de greda de Penteli, iluminando el horizonte. ¿Adónde vas con esta prisa tan temprano?, se preguntó con inquietud. Una mano parecía guiarlo hacia un destino misterioso. Andaba sin un fin concreto pensando de nuevo en su sueño. ¿Qué lo había asustado y, de paso, le había impedido dormir echando a perder su descanso? Era cierto que sentía aversión por su difunto padre, pero su presencia en sus sueños no era del orden de la pesadilla. No, lo que lo había perturbado no era tanto la silueta paterna vestida con un alba como su propia necesidad de reconciliarse con él. No podía permitirse algo parecido. Andonis Járaxis había sido cruel y tiránico con sus hijos y a sus ojos, la muerte no lo disculpaba en absoluto. Su enfrentamiento con el déspota constituía el elemento central de su concepto del mundo. Si renunciaba a su odio, simultáneamente tendría que reconsiderar muchos de sus puntos de vista a propósito de sus contemporáneos y del orden de las cosas. Tendría que admitir que se había equivocado durante todos esos años, que había de madera estúpida más de la mitad de su vida. ¿Se podía llegar a una conclusión más terrorífica?

Buscaba una explicación tranquilizadora. ¿Y si el hombre que había aparecido en el sueño no fuera su padre sino Hess? Rudolf siempre había ejercido sobre él una especie de ascendente propio de un padre. Si sustituía a Andonis por el brazo derecho de Hitler, la interpretación podía ser totalmente distinta, pero no menos aterradora. La orilla opuesta del río en la que ondeaba el estandarte del barón Sulzer no podía representar más que un elemento hostil, reprochable; al hacerle una seña, Hess lo incitaba de manera indirecta pero sin ambigüedad a revisar sus ideas y comportamientos. De modo que tenía que admitir que todos sus esfuerzos a lo largo de los años no habían servido para nada, que los prejuicios y las visiones habían hipnotizado su conciencia, que hoy sufría la prueba dolorosa del despertar. Así se explicaría el simbolismo de ese largo sueño. Pero ¿por qué Rudolf, su guía espiritual por excelencia, lo incitaría de pronto a cambiar de actitud? Lo descubriría a lo largo de ese día que empezaba.

Tenía muchas tareas que realizar. Los conductores alemanes de motos y vehículos de cuatro ruedas, agotados y polvorientos, con sus impermeables verdigrises, acababan de rodear la capital. El doctor Majos, como perfecto anfitrión, se apresuró a recibirlos y atenderlos, y asistió a la firma

del acta de rendición que se llevó a cabo en un modesto café de Ambelókipi. A continuación se debatió como un hermoso diablo para asegurar a los ocupantes unas condiciones de vida tan agradables como fuera posible. Requirió habitaciones, vehículos, cocheras y alimentos, garantizando así el alojamiento, el transporte y el avituallamiento de las fuerzas de ocupación. Y no se detuvo ahí. Consciente de sus responsabilidades, expuso al mando alemán propuestas para una nueva formación gubernamental, con el general Tsolákoglu a la cabeza. Con ese fin fue a ver al arzobispo Jrisanzos y le pidió, en presencia del comandante de las SS, del comandante de la plaza de Atenas y del agregado militar de la embajada de Alemania, que hiciera prestar juramento al nuevo gobierno. A continuación acompañó al alcalde Amvrosios Plitás, al hotel Gran Bretaña donde, trabajando de acuerdo con el gobierno militar alemán y el comandante de la plaza, hicieron lo posible para poner de nuevo en marcha los servicios públicos nacionales y municipales. «Sin su preciosa ayuda, nunca habríamos avanzado tanto en tan poco tiempo», lo felicitó el gobernador militar alemán estrechándole vigorosamente la mano. ¿Podía esperar un reconocimiento más importante?

Durante esa época, su mente en ebullición buscaba constantemente una solución adecuada a los múltiples problemas que surgían. Esos últimos días se había encontrado frente a frente con un antiguo compañero de clase de Alejandría, Kímonas Valsamis, empleado en la Compañía de las Aguas, que no lo reconoció o hizo como si no lo recordara. Majos lo cogió por el brazo y lo obligó a detenerse:

—Te buscaba en el cielo y es en la tierra donde te encuentro, Valsamis. *Zai el hal?*, ¿qué tal estás?

—*El hamd Allah*, bien gracias a Dios —le contestó, y su rostro delgado y cobrizo se ensombreció.

Visiblemente, no compartía las ideas de Majos, pero eso era su problema. Antes de que se diera cuenta de lo que le estaba sucediendo, se encontró en un servicio de las autoridades de ocupación controlando peticiones, entregando visados y permisos de toda clase. Podría haber mostrado cierta gratitud a su antiguo compañero, pero Majos sabía que llegaría el momento en que le daría las gracias por sus favores.

La posición del doctor Majos se reforzaba cada día que pasaba, y el hijo menor de Andonis Járamis soñaba con laureles universitarios y distinciones honoríficas dentro del aparato de Estado griego bajo tutela italo-germánica. Nada parecía ya constituir un obstáculo para su ambición desatada, hasta que un acontecimiento desafortunado puso fin a su ascenso.

El 10 de mayo de 1941, una noticia dio la vuelta al mundo: el accidente de aviación de Rudolf Hess, que había volado hacia Escocia para negociar, en un complicado juego de interlocutores, un acuerdo de paz con el Reino Unido. El adjunto de Hitler se había salvado saltando en paracaídas. Aunque profundamente incrédulo, Majos presintió que esa acción insensata precipitaría su propio aterrizaje en una realidad que él había negado durante muchos años.

Su sueño premonitorio no le daba tregua. Por primera vez se preguntaba si se había equivocado, pero no se atrevió a considerar la respuesta. Al principio se limitó a observar los cambios brutales que la lamentable iniciativa de Rudolph estaba provocando en su existencia. Los apretones de manos cordiales y las sonrisas benevolentes de los dignatarios alemanes se congelaron de la noche a la mañana. Por lo que pudiera pasar, la Gestapo estableció una vigilancia discreta. El doctor Majos era conocido como «el hombre de Hess», y tuvo que asumir

las consecuencias de las estrechas relaciones que mantenían desde los años veinte. La sospecha de las fuerzas de ocupación acabarían por dejarlo, le darían de lado. Él, que con tanto ardor había deseado servir los ideales de la raza aria, acabaría —en el mejor de los casos— en el pellejo de un subalterno a quien los alemanes reconocerían circunstancias atenuantes en razón de un pasado irreprochable. Entre los nazis, el ascenso y la caída obedecían a leyes implacables. Él había visto a altos responsables, que gozaban de amplios privilegios y prerrogativas, quedar de pronto reducidos a la nada, sin razón aparente. Se acordaba de lo que le había confiado Rudolf de modo inesperado: «Adorar a Hitler es andar sobre arenas movedizas. En cada instante tienes que tener cuidado de dónde pones el pie. Observa mis acciones y mis gestos y sigue el ejemplo. Vivimos en un mundo en el que justo y falso, verdad y mentira se invierten constantemente». Esa acción alocada y audaz en tierra británica no constituía una de esas hazañas con un mensaje oculto que iba igualmente destinado a él? Quizá era eso, a fin de cuentas, lo que le indicaba la señal de Hess. Lo justo y verdadero, ¿se situaban en la otra orilla del río y no en aquella en la que los buscaba el doctor Majos? Ese cambio brusco y total, si bien manifestaba una transformación sincera, no se efectuaría en un abrir y cerrar de ojos. Se realizaría despacio, de manera inconsciente. Primero fue la expresión de un ligero escepticismo con respecto a los beneficios de la ocupación alemana.

Cuando llegó el invierno el espantoso espectro del hambre se extendió por toda la capital. La gente se moría en la calle y el bloqueo impuesto por los Aliados no era el único responsable. Majos sabía de primera mano que el gobierno pro monárquico exiliado había entregado al invasor los depósitos de víveres a la vez que las reservas de armas disponibles. Y los alemanes no cumplieron su promesa. Uno de sus amigos pro alemanes se preguntó con razón: «¿Adónde ha ido a parar la proverbial integridad alemana? Vivimos tanto tiempo en Alemania y nadie intentaba engañarnos. Con el nuevo orden, el país está en manos de timadores». Los testimonios eran escalofriantes; los alemanes robaban incluso los tiradores de las puertas de las casas que habían requisado.

El «nuevo orden de cosas», cuyos méritos se habían elogiado tanto, no era más que un caos arbitrario que arrastraba a un abismo de absurdos a vencedores y vencidos. El pillaje y la inflación vaciaron los estantes de los establecimientos. Las colas se alargaban ante las pocas tiendas que disponían de algunos productos de alimentación; un oficial alemán declaró textualmente: «Y aún no ha visto nada, doctor Járamis. En Polonia hay unos seiscientos muertos cada día», y se echó a reír. Pocos meses después, Atenas no disponía de ningún medio de transporte y todos iban a pie a su trabajo. Para comprar una simple cajetilla de cigarrillos, había que hacer cola durante horas. Majos no había vuelto a contemplar escenas como esas desde principios de los años veinte, precisamente cuando Hitler y sus partidarios prometían hacerlas desaparecer.

En el infierno de la ocupación alemana, los que tenían acceso a una existencia sencillamente normal eran muy pocos, y cuando la privación, el hambre y la enfermedad expedían a alguien *ad patres*, era imposible tener un entierro decente. El envilecimiento de los seres humanos y el sufrimiento que soportaban empezaron a alterar al doctor. ¿Se trataría de una etapa intermedia hacia el superhombre? Entonces, en esa fase, el hombre no era más que un vampiro que se alimentaba de la sangre de otros miles de seres. Ironías de la historia, la comunidad alemana tampoco logró escapar a la fatalidad de la hambruna. Walter Wrende, que Majos recordaba exultante el día en que sus compatriotas habían entrado en Atenas, dejó a un lado el orgullo y una

helada mañana de 1942 llamó a su puerta para mendigar un pedazo de carne.

—Pero cómo, usted...

—Sí, amigo mío, como lo ve. No hemos llegado aún al final de los absurdos que nos reserva esta sucia guerra. —Aceptó agradecido los dos miserables pedazos que el doctor Járamis había encontrado para sí mismo—. ¿Está seguro de que no le privo, querido amigo? —se excusó con voz temblorosa de ansiedad.

—No piense en eso. Todo el mundo tiene hambre en esta ciudad. No seamos tristemente una excepción. Y además, estoy harto de ver el modo en que se sacrifica la sangre de generaciones enteras en provecho de los acaparadores. Mire. —El alemán se acercó a la ventana—. Esos dos que ve en la calle son los inquilinos del piso de abajo.

Un hombre de unos cincuenta años y su mujer, envueltos en sus abrigos salían en ese momento a la calle Skoufa, cargando en los brazos un saco lleno hasta los topes.

—No se imagina la cantidad de objetos de valor que venden cada día para poder alimentarse.

—Sí, querido amigo, me lo imagino perfectamente.

—En los primeros tiempos se vieron obligados a albergar a un capitán de la Wehrmacht, rollizo donde los haya, que para agradecérselo manoseaba a su hija. Intervine ante sus superiores. Al menos los libré de ese gran cerdo.

—Es increíble.

—¿Sabe cómo vivía esa gente antes de la guerra? Si me cruzaba con ellos en el vestíbulo me miraban con una arrogancia que me irritaba. *Believe it or not*, hoy echo de menos, sinceramente, su actitud altanera —acabó Majos, mordiéndose los labios por haber dejado escapar una expresión inglesa.

Wrende se dio cuenta y lo tranquilizó bromeando:

—No tema. No voy a contar por ahí que usted está en la resistencia porque ha empleado unas palabras en inglés...

—Siempre mezclábamos los idiomas en Alejandría, inglés, francés, italiano... y alemán, por supuesto —se apresuró a añadir.

—Lo sé, lo sé, querido doctor. A propósito, ¿cómo es que no ha pensado en volver a Alejandría.

—¿Y por qué razón debería irme? Mi puesto está aquí, junto a ustedes.

—No sé, herr Járamis. En mi opinión, debería pensar en ello. A no ser que herr Rommel los sorprenda. Usted ha cambiado mucho, ¿sabe?

—Mis convicciones no han cambiado y mi adhesión al Führer sigue intacta.

—No hablo de sus convicciones, estará de acuerdo conmigo en que no son asunto mío. No, quiero decir que su comportamiento ha cambiado. Ahora parece más humano.

—¿Eso cree? No es muy tranquilizador parecer más humano en nuestros días...

—En todo caso, esa es la impresión que da. *Aufwiedersehen*, doctor Járamis. Le estaré eternamente agradecido.

Durante los meses siguientes, la obsesión de le perseguía, y cuanto más destruía Rommel la resistencia de su ciudad natal, menos seguro se sentía. La situación le provocaba una inquietud permanente, pero ya no bajo un ángulo filosófico y abstracto. Hay que decir que la información de que disponía le ahorraba el lujo del pensamiento abstracto. Un oficial superior le reveló sin la menor vergüenza que proyectaban utilizar los recursos agrícolas de Rusia par alimentar no solo al

ejército alemán, sino a todos los países del este de Europa bajo ocupación alemana.

—Lo cual significa que no quedará nada para los rusos.

—¡Exactamente! En los próximos meses esperamos que unos treinta millones de hombres mueran de hambre en la Unión Soviética. No olvide que esta guerra no se hace tanto contra «las naciones civilizadas de Occidente, como contra los judeo-bolcheviques —añadió pomposamente su interlocutor.

Majos lo miraba con insistencia, perplejo.

El oficial no se detuvo ahí:

—Sencillamente seguimos el método que el mismo Stalin utilizó en el pasado para luchar contra la superpoblación de la Unión Soviética. Por mi parte, me adhiero por completo a la teoría de las «existencias superfluas», desarrollada por algunos de nuestros ilustres economistas. El profesor Meinhold ha subrayado el excedente de cinco millones de polacos que, por diversos motivos, constituyen *Ballastexistenzen*, existencias superfluas.

El doctor Járamis observó atentamente al oficial alemán, un hombre robusto, de altura media, que parecía un búfalo. A su pesar, pensó que aquella carne firme sería más que suficiente para alimentar a un pueblo entero.

Pero antes que preocuparse por la suerte de los habitantes de la Unión Soviética, Majos debía ocuparse seriamente de su propio caso. Se sentía preocupado por un documento del mando alemán que por azar cayó en sus manos. No lo citaban por su nombre pero indudablemente correspondía a la descripción:

*La colaboración de las fuerzas de ocupación con elementos extranjeros, y precisamente de los nativos de los países que se están considerando, debe someterse a un nuevo examen. Aun cuando no se disponga de hechos precisos de los que se les pueda acusar directamente, se puede estimar que no por ello su influencia es menos nefasta. En efecto, esas personas gozan de privilegios otorgados por la generosidad alemana, sin devolver a cambio los servicios que por derecho se esperan de ellos. Además, muchos son los que, bajo una apariencia de germanofilia, alientan bajo cuerda los complots internacionales que pretenden la derrota del Eje. Llamamos también la atención...*



**Majos** no necesitaba leer más para comprender. Afortunadamente, algunos hombres no olvidan el bien que se les ha hecho.

Dos días después de los funerales de Kostís Palamas, Walter Wrende fue a verlo. Su aspecto denotaba una mejora general de la alimentación.

—¿Se acuerda de que le animé a regresar a Alejandría? Creo que ha llegado el momento. No me haga preguntas, por favor, me pondría en un aprieto. Confíe en un hombre que simplemente se muestra agradecido con sus amigos.

Majos se sintió bastante confuso. Aun suponiendo que lograra llegar a Oriente Próximo —lo cual no era fácil—, ¿cómo sería la acogida en su ciudad natal? Estaba marcado al rojo vivo por su colaboración con las fuerzas de ocupación, aunque había tenido la precaución de no participar en el gobierno de Tsolákoglu y de evitar implicarse en las acciones más comprometedoras del mando alemán. Aun así era un nazi destacado y en este planeta atormentado por la guerra no encontraría un lugar para recibirlo en parte alguna.

Su única esperanza era que Rommel lograra apoderarse de Alejandría, pero en ese momento la perspectiva de que así fuera empezaba a alejarse. El Afrikakorps había sufrido una derrota en la segunda batalla de el-Alamein y las fuerzas del Eje, diezmadas, se replegaban en el norte de África.

Dudaba si debía correr un riesgo como ese, pero le salió al paso el curso de los acontecimientos. Los rumores no verificables de atentado contra Hitler implicaban a dirigentes superiores —y también en Grecia—. Otra vez se recurría a los viejos artificios. Siempre se encontraba un alma buena para descubrir que aquellos que habían dejado de ser útiles habían participado en alguna sombría conspiración contra la persona del Führer o los intereses vitales de Alemania. En la corte de Adolf las intrigas estaban a la orden del día; los vencedores de ayer se transformaban muy pronto en los vencidos de mañana.

Había llegado el momento de que Kímonas Valsamis le manifestara su reconocimiento. Pero Majos no disponía de mucho tiempo para ir al encuentro de su antiguo compañero de clase. Kímonas estaba cómodamente instalado en el puesto que él le había encontrado y gozaba de unas condiciones de existencia confortables, comparadas con las de la población en general. Quedaron en un café apartado, en Sepolia; para su gran sorpresa, vio llegar a un señor bien arreglado, con un abrigo de piel de alpaca y sombrero flexible. Entre la multitud inquieta y agotada, se distinguía por un paso vivo y decidido. Cuando se inclinó para darle un abrazo, Majos le susurró sonriendo:

—*Jali ballak*, ten cuidado. La mitad de lo que sé de ti, Valsamis, puede enviarte *illico presto*

al pelotón de ejecución.

El antiguo griego de Egipto lo miró petrificado. No pareció disfrutar de la broma. Paseó la mirada a su alrededor, en busca de posibles chivatos.

—Pero no te preocupes, no lo haré si sabes mostrarte agradecido por el bien que te he hecho —añadió en árabe. El otro lo seguía mirando fijamente con expresión interrogante—. Tienes que enviarme a casa documentación falsa —prosiguió el doctor Járamis. Formuló su petición con tanta naturalidad como si hubiera pedido un vaso de agua y luego le ofreció un cigarrillo. Al verlo dudar, le dijo—: Supongo que no esperas que alguien como yo fume esa mezcla de tabacos negros para las tropas. Te ofrezco el equivalente de los cigarrillos egipcios. Sírvete.

Les habían servido unos cafés que no eran otra cosa que zumo de garbanzo. Majos hizo llamar al dueño, sacó una tarjeta de identidad especial y se la puso ante la nariz:

—Llévate esta agua sucia y tráenos un café digno de llamarse así.

El pobre hombre presentó mil excusas y prometió reparar su error.

—Entonces, ¿por dónde íbamos? —fingió buscar las palabras y continuó en árabe—: Como te he dicho, tienes que proporcionarme documentación falsa para volver al país. Me encuentro en una posición muy delicada, Kímonas. Yo te he ayudado. Ahora ha llegado el momento de que me ayudes.

Cuanto menos dijera, mejor.

Los ojos de Kímonas se abrieron aún más, pero guardó silencio. El hombre era endiabladamente astuto. Creyó que se trataba de una prueba. Sonrió, incrédulo. Majos le refrescó la memoria citando hechos y nombres. Lo admitiera o no, se había aprovechado ampliamente de su posición para organizar cierto número de evasiones hacia Oriente Próximo.

Kímonas palideció y cambió de actitud. Prometió a su «bienhechor» que haría lo posible. Solo necesitaba un poco de tiempo para montar la operación.

El día en que Majos se fue de Grecia no era distinto de los demás días de 1943, que desplegaban un velo de melancolía sobre el país ocupado. Había destruido todas sus cartas no enviadas, las de la época en que se había acercado a la demencia. Quemó igualmente las de Eric, que había guardado durante todos esos años. No sería prudente que se las encontraran encima en caso de que las cosas no salieran como estaba previsto. Sus demás pertenencias —libros, ropa, discos de música clásica y el gramófono, unos cuantos muebles, la comida y los artículos de primera necesidad— se las regaló a la familia del piso de abajo; solo conservó lo estrictamente necesario: dos o tres latas de conservas y una rara edición de *Ser y tiempo*, de Martin Heidegger, dedicada por el autor. La cita se había fijado en Rafina, en una pequeña bahía. Al ver el barcucho de vela que debía llevarlo hasta Alejandría, Jarálambos Ladás, se dijo: Aquí estoy, entre la espada y la pared. No había decidido aún qué haría al llegar. Solo esperaba que nadie se acordara de su aspecto de veinte años atrás, lo cual le procuraría una sensación de relativa seguridad. Su regreso a la ciudad natal en la actual coyuntura era más peligroso que nunca; en Alejandría no solo era un indeseable, sino un enemigo. Pero se sentía reconciliado con la humanidad y ese sentimiento le daba la serenidad y el valor necesarios para un viaje como el que iba a emprender.

Aún no era de día cuando la embarcación partió de las entrañas del Ática, y Majos, arropado con una manta, rehusó obstinadamente bajar al pañol con los otros pasajeros. Contemplaba el horizonte aún oscuro de Oriente y no aceptó unirse a los fugitivos hasta que vio apuntar a lo lejos, a flor del horizonte indiferenciado, los primeros rayos irisados; las condiciones no eran muy

buenas, pero se sentía más feliz que nunca por la impresión de que al regresar a Alejandría, estaba volviendo a sí mismo.

El 23 de octubre de 1942, a las diez de la noche, un gigantesco relámpago inflamó el horizonte por el oeste. Más de un millón de disparos de artillería rugieron cuando Montgomery levantó su barrera de fuego, el golpe inicial de la segunda batalla de el-Alamein. En el pequeño salón egipcio de la calle de los Abasíes se adivinaba vagamente en la sombra una forma humana y la punta incandescente de un cigarrillo, luciérnaga saltarina que revelaba temblores de angustia. El sonido estridente del teléfono corrió por la habitación. La silueta oscura respondió con la voz agotada de Kostís Járamis; comentó sin vigor las palabras del interlocutor que hablaba en el otro extremo del hilo: «Es una cuestión de tiempo», «Nada está decidido aún», «Hasta mañana». Muy pronto, otras sombras cruzaron la estancia, guiadas por una lámpara de noche cubierta por papel azul, y se situaron muy juntas en el pequeño salón con la gran cristalera. Dafnula corrió a acurrucarse en los brazos de su padre; el aliento húmedo que sintió en los pies no podía ser otro que el del hocico de Frixos, el perro.

—¿Quién llamaba, Kostís? —preguntó la abuela Dafni.

—Sistanis, Madre. Quería saber si nos encontraremos mañana en la fábrica, como habíamos previsto. Le he dicho que no había ningún motivo para no hacerlo.

—¿Eso crees, de verdad?

—¿Estás inquieta, señora Dafni, o es solo una impresión?

—Un poco. Además, acabas de decirlo: nada está decidido.

—De una cosa estoy seguro: tu nieta no tiene miedo en absoluto. ¿Tienes miedo, Dafnula?

—*Mais non*, tengo nueve años, ¿lo has olvidado, papá?

—Esta niña nunca ha tenido miedo —señaló su abuela acariciando los rizos rubios que le caían sobre la frente. Y se volvió hacia su hijo—: ¿Por qué no bajamos a la bodega? Encenderíamos la luz y pasaríamos el tiempo de manera normal. Ya estoy harta de jugar a la gallina ciega en mi propia casa.

—Id vosotros. Yo me quedo aquí para admirar los fuegos artificiales de Montgomery. —Se volvió hacia la cocinera—: Señora Jaritomeni, hazme un café. La noche va a ser larga.

—¿Fuerte y con mucho azúcar? —preguntó ella cruzando el salón.

—Fuerte y con mucho azúcar. —Pero, según su costumbre, no la dejó marchar sin hacerla rabiar—. Jaritomeni, dime, de verdad, ¿por qué tu hijo no está combatiendo contra Rommel y se queda en la retaguardia?

Él ya conocía su respuesta horrorizada:

—¡Bah! Amo, ¿cuántas veces quiere que se lo diga? Mi Fotis ya ha luchado bastante. Ahora les toca a los otros.

—¿Es esa la verdadera razón o, dime, tu Fotis no estará custodiando a los hijos del rey?

—Ah, francamente, señor Kostís, ¿cómo puede tener tantas ganas de bromear?

Le hacía gracia ver a Jaritomeni ponerse frenética. Sin duda ella era la única persona con quien se permitía bromear en los últimos tiempos.

Desde las desesperadas batallas que se habían llevado a cabo en el desierto en junio y julio, Kostís había cambiado tanto que sus conocidos apenas lo reconocían. Varios elementos explicaban esa espectacular transformación, y la guerra no era el más determinante. La decisión de



apartar de Alejandría, de una vez para siempre, la pesadilla que representaba una esposa controvertida y sionista tenía mucho que ver en ello. Ese era el mensaje que él intentaba transmitir febrilmente a la sociedad alejandrina, cuyos miembros se habían reintegrado a sus hogares con fe en una derrota previsible de las fuerzas del Eje —casi todos sus conciudadanos habían regresado, menos Haike—. Más que desear en secreto la victoria de Rommel o maldecir abiertamente a los judíos y el sionismo que le habían quitado a la madre de su hija, había preferido reconocer que el efecto combinado de la amenaza alemana y los conceptos sionistas de su esposa le habían permitido deshacerse de una compañera que, por más de un motivo, se había vuelto indeseable.

Si Haike hubiera tenido la ocasión de observar el giro que tomaban los acontecimientos se habría hundido en la más absoluta tristeza. Apenas cinco meses después de su partida, el vacío que había dejado tras ella parecía haberse llenado sin dificultad. Sus allegados, cada cual a su modo, habían conseguido vendar las heridas causadas por su brusca desaparición.

Sin duda fue a su suegra a quien menos le preocupó. Desde el momento en que Kostís encontró el medio de acallar los cotilleos, el resto no fue más que cuestión de tiempo —incluyendo la conmoción que sufrió su nietecita querida, que perdía a su mamá—. «No se puede echar de menos algo que nunca se ha tenido de verdad», era su *leitmotiv*, refiriéndose a las deficiencias maternas de la joven, unidas a su dependencia del alcohol, la virulencia de sus sentimientos sionistas y su incurable narcisismo.

Por su parte, parecía que la niña se dedicaba a darle la razón a su abuela. Las pesadillas y el deambular nocturno por los pasillos en compañía de Frixos y Jane ya no eran más que malos recuerdos. Nadie era capaz de anticipar los problemas psicológicos que provocarían en el futuro las carencias maternas; pero era cierto que una madre alcohólica y fanáticamente judía no constituía, hablando con propiedad, el mejor modelo para la pequeña Dafni. Y la estrecha relación tejida desde la más tierna infancia entre la abuela y la nieta paliaría en buena parte la ausencia de una madre.

La postura de Kostís fue muy clara desde el principio. Haike le escribió por primera vez a mediados de agosto una carta desde Jerusalén que dejaba entrever la posibilidad de un regreso. Él respondió que en la vida había que permanecer firme en las propias decisiones. Teniendo en cuenta la evolución de la situación, no sería bueno para nadie que volviera a una ciudad de la que había huido.

Diez años atrás, cuando Kostís estaba dispuesto a todo para conquistar su corazón, no habría podido imaginar una reacción semejante. Su respuesta terminaba así:

*Ahora me parece evidente que lo que nos separaba era mucho más importante que lo que nos unía. Sinceramente, no te aconsejo reanudar una situación en la que no podrías sino hundirte en el tedio y la bebida. Ahora vives en una tierra a la que te sientes apegada, y la actividad que desplegarás en ella será toda en tu honor y en el de tu futura patria. Aquí mis competidores te tendrían constantemente en el punto de mira, serías una esposa implicada involuntariamente en los negocios de su marido.*

De hecho, Haike no contemplaba en absoluto volver a esa ciudad maldita que hipnotizaba a sus habitantes y utilizaba su máscara acogedora para mantener sus ilusiones. Su escepticismo con

relación al sentimiento de omnipotencia de su marido no era reciente. Nadie debería sentirse seguro en Alejandría. Y no solo a causa de la sombra amenazadora de Rommel. Si el mariscal alemán hubiera tomado Alejandría, probablemente se habría dejado corromper por su ambiente deletéreo. El verdadero peligro estaba agazapado en el horizonte de la posguerra, pues tarde o temprano, la guerra acabaría; ella anticipaba los disturbios que intervendrían gracias a la percepción lúcida que su fe había agudizado. Sus amigos sionistas le aseguraban que el final de la guerra señalaría la hora del despertar de la nación árabe. En cierto modo, habría que revisar los mapas de Oriente Próximo, lo cual, por supuesto, modificaría el frágil equilibrio que los europeos, mal que bien, habían conseguido establecer. Ella trató —en vano— de convencer a Kostís de ello. Él pensaba que recuperaría el ambiente de inocencia de entreguerras y tenía la ingenuidad de creer que el conflicto se deslizaría igual que una nube por el cielo perpetuamente azul de su existencia. Ya en 1938, ella le había propuesto que se marcharan de Alejandría para establecerse en otro lugar, donde él quisiera. Incluso Grecia le parecía un lugar más seguro. Pero Kostís siempre se reía en su cara: «¿Estás loca? ¿Quieres irte del paraíso en la tierra? ¿Te das cuenta de la suerte que tenemos de vivir aquí, bajo la bendición de la arena y las palmeras?».

Las razones de Haike iban por otro camino. Una ciudad no podía reunir tantas etnias y religiones. Sus dueños, los verdaderos, se encontrarían un día en el primer plano de la escena. Ya no tolerarían ser *ad vitam aeternam* «los árabes» de los europeos y los levantinos. Y el bonito cuento de Alejandría se trocaría en novela negra. Aun cuando algunos lograran sobrevivir al huracán del panarabismo, necesitarían medios de otra envergadura para hacer frente a Estados Unidos, el gigante que surgiría de los escombros. Unos meses antes, un profesor judío que se alojaba en casa de los Ménache le había esbozado un panorama de la economía de la posguerra. Según él, los británicos no conseguirían doblegar al Eje sin la ayuda de los estadounidenses, que tarde o temprano se precipitarían al espacio vacío que dejaba la desmitificación del Imperio británico. Los colosos industriales del continente descubierto por Cristóbal Colón extenderían su red hasta las orillas del Nilo. «Se puede decir que el Nuevo Mundo, a su vez, conquistará al Viejo», fue su conclusión.

Sin embargo, el pequeño mundo de Alejandría seguía viviendo dentro de los límites del Viejo, que de momento estaba sacudido por una guerra espantosa. La segunda batalla de el-Alamein duró doce días y el horizonte alejandrino fue acribillado permanentemente por un sinnúmero de aviones de guerra, mientras que mar adentro, frente a las costas de Mex, eran incontables los torpederos y los barcos que descargaban carros que volvían por la mañana temprano de sus expediciones nocturnas. Todas las noches, después de cenar, Kostís subía a la terraza en la parte alta de la casa y observaba el resplandor de los cañoneos en el desierto, que se reflejaban en las nubes. En la calle Bab Sidra, su primo Nikitas salía al balcón e intercambiaba saludos con los vecinos. El estrépito cegador de las armas orlaba de fuego el bajo del vestido de noche de la ciudad y pensaba en su sobrino, Zanasis, que probablemente en ese mismo instante, desde su avión de combate, aseguraba la protección de un escuadrón de bombarderos. Al otro lado de la ciudad, Yvette —que después del club de la calle de Corinto y la casa de Mustafá Pashá volvía a su casa en Laurent, rendida pero llena de esperanza— contemplaba, con el corazón igual de encogido, la reverberación del desierto en llamas en el cielo. Los seres que había amado y en quienes había creído se las habían arreglado para estar ausentes durante la época más crítica que hubiera conocido la ciudad. Andonis y Marianzi, bajo tierra, habían alcanzado un descanso eterno. Roxane

la había abandonado hacía unos veinte años y, si aún estaba en París, sufría sin duda la prueba cotidiana de la ocupación alemana, mientras que Haike se había ido hacía unos meses en busca del remanso que esperaba en Palestina. Elias faltaba también al llamamiento, pero volvería a ella, tarde o temprano. Como ella misma le había escrito hacía poco: «Alejandría no podrá vivir eternamente lejos de ti». Y aunque la ciudad continuara sin él, ¿cómo podría hacerlo ella? Su regreso sería, por así decirlo, un consuelo a la inmensa soledad que la rodeaba, más invencible que los Panzer de Rommel. Al principio del mes de noviembre, la suerte de la batalla estaba echada. El mariscal alemán y el Afrikakorps, diezmado, emprendían la fase ingrata de la retirada y Churchill hablaba del «principio del fin» de la maldita guerra.

El 15 de noviembre, cuando las campanas sonaron por la victoria al oeste del desierto, Yvette se sintió más sola que nunca. Por su parte, Kostís se encontraba en las antípodas del ambiente festivo. Después de cenar, se retiró como de costumbre a la soledad del salón egipcio, en compañía de sus pensamientos y sus cigarrillos. Abatido por una alegría que no podía compartir por completo, suspiró y se recitó un poema:

*Pues es de noche, y los bárbaros no han venido.  
Algunos que han llegado de la frontera  
dicen que ya no hay bárbaros.*

*¡Pues bien! ¿Qué va a ser de nosotros ahora sin los bárbaros?  
Ellos al menos eran una solución.*

Aparentemente, la derrota de Rommel tenía repercusiones marítimas. Contra todo pronóstico, el viaje hacia Alejandría transcurrió sin imprevistos —excepto una avería de motor en alta mar que causó trastornos al final de la expedición—. Las horas interminables que pasaron zarandeados por la marejada reforzaban la ilusión de haber dejado atrás la guerra, en las orillas del Ática, cuando en realidad los fugitivos, maltratados por la travesía, la volverían a encontrar al llegar a Alejandría, lo cual sucedió después de medianoche. El puerto Oeste estaba cerrado y, en virtud de un dispositivo de protección muy complejo, tuvieron que esperar con paciencia durante tres horas en alta mar, sacudidos por un mar de Libia totalmente embravecido. En la completa oscuridad impuesta por el toque de queda, los aerostatos de la defensa antiaérea parecían fantasmas balanceándose por encima de la base marítima.

Parecía que Alá se había despertado con los gritos de los muecines y que se levantó el día en que Majos regresó a una ciudad que no le resultaba fácil reconocer, después de dieciocho años de paz y tres de guerra. La barrera flotante se abrió al fin. Empezaban las verdaderas complicaciones. El caico se deslizó entre un alineamiento de buques de guerra camuflados, en busca de su fondeo habitual. Entre el bosque flotante que se apiñaba en el puerto, Majos era incapaz de orientarse en aquellas aguas que antaño había surcado a vela durante incontables horas. Su desánimo fue tan grande al descubrir la omnipotente flota británica del Mediterráneo que por un breve instante pensó que había pocas posibilidades de que el desembarco de un tal señor «Jarálambos Ladas, cabo del ejército griego» se llevara a cabo como en un desfile.

Mientras el barco maniobraba izaron la bandera amarilla de la cuarentena. En cuanto pusieron la pasarela, inmediatamente situaron en ella a un guardia de la policía egipcia, mientras que un

médico, acompañado de otras dos personas, subía a bordo para el control sanitario.

Uno de ellos notó su malestar.

—*What's the matter. Are you ill or something?*

Lo cogió por el brazo y lo sacudió firmemente. El médico, un levantino que hablaba griego, se volvió hacia ellos:

—¿Qué pasa aquí?

Le pidió a Majos que se pusiera a un lado y esperara.

Después los tres hombres rodearon a un individuo alto con una tez que parecía de cera, que había tosido de un modo extraño durante la travesía y hablaba en sueños. Al final de un examen minucioso, sospecharon un caso de tuberculosis y le prohibieron desembarcar provisionalmente.

Cuando le llegó el turno a Majos, el médico le aconsejó describir brevemente sus antecedentes médicos, mientras iba tomando notas. Luego le examinó los ojos, la garganta y le tomó el pulso. Por último, le dijo: «Apriétame la mano, con mucha fuerza». E insistió: «¡Más fuerte!». Se volvió hacia el que había expresado dudas sobre su estado de salud y le dirigió un gesto tranquilizador. Pero aún no habían terminado los trámites.

En tierra, retiraron la bandera amarilla para izar otra blanca y negra; un equipo mixto iba a subir a bordo para controlar la identidad de los pasajeros. Un teniente británico iba en cabeza, seguido de un policía egipcio y un subteniente griego. En ese instante uno de los pasajeros se deslizó sin ruido a lo largo de la cadena del ancla y produjo un chapoteo imperceptible mientras desaparecía en el agua aceitosa. Majos permanecía en la proa del navío, y entonces se dio cuenta de que el capitán le dirigía un guiño de complicidad; él no tenía ninguna razón para traicionar a ese hombre; al contrario, en su pánico, calculaba sus propias posibilidades si hiciera lo mismo. Eso significaba que tenía que contar con el apoyo de la tripulación, por descontado, untando al mismo tiempo la mano del capitán. Pero no tenía ninguna razón para hacerlo; tenía los papeles en regla. Soy un Ulises de hoy que vuelve a su Ítaca, pensó. Lo invadió una bocanada de orgullo que hizo que sintiera alivio. Dentro de pocos minutos sabría si su metamorfosis era un éxito equivalente al del héroe de Homero.

El teniente inglés de bigote rojizo que examinaba los documentos de identidad notó su ansiedad.

—¿Eres Jarálambos Ladas? —Detrás de él, una voz severa lo devolvió a la realidad. Se volvió hacia el joven subteniente griego de pestañas largas y hermosos ojos castaños.

—¿Por qué me miras así? ¿Eres Jarálambos Ladas, sí o no?

—Sí, lo soy —farfulló Majos, asustado.

—Bien. Ven conmigo. ¿Tienes equipaje?

—Solo este bolso de viaje que está a mis pies, mi subteniente —respondió con todas las fuerzas que le quedaban.

—Pues bien, cógelo y vámonos.

Me he salvado por los pelos, pensó.

—¡Vamos, muévete! —gritó el otro—. No tenemos todo el día.

—¿Adónde me lleva ahora, mi subteniente? —preguntó Majos tratando de seguir el paso rápido del joven oficial.

—En circunstancias normales, deberías pasar por un campamento de acogida, mientras los servicios egipcios de inmigración te extienden el permiso. Pero en tu caso, un griego de Egipto se

ha ofrecido a ser tu garante y te mandarán el permiso a casa.

—¿A qué casa?

—No lo sé. Donde van a instalarte, supongo.

—¿Y dónde se encuentra ese griego de Egipto?

—Nos espera a la salida.

Majos seguía sin creer que estuviera en los muelles del puerto Oeste. A la salida le costó reconocer al hombre entrado en carnes y el sombrero inclinado sobre los ojos. Tampoco el otro lo reconoció enseguida. Habían pasado muchos años.

Parecía que no hubiera transcurrido un solo día desde que Dafni recibiera por primera vez en su casa a su primo Zanasis. Pero habían volado treinta años y el que estaba frente a ella no era otro que su hijo Nikitas, aunque le recordara, hasta el punto de poder confundirse, al tendero de Siuf. Más extraño aún, el barrio de Siuf volvía una vez más a su conversación. ¿Qué tenía ella que ver con ese barrio popular de Alejandría? Eso era precisamente lo que su sobrino trataba de explicarle, pero, de momento, hablaba con enigmas.

—*Alors*, ¿qué te ofrecemos, Nikitas? —preguntó mientras la muchacha morena seguía junto a ellos esperando las órdenes de su señora.

—Te lo agradezco, tía, pero un té bastará —dijo acariciando con delicadeza la preciosa taza de porcelana.

—¿Cómo? ¿Té y nada más? Exactamente igual que tu padre. Siempre tan orgulloso.

—Por el amor de Dios, no quería ofenderte. Pero a esta hora no soy capaz de tragar nada. Además, mírame, he engordado mucho, ¿no? ¿Parezco un combatiente?

—Estás perfecto. Simplemente, tienes la misma constitución de tu padre. Él era llenito también, y bastante ancho a tu edad —respondió Dafni un poco acerba, e hizo una señal a la pequeña sirvienta para que los dejara solos.

—En resumen, no he venido para oír hablar de mi gordura —dijo Nikitas ligeramente irritado—. Los problemas son un poco más serios en estos tiempos.

—Es cierto, pero no quieres decirme nada. Has empezado a hablarme de algo, a propósito de Siuf, y...

—Créeme, a mi boca le resulta difícil soltar lo que tengo que decirte.

—Santo cielo, Nikitas. Al bocado le resulta difícil entrar, a la palabra le cuesta salir... ¿No crees que tu boca es un poco caprichosa?

Se rió con esa tía a la que tanto le gustaban las bromas. Su acerado humor era ciertamente uno de los motivos por los que conservaba, hasta hoy, a los setenta años, parte de la frescura de su juventud. Cada vez que lo recibían en la calle de los Abasíes trataba, a su pesar, de verificar los rumores que aún corrían sobre ella de vez en cuando.

—¿Quieres fumar uno de los excelentes cigarrillos de tu primo? —le ofreció poniéndole delante la caja de plata con las armas de la familia grabadas.

—Sí, me gustaría fumar uno. Dicen que solo la mejor mezcla de Egipto tiene su lugar en esta caja. ¿No es verdad?

—*Merde!* Ni siquiera cuando era la esposa de un fabricante de tabaco podía comprender la pasión de los fumadores.

—Todos tenemos nuestras pasiones, tía, ¿no es así? —Nikitas encendió su cigarrillo.

Ella movió la cabeza. En su tono había percibido cierto reproche, lo cual le desagradó intensamente. Por eso dijo de sopetón:

—¿Qué hacemos, entonces? ¿Vas a soltarme de una vez lo que has venido a decirme?

Como Nikitas era susceptible —un rasgo más que le debía a su padre— se puso rojo como un cangrejo, se abrochó un botón de la chaqueta, carraspeó para aclararse la voz y se lo contó.

En menos de cinco minutos, sin dar rodeos y sin morderse la lengua, había informado a Dafni del regreso del que había sido su hijo preferido.

Ella lo escuchó, sin rechistar, impasible; de vez en cuando abría desmesuradamente los ojos, como para convencerse mejor de la noticia. Se levantó en dos o tres ocasiones para asegurarse de que nadie escuchaba detrás de las puertas, haciéndole una señal a su sobrino para que bajara el tono.

Al final, le preguntó con la rudeza de un hombre de negocios:

—¿Y adónde lo habéis llevado, en Siuf?

Nikitas estaba impresionado por su actitud tan indiferente; la señora Járamis era dura de pelar.

Pero acto seguido la inquietud se volvió más fuerte y se traicionó:

—¿Cómo está, Nikitas? ¿Cómo has encontrado a mi Majos? Quiero verlo. ¿Vas a llevarme contigo, hijo?

Pequeñas arruguitas se formaron en su rostro, de esas que, bajo la piel envejecida, esperaban el momento propicio para salir a la superficie.

Nikitas volvió a desabrocharse la chaqueta y se recostó cómodamente en el sillón.

—Despacio, tía. La menor imprudencia pondría su vida en peligro.

—¡Ay! ¡Hijo mío, te lo suplico; por el alma de tu padre, cuida de él, que no le pase nada!

—No le pasará nada. *C'est promis*. Cuando Valsamis, su antiguo compañero de clase, me avisó desde Atenas de que... Pero dejemos eso de lado —dijo Nikitas, que lamentaba haber mencionado a Valsamis en la conversación.

—¿Cuándo podré verlo?

—Muy pronto. Él también desea verte. Será la ocasión de procurarle lo necesario.

—Por supuesto, está claro. Comida, dinero, ropa..., ¿qué más? Tengo que pensar en todo lo que necesitará...

—Por el momento, con eso basta. Nosotros nos encargamos del resto. ¿Crees que mañana a la misma hora lo tendrás todo listo?

—*Bien entendu*.

—Hasta mañana, entonces. Pasaré a buscarte.

Dio media vuelta, pero ella lo retuvo cogiéndole la mano. Tenía el rostro inundado de lágrimas.

—Te estaré eternamente agradecida, Nikitas.

—Vamos, tía, ¿qué dices? Somos una familia, ¿no? —En el umbral, se volvió para decir—: Estamos de acuerdo, Kostís no debe estar al corriente de nada.

—¿Estás loco? Vete en paz.

No era la primera vez que Dafni se encontraba con Majos en condiciones inusuales. Sin embargo, esta vez tenía un mal presentimiento y su nerviosismo se redobló cuando vio que su querido hijo se alojaba en el cobertizo de una casa en Siuf, detrás de la iglesia de Ayia Paraskeví,

frente al tranvía, en la calle Ali Heiva:

—Te llevaré lejos de aquí, hijo mío, lo antes posible —le prometió ella.

Al verla vestida con tanta sencillez, casi pobremente, Majos se inquietó:

—¿Qué te pasa, mamá?

—No te preocupes. Nikitas me dijo que me vistiera como una mujer del pueblo, para no llamar la atención. Pero tú, aquí...

—No te apures por mí, mamá. Estoy muy bien aquí. ¿Cómo está Kostís, mi sobrina, la...?

—La... —respondió Dafni con un gesto de la mano—..., ya no está con nosotros. Tu hermano la ha puesto de patitas en la calle. Creía que Nikitas te lo había dicho.

—Entonces, ¿la ha echado? *Bien joué*. No, no me ha dicho nada.

Si alguno de los dos debía inquietarse por el aspecto del otro no era precisamente Majos, sino su madre; al observar su rostro envejecido, sin afeitarse, los cabellos ralos, las arrugas alrededor de los ojos, se preguntaba adónde había ido su belleza apolínea durante los cinco años en que no se habían visto. Pero no dijo nada, pues sabía cuánta importancia daba su hijo al aspecto físico.

—¿Puedo hacer algo por ti, querido muchacho? —preguntó emocionada.

—Puedes hacer algo muy importante por mí, mamá. Escúchame atentamente. Quiero que me pongas en contacto con Elias.

—¿Con Elias...? Pero...

—No hay peros que valgan, con Elias. Solo él puede ayudarme en este momento difícil.

—¿Pero Elias? *Tu en es sûr?*

—*Absolument sûr*, madre. No tengo la intención de pasarme la vida en Siuf ni de dormir en un colchón de hojas de banano hasta el final de la guerra...

—Yo tampoco quiero nada parecido para ti, hijo mío. Pero ¿por qué confiar en ese samlis?

—Porque ese samlis me pondrá en contacto con los británicos.

—¿Con los británicos?

—Sí, con los británicos. No puedo pasarme la vida perseguido por todo el mundo. Tarde o temprano tendré que conseguir la absolución por mis pecados, ¿no crees?

—*That's all very well, my son*, pero ¿sobre qué bases se podrán hacer esas cosas? Quiero decir...

—No te preocupes. He previsto el golpe para los momentos críticos. Lo que te pido es simplemente que me pongas en contacto con el Libanés.

—Muy bien, hijo mío, haré todo lo que me digas.

—Y ni una palabra a Nikitas.

—¿Por qué a Nikitas en especial?

—Escucha, te doy las gracias por todo lo que me has traído, pero ahora tienes que irte. —Y casi la empujó fuera de la cabaña.

Si Dafni había llegado con un mal presentimiento, ahora se iba con la certeza de que esa historia no presagiaba nada bueno para él. Al menos había que hacer lo que hiciera falta con tal de que Kostís no supiera nada.

Aunque el 15 de noviembre de 1942 sonaran alegremente las campanas en Alejandría, solo el regreso de Elias fue la señal irrefutable de la normalización definitiva de la situación. El Libanés volvió más vigoroso que nunca para las fiestas de Navidad, y participó en la cena de Nochevieja

en casa de los Járamis. Llevó, no una ni dos, sino treinta okas de vajilla para que, según la costumbre ancestral, tanto la Dafni grande como la pequeña rompieran piezas a placer y sin restricción. Después se ausentó varias semanas y volvió a mediados de febrero.

Parecía verdaderamente en plena forma y en su rostro se adivinaba el alivio que le había proporcionado el desenlace de la guerra del Desierto. Yvette era la única que no compartía su buen humor.

—¡Bueno! Has encontrado el camino de vuelta —le dijo al recibirlo en el umbral una tarde nublada de febrero de 1943.

Elías, de punta en blanco, le acariciaba la pierna con la punta plateada de su paraguas y depositó en sus brazos un enorme ramo de flores y una caja grande de dulces. Una joven egipcia acudió para liberarla de la carga. Cuando estuvieron solos, el Libanés la besó en los labios y murmuró:

—*Très heureux de vous revoir, madame.*

Parecía un joven galán. Peinado a lo Clark Gable, olía de maravilla. Pero Yvette no tenía la intención de sucumbir a su encanto. Le ayudó a quitarse el abrigo y recorrieron el pasillo tiernamente enlazados, como si acabaran de enamorarse.

—*Hypocrite, va!* Te conozco muy bien. Te importa un comino si estoy viva o muerta —dijo con una carantoña.

—¿Por qué dices eso? Sabes muy bien que no puedo vivir mucho tiempo lejos de ti ni lejos de Alejandría. Más bien, pídele cuentas a Rommel.

—Nunca olvidaré el día que me dijiste que te ibas de Alejandría. Temblabas de arriba abajo. *Quel peureux!* —Y se echó a reír.

—Ah, Yvette, puedes decir lo que quieras. No sabes cuánto te he echado de menos cuando estaba allí.

—*Mais si, on sait.* Pensabas en mí al amanecer, cuando volvías de un cabaret o de una de tus partidas de cartas y los remordimientos te asaltaban. Eres la hipocresía personificada, mi querido Libanés. Has llevado allí la *dolce vita* y me has dejado sola para sacar las castañas del fuego. No te has preocupado de saber cómo me las arreglaría, corriendo como una loca entre el club y la casa de Mustafá Pashá.

—¡Ay! Pero confío en ti y estaba seguro de que lo conseguirías a la perfección.

—*Merde!* Lo único de lo que querías estar seguro es de que, suponiendo que los alemanes entraran en Alejandría, no correrías el riesgo de perder uno solo de tus cabellos. Estoy segura de que si Rommel llegara hasta Suez, huirías a Australia. La verdad es que cobardes de tu especie no he conocido muchos.

—En fin, ahora he regresado. Eso es lo que cuenta. El tío Juri está aquí para encontrar la solución a todos tus problemas —declaró dejándose caer en un sillón, con una sonrisa complaciente en los labios.

—*Très bien.* Entonces, empecemos por Mustafá Pashá —dijo Yvette mientras preparaba el aperitivo—. Después de que echaran a mis húngaras y a mis austríacas acusándolas de formar parte de la quinta columna, me siento completamente abandonada: sirio-libanesas, egipcias, griegas, inglesas, levantinas, francesas y rusas. Las chicas cambian casi todos los días. Loulou, Gisèle, Daisy, Leila, Samantha, Simone..., nombres, más nombres. ¿Cómo voy a recordarlos? ¡Nuestros clientes son de un complicado! Y casi siempre borrachos. Me pregunto qué hacen de la



supuesta disciplina militar. Aparentemente, la dejan en los vestuarios. Y Gaafar, el pobre, ¿qué puede hacer? Ha envejecido mucho, sabes. A menudo se nos muere algún tipo y eso nos pone en uno de esos apuros que no te quiero ni contar. ¿Cómo decírselo a las familias?

—Me estás contando lo que ya sé —señaló Elias, cogiendo el vaso que le tendía.

—Sí, pero podrías habértelas arreglado desde el principio de la guerra para que todo fuera un poco mejor.

—¿Qué podría haber hecho?

—¿Qué sé yo? Hablar con el almirante británico y explicarle la situación, por ejemplo. ¡Que haga que se comporten mejor, qué diablos! Maldita sea, no se puede permitir que esos ostrogodos nos pisoteen permanentemente.

—¿Qué cosas se te ocurren! ¿Me ves reclamándole cosas así?

Le ofreció fuego. Volutas de humo perfumaron el pequeño salón.

—Y además, te he pedido no sé cuántas veces que les hablaras del club a tus riquísimos amigos. Podrían rascarse el bolsillo, ¿o no? De hecho, se envía a todos esos jóvenes al matadero para defender sus fortunas. Lo mínimo que podrían hacer es que les pagaran una vuelta en el tiovivo.

—Pero si tú misma acabas de tratarlos de ostrogodos. Sería bueno que te decidieras...

—Cuando se comportan con bravura los considero jóvenes valientes. Cuando se comportan como unos inútiles, no sé por qué tendría que decir lo contrario. Al menos se puede decir, ¿no?

—Para ser sincero, he venido a hablarte de un tema concreto. Encontraré una solución a tus problemas, pero no hoy. Ahora deseo que me ayudes a resolver una situación difícil.

—*Eh bien!* Egoísta como siempre. Uno no debe ocuparse más que de las dificultades del señor.

—No digas eso. En este caso, en cierto modo el asunto te concierne también a ti.

—¡Ah! Ignoraba que tuviéramos preocupaciones comunes.

—Solo diré una cosa: tienes una obligación sagrada hacia la memoria de Antoine, por eso debes ayudarme.

—¿Por qué hablas de Antoine?

—Tiene que ver con él, en la medida en que la salvación de un hijo tiene que ver con un padre.

—¿Me estás hablando de Kostís?

—No, te estoy hablando de Majos.

—¿De Majos? Pero si está en Grecia, a miles de kilómetros de aquí. En el centro de mando de las fuerzas de ocupación. ¿Qué ayuda se le puede prestar?

—¿Puedes guardar un secreto?

—Me conoces desde hace tanto tiempo que no deberías hacer semejante pregunta.

—*Alors*, ¿qué pensarías si te dijera que el doctor Majos se encuentra a unos cuantos cientos de metros de aquí?

—*Ce n'est pas vrai...*

—Sí, sí. Está realmente aquí. Lo he visto. Hemos hablado. Quiere hacer un trato con los británicos para salvar el pellejo.

—¿Quién te ha avisado? ¿Su hermano?

—¡Santo cielo! Kostís no sabe nada y nada debe saber. Al menos de momento. Su madre vino a verme. Estoy en un dilema, Yvette. Creo que debo hacer algo por ese granuja. En nombre de mi

amistad con Andonis.

—No te reconozco, Elias. ¿Eres realmente tú el que habla así?

—Yo diría más bien que me conoces mal, Yvette.

—*Ce n'est pas de ma faute*. No me has dado muchas oportunidades de conocerte.

—En fin... Volvamos a nuestro tema. Decía que hay que salvar su cabeza. Tiene algunas cartas en la mano, o al menos eso pretende.

—Pero ¿qué cartas puede tener? —Se inquietó, haciendo una señal a la doncella para que diera media vuelta con las fuentes que llevaba.

—Parece que se trata de una red comunista que organiza evasiones y que trae aquí, desde la Grecia ocupada, a instructores políticos encargados de infiltrarse en el ejército griego de Oriente Próximo. El doctor Majos dice que tiene una lista completa de nombres.

—¿Por qué lo llamas doctor Majos?

—¡Ah! Cuando he querido llamarlo Majos me ha corregido: «doctor Majos».

—Bien. ¿Y tú crees la historia del doctor Majos?

—Lo importante no es saber si la creo. Lo importante es saber que los británicos la creerán, seguramente. Aunque, a mi parecer, el benjamín de Andonis está jugando con fuego. Parece que recurrió a esa red para salir de Grecia...

—Se diría que al doctor le gusta complicar las situaciones.

—Un hombre que se ahoga se agarra a un clavo ardiendo.

—Admitámoslo. Y yo, ¿qué tengo que ver en todo esto?

—Tenemos un deber para con Andonis...

—Lo he entendido. Pero ¿en qué podría yo ser útil? Quisiera saberlo.

—Si le dijeras una palabra a Mister Voice...

—¿Por qué no lo haces tú mismo?

—Las palabras tienen otra resonancia cuando salen de una boca tan dulce como la tuya...

—¡Déjalo, Libanés! Siempre te las arreglas para empujar a los otros a primera línea.

—Pero salvamos a un alejandrino.

—Sálvalo tú solo. Es a ti a quien se ha dirigido. *Compris?*

Yvette se levantó para organizar los preparativos de la comida. Elias comprendió que no estaba dispuesta a oír más sobre el tema y no insistió.

—Al final, Kostís ha tomado una gran decisión al echar a Haike. Recuerdo lo enamorado que estaba hace unos años... —dijo sin reflexionar.

Ella se volvió y lo observó, dispuesta a decir algo, pero cambió de parecer. Elias seguía fumando sin sospechar. Observaba a través de la cristalera las nubes que se cernían sobre el mar, de un gris profundo, un mar extrañamente en calma.

—¿Qué quieres decir con eso de que la has visto entrar en una casa de Siuf? —le preguntó Kostís a Misha, sin levantar los ojos de un montón de papeles extendidos sobre su escritorio.

—Creía que había sido claro, patrón. Entró en una casa del barrio de Siuf, a no ser que me equivoque y que el barrio situado antes de Victoria no se llame Siuf...

—¿Estaba sola? —prosiguió Kostís sin mirarlo.

—Sola y vestida de forma sencilla, diría yo.

—¿De forma sencilla?

—No como suele vestirse: vestidos caros, escarpines, sombrero con velo...

—Sí, ya sé. ¿Y entonces?

—¿Cómo que y entonces?

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—No podía entrar con ella en la casa. Ella no debe verme, ¿no es así?

—Eso no hay ni que decirlo —respondió Kostís juntando papeles distraídamente.

—Patrón, ¿me estás escuchando o estoy hablando con la pared?

La voz de Misha dejaba traslucir un nerviosismo inesperado que sorprendió a su jefe y le obligó a levantar la cabeza.

—¡Misha! —farfulló, molesto.

—¿Cómo que Misha? No es culpa mía. Eres tú el que ha cambiado, patrón. Desde que Haike se ha ido, has cambiado.

Familiaridad hasta cierto punto, eso es lo que caracterizaba la actitud de Vorópanov hacia Kostís desde que se habían conocido en París. El coronel ruso del Ejército Blanco lo tuteaba, pero cuidaba siempre de dejarle la prioridad llamándolo patrón y evitando hacerlo por su nombre de pila. A veces, como en esta ocasión, se salía de sus casillas y manifestaba su descontento. Eso hacía que Kostís se sintiera mal; pero sabía que las cosas volverían a la normalidad y su relación también.

—¿No crees que estás exagerando? ¿Qué quiere decir que he cambiado?

—Quiere decir que no te reconozco. Éramos un grupo de amigos, en París, hace tiempo, ¿te acuerdas? Illich, Haike, tú y yo. Ahora somos solo dos.

—No es culpa mía.

—Ya lo sé. Sin embargo, debo velar por ti.

—No te he dicho que veles por mí, sino por mi madre.

—Otra faena peregrina —murmuró Misha.

—¿Qué has dicho? —gruñó Kostís.

—Es así, patrón, y lo sabes muy bien. Desde que me has hecho venir de París, y te estoy agradecido, siempre me estás encargando tareas retorcidas, cosas poco claras. ¿Crees que me gusta seguir a tu madre?

—Creí que no te molestaba. Además, lo haces por su bien.

—Por su bien... ¿No tendrías miedo de alguien que supiera mejor que tú lo que te conviene?

—¿Qué es esa filosofía barata?

—*De toute façon*, es la primera vez que me atrevo a decírtelo, pero no quiero seguir jugando a los espías a espaldas de la señora Dafni. Y, sobre todo, no le veo la utilidad.

De una palabra a otra, los ojos de Misha se habían ido iluminando y sus potentes músculos habían duplicado el volumen y amenazaban con estallar dentro de su chaqueta ajustada. Esto hizo que Kostís recordara la época en que ese armario ropero apodado Señor Músculos divertía a los paseantes curiosos de París arrastrando coches con los dientes en las pendientes de Montmartre; un recuerdo intenso que le hizo sonreír.

—¿Sonríes? Hacía mucho tiempo que no te veía sonreír.

—No se ha dado la ocasión.

—*Peut-être*. Pero dime qué te pasa para que, sin razón especial, me hagas seguir a tu madre.

—¿Qué me pasa? ¿Sabes que esta última semana no ha subido a acostarse antes de las cinco

de la mañana? ¿Que se encierra en la bodega a llorar toda la noche? Anteayer, la oí murmurar: «Dios mío, salva a mi hijo».

—Está preocupada por ti. En su lugar, a mí me pasaría lo mismo.

—No es eso, Misha. Hay otra cosa y debo saberlo. Tenemos que sorprender los hechos sin que nos sorprendan a nosotros —analizó Kostís.

Sus ojos, de los que surgió una chispa de maldad, se empequeñecieron curiosamente.

—Me das miedo, patrón. Tú nunca has sido así.

—¿Qué quieres decir?

—No sé. Alguien capaz de matar a su propio hermano.

—¡Déjate de cuentos! Deja a mi hermano donde está. De momento, que se quede lejos de Alejandría. Por su bien y por el nuestro.

—Por ejemplo, ¿has pensado alguna vez en cómo reaccionarías si supieras que tu hermano se encuentra actualmente en Alejandría?

—Déjate de tonterías y trata de averiguar lo que pasa con mi madre. ¿No te sorprende que vaya con tanta frecuencia a Siuf vestida de mujer del pueblo?

—Es raro, es verdad. Veré qué puedo hacer. Espero que esta historia acabe bien.

*Te espero esta noche a las doce en la vía del ferrocarril, a la altura de Assafra. Tendré una linterna roja en la mano. Tengo noticias de los británicos. No hables con nadie de esto, ni siquiera con Nikitas. Estás vigilado. El peligro está por todas partes.*

Majos tuvo tiempo de ver el borde de una chilaba. Habían pagado a un campesino para que deslizara ese papel bajo la puerta de doble hoja de la cabaña. ¿Quién podría ser sino Juri? Podía verificarlo llamando al número que el Libanés le había dado, por si acaso, pero tendría que encontrar un teléfono, y para alguien que se ocultaba en un cuchitril de Siuf eso tenía visos de utopía.

¿Y si era una trampa? Si es una trampa, entonces no doy un centavo por mi pellejo.

Había que pensarlo dos veces antes de salir de su escondrijo. Hasta entonces se había sentido a cubierto. Quienes lo ocultaban tal vez habían adivinado sus intenciones, y en ese caso estaba en peligro de muerte. O bien su trayectoria estaba trazada de antemano, y el mismo Valsamis, desde Atenas, lo había enviado a una trampa fatal. No sentía ningún deseo de oponerse al destino. Había tomado la decisión de volver a su ciudad y a menudo se sorprendía pensando: Si tengo que morir, que sea aquí. En otros momentos, como una fiera cautiva en una trampa, intentaba desesperadamente liberarse y sus convulsiones lo sumían en una espiral sin fin.

Ya no se permitía el lujo de pensar en el día siguiente ni de hacer proyectos de futuro. Cada día bien podía ser el último de su existencia. Intentaba llegar a un acuerdo consigo mismo para dejar este mundo de vanidades. Volvía a los años de Munich, cuando habían cristalizado sus ideas y su fe en el mundo nuevo; retomaba las conversaciones con las personalidades que había conocido, reexaminaba sus relaciones con Hess y también con Sulzer, dos polos que nunca había conseguido conciliar. Uno le había ganado por la mano al otro. Pero Eric no había desaparecido. Él había envuelto el recuerdo de su amante adorado en un sudario de lino blanco para conservarlo intacto en la memoria. Después vino el desolador vuelo de Hess en el cielo de Escocia. Y menos

de dos años más tarde, efectuaba él mismo un viaje desesperado a Alejandría. ¿Por qué tantas cosas se habían echado a perder? ¿Dónde se había cometido el error fatal? ¿Quién lo había engañado? ¿Los hombres, las ideas? Ni los unos ni las otras. Los acontecimientos los habían llevado consigo en el caos y el horror, acontecimientos impersonales, sin rostro, que saqueaban la nobleza y el valor. A las grandes intenciones las habían arruinado las mediocres, que envidian la experiencia grandiosa del superhombre.

La Némesis sin hibris. ¿Dónde había oído eso? La muerte no le daba miedo. Lamentaba morir bajo el nombre de Jarálambos Ladas, víctima de la burocracia de la ocupación. ¿Había existido realmente Jarálambos Ladás? ¿Era cabo en el ejército griego? ¿O se trataba de una invención de Valsamis que, mediante esta estratagema, había programado la desaparición de un antiguo compañero de clase por el que no sentía afecto?

De un ensueño a otro, la noche sucedió al día. Nadie había ido a verle. Cuanto más se acercaba la medianoche, más difícil se hacía la lucha que mantenía consigo mismo. Voy a dormir. Se acostaba en el colchón de hojas de banano, cerraba los ojos, trataba de olvidar su cita. Se levantaba: Voy a ir. Se ponía el abrigo, se ataba los zapatones dispuesto a partir; sin embargo, algo se lo impedía.

A pesar de todo, se encontró en la oscuridad de la calle, andando en la dirección que le parecía que llevaba a Assafra. Cuando llegara, nada existiría, más que el desierto y él.

¿Qué hora era? ¿Cuánto tiempo había caminado? Nada más que la noche fría y el viento helado que llegaba de las dunas. Distinguió los raíles del tren; una vez en el otro lado, ya no habría retorno posible. Eso es lo que le indicaba la linterna roja que flotaba con el soplo del aire. Tenía la posibilidad de volver atrás. No lo hizo. Cruzó la vía y lo invadió una pesada fatiga. El sueño se fusionó con la realidad. Trató de mantener los ojos abiertos: imposible. Chapoteaba en agua..., pero debía de estar soñando. Una mano se le tendió en la oscuridad. ¿La mano de Hess o la de su padre? Estaba pasando a la otra orilla. «¡Papá, papá, Eric!», murmuró. En el mismo instante sintió un golpe en la parte de atrás de la cabeza. Se hundía voluptuosamente en la nada; hubiera querido indicarle a quien continuaba golpeándole que ya no merecía la pena que se cansara: estaba muerto, al fin.

Cada vez que Elias entraba en el despacho del director de la policía, en el centro de la ciudad, se hacía la misma pregunta: ¿para qué necesitaba el que ocupaba ese despacho un mueble tan voluminoso y tan artísticamente labrado para extender sus papelotes? Ignoraba que Egipto siempre había tenido una debilidad por la desmesura. Desde la época de Farid, nada había cambiado en la estancia en semipenumbra, de paredes amarillentas, donde el olor acre de múltiples cigarrillos impregnaba el más pequeño rincón. Juri se acordaba de aquel secante, el mismo desde hacía veinte años; el pisapapeles y los viejos teléfonos incómodos seguían en su sitio. Cuando Nur hundía su portaplumas en el tintero para inscribir una palabra o una frase, aplicaba sistemáticamente el secante para limpiar la pluma. La silla de nogal y su alto respaldo evocaban el trono de un patriarca, la fotografía de Faruk ponía de relieve al *playboy* más que al rey y el tarbush rojo del oficial egipcio parecía suspendido en el aire, ya que apenas se adivinaban los tentáculos del perchero hundido en la penumbra.

Siempre reinaba un orden sacrosanto, lo cual no dejaba de impresionar al visitante. El *chauich*, el agente que servía el té, se quedó en la puerta, con la mirada perdida en el vacío;

estaba esperando una indicación para retirarse. En el lugar del simpático Farid estaba ahora sentado el turco-egipcio moreno, el viejo zorro de Nur. Cuando hablaba, la blancura de sus dientes daba un brillo macabro a su ancho rostro. Esto, junto con los galones de su uniforme, eran los únicos elementos que resplandecían en el lugar. La voz, que no se imaginaba tan débil, rebotaba en ecos agudos, como el chirrido de una puerta cuyos goznes hubieran olvidado de engrasar. El bribón utilizaba una lengua que Elias calificaba de «árabe de bazar».

—Dime, Libanés, he sabido que has estado mucho tiempo ausente de nuestra ciudad.

—Llegó un momento en que Alejandría ya no era un lugar muy seguro para las personas como yo.

—No debería sorprenderte; durante muchos años has hecho todo lo necesario para que tu nombre se vincule con los británicos.

—Imagino que no me habrás hecho venir para hablar de mi viaje a Beirut.

—Claro que no. Toma un cigarrillo.

—Gracias, prefiero los míos.

—Te he pedido que vengas... —empezó el policía dirigiéndole una mirada penetrante— para que intentemos dilucidar juntos un gran enigma.

—Si puedo ayudar a la policía, estaré encantado de hacerlo.

—No lo he dudado un solo instante. ¿Te dice algo el nombre de Jarálambos Ladás?

Nur poseía nociones de griego, y su pronunciación correcta del nombre no dejaba duda alguna a su interlocutor. Elias se sorprendió, pero no le dio el gusto de manifestarlo.

—Dime, ¿te dice algo ese nombre?

—¿Que si el nombre me dice algo? ¿Cómo era?

—Jarálambos Ladás —repitió Nur.

—Jarálambos Ladás... no, no me dice nada, absolutamente nada.

Si el difunto Farid hubiera estado tras aquel escritorio, las cosas habrían sido completamente distintas.

—¡Lástima! Todas mis esperanzas estaban en ti. Será difícil encontrar pistas que nos lleven hasta su asesino —señaló el egipcio recalcando la última palabra.

Elias puso cara de no haber oído esa noticia que le afectaba profundamente. Tuvo la sensación de que le habían retirado la silla, e hizo un esfuerzo inmenso para lograr disimular su estupefacción.

—Veo que el hecho te deja indiferente...

—¿Por qué? ¿Debería ser de otra manera?

—La muerte de un hombre constituye siempre un acontecimiento importante.

—Sí. Pero si no lo conoces, ¿en qué podría ser su muerte importante para ti? Estamos en guerra, y tantos seres humanos mueren cada día. Si tuviéramos que sentir aunque solo fuera una onza de compasión por cada uno de ellos, no podríamos vivir.

—Es cierto, cuando se trata de un extraño. Pero tú conocías a Ladás, ¿verdad?

—Ya te he dicho que no conozco a esa persona.

—Muy bien. Coge un cigarrillo. ¿Un poco más de té?

—No, gracias. ¿Va a durar mucho esta broma?

—¿Tienes prisa por irte? No vienes a visitarme a menudo. En la época en que el difunto Farid ocupaba este despacho, pasabas con regularidad a saludarlo.

—Farid no me hacía venir para una investigación.

—Pero no te he llamado para una investigación. Solo pido que me eches una mano como amigo.

—Como admitir, por ejemplo, que conocía a ese Ladás o, mejor aún, confesar que lo he matado.

—Pero ¿de dónde has sacado esa idea? ¿Hacer algo así a mi socio? Porque nosotros somos socios, ¿verdad? Aunque no haya visto una sola piastra que venga de la casa de Mustafá Pashá desde hace muchos meses.

—No es culpa nuestra. Estamos al servicio de los oficiales y suboficiales de las fuerzas aliadas. Ya no hay quien se oriente en todos esos ejércitos.

—Ya sé, ya sé, por eso tengo paciencia. Por el momento... —amenazó Nur de manera indirecta.

—En fin, oficial, para terminar con esta siniestra farsa, ¿por qué tendría que conocer a ese hombre?

—Porque se ha encontrado este papel en sus calcetines.

—¿Y entonces?

—Léelo. ¿Qué dice?

—Hay unos nombres y unos números de teléfono.

—Entre otros, está el tuyo. ¿O me equivoco?

—No, no te equivocas.

—¿Y bien?

—Eso no demuestra necesariamente que lo conociera.

—Escucha, querido Elias. Sabes muy bien que no te acusaría de la muerte de un griego, aunque estuviera seguro de que tú eras el asesino. Lo que cuenta hoy día son las relaciones de hombre a hombre, la vida humana viene en segundo lugar. Como has dicho, muere tanta gente en una guerra que no nos incumbe. Te hablo como un árabe le hablaría a otro árabe. Realmente, me importa un comino el hecho de que hayas conocido o no a ese hombre..., y me importaría lo mismo si lo hubieras matado con tus propias manos. Quería que lo supieras.

—¿Por qué?

—Digamos que aprecio que, por vuestra parte, vosotros no metáis demasiado la nariz en los asuntos de los demás.

—¿Nosotros? ¿Quiénes somos «nosotros»?

—Tú y la señora Yvette, por ejemplo. Me refiero a un hecho concreto: las mujeres soldados que se encontraron estranguladas en los jardines y plazas de Alejandría.

—¡Ah, sí! Yvette me había hablado de ello, creo que fue durante el verano; hace dos años de eso.

—Exactamente.

—En aquel momento le dije que no se metiera. No era asunto nuestro encontrar a los culpables.

—Fuiste muy juicioso y prudente, amigo mío.

—No tengo interés en meter la nariz en todo.

—Por eso no tienes nada que temer. Por lo que respecta a Ladás, derivaré el caso a la sección competente de la policía militar, y que ellos se las arreglen. Por mi parte, he hecho lo que he

podido. Solo te digo, para tu información, que el caso me lo derivó la comisaría de policía de Victoria. Al tipo lo encontraron terriblemente desfigurado. Él o los autores del crimen tuvieron buen cuidado de hacerle papilla la cabeza y nunca lo habríamos reconocido si no hubiera ocultado en los calcetines su documento de identidad y el papel que te he enseñado. ¿Qué piensas de esta historia?

—No tiene ningún interés —dijo Elias tras un largo bostezo.

El misterio de la muerte de Jarálambos Ladás, o más bien del doctor Majos Járamis nunca llegó a descubrirse. Por encima de todos los que estuvieron mezclados en el asunto se abatió un velo cargado de sospechas. Elias acusó a Nikitas y a los comunistas. Nikitas a Elias y los británicos, y al mismo tiempo sospechaba de Valsamis y la red de evasión. Solo Kostís quedó por encima de toda sospecha —pero no para todo el mundo—. Misha, que sabía un poco más, se preguntaba si el patrón había contratado a algún otro para aclararle la extraña historia de Siuf. Si llegó o no a descubrir algo, continuó siendo un enigma para todos.

Dafni, figura trágica, cansada de ese hatajo de hipócritas que se pasaban la pelota unos a otros y declaraban su inocencia, buscaba desesperadamente los restos de su hijo. Los servicios consulares lo habían enterrado, sin que ella lo supiera, entre los indigentes, en el cementerio griego ortodoxo de Chatby, bastante lejos del mausoleo familiar. Varios años después, Nikitas descubriría su tumba por casualidad. Después de la guerra, gracias a su certificado de la escuela de comercio Salvayos, trabajó de contable en una gran imprenta de Alejandría. La muerte brutal de un obrero de la empresa lo condujo al cementerio una mañana de la primavera de 1951, donde descubrió una inscripción tosca: «Jarálambos Ladás, cabo de Atenas». No habló de ello con nadie. Su primo, después de todo, reposaba cerca de los suyos.

La muerte de Majos no significó el final de la guerra. Durante el verano de 1943, Ángelos Moisedakis, el instructor político del Partido Comunista griego, volvió a Alejandría. Tenía que coordinar una colecta de fondos, organizada por la Asociación Nacional por la Independencia, destinada a enviar alimentos vitamínicos a Grecia. Informados de sus actividades, los miembros del gobierno griego en el exilio lo persiguieron sin tregua, hasta que se refugió de nuevo en el escondrijo de Siuf. La casa de Ali Heiva, desde donde se oían las campanas de Ayia Paraskeví, pertenecía a Petros Kalesis, un estibador. Bajito y musculoso, originario de Kastelóriso, se había unido al movimiento progresista después de que un terrible accidente de trabajo le hubiera costado la vida a su hermano, aplastado por un cargamento porque las cuerdas habían cedido al descargar. A partir de este suceso, Kalesis había iniciado una lucha despiadada contra sus enemigos de clase, sin por ello ir en contra de sus antiguas costumbres. Por ejemplo, arramblar sin ningún escrúpulo con cualquier tipo de mercancía de las cajas, cuya tapa hacía saltar, si era necesario, con una palanqueta. Desde entonces, los trapicheos que organizaba, y que explicaban su holgura, constituían para él actos de resistencia, un permanente rescate que exigía a los plutócratas. Se compró así un terreno, hizo construir en él su casa, y tenía un huerto. Para demostrar su adhesión al partido, ofrecía la cabaña del jardín para albergar a los militantes de paso durante los años 1941 a 1944. Los que pasaron algún tiempo en ella vivieron en condiciones duras. No era una bicoca dormir en un colchón de hojas de banano. Los calores del verano la calentaban al rojo vivo y las heladas del invierno, con la humedad añadida, eran una tortura para las articulaciones. Sin olvidar las ratoneras que rodeaban la choza, pero que no atajaban en modo



alguno a las ratas y los ratones de campo que infestaban el huerto. Los huéspedes provisionales se sobresaltaban con frecuencia durante la noche, despiertos por dos o tres roedores que mordisqueaban alegremente el colchón. Y no había que contar con la ayuda del dueño. Kalesis permanecía a distancia, había prohibido de manera terminante a las mujeres de su casa que se acercaran al cobertizo. Él mismo se ocupaba de las gallinas y los conejos que criaba en el otro extremo del terreno, y los contaba todos los días para verificar que el inquilino de la choza no le hubiera birlado ninguno.

Stratía, su mujer, originaria de Mitilene, reputada costurera, seguía siendo bonita, a pesar de sus cuarenta y cinco años. Y en cuanto a su hija, Ipakoí —a quien cariñosamente llamaban Pakoakí—, ejercía el mismo oficio que su madre. Deslumbrante de limpieza, juguetona, muñeca adorable con dedos de hada y dotada de un raro sentido del humor, cumplió veinte años durante la guerra. Le llovían las peticiones de matrimonio, pero la muchacha era muy clara en ese aspecto: «Solo me casaré por amor». Y a ello se atenía.

Kalesis descubrió un día que sus gallinas ponían mucho menos. Perplejo, vigiló el gallinero y comprobó que la mayor parte de la puesta se transformaba en tortilla en el plato del instructor político. Pakoakí se había enamorado locamente de Moisedakis. Su padre se puso rojo de ira, si se permite la expresión.

—¡Maldita sea! ¿Crees de verdad que nos sobra para dejarle atiborrarse?

—¡Pero, papá, le amo!

—Me importa un comino. Es demasiado viejo para ti. Nunca daré mi consentimiento.

—Es solo el cabello entrecano, papá. No es viejo.

—Además, es un camarada. ¿Qué familia vas a construir con un comunista? Te lo repito: nunca te daré mi consentimiento.

—Entonces, ¿qué harías si fuera fascista?

Pero ya era demasiado tarde, y Kalesis tuvo que aceptar que su hija se prometiera.

Sin embargo, su futuro yerno estaba en el punto de mira de las autoridades consulares. Por lo que decía, tenía valiosos servicios que prestar al proletariado, pero el estibador, ladino, mantenía la esperanza de que no duraría gran cosa, no más que los otros, habida cuenta de las circunstancias. Y si durante la colecta de fondos para el envío de alimentos a Grecia la Asociación Nacional para la Independencia había conseguido doblegar a Tsuderós y al gobierno griego en el exilio, meses más tarde la rebelión de las fuerzas griegas en Egipto demostró muy pronto que esa misma asociación no tenía intención de reservar una suerte envidiable a los partidarios de la línea a la que pertenecía el novio de Ipakoí.

*Quien pretenda que las cosas van bien, miente. Ya teníamos la guerra, y ahora aquí se nos plantan esos bribones de griegos de Grecia; y hace tres años que vivimos en un caos increíble. Parece que en Grecia se está formando un gobierno de la Resistencia, la víspera de la fiesta nacional. Los monárquicos están furiosos. ¡Que Dios nos ayude!*

Así registraba Kostís en su diario, el 23 de marzo de 1944, los cambios que se estaban produciendo.

No era el único en preocuparse. A la mañana siguiente, Elias lo llamaba por teléfono:

—Está previsto que haya manifestaciones contra el gobierno al acercarse vuestra fiesta nacional. Nur me ha llamado fuera de sí. Toda la policía egipcia anda de cabeza, están desbordados. Os están tratando de «sucios griegos». Pero ¿qué mosca os ha picado, exactamente, a los griegos?

—Qué sé yo. No soy más que un fabricante de tabaco maltratado por esta guerra espantosa.

—Me parece estar oyendo a tu padre hace treinta años. —Y la risa del Libanés inundó el auricular.

—¡Qué más da! Desgraciadamente, todas las invectivas de Nur y compañía están justificadas. ¿Te has fijado en la cantidad de recién llegados que desembarcan, engreídos, llenos de desfachatez y que no dudan en tirarse los trastos a la cabeza en público? A la primera extravagancia, sin vacilar, habría que mandarlos a otra parte. Es la única manera de que podamos recuperar un poco de tranquilidad —dijo Kostís, indignado.

—Estoy seguro de que cada cual debería moderar sus posturas.

—¿Moderar? *Ridicule*, Elias; no tienes idea de la clase de gente que es.

Dos días después, el Libanés se encontraba triunfante, pues parecía que sus predicciones iban a cumplirse:

—Ya te había dicho que no pasaría nada, *n'est-ce pas*? Las celebraciones del 25 de marzo se han llevado a cabo sin incidentes.

—Espera. Aún no has visto nada —replicó Kostís, que seguía en sus trece.

Sin duda le habían influido las extrañas preguntas de Nikitas.

—Si los británicos me pillan otra vez, ¿tendremos medios para salir del atolladero, *cousin*?

—Encárgate solo de tus propios asuntos, *cousin*, y no metas las narices en otros temas. Los británicos no se andan con bromas en estos tiempos. Por favor, piensa un poco en tu sobrino piloto de caza.

Pero la evolución de la situación no dependía de Nikitas.

El jueves 6 de abril estalló la rebelión en el seno de la primera brigada del ejército griego, y no hicieron falta más que dos días para que se extendiera entre la tripulación de tres buques fondeados en las aguas de Alejandría.

*9 de abril de 1944: Tres «ovejas negras», Apostolis, Iérax y Sajturis, los tres barcos con motines. Los sublevados amenazan: «Si intentan recuperar los navíos, atacaremos Alejandría». ¡Solo nos faltaba eso! Se busca una solución por el lado de Rusos, nuestro Rusos, para sustituir a Tsuderós. «Tengan a bien confiar sin más dilación la formación de un nuevo gobierno al señor Rusos, cuya influencia evitaría probablemente lo peor, incluso un desmoronamiento completo en el último momento. Cualquier aplazamiento tendría consecuencias desastrosas», telegrafió Tsuderós a Jorge II. El jefe de Estado hace oídos sordos. ¿Quién esperaría que el hombre del pantalón corto encontrara la más mínima solución?... Es imposible localizar a Nikitas. Hasta ayer, me afirmaba que el alzamiento se llevaría a cabo lejos de aquí, cuando la brigada llegara a Italia. Breakfast con los oficiales que recibimos en casa, en el quiosco de la Amistad.*

En los últimos tiempos, Kostís había cedido a las presiones de su madre y brindaba

hospitalidad a oficiales de permiso o convalecientes. Antes estaba celoso y temía que Haike se moviera entre hombres jóvenes y seductores. Desde que se había ido, ya no tenía motivo para temer el ridículo. Manifestaba signos de patriotismo y de anglofilia. Dos días después:

*Soy una persona respetable y respetuosa de las leyes, pero tengo la desgracia de estar rodeado de parientes problemáticos: un hermano nazi, un primo comunista, una ex mujer sionista y una madre traficante de piezas arqueológicas. Lo peor es que paso por un cretino ante toda esta buena gente, pues han intentado liarme todo este tiempo. Último ejemplo: la historia de mi hermano. Si me hubieran prevenido a tiempo quizá habría podido salvarlo. Ahora que está muerto (al menos eso es lo que nos han dicho), mi madre busca por todas partes los medios de recuperar sus restos, mientras que Nikitas y Elias se acusan mutuamente de su asesinato, multiplicando las alusiones directas. Cada vez que he tratado de protestar contra sus respectivos modos de hacer o de ver, que no pueden ser menos ortodoxas, me han replicado amablemente que les recordaba a mi padre. Como si se tratara de una falta más grave que la suya... Vivimos en un mundo absurdo.*

Probablemente por eso nadie pudo explicar el giro que tomaron los acontecimientos cuando se desencadenó la rebelión en el ejército griego. Los británicos rodearon el campamento de la brigada rebelde en Borg el-Arab, aplicando su famosa técnica del bloqueo; el hambre es un adversario temible. Los oficiales británicos que albergaba en la casa le aseguraron a Kostís en el quiosco de la Amistad que no dispararían ni un tiro contra el ejército griego que había demostrado su excelencia durante la guerra del Desierto; había repetido estas afirmaciones a personas menos crédulas, y el Libanés se había burlado:

—Hace lustros que conoces a los británicos; deberías saber que no hay que creer a pie juntillas todo lo que dicen.

Sin embargo:

*El gobierno en el exilio se alinearé al lado del rey, aunque para hacerlo tenga que sacrificar a hijos del pueblo. ¡Qué porquería! Mientras tanto, la cartera de primer ministro parece un caramelo que alguien va a llevarse a la boca después de recogerlo del suelo. Actualmente es Sofoklís Veniselos. Finalmente, con lo que está pasando, incluso yo podría ser primer ministro, por decir algo.*

Evidentemente, este tipo de reflexiones las guardaba para sí, sobre todo en los encuentros matinales en el quiosco de la Amistad. Un teniente de navío griego formaba parte del grupo, Elpidoforos Triandis, «un mocetón robusto como una palmera», según decía Jaritomeni, nacionalista hasta la médula. Estaba convaleciente de una herida en el hombro izquierdo. Daba vueltas como un león en su jaula; no se calmaba nunca, recorría el jardín a grandes pasos diciendo entre dientes: «La jerarquía de la Marina ha cometido crímenes contra la patria». Kostís respetaba el idealismo ferviente del joven; como perfecto anfitrión, se guardaba de ofenderlo y hacía lo

posible por evitar el enfrentamiento, a pesar del profundo desacuerdo que experimentaba con respecto a sus opiniones:

*Hoy he invitado a comer al almirante Cunningham, que no había vuelto a ver desde su traslado. Sir Andrew (le encantan los falafel), que ha apuntado sus cañones contra los insurgentes, ha sido muy claro: I would like to make it clear, mister Járamis. Obey or be sunk. This is the message. No se puede ser más claro. Imagino a nuestros compatriotas hundidos, y que Dios nos ayude.*

El 20 de abril, Elpidoforos Triandis, que no había dejado de pasear arriba y abajo en el jardín durante tres días, desapareció como por arte de magia.

«¡Mal presagio!», escribió Kostís esa misma noche.

El teniente de navío reapareció en un estado deplorable en el quiosco de la Amistad el domingo por la mañana. En mono azul de trabajo, con la cara embadurnada de hollín, titubeaba de cansancio y falta de sueño; se sujetaba el hombro que seguramente había sometido a una dura prueba la noche anterior. Su presencia no extrañó a nadie. Elias Juri, perfectamente enterado de los acontecimientos, había puesto a toda la compañía al corriente.

En cuanto lo vio intentó decir algo ingenioso:

—He sabido que ayer os peleasteis entre griegos. ¿Cómo os las habéis arreglado para llegar a eso?

—*Fuck your mothers!* —aulló Triandis fuera de sí, en presencia de cuatro oficiales británicos, además de Kostís y de Sistanis, que lo miraban fijamente, desconcertados. Luego se retiró sin una palabra de disculpa.

Kostís se sintió bastante incómodo. Elias, por su parte, se esforzó por disipar la impresión negativa que dejó su inoportuna intervención.

—*Voilà*, ¿qué les estaba diciendo? —Y volvió a empezar el relato por el principio—. El sábado por la tarde, el crucero británico *Aias* echaba el ancla en el puerto Oeste en medio de los motines. Alrededor de las dos de la mañana, los cañones del crucero abrieron fuego y doscientos hombres vestidos con monos de trabajo, con el rostro pintado de negro, abordaron los barcos de los insurrectos y atacaron a las tripulaciones. Hacia las ocho eran dueños de la situación. Hubo diez hombres muertos y cuarenta heridos. Alejandría estaba patas arriba, y se murmuraba que en el puente de los navíos griegos se había producido un verdadero fratricidio.

La misma noche:

*Los doscientos hombres que el día de San Jorge se apoderaron del Apostolis, el Iérax y el Sajturis eran todos oficiales griegos al servicio del almirante Vúlgaris. La agencia Reuters ha confirmado la noticia. No obstante, me pregunto ¿para qué las caras tiznadas? Si esos tipos estaban convencidos de cumplir un deber patriótico absoluto, ¿por qué ocultar su identidad? La conducta de Elpidoforos esta mañana habla por sí misma.*

*Avanzada la tarde, se ha sabido que la primera brigada griega se ha rendido también. Todos los que han participado en la rebelión serán provisionalmente desarmados y encerrados en*

*cárceles cercanas de la ciudad. Nikitas sigue imposible de encontrar. Prosiguen las detenciones de los griegos de Egipto.*

A la mañana siguiente, antes de salir para la fábrica, convocó a Elpidoforos Triandis:

—Su conducta de ayer me compromete como anfitrión, teniente. Le rogaría que abandonara mi casa hoy antes de mediodía —le anunció, y se irguió en toda su estatura frente al joven oficial que le llevaba al menos una cabeza.

El militar, ofendido, hizo el saludo militar, dio media vuelta y se fue sin pedir más explicaciones.

El martes por la tarde se supo que Sofoklís Veniselos había presentado su dimisión y que le sucedía Yorgos Papandrú.

Por la noche, su tía Maria le telefoneó llorando:

—Han detenido a Nikitas. ¿Qué va a ser de él?

Sollozaba al hablar. Era una anciana la que se dirigía a él. Se estremeció. No lograba aceptar que la mujer bonita y divertida que había alegrado su infancia era ahora muy mayor.

—¡Tía, por favor, no puedo verte así! —respondió, y se sorprendió de su propio comportamiento.

Ella estaba sufriendo y no la autorizaba a expresar su dolor. Pensó en el de su madre con respecto a su hermano desaparecido. Tal vez el mayor tormento que tenemos los hombres es el peso del tiempo que llevamos sobre los hombros.

—¿Qué va a ser de él? —insistió Maria, intentando arrancarle aunque solo fuera una promesa.

—Está bien, está bien. Haré todo lo que esté en mi mano. No vamos a abandonar así a Nikitas. Pero, por favor, sobre todo, no llores.

*Alguien me ha dicho que los «mocetones» que fueron al abordaje eran aspirantes, que ni siquiera habían salido de la escuela, que Vúlgaris había convocado y manipulado. ¡Esta gente realmente no respeta nada! Forman brigadas de futuros oficiales y no encuentran nada mejor que hacer que aniquilen a sus compatriotas para inaugurar su carrera. Yo mismo he oído a uno de esos jóvenes expresar su horror por haber cometido esos actos de violencia; de haber oído a un hombre gritar en su idioma: «¡Me ha dado, me muero!». Por suerte, no son todos tan fanáticos como Elpidoforos.*

*Una vez más, Nikitas está en la prisión de Kom el-Dick. Está acusado de haber protegido a un instructor político del Partido Comunista griego que ha desaparecido. Está escondido en alguna parte en Alejandría o bien ha conseguido poner pies en polvorosa y las velas rumbo a algún puerto de África oriental.*

*Appointment en el Almirantazgo; regateos para la nueva remesa de cigarrillos. He exigido la liberación inmediata del cousin. No estoy convencido de las afirmaciones de los británicos con respecto a su seguridad. Se espera el encuentro entre Papandrú y representantes de la Resistencia en el Líbano. Algo debería definirse al fin.*

Dos semanas después:

*La tan celebrada alianza de Papandr u con la izquierda ha resultado un fiasco completo. En lugar de la unidad nacional, se organizan juicios indiscriminados contra los opositores al régimen. Clima de terror espantoso. Las acusaciones que reproduce la prensa est n desprovistas de todo fundamento y un enjambre de gendarmes con la porra en la mano cargan contra todos los que puedan sentir la tentación de elevar la voz. La liberación de Nikitas se vuelve imperiosa. Mi tía tiene razón de llorar todas las lágrimas que hay en ella. Le echa la culpa a Nikitas, que ha conseguido comprometer también a sus sobrinos. El hijo más joven de Nikolas, Yerásimos, no ha tenido tiempo siquiera de enrolarse en el ejército y ya lo encierran en la Damba. A Zanasis, el piloto de la familia, lo han puesto de oficio en la reserva. Todos pagaremos por los pecados de nuestros mayores. Este tipo de noticias corren muy deprisa. En la fábrica, la gente habla de mí. Esta mañana he hecho algo que hará que se les pasen las ganas de hablar mal de otros a la ligera. En el patio, me he cruzado con un empleado de Simi, Jarálambos Kastrun s, un tartamudo, el hijo espiritual de nuestro antiguo jefe de contabilidad, Yorgás. «Pase por contabilidad, se os Kastrun s. Está despedido.» «Pero  por qué?» «No me gusta su cara.» A pesar de su tartamudez, sabía destilar su veneno a mi intención, ese cerdo. Yo tenía la información de primera mano. Ni siquiera ha respetado la mano que le daba de comer.*

A la liberación de Nikitas siguió un incidente que le hizo reflexionar profundamente.

*Esta guerra presenta un aspecto curioso; su final señala también el de algunas personas que han vivido durante años a nuestro lado. Mahmud conducía a Nikitas de la prisión a su casa (esta vez el primo se había dignado aceptar que lo llevara nuestro humilde Rolls-Royce); en el momento de girar a la izquierda por Don Bosco para entrar en Bab Sidra, chocó contra el tranvía número 5 que venía de Karmuz. Imagino al conductor, de pie, chorreando sudor, maniobrando desesperadamente la manivela de los frenos y accionando sin parar la campanilla con el pie... Un alboroto infernal, al parecer. El comisario bajó y empujó el coche fuera de los railes, con ayuda de la gente que pasaba. Sin razón alguna, la gente se había arremolinado. Luego trasladaron al hospital a un Mahmud con contusiones en el torso y a un primo con la mano izquierda fracturada. All  se descubrió que nuestro chófer tenía una catarata muy avanzada. Con un ojo no veía y el otro ya estaba afectado. Yo debía haberlo pensado: alguien que estaba ya al servicio de mi padre no puede estarlo al mío indefinidamente.  ese granuja podría habernos matado, con su ceguera! Tendría que examinar el caso de los colaboradores que hered  de Andonis. Sistanis ya no es un muchacho y Iul a, la pobre, tampoco. Debe de ser apenas más joven que mi madre.  Dios mío! Y trabaja día y noche como una mula. En cierto sentido, no tener herederos puede ser una bendición. Es posible que la familia, los hijos, nos chupen la sangre hasta la última gota. Ya no s  qué pensar.*

Poco antes del 15 de agosto y mientras la población civil estaba aún en el campo, la brigada griega zarp  rumbo a Italia. En sus filas había muchos griegos de Egipto; sus allegados se inquietaron, era comprensible. Pero según el *Fos*, el periódico de El Cairo que desde el principio

echó incienso al rey y al gobierno en el exilio: «Los hombres de la brigada que se van a Italia han embarcado con un entusiasmo sin igual, cantando *Adelante por una nueva Grecia* y otros cantos patrióticos...».

Kostís se limitaba a anotar: «Corderos que llevan al matadero».

En septiembre de 1944, «la unidad nacional» se realizó al fin, al menos en el papel, y el gobierno partió para Italia. Una vez más, Kostís resumía en unas líneas el alivio pero también la amargura de los griegos de Egipto:

*Good rids!, ¡sucia raza de heladitas! Os hemos dado nuestros ahorros para construir una patria que habéis corrompido y para nuestro pueblo cuya sangre bebéis. Habéis venido aquí, a tierra extraña, y nos habéis comprometido irremediablemente, peleándoos como perros. Os hemos recibido en nuestras casas y habéis seducido a nuestras hijas. La mitad están ya embarazadas de vosotros. ¡Banda de estafadores bigamos! Nos habéis movilizado, encarcelado, pero antes de iros hacia alta mar nos habéis desvalijado también, en nombre de la patria. Veniselos, Tsuderós, el rey, Papandrú y compañía... ¿Qué más vais a pedirnos? ¡Largo! ¡Fuera de aquí! No obstante, si para algunos la guerra termina, apenas empieza para otros. Lo que hemos vivido con la sublevación del ejército no era más que la primera partida. Los adversarios regresan a Grecia para la segunda partida, que sin duda será la última. En Palestina, los judíos se preparan para fundar un Estado, y aquí, en Egipto (eso está tan claro como el agua de manantial) los nacionalistas intentarán una vez más echar a los colonialistas británicos, sin aliento. ¿Alguien saldrá ganador en esta guerra? Lo ignoro.*

En 1945, las campanas de la paz eran el eco de la alegría de la victoria que Alejandría había celebrado ya tres años antes, cuando las mismas campanas habían acompañado a todo vuelo el triunfo de el-Alamein. Después las nubes de la guerra las habían rechazado a lo lejos. Los habitantes habían seguido la retirada sin gloria del Afrikakorps, y lo único que quedó fue una sombra en el horizonte, al lado oeste de la ciudad. Alejandría había ganado su batalla y descansaba sobre sus laureles «navegando lejos del mundo en guerra». La ligereza volvió al mismo tiempo que la esperanza que mantenía esa ciudad legendaria de recuperar su lugar eminente en el Mediterráneo de la posguerra. Por el momento, los alejandrinos manifestaban su descontento; el toque de queda, impuesto por las autoridades militares, seguía vigente, ya que Creta y el resto de Grecia estaban aún en manos del enemigo. A partir de sus orillas empezaría la liberación de Europa. En junio de 1943, el puerto Oeste traía la victoria de los Aliados, protegiendo en su seno a la gran armada bajo las órdenes del almirante Cunningham, que vendría como refuerzo en el desembarco de Sicilia. Por su parte, la población, henchida de un sentimiento de vanidad frecuente en tiempos de guerra, disfrutaba —según los medios de cada cual— de los placeres del mar, el amor y la gastronomía; de esa manera llegó al término de la aventura atormentada por sensaciones extrañas y contradictorias.

*Agosto de 1945: El final de la guerra me da mucho miedo. Por extraño que parezca, nos habíamos acostumbrado, éramos hijos suyos, en cierto modo, seres que sacaban la fuerza y la*

*esperanza de su rescoldo. Hoy, en la linde de una paz que no comprendemos, nos sentimos perdidos, vacíos, sobrecogidos por heridas personales y pérdidas irre recuperables. Lo admitamos o no, ese huracán, en su recorrido planetario, alimentaba nuestra juventud o, dicho con más precisión, lo que constituye la juventud: la perspectiva del mañana. De pronto nos encontramos para envejecer en una paz espantosa, si queremos admitir que a ella pertenece la última fase del abrasamiento nuclear. Una «era nueva», eso es lo que proclaman las poblaciones entusiastas. Queda por ver hasta dónde avanzaremos por la zona minada del futuro. Aquí acaba, por lo que a mí se refiere, mi diario de una guerra que ha agotado las últimas reservas de romanticismo de la humanidad.*

Con sentimientos similares acogieron la mayoría de los héroes de esta historia la paz mundial. Elias, «el alma de la ciudad», vagaba, perplejo, por cafés y salones, siempre al acecho, llegando de modo inoportuno. Hablaba de negocios, seguía bebiendo y fumando como una chimenea, asaltando con cumplidos a las mujeres bonitas, «esas joyas que la guerra había dejado en prenda», y circulando en su nuevo coche, tan alargado como un puro. Jugaba a las cartas y conspiraba a favor del despertar árabe, sin por ello descuidar su eterno flirteo con Yvette ni dejar jamás de llevar en su honor una flor en el ojal, gratificándola con promesas que la hacían reír a carcajadas. La señora de Mustafá Pashá le bajaba el ala del sombrero sobre la frente y le susurraba como una caricia: «*Mon vieux*, eres tan dulce». Le profesaba un gran agradecimiento ya que, después de tantas aventuras, estaba cerca de ella y siempre lograba exorcizar su soledad con risas y atenciones afectuosas. Era un consuelo envejecer juntos, descubrir nuevas arrugas en su rostro y poder gritar de buena gana: *Dis donc, encore une ride, mon vieux!* Elias estaba convencido de que escapaba a los efectos de la edad y recibía sus observaciones con condescendencia, considerando que así satisfacía un orgullo muy femenino. En cierta manera, estaba convencido de que había cumplido con largueza sus promesas de antaño en París. Entonces adoptaba su aire malicioso de levantino:

—*Tu vois*, no te he engañado. Te había dicho que estaríamos juntos y que te amaría siempre.

—No me quejo —respondía Yvette. Y se deshacía en lágrimas sin saber por qué.

Las exigencias carnales de la juventud se habían calmado. Llevaba al fin una existencia serena frente a la inmensidad del mar, y no refunfuñaba más que ante las exigencias del oficial de policía Nur. La nuca gruesa y velluda, los ojos oscuros y húmedos en perpetuo movimiento en el fondo de sus órbitas, el sucesor de Farid encarnaba el espíritu egipcio receloso de la época. Volvía una y otra vez a la carga, reclamaba cada vez más, y si Yvette se resistía a sus pretensiones absurdas —agitando el abanico con más rapidez—, él unía las manos como para rezar a Alá e injuriaba con su voz de agudos penetrantes a los británicos y al «cuartel general inglés», nombre que le había dado a la casa de Mustafá Pashá. Cuando no conseguía librarse de él ella sola, se lo mandaba al Libanés. El policía retorcido parecía entonces dispuesto a calmar el juego, bajaba la cabeza, se pasaba la mano por los escasos cabellos, luego le dirigía una mirada fija, larga y sensual y murmuraba su tradicional *maalech* —«no importa»—, que suavizaba provisionalmente las diferencias. Hasta el encuentro siguiente, en el que se mostraba más inflexible y determinado que nunca. Solía desgranar las cuentas amarillas de su rosario como la *dura* —los granos de maíz—, calculando los beneficios que le procuraba cada nuevo negocio. Murmuraba con regularidad



vagas amenazas, cuidaba de cubrir con su tarbush el whisky que le habían servido, y declaraba que no tardaría, en el nombre de Alá, en sellar las puertas de aquel lupanar. En esos momentos, sus ojos lanzaban rayos de venganza.

Habían transcurrido meses desde que Mister Voice, visiblemente emocionado, se había despedido de Yvette. Le había dado las gracias por su cooperación en los combates titánicos que había llevado a cabo la nación británica. Cuando pasaba por la calle Yang y divisaba el jardín sin cultivar de la casa en la que no hacía mucho estaba instalado el cuartel general del contraespionaje, se sentía aún más aislada frente al furor creciente del nacionalismo egipcio que se manifestaba cada día más en todos los rincones de la ciudad. Sentía nostalgia de las hordas de militares de permiso que invadían las calles, los clubes y las tiendas, ebrios de bebidas y de placeres efímeros. Desde el fin de la guerra, los clubes estaban cerrados; ella misma había dado la última vuelta de llave al de la calle de Corinto, el más importante de todos. En el puerto Oeste, los barcos mercantes habían sustituido a las masas grises de barcos de guerra. Lamentaba el ocaso de los imperios marítimos que constituían los fundamentos del cosmopolitismo. Elías tenía razón cuando decía: «Ninguno de nosotros sentía una simpatía real por los británicos; sin embargo, sin ellos, ninguno de nosotros habría tenido ninguna oportunidad en el Mediterráneo». Los últimos cosmopolitas de la élite alejandrina sentían que el nuevo orden internacional amenazaba su presencia. Apretaron un poco más las filas e intentaron con todas sus fuerzas recrear el ambiente cómplice de las recepciones y los *tea parties*; allí intercambiaban miradas inquietas, tomaban su mal con paciencia en una vana alianza contra un enemigo invisible que minaba progresivamente las bases de su pasado grandioso.

En uno de esos acontecimientos mundanos, la recepción de despedida a Samuel Agiman, que dejaba definitivamente la ciudad en la que había realizado tantas cosas, Yvette tuvo la alegría de oír una nota alentadora, cuando su anfitrión le presentó al señor Atwood, profesor titular de la Universidad Faruk de Alejandría. En su voz reconoció la del famoso Mister Voice de la calle Yang, y su cálido apretón de manos le dio una energía formidable. De rostro seco, casi ascético, cabellos grises dominados por la brillantina, patillas abundantes y cejas espesas, no se parecía nada al que ella había imaginado durante tantos años, pero no era necesario que el señor profesor respondiera a la imagen que ella se había hecho. Al final de la velada lo saludó recogiendo la réplica final de su último encuentro de trabajo; el inglés, flemático, simplemente esbozó una sonrisa ambigua. La seguridad que experimentaba al saberlo en la ciudad alimentó durante bastante tiempo la ilusión de que nada estaba perdido y que la existencia, lentamente, recuperaría un ritmo normal.

No obstante, su optimismo no era en absoluto compartido por el gran Agiman. El riquísimo Sami, fustigado por sus convicciones sionistas, había concluido provisionalmente una tregua con hombres como Elías Juri. Durante los años de guerra, había tenido la precaución de sacar de Egipto su mítica colección; hoy se limitaba a restituir simbólicamente cuatro piezas antiguas que donó al museo de El Cairo. Un gesto de prudencia y al mismo tiempo un mensaje destinado a sus rivales para que actuaran igual que él. Por su parte, el más importante de ellos, Lukás Sengos, consideró que no tenía nada que temer en el Egipto de la posguerra. Más tarde, cuando la espada de Damocles que mantenía Nasser se abatió sin discernimiento sobre inocentes y culpables, su cabeza permaneció curiosamente en su sitio y desmintió los pronósticos de los que no daban mucho por su pellejo. El extravagante, que seguía peinándose con raya al medio y ceceaba una

mezcla de katarevusa y dialecto franco-inglés, fue uno de los pocos griegos de Egipto que continuó siendo próspero hasta el final. A su muerte, a una edad muy avanzada, legó su colección al Estado egipcio, que, reconociendo su contribución a la salvaguarda del pasado glorioso del país, le concedió una condecoración a título póstumo.

Su hermana, en cambio, tuvo que luchar sin tregua contra la sospecha insistente del servicio de antigüedades. Las incursiones de la policía a la casa de la calle de los Abasíes se evitaron en varias ocasiones, gracias a la intervención de Elias Juri, hasta que Kostís obligó a su madre a hacer una donación al Estado egipcio. Al no tener títulos de propiedad en buena y debida forma, la señora Dafni se separó, de buen grado o por fuerza, de la mayor parte de su colección. Nunca se recuperó de ese golpe terrible, como tampoco, a pesar de todos sus esfuerzos, logró jamás aceptar el final poco glorioso y prematuro de su hijo menor. Llegó a considerar que el proceso de Nuremberg era un derecho que se le debía y que a Hess lo habían condenado sobre todo por su influencia maléfica sobre el doctor Majos. Como premio de consolación, logró conservar el ídolo faraónico y su querido relicario, y pidió autorización para llevarlos a su tumba. Después de la muerte de su Majos, le costó muchísimo aceptar esa otra pérdida, tan cercana en el tiempo; y esta vez no pudo darse el lujo de acusar a otra persona más que a ella misma. No era la única.

La hermana de Nikitas, Olímpía, intentaba penosamente reponerse de la disolución de su matrimonio con el diplomático italiano. Aun así tuvo que afrontar la pérdida de su madre a consecuencia de un edema pulmonar, el día de Año Nuevo de 1946 —sin haber tenido la satisfacción de ver a Nikitas casado—; y días después la de su hijo más pequeño, otro Zanasis en la familia de Nikitas. Durante toda su vida se reprochó su incapacidad para salvarlo de las garras de una apendicitis —o más bien de la peritonitis que se declaró a consecuencia de ella—. A pesar de todo, la muerte de Maria reservaba a Kostís, si se le puede llamar así, una agradable sorpresa. Sintiendo que llegaba su fin, su querida tía le había dejado una breve misiva:

*Fuiste un verdadero hijo para mí. Único y muy amado. Gracias, mi querido Kostís, por el amor del que has dado testimonio a toda mi familia sin excepción. Si hay una cosa que quisiera llevarme a la eternidad, sería tu tierno recuerdo. Por favor, piensa en mí alguna vez. Tu tía, la bromista del barrio.*

No recordaba haber llorado jamás tanto como en sus funerales, hasta tal punto que su madre se volvió hacia él y le dijo: «*Voyons!* Me gustaría saber si llorarás tanto por mí». La multitud de gente del pueblo presente ese día en el cementerio no se privó de su pequeño comentario sobre los fastuosos funerales de Maria. Su sobrino rico se había encargado de todo.

Al principio de la posguerra, Nikitas tenía tendencia a recordar su hoja de servicios como veterano de la guerra civil española; repetía sus viejas historias y fastidiaba a su auditorio, que deseaba pasar la página lo antes posible. «¿No exageras un poco con tantas historias de viejo veterano?» Pero él no se dejaba intimidar. Conocía el horror de la guerra y no ignoraba que la mente humana es incapaz de reconstruir su brutalidad. Por lo demás, parecía que había dejado caer en el olvido la lucha del proletariado internacional, y durante la guerra civil griega solo el excombatiente se despertaba de vez en cuando. Se volvía entonces hacia el norte, allí donde se jugaba el porvenir de la patria, y pensaba durante un instante en embarcarse en el primer barco

que saliera para Grecia; pero la prudencia del quincuagenario ponía su granito de arena y cambiaba de parecer: «Ocúpate de tus asuntos, Nikitas».

Y, en efecto, se ocupaba de sus asuntos, sobre todo desde que lo habían contratado para trabajar de contable en la imprenta, donde había conseguido un puesto de tipógrafo a Zanasís cuando dejó lastimosamente el ejército tras la rebelión de 1944. El sobrino contaba no pocas patrañas —como su tío— y describía de manera animada los combates aéreos sobre el desierto; sin olvidar los vuelos de reconocimiento en el mar Egeo, escrutando la extensión marina en busca de sombras que dejaran adivinar en la superficie del agua —como enormes tiburones— la presencia de submarinos enemigos, sobre todo en alta mar frente a las costas de Milos. Pero a primera vista el sobrino era tímido, y prefería ceder a las instancias lisonjeras de su tío Nikitas para lanzarse. «Sabéis, Zanasís ha sido piloto de caza en el escuadrón 336 de Oriente Próximo. Es un as de los Hurricane y de los Spitfire. Cuéntanos, Zanasís, no soy yo quien debe seguir contando.» Y él contaba, empezando siempre por la movilización en Tositsea y la instrucción en Sudáfrica. «Sigue. Cuéntanos también lo de el-Alamein», insistía el tío. Él se embarcaba entonces en la descripción de combates aéreos en el desierto, cómo los bombarderos pesados Halifax y Lancaster incendiaban el-Alamein durante toda la noche, cómo los B-52 entraban en acción en cuanto se hacía de día. Guardaba lo mejor para el final: «Háblanos ahora de ese colega de Pílion que lanzó una carta de amor sobre la iglesia de su pueblo», lo incitaba su tío. «Estábamos en misión en la Grecia ocupada y volábamos hacia Salónica cuando, al pasar por encima de un lugar llamado Kisos en el monte Pelión, un colega se lanzó en su Spitfire sobre el campanario de la iglesia. A continuación vi que desenrollaba una cinta de unos dos metros. En el extremo, como supe más tarde, había atado un casquillo vacío de su ametralladora. Dentro había encajado una carta para su novia, Efyenía Dianelu. Le pedía que fuera paciente y aseguraba que al final de la guerra volvería para casarse con ella. Un mes más tarde, derribaron su avión sobre Creta. Nunca se supo si Efyenía llegó a recibir esa carta de amor.»

Al final, Nikitas sacaba la moraleja de la historia: «Ahora ya lo sabéis. Después de enviar a nuestros hijos bajo el fuego, nos han dado la espalda». Hablaba de los británicos, naturalmente, pero no se atrevía a decirlo con franqueza. Kostís aún tenía negocios con ellos y no había razón para causarle perjuicios, sobre todo después de que hubiera contratado en la fábrica a Yerásimos, su sobrino menor, y a Ángelos Moisedakis, de cuyo matrimonio había sido testigo Nikitas.

El Ángel de la Revolución, apodado Nikitas, renunció a la vez a su seudónimo de Zrasíbulos Iraklidis y a la perspectiva de continuar la lucha en el suelo nacional, ya que durante su exilio el régimen de Metaxás lo había perseguido sin tregua; para colmo de la desgracia, en 1943, los alemanes habían ejecutado a todos los hombres de su familia en el puesto de control de Amirá, en la subprefectura de Vianu, en Creta. Más tarde supo que su madre había muerto de pena. Aun cuando, en algún momento, había tenido la idea de luchar junto a los pocos resistentes de la isla, miembros del ELAS, el Ejército Popular de Liberación Nacional, por la victoria del movimiento de izquierda, el capitán Manduvas y sus partidarios nacionalistas se habían encargado de derrotarlos antes incluso de que empezara el largo y pesado paréntesis de la guerra civil en la Grecia recién liberada.

Después de lo sucedido, la perspectiva de una vida tranquila en compañía de la guapa Ipakoí en la Alejandría de posguerra era muy tentadora. Desde que había encontrado un buen trabajo —ayudante de mecánico en la fábrica de Járamis— todo iba de maravilla; aunque Kalesis, su

suegro, refunfuñaba de vez en cuando, pues temía que le hubieran engañado, como otros que habían casado a sus hijas con griegos de Grecia —heladitas— casados ya en su lugar de origen, y cuyas mujeres se presentaban en Alejandría para recuperar al marido que había perdido la cabeza. A medida que pasaban los años, se decía que la situación de Moisedakis se parecía a «un cielo sin nubes» y se dejaba llevar de buena gana por su inclinación a la ironía.

—¡Qué va a ser revolucionario! Ha dejado que sus camaradas vayan a morir en islas desiertas y él..., él desaparece fundiéndose con el paisaje. ¡Si te he visto no me acuerdo! Es un militante temible...

—Pero, mi buen Kalesis, no estás a gusto con nada —objetaba Stratía—. ¿No puedes, sencillamente, alegrarte de la felicidad de tu hija?

Pero para Kalesis era inconcebible que su hija pudiera vivir feliz junto a un hombre que él mismo no hubiera aceptado.

Y, para picar a su yerno, en cada reunión familiar jamás dejaba de recordar el abordaje que señaló el final del amotinamiento en Alejandría, indicando que los destrozos habían sido causados indirectamente por un remolcador que había inundado el lugar con una nube de humo, poco antes del asalto, y que los amotinados habían sido víctimas de quienes habían conseguido neutralizar la radio; las tripulaciones de los tres barcos no pudieron ya comunicarse con el *Ífestos*, un verdadero polvorín flotante, y aunque solo fueran los lanzatorpedos, según decía el estibador, habrían podido causar daños considerables a los británicos.

—Todos esos tipos que se sacrificaron eran muchachos valientes —concluía Kalesis—. Hay otros, hoy día, que se contentan con sacar pecho como recién casados.

Nadie hacía caso de sus palabras porque casi siempre estaba borracho, y si por casualidad se encontraba en compañía de un extraño en el que nadie tenía confianza, Stratís le daba codazos a su marido:

—Oye, señor Petros, ¿tendrías la bondad de cerrar el pico? Si no, te vas a crear problemas con tus tonterías.

Las cosas se arreglaron tras el nacimiento de su nieto.

¡Ah, un nieto! Con eso precisamente soñaba la señora Jaritomeni, un hijo de Fotis, su hijo querido; él se lo había prometido, pero solo cuando llegara la liberación del Dodecaneso. En el verano de 1948, ambos se instalaron definitivamente en Rodas; Jaritomeni podía ir con frecuencia a Simi, al muy conocido monasterio de los Arcángeles, para una peregrinación en la que tenía mucho interés. Ya desde su primera carta a la señora Dafni expresó su decepción: «Lo han destruido todo, ¡malditos sean esos nazis! Simi no es más que un montón de ruinas. ¿Quién lo iba a pensar? Con mis ahorros quiero comprar un terreno en Pedi. Los dejan por un bocado de pan. Hoy es algo sin valor. Fotis se mesa los cabellos. Dice que es una locura. Es posible, pero es mi tierra y amo esa tierra...».

Dafni envidió a la ex cocinera y su amor por la patria. Ella había nacido en un país extranjero y, prendida en el corazón, tenía una ciudad que no era la suya. Sus padres eran originarios de Mítilene, pero su nostalgia por la isla no le hacía amar un lugar que no había conocido. No podía concebir la vida lejos de Alejandría, una especie de exilio. La comunidad griega de la ciudad constituía su patria; había crecido en su seno y en él había ido adquiriendo poco a poco la conciencia de su condición de griega. Si de algo era deudora con respecto a Andonis, era porque él le había enseñado lo que era ser griego. Había estudiado en una escuela helénica, pero en su

medio social, la influencia franco-inglesa era tan fuerte que a veces sentía vergüenza de sus orígenes. Solo la conciencia nacional, inoxidable, de su marido y el conocimiento de la historia griega la fueron persuadiendo poco a poco de lo contrario. La mayoría de los niños del Barrio Griego iban a escuelas inglesas o francesas. Para Dafni eso era inadmisibile. Hubiera podido ofrecer a los suyos estudios muy caros en escuelas privadas como Saint Mark College, Victoria College o el Liceo Francés. Pero no veía qué ofrecían esas escuelas que no tuvieran las municipales, Averofio, Tositsea, Familiadio, Salvayos y tantas otras. Su nieta siguió un recorrido similar. En Averofio, la institución para señoritas, en Sidi Mítuali, y en el instituto para señoritas Averofio, en Chatby, la pequeña Dafni continuó la tradición familiar y su abuela estaba presente en todos los actos escolares para admirarla. La fiesta nacional, la fiesta de la bandera, las exhibiciones deportivas y el reparto de premios. Los años cuarenta llegaban a su final y la hija de Kostís se parecía cada vez más a su madre. Antes del final de sus estudios, también ella era más alta que su padre y le obligaba a llevar un mechón levantado —ahora gris— sobre la frente. El parecido asombroso los transportaba de nuevo a la hermosa época de los años treinta, como si todo volviera a empezar y a la familia Jámamis se le ofreciera una oportunidad más de reparar sus errores y olvidos. Kostís apreciaba en su justo valor la generosidad que la vida había tenido con él.

Pero otros no tenían la misma suerte. Yvette Santon tenía que alimentarse ahora de sus recuerdos —del «museo de los muertos», como solía decir burlándose de ella misma—. A la desaparición de los seres que había amado, se sumó la pérdida de Roxane, que plantó en su corazón el aguijón del remordimiento. No olvidaba que, a mediados de los años veinte, le había desaconsejado volver a Alejandría, después de la muerte de su marido armenio y que, desde entonces, había evitado sistemáticamente responder a sus cartas. Cuando había estado en París, había preferido abandonar allí a la rica viuda, y no era por su bien. Quería evitar, lo cual era probable, reanudar sus relaciones y las consecuencias que podrían desprenderse de ello. Cuando quince años después las divisiones de Hitler vinieron a contradecir la idea de que en la Ciudad de la Luz se vivía seguro, ya era tarde; ya no podía ir a Alejandría. Había guardado en la memoria su pasado al servicio de los británicos, desde Constantinopla, su ciudad natal, cuando se oponía al expansionismo alemán. En la Francia ocupada, cuando los alemanes descubrieron que había tenido relación con la Resistencia, no había ninguna Yvette que la obligara a salir de inmediato de la capital francesa. La antigua zapida, que había debutado en los cafés concierto de Constantinopla, para acudir después a las alcobas venales de Alejandría, que se casó con un armenio riquísimo y vivió en el París de entreguerras, tuvo una muerte digna de su vida llena de aventuras. Torturada y ejecutada por los nazis, su trágico final atormentó durante mucho tiempo la conciencia de su amiga de antaño. Sentada en el saloncito, Yvette la veía bajar corriendo las escaleras de Mustafá Pashá, etérea, medio desnuda, tal como había sido al principio de su historia que no dejaba presagiar nada tan perturbador.

Le habló de ello a Elias, que, indiferente, se limitó a decir frotándose el solitario que llevaba en la mano derecha:

—No tienes idea de lo que quiere decir un final perturbador, *chérie*. Te parecerá absurdo: mi amigo Fabio Adriani, su mujer Marta y sus hijos desaparecieron el mes pasado en un accidente de avión a las puertas de Marsa Matruh, cuando regresaban de Roma.

—¿Por qué tendría que parecerme absurdo?

—*Eh bien! c'est évident.* Habrían podido coger el barco de línea, como todo el mundo. O, mejor aún, habrían podido no ir a Roma. Pero ¿qué se le va a hacer? ¡Tan italianos y tan judíos!

Habían pasado muchos años desde que Kostís había inventado «la vida de la puerta de atrás», donde aprendía a conocer Egipto. Lo que quedaba de lo maravilloso de la infancia era una mezcla de magia y recuerdos, en la que el tiempo borraba a los muertos, los indeseables y los indiferentes. En cierta manera, la «vida de la puerta de atrás» se convirtió en el Keadas de su alma, una manera de cerrar los ojos a la realidad con la que, en otro tiempo, trataba de impregnar por entero su ser.

En 1947, una epidemia de cólera asoló Egipto. Entonces cayó en la cuenta de que lo que antaño observaba en las calles, protegido por el candor de su condición de testigo que admira lo que sucede, quizá no era tan solo una fiesta multicolor, sino un universo de pobreza y miseria insondables que se encarnizaban contra una mayoría de sus semejantes. ¿Por qué él nunca había calibrado este hecho? ¿Era la reticencia intrínseca de la ingenuidad? ¿O la pobreza se escondía, por pudor o por vergüenza, detrás de las puertas, como un secreto culpable?

La cuestión adoptaba otro significado en boca de su madre.

—La gente tiene hambre, Kostís. Es imposible imaginar la miseria en que viven —dijo una mañana en el desayuno mientras él devoraba unos *krapfen* y bebía té.

—¿Por qué me dices eso ahora, mamá? ¿Debo salir a la calle y repartir *krapfen* y té a los pobres?

—¡Ah, Kostís!. No comprendes nada. Hemos vivido tantos años de despilfarro y de ostentación, ignorando los tormentos de miles de seres humanos.

—No los hemos ignorado. *Au contraire*, damos pan a mucha gente, no lo olvides.

—¿Pan a mucha gente? Entonces, ¿por qué tengo la sensación de haber comprado mi bienestar al precio de la desgracia de centenares de ellos?

—Son manías que se te meten en la cabeza.

—Eso es lo que tú crees. Pero tú no has visto lo que he visto al visitar las casas con el comité de lucha contra el cólera de la comunidad. Así se llega a comprender que esa prevención aparezca como un lujo a los que se están muriendo de hambre.

—*Tant que ça?*

—Debido a nuestro sentimiento de inseguridad, acogemos a esos pobres diablos que vienen del extranjero, de tan lejos. Son mano de obra barata cuando las cosas van bien, pero, cuando llega la temporada de las vacas flacas, los abandonamos a su triste suerte; ya pueden reventar *and we don't give a damn*.

—Mamá, no te reconozco. ¿Qué te pasa hoy? Me parece estar oyendo a Nikitas. Me pregunto qué puede esperar un director de empresa cuando su madre agita ante sus propios ojos la hoz y el martillo.

—Tu recurres al humor, Kostís, pero yo sé que nos hemos comportado como criminales con respecto a una multitud de seres humanos, y lo peor es que no pagaremos por ello. Al contrario, nos condecorarán por todos los pobres que se han beneficiado de las ayudas de nuestras asociaciones filantrópicas. ¡Dios mío! ¿Se puede ser más hipócrita...?

—Es la vida. El rico es rico y el pobre es pobre. Cada cual sigue su destino.

—¡El destino! Francamente, qué invento tan práctico.

—Decididamente, no sé qué te pasa hoy, mamá. *Occupe-toi de tres propres affaires*. Deja de dedicarte a esa lucha contra el cólera. Lo único que conseguirás es traernos el cólera en bandeja. Piensa en tu nieta...

—*Don't worry, my boy*. Para nosotros el cólera nunca es más que un rumor, igual que la pobreza. ¡Lástima por el pueblo!

—No hables así. El cólera ronda por todas partes. En la fábrica hemos dado consignas estrictas ¿lo sabes? Nadie puede pasar el portalón sin desinfectarse las manos con permanganato. Misha vigila en la entrada, como un cancerbero. Se aplican reglas de higiene muy rigurosas, puedes creerme.

—En la escuela de Dafnula hacen lo mismo. Pero no nos engañemos, el cólera es como un árbol, para dar frutos necesita un suelo fértil. Estaba pensando que este verano no será fácil, y me decía que no estaría mal que hiciera un viaje con mi nieta.

—¡Pues claro, marchaos! Te sentará bien. Antes viajabas mucho —recordó mientras Fátima le ayudaba a ponerse la chaqueta de lino claro y le daba su canotier—. En Suiza, por ejemplo, esta época del año es ideal.

—Espera. No hablaba de un viaje a Europa.

—Entonces, ¿adónde?

Se sacudió las manos para poner las mangas en su sitio.

—Pensaba, *I was wondering*. Quizá ya es hora de que la montaña vaya a Mahoma.

—¿La montaña a Mahoma? *Ça veut dire...?*

—*Ça veut dire* hacer un viaje a Palestina —farfulló Dafni.

—Tendrás que sacarte eso de la cabeza —replicó bruscamente.

—Kostís...

—Sácate eso de la cabeza.

—Hijo mío, no puedes privar eternamente a una madre de su hija. Es un pecado.

—Yo no la he privado de ningún hijo, y tú lo sabes. Se ha privado ella misma. Sabes que no quiero que se hable de eso en casa.

—El silencio no resuelve nada, y menos aún cuando es impuesto por una sola persona.

—No me gusta nada lo que dices hoy, señora Dafni. Te lo advierto —la amonestó, moviendo el dedo en señal de aviso.

—Estoy diciendo exactamente lo que debes oír, y no me amenaces —respondió ella en el mismo tono—. A no ser que pienses separarte también de tu propia madre.

—*Merde, alors!* ¿Pones a una judía por encima de tu propio hijo? Nunca habría esperado oír algo semejante de tu parte —dijo en tono fulminante.

—Y yo creía que no habíamos tenido más que un nazi en la familia, y que había muerto.

La ira sonrojó ligeramente sus mejillas y le dio una breve sensación de juventud. Kostís no se dio cuenta. Se fue, fuera de sí, dando un portazo, como cada vez que tomaba conciencia de su error. Detrás de él, Fátima juntaba los restos del desayuno en una bandeja grande de cobre.

Cuando *Life* dedicó uno de sus números del mes de marzo de 1947 a Haike Ruysdael y describió su vida tumultuosa, así como su notable acción en la Resistencia en el transcurso del último año de la ocupación alemana, la única alejandrina que no se sorprendió fue Yvette Santon. Había transcurrido un año desde la huida de su amiga a Palestina cuando recibió una carta de ella

en 1943. Era evidente que no había encontrado ningún otro corresponsal. En agosto de 1942, había escrito a Kostís mencionando sin ambigüedad la posibilidad de un regreso; la actitud disuasiva de su marido había cortado en seco la más mínima veleidad de volverse de nuevo hacia África. Desde entonces, su vida había cambiado de una forma considerable y experimentó la necesidad de hablar de su metamorfosis.

*Querida Yvette:*

*Después de un año de silencio voluntario, en el que he intentado vivir en la tierra que me ha visto nacer sin mi muleta alejandrina, creo que ha llegado el momento de entregar a alguien lo que hoy me hace más feliz que nunca y me da fe y coraje para afrontar un futuro que no se anuncia fácil ni garantizado.*

*Si hago un repaso de mi vida en Palestina, tengo que empezar por el hotel King David, adonde llegué casi al mismo tiempo que Jorge II, el rey de los griegos, y su gobierno en el exilio. (¡Decididamente, los griegos me persiguen!). Para quien había nadado en la opulencia de la mansión Járamis, el lujo de un hotel frecuentado por una clientela de altos vuelos caía por su peso. La sensación de seguridad que proporcionan esos establecimientos en todas las ciudades del mundo era imprescindible para mí, que acababa de exiliarme; no te oculto que pensaba convertir en dinero una buena parte del contenido de mi joyero para permitirme algunos años en ese lugar. À la vérité, tenía, o creía tener, billete de vuelta. Por otra parte, le situación seguía sin decidir y eran muchos los que no habían regresado a Alejandría. Cuando Kostís me comunicó que no era ese el caso: «... ni hablar de que vuelvas», me escribió textualmente, consideré que me dejaba actuar a mi manera y no me he privado de hacerlo.*

*Más allá del modo de vida de la población en Galilea, en Sharon y en los valles, jóvenes muchachos y muchachas, vigorosos, sanos y con la piel tostada sonríen hoy a su ideal: se inclinan sobre la tierra prometida y la doman con sus manos, aprenden el arte de la paz y también de la guerra, leen poesía, filosofía, tocan música, se enamoran y tienen sueños. Conciben y construyen la historia de los kibbutzim.*

*No te estoy escribiendo desde el King David, sino desde un kibbutz (el Kfar Galanti, en la zona norte, si conoces un poco la región), y se lo debo a una pareja de veteranos que he conocido en mis peregrinaciones a Jerusalén, ya sabes, las sinagogas sefardíes, el Muro de las Lamentaciones y todo lo que parece importante para un judío. À propos, has de saber que aquí la mayoría no es especialmente practicante. Se va a la sinagoga solo por Yom Kippur y a veces a la procesión de Sim'hat Torá, y los que tienen interés en preservar la coartada del judaísmo encienden velas el sábado por la noche.*

*Esa pareja formaba entonces parte de los pioneros que han promovido un tipo de vida comunitaria original en la tierra de Palestina. Nuestras conversaciones me abrieron los ojos. Aquí se están excavando los cimientos de un nuevo país, el orden del mundo se está restableciendo mientras que un pueblo de intelectuales combatientes se pone en pie para reaccionar al fuego de los terroristas árabes.*

*Estoy segura de que no reconocerías a la persona en que se ha convertido la delicada señora Járamis de Alejandría. Las horas interminables al sol han transformado el alabastro en bronce. El trabajo en el campo ha transformado en manos rugosas aquellas que tú conociste finas y*



*suaves. Incluso la recogida de fruta es un trabajo penoso para la ex maniquí de la casa Chanel. Por la noche estamos agotados, pero es un cansancio agradable que llena de energía y promesas para el mañana. Con las tareas cotidianas y los trabajos sencillos se cultiva la salud, que apaciguan la mente y no dejan lugar al aburrimiento.*

*Llevo una existencia acertada y auténtica, sin sustitutos adulterados. He aprendido a soportar la soledad y el trabajo, el de la vida en los campamentos, y una vida dura en tienda de campaña, pero eso no es suficiente para mí. Lejos, en alguna parte de Europa, sigue existiendo un mundo tristemente real, en el que la arcilla humana es moldeada por el fanatismo y el absurdo social. Monstruos con rostro humano, con uniformes verdigrises y esvásticas amenazan a nuestro pueblo. ¿Y qué hacemos nosotros? Nos entrenamos. Nos convertimos en diosas y dioses contemporáneos de la guerra, preparamos la réplica. Volaremos por encima de las nubes negras del continente ocupado y difundiremos la llama de la resistencia. El mañana pertenecerá a los que mantengan los ojos abiertos ¡Viva el mañana!*

Cuando Yvette volvió a leer la carta, encontró en ella los elementos que, según la revista, hicieron de Haike *the absolute heroine*, la heroína absoluta de una guerra absoluta. El artículo empezaba con la heroica travesía de su madre, Rachel Ruysdael, por los Pirineos en septiembre de 1940. Rachel formaba parte del pequeño grupo de refugiados que, en el amanecer del 26 de septiembre, subió a pie la montaña para llegar a Portbou. Tras doce horas de marcha, descubrieron que acababan de cerrar la frontera franco-española. El suicidio de Walter Benjamin, miembro eminente del grupo, en cierto modo les salvó la vida; en efecto, las autoridades, impresionadas, dejaron que los demás emigrantes pasaran a España. Cuatro años después, la hija de Rachel siguió el mismo trayecto para escapar a los nazis que la buscaban por toda Francia. Entrenada para la guerrilla y los actos de sabotaje, saltó en paracaídas en la Francia ocupada para coordinar a pequeños grupos de resistentes judíos, poco antes del desembarco de los Aliados en Normandía. Su paso a territorio español se debía sobre todo a su deseo de volver a ver a su madre. Pero no tuvo esa suerte, ya que cuando llegó al lugar de la cita se enteró de que Rachel había muerto hacía una semana de un edema pulmonar. Haike reemprendió el camino hacia Palestina y se dedicó a la música y a la promoción de su patria. Al servicio de ese ideal dio recitales de piano a través del mundo. Sus dedos largos y finos, que no habían perdido su agilidad y encantaban a los amantes de Bach, Chopin y Rajmáninov, habían manejado con igual destreza la granada y el revólver contra los nazis. Su cuerpo vigoroso había aprendido a balancearse en el azul y a aterrizar con toda su belleza en paracaídas, en territorio enemigo. Sus ojos, que cautivaban a hombres y mujeres, durante un tiempo velados o inundados por el alcohol, eran zafiros radiantes, relámpagos de fuerza y coraje que iluminaban la cubierta de la revista.

La misma Dafni percibió su penetrante vivacidad. Sus setenta años le permitieron descifrar ese recorrido, que se prestaba a la confusión, de su nuera maldita; en el fondo de su alma experimentó la admiración tabú que tanto se había reforzado durante el breve período en que la abuela, la madre y la nieta habían vivido juntas en la suite del King David, donde Haike parecía literalmente una fiera enjaulada. Su propuesta de devolver las joyas que se había llevado constituía un testimonio deslumbrante de su metamorfosis. Sin embargo, su suegra no las aceptó. «Guárdalas. Estoy segura de que servirán a una causa noble. Tal vez atraerán el perdón de Dios al

alma tan querida de mi pequeño Majos.» Fueron tan hermosos, en 1948, los días de paz que precedieron a la nueva guerra en la que Egipto participó en la expedición panárabe contra el recién estrenado Estado de Israel.

Haike volvió a aparecer como una heroína; el día Año Nuevo de 1950, su fotografía en un carro de combate dio la vuelta al mundo. Egipto pronto la consideró como la enemiga y la prensa en lengua árabe la puso en la picota. La falta de decencia no tiene fronteras; hubo un periodista egipcio que escribió días después: «No os caséis nunca con una judía; un día os veréis obligados a repudiarla, eso sin contar con que, más tarde, puede que os enteréis de que en vuestro propio hogar habéis alojado a un enemigo mortal del país que os ha acogido. Entonces no sabríais dónde esconder vuestra vergüenza».

Cuando Kostís leyó este pasaje su garganta se cerró y, aunque se aflojó la corbata, vivió todo aquel día con la misma sensación de asfixia. Esa noche volvió tarde a casa, con el periódico bajo el brazo, aun cuando sabía que las dos Dafni lo esperaban como de costumbre para cenar. Se sentía extrañamente nervioso. Su hija no lo esperaba en la entrada y la casa le pareció demasiado iluminada. La emprendió con todo esa noche. Con el *parfum* de su madre, especialmente.

—Eres increíble. ¿De repente, después de tantos años, te molesta el *parfum* de tu madre?

—¿Dónde está mi hija? —El tono de su voz era cortante.

—Ha subido un momento. Ahora mando a alguien a buscarla. Pero ¿qué te pasa? Estás amarillo como un limón. *Qu'est-ce qui ne va pas?*

Se aseguró de que Dafnula no estaba por allí y, por toda respuesta, arrojó el periódico sobre la mesa y rugió:

—¡No quiero oír hablar nunca más de esa puta judía en esta casa!

Dafni lo miró fijamente, estupefacta, pero no dijo ni pío. Kostís hundió las manos en los cabellos como si fuera a arrancárselos y se derrumbó en una silla. Su madre cogió el periódico que acababa de arrojar sobre la mesa y se puso a darle aire, gritando:

—¡Kostís...! ¡Dafni...! ¡Kostís...! ¡Fátima...! ¡Chicas...!

Completamente desorientada, no sabía ya ni qué decía. Consiguió llamar a Stéfanos, el médico. En el comedor se oía el crujido del periódico y a Dafnula que repetía sin parar:

—¡Papá! ¡Papá!...

Fátima, una de las doncellas árabes, acudió con un vaso de agua en la mano, con sus michelines agitándose bajo la chabra. La escena le recordó a la señora Dafni el desvanecimiento de Jaritomeni, nueve años atrás, cuando los alemanes invadieron Grecia. Había llegado Stéfanos y, según su método habitual, había controlado el incidente con una inyección calmante. Ese día no hablaba de forma muy tranquilizadora del estado de Kostís.

—Tu hijo está en una edad peligrosa, señora Dafni. Debe tener cuidado —dijo al despedirse.

—¿Y me dices eso a mí?

—Se lo he dicho a él varias veces. Pero no está mal que tú también lo sepas. Tiene que evitar contrariedades y descansar. Calma y descanso ante todo.

—*Facile à dire...* Ya sabes cómo es...

—Lo sé, por eso te lo digo. Si el malestar continúa, no sirve de nada reflexionar: dirección Kotsikio. Ya no estamos en la primera juventud, señora Dafni.

Ella habría aceptado ese veredicto de cualquiera menos de él, aunque habían transcurrido muchos años desde la primera vez que lo había visto en Alejandría; un joven médico prometedor,

después de haber estudiado en Alemania. Eso nos sucede con algunas personas. Las encerramos en un rincón de nuestro pasado, cuando en realidad viven a nuestro lado y, en cierto modo, incluso envejecen junto a nosotros.

—¿Cuánto tiempo hace que eres nuestro médico, Stéfanos? —le preguntó a bocajarro.

—No me acuerdo exactamente, señora Dafni. Debe de hacer bien treinta años.

Se caló los pequeños lentes redondos sobre la nariz.

Una especie de ángel guardián, pensó ella al añadir:

—Para las enfermedades de grandes y pequeños. Gracias por lo que has hecho por nosotros, durante tantos años. —Y a su pesar, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Pero bueno, señora Dafni! ¿Qué te pasa esta noche? Un exceso de emociones. Vete a descansar, por favor, y no me tengas más tiempo en la puerta, estoy helado. Llamaré mañana por la mañana. Y, como te he dicho, repítele a Kostís que debe tener cuidado. Ya no somos chiquillos de veinte años.

Lo vio caminar pesadamente hacia la verja. Verdaderamente, comprendió lo que quería decir.

En efecto, había que rendirse a la evidencia. Al alba de los años cincuenta, su hijo ya no era tan joven; ya no debía ponerse furioso por naderías. Cogió el periódico para ver por sí misma la causa del mal, pero se detuvo antes de leer el artículo incriminado, ya que la escritura árabe, tanto por el sentido de la lectura como por la escritura, le daban siempre vértigo. ¿Qué importancia tenía eso? Llamó a Fátima para que quitara la mesa. Decididamente, nadie tenía hambre esa noche. ¿Cuántas Fátima habían desfilado por su casa? Todas ellas se habían desacreditado al robarle abiertamente. Con el paso del tiempo, había acabado por simular que no se daba cuenta de nada. Los hurtos eran irrisorios. No se atrevían a robar objetos de valor. Sus actos contribuían a completar sus magros emolumentos. Las culpables estaban siempre radiantes cuando creían haberla engañado; de hecho, eso las hacía particularmente simpáticas para el ama de casa, que sabía mejor que nadie lo que significaba la manía de birlar algo, lo que fuera.

Las ayas y niñeras no eran una especie más recomendable. Cuando miss Gaby se había ido definitivamente de la casa con su hermano, se había llevado una estatuilla —falsa, por suerte—. En cuanto a miss Jane, la joven inglesa llenita que reía y gritaba más fuerte que Dafnula, había desaparecido un día sin avisar, poco tiempo después de la muerte de Majos. Elias Juri dio a entender con medias palabras que se trataba de una agente de los servicios secretos británicos; *the planted agent*, según la expresión acuñada, especialmente en un contexto familiar en el que se sospechaban simpatías nazis. Quizá fue ella la que, en primer lugar, desenredó la madeja del asesinato de su hijo.

Al lado de tales individuos, las sirvientas egipcias, un poco cleptómanas, merecían más confianza. Sobre todo la que Kostís llamaba Fátima número 5, que era un tesoro. Había llegado de Damanhur en 1939, siendo casi una niña. Once años después, seguía pareciendo muy joven. No formaba parte de la categoría de criadas que se pasaban la vida cotorreando y te miran con mala cara a la primera ocasión. Por eso Dafni la ponía aparte.

¿Sería la última de la «dinastía», pensó con un escalofrío.

El médico tenía razón. La indisposición de su hijo la había perturbado. ¿Adónde había ido su serenidad legendaria? ¿La había perdido al mismo tiempo que su colección? No debería haber escuchado a Kostís. Esa donación forzada al Estado egipcio equivalía a una quiebra. Se había privado voluntariamente de una parte de su fortuna que habría podido utilizar en momentos

difíciles, del mismo modo que había hecho para sostener los esfuerzos de guerra de su patria. La estabilidad financiera nunca había sido un rasgo dominante en Alejandría. Dafni había conocido familias que de un día para el otro se habían arruinado completamente. Bastaba una muerte, una enfermedad, la falta de alguien que tomara el relevo, y el trabajo y el esfuerzo de décadas se convertía en humo. Si por desgracia —¡Dios no lo quiera!— un accidente nefasto le sucediera a su hijo, ¿quién estaría en condiciones de tomar las riendas de la fábrica? Dafnula era una prenda de esperanza, brindaba un baño de juventud a la casa de la calle de los Abasíes, pero no iba más allá. La fábrica de Mahmudieh, sus almacenes y sucursales en todo Egipto era una mecánica pesada, de engranajes complejos y resortes invisibles; por ello había admirado en secreto a su marido, y asimismo a su hijo. Cada uno a su modo, habían asegurado la continuidad de la empresa. No había que molestar demasiado a esas personas, pero sí dejarlas cumplir serenamente su importante misión.

¡Ah, si Haike no fuera judía!... Se recuperó enseguida. ¡Qué tonterías dices! Se la imaginó al borde del agotamiento, como debía de estar después de cada jornada de trabajo en el *kibbutz*, orgullosa, sonriente, voluntariosa. No sospechaba que el hombre que había amado y que había visto realizar tantas cosas estaba a punto de derrumbarse y la maldecía por haberlo reducido a ese estado.

—Ven, abuela, papá se ha acostado, ven a echarte tú también —sugirió su nieta, que la cogió del brazo para subir con ella la escalera.

Inconscientemente, quiso desprenderse. No necesitaba a nadie que la sostuviera. Pero no quería ofender a su querida Dafnula y se apoyó en ella murmurando:

—Muy bien, hija mía, vamos.

En ese instante sintió el cansancio al que se había resistido rabiosamente hasta entonces. Iba tomando posesión de cada centímetro cuadrado de su cuerpo. No era la fatiga del día, sino más bien un cansancio de fondo acumulado en sus células, dulce e irresistible.

¡Cómo he envejecido!, pensó mientras recorrían el pasillo hasta la escalera de mármol. En el sofá de la entrada vio a Frixos, el perro de Dafni, que dormitaba. No tenía siquiera la fuerza de remover la cola, cuánto menos de perseguir a los gatos...

Todo envejece en esta casa, pensó oprimida por un sentimiento de desesperanza. Inmersa en una súbita visión, vio la casa desierta, el jardín invadido por las malas hierbas, las estatuas rotas por el suelo. ¿Era el fruto absurdo de su imaginación o cierta premonición de vicisitudes futuras?

«Durante la guerra de 1948, Gamal Abdel Nasser pertenecía a uno de los tres batallones egipcios que los israelíes mantuvieron rodeados en la bolsa de Faluya...», respondía Elias Juri cuando le preguntaban su opinión sobre el jefe de Estado en los años cincuenta. Por lo demás, su respuesta se leía en la tristeza de su mirada al contemplar la mansión ahora cerrada de Samuel Agiman en Ruchdi. Aparentemente, había olvidado que en los años veinte Sami y él reñían como el perro y el gato a propósito de Palestina. Hoy se le oprimía el corazón al ver el jardín abandonado y las persianas de la planta baja semicerradas, que algún sirviente distraído había olvidado bloquear sólidamente antes de poner el gran candado en la verja de la entrada.

Los levantinos cosmopolitas de la vieja Alejandría solían mencionar al soberano depuesto. Entonces Elias no dejaba de sorprenderlos también:

—Lo recuerdo. Era un caluroso día de verano cuando Faruk, totalmente corrupto e

incompetente, emprendió el camino del exilio. Había reunido todo lo que era posible llevarse, luego subió a bordo de su *Mahrusa* y, si te he visto no me acuerdo, aquí no ha pasado nada. Adiós.

—No estabas a favor de Faruk, no estás a favor de Nasser. ¿Al final, a favor de quién estás?

—De Alejandría.

—Has envejecido, mi querido Libanés. Ya no sabes lo que dices.

—Yo no he envejecido. Es mi ciudad la que ha envejecido —insistió.

Pero su aspecto lo desmentía. La piel flexible de su rostro, antaño tan blanca como una pita libanesa, se había oscurecido en algunas zonas; el tiempo la había curtido de manera desigual. Por muy armonioso que fuera, el lenguaje de las arrugas que serpenteaban desde la frente hasta los pómulos y rodeaban los ojos para llegar hasta el cuello, era despiadado. El dandi controvertido de los años veinte y treinta había cedido el paso a un personaje enigmático que se negaba a envejecer y utilizaba el bastón de ébano con puño de plata como un símbolo de poder y sabiduría. Yvette lo fulminaba siempre con reproches.

—*Vieux salaud, va!* ¿Qué te he hecho para que echas a perder mi vida en esta ciudad maldita, puedes decírmelo?

Entonces cerraba los puños y fingía golpearle los hombros. Él le cogía las manos, abría las palmas y después de besarlas una tras otra, frotaba suavemente su piel apagada y murmuraba:

—*Calme-toi, mon amie*, sabes tan bien como yo que los dos estábamos hechos para esta ciudad, y que esta ciudad estaba hecha para nosotros. Dime, ¿en qué otra ciudad del mundo se las habrían arreglado dos pillos como nosotros?

Yvette trataba de liberarse de las tenazas de su ternura, y se dejaba caer en cualquier silla. Se cubría con las manos los ojos llenos de lágrimas y su voz ronca, desecada por la edad, en el límite de la aflicción, murmuraba:

—*Tant de promesses, tant de promesses...*

Pero sabía que no tenía de qué quejarse. Aquel pequeño Satán, que la había sobornado con bellas palabras, siempre le había rendido cuentas ventajosas para ella. La había llevado hasta el mismo punto en que ella había podido satisfacer sus pasiones y saciarse de dinero y placeres bajo el barniz brillante del cosmopolitismo mediterráneo.

Con mucha frecuencia, él pensaba que la ciudad fabulosa era una de sus creaciones y que no estaba dispuesto a abandonarla en las manos de un Nasser cualquiera que la destruiría.

No dejaba de repetirle: «Ves, no te he abandonado, me he quedado junto a ti hasta el final». En realidad, a quien no habría dejado nunca era a Alejandría. Al final, el viejo Elias había demostrado más coraje en el ocaso de la vida que en sus principios, ya que ahora el enemigo no solo estaba a la puerta, como en tiempos de Rommel. Había entrado en la ciudad y saqueado su pasado cosmopolita. Y el Libanés intentaba desesperadamente salvar lo que podía salvarse. Perdía las batallas, unas tras otras —el nuevo régimen había cerrado el burdel de Mustafá Pashá y echado, a su manera, a los caballeros alejandrinos—. Sin embargo, seguía convencido de que ganaría «la guerra». Viejo, gastado por los excesos de una vida de libertinaje, frente a un régimen todopoderoso dirigido por un hombre monstruoso —inteligente y seductor a fin de cuentas— cuarenta años más joven que él, no carecía de altivez.

De todos modos, no ignoraba que disponía de un arma temible para proseguir imperturbablemente su trabajo de zapa con relación a la omnipotencia nasseriana: su panarabismo

y su antisionismo vehementes. Sus convicciones, que nunca había vacilado en expresar delante de quien fuera, le habían ganado el respeto de todos, en particular de Nur, el oficial de policía.

—Tú eres de los nuestros. No tienes nada que temer.

Elias sonreía de manera enigmática pero, en el fondo, maldecía a ese turco-egipcio que, en 1952, con muchos otros, había exigido la ejecución pública del rey destituido, y también había abogado, en 1954, por la destitución del moderado general Naguib por parte de Nasser.

—¿De qué lado estás? —insistía Yvette.

—A mi edad, por suerte, ya no es imprescindible estar del lado de nadie. Pero si tuviera treinta años, estaría del lado de los estadounidenses. Ellos serán los nuevos británicos.

Al principio se inquietó al ver a Nasser seguir el mismo camino. Sus relaciones con los estadounidenses eran excelentes, al menos según los periódicos de El Cairo:

*Estamos en plena guerra fría, pero igualmente en el apogeo de Hollywood. El nuevo hombre fuerte de Egipto adora el cine estadounidense. Le gusta especialmente el filme de James Stewart Qué bello es vivir. Por eso sus amigos estadounidenses le han regalado una versión especial subtitulada en árabe.*

—El idilio durará poco —profetizó Juri.

Y así fue; el 27 de septiembre de 1955 llegaron las primeras armas soviéticas que Jruschov enviaba a Nasser.

—*Alors*, el hijo del cartero de Bakos va derecho al desastre —señaló el Libanés frotándose las manos de satisfacción.

Nikitas se apresuró a lanzar las campanas al vuelo, creyendo que excarcelarían a sus amigos comunistas, pero el Libanés expresó ante Kostís las mayores dudas a ese respecto:

—Dile a tu primo que no debe alegrarse antes de tiempo. Nasser no es comunista. No conseguirá más que provocar algunas tentativas de golpe de Estado, a las cuales escapará si la suerte le sonríe.

En los meses que siguieron a Nasser se vio enfrentado a repetidos atentados, le dispararon con revólver, echaron veneno en su café y pusieron gas paralizante en el sistema de ventilación de su cuartel general. Finalmente, «el coronel de ojos negros y brillantes como ascuas» vio cómo se derrumbaba su sueño de la gran presa de Asuán. El 19 de junio de 1956, Estados Unidos anunció la anulación del plan de financiación de las obras.

—*Ça lui apprendra* que no hay que despertar al león que duerme —comentó el Libanés con placer malicioso.

Desde el principio, se había opuesto a ese proyecto desmesurado. *Da mocs saidi*. Solo a un imbécil de un metro noventa y noventa kilos de peso podía ocurrírsele la idea de dominar la voluntad del Nilo para que su nombre se recordara en la historia.

Pero su adversario no había dicho aún la última palabra.

Días antes del 26 de julio de 1956, el cuarto aniversario de la destitución del rey Faruk, Nur lo llamó por teléfono.

—El jefe supremo va a pronunciar un discurso en Mancheia. Sería una gran alegría para él que estuvieras presente. Sabes que te tiene en gran estima.

—Transmítele todo mi agradecimiento. Soy *trop âgé* para ese tipo de manifestaciones. Todos los árabes irán a escucharlo. ¿Te imaginas mi presencia entre ellos, igual que el patito feo entre gansos salvajes, o a la inversa, si lo prefieres? Déjalo; voy a escuchar el discurso por la radio.

—*Comme tu voudras* —dijo el policía con su acento curioso, y colgó.

En medio de un ambiente asfixiante debido al jamsin, Nasser, con un traje gris, de pie en su descapotable y rodeado de sus guardaespaldas, recorría despacio las calles de Alejandría, respirando los discretos efluvios del jazmín de la ciudad. Bien parecido, como una estrella de cine sobre un fondo de edificios y minaretes, daba la impresión de avanzar, seguro de sí mismo, por los caminos de la historia que llevaban a la plaza Mohamed Ali. La población, agolpada en las plazas, las calles, los balcones y los cafés, lo aclamaba ruidosamente. La gran plaza estaba llena a rebosar desde mucho antes; el triunfo de los árabes se manifestaba por la multitud de chilabas, tarbushes y *taias*, los echarpes, que flotaban al viento. Nikitas y Zanasis formaban parte de los pocos europeos que habían bajado a la calle y se sentían bastante perdidos en aquel gran delirio.

—Debe de haber más de un millón de árabes en Mansheia en este momento —comentó el sobrino volviéndose.

—Exageras un poco, Zanasis —replicó Nikitas.

—¿Cuántos crees tú que habrá, tío?

—¡Qué sé yo! Doscientos mil, como máximo.

—¿Y por qué no habrá más de doscientos mil? —insistió Zanasis.

—¿Cómo? ¿Vamos a jugar a las adivinanzas ahora? ¡Dios mío, cuántos árabes!

Si algún día este pueblo de hormigas se despierta, nos comerá de un solo bocado. Y pensó en los disturbios de 1921, y años antes, la pesadilla de Orabi, que contaban los más viejos. Maquinalmente, se quitó el canotier y lo agitó como si saludara.

En ese mismo momento, encerrado en el despacho de su piso en Ruchdi, acompañado por el silbido monótono de un ventilador, Elias se inclinaba, inquieto, hacia la radio y esperaba el discurso de Nasser. Esa tarde prefería la penumbra. Le había pedido a su sirviente, Ahmed, que cerrara las persianas del lado del sol. La luz que penetraba a través de los vitrales del otro lado de la estancia imprimía tranquilizadores matices anaranjados a la caoba maciza de los muebles y la consola de la radio. Se había dejado caer en un sillón de cuero, del que solo sobresalía la coronilla de su cabeza aureolada de la pelusa nevada de sus cabellos. Hacia el techo se estiraba una columna de humo y se dispersaba entre los giros del ventilador. Encendía un cigarrillo tras otro y su garganta irritada le hacía toser constantemente. No conseguía terminar el té debido al teléfono, que no paraba de sonar. Como de costumbre, sus amigos europeos y levantinos deseaban conocer su opinión, sobre todo en esas horas críticas. Al final, se hartó y lo desconectó.

Mientras tanto, en el balcón de la Bolsa el hijo del cartero de Bakos había empezado a arengar a la multitud reunida en la plaza desde mucho antes. Su voz tenía el tono de queja nasal característica del idioma. Elias, que se había encontrado en muchas ocasiones en el mismo lugar, imaginaba el espectáculo que el jefe de Estado tenía ante sus ojos. En el horizonte, los últimos rayos del sol debían de componer un fondo espectacular, salpicando de colores de poniente las pequeñas nubes dispersas, mientras que abajo, en la plaza, un jardín de turbantes blancos y de tarbushes rojo oscuro ofrecían un espectáculo de lo más impresionante.

Desde los primeros minutos fue perceptible la ira contenida del orador. ¿A quién iba dirigida?

La respuesta era más que evidente. Los que habían acudido a escucharlo no esperaban oír la letanía de las humillaciones que los europeos habían hecho soportar a los egipcios en el transcurso de los últimos siglos, ni tampoco la expresión de descontento de Nasser con relación a la *Saad el ali*, la gran presa de Asuán que podía quedarse, por toda la eternidad, en una penosa quimera. De vez en cuando se podía oír el griterío de la multitud que desbordaba la plaza y serpenteaba por las callejuelas de alrededor. «¡Gamal! ¡Gamal!», el grito repetido por miles de voces hacía vibrar el aire de Alejandría. Pero Nasser no se dirigía a la multitud. Enigmático, incómodo, el orador de tez oscura tenía otra cosa en la mente. Quizá su confianza se había tambaleado por las humillaciones de los últimos días. La negativa del Banco Mundial a financiar su gran obra le había infligido una grave afrenta. Después de dos horas de charla desordenada, acabó por cansar a su inmenso auditorio y Elias se alegraba de la mediocridad de su intervención; iba a apagar el receptor cuando se puso en evidencia una fórmula extraña: «Imaginé que había visto a Ferdinand de Lesseps». Una frase arbitraria, sin relación con lo que precedía ni con lo que venía a continuación, una idea absurda, en cierto modo. El nombre de quien había proyectado el canal de Suez resonó en la cabeza de Elias como una contraseña. Lo sobrecogió una inquietud vertiginosa. En la media hora siguiente, Nasser repitió catorce veces ese mismo nombre. Ya no había ninguna duda. Individuos situados en diversos puntos estratégicos de Egipto, estaban recibiendo un mensaje codificado de su jefe, una señal de acción. Pero ¿quiénes eran, dónde de encontraban?

Minutos después, el mismo Nasser respondía a esa pregunta y sorprendía al mundo entero: «Algunos de nuestros conciudadanos acaban de tomar el control del canal de Suez», gritó en dirección a la multitud. En medio del pánico consiguiente, el Libanés se quedó desconcertado unos instantes, hasta que tomó conciencia de las consecuencias de esa declaración lacónica. Hundió el rostro entre las manos y musitó, extenuado: *Oh, my God!*

«Morir con las botas puestas», solía decir la difunta tía Maria, y Kostís repetía la frase cada vez que su madre o el médico le aconsejaban que se tomara un descanso.

—*Ce n'est pas une plaisanterie* —aseguraba la señora Dafni—. Trabajando como tú lo haces, la vida habrá pasado sin ti.

Es cierto que los años cincuenta habían pasado como el agua bajo los puentes, pero su pasión por el trabajo no era lo único que estaba en tela de juicio. A su edad, había vivido demasiado, o al menos lo bastante, para no impresionarse ya por nada ni por nadie. Le parecía conocerlo todo sobre los hombres, no necesariamente porque hubieran estado en contacto sino porque, a fin de cuentas, los tics y expresiones del rostro —hasta cierto punto— se repetían de un individuo a otro. Los días se sucedían indistintamente y acabó por contar el tiempo por semanas, luego por meses y pronto por años. Y así, sin saber cómo, cruzó magistralmente el umbral de los sesenta.

La actividad febril que desplegó durante ese tiempo no fue precisamente una pérdida. El general Naguib, jefe de la junta que había depuesto al rey Faruk, lo saludó de una manera elocuente en el transcurso de una comida oficial en otoño de 1953 en Alejandría: «Señores, he aquí al nuevo rey». Esa frase ingeniosa subrayaba una evidencia que sus competidores no tenían más remedio que comprobar, desde finales de los años cuarenta.

La época de la guerra se había mostrado particularmente propicia a los intereses de Kostís Járamis. Se había llevado la parte del león como proveedor de cigarrillos de los ejércitos aliados



y del Almirantazgo de Alejandría. Había previsto que, después de la guerra, la demanda de cigarrillos británicos y estadounidenses aumentaría en Egipto. Se acordaba bien de las palabras que había pronunciado el almirante Cunningham en el transcurso de su último encuentro durante el motín en la Marina Real griega:

—Evite modificar el gusto de sus cigarrillos después de la guerra. Aun cuando nosotros, los británicos, ya no estuviéramos aquí, lo cual me parece bastante improbable, habremos dejado al menos un legado a Egipto: *the English type of cigarette*.

En 1944, cuando todo hacía pensar que la guerra tocaba a su fin, Kostís aprovechó las circunstancias y llevó a cabo amplias importaciones de tabacos estadounidenses, de tipo Virginia. Todo el mundo decía entonces que el hijo de Andonis estaba mal de la cabeza y que, en los meses siguientes, cuando los ejércitos aliados se hubieran retirado de Alejandría, tendría que él solo sus cigarrillos *English type*. Sin embargo, la profecía de sir Andrew Cunningham se cumplió y el industrial griego le quedó por siempre profundamente agradecido.

Hay que decir que, por añadidura, le había asistido la suerte. En la primavera de 1952, hubo tensiones en palacio; él prefirió privarse del título de proveedor oficial de la casa real de Egipto que entregar cada año importantes sobornos a personajes de la corte. Meses después, su actitud fue saludada por los golpistas como un símbolo del proceso de saneamiento del Estado egipcio. La simpatía que le demostró el general Naguib se transmitió a su sucesor, el coronel Nasser. En la misma época, sus nuevas marcas Perfect, Modern Times y My Pleasure invadieron el mercado y acumularon premios en las ferias internacionales.

A la fábrica de Mahmudieh se le añadió una nueva ala para los equipos de cromolitografía y fabricación de estuches, lo cual modificó la estructura de la fábrica: de una T, quedó convertida en una H. Fue inaugurada por el gobernador de Alejandría en 1955. Kostís se sintió más fuerte que nunca y tuvo la sensación de que el futuro estaba estrechamente ligado al nuevo régimen. De modo que no prestó ninguna atención cuando le pusieron en guardia sus amigos y colaboradores, que no compartían su confianza. Andreas Sistanis fue el primero en presionar para que transfiriera fuera del país una parte importante de sus negocios, y le expuso proyectos para implantarse en Sudáfrica o en el nuevo Estado de Israel, propuestas que Kostís barrió de un manotazo.

Al año siguiente, los últimos soldados británicos abandonaban Egipto, para volver meses más tarde con intenciones más belicosas. Los rumores de bombardeo de Alejandría y de desembarco de los británicos y los franceses en las costas cercanas avanzaban a buen paso, después de la nacionalización inesperada del canal de Suez. ¿Por qué se habían ido los británicos de Egipto para volver de esa manera? En la fábrica, la despedida del viejo Sistanis estuvo acompañada de manifestaciones conmovedoras. El viejo epirota ahora subía con dificultad la escalera de mármol que conducía a los despachos del piso superior. Al sumarse los años y los kilos, su respiración se hacía cada vez más dificultosa; siempre se oía una ronca respiración lúgubre acompañándolo en la subida y eso influía indirectamente en el ánimo del personal. Járamis se sintió aliviado cuando descargaron al director de sus funciones; al mismo tiempo se desvanecía la última sombra de la tutela paterna. Se acababan los rumores que, desde siempre, pretendían que era Sistanis quien evitaba que el caprichoso sucesor de Andonis diera un sinnúmero de pasos en falso en la marcha de los negocios. Lo sucedió un estadounidense, un *bon vivant* de piel sonrosada y cabello rubio y abundante, que se retiraba constantemente los mechones que le caían sobre la frente; era elegante y animaba la fábrica con su risa tonificante que resonaba en los ambientes. Antes había sido director

de Eastern Co. SAF, la empresa principal de la competencia durante la posguerra, y Kostís lo había arrancado, literalmente, de sus garras. Estaba en la avanzadilla del progreso técnico, y encarnaba las esperanzas del industrial que se enfrentaba a los colosos estadounidenses que en los últimos tiempos se habían establecido en Egipto.

En todo caso, las tentativas de reconquista de británicos y franceses cambiaron bruscamente el orden internacional. Alejandría sufrió, simplemente, otra guerra desde el aire. Los refugios, el toque de queda y las alarmas aéreas volvieron a estar en su apogeo, y los invasores bombardearon, en los alrededores de la ciudad, los aeropuertos y estaciones de aprovisionamiento. Port Said fue el blanco principal de los primeros ataques. La adhesión del pueblo egipcio que seguía a Nasser fue considerable, al igual que la solidaridad de la comunidad griega. Yerásimos, el sobrino de Nikitas, se presentó una mañana en el despacho de Kostís y exhibió con orgullo su carnet de miembro de la resistencia popular egipcia, Makaumba Saabegua, declarando:

—Tío, no pasarán.

Esta afirmación lo entusiasmó, hasta tal punto que lo gratificó con una generosa propina. El hecho de que Israel, que en su imaginación tenía el rostro de Haike, progresara al mismo ritmo que los invasores europeos le bastaba para condenar la invasión.

Elias, por el contrario, echó las campanas al vuelo cuando los Aliados tomaron Port Said.

—En veinticuatro horas habrán tomado Suez y *tout va rentrer dans l'ordre* —pronosticó.

Pero Eden ordenó el alto el fuego el 6 de noviembre a medianoche, y el Libanés se mesaba los cabellos.

—*Espèce d'idiot!* Si estuviera el viejo Churchill, no habría cometido una estupidez semejante. ¡Ahora todo está perdido!

El triunfo diplomático de Nasser a raíz de la crisis de Suez, que Kostís celebró como una victoria personal, reforzó su convicción de que su visión era acertada. Sin embargo, la comunidad griega vivía horas dramáticas, y la ingratitud de las autoridades para con ella, cuando se había movilizado intensamente a favor de la causa egipcia, debería haberle servido de lección. ¿No habían sido acaso siete pilotos griegos los que, junto con sus homólogos egipcios, habían destacado por su acción en el canal de Suez, logrando así una victoria para beneficio del jefe de Estado? ¿No eran acaso griegos los hombres y mujeres que se habían precipitado espontáneamente a donar su sangre?

La indiferencia de Kostís Járamis le valió las críticas de sus compatriotas. Algunos trataron de explicar su actitud como una especie de vicio familiar: «Exactamente como el difunto Andonis. Con tal de salvar su pellejo, ¡después de ellos el diluvio! Personas así no son patriotas», acusó un antiguo conocido de su padre, llamado Markidis, durante un consejo extraordinario de la comunidad de Alejandría. El 21 de mayo de 1957, el día de su santo, recibió una llamada de Dimulitsas, el consejero jurídico de la comunidad, que, tras desearle felicidades, le pidió que se vieran en la fábrica al día siguiente:

—*Impossible!* Mañana celebramos la despedida por jubilación de la señorita Iulía, mi secretaria, tras numerosos años de buenos y leales servicios. Imagínese, la heredé, al suceder a mi padre. Diplomada en la escuela alemana, habla seis idiomas y está dotada con otras mil cualidades. Es una soltera mayor con un sentido del deber inigualable. Comprenda usted, señor Dimulitsas, que es un golpe muy duro.

—*Je vois*, señor Járamis, *je vois*. Pero el motivo de nuestro encuentro es de la mayor importancia nacional.

—¿Serán ustedes muchos?

—Dos: el presidente de la cámara de comercio y yo.

—Bien, entonces hasta el martes por la mañana.

—Como quiera, entonces; hasta el martes por la mañana.

Cada parte dio su visión distinta del encuentro. Dimulitsas y Jrisoveryis pretendieron que se habían encontrado ante un pequeño Nasser, atrincherado tras su imponente escritorio, repitiendo a cada frase:

—Soy un hombre de negocios, *gentlemen*, no soy un político.

Por su lado, Kostís confió a personas allegadas que todo aquello no había sido más que un espléndido ballet de hipocresía, y que los dirigentes de la comunidad solo se preocupaban de los intereses materiales de los miembros más influyentes. Por eso rehusó formar parte de la delegación helénica que fue a visitar al jefe de Estado el 26 de mayo.

—No soy peor que los que se quedan aquí para llenarse los bolsillos pero envían su dinero al extranjero para disfrutarlo el día en que se vean obligados a marcharse. Entonces, que no me acusen de furioso individualismo —se defendió en la cena de despedida del Libanés en Baudrot, a principios de junio.

—*Dis donc*, ¿quieres decir que no tienes haberes en el extranjero?

—*Ouàla malim*, ni una milésima, amigo mío, *je vous assure*.

El Libanés no daba crédito a sus oídos. Solo dejó caer estas palabras:

—¡Es un error!

Kostís puso cara de no haberlo oído. En ese momento servían los segundos platos —*filet de sole Verdi y tournedos Henri IV*— y luego Juri le presentó al fin a la dama sentada al otro extremo de la mesa, que en ese momento jugaba con el broche de su cinturón. Llevaba un vestido negro ajustado de seda transparente, bastante atrevido para su edad, bordado con un galón de plata y lentejuelas a la izquierda del pecho, y en la cabeza una toca de brocado rematada por plumas de garza.

—Kostís Járamis, Yvette Santon. Yvette y yo nos vamos mañana para Beirut.

Kostís se levantó.

—Me parece que ya nos hemos visto antes. Usted estuvo en las exequias de mi padre.

—*Mais, comment ça se fait?* Han pasado veinte años —dijo, y su voz se quebró ligeramente.

—Veintiuno, para ser exactos, pero eso no significa gran cosa. Algunas personas se nos quedan grabadas en la memoria por razones desconocidas —señaló Kostís enjugándose la frente con el pañuelo—. *Il fait très chaud, n'est-ce pas?* En los últimos tiempos no soporto el calor —se quejó.

—Es extraño...

—¿El qué?

—Yo conocía tan bien a su padre y a su esposa...

—La señora es la persona que dirigía el club de las fuerzas aliadas durante la guerra —se apresuró a aclarar Elias, con la esperanza de desviar la conversación.

—He sabido que su hija se parece a su mamá. Debe de ser muy guapa.

—Lo es —respondió lacónicamente.

Si no se hubiera sentido incómodo por la conversación le habría devuelto el cumplido; ella también debía de haber sido muy hermosa en otro tiempo; su mirada, el porte de su cabeza y su aplomo indicaban que se trataba de una mujer de espléndido garbo.

Agitar el espectro de Haike no era una buena idea y Elias aprovechó la ocasión para evocar un antiguo acontecimiento.

—Es increíble. Hace más de cuarenta años que tu padre firmó el acuerdo con los británicos para la entrega de una primera remesa de cigarrillos, no lejos de aquí, en la brasserie Daniele. En aquella época servían la mejor cerveza de Alejandría. La traían directamente de Munich. Pasé por allí el otro día y sentí la necesidad de echar un vistazo, para el caso en que muchos años más tarde estuviera pensando por allí el alma del joven alocado de quien soy el sucesor.

—¿Y qué pasó?

—Qué quieres... En primer lugar, la brasserie Daniele ya no existe. En la boutique de ropa femenina que está en el mismo local, el fantasma de mi juventud no encontraría su lugar.

Los tres se echaron a reír.

Era la primera vez que se reían aquella noche. Elias pasó rápidamente su monóculo por delante de los ojos para limpiarlo. Visiblemente emocionado, observó:

—En una noche como esta tenemos derecho a creer que nada ha cambiado.

Kostís se fijó en el modo en que iba vestido. Siempre de punta en blanco, el comentario que la ciudad hacía siempre de él, no había cambiado. Esa noche no era una excepción: traje de etiqueta, monóculo, reloj de bolsillo, cadenita de plata y dos anillos en la mano derecha, una de ellas en el dedo medio, con una piedra roja de talla impresionante, como una araña gigantesca. Lo había sorprendido golpeándola suavemente en la mesa cuando se aburría. Pensó en lo que ese samlis había hecho por su familia y consideró que se imponía un cumplido.

—¿Cómo haces para estar permanentemente tan elegante, Elias?

—Créeme, acaba por dejarme exhausto. Sobre todo ahora, que lo que hago es envolver una vieja momia. Y además, ¿qué crees? Cuanto más se envejece, más se aferra uno a los accesorios, a las prótesis, para afrontar la vejez. El monóculo, por ejemplo. ¿Me has visto alguna vez usar un monóculo en el pasado? *Ça me casse les pieds; j'ai l'air d'un crétin.*

—*Au contraire.* Creo que añade algo a tu encanto.

—*Tu es gentil.*

—Pero ¿por qué os vais? ¿Nos abandonáis?

—No nos vamos. Nos echan. Quizá seamos los últimos ciudadanos franceses que siguen aún en Alejandría —precisó Elias. Y añadió—: *Eh bien!* decir que soy de origen libanés...

—¿Te has preguntado ya cómo sería Alejandría sin ti?

El Libanés se sintió visiblemente halagado.

—No pienses en eso. En 1942, cuando me fui, la ciudad salió airosa de la amenaza de Rommel. Quizá será lo mismo esta vez.

—¿De verdad quieres hacerme creer que estaremos mejor sin ti?

—Es verdad. En tu lugar, yo no creería demasiado en eso. Por tu bien, deberías vender lo que posees y marcharte de Egipto cuanto antes —le aconsejó pasando de nuevo el monóculo por delante de los ojos.

—Exageras un poco, Elias, ¿no es así?

—Más valdría escuchar al viejo Elias, querido Kostís. Tu padre me escuchaba siempre y

nunca salió perdiendo.

—¡Vaya, vaya! Me estoy devanando los sesos desde hace un momento para averiguar a qué actor me recuerda su cara. ¿Le han dicho ya que se parece a Laurence Olivier? —le preguntó Yvette.

—No, es la primera vez, se lo aseguro.

—Y sin embargo se le parece. Ahora que lo pienso, su padre también tenía un físico de actor; solo que, a diferencia de usted, siguió llevando el bigote hasta el final.

Kostís trató de imaginar a Elias e Yvette con cuarenta años menos, y a su padre entre ambos. Bruscamente surgió la imagen de un triángulo amoroso. ¿Había sido en algún momento la amante de Andonis?

—Oye, Elias, durante todos estos años no hemos conocido jamás a nadie de tu familia — declaró, como si eso pudiera servir de trampolín para dar una respuesta a su interrogante.

—Ven a Beirut y te presentaré a la tribu de los Juri al completo. Perdí a mis padres muy joven, pero lo que es tíos, primos y sobrinos, tengo para dar y tomar.

—Volverás algún día por Alejandría, ¿verdad?

—A partir de hoy es poco probable que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. Debemos considerarnos afortunados por haber podido vender a tiempo al menos la mayor parte de nuestros bienes. Hay otros que se han ido dejando atrás verdaderas fortunas. Ahora que lo pienso, había olvidado por completo hablarte de la casa de Yvette en Laurent. Una bonita casa, un sueño. Te encontrarías muy a gusto en ella.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido una idea tan estrafalaria? ¿Me ves comprando una casa en las afueras?

—¿Por qué no? En vez de alquilar un piso en Sutsh...

—¿Un piso en Sutsh, yo?

Kostís se quedó sumamente sorprendido.

—En Sutsh, *bien sûr*.

—*C'est une erreur*. Debes de confundirme con alguien.

—¿Un error? Pero ¿qué me dices? Te digo que te he visto entrar, con mis propios ojos.

—¿Yo? *Tu en es sûr?*

—*Absolument*. Aunque te confundiera con otro, como tú dices, ¿crees que esa persona circularía por Alejandría en un Rolls-Royce como el tuyo?

Kostís sintió una punzada en el pecho y maquinalmente se llevó la mano a la pajarita.

—*C'est bien assez*, Elias. Si Kostís te dice que no tiene nada alquilado en Sutsh... —intervino Yvette—. *Mais qu'est-ce qui ne va pas?* De pronto se ha puesto tan pálido, señor Kostís.

Yvette parecía inquieta.

—Sinceramente, no sé. En los últimos tiempos me ha pasado varias veces. Sin duda es por el calor.

—*C'est bien probable*. Pero si le sucede con frecuencia, tal vez debería consultar a un cardiólogo.

—Eso es lo que dice mi médico —dijo Kostís volviendo a su lugar.

Después de 1957, los que podían aconsejar a Kostís escasearían. Todo empezó con la señora Dafni. Cuando su hijo decidió volver a visitar París, no llegó a pasar allí ni un día; un telegrama alarmante sobre la salud de su madre precipitó su regreso inmediato, en condiciones que le

recordaron la enfermedad de su padre. Tomó el primer avión, pero al llegar a Alejandría su madre ya había muerto. Se había ido durante el sueño, en una de esas noches calurosas de verano que siempre había soportado mal desde la infancia. Dafni Járamis ocupó así su lugar en el mausoleo familiar en Chatby. Según la opinión general, hacía tiempo que no se veía la pesada carroza tirada por seis caballos, con los velos color malva, los ángeles tallados, las orejeras de los caballos chapadas en oro y todos los ornamentos que distinguen un entierro de primera clase. La muerte había dejado de ser tan impresionante como antaño. Kostís se acordó del acceso de celos de su madre en los funerales de la tía Maria y puso todo su empeño en mostrarse a la altura del oficio fúnebre. No lo consiguió del todo, ya que Stéfanos lo había atiborrado de calmantes, y el tío Lukás le había arrebatado el protagonismo. Con más de ochenta años, patillas espesas y la misma raya al medio —que ya no separaba más que unos cuantos cabellos—, el hermano de la difunta llegó al cementerio en su espléndida limusina negra; al mirarlo sin detenimiento, recordaba a un político de entreguerras, vestido con un frac, bastón y bombín. Él se encargó de pronunciar la oración fúnebre en nombre de la familia —pero habló de todo salvo de la desaparecida—. Fue un variado conjunto de frases deshilvanadas, en el que se alternaban los grandes momentos de la dinastía desconocida de los Sengos con recuerdos desastrosos de las rencillas entre monárquicos y partidarios de Veniselos, vibrantes llamadas a la vigilancia contra los comunistas y un pomposo elogio al nuevo régimen. Algunos presentes empezaron a reír por lo bajo y Kostís le pidió a Nikitas que le hiciera terminar. Al final, el viejo chocho le dio un apretón de manos a su sobrino y le dijo: «*Bien joué, mon neveu*, estoy al corriente de tus hazañas. Nosotros dos mantendremos siempre en alto la llama del helenismo en Egipto». Y después, como si hubiera asistido al entierro de otra persona, giró sobre sus talones, sostenido por su chófer egipcio de librea, y abandonó el lugar.

—Un payaso hasta el final, este hombre —comentó Nikitas, y todos los miembros de la familia compartieron su parecer.

Kostís se sintió molesto por el comportamiento de su tío pero, al contrario que su hija, que estaba indignada, lo disculpó pensando que los entierros eran las únicas oportunidades de reunirse y que no debían ser únicamente ocasión para el llanto y las lamentaciones.

Nos vemos en las próximas exequias, mis queridos parientes, pensó. Y espero que no sean las mías, sonrió.

La muerte también estaba presente en su espíritu cada vez que eyaculaba en la vagina estrecha de las muchachas —procedentes de los barrios árabes de la ciudad— que le procuraba un egipcio bizzo llamado Abbas. «Existen barrios que pocos conocen; la mayoría se pasean únicamente por las arterias bien iluminadas del centro de la ciudad —le decía Nikitas cuando eran niños—. Esos barrios tienen sus nombres; podría nombrártelos todos, si te empeñas; pero los nombres están para la forma, lo que cuenta es la vida que palpita aquí y allí, en esas callejuelas de mal aspecto, en sus tenderetes dispersos y verdosos a la luz vacilante de una mala lámpara de petróleo que proyecta una luz macilenta en los pálidos rostros marchitos de los campesinos. Los hombres que fuman su narguile ni siquiera te ven. Las mujeres que se lavan los senos en jofainas de hojalata y se acaloran de deseo, las muchachitas púberes esperan, temblorosas, a sus conquistadores.» Esas calles Kostís las imaginaba en algún lugar hacia Anfushi y Karmuz, en la frontera de los barrios europeos, allí, precisamente, donde los occidentales no se atreverían a aventurarse. Estaba

convencido de que era en alguno de esos sitios donde Abbas elegía para él las numerosas muchachas en flor para luego enviárselas, limpias como el jaspe, envueltas en perfume.

La herida provocada por la partida de Haike tal vez nunca había llegado a cerrarse; no obstante, durante todos aquellos años encontró un consuelo pasajero acariciando cuerpos desconocidos que se entregaban, succionando voluptuosamente los jugos de su carne, igual que habría hecho con un pedazo de caña de azúcar. Así se concedía la ilusión de revivir los placeres de su adolescencia en el edificio de Campo César y las caricias nada caras de Aziza, que lo había iniciado en el amor. Solo que había sustituido la bodega del *okela* por un piso *comme il faut* en Sutsh, que le garantizaba confort y discreción. Por otro lado, para sustituir a Nikitas tuvo que confiar en Abbas, un egipcio hecho como un espárrago, alto, flaco y un poco tonto, un bobalicón con el que todos bromeaban en la fábrica, pero que tenía una manera muy suya de insinuarse por los barrios populares y extraer de ellos, para su beneficio, las bellezas locales más atractivas. Abbas había jurado a su patrón guardar el secreto de Sutsh hasta la muerte. «Si te permites hacer confianzas, pobre de ti, te arriesgas a encontrarte con una bala perdida del guardián», le había dicho Kostís, sellando así para siempre sus labios azulados. Y el secreto nunca llegó a oídos de nadie, ni siquiera de Misha. Creía que tenía mucha suerte; en efecto, aunque Elias Juri, el rey del chismorreo de Alejandría, hubiera estado a un paso de descubrir el pastel, había tomado por una residencia de verano el lugar de placer de Sutsh.

Su pasión por las chicas jóvenes había aparecido a finales de los años cuarenta y no constituía en modo alguno un motivo de orgullo para Kostís Járamis; de vez en cuando tenía necesidad de alcohol y de narguiles bien llenos preparados por Abbas para disipar sus remordimientos... o sus escrúpulos antes de volver a abandonarse a la lujuria. Una vez apaciguado, recuperaba un comportamiento prácticamente de asceta y él mismo se asombraba. A veces le palpitaba el corazón al mirar la carne firme de las jóvenes colegialas, radiantes bajo el sol alejandrino, en las fiestas deportivas del estadio municipal; sin embargo, esas mismas jóvenes que se tendían al sol en las playas o que volvían del puerto Oeste, sudando después de una larga jornada de vela, lo dejaban frío, indiferente. Era consciente de que su vicio se instilaba en su ser como un veneno suave que tenía que dosificar minuciosamente para no morir demasiado pronto a causa de él.

Por otra parte, su actividad febril de los años cincuenta, según cómo se mirara, entroncaba con una tentativa de hacerse amigo de la muerte. Dondequiera que se encontrara e hiciera lo que hiciese, se otorgaba siempre un tiempo para escuchar a su corazón, la *kerkóporta*, la pequeña puerta de la muerte en su cuerpo. Así aprendió a reconocer su voz, a descifrar el sentido de sus vibraciones, según sus más mínimos pensamientos, sentimientos o experiencias. Sin embargo, aunque puesto a prueba, el músculo seguía cumpliendo a conciencia su oficio. Aprendió a reconocer los más pequeños matices de un sentimiento fiándose también de los latidos de su corazón. Cada vez era una alegría diferente: la que sentía con las fiestas florales o con la excursión del primero de mayo, la que experimentaba al asistir en calidad de padre a la fiesta de las alumnas del último año en el liceo Averofio, o la emoción que surgía cuando preparaba las maletas antes de un viaje a Europa. Ese era el idioma que creaba su ritmo cardíaco, en función de las diversas señales y síntomas y sus sabias combinaciones. Cada acontecimiento resonaba de modo distinto: la muerte de su madre y la tristeza que experimentó, la representación de *Agamenón* de Esquilo tal como fue interpretado por la compañía de Marika Kotopuli, en julio de 1951 en los jardines de Andoniadis, o los dramas de Hollywood, a los que no habría faltado bajo

ningún pretexto, en los cines de Alejandría. Su corazón lograba expresar, con latidos intempestivos, la mezcla de sentimientos que le inspiraba gente distinta, como Elías o su difunto hermano, o más exactamente su misma actitud irracional para con los suyos. Por una parte, trataba de convencerse de que no debía confiar en un individuo que no obstante encontraba simpático; por otra, podía guardar un cálido recuerdo de alguien que nunca le había inspirado confianza.

Pero los vértigos más alocados, los momentos en que el corazón se le salía del pecho a un ritmo desenfrenado, los conoció en el acto amoroso, cuando poseía los cuerpos inexpertos de las muchachas que Abbas le enviaba. Jóvenes afroditas de líneas perfectas, con curvas lumbares firmes de color chocolate, un contraste lleno de belleza sobre las sábanas lisas e inmaculadas. Nura, Farida, Faiza, Nabila, Safinaje. Daban pequeños gritos quejosos —dolor y sorpresa mezclados con placer—. Las pulsaciones de su corazón se confundían con las suyas y se ponían al diapasón del ritmo de su cópula; pero cuando Kostís alcanzaba el clímax, no quedaba más que un corazón y, desafortunadamente, no era el suyo. Ansioso, con el oído atento, apoyaba la oreja en el cuerpo extraño, queriendo percibir sus latidos vigorosos. ¿Me estoy muriendo? Después de todo, no puedo imaginar una muerte más dulce. Pero muy pronto, su corazón agotado se ponía a latir otra vez y restablecía su vínculo con la vida. ¿Cuánto tiempo podría durar aún?

El corazón se le encogía también al ver cómo se reducía el mundo a su alrededor. Alejandría se había convertido en una ciudad de fantasmas. El hundimiento se insinuaba por todas partes. «Ya está aquí el Rommel de los tiempos de paz, pero no hay un El-Alamein para que podamos detenerlo», decía Nikitas, que hacía todo lo posible por mantener la sangre fría en medio del pánico general. Se sentía cómo iba creciendo la oleada de los candidatos prestos a partir. Miembros de la comunidad amontonaban los sueños de una vida en furgones y subían a los barcos del destierro, jugando al gato y el ratón con los aduaneros egipcios. Comerciantes desesperados veían cómo se agotaban sus existencias. Trabajadores que se veían reducidos al desempleo por el cupo de contratación de extranjeros y las nacionalizaciones. Muchos empleados eran incapaces de afrontar los primeros gastos del viaje. Algunos se quedaban colgados del futuro de la metrópoli, que no auguraba nada mejor. Otros optaban por el camino de un segundo exilio: Australia, América, otra parte, cualquier parte... Egipto, o más bien la República Árabe Unida de Nasser, parecía definitivamente perdida para los griegos del país. Las autoridades consulares trataban de dominar la situación con respecto a los que reclamaban estatuto de refugiados, antes de que desbordara por todas partes. Nasser y Karamanlís se hacían visitas de cortesía, solo para salvar las apariencias. Todo sonaba a falso, hasta el mensaje de esperanza del patriarca ecuménico Atenágoras, que llegó de visita a Egipto en medio de la desbandada general.

No obstante, Kostís compartía su visión optimista:

—Permanecemos al acecho, igual que en 1942.

Cuando Nikitas se dio cuenta de que el *cousin* no se había cubierto las espaldas, intentó en varias ocasiones persuadirlo de que lo hiciera, mientras aún estaba a tiempo. Pero fue un vano esfuerzo.

—Nadie hará que nos movamos de aquí, *cousin* —respondía el primo rico.

—Bueno, no digo que no. Las cosas parecen ir más bien en esa dirección de momento. Pero... Y, además, tener un poco de dinero en el extranjero jamás le ha hecho daño a nadie, ¿no? Por otro lado, no queda muy chic tener todo el dinero en los bancos nacionalizados de Nasser. Deberías pensarlo.



—Te repito que nadie hará que nos movamos de aquí. No nos iremos de Egipto hasta que los mismos egipcios se vayan —insistía Kostís, inamovible en sus certezas. Soñaba con una ciudad suya—. No seremos más que unos pocos, pero seremos los mejores.

Frente a esta actitud, Nikitas no encontraba nada que añadir. ¿Sería posible que tuviéramos tanta suerte?

Durante el verano de 1961, se multiplicaron los rumores de un amplio programa de nacionalizaciones; algunos pretendían que solo los bocados más exquisitos colmarían la bulimia de Nasser. La noche del 20 de julio, poco después de las doce, Kostís volvía a casa circulando por las calles perfumadas de jazmín. Las palmeras se inclinaban bajo el peso de los dátiles maduros. Una ligera brisa agitaba sus hojas y, para quien quisiera oírlo, su rumor sonaba como un mal presagio. Pero aquella noche el conductor no escuchaba más que su corazón, que latía a un ritmo regular, y eso le hacía mirar el futuro con confianza. Guardaba en los labios el recuerdo de una de las chicas de Abbas, un bombón agridulce, y se llevaba esta sensación de Sutsh a Alejandría, bordada de luces.

Su Rolls-Royce, un coche antiguo, de otra época pero aún bien conservado, se internó casi solo por la calle que había conocido con el nombre de Rosetta; le había costado tiempo conseguir llamarla calle Fuad cuando cambió; ahora, he aquí que su nuevo nombre era Al-Huriya —calle de la Libertad—. La brisa benéfica del Mediterráneo difícilmente llegaba al corazón de la ciudad. Al fresco de la Corniche le sucedía el calor asfíxico del verano egipcio. Cada vez que cruzaba de noche las calles del centro, comprobaba que iban perdiendo esplendor. Como si las luces del cosmopolitismo perdieran lentamente su intensidad. A su alrededor, el árabe de sus habitantes marcaba el ritmo del barrio de Iskadariya. La nostalgia no conducía a ninguna parte, y sin embargo no lograba alejar sus pesares. Tenía que encontrar puntos de referencia estables en el Egipto de Nasser y no dejarse atrapar por fantasmas europeos y francolevantinos.

Pensamientos parecidos solían ocupar su mente cada vez que llegaba ante la verja de la casa de la calle de los Abasíes, que se abría siempre de la misma manera para dejar paso al señor del lugar. Era como si, desde hacía cincuenta años, se hubiera mantenido tras ella una sola persona, siempre la misma; como si los que se habían ido no hubieran desaparecido de verdad; como si las costumbres los hubiesen preservado y cada uno se hubiera metamorfoseado en una estatua del jardín, entre las cuales ahora rondaba su hija, visiblemente alterada.

—¡Papá! Pero ¿dónde estabas? Los teléfonos no han parado de sonar toda la tarde. ¿Te has enterado?

—*Qu'est-ce qu'il y a?* ¿Quién me busca?

—Di más bien ¿quién no te busca? —contestó Dafni, muy excitada, más bonita todavía en la penumbra.

—¿Podríamos sentarnos a la mesa?

—La cena está lista desde hace rato. Me habías dicho que volverías hacia las diez. Estaba preocupada.

—Los negocios, hija mía, negocios que te impiden llegar a la hora, incluso cuando se trata de tu propia hija.

—*Don't bother*, querido papá. Tu hija conoce bien el tipo de negocios que te retienen lejos de ella.

Por una fracción de segundo, imaginó un doble sentido, pero la sonrisa y los hoyuelos en sus

mejillas lo tranquilizaron. A veces sentía remordimientos ante la idea de retener a esa criatura encantadora en una ciudad en la que uno se aburría cada vez más. Si no hubiera escuchado a su difunta madre, hacía tiempo que la habría enviado a Europa para estudiar alguna ciencia moderna, y no arqueología en la Universidad Faruk de Alejandría. Había complacido a su abuela «afectada» de egiptomanía y respondido a su exigencia de tenerla a su lado hasta el momento en que cerrara los ojos.

—Vamos a comer algo y hablar un poco. No me gusta verte aquí encerrada, créeme.

—¡Oh! Papá, el verano es estupendo en Alejandría; el invierno también, en realidad.

Bromeaba y se reía de buena gana; su ingenuidad desarmaba y le recordó a Haike en los primeros tiempos. Pero lo que más hacía que se pareciera a su madre era el vestido ligero de algodón, de cuello minúsculo y discreto, estampado de flores diseminadas por la tela. Sencilla y elegante, exactamente lo que le gustaba a su madre.

—*On y va, alors.*

—¿Y las llamadas?

—Dejaremos los asuntos serios para mañana. Diles a las chicas que sirvan.

—¿Y si era importante, algo urgente?

—¿Qué acontecimiento importante puede ocurrir en pleno verano?

—¿Y yo qué sé?

—De todos modos, esta noche es para ti, y quiero que sea así.

Cada vez que volvía de Sutsh tenía un hambre de lobo; parecía que las muchachitas egipcias lo absorbieran hasta la médula, aspirando hasta su último gramo de energía. Pero Dafni no le dejaba engullir todo lo que les servían.

—Papá, no seas tan glotón. No es bueno para tu corazón.

—A mi corazón no le pasa nada. ¿Dices que soy glotón? Lo soy. Soy como Nasser, ¿qué quieres? ¡Hum! Me pregunto cómo va a nacionalizar mi estómago una sociedad adicional —dijo Kostís riendo, e hizo desaparecer de su plato un gran bocado de *foie*.

—*Tu es pénible, papa.* La gente se arruina y tú tienes el ánimo para bromas.

—Sabes, cariño, siempre ha sido así en Alejandría. *City-gambling*, el infierno del juego. Se apuesta mucho, se gana mucho, se pierde todo. Es igual que en la Bolsa.

—Por cierto ¿qué va a pasar con la Bolsa?

—Es demasiado pronto para decirlo. El comunicado oficial habla solo de una suspensión de actividades para los dos próximos meses. Atengámonos a eso.

—Mucha gente va diciendo que, hasta ahora, el funcionamiento regular de la Bolsa ha constituido un freno para las nacionalizaciones. Me preocupa, papá.

—Hablas como un hombre de negocios, querida Dafni; no deberías haber estudiado arqueología. Pero no tengas miedo, tu papá ha pensado en todo. A propósito, quisiera conocer tu opinión sobre una cosa en particular. Desde hace cierto tiempo, pienso que no estaría mal adoptar la nacionalidad egipcia. Una garantía para el futuro, en cierto modo, sabes. Además, vivimos y vamos a seguir viviendo en este país; en definitiva, es nuestra patria. Grecia admite el principio de la doble nacionalidad. ¿Qué dices?

—No tengo ni idea, papá. Haremos lo que tú quieras. Hace poco me he encontrado con Morfo, mi antigua compañera de Averofio. Me ha dicho que ellos tienen la nacionalidad egipcia desde este invierno. Su padre no quiere perder, sin razón, su gran establecimiento en Sherif.

—¿Se ha casado?

—No, no, nada de eso. Además, tenemos la intención de inscribirnos en la ASA.

—¿Qué es esa ASA?

—La Asociación de Solteronas del liceo Averofio.

—*Ce n'est pas une plaisanterie*, Dafni. Tienes que casarte. Quiero que te cases antes de que yo muera.

—Todo se hará a su debido tiempo, papá. A decir verdad, ya he notado en Morfó algunos rasgos característicos de la solterona. Empezamos a sentir nostalgia de la escuela; no es buena señal. Nos acordamos de cómo engañábamos a Rossidis, nuestro profe de música. Yo me sentaba al piano y le soplabla las notas a su espalda. ¡Pobrecita! Tenía una voz tan bonita pero era una nulidad en solfeo...

—Tú también tienes una hermosa voz, sabes. La has heredado de tu padre.

—Sí, pero también tengo la fibra musical de mamá —respondió Dafni balbuceando, como si dijera algo que no debía.

De pronto, el timbre del teléfono, insistente y persistente, produjo una interrupción bienvenida en la conversación, que se internaba por un terreno minado.

¿Quién diablos puede ser a estas horas?, se preguntó Kostís y, en vez de esperar a que le llevaran el teléfono, acudió él mismo a la habitación contigua.

—¿Dónde estás, *cousin*? Te estoy buscando por todas partes desde esta tarde.

—*Business, cousin*. ¿Qué te pasa? ¿A qué viene ese tono de voz? —preguntó Kostís con aire descuidado.

—¿Qué le pasa a mi voz? ¿Te has enterado de la noticia? Se ha extendido por toda la ciudad.

—¿Es decir?

—Esta noche, Ali Sabri ha dado una rueda de prensa. De verdad, ¿en qué mundo vives? ¡Han nacionalizado hasta las piedras del camino!

—*Tu exagères*, ya esperábamos algunas nacionalizaciones después del cierre de la Bolsa. *Pas de panique*.

—¿Qué quieres decir con *pas de panique*? ¿Sabes que han nacionalizado hasta la fábrica de tu gran amor?

—¿La fábrica de Zihan?

—Entre las primeras empresas. La fábrica de papel de Yussef Abd el-Massich, ¿no es esa?

—Sí, sí.

—Bueno, entonces, ¡buena alma!

Así que han nacionalizado al hijo de Zihan, pensó Kostís. Recordaba la reivindicación virulenta de la copta que pedía a los europeos marcharse de Egipto y, cuanto antes, mejor. Si estaba al corriente de los últimos acontecimientos, debía de estar removiéndose en la tumba.

—¿Has oído otros nombres?

—Hay muchos. Parece que toda Alejandría ha sido nacionalizada. En el caso de algunas sociedades, el Estado tendrá solo cierta participación; tú lo sabes mejor que yo, es para dejar pasmada a la galería. De hecho, no cambia gran cosa.

—Por eso el teléfono no dejaba de sonar esta tarde.

—Yo te he llamado al menos diez veces. A casa y al despacho. ¿Dónde te habías metido, *cousin*?

—*Business, cousin. Business...* Ya hemos hablado de eso. Esperemos un poco. Mañana será otro día y pensaremos.

Colgaron. El corazón de Kostís latía con fuerza, con tanta fuerza que parecía, a toda costa, querer salirse del pecho. Nikitas le había transmitido su angustia; tenía que tratar de recuperar un poco su serenidad perdida. Casi se tambaleaba al volver a la mesa. Se sentó balbuceando.

—Por favor, un whisky; un whisky con soda.

—¿Qué pasa, papá? ¿Quién era?

—Alguien que deseaba ponerme de mal humor. No hagas caso. Tráeme mi whisky, ¿quieres?, y toca algo al piano para tu papá.

—Papá, me das miedo.

—Mi whisky, Dafni. Mi reino por un vaso de whisky y algo de Liszt.

—¿Liszt?

—La *Rapsodia húngara número 2*, mi preferida, lo sabes perfectamente.

—¿En *do* sostenido menor?

—En *do* sostenido menor.

Dafni se sentó delante del viejo Max Beckuer. El piano de cola alemán cuyas notas habían resonado en tonalidades diferentes bajo los dedos de distintos intérpretes, había compuesto el diario musical de su familia. Las palmas de Dafni acariciaron el teclado con suavidad, para despertar tiernamente las teclas dormidas; luego sus manos, seguras de un ejercicio que las hacía independientes del resto del cuerpo, pasearon los dedos por el teclado blanco y negro. Casi nunca miraba la partitura; sus falanges la habían almacenado infaliblemente en la memoria. Del *lento* del principio al *prestissimo* del final, surgían interjecciones musicales ebrias de alegría o de tristeza, a las que el corazón de Kostís respondía como era su costumbre. Durante los once minutos que transcurrieron entre la primera y la última nota, Kostís recapituló su existencia por completo, relacionando las partes de la rapsodia con las distintas épocas. Alejandría, Berlín, París y de nuevo Alejandría; la guerra, la paz, la guerra, la paz. Tan sencillo como eso; la alternancia ayudaba al oyente a penetrar la estructura de la pieza para piano. Cada nota, una persona, un sentimiento, una experiencia, un amor. Sus padres, su hermano, Zihan, Aziza, Karl, Illich, la tía Maria y tantos otros. Cerca de su hija, miss Gaby y Haike; y las figuras imaginarias. Los dedos de todas ellas se mezclaban con los de su hija, añadiendo una dimensión extrañamente solemne a la ejecución. El corazón de Kostís volvía a latir de forma regular. Se había tumbado en el canapé del salón, había cerrado los párpados, se diría que había conseguido apagar la galaxia de la araña colgada del techo. El sueño extendió sobre él sus redes protectoras, pero seguía escuchando los latidos imperceptibles de su corazón. El monólogo pianístico de su hija prosiguió aún unos instantes, como un murmullo. Luego percibió que se alejaba de puntillas, para dejarlo dormir en la oscuridad, en el sitio más fresco de la casa.

Por la mañana se despertó con la sensación reconfortante de haber vivido un excelente descanso a pesar de sus angustias, aun cuando había dormido sobre un sofá. Estaba convencido de que sería capaz de hacer frente a la situación, aunque se hubiera deteriorado durante la noche. Extraía su energía de ese sueño sereno que había recargado su cuerpo. A la luz gris azulada del día, el piar de los gorriones que se refugiaban arracimados en los eucaliptos gigantes del jardín, despertaban al mundo. Una azada hería lentamente la tierra a intervalos regulares y Kostís tuvo la impresión de despertarse en algún momento de los años veinte, cuando Mohamed, muerto desde

hacía años, removía la tierra del jardín como ahora lo hacía Nabil, su sobrino.

Que el día se anunciara, cuando menos, crítico, no significaba que tuviera que apresurarse. Sir Louis, el sobrenombre de Luisos, el barbero chipriota tan juguetón como chismoso, sucesor de Kikinos entre la clientela elegante del Barrio Griego, había llegado al quiosco de la Amistad y estaba afilando las hojas. Por el otro lado, Iman y Samira, dos egipcias casadas con el mismo hombre, el conserje de un edificio de Mazarita, se tiraban del moño desde hacía un rato y Fátima trataba en vano de separarlas. Llevaban varias pulseras en las gruesas muñecas, que levantaban en alto en señal de desafío. Sus voces, como arrullos de palomas, se hacían insoportables, y Dafni abrió su ventana para sermonearlas. Todo estaba como antes, nada parecía haber cambiado. Los gofres, el té, los cigarrillos y la charla de sir Louis monopolizaron a Kostís hasta el momento en que, enfundado en su traje de lino claro, se puso el sombrero de paja, empuñó su portafolios y abandonó tras él las fragancias agradables del jardín y las sensaciones implícitas a una vida cotidiana bien estructurada, para acudir a Moharram Bey.

Misha, envejecido pero siempre imponente —en eso estaba a la par con el antiguo Rolls-Royce— lo acogió con un ritual *bonjour, patron!* Desde hacía años era conocido en la Alejandría popular como el lobo blanco; vestido siempre con traje, un anillo y una uña, la del meñique, un poco más larga que las demás, frecuentaba las *uzeries* de Attarine, donde al caer la tarde se podían comer *mezes* —toda clase de tentempiés— y beber cerveza y *uzo*, que hacían la delicia, entre otros, de los aficionados empedernidos al juego de las tablas reales. Sostuvo la puerta a su patrón y se instaló al lado del chófer.

El nuevo conductor no era del terruño. Tras despedir a tres egipcios de los que sospechaba que se dedicaban al espionaje por cuenta de la policía secreta de Nasser, Kostís le había pedido a Nikitas que le encontrara a alguien como era debido, un griego, a condición de que no fuera comunista. Tenía que encargarse de parte de los trayectos, ya que Vorópanov ya no tenía la misma resistencia que antes. El *cousin* le había enviado a un joven vigoroso, originario de la isla de Quíos, Pandelís Armenakis, que había aprendido a tocar la trompeta, así como el oficio de zapatero, en el orfanato de Kaniskerio. De todos modos, la presencia del ex coronel del Ejército Blanco era imprescindible para un buen comienzo del día; a veces, Misha encontraba tiempo para desayunar con el patrón en el quiosco de la Amistad, con el pretexto de recordar los viejos tiempos —a fin de cuentas, los días de la guerra, cuando toda una compañía se reunía, entre hombres, en el fondo del jardín para el *breakfast* ritual.

Kostís resolvió no pronunciar la palabra «nacionalización». Cuando Armenakis se aventuró a hacerle una pregunta, le cortó y dijo secamente:

—Eso no nos incumbe.

A continuación, Vorópanov evocó, como de costumbre, la época parisina, pues al hacerlo se sentía casi en pie de igualdad con el industrial griego. El ex Señor Músculos no vacilaba en introducir a Haike en sus relatos, lo cual, curiosamente, no parecía incomodar a Kostís; a menudo tenía la impresión de que se trataba de otra mujer, distinta de la que le había causado tantas preocupaciones y había pisoteado su ego más que nadie en el mundo. El vehículo seguía su invariable trayecto hacia el canal de Mahmudieh, cortando por la calle Rassafa, donde se encontraba el palacio abandonado de los Ménache. Ver la mansión deteriorada le hizo tamborilear el corazón en el pecho, como un bebé moviéndose dentro del vientre materno. Por su memoria desfilaron una sucesión de dinastías alejandrinas de las que el tiempo había dado buena cuenta.

Los lastimosos fantasmas de magnates de las finanzas y de la industria erraban ahora por los jardines llenos de maleza de los hoteles particulares, y esos espectros que hoy pertenecían a otro mundo se agolparon brutalmente en su cerebro. Bastaron unos segundos para que la más ínfima parcela de sangre fría se disolviera. Costara lo que costase, tenía que poner un dique a ese pánico incomprensible.

—No tenías que haber pasado por estas calles atormentadas por los espíritus —gruñó dirigiéndose al chófer.

Pero ese timbre sordo ya no se parecía a una voz humana; era un eco de ultratumba que hizo que se volvieran los dos hombres que iban en el asiento delantero. Misha no olvidaría nunca el rostro que vio en la parte trasera de la limusina.

—¿Patrón? —balbuceó en el vacío. Y buscó a su viejo amigo alrededor del ser que se encontraba en su lugar—. ¡Oh, Dios mío! ¡Y tú, por el amor de Dios, mira a la carretera y sujeta el volante! —le gritó a Pandelís.

Y vuelto hacia atrás, no conseguía despegar la mirada de la caricatura macabra, vacía de su dimensión, privada de envergadura, que parecía una calcomanía vestida de blanco.

—¿Patrón?

Kostís ya no estaba. No era su mano la que se levantó para señalar a la multitud reunida delante de la fábrica. No era su voz la que se elevó y repitió, patética:

—¡Fantasmas! ¡Fantasmas!

Los fantasmas que lo obsesionaban se confundían con las chilabas blancas de los obreros indígenas que se amontonaban en el patio. Dos soldados armados estaban en el portal de la verja, gigantescos con su uniforme caqui. En sus boinas brillaba el águila nasseriana. Sus siluetas implacables cortaban el paso.

—¡Nacionalización! —balbuceó Armenakis.

Lo había comprendido, antes de que el oficial egipcio, flanqueado por el director estadounidense de la fábrica, saliera por el portalón de hierro y se acercara al vehículo. El hombre huesudo, de piel oscura y fino bigote, enarbolaba sus manazas para apartar a los obreros que llevados por una curiosidad malsana, rodeaban el coche. Tenía el acta de nacionalización y se apresuró a tendérsela al interesado. Se inclinó hacia la ventana abierta; tras un saludo militar, acorazado en la impasibilidad de su oficio, depositó el documento en la parte de atrás del vehículo, sin prestar atención a la mano crispada, inerte, del que acababa de entregar el alma.

## Agradecimientos

Los amigos alejandrinos —el compositor Nikitas Vostanis, Vasilis Peklaris, Panayotis Karmatós, Efzimis Suloyanis, Yorgos Alyianakis, Marianna Arjonaki y Nikolas Lévandí— me han ayudado, cada uno a su modo, a plantarme en el paisaje de mi ciudad fabulosa. Yacob Sibi ha arrojado luz con generosidad sobre el sueño de Palestina que abrigaba Haike. Stella Vrettou me ha guiado por los barrios de Pera, en Constantinopla, a principios del siglo XX, y Yanis Silis me descubrió Zagazig. Tania Gavrielatu ha cuidado de procurarme los libros de mejor criterio para profundizar mi conocimiento de otros lugares y otros tiempos. Gracias a la cooperación de Mazildi Pirlí y de Vasilikí Jatsiyeoryiu, los Archivos helénicos literarios e históricos, ELIA, han puesto a mi disposición sus preciosos documentos textuales y fotográficos relacionados con los griegos de Egipto. Los recuerdos de entreguerras de María Tabakópulu han resultado ser inestimables. Ana Patakis se ha hecho cargo de este libro cuando no era más que un manuscrito, como quien coge un bebé en sus brazos. Por último, Yorgos Kasapidis ha cuidado muy minuciosamente el resultado final de la edición griega.

En cuanto a la edición francesa, la mediación de Niki Dougé y la traducción de Marie Roblin-Kasabáoglu han dado al libro una segunda vida, que no sería tan prometedora sin la pasión y el compromiso de mi editora, Viviane Hamy.

A todos, mi agradecimiento desde el fondo del corazón.

\* \* \*

**Dimitris Stefanakis**, un autor griego que se inició en la literatura traduciendo a autores de la talla de Bellow y Updike, acaba de ganar en Francia con *Los días de Alejandría* el Prix Méditerranée a la mejor novela extranjera, un galardón que en su día recibieron Umberto Eco y Amos Oz.



Título original: *Merez Aleksandreiaz* (Jours D'Alexandrie)

© 2007, Dimitris G. Stefanakis & Les Éditions Viviane Hamy  
© 2012, de la presente edición en castellano para todo el mundo:  
Random House Mondadori, S.A.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona  
© 2012, María Méndez, por la traducción  
Traducción de la edición francesa revisada por el autor.  
Colección: Narrativa  
ISBN: 9788426420251

Los mapas de las páginas 6-7 y 8 proceden del libro de Michael Haag *Vintage Alexandria, Photographs of the City, 1860-1960*. Nuestro agradecimiento por su amable autorización.

Diseño de la cubierta: Marta Borrell  
Ilustración de la cubierta: © Thomas Cook Archives